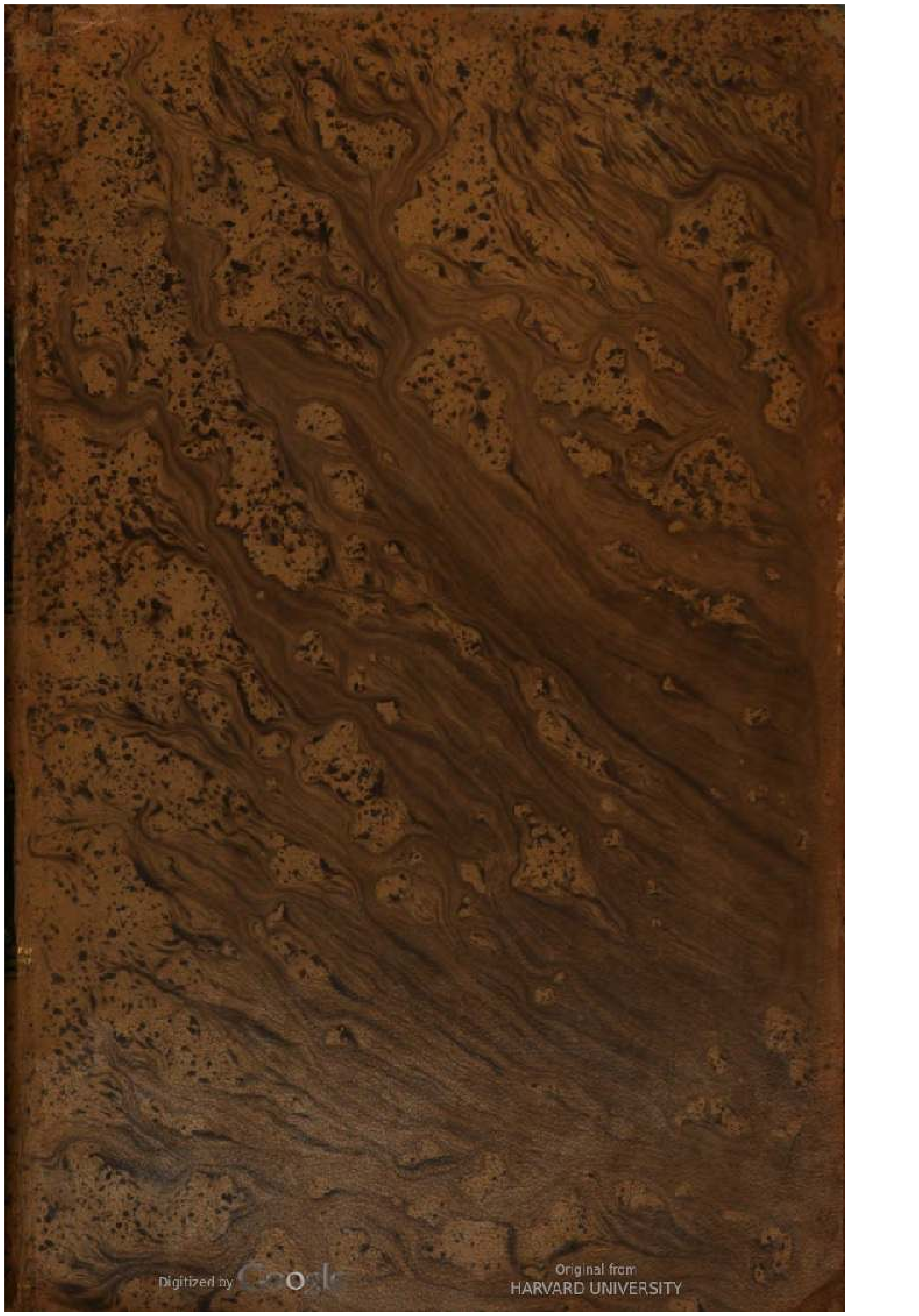
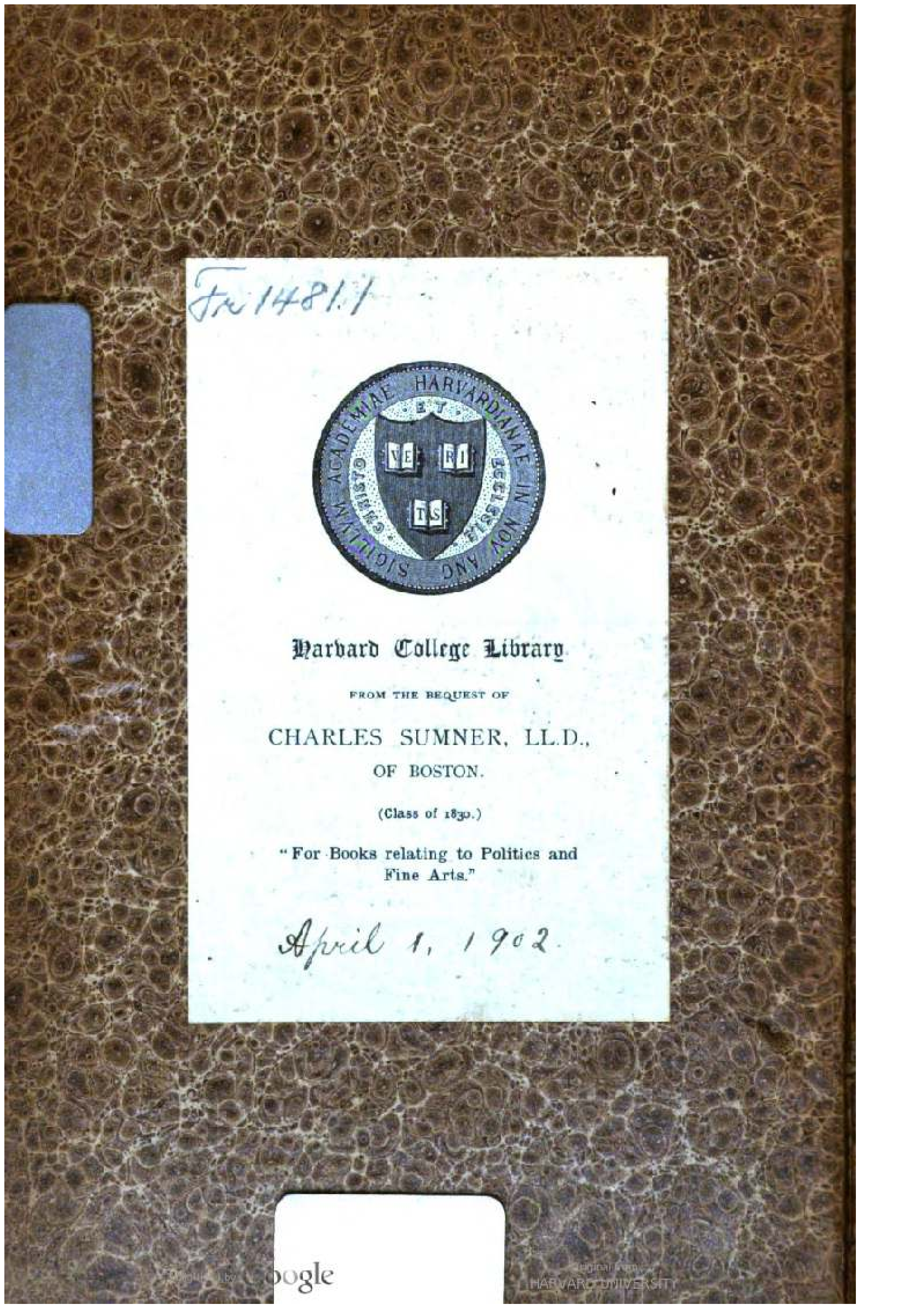
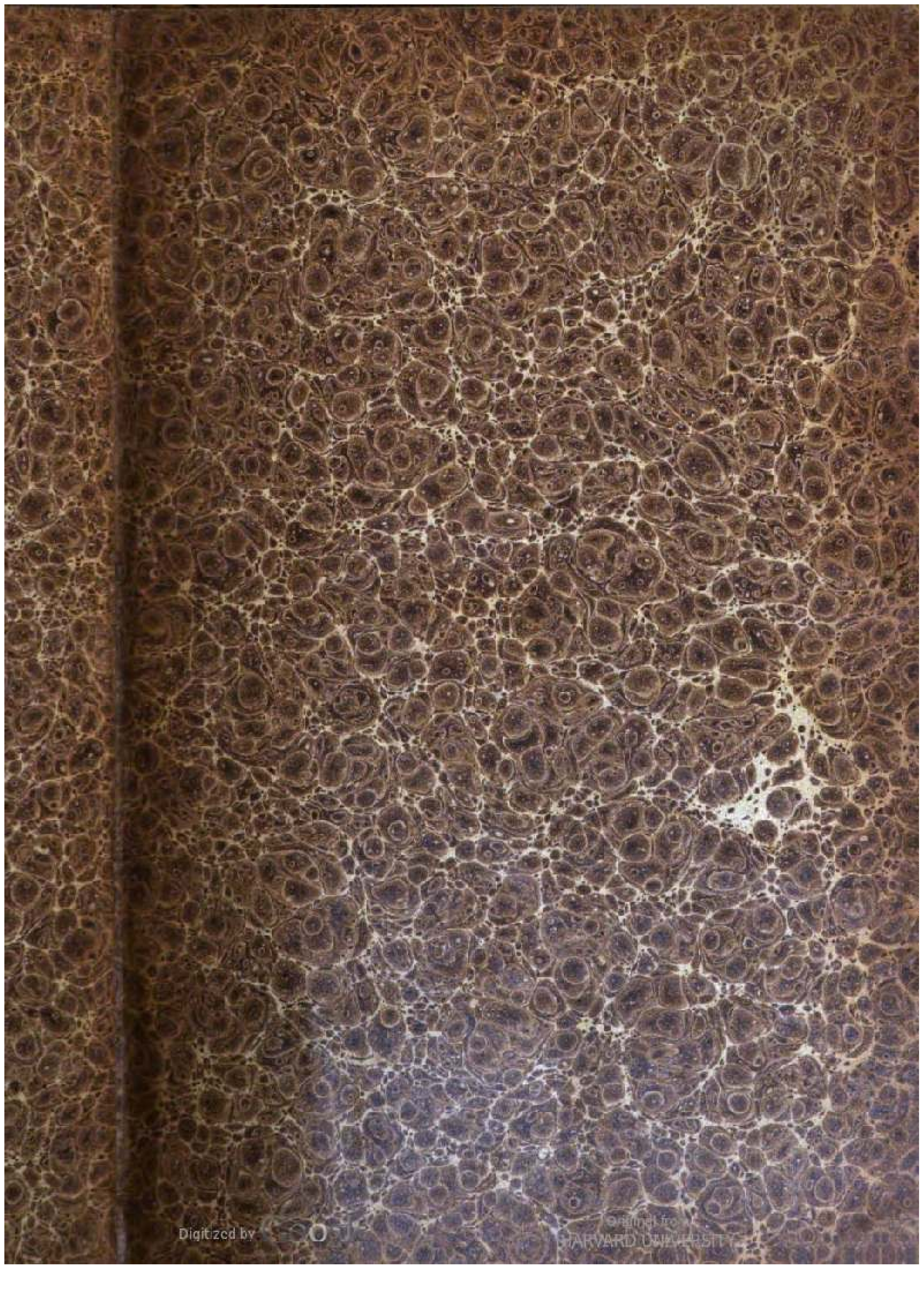




Fr 1481.1
SIGILLVM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV ANG
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

GUERRA

DE

LA INDEPENDENCIA

HISTORIA MILITAR DE ESPAÑA

DE 1808 A 1814

POR EL GENERAL

D. JOSÉ GÓMEZ DE ARTECHE Y MORO

Individuo de número de la Real Academia de la Historia

CON UN PRÓLOGO

ESCRITO POR EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

D. EDUARDO FERNÁNDEZ SAN ROMÁN

TOMO XI

MADRID

Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra

1899



CAPÍTULO PRIMERO

LA CONSTITUCIÓN Y TARIFA

Efervescencia de los ánimos en Cádiz.—Proyecto de Constitución.—Su discusión.—Título I. Capítulo I.—Capítulo II.—Título II. El territorio.—La religión.—El Gobierno.—Ciudadanía española.—Composición del Congreso.—Facultades del Rey.—Termina la discusión.—Se promulga la Constitución.—Concepto militar de la Constitución.—Cambio de Regencia.—Los nuevos Regentes.—Las Regencias comparadas.—Tarea de la Regencia.—Los Masones.—La guerra junto á Cádiz.—El general Ballesteros.—Sitio de Tarifa.—La plaza y su presidio.—Fuerzas sitiadoras.—Primeras operaciones.—Primeras baterías.—Se rompe el fuego.—Leval intima la rendición.—Asalto á la brecha.—Se levanta el sitio.—Observaciones.—Recompensas.—Retirada de los franceses.

Efervescencia de los ánimos en Cádiz.

Dejamos á los gaditanos y á sus innumerables huéspedes militares, paisanos y diputados á Cortes, en la alarma producida, más que por la proximidad de sus enemigos, los sitiadores de la ciudad hercúlea, por sus propias discordias, las provocadas con motivos como el de la acción de Chiclana, la propuesta para el cambio de Regentes, los temores á la peste y el fuego, por fin, encendido en el Congreso al discutirse el magno proyecto de la Constitución del Estado. Porque si á veces las sesiones en que se elaboraba el después tan celebrado Código, escrito, así pudiera creerse, con sangre según la que por tantos años hizo verter; si las expansiones de alegría y las fiestas provocadas por noticias que llegaran favorables á la causa nacional, y si una vida de agitación constante entre los elementos heterogéneos de que se componía aquella población,

tenían los ánimos distraídos, el contagio, el recelo á las infidencias de que se acusaba á algunos de vez en cuando, los motines en ocasiones, y el choque de intereses más ó menos encontrados, turbábanlos hasta temer cada día una desgracia que pudiera hacerse irreparable para la patria. La prensa, sobre todo, cada día más desatada, era causa frecuentemente de las más duras recriminaciones en el público y las Cortes. Legítimas sus expansiones al tratarse de escarnecer á los franceses y burlarse de sus legiones y tormentos, de su fuego y amenazas, eran perniciosísimas al despertar ó recrudecer las discordias interiores y al deprimir la autoridad, nunca como entonces necesitada de prestigio. Con servir á veces de contentamiento y de motivo á discusiones amenas y hasta instructivas, á juicios que en nada perjudicaran á la causa pública, ya sobre la administración en general, ya sobre los asuntos militares, aun siendo éstos tan delicados y comprometidos, eran por lo regular los periódicos instrumentos de ruina para toda reputación, por sólidamente fundada que se hallara en méritos, á todos manifiestos, ó en servicios eminentes, por todos también reconocidos. Las discusiones de las Cortes eran con frecuencia, aun versando sobre asuntos del mayor interés, interrumpidas por quejas de diputados que aquel día se habían visto hechos objeto de acusaciones ó de burla en los diarios que se publicaban en Cádiz. No valía ser representante de la nación en aquella asamblea, siempre llamada augusta, ser autoridad constituída militar ó civil, ni aun formar parte de la Regencia del Reino, elegida quizás pocos días antes con aplauso universal, para que se le eximiera de las más injustas denuncias,

de las censuras más acerbas. En una sesión se oía á diputados como el patriota Cano Manuel, el barón de Antella y otros, defenderse de la acusación de traidores, lanzada en alguna relación histórica ó en los periódicos. En otra, tenían varios que rechazar notas, que se trataba de imponérseles, de ser ateos, no oir misa ni comulgar; y ni los Obispos, entre ellos el de Astorga, se libraban del dictado de fríos en sus ideas religiosas, de humildes secuaces, en ocasiones, del Intruso, y cumpliendo y haciendo cumplir sus decretos en las diócesis respectivas. El destino del marqués del Palacio á Valencia y Aragón, reuniendo además á su mando el interino de Cataluña; el de Lacy, después, á este último distrito; la extensión de los poderes que hubiera recibido Elío con el gobierno de Montevideo; las responsabilidades en que incurriera el Ministro de la Guerra, General Heredia; hasta el concepto que pudiera merecer el señor Agar, movido á remitir un oficio en que, «confesándose inferior en talento y en conocimientos al oficio de Regente, pedía á S. M. tuviese á bien admitirle la dimisión»; si se discutían en las Cortes, era por acusaciones de la prensa, por su llamamiento á la opinión pública, afecta á ciertos periódicos por el crédito de sus redactores ó por la exageración de sus ideas políticas.

Nada, pues, de extrañar que varios diputados, aun de los liberales, pidieran en las Cortes la reforma de la ley de Imprenta que acababan de establecer. Argüelles, entre otros, consiguió, empero, calmar en parte las susceptibilidades de los quejosos presentando una proposición dirigida á que se encargase al Gobierno la mayor exactitud y rigor en el cumplimiento de la ley, y la se-

veridad necesaria en los tribunales contra los papeles calificados de sediciosos por la Junta de Censura. Y no eran los periódicos quienes más irritaban á los diputados aludidos en sus hojas, sino que en el salón mismo del Congreso el público se permitía expansiones que á veces paraban en verdaderos escándalos. Dice el señor Villanueva en su Viaje á las Cortes: «Con este motivo (el de la licencia de los periódicos), se trató de la falta de decoro que se advierte en el público, del murmullo contra los Vocales que no hablan á su gusto, etc. El señor Lera notó que en los *Diarios de Cortes* se pusiese la expresión *hubo murmullo,* y otras semejantes que parece autorizar esta libertad del pueblo. El señor Mejía contestó que en todos los reinos donde se delibera en público, se nota lo mismo en las discusiones impresas. Otros señores dijeron que el Congreso mismo da ocasión á estas libertades del pueblo, pues nosotros somos los primeros á hablar y á notar á los compañeros en público cuando no hablan en ciertas materias según nuestra opinión. Se acordó que para mañana se fije en las puertas, firmado por los Secretarios, el artículo del reglamento que encarga el decoro y silencio del pueblo en las sesiones públicas».

Nada de eso bastó para conseguir la prudencia en los asistentes á las sesiones ni para que la prensa periódica moderase su sistema de ataques á los diputados, á los empleados y aun á los militares que dirigían las operaciones de la guerra. La peste cuya reproducción en Cádiz se temía para de un momento á otro, y el empeño en algunos diputados de que con ese motivo se trasladaran las Cortes á la Isla de León, pretextando la conveniencia de aligerar de gente la ciudad de

Cádiz y aún habiendo quienes solicitaban la traslación á Mallorca ó Alicante, produjo en el público un efecto que agravó el estado de efervescencia en que, por tantas causas, se hallaban los ánimos. Hasta se llegó á tomar en serio el rumor de una conspiración para que la Regencia disolviera las Cortes, suponiendo una conferencia habida entre los Regentes y los Ministros para llevar á cabo tan temerario proyecto. Los diputados habían recibido anónimos imponiéndoles de la idea de tal conspiración abrigada en el seno del Gobierno, y del peligro que corrían sus personas; y fué necesario darles toda clase de seguridades para que se satisfaciesen de nuevo con recomendar á la Regencia aquello mismo que con tanta oportunidad había propuesto anteriormente Argüelles.

¡Qué tal sería la sesión para que el Sr. Villanueva dijera de ella: «Fué rato de tres horas y media, tristísimo, de los peores que he tenido en mi vida. Salimos los más abatidos de ánimo hasta lo sumo»!

¡Temor á un golpe de Estado por parte de la Regencia; temor á sicarios que se encargaran de asesinar á los diputados más influyentes; temor, además, á un *pronunciamiento* militar, puesto que corrió la voz de que había á las puertas de Cádiz 6.000 hombres del ejército de la Isla amotinados; y todo eso con el acompañamiento y coros de los muchos periódicos que entonces se publicaban en aquella ciudad!

Entre éstos los había formales que trataban los asuntos políticos y los militares también con conocimiento y dominio de la materia objeto de sus trabajos, y los había que, sin esos elementos, se entregaban á comentar las noticias recibidas y á discutir los discur-



sos de los diputados y las resoluciones de las autoridades, las de la Regencia sobre todo, con la misma pasión, con igual calor que la conducta de los adversarios según sus propias opiniones ó sus intereses también personales (1). Pero cuanto pudieran decir esos periódicos no valía nada para las invectivas que contenían los mil folletos, las proclamas y pasquines que salían á luz todos los días por las calles ó se fijaban en las esquinas excitando en el público la ira ó la risa según sus tendencias políticas.

Porque efectivamente, fuese por la diversidad de opiniones en asuntos tan nuevos para la generalidad de los españoles, fuese por la irritación que producía en los gaditanos y más aún en los refugiados en aquella plaza, asilo á que se apresuraban á acogerse los patriotas de todas las provincias, lo cierto es que, excitados unos y otros, creían no deber respetar nada ni á nadie al verse contrariados en sus esperanzas de recobrar la paz ó en sus propósitos de hacerse lugar en la administración pública.

¿Cómo, pués, no habían de irritar tales escritos á quienes ya se consideraban soberanos, por más que muchos de ellos no tuvieran aún la investidura real y definitiva de los pueblos ó regiones que representaban? Y, volvemos á decir porque fué carácter propio de

---

(1) Por aquel tiempo se publicaban en Cádiz y se distinguían por sus ideas favorables, en su mayor parte, á la libertad: *El Telégrafo Americano*, *El Revisor Político*, *El Semanario Patriótico*, *La Gaceta de la Regencia*, *El Diario Mercantil*, *El Observador*, *El Conciso*, *El Concisín*, *El Centinela de la Patria*, *El Robespierre Español*, *Amigo de las Leyes*, *El Redactor General*, *El Censor General*, *El Diario de la Tarde*, *El Periódico Militar del Estado Mayor General* y algún otro que ahora se escapa á nuestras investigaciones y memoria.

aquel Congreso, ¿cómo habían de ser respetados por la prensa cuando el público que asistía á sus sesiones les faltaba á cada momento con sus murmullos de desaprobación, sus gritos, á veces, insultándoles, y hasta poniendo en peligro sus personas, salvadas á fuerza de puños por sus colegas ó por las bayonetas que el Gobernador militar hacía acudir en su auxilio? En la sesión del 26 de octubre de 1811, al reclamar el señor Valiente el cumplimiento de lo preceptuado respecto á las muestras de desaprobación dadas por el público, alborotóse éste á punto de tener el presidente que levantar la sesión. Pero no acabó con eso el desorden allí ni en la ciudad; porque, trasladándose los alborotadores á las inmediaciones de San Felipe Neri, aguardaron á aquel diputado para atropellarle; y lo hubiera pasado muy mal si el Gobernador, general Villavicencio, no los calmara lo suficiente para poderlo llevar consigo y con la fuerza que le acompañaba al muelle y embarcarlo en un buque de guerra surto en la bahía (1).

---

(1) He aquí cómo pinta aquel suceso D. Carlos de Brun en su libro de *Retratos políticos de la Revolución de España*, obra curiosísima impresa en Filadelfia en 1826. «En sus discursos, dice, no vacaba nada; todo, hasta las suspensiones, decían algo, y algo que annunciaba algo más que traía cola, y esta cola, otra, y así no se podía contrarrestar. Argüelles, auxiliado de Toreno, que era su Sancho, tenía que ojear todos los monitores, y con todo eso no podían con él. Pues ¿qué remedio?—Silbarlo,—no dexarlo hablar;—si insisto,—que—*fuera*, que *fuera*,—y así se hizo; las tribunas gritan, en la calle se alborotan,—se amontona gente,—viene el Gobernador Villavicencio,—trae tropa,—despejan la calle,—sacan á Valiente, lo meten por seguridad en una fragata,—y se lo llevan lexos de Cádiz, y de las Cortes. Era valiente, como suena, el señor Valiente, y acaso bravatero de fuerza de razón: no siempre la tenía, porque contra la libertad la hay pocas veces».

¡A tal punto se hallaban de exaltados los ánimos en Cádiz, tal era el respeto que infundían las Cortes y tal, por consiguiente, la inmunidad de que gozaban los diputados para sus opiniones y votos!

Y que no debe haber exageración en esos juicios, lo prueba el que emite D. Antonio Alcalá Galiano al recordar en sus Memorias el efecto que le producían las escenas de ese género que presenció en las sesiones á que asistía como expectador, curioso y observador. «Lo que sí nos honra, dice, era que viésemos con disgusto no leve ni encubierto el desorden con que los concurrentes á las galerías tomaban parte y ejercían influjo en las deliberaciones de las Cortes. Verdad es que en 1814, cuando cayó el gobierno popular, fué moda de los vencedores perseguidores, ponderar hasta lo sumo los tales excesos. Pero también por el opuesto lado ha habido insuperable lenidad ó parcialidad escandalosa, en punto á calificar ó recordar tales desmanes; de modo, que aún el digno Conde de Toreno, en su historia escrita cuando ya dominaba en él la voz de la razón, todavía encubre la verdad en esta materia» (1).

---

(1) El Conde de Toreno describe así esa parte de la sesión: «Valiente, además asistía poco á las Cortes, y sabíase que era el único individuo de la comisión de constitución que había rehusado firmar el proyecto. Motivos todos que aumentaban la aversión hacia su persona, y por lo que debiera haber procedido con mucha mesura. Mas no fué así, y acudiendo inopinadamente á las Cortes, púsose luego á hablar, usando de expresiones tales que presumieron los más ser su intento excitar el desorden y convertir por ese medio, según prevenía el reglamento, la sesión pública en secreta. Confirmóse la sospecha cuando se vió que Valiente al primer leve murmullo de las galerías reclamó el cumplimiento de aquel artículo reglamentario; con lo cual indispuso aún más los ánimos, y á poco los irritó del todo, aña-

Proyecto de Constitución.

Andábase entretanto discutiendo el proyecto de Constitución, presentado por primera vez á la deliberación de las Cortes el 18 de agosto de aquel año de 1811. Como era de esperar de la falta de experiencia en un cuerpo formado de elementos tan heterogéneos y en época tan turbulenta y calamitosa, el proyecto, primero, y la obra, después, tenían que adolecer de un desconocimiento notable de los caracteres que deben revestir las de naturaleza tan extraordinaria y compleja. Para aquellos flamantes legisladores, la mayor parte, si no todos, improvisados y desprovistos algunos del mandato de los pueblos que representaban, la tarea era, con efecto, tan difícil como nueva; y tuvieron que buscar en otra parte modelos á que someter sus ideas de constitución y gobierno, ya que en su patria las que pudieran imitar no habrían de conformarse con las que se pretendía adoptar, inspiradas en las que, no sólo la revolución francesa, sino que el estado anómalo en que se hallaba la nación, aconsejarían introducir en el código constitucional que se la iba á imponer.

El Sr. Argüelles, autor del discurso que precedía al proyecto de la comisión y que lo leyó en la sesión del ya citado 18 de agosto, trata en su *Resumen histórico*, de quitar á aquel trabajo el carácter de extranjerismo que generalmente se le ha atribuído. Por el contrario, quísole dar el de un españolismo muy marcado, fundándolo en la cita y adaptación de nuestras an-

---

diendo que entre los circunstantes había *intriga*; y también, según oyeron algunos, *gente pagada*. Palabras que apenas las pronunció, causaron bulla y desorden en términos que el presidente alzó la sesión pública á pesar de vivas reclamaciones del señor Golfín y Conde de Toreno».

tiguas leyes, las, sobre todo, consignadas en el famoso y tan celebrado código de Don Alfonso el Sabio. «Nada, se dice en el discurso, ofrece la Comisión en su proyecto que no se halle consignado del modo más auténtico y solemne en los diferentes cuerpos de la legislación española, si no que se mire como nuevo método con que ha distribuído las materias, ordenándolas y clasificándolas para que formasen un sistema de ley fundamental y constitutiva, en el que estuviese contenido con enlace, armonía y concordancia cuanto tienen dispuesto las leyes fundamentales de Aragón, de Navarra y de Castilla, en todo lo concerniente á la libertad é independencia de la Nación, á los fueros y obligaciones de los ciudadanos, á la dignidad y autoridad del Rey y de los tribunales, al establecimiento y uso de la fuerza armada, y al método económico y administrativo de las provincias». Esto, unido al pensamiento en que parece inspirarse el libro de Argüelles que hemos citado antes y en que se dice: «Sin embargo, la posteridad hallará, que todavía se acertó á comprender en diez breves títulos los principios fundamentales, no sólo de un gobierno moderado y justo, sino los que constituyeron verdaderamente la monarquía de España» (1), podrá hacer creer que se trataba en aquel proyecto de una *restauración* de nuestro antiguo modo de ser en cuanto al gobierno y la administración

(1) Argüelles cita apropósito de eso, las palabras de Alfonso el X: «Libertad es la más cara cosa que los omes pueden haber en este mundo».

César Cantú ha dicho después: «¡La libertad, cuyo nombre es tan dulce, cuyo uso es tan difícil y cuyo fruto es tan amargo!»

Todo ello es según se entienda y se practique.



política; palabra, la de restauración, que no deja de repetirse con frecuencia en esos escritos.

Sin embargo, y aun no queriendo apelar á las opiniones, que podríamos aducir, de varios de los impugnadores del código constitucional de 1812, no pocas exageradísimas, hay que reconocer en el proyecto presentado á las Cortes de Cádiz, una tendencia marcada á los principios consignados por la revolución francesa, dentro, por supuesto, del fundamental de la monarquía, de que era rarísimo el diputado que procurase prescindir. Escribía el diputado Sotelo de Novoa....: «Quería Cortes cada año como en Aragón, ¿por qué no admite todos los Magnates y Prelados? Las quería como en Castilla, ¿por qué no admite á los mismos y conserva á los Ayuntamientos el derecho de escoger y limitar los poderes? Las quería como en Navarra (cuya Constitución se ha repetido en las Cortes está viva), ¿por qué no distingue los tres plazos, y perpetúa como en aquel Reino votos en cuerpos ó familias particulares? Quería mantener la Constitución Monárquica que ha jurado como toda la Nación, ¿por qué quita el brillo á la Majestad? ¿por qué la priva de todo lo que habitúa los hombres al respeto y la deja sin la consideración tan necesaria en un grande Estado? ¿por qué pone al Rey sin apoyo al frente de una *Constitución democrática*? En fin, quería asegurar la libertad, como era justo, ¿por qué se olvida, por qué cuenta y *habla tan poco del orden público*? ¿por qué no establece los límites para que no degenere, para que á las Cortes constituyentes no las suceda como la Convención Nacional, la irreligión, las desgracias y el despotismo?

Los ojos bastan, decía el autor anónimo de unas



Reflexiones sobre aquella Constitución, para leer en la fachada, que la obra no tiene más objeto que asegurar la observancia de las antiguas leyes, y los ojos sobran para convencerse de que la España constitucional es tan parecida á la España antigua, como la Francia de 1792 á la Francia de Carlo Magno.»

Y como estas citas podríamos traer aquí más de ciento de los innumerables escritores de aquel tiempo, del en que palpitaban los corazones españoles de entusiasmo al grito, como dice otro cronista de aquellas Cortes y repiten casi todos, de *viva la religión, viva la patria, viva* FERNANDO, lamentándose de que la comisión, lo mismo que el Congreso después, iniciaron y acabaron una obra en que apenas si quedó rastro de las antiguas leyes constitutivas de la Monarquía española. Pero ¿qué más? Ahí están las Memorias de Don Antonio Alcalá Galiano, en que se demuestra que la constitución francesa de 1791 fué la que se tomó por mejor y más sabia norma á que pudieran sujetar sus especulaciones políticas nuestros hombres de las Cortes de Cádiz, sin detenerse el mayor número de ellos á reflexionar cuán diferentes eran en una y otra nación, la francesa y la española, las condiciones de origen, carácter, costumbres é historia que deben tenerse en cuenta para su más prudente gobierno y mayor felicidad. Así es que en la imitación como en las variantes que se atrevieron á introducir, se hacía observar, tanto la falta de ideas propias de sus autores como la de habilidad y prudencia para acomodar las agenas al modo de ser de la nacionalidad española (1). Argüe-

(*) Llenaríamos páginas y páginas con la enumeración tan



lles, de buena fe sin duda, querría la consonancia de nuestra antigua legislación con las innovaciones políticas introducidas en Francia, aceptadas en teoría por Napoleón y propagadas por Europa como adaptables á la forma monárquica; querría, sobre todo, una constitución á la inglesa con ese mismo propósito conciliador; pero la obra en que tomó la mayor parte, resultó á todas luces exótica y provocó los más acalorados debates por considerarla excesivamente democrática para aquellos tiempos en España.

Así es que nos detendremos muy poco en el examen del proyecto de que acabamos de hacer mención; y sólo al recordar las discusiones á que dió lugar, daremos, como hemos hecho de las anteriores de las Cortes hasta la de la Constitución, las noticias que convengan por la debida correspondencia que les pertenezc con la marcha militar de la guerra.

Desde la primera sesión, la del día 25 de agosto, dedicada á discutir el proyecto presentado, se pudo observar que hallaría una oposición que, si no todo lo franca que fuera de temer al sentirse heridos los sentimientos de la mayoría de los españoles y los intere- Su discusión.

sólo de los escritos que, al leerse el proyecto de la Comisión, se escribieron en Cádiz y en los pueblos libres de la dominación francesa, contra las aserciones, en él estampadas, de haberse sus autores inspirado en nuestra antigua legislación. Y como esos escritos, podríamos presentar los de varios conspicuos extranjeros, los ingleses particularmente, que no tardaron en manifestar que los principios en que se fundaba la constitución de 1812 eran opuestos á los legales y consuetudinarios que conocían y respetaban los españoles de aquel tiempo. «No, dice M. de Carné; el código de Cádiz no es el renacimiento de las antiguas libertades de la monarquía castellana ó aragonesa sino un ensayo nuevo y peligroso de *la mejor de las repúblicas*, según el estilo verdadero de la expresión de Lafayette».

ses de no pocos, ofrecería los obstáculos que permitiese el entusiamo que produjo en los más de los refugiados en Cádiz la obra tan celebrada de Argüelles. Los no impresionados y, más todavía, los descontentos de la lectura del proyecto y su discurso preliminar, se dedicaron á entorpecer la discución y alargarla cuanto les fuere dable con cuestiones y disputas, como dice uno á quien después le parecía bastante mal aquel código, que dificultaban su término y, por fin, su aprobación. No fué muy acalorada la discusión del capítulo I. El haberse ya admitido el principio de la soberanía de la Nación desde el día en que se instalaron las Cortes, mejor que por creerse excelente en sí mismo, por el estado de orfandad en que se hallaba España, con su rey secuestrado y su territorio invadido y en su mayor parte ocupado por ejércitos tan poderosos, hizo que obtuviese un número de sufragios, el de 128 contra 24, verdaderamente extraordinario. Entretuviéronla con argumentos, más escolásticos que parlamentariamente oportunos, algunos de los diputados que Argüelles calificó de *melindrosos y suspicaces,* y Toreno de *malévolos,* pero al fin se aprobó con alguna ligera enmienda y la traslación de su último artículo, el 4.°, al capítulo III (1).

Título I. Capítulo I.

---

(1) ¿Quién reconocería en 1837 al conde de Toreno en el que en 1811 decía lo siguiente?: «Los Sres. Borrul, Obispo de Calahorra y Llaneras han sentado proposiciones tan contradictorias y han hecho una confusión de principios tan singular, que difícil es desenmarañarlos todos. Si mal no me acuerdo, han convenido en que la soberanía, parte reside en el rey, parte en la Nación. ¿Qué es la Nación? La reunión de todos los españoles de ambos hemisferios; y estos hombres llamados españoles, ¿para qué están reunidos en sociedad? Están reunidos, como todos los hombres en las demás sociedades, para su conservación

Más dificultosa se hizo, con todo, la resolución sobre el cap. II del mismo título, tratando de la definición *de los Españoles* y de las obligaciones que se les imponía. La de amar su patria y ser *justos y benéficos*, tuvo impugnadores considerándola impertinente; pero también pasó con una ligera supresión, lo mismo que la de ser fieles á la Constitución y contribuir á los gastos del Estado. Quejábase Argüelles de que se entorpeciera la discusión, y con su influencia logró abreviarla apelando al recurso de declarar los asuntos suficientemente discutidos y votarlos. Esto sucedió á veces, y principalmente al tratarse *del territorio de las Españas* en el tít. II. Y por cierto que al discutir si habría ó no de incluirse en la relación, que se presentaba en el proyecto de reinos y provincias, el Señorío de Molina y Ceuta, y los presidios inmediatos de Africa, el señor Muñoz Torrero expuso unas teorías tan peregrinas como la de extender á todas las provincias los fueros de Navarra y Aragón. Decía en la sesión del 2 de septiembre: «Estamos hablando como si la Nación española no fuese una, sino que tuviera reinos y estados diferentes. Es menester que nos hagamos cargo que todas estas divisiones de provincias deben desaparecer,

Capítulo II

Título II. El Territorio.

---

y felicidades. ¿Y cómo vivirán seguros y felices? Siendo dueños de su voluntad, conservando siempre el derecho de establecer lo que juzguen útil y conveniente al procomunal. ¿Y pueden, por ventura, ceder ó enagenar este derecho? No; porque entonces cederían su felicidad, enajenarían su existencia, mudarían su forma, lo que no es posible no está en su mano... ¿Y podrían conseguir esto si un solo individuo tuviera el derecho de oponerse á la voluntad de la sociedad? Además, ¿no es un absurdo imaginar siquiera que uno solo pueda moral y físicamente oponerse á la voluntad de todos? Moralmente, ¿cómo había de contrarrestar su opinión? Físicamente, ¿cómo su fuerza?»

y que en la Constitución actual deben refundirse todas las leyes fundamentales de las demás provincias de la Monarquía, especialmente cuando en ella ninguna pierde. La comisión se ha propuesto igualarlas todas, pero para esto, lejos de rebajar los fueros, por ejemplo, de los navarros y aragoneses, ha elevado á ellos á los andaluces, castellanos, etc., igualándolos de esta manera á todos para que juntos formen una sola familia, con las mismas leyes y Gobierno. Si aquí viniera un extranjero que no nos conociera, diría que había seis ó siete naciones... Yo quiero que nos acordemos que formamos una sola nación, y no un agregado de varias naciones».

¡Vaya un modo de obtener la unificación política y administrativa de España! Ya ha habido después quien haya aconsejado el procedimiento anteriormente expuesto por el Sr. Muñoz Torrero; pero nadie ha pensado en llevarlo á la práctica.

La Religión. Al leerse el cap. II que se refiere á *la religión*, fué aprobado por aclamación, aunque recomendándose darle alguna mayor claridad al redactarlo definitivamente.

El Gobierno. No sucedió lo mismo al discutirse los arts. 13 al 17 que tratan *del Gobierno*. Salió á luz la magna cuestión del *veto* de la Corona al presentarse el 15, que decía: «La potestad de hacer las leyes reside en las Cortes con el Rey.» Impugnáronlo los diputados Castelló, Terreros y el Conde de Toreno especialmente, que pretendía en un largo discurso excluir al Rey de toda participación y concurrencia con las Cortes, en el ejercicio de su autoridad suprema; ideas que combatió victoriosamente su colega el Sr. Gutiérrez Huerta. Al enunciar

la de que por cuál de los lados, el del Rey ó el de las Cortes, se trataría de arrogarse todo el poder, exclamaba el Conde: «¿De qué tenemos más ejemplos en España? ¿De qué acabamos nosotros de ser víctimas?» Y añadía: «Los comuneros se limitaban en sus peticiones á cosas justas y hacederas; al oirlas se estremecieron muchos, temblaron y ayudaron á los Ministros del Rey, que con su apoyo triunfaron, radicaron la arbitrariedad y perecieron á manos de la tiranía los dignos Maldonados, Acuñas y Padillas».

Algo después, podría decírsele: *Quantum mutatus ab illo*. Es verdad que luego se disculpaba con su inexperiencia de entonces.

Ciudadanía española.

La discusión que dió lugar á los discursos más elocuentes, eruditos y filosóficos, fué la del art. 22, pues que entrañó la magnacuestión de los derechos, primero negados y luego condicionalmente concedidos á la raza africana para obtener el de ciudadanía en España. Por más que Argüelles se defendiera con habilidad del cargo que se dirigía á la Comisión de mostrarse *iliberal*, en punto de tal transcendencia para la igualdad que tanto se preconizaba en todos los españoles, aparecía patente su repugnancia á incluir á los originarios de Africa en la clase de ciudadanos. Tales argumentos le opusieron, sin embargo, que para no insistir en las primeras y más sentidas protestas de sus ideas liberales, adoptó el partido de no volver á tomar la palabra en el resto de la larguísima discusión de cuatro días que duró la de aquel art. 22 (1).

(1) Argüelles en su obra sobre la *Reforma Constitucional* se escapa, según se suele decir, por la tangente, sin estampar si-



Composición del Congreso.

Se habían discutido los grandes principios que habría de consignar y mantener luego la nueva Constitución, y se hacía necesario pensar en el modo de llevarlos á la práctica con el establecimiento de métodos que regulasen su ejercicio. Y surgió de nuevo la cuestión americanista al señalarse las clases de que habría

---

quiera mención alguna de los españoles de origen africano. «El Consejo del rey, dice, la diputación á Cortes, las magistraturas, las prelacías y dignidades eclesiásticas, el mando de las armas, el gobierno supremo en las minoridades é interregnos, todo estuvo abierto indistintamente á los súbditos, sin más preferencia ó distinción legal que el mérito y capacidad de las personas, la predilección del Príncipe, la popularidad y confianza que gozaron entre sus contemporáneos...» ¿Por qué no recuerda la robusta y contundente argumentación del Sr. Terrero, que expuso las ideas más santas y liberales en favor de las razas de color, y de la africana especialmente? Es verdad que Argüelles, en eso como en otro género de política, siguió luego un camino opuesto al del Conde de Toreno. Y si no, véase lo que en 1835 escribía en contra del art. 12 de la Constitución de Cádiz, que él mismo había inspirado á la Comisión y luego fué aprobado, según ya hemos dicho, por aclamación.

«En el punto de la religión se cometía un error grave, funesto, origen de grandes males, pero inevitable. Se consagraba de nuevo la intolerancia religiosa, y lo peor era que, por decirlo así, á sabiendas de muchos, que aprobaron con el más profundo dolor el art. 12. Para establecer la doctrina contraria hubiera sido necesario luchar frente á frente con toda la violencia y furia teológica del clero, cuyos efectos demasiado experimentados estaban ya, así dentro como fuera de las Cortes. Por eso se creyó prudente dejar al tiempo, al progreso de las luces, á la ilustrada controversia de los escritores, á las reformas sucesivas y graduales de las Cortes venideras, que se corrigiese, sin lucha ni escándalo, el espíritu que predominaba en una gran parte del estado eclesiástico. Los que se abstuvieron entonces hasta de contradecir los indiscretos términos de aquel artículo, lo hicieron en obsequio de la paz y harmonía que sinceramente deseaban conservar con un clero ingrato, incapaz no sólo de corresponder, pero ni de conocer siquiera hasta dónde subía de precio el sacrificio de la propia reputación, para con el mundo ilustrado...»

No con el clero sólo, sino que con todos los españoles de entonces, hubieran tenido que luchar los innovadores como se pinta Argüelles. El primer lema de la bandera española era el de *Religión*.

de componerse el Congreso, y del número de habitantes de cada provincia ó reino, para fijar el de los diputados que habrían de elegir bajo el cómputo de 70.000 de aquéllos para cada uno de éstos. Comparada la población de nuestras posesiones de América con la de la Península, resultaba una ventaja notable para los americanos, sobre todo si entraban á formar número los originarios de Africa, quedando por consiguiente en manos de los ultramarinos la suerte de la metrópoli. Y aun cuando no era nuevo el debate, puesto que anteriormente, según ya expusimos en el tomo anterior, el X de nuestra obra, lo había suscitado, y largo y apasionado, el elemento americano intransigente, mantúvose ahora con los mismos tonos, lográndose no poco con que el art. 29 quedara redactado en términos dados á todo género de interpretaciones (1).

Con ser tan reñida aquella discusión, como lo había sido la primera del mismo capítulo, el 1.º del Título III, *De las Cortes*, sobre si habrían de ser éstas representadas en una sola Cámara ó en dos, optando por la única, no lo fué tanto como la en que se consignaron las facultades del Rey y, entre ellas y sobre ellas, la de la sanción que habría de dar á las leyes votadas en Cortes, la más importante de todas en el sistema constitucional. Se disputó largamente sobre si el Soberano habría, como tal, de negar la sanción á las leyes

Facultades del Rey.

(1) Ese artículo decía: «Esta base (para la representación nacional), es la población compuesta de los naturales, que por ambas líneas sean originarios de los dominios españoles, y de aquéllos que hayan obtenido de las Cortes carta de ciudadano, como también de los comprendidos en el art. 21.»

Este es aquel que tanto dió que hacer para que en él se comprendieran los originarios de Africa.



por una, dos y hasta tres veces, ó constituirse en un simple mandatario de las Cortes; y si prevaleció el dictamen de la Comisión por último, fué después de lo que pudiera llamarse un verdadero curso de constitucionalismo y de práctica parlamentaria, explicado por maestros como Argüelles, García Herreros y otros, consecuentes con la idea, ya establecida, de que se trataba de constituir una Monarquía moderada, no un gobierno puramente democrático. (1).

Termina la discusión.

Muchos artículos de aquel célebre código, que se componía de hasta 384, fueron rápidamente ó nada discutidos, pasando por su carácter más reglamentario que constitutivo, ó por no dilatar demasiado una obra cuya conclusión era reclamada de los pueblos, creyéndola salvadora de los riesgos que ofrecía guerra tan larga y asoladora como la que cubría de sangre y escombros la casi totalidad del territorio español.

Aun así, las discusiones para la elevación y coronamiento de esa obra, se prolongaron hasta el 18 de marzo del año 1812, fecha en que se dió por terminada y dispuesta para su promulgación el día siguiente, el cual impuso un nombre unido al de la Constitución política de la Monarquía Española.

«Representantes del pueblo español», decía el 18 el Presidente, que lo era entonces D. Vicente Pascual, diputado por Teruel, después de proclamar el absurdo

(1) Ya hemos dicho antes que Toreno disculpaba después sus opiniones, entonces democráticas, con su inexperiencia. Con efecto, decía en la discusión á que nos estamos refiriendo: «Varias de estas razones y otras que *inexpertos* entonces dimos, más bién tenían fuerza contra el *veto* suspensivo de la comisión que contra el absoluto».

de la conformidad de aquella Constitución con la *tan feliz, franca y liberal* de la monarquía Aragonesa; «os contemplo lleno de regocijo en este día feliz, y os doy el parabién por la conclusión de una obra que será el asombro de las demás naciones, las cuales, teniendo bien á la vista las dolorosas circunstancias en que lo habéis formado, se admirarán de vuestra imperturbabilidad, constancia é infatigables desvelos por corresponder á la alta confianza que merecisteis dé vuestros conciudadanos. Proceded ya, pues, á estampar vuestros nombres al pie de este magnífico edificio de la libertad española, para que así concluído queden enteramente asegurados los derechos de la Nación, los del Trono y los de todos los españoles de ambos hemisferios.»

Y firmada, con efecto, la Constitución en sus dos ejemplares destinados al Gobierno y al archivo de las Cortes, y leído el decreto en que éstas declaraban excluídos de la sucesión á la corona de las Españas el infante D. Francisco de Paula y la Reina viuda de Etruria, considerándolos incompatibles *por las circunstancias particulares*, se decía, *que en ellos concurren*, así como la archiduquesa María Luisa casada con Napoleón, y señalados como legítimos sucesores á falta del infante D. Carlos y su descendencia, la infanta Carlota, princesa del Brasil, y después la infanta Isabel, princesa heredera de las dos Sicilias, una comisión fué á presentar á la Regencia el ejemplar destinado á ella, regresando luego á dar cuenta de haber sido recibido *con el mayor respeto y entusiasmo* (1). Al día siguiente fué jurada

Se promulga la Constitución.

(1) Son tan extrañas las causas alegadas para excluir del trono á los infantes D. Francisco y María Luisa, que las consig-



solemnemente por todos, Regencia y diputados, en el mismo salón de sesiones en que se había elaborado, promulgándose luego en Cádiz, la Isla y sucesivamente en las provincias y pueblos libres de la dominación francesa con, al parecer, general alegría, con manifestaciones, al parecer también, espontáneas y espectáculos publicos. Alcalá Galiano pinta así el que presenciaron los gaditanos: «Empezó la fiesta, sonaron las campanas, atronó el estruendo de la artillería de las murallas y navíos; respondió á este último sonido con otro igual en la larga línea de las baterías francesas en obsequio á José I. Extremáronse al mismo tiempo en un furor el viento y la lluvia, y de todo vino á resultar el más extraño espectáculo imaginable, raro, sobre todo, por los pasmosos contrastes que presentaba á la mente, tierno, sublime, loco, inexplicable, propio, en suma, para juzgado de muy diversas maneras, según los varios aspectos por que fuese considerado».

Cuanto sucedió en Cádiz y las provincias no ocupadas por los franceses, demuestra cómo se dejan impresionar los pueblos por las novedades que les hacen esperar éxitos en los empeños en que están comprometidos aun desconociendo, si es que cabe en ellas, la eficacia en que les hace confiar su deseo. Porque pronto se convencerían de que el éxito de la guerra se debería más al esfuerzo de sus hijos, desplegado desde los principios de la invasión francesa, que á la acción emanada de ideas que la mayor parte de ellas desconocían, como lo probaron nada más que dos años después aconteci-

---

naremos en el apéndice núm. 1.° con sus notas y correspondientes comentarios.



mientos tristemente elocuentes. Los papeles públicos no se quedaron atrás en la manifestación del entusiasmo general de España, llenando sus columnas de composiciones, ya en prosa, ya en verso, que aumentaran, si eso era posible, el patriotismo de sus lectores. ¿Cómo la mayor parte de éstos, la masa general del pueblo, había de comprender el espíritu de un código que entrañaba cambios tan radicales en la constitución de una monarquía que tan acostumbrados estaban á respetar, y por la que nunca se cansaban de derramar generosamente su sangre? Pero la novedad, repetiremos, y las alocuciones, proclamas y cartas de los innovadores que llegaban al campo y á los ejércitos haciendo suponer un cambio rápido en la suerte de nuestras armas, inflamaron el entusiasmo, ya ardiente, en el corazón de nuestros compatriotas. Pronto, sin embargo, llegó el tiempo en que, abriéndose paso la reflexión, se pusieron á ella de manifiesto los errores cometidos por los inexpertos legisladores de Cádiz, y comenzó á enfriarse el entusiasmo, entregado poco antes á las mayores exageraciones. «Y en verdad, dice el conde de Toreno, ¿cómo podría esperarse que los españoles hubieran de un golpe formado una constitución exenta de errores, y sin tocar en escollos que no evitaron en sus revoluciones Inglaterra y Francia? Cuando se pasa del despotismo á la libertad, sobreviene las más veces un rebosamiento y crecida de ideas teóricas, que sólo mengua con la experiencia y los desengaños. Fortuna si no se derrama y rompe aún más alla, acompañando á la mudanza atropellamientos y persecuciones. Las Cortes de España se mantuvieron inocentes y puras de excesos y malos hechos; ojalá pudiera ostentar lo mis-



mo el gobierno absoluto que acudió en pos de ellas y las destruyó.»

¡Parece imposible que un talento como el de Toreno dejara de ver la causa de esa mansedumbre de las masas españolas en la diversa condición social en que se hallaban respecto á las de Inglaterra y Francia en la época de sus revoluciones! Ahí está el secreto de tal fenómeno.

El Conde dice que los ministros de Inglaterra y Portugal se esmeraron en demostrar su satisfacción adornando sus casas. A pesar de eso, véase lo que escribe Napier, eco de las opiniones de los dos hermanos Wellesley, embajador, el uno, de la Gran Bretaña en Cádiz, y General en jefe, el otro, del ejército aliado. «No corresponde á esta historia trazar aquí las cualidades y los defectos de aquel instrumento de gobierno, bástanos con saber que los resultados no correspondieron á lo que se había pensado y que agrabaron los males de la guerra. El principio democrático de la nueva constitución desagradó á muchos y la suscitó enemigos; entonces las facciones, las disputas y las intrigas ocuparon la atención y los ánimos y consumieron un tiempo precioso que debiera haberse dedicado enteramente á mejorar la condición del soldado.»

«No se puede negar á aquella Constitución el haber establecido ciertos principios de un modo vigoroso á la vez que terminante. La opresión, multiplicada bajo tantas formas por el sistema feudal, fué ahogada por una mano justa y firme (1); pero ¿qué fruto benéfico

(1) ¿Dónde vería Napier ese feudalismo? Schépeler dice, y lo sabemos todos: «El absolutismo del Gobierno pasado lo había todo oprimido».



había de dar para la guerra el reconocimiento de principios que nunca había de procurarse de poner en práctica? ¿Qué ventajas hallaría el soldado en oir decir que era un hombre libre combatiendo por la constitución al igual que por la independencia nacional, cuando veía á los autores de esa Constitución sumidos en los excesos del lujo y el desorden, y que el oro que así prodigaban debiera servir para vestuarios, armas y víveres?» (1).

Para un extranjero que como Schépeler alabe aquella Constitución, y eso con reservas no poco esenciales, hay muchos que no la encuentran apropiada para la nación española (2).

Concepto militar de la Constitución.

Dejando á otros el juicio político de aquel código, tan celebrado por unos, maldecido por otros y, después de todo, variado tantas veces hasta los días presentes, vamos á, en nuestro estudio de las Cortes de Cádiz, tomar en cuenta como punto que no podemos dejar desatendido, el que se refiere á la constitución de la fuerza militar, perteneciente en un todo al objeto de esta historia. El título VIII, contiene dos partes: el capítulo I que trata *De las tropas de continuo servicio,* y el II, que *De las milicias nacionales.* En el primero se consigna que habrá una fuerza militar nacional permanente, de tierra y mar, para la defensa exterior del

---

(1) Eso pedían también algunos de nuestros diputados, entre los que se distinguió el canónigo Ostolaza gritando: «Guerra y dinero, dinero y guerra», á lo que correspondía el inglés Vaugham diciendo: «Eso, eso es en lo que se debe ocupar el Congreso».

(2) Es verdad que ese mismo escritor alemán atribuye á los ingleses el concepto egoista de que ven con pena en el continente la libertad á que ellos deben su prosperidad y poderío.



Estado y la conservación del orden interior; que las Cortes fijarán anualmente el número de tropas y el modo de levantarlas, y asímismo el número de buques que hubieren de armarse ó conservarse armados; el establecimiento también por las Cortes de la disciplina, orden de ascensos, sueldos, administración y cuanto corresponda á la buena constitución del ejército y armada, y la formación de escuelas militares para la instrucción de ambos institutos de mar y tierra. Declara, por fin, que «ningún español podrá excusarse del servicio militar cuando y en la forma que fuere llamado por la ley».

En el cap. II se establece la creación en cada provincia de cuerpos de milicias nacionales, compuestos de habitantes de cada una de ellas, cuyo modo de formación, número y especial constitución deberían arreglarse por una ordenanza particular, y cuyo servicio no sería continuo, teniendo lugar sólo cuando lo requiriesen las circunstancias. El último artículo de ese título, el 365 de la Constitución, decía así: «En caso necesario podrá el Rey disponer de esta fuerza dentro de la respectiva provincia; pero no podrá emplearla fuera de ella sin otorgamiento de las Cortes».

Trasladamos íntegro ese artículo, porque puede decirse que á ese asunto de las facultades del Rey se redujo la discusión de tan importante título en la única sesión á que dió lugar, la del 16 de enero de 1812.

El Conde de Toreno fué quien inició el debate presentando dos proposiciones, dirigidas á despojar al soberano de la facultad de nombrar los oficiales de los cuerpos de Milicias, otorgándosela á las Diputaciones provinciales ó á las Cortes, y quitando á esos oficiales toda



consideración militar cuando no se hallaren de servicio. En su largo discurso, más que de otra cosa, cuidó de evitar que el Rey pudiera disponer de la fuerza militar, tomándole por el mayor enemigo de la libertad, que según el diputado asturiano, era preciso asegurar de los desafueros de la potestad real. «Con la primera (de sus proposiciones) decía, lograremos que no dispensando el Rey las gracias, y no pudiendo moverse las Milicias sin permiso de las Cortes, como nada tendrán entonces que esperar de él los jefes que tanto influyen en sus cuerpos respectivos, y como el interés general de los ciudadanos que los componen principalmente, consiste en conservar la libertad, que es la que les da consideración y seguridad, se pondrá la Constitución á cubierto de los ataques que quieran dárselo por la potestad ejecutiva.» Y sacando ejemplos de la historia del pueblo-rey y de la de España antigua y moderna, concluía al referirse al cap. I, ya citado, de la Comisión: «En cuanto al capítulo anterior, propongo que el primer artículo se conciba de este modo: *habrá una fuerza militar permanente de tierra y de mar para la defensa del Estado*; y así evitamos autorizar constitucionalmente al Rey á que use del Ejército cuando le acomode bajo del honroso pretesto de conservar el orden interior».

Contestóle inmediatamente el diputado Aner, procurando desvanecer los temores del Conde respecto á las ideas liberticidas que atribuía á los soberanos, y poniendo de manifiesto que *mal podría el Rey ó Poder ejecutivo responder de la seguridad y tranquilidad del Estado, si no se le dejasen á su disposición los medios necesarios para ello.* El Sr. Aner consideraba las Mili-

cias bajo otro aspecto, el de cuerpos de reserva con los que se podría disminuir el ejército permanente y con él los gastos generales de la nación.

Después de hablar otros diputados, uno militar y de cuerpo facultativo, el Sr. Llano; unos en pro y otros en contra del Conde de Toreno, tomó la palabra el *divino* Argüelles y en una peroración en que tanto brilló la doctrina militar, como el buen sentido y el espíritu constitucional en que debía inspirarse el Código que se andaba elaborando en las Cortes, fijó la cuestión de los servicios que tocaba prestar á cada uno de los institutos del Ejército permanente y las Milicias de un modo convincente y decisivo.

Claro es que hubo de atemperar gran parte de sus frases á la consideración del ambiente que dominaba en aquella asamblea, opuesta á la soberanía del Rey, de cuya lealtad se sospechaba; por lo que tenía que dar á la Milicia nacional una importancia que, si era para él esencial tratándose de la defensa de la libertad política de la nación, no tardaría en ver que no era lo eficaz que se pensaba. En su larga existencia política recibiría sobre ese punto varios y no pocos ejemplares desengaños. Pero supo en aquella ocasión solemne conciliar esa aspiración liberal de toda su vida, con la verdadera doctrina en materia de organizaciones militares y las experiencias de todos los tiempos. «En esta parte, dijo en su discurso, podrá considerarse la Milicia Nacional como el plantel de los ejércitos, y en algunos casos como tropa auxiliar, siempre que obre en cuerpos de milicias organizados; esto es, podrá considerarse en los movimientos de apuro como un suplemento á la fuerza de línea. Uno y otro pende de la or-



ganización respectiva que se dé á ambas fuerzas. Bajo el aspecto doméstico, hay que considerar varias cosas. La necesidad de conservar en tiempo de paz un ejército en pie, más ó menos numeroso, no hay duda que pone en conocido riesgo la libertad de la Nación. El soldado, por el rigor de la disciplina, queda sujeto á la más exacta subordinación: su obligación es obedecer; y este principio tan esencial de la institución militar, es cabalmente el que tiene una tendencia al abuso por parte de los jefes ó de la autoridad que manda la fuerza. Al Ejército ni le toca ni puede tocarle el examinar la razón de la orden que le pone en movimiento. Su obediencia lo exige por constitución. La menor deliberación acerca del objeto de su destino, destruiría en sus fundamentos la institución militar. Por lo mismo es un axioma que la fuerza armada es esencialmente obediente. Mas ¿quién no percibe el peligro que envuelve esta teoría? Por una parte, el soldado no puede ni debe examinar el objeto que se propone el que le manda, á no destruir el principio de la subordinación. Por otra, siendo el soldado, como ciertamente lo es, un ciudadano en proteger á su Patria y no en oprimirla, no debe prescindir de la justicia de la causa que defiende: de lo contrario, sería un vil estipendiario de que se sirviesen los ambiciosos para sus perversos fines. De aquí se sigue la grande dificultad de conciliar los perjuicios y las ventajas de una institución, que debiendo ser por su naturaleza obediente, queda expuesta á verse convertida en instrumento de opresión contra su propia voluntad, y siempre contra sus verdaderos intereses.»

Pero donde brilla el concepto militar, práctico á la vez que científico, que de la guerra moderna se iba

abriendo paso para contrarrestar, entonces, la invencible fuerza que el valor francés y los talentos de Napoleón hacían pesar sobre todas las naciones de Europa, y ahora pasa por el único método que ha hecho caducar los antiguos ya tenidos por rutinarios é ineficaces, es en el discurso del Sr. Oliveros, pronunciado para apoyar las ideas de Argüelles y conseguir, como se logró, la aprobación del art. 354 que se discutía, y el del Sr. Borrul para la del 360 sobre las Milicias provinciales nacionales.

Comenzó Oliveros por hacer ver que del art. 170, ya sancionado por las Cortes, en el que se daba al Rey la potestad de hacer ejecutar las leyes y cuanto conduce á conservar el orden público en el interior y la seguridad del Estado en lo exterior, debía deducirse la conveniencia de poner á su disposición todos los medios necesarios, y los más principales son las tropas de mar y tierra. «En una Monarquía tan vasta como la española, añadía el orador, se precave la tiranía con la institución de las Cortes, mas es indispensable dar al Rey fuerzas muy considerables para mantener su unión. El poder del Monarca debe ser muy grande, y tener á su disposición todos los medios que exige la extensión de su territorio, porque he dicho ya otra vez que convienen los publicistas en que la reunión del poder debe ser mayor cuanto más distantes se hallan los términos á que se extienda. Esta circunstancia pide más energía y unidad en las providencias. Considérese la inmensidad de los países españoles, y no podrá negarse que al Rey se le debe conceder, en cuanto convenga, la facultad de disponer de las fuerzas militares permanentes que sean necesarias para la



conservación del orden interior en tanto número de provincias».

Esto en cuanto á la potestad del Rey para mandar las tropas; que en cuanto á la organización de ellas, véase cómo el Sr. Borrul, un abogado valenciano, se adelantaba á las ideas que el general Sharnhost y el barón Stein impusieron en 1813 al ejército prusiano, y puede decirse que, desde entonces, han dado la vuelta al mundo. No tememos fatigar la atención de nuestros lectores, porque, como españoles, verán satisfecho su amor propio de tales, con la copia de la parte de discurso en que el Sr. Borrul se anticipó á cuanto, *plus minusve*, se ha proclamado después como el bello ideal en materia de organización militar. Decía el Sr. Borrul: «Ni puede considerarse que tenga poca duración esta guerra, porque costará algún tiempo sacarle (al común enemigo) de la Península, cuando ha ocupado casi todas sus principales fortalezas; después estaremos expuestos por varios años á frecuentes incursiones del mismo, y á que, valiéndose de sus viles satélites, procure introducir en varias provincias el voraz fuego de la discordia y de la guerra (1). Sus abominables máximas se han extendido por toda la Europa, y ellas han de excitar una desmedida ambición en algunos Príncipes, y continuas discordias entre diferentes potencias, obligando, al fin, á apelar al furor de las armas para conseguir sus intentos; y por lo mismo conviene que los pueblos y todos sus vecinos, cuando lo permitan sus regulares ocupaciones, se dediquen á instruirse en

(1) No veía la ruina de Napoleón tan próxima como ya estaba al declarar esos temores en las Cortes.



la táctica militar y á formar diferentes cuerpos, de suerte que, hallándose armada toda la Nación, no sólo pueda ahora vencer á los enemigos, sino hacerse respetar en lo sucesivo de Europa. Esto propuse á V. M. en el mes de noviembre de 1810, al cabo de poco tiempo que logré el honor de ser admitido en este Augusto Congreso.»

«Con lo dicho se logrará también, que estando diestros en el manejo de las armas todos los españoles y divididos en diferentes cuerpos, podrán, cuando se suscite impensadamente cualquier guerra, poner incontinenti varios regimientos de línea, ó agregarse á ellos cuantos no tengan legítima exención para este otro género de servicio; y sin perder los muchos meses que ahora se emplean en la instrucción militar, se reunirá desde luego un ejército que contenga á los enemigos, y los obligue tal vez á desistir de su empresa. Por este medio se extendería más y más el afecto á la profesión militar, considerándola común á todos; se estrecharía la unión de todos los españoles, y se añadirían, en fin, nuevos y poderosos esfuerzos para la defensa de la nación, militando también bajo de sus banderas todos aquellos que tienen bastantes bienes para responder de su conducta á la misma, y con el deseo de conservarles aspiran siempre al cumplimiento de las leyes y á sostener los derechos de la patria; y no por otro motivo procuró la antigua Roma que sirviesen en sus valerosas legiones los propietarios, y aseguró con ello sus triunfos y libertad por algunos siglos; pero habiendo Mario admitido en las mismas á toda especie de gentes, aun las más desacreditadas, y retrayéndose de servir aquéllos, empezó á experimen-

tar su ruina esta poderosa república. Y así parece correspondiente que se mande que los pueblos divididos ó barrios, formen diferentes cuerpos militares, entrando en ellos sin excepción de clase alguna, todos los seculares, y se ejercitasen en el manejo de las armas y evoluciones militares, con lo cual queda asegurada siempre la tranquilidad en los pueblos, más íntimamente unidos sus vecinos, y en disposición de oponerse incontinenti á los enemigos, y vengar las ofensas que hagan á la nación».

Y sin más que añadir al nombre de milicias provinciales el de nacionales, quedó discutido y sancionado en una sola sesión el título VIII, referente á la constitución del ejército.

Si la discusión fué breve, no por eso dejó de ser instructiva. Por el pronto fueron nulos sus resultados pues que no iría á hacerse transformación tan radical del sistema militar al frente del enemigo, pero pronto se vió que ni Argüelles ni Borrul andaban descaminados en sus ideas respecto á la potestad real en el mando de la fuerza armada de una nación ni en las condiciones que exigía una organización, tal como se iba haciendo necesaria, para resistir á los numerosos ejércitos que la Francia revolucionaria ó napoleónica iba ó había ido presentando en los teatros de la guerra para rechazar ó vencer á la Europa coaligada en contra suya. La Prusia vencida en Jena y, aun auxiliada por los rusos, en Eylau y Friedland á punto de haber de someterse á las condiciones más onerosas y humillantes para lograr la paz, viendo incontrarrestables la fuerza y el poderío del emperador Napoleón y valiéndose de las dificultades que ofrecía á éste su cam-



paña de Rusia, se había esforzado en buscar con nuevas organizaciones el modo de vencer á su tirano conquistador, modo que muy luego pudo poner en ejecución al verle atravesar el territorio alemán con sus legiones rotas y consternadas.

Pues bien, ese modo no distaba mucho del proclamado por las Cortes de Cádiz en los primeros días de aquel año de 1812, tan funesto para la Francia. El ejército territorial de la hoy república francesa y de Italia, no se diferencia tanto del propuesto por nuestro diputado Borrul que deba tenerse por muy otro si se calculan las reformas que éste hubiera sufrido al dictarse sus reglamentos, y las experiencias entre tanto recibidas para que, como en Francia, pudiera constituir una excelente reserva á la moderna. En aquella célebre sesión de que acabamos de dar cuenta se pronunció también la palabra de *la nación armada*, tan en moda ahora en toda Europa al tratarse de organizaciones militares nacionales. Y, sin embargo, nadie se ha acordado de tanto y tanto proyecto como se propuso en España para resistir con fortuna á los ejércitos franceses que tan traidoramente la habían invadido.

Por lo demás, ya lo hemos indicado, nuestros ejércitos continuaron organizados como antes de la guerra, apoyados y á veces auxiliados por aquellas famosas guerrillas, motivo, y bien justificado, de desesperación para los mariscales franceses, impotentes ante ellas en lucha tan excepcional.

Cambio de Regencia.

Con los trabajos de las Cortes al formar la Constitución del Estado y entre los que quizás excitaban más las pasiones políticas que, como se ha visto, provo-



caba tan larga y laboriosa tarea, se mezclaron otros dos asuntos de no poca monta para el establecimiento del sistema parlamentario en el sentido á que aspiraba la mayoría de los diputados. Era uno el cambio de regencia, ya que la *trina* de Blake, Agar y Císcar, por la casi constante ausencia del primero, tan aficionado á ponerse á la cabeza de los ejércitos, y el carácter, sobre que antes debiérase haber meditado, de los otros dos, carecía de la autoridad necesaria en tales circunstancias para hacerse respetar y obedecer. El segundo se había hecho ya histórico en las Cortes y antes aún en los Consejos y Asambleas políticas de nuestros pueblos de la Península y Ultramar. Hemos recordado en distintas ocasiones el nombre de la Infanta Carlota, la hermana de Fernando VII, y aún nos hemos detenido á exponer cuáles eran sus pretensiones á la regencia de España, puestas primero de manifiesto al empeñarse en tomar el gobierno de nuestras provincias del Río de la Plata, é intervenir en su sublevación contra la metrópoli española. Hemos expuesto también cómo al aprobarse la proposición de Argüelles el 30 de diciembre de 1811, quedó excluída toda persona Real del Consejo de regencia y, por consiguiente, desbaratado el proyecto del partido anti-reformista de las Cortes para poner á la cabeza del Gobierno á aquella Princesa, con los mismos atributos é igual soberanía que la del Rey, prisionero entonces del emperador de los franceses.

Aquel plan, que ofrecía todos los caracteres de un complot, tales eran la reserva y los manejos de que se echaba mano para sorprender á las Cortes, quedó después de las sesiones de los tres últimos días de aquel



mes y del 1.° de enero de 1812 completamente deshecho y casi, casi relegado al olvido, puesto que el título IV de la Constitución en su cap. III, al tratar de la Regencia, no se refiere más que á la del inmediato sucesor cuando el Rey se hallare imposibilitado, y á la de la Reina madre cuando vacare la corona, pero con carácter de provisional la regencia hasta que se reunan las Cortes extraordinarias, y asociada á dos diputados de las ordinarias y dos consejeros, los más antiguos del de Estado.

Así es que, al decretarse, por fin, en la sesión secreta del 16 de enero de 1812, que la nueva Regencia habría de componerse de cinco individuos y al elegirse éstos en la del día 21, no se insinuó siquiera que ni la Infanta Carlota ni otra persona Real entrase en candidatura para formar parte de ella.

La discusión sobre el establecimiento de la Regencia fué larga y accidentada. Iniciada el 3 de noviembre de 1811 por el diputado Sr. Morales de los Ríos, suspendida el 11, reanudada el 10 de diciembre por Capmany y con la aprobación el 12 de enero de 1812 de la primera de aquellas proposiciones, la de «que se nombre, á la mayor brevedad, una Regencia», que, según lo ya expuesto, se resolvió la formaran cinco individuos, fueron elegidos el día 21 del último mes citado para componerla el duque del Infantado, D. Joaquín de Mosquera, el teniente general D. Juan Villavicencio, D. Ignacio Rodríguez de Rivas y el teniente general D. Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal. Al terminarse el escrutinio y proclamarse los nombramientos, se expidió también el decreto para la creación del Consejo de Estado, según se había ya re-

suelto en la Constitución, eligiéndose para formar parte de él á los Regentes que iban á cesar, el general Blake y los marinos Agar y Císcar, «teniendo, se dijo, en consideración el distinguido mérito que han contraído desempeñando sus importantes funciones con un celo y patriotismo dignos del reconocimiento nacional» (1).

Los nuevos Regentes, excepto Infantado, que se hallaba ausente, tomaron posesión el 22 de enero en el seno de la representación nacional, que al día siguiente continuó su tarea de la Constitución, la cual, según se ha dicho, era proclamada en Cádiz con la fecha memorable del 19 de marzo.

Los nuevos Regentes.

¿Qué clase de personas eran los Regentes social y políticamente considerados? ¿Qué esperanzas debían cifrarse en ellos para la salud de la patria en tan difíciles y críticas circunstancias? Vamos á decirlo.

---

(1) La elección se hizo á la manera de los cónclaves, encerrándose los diputados por todo el tiempo que durase, que fué de veintitrés horas cabales. Al salir del Congreso se observó el descontento de varios diputados de los de más influjo en las Cortes, y pronto se comunicó ese disgusto á los que, ansiosos de noticias, se agolpaban á las puertas para obtenerlas frescas. La elección de Infantado y de Villavicencio fué la que produjo peor efecto por no considerarse á ninguno de ellos afecto al nuevo régimen que iba á implantarse.

Tan mal efecto causó, que *El Semanario Patriótico* del 5 de marzo se creyó en el caso de decir lo siguiente:

«Confiaban otros que la nueva Regencia, nombrada por las Cortes en la sesión secreta del 21 al 22, sería poco adicta á la Constitución, y la miraría como un estorvo. Se la vieron jurar en la sesión del 22, y aún esperaban; pero la proclama que publicaron después, y su conducta y sus providencias en los días que han transcurrido, debe ya irles haciendo desconfiar. ¿*Cómo era posible* que atropellasen la autoridad que les ha conferido la que ellos exercen, mientras tengan que emplearla toda contra los enemigos que por todas partes nos rodean? Después de vencidos estos, cabe, en lo posible, que una regencia usurpe la autoridad; pero entre tanto no es ni *justo ni posible*: y desde ahora á que puedan realizarse estos miedos, falta camino que andar».

Infantado había sido el compañero de D. Fernando desde la niñez de éste, su criado humildísimo y á la vez su consejero, responsable podríamos decir al recordar la participación que se le atribuyó en los sucesos del Escorial y su destierro. Se le tenía por hombre de cortísimos alcances y sólo propio para dar representación á una embajada como la de España en Londres, que estaba desempeñando, por el brillo de su cuna y sus riquezas aquí y en Alemania. En tal concepto era, con efecto, tenido y díjose entonces que debía su nombramiento de Regente á los anti-reformistas de las Cortes, á gran parte de los diputados americanos y á otros amigos suyos particulares. Pero véase lo que el ya citado Le Brun pensaba de él.

Después de hacer un paralelo, por demás apasionado, de Infantado y Fernando VII, diciendo que debía haber alguna analogía entre sus almas, añade: «Se cree en España generalmente, que Infantado es un ser nulo, esto es, un cuerpo sin alma, porque las funciones animales se las ven desempeñar á las maravillas; pero siempre dexa algunas dudas sobre las del espíritu. Más, no señor,—yerra, yerra muchísimo,—discurre pésimamente, y tiene una especie de *niñería* en su conducta, que lo han creido un hombre compuesto de muchos niños, que uno llora, quando otro ríe, y aquél disparata, quando este habla en razón (1).

Da margen, en efecto, su vida pública y aun la

---

(1) Alcalá Galiano, que entonces se hallaba en Cádiz, dice: «El duque había gozado de altísimo concepto en sus primeros años, y perdídolo en los sucesos de la política y de la guerra, ocurridos desde la subida del Rey al trono, dando pruebas de debilísima condición, así como de cortos alcances, siendo su



social, á juzgar de ese modo; pero dexa de ser hombre quando quiere y le hablan de *constitución ó soberanía del pueblo,* porque entonces pierde los estribos,—y con razón, porque esto de confundirse un señor que tiene su *Insula* en Alemania, y su soberanía en sus papeles, y en su sangre misma y hasta en los insectillos de su cuerpo, que viven de ella, con esa multitud de soberanillos de tres al quarto que componen el pueblo,—pongámonos en su lugar y juzguémosle sin pasión y sin echarnos tierra en los ojos.—En lo demás,—tiénteselo la ropa en mecánica,—en economía política,—en fábricas,—y en toda clase de industria, y se verá que no es enteramente tonto, como se dice, y que da su golpe en bola en cualquier punto de estos como un hombre, y—y—aun en política, si no fuera *Grande*,—y no tuviera estados,—pero los intereses son el diablo.»

A pesar de todo eso, su cuna, la inmensa fortuna que poseía, aun mermada por los decretos de Napoleón en Burgos, y los daños causados en sus estados y fábricas de Guadalajara, sus considerables donativos y sus servicios, siquier sin fortuna, en el ejército de Madrid y Cuenca, le daban entre los españoles un carácter patriótico, que no logró anublar su conducta en la junta de Bayona.

Del teniente general D. Juan María de Villavicencio, gobernador militar de Cádiz en aquellos días, se tenía un gran concepto por sus muchos servicios en el de la Armada y los que acababa de prestar en el espi-

---

estado como el de una continuación de la niñez, ó el de una vejez temprana, lo cual no le quitó seguir haciendo papel largos años, á pesar de que se le agravó su mal, en vez de aliviársele.»

noso asunto del duque de Orleans y en el más delicado y aún expuesto del diputado Sr. Valiente. Su posterior equívoca conducta política, los agasajos y favores que recibió de Fernando VII y sus tratos y correspondencias con el general Freire, que gobernaba la plaza de Cádiz en 1820, le hicieron decaer mucho de su concepto en la opinión pública; pero, repetimos, su historia anterior como marino, especialmente en el mando de las fuerzas sutiles durante el bloqueo de Cádiz en 1797 por los ingleses y en la expedición combinada para la ocupación de la isla de Santo Domingo por Leclerc, así como su comportamiento en el gobierno de la entonces metrópoli española, hicieron su candidatura para la Regencia sumamente popular. (1)

Don Joaquín Mosquera, consejero del Supremo de Indias entonces, pasaba por *servil* como Infantado y Villavicencio, por lo que ya se *vislumbró*, según ha dicho un historiador diputado en aquellas Cortes, *el lado adonde se inclinarían los nuevos Regentes*. Mosquera,

---

(1) Le Brun le trata muy mal y hasta Alcalá Galiano, que era sobrino suyo, dice de él lo siguiente: «Sin embargo, los que conocíamos bien sus opiniones, que él apenas encubría, no pensábamos que pudiese avenirse bien con la recién formada Constitución, que en breve iba á ser ley del Estado. Con todo, según llegó á mi noticia bastantes años después, D. Juan María de Villavicencio fué tanteado por gentes comisionadas al efecto por el partido más fuerte en las Cortes, el mismo en que figuraba y predominaba Argüelles, á fin de averiguar si, en caso de ser elegido para componer la nueva Regencia, aceptaría el cargo y le ejercería con buena voluntad, arreglándose á las doctrinas y á las leyes constitucionales.

.....Terminó este negocio en quedar aceptado Villavicencio, en virtud de las respuestas que dió, por candidato de la fracción más numerosa de diputados y de la que en el Congreso tenía superior influencia».

De Villavicencio cuentan que llamaba á las Cortes el *Café de San Felipe*.



que por ausencia del Duque, comenzó á presidir la Regencia, por cuyo reglamento debía cambiar de presidente cada seis meses, influyó en ella á punto de ser luego tenido por su cabeza y más influyente representante. Los descontentos de la elección que, ya lo hemos dicho, se revelaron como tales al salir del Congreso, le atribuían esa preponderancia en el consejo como los liberales todos más tarde le atribuirían la subvención de 5.000 reales al mes que se contaba recibía el periódico titulado *Procurador General de la Nación y del Rey*, fundado en el tiempo en que era Regente, y que con decir que seguía publicándose en 1815 se dice bastante para que se comprendan las ideas políticas en que se inspiraba. (1)

Don Ignacio Rodríguez de Rivas era secretario del Consejo Supremo de Hacienda, sin altura, por su puesto, para cargo tan elevado y comprometido como el de Regente del Reino. Debíalo á la circunstancia de haberse resuelto en las Cortes que dos de los Regentes

(1) Allá va un párrafo de la *Introducción* de su primer número, el del 1.° de octubre de 1812. «¡Pero hay de tí, magnánimo pueblo español, si te separas de este centro de unidad (viva la religión, viva Fernando) de donde partiste en tu primer levantamiento! ¡Ay de tí, si olvidándote de los sentimientos de probidad y lealtad que te han sostenido hasta ahora, abandonas tu religión y la gravedad de tus antiguas costumbres! En este mismo momento todos somos perdidos, si por desgracia nos dejamos arrastrar de esta filosofía pestilente, de este frívolo saber que se va introduciendo entre nosotros por unos hombres vanos y presuntuosos que á título de amor á la patria y bajo la capa de virtud intentan poner en ridículo las semillas de honor y religión, única causa y origen de nuestra inimitable constancia, y minar solapadamente el edificio de nuestra religión santa poniendo en duda sus verdades más reconocidas, y desacreditando á sus ministros, y sus prácticas; de este modo, y sólo de este modo puedes ser vencido; sólo así puedes perder la gloria que has adquirido.»

habrían de ser americanos; pero aunque estando Mosquera y Rodríguez Rivas muy por bajo en méritos y servicios de los otros tres colegas suyos, la fracción americana, tan mimada cuando estaban revueltas nuestras posesiones de Ultramar, la antirreformista, no poco numerosa también, y los indiferentes, enemigos de entablar luchas políticas en el Congreso que veían tan dividido en opiniones, dieron á uno y otro de aquellos dos señores votos que, de seguro, no merecían.

No así el conde de La Bisbal, general D. Enrique O'Donnell, cuyos servicios en Cataluña le habían dado alto renombre, sobre todo desde que herido y obligado á abandonar el teatro de sus últimas campañas, verdaderamente gloriosas, dió lugar y campo á las comparaciones con Campoverde, sucesor suyo en el mando de Cataluña, y tan desgraciado en Tarragona y Figueras.

Las regencias comparadas. De la primera Regencia á la tercera, el concepto de tal y tan necesaria institución, indispensable en el estado de orfandad monárquica en que se veía España entregada desde la reunión de las Cortes á luchas intestinas tan perjudiciales, por lo menos, como las cruentas de la guerra, había ido rebajándose no poco, siendo altísimo el de los varones ilustres que compusieron la primera y sujetas las otras á las envidias, los manejos y exclusivismos de un Congreso que proclamaba su soberanía de modo tan absoluto y despótico cual pudiera hacerlo el monarca más autoritario.

De aquélla, de la en que figuraban en primera línea el general Castaños, el Obispo de Orense y don

Francisco Saavedra, hicimos en su tiempo y lugar el elogio que merecía por el patriotismo de sus vocales y los servicios que la cupo prestar en los azarosos períodos de su administración. Concepto, y bien distinguido también merecía la segunda Regencia, la *Trina*, que es como se la llamaba, en cuanto al carácter y cualidades de quienes la componían, jefes, los tres, del Ejército y de la Armada, sin la experiencia, con todo, de los asuntos políticos y sin la autoridad, por ende, que les era necesaria en unas Cortes tan heterogéneas, pudiéramos decir, y abigarradas como, ya lo hemos dicho, arbitrarias en sus determinaciones soberanas. Distraído el general Blake con su gestión puramente militar en los ejércitos, y dejando Agar y Císcar á las Cortes la política y administrativa según ha podido verse, poca influencia podían ejercer los regentes en la suerte de tantos y tantos acontecimientos como tuvieron lugar en la época de su administración, más adversos en general que afortunados. Hicieron cuanto les fué posible para organizar nuevas y más numerosas fuerzas militares, aumentando la de los ejércitos ya constituídos y creando el 7.°, fomentando las guerrillas y dándolas, en cuanto podían, un carácter todo lo militar que era posible, procurando, como es de suponer, mantener nuestra marina tan maltratada en Trafalgar y tan desatendida después, ya por falta de recursos, ya por no considerársela necesaria para la guerra desde que se recibía el ayuda de la inglesa, sin rival en todos los mares y sobre todo en los teatros de la guerra.

En las relaciones diplomáticas, poca iniciativa le cabía tomar á la Regencia; pues que la Gran Breta-



ña, como tan interesada en aquella contienda, era la que imponía á casi todas las cancillerías de Europa la dirección más propia para contrarrestar las energías del Emperador de los franceses. Y en cuanto á las administrativas, esa misma Inglaterra, gestionando su ingerencia y sus provechos en cuanto á nuestra hacienda y buscando en América, más que el reintegro de sus socorros, que acabaron por ser nulos, la explotación de las riquezas que pudieran proporcionar tan espléndidas posesiones, se imponía también al gobierno español con sus exigencias y hasta con sus amenazas de retirarse de una lucha en que ella era la que más iba á ganar en influjo y poderío. Pero de todo eso y de cuanto se rozara con la gobernación general del Estado, las Cortes eran las que más se empeñaban en intervenir y con tanto más desembarazo cuanto la suerte de la misma Regencia estaba en sus manos, conminándola todos los días con su disolución ó el reemplazo de sus vocales. La Regencia, pues, estaba anulada ante la acción más ó menos caprichosa á veces de las Cortes sobre todos los ramos que á ella parece que debieran estar sujetos y confiados á su exclusiva dirección.

Y esta falta de autoridad, patente desde el primer día de la instalación de aquellas Cortes, se extendió, como era de esperar, á la tercera Regencia, como se verá más adelante. ¿Cómo no, si se recuerda el disgusto que revelaron los diputados al salir del Congreso apenas terminada la elección de los nuevos Regentes? Temiéndose ya su resultado antes de proceder á ella, se había hecho manifiesto en la prensa periódica el pensamiento de impedir el nombramiento de algunos



de los candidatos propuestos, ya que no proclamados para la Regencia. *El Conciso*, entre otros, publicó en su número del 19 de enero, esto es, dos días antes de la elección, un artículo cuya intención se trasluce perfectamente en el epígrafe que se lee á su cabeza: «Píldora. (Se aplica para la curación, ó al menos preservación de cierto achaque que puede padecerse por algún individuo del Congreso Nacional, quando llegue el momento de la elección de Regentes).»

Después de copiar el último párrafo de la Constitución de Bayona, añadía aquel periódico: «Ahora bien, quien tuvo la desgracia de decir esto, obligarse á esto, y firmar esto (aunque fuese entre bayonetas, y todo género de amenazas; y aunque en él concurran, como nos consta que concurren en muchos, prendas y qualidades las más recomendables), ¿podrá ser encargado de observar y hacer observar la constitución legítima española, con preferencia á quien se halle libre de semejante tacha?» Y á renglón seguido estampaba la lista de cuantos firmaron en Bayona la Constitución que el Intruso otorgó á España el 6 de julio de 1808. Y al terminar aquella lista, añadía *El Conciso*: «Repetimos que entre éstos hay excelentes patriotas y sujetos beneméritos para desempeñar otros encargos; pero que se confíe la observancia de la Constitución de Cádiz á las mismas manos que firmaron la de Bayona..., que sean Regentes... parece que repugna á la opinión general.»

El tiro, bien se ve, iba dirigido al duque del Infantado que, ausente entonces, no pudo rechazarlo como D. Pedro Cevallos que renunció á su candidatura, presentada por algunos que admiraban sus recientes escri-

tos contra Napoleón, satisfaciéndose con la cartera de Estado que se le confió inmediatamente después (1).

Tareas de la Regencia.

Formada así una opinión poco favorable á la nueva Regencia, comenzó ésta su delicadísima y desairada tarea. Decimos desairada, porque la Regencia recibió un reglamento compuesto de tres artículos, cuyo sólo enunciado revela el papel que se la haría representar. El primero versaba sobre las obligaciones y facultades que se la exigían y otorgaban; el segundo versaba sobre el modo con que debía acordar sus providencias con el Consejo de Estado y los Ministros, y el tercero, sobre la responsabilidad que á ella, como al Consejo de Ministros, podría exigírsele. Si la autoridad del Rey salía tan mal parada en la Constitución, ¿cómo iría á salir la de la Regencia, á la vista siempre de las Cortes, y sujeta á las orgullosas y despóticas veleidades que hasta entonces habían revelado?

Una de las primeras providencias del nuevo gobierno, fué la del establecimiento de bloqueo de la costa próxima á Cádiz, desde el Puerto de Santa María hasta Ayamonte, para todos los buques nacionales y extranjeros, á fin de evitar la introducción de víveres en el campo enemigo. En Cádiz no debían hacer falta, si se atiende á la frecuencia con que llegaban lo mismo del resto de la Península que de fuera (2). Sin embargo, á lo que más parecía atender la Regencia, y era natu-

(1) En Londres fué muy bien recibida la noticia del nombramiento de Infantado á quien el Príncipe regente, la Reina y el ministro de Estado felicitaron, prometiéndose *grandes ventajas para la intimidad de la alianza y para la causa común.*

(2) El 20 de marzo daba parte la Capitanía del puerto de la entrada en él de los barcos siguientes, desde las 12 del día anterior: «De Alexandría frag. am. *Wilhemina,* con harina; de ídem

ral, era al acrecentamiento y á la instrucción y disciplina de la fuerza militar; ya que las necesidades de la guerra, la manera de hacerla por nuestra parte y los abusos que se cometían en la recepción de reclutas, voluntarios ó no, y en materia de recompensas y ascensos, tenían el ejército en estado nada satisfactorio respecto á puntos tan esenciales para que obtuviera el éxito que debía esperarse en sus operaciones. Disponía la Regencia en decreto de 11 de marzo que los Generales en Jefe de los Ejércitos, «señalasen á los jefes de los cuerpos de las distintas armas que los compusieran el término de un mes para acabar de perfeccionarse en el estudio de las Reales Ordenanzas, táctica y en la práctica de mando que deben tener con proporción á sus empleos». Ordenaba seguidamente se pasara una revista escrupulosa á las divisiones, brigadas, regimientos y batallones del ejército, y los Generales en Jefe, después, propusieran la separación de sus mandos de los que no los supieran ejercer dignamente (1).

No influiría poco para esa resolución de la Regencia un artículo en que el *Periódico Militar del Estado Mayor General*, que llevaba por título el de *Instrucción Militar*, recomendaba á generales, jefes y oficiales el estudio de su arte, en la extensión toda que pudieran al-

---

frag. íd. *Fucel*, con harina; de Filadelfia frag. íd. *Little Chezub*, con harina; de New York frag. íd. *Triton*, con harina y carne; de íd. frag. íd. *Herkimer*, con harina y carne; de Norfolk berg. íd. *Fidelidad*, con harina; de Xijón quech. esp. la *Caridad*, con cebollas y batatas; de Lisboa diat. port. *Buenfin*, con lastre; de Villa-Real gol. íd. *San Joaquín y Santa Ana*, en lastre».

(1) Ese decreto revela de tal modo el estado en que se suponía al ejército, y el cuidado que se quería poner en regularizarlo, que lo queremos comunicar íntegro á nuestros lectores y lo estamparemos en el apéndice núm. 2.



canzar según sus clases respectivas. Para hacer ver la importancia de la Táctica, decíase en él: «Las evoluciones en un exército son lo que en una gran máquina el movimiento ordenado por el cual se consigue su fin. Si no se sabe moderar, si no se acierta á dirigir, si las ruedas no están corrientes, si se llegan á disparar, todo es confusión; y en vez de conseguir el autor lo que se propuso, saltan los muelles, se rompen las piezas, y se perdió el tiempo y el trabajo, y las maderas más finas y pulidas, y los metales más bien trabajados y preciosos. Sin el arte de las maniobras en una batalla, y lo que es peor, sabiéndole mal, víveres, municiones, honor, reputación nacional, soldados y lo más precioso que la vida, la amada libertad, todo se pierde. ¿Qué otra cosa ha sucedido siempre á los exércitos atrasados en el conocimiento de esta parte de táctica? ¿Qué ha sucedido á los nuestros en la presente guerra? ¡Cuántas veces han mandado los generales lo que no se sabía executar! ¡Cuántas no habrán mandado acaso por temor de que no se les sabría obedecer! ¡Y cuántas, cuántas por la misma causa se introduxo el desorden, la confusión, la debilidad, siguiéndoles la esparramada huída! Medellín, Ciudad Real, Ocaña, no se quejan, no, de falta de valor; se quejan de la falta de instrucción; se quejan de sus efectos necesarios».

No cremos que diera grandes resultados el decreto, ya citado, de la Regencia. Los españoles de entonces, y no pocos de los de ahora, no sabían, como sus predecesores del siglo XVI, distinguir el valor brillante, temerario, propio de su ardiente naturaleza y de su también primitivo orgullo, del valor frío, calculado según las circunstancias y verdaderamente útil para el éxito

de las batallas. Miraban los resultados de la disciplina militar en los franceses y sentían sus efectos; no se les ocultaba el secreto de las victorias del ejército inglés, no muy numeroso pero con jefes y oficiales instruídos en la ciencia militar, y sobrado enérgicos para que nadie se separara de las filas, ni hacia adelante ni hacia atrás, sin su expresa, inteligente y meditada iniciativa. Y sin embargo, en eso, como en todo, el corazón preponderaba sobre la cabeza en los españoles; pesando más en su acalorada mente la acción de aquellos de sus compatriotas que, afiliados en las guerrillas, vencían, en su concepto, mejor á los franceses diezmándolos puede decirse que por días. Veíanlos, además, nuestros soldados libres del freno de la disciplina y gozando de completa libertad, mejor aún, de una licencia que les consentía recoger un botín á veces inapreciable para su pobreza, y eso también producía el abandono de toda doctrina militar, y hasta la deserción que tantas órdenes como se habían expedido no lograban impedir.

La Regencia, con todo, no cesaba en su empeño de mejorar el estado del ejército, procurando con esas y otras varias disposiciones y reformas conseguirlo, por más que viera adelantarse visiblemente la situación militar en la Península con las recientes victorias de los ingleses en Portugal y su frontera, y no tuviera que temer en Cádiz tentativa alguna de ataque de parte de los sitiadores, atenidos desde la acción de Chiclana á la triste pero inofensiva tarea de lanzar bombas que, rellenas ó no, no alcanzaban á imponer á los defensores ni á turbar siquiera sus trabajos legislativos.

Los Masones.

Y sin embargo; ya que no con sus maniobras polémicas, los franceses comenzaron por entonces, y al

instalarse la nueva Regencia, otros procedimientos que por lo tenebrosos, y, en su sentir, hábiles, esperaban les darían el resultado que no les proporcionaban las armas.

Por más que haya historiador que suponga que hasta 1808 apenas si se conocía en España la institución, en otras partes ya arraigada, de las logias masónicas, puede demostrarse que perseguidas y todo por la Inquisición, se revelaron con escritos y actos harto elocuentes al penetrar los franceses en la Península. La abolición del Santo Oficio por el Emperador de los franceses el 4 de diciembre de aquel año en Chamartín, hizo salir á la superficie de nuestra sociedad el espíritu de la masonería, hundido en el fondo de bastante tiempo atrás por el terrible y tan temido tribunal. Mientras salían confinados á Francia ilustres próceres como don Arias Mon y Santa Cruz, Altamira, Sotomayor y otros, quebrantándose, al hacerlo, la capitulación de Madrid, en que se daban toda clase de seguridades á los vecinos, militares y empleados, en sus vidas y haciendas, surgían las sociedades secretas en la capital de España, para demostrar que ni era reciente su creación ni lo benéfica é inofensiva que se las quería suponer. Ya se sabe, sin ir más lejos, que en el reinado de Carlos III hubo cierta tolerancia en ese punto, justificada por las posiciones que ocupó en su servicio el Conde de Aranda, grande Oriente, según se ha dicho, de la masonería española. La conducta de Godoy contra Aranda, en vez de sofocar la secta, la encendería en ira, y aunque huyendo de los rigores de la Inquisición, fomentaríanse en secreto para un día vengarlos, como en el odiado tribunal, en la cabeza del torpe favorito de Carlos IV.

Con efecto, en 1804 existían en España distintos centros masónicos, logias que el Supremo Consejo de Charleston trató de sujetar á una jefatura única, la del conde de Grasse-Tilly, á quien, en febrero de aquel año, se le investía del carácter de delegado general de aquel Consejo, haciéndole advertir al Conde del Montijo, sucesor de Aranda: «la obligación en que se hallaba de subordinar sus particulares aficiones políticas á los fines altamente humanitarios que perseguía la Orden.» Porque ésta, en aquellos días, perseguía, en efecto, la idea de facilitar á Napoleón la conquista de España y conceptuaba á Montijo como un estorbo para esos fines que el Consejo de Charleston proclamaba como altamente humanitarios. Y si no, véase lo que decía á Grasse-Tilly en su referida comunicación: «El Conde del Montijo, á cuyo cargo corre hoy la dirección de los asuntos masónicos en España, emplea su influencia en sustituir á un rey por otro dentro de la misma familia de los Borbones, sin considerar que esa raza está llamada á desaparecer del gobierno de los pueblos, por llevar en sus venas la sangre del despotismo, que en la antigua Roma impulsaba á los Césares á recabar para ellos el culto debido á sus dioses».

De Grasse-Tilly era hermano del Conde de Tilly, de quien tanto se ha dicho en esta historia, miembro del Oriente que regía Montijo, español y patriota como él, por lo que de Grasse hubo de dirigirse á D. Miguel Azanza, ministro luego del Intruso José Bonaparte, á quien proporcionó tanto y tanto personaje como en el Congreso constituyente de Bayona y después en España tomaron el carácter y el nombre de afrancesados.

Tan se conocía en España la institución masónica,



tan ignorada, al parecer, por el Conde de Toreno, que sólo en Madrid funcionaban varias; una en la calle de Santa María, otra en el palacio de Montijo y la establecida en la famosa casa del *Duende*, junto al de Liria. Existían, además, alguna independiente de las españolas de las del rito de Misraim, fundado por el célebre Conde de Cagliostro, y otras francesas que de Grasse-Tilly había logrado organizar, ayudado por Azanza y un Antonio Hannecart que se trajo de Francia nada menos que 150.000 diplomas extendidos en blanco para cebo de incautos; de aquellos que sólo en Napoleón fiaban la suerte de nuestra patria. Las había también en provincias, particularmente en Barcelona, en Valencia, Sevilla, Cádiz, Granada, Córdoba, Málaga y Zaragoza; todas subordinadas á Montijo, pues otras tuvieron suspendidos sus oficios hasta que los agentes de Grasse-Tilly y de Azanza los animaron á reanudarlos aumentando su número, sus recursos é influencia con la política que les daba el segundo de aquellos funestos personajes.

Vino á aumentar esos medios de acción y propaganda anti-española el gran Duque de Berg, mariscal Murat, que en el tiempo de su Lugar-tenencia de Carlos IV y de Napoleón en España fundó otro Grande Oriente bajo los auspicios del rey José, pero desentendido del de Azanza y Hannecart, desconfiando de su espíritu y de sus tendencias, sin duda poco afrancesadas. Con eso y las ventajas que desde la venida de Napoleón conseguían los franceses, creció el número de los adeptos á la masonería, y en 1809 existían en España muchísimas logias, hasta de mujeres y mixtas como la llamada de *Caballeros* y *Damas Philocoreitas*.

Pero en la época á que nos estamos ahora refiriendo, á fines de 1811 y principios de 1812, en que de Grasse-Tilly, disgustado de la conducta de su hermano, afanoso siempre por españolizar, *mejor dicho*, exclama el autor del *Ensayo histórico* sobre la masonería en España, D. Mariano Tirado y Rojas, *para britanizar las logias que aquél había afrancesado*, hizo renuncia del cargo de Gran Maestre, encomendándolo á Azanza, la secta estaba tan generalizada que por todas partes se la veía maniobrar descaradamente en pro ó en contra de sus respectivos ideales políticos. En todas las logias se leían los discursos, *planchas* que llaman los masones, y los versos más disparatados y antipatrióticos en el sentido de la Independencia española. Si en materia de religión eran detestables por impíos, en la de la causa nacional no podían ser más subversivos.

He aquí algunas de las estrofas leídas en una de las logias de Madrid el 31 de diciembre de 1811. Empezaban así:

Letrilla

—

GRACIAS AL DECRETO

Fecho en Chamartín

«¿Visteis desplomado
caer con estruendo
el negro y tremendo
tribunal sagrado;

y cómo ha pagado
las iniquidades,
que en tantas edades,
impune y feroz,

cometió sin fin?... *Gracias*, etc.»

Veamos las 3.ª y 4.ª estrofas. Dicen:

«¿Cómo en estos días
ni en viernes ni en lunes
son ya tan comunes
las *milagrerías*?

¿Cómo las Marías,
mudando de nicho,
no hacen por capricho
siquiera un milagro

sin mediar tarín?... *Gracias*, etc.»

«¿Cómo la razón
por Voltayre clama,
sin temer la llama
de la Excomunión?

¿Cómo es ya irrisorio
quasi universal
el cetro Papal,
que era de la Iglesia
el espadachín?... *Gracias*, etc.» (1)

Esto en cuanto á lo irreligioso de las tales poesías, que en lo que se refiere al patriotismo de los masones del Grande Oriente de Madrid, allá va un párrafo de la plancha leída en una de las fechas citadas por A.·.º B.·.º V.·.º 33.·.º

«¡Quantas y quantas bendiciones merece el Héroe que desde las orillas del Vístula, embió al Betis las vencedoras águilas, y con ellas la V.·. L.·.s Gloria HH.·. mios, gloria eterna á su nombre. El destruyendo el negro palacio de la superstición sanguinaria, edificó sobre sus ruinas el hermoso templo de la tolerancia. El nos ā hecho amigos, él nos hará sociables, pues que nos ā hecho Mas.·.s. Gloria eterna á su nombre y gloria á nuestro augusto y legítimo soberano, que nos permite gozar del maior bien que con su imperio nos ha traido. Sumisión y respeto; amor y fidelidad; y nuestros esfuerzos para corresponder á los beneficios

---

(1) «Poesías leídas en la Sesión de Recreo y en las dos de Placer celebradas por la R.·. [□] de la Benef.ª de Josef.·.ª al Or.·. de Madrid en los días 11.º del 10.º mes, 8.º del 11.º y 9.º del 8.º del año 1811.=O 31 de diciembre de 1811, 28 de enero de 1812 y 23 de octubre de 1811. E... V...»

Esas poesías, varias otras de igual índole y *planchas* también leídas, de las que una sola impresa, han sido regaladas al autor de esta historia por la hija é hijo político del tan celebrado escritor D. Serafín Estévanez Calderón (*El Solitario*), á solicitud del eminente cronista y crítico D. José Fernández Bremón; papeles interesantísimos sacados de entre más de treinta legajos de apuntes, borradores, copias de documentos y otros materiales para la historia de la Infantería española que comenzó á escribir el ilustre autor de *Escenas Andaluzas*.

La mayor parte de esos papeles han sido regalados á la Academia de la Historia.

que como Mas.·.s nos dispensa; extiéndanse á sofocar las semillas del desorden, á formar una sola familia, á ilustrar á nuestros compatriotas para que reciban el bien que conocen, y una ciega pasión les ace reusar. Así corresponderemos á nuestro Soberano: así llenaremos sus deseos; y así será la Mas.·.a lo que deve ser.»

De las diferentes logias de carácter español que dirigían Montijo y Tilly, hubieron naturalmente que cerrarse varias de las establecidas en las poblaciones ocupadas por los franceses; pero otras se fundieron en un centro que, si al venir Napoleón á España se hallaba establecido en Aranjuez, se trasladó á Cádiz al retirarse á Sevilla la Junta Central. En 1811 existían pues, en la ciudad Hercúlea, tres logias bajo los auspicios del Oriente inglés; *Tolerancia y Fraternidad* que databa ya de 1807; *Los Hijos de Edipo,* fundada por Tilly (se llamaba *Guzmán* entre los masones) en 1808, y *La Legalidad,* que lo había sido en 1810. La principal de esas logias era la llamada de *Los Hijos de Edipo,* á la que pertenecían muchos de los diputados á Cortes (1.)

---

(1) El conde de Toreno dice á propósito de eso que «ni los individuos de la potestad ejecutiva, ni los diputados de Cortes, excepto alguno que otro por América, aficionado á la perturbación, entraron en las sociedades secretas.» Pues ¿y Argüelles, elegido en 1816 Gran Maestre de la masonería de España (y no lo sería sin servicios anteriores), su compañero de hospedaje en Cádiz, correligionario político entonces y amigo inseparable?

Y añade el conde: «Y es de notar que así como éstas no soplaron el fuego para el levantamiento de 1808, tampoco intervinieron en el establecimiento de la Constitución y de las libertades públicas. Lo contrario de Alemania; diferencia que se explica por la diversa situación de ambas naciones.»

De eso habría mucho que escribir, y de los pocos renglones que hemos empleado en hacer la historia de la masonería

Esta última circunstancia debió ser la que inspiró á los consejeros del Intruso, masones también varios de ellos, si no todos, la idea de intentar de nuevo las negociaciones que, hasta entonces, no le habían dado resultado para obtener el reconocimiento á que aspiraba, de su soberanía. Animábale también la esperanza de que la nueva Regencia, presidida por el duque del Infantado, á quien, si no se le creía capaz de abandonar una causa por la que tanto se había comprometido después de su estancia en Bayona y por la que tanto había batallado mandando el ejército del Centro en 1808 y 1809, se le tenía en tal concepto de distraído, de débil y abandonado, que, bajo la influencia de algunos tramoyistas y aun de cierta dama, al decir de algún historiador, que le rodeaban, podría hacerse instrumento inconsciente de cábalas de índole tan funesta. Confiaba, además, el Intruso en la codicia de un ministro de la Regencia; y con esos elementos y la intervención de los masones, se iniciaron manejos que, entablándose en Galicia, deberían dar su resultado primero, el de convenirse en las condiciones de la negociación proyectada allá por las fronteras de Portugal y Castilla, donde se reunirían los apoderados de uno y otro bando.

Esos tratos eran puramente de masones, ayudados por la dama á que hemos aludido; ignorándolos la Regencia y las Cortes y sólo á sabiendas de José, que ofreció el establecimiento de un gobierno representa-

en 1808 y en años anteriores, sacada principalmente de la del Sr. Tirado, puede deducirse que algo influyó la propaganda masónica en el afrancesamiento de algunos españoles de aquellas fechas.



tivo y hasta aceptar la Constitución de Cádiz con algunas modificaciones que la mejoraran.

¿Haría de buena fe esos ofrecimientos?

A todo daban lugar los manejos entablados en Galicia, la aceptación de los consejos de Azanza para que, convocando por su parte otro congreso, levantara, como él decía, *altar contra altar*, y los ruegos del Ayuntamiento de Madrid y de una Diputación valenciana, á quienes prometió en mayo y julio, respectivamente, reunir Cortes, añadiéndoles que serían las más numerosas de cuantas se hubieren celebrado anteriormente en España.

A todo ese embrollo dió remate, gloriosísimo para la causa de nuestra patria, la batalla de los Arapiles que por el pronto obligó al rey José á dejar su Corte de Madrid y, aun recuperada, á sentirse después impotente para ensayar tales recursos y mantenerse por más tiempo en su siempre vacilante trono.

La guerra junto á Cádiz

Comenzaba á lucir la aurora de la Independencia española por tantos años oculta tras tenebrosos horizontes, que sólo nuestros leales compatriotas, en su sublime optimismo, vislumbraban como prontos á despejarse á fuerza de la abnegación y la constancia más heróicas y tenaces. Y esto lo veian los españoles tan sólo; porque los mismos ingleses, tan interesados también en aquella, al parecer, interminable lucha, aun victoriosos en cuantos trances ofrecía tan largo batallar, veían esos horizontes tan sombríos aquellos días como los primeros en que poco podían esperar en su intervención terrestre y nada de aliados cuya impotencia no se cansaban de proclamar. Escribían de Londres el 4 de marzo: «Todo es tramoya y embrollo

en las noticias: lo que un día se afirma, al siguiente se contradice. Va pasando el tiempo, y Alexandro no se resuelve: el Sultán continúa engañado por el Corso: el rey de Prusia tiene buenas intenciones, y pocas fuerzas; el emperador Francisco y los príncipes alemanes son otras tantas ruedas que el tirano mueve á discreción. Dinamarca no tiene ni aun voluntad. Suecia aparenta disposiciones contra Francia; ¿pero no podría sospecharse que Bonaparte y Bernadotte preparan alguna nueva farsa?» Y era que comenzaban á sentirse los movimientos precursores de la guerra de Rusia para la que Napoleón tendría que ir reconcentrando en Alemania fuerzas de las que necesitaría su hermano José, si había de imponer su autoridad en España. La política del emperador Alejandro, más que suya, impuesta por sus magnates, tan influyentes siempre en los destinos de Rusia, tenía que chocar un día antes ó después con la del que había sabido fascinarle en Tilsit y Erfhurt; y de ahí esas dudas, esas vacilaciones y temores que revela la correspondencia inglesa que acabamos de copiar.

Pero que se acercaba la crisis que haría se despejasen los horizontes de nuestra patria, hasta entonces tan preñados de nubes sombrías y amenazadoras, podría presentirse por el estado de las operaciones en derredor de Cádiz. Soult, ya lo hemos visto en el anterior volúmen, tenía puesta toda su atención en la serranía de Ronda, distrayéndola de lo que sucedía en las inmediaciones de Badajoz, confiando en la actividad y celo del duque de Ragusa, y del sitio de Cádiz, en que al de Bellune, en vez de enviarle refuerzos con que apretar más y más el cerco y hasta facilitarle algún

ataque á viva fuerza, le arrebataba parte de sus tropas para emplearlas en hacer frente á las nuestras de Ballesteros. Así, los gaditanos podían vivir tranquilos en la seguridad de que no les amenazaba mayor peligro que el de la caída de alguna que otra bomba, pudiera casi decirse inofensiva, y de que el Gobierno y las Cortes seguirían funcionando sin estorbo, ya que tenían abierta su comunicación con varias provincias, con todas las marítimas y con las naciones no sometidas al emperador de los franceses. A lo que el mariscal Víctor se atrevería, casi más para distraer su forzada inacción que con esperanzas de resultado alguno positivo, sería á levantar en su campo, fuertes ó baterías que le ofrecieran seguridad contra un ataque como el pasado de Chiclana, que le puso en tanto riesgo, ó le acercaran al cuerpo de la plaza española hasta el alcance de los nuevos obuses construídos en la fundición de Sevilla. Hasta entonces, aun esforzando las cargas y aun rellenando de plomo los proyectiles, no había logrado ni siquiera turbar las fiestas que se celebraban en Cádiz, ya por los triunfos que á veces conseguían las armas aliadas, ya por la proclamación del nuevo código constitucional, no estorbada por las bombas ni por los temporales desatados en aquel día 13 de marzo de eterna recordación. La acción se ejercía por fuera; la de los españoles, con sus expediciones á Huelva ó Algeciras, para sorprender á los franceses que hacia aquellas partes dirigían destamentos que les procuraran abastecimientos, y la de esos mismos franceses, según acabamos de indicar, tratando de fortalecer su campo y buscar camino por donde cruzar los canales que les separaban de la isla gaditana. La toma de Ma-



tagorda no les había proporcionado más que un establecimiento del que podrían mantener un fuego que nunca les daría el resultado que buscaban, contestado, además, victoriosamente por el castillo de Puntales, por otras baterías que se establecieron y sobre todo por los buques de la escuadra y las fuerzas sutiles que con tan raro acierto gobernaba el heróico Don Cayetano Valdés. Por eso, los imperiales formaban empeño en adelantar sus obras al río de Sancti Petri y al puente de Zuazo; que si al principio del sitio se había hecho éste infranqueable por haber sido cortado y con las defensas primeras que no supieron ganar los sitiadores, el río se había después fortificado también un una y otra de sus orillas y puesto en estado de servir, como en la jornada de Chiclana, para establecer una fácil comunicación entre ellas. Los franceses, repetimos, dirigían sus trabajos hacia ese punto, llevando á la vez sus miras á asegurar con eso la extrema izquierda de su dilatadísima línea, no se fuera á renovar una operación que en tal compromiso les había puesto, todo por ser aquel paso el único útil para poder combinar las maniobras de nuestras tropas de dentro y fuera de la Isla. Y no hay más que fijarse en los avisos que, con el título de *Partes telegráficos de la Línea*, se recibían diariamente en el Gobierno Militar de Cádiz, para comprender cuanto acabamos de hacer observar. El siguiente parte del 30 de julio de 1811 puede servir así como de ejemplo en ese punto. Dice así: «Desde las 12 de ayer á las dos de hoi.—Continúan los enemigos sus trabajos en la casa fuerte del olivar, llamada del Comandante, en el molino de Guerra y en la batería de la casa de Coto: nuestra tropa en la batería y reducto

á la derecha del Portazgo y en el campamento de Sancti-Petri: los ingleses en la batería de Gallineras alta; y los portugueses en Torre-Gorda, sus inmediaciones y molino de Santibáñez. Los enemigos han hecho fuego desde varios puntos de su línea, contestándoseles de la nuestra.—De Chiclana á Puerto-Real, han pasado una partida de coraceros, dos carretas y un carro con enfermos; de Puerto-Real al Puerto, dos partidas de caballería y 20 acémilas mayores, cargadas; de Xerez al Puerto, 150 infantes; del Puerto á Puerto-Real, 80 acémilas mayores, cargadas; un convoi de 30 carros cubiertos y 10 con paja, 10 piezas de artillería volante y 4 carros de municiones. Ayer tarde estuvieron haciendo exercicio los enemigos en la batería de la Cabezuela con 4 piezas iguales á las con que bombardearon esta plaza, las que tienen ocultas con un parapeto.»

Como ese parte, sucédense muchísimos con una monotonía que revela mejor que nada la resolución por parte de los franceses de no emprender ataque ninguno formal á Cádiz, mientras no variasen las circunstancias de la guerra que impedían la presencia de fuerzas más numerosas que las existentes de mucho tiempo atrás en el campo sitiador. Algún fuego para mantener la alarma en la Isla ó para turbar las sesiones de las Cortes ó las fiestas que pudieran celebrarse por sucesos prósperos militares ó políticos allí, en las provincias ó en naciones extranjeras en fin, ó al paso de las naves de un punto á otro de las bahías; eso es cuanto podía quebrantar tal monotonía en la expedición de los partes diarios de la Línea (1). Sólo días antes

(1) Para demostrar la ninguna preocupación que esa con-

de la jura de la Constitución, la noche del 12 al 13 de marzo, volvieron á romper el fuego desde esa batería de la Cabezuela que acabamos de citar; pero sin otro resultado, en los barrios de Cádiz que, según decía el parte, *algunas vidrieras rotas, alguna pared agujereada y algunas piedras de las calles quitadas de su sitio, sin otro daño de los habitantes que el de una mujer arañada por una astilla*.

El general Ballesteros.

La acción militar en Andalucía estaba concentrada, no en Cádiz, como se vé, á pesar de ser la conquista de aquella plaza el principal objetivo de los franceses, sino en la zona exterior, que podríamos decir, en la Serranía de Ronda y en las provincias de Málaga y Granada que Soult tenía empeño en despejar de los que no cesaba de calificar de *insurgentes*, aun cuando le causaran derrotas tan sensibles para su amor propio, tan frecuentes y vergonzosas como las que le producía el general Ballesteros. Incansable éste en sus operaciones, con noticias exactas de los movimientos

---

ducta militar de los franceses producía en Cádiz, he aquí un párrafo de las Memorias de Alcalá Galiano: «Entretanto, la mansión en Cádiz era sobremanera agradable. Abundaba la gente, y aunque esto producía alguna estrechez en las casas, daba vida y alegría á las calles y paseos, donde había de continuo una lucida y numerosa concurrencia. Abierto á fines de 1811 el teatro, que había estado cerrado desde principio del sitio, rebosaba en gente todas las noches».

No sirvió de escarmiento á los aficionados al teatro, ni aun á las señoras, una interrupción, es verdad que momentánea, de la representación, por cierto, de la tan celebrada pieza de Martínez de la Rosa que lleva el título de *Lo que puede un empleo*. Sonó tremebundo en el teatro el ruido de un proyectil que pasó casi raspando con el techo y fué á dar en una casa próxima. Los actores y los asistentes al espectáculo, en quienes reinaba un entusiasmo loco por las gracias de que estaba salpicada la comedia, se sobrecogieron por un momento, pero, á poco más, se reanudó la función á los gritos de ¡«que siga, que siga»!

del enemigo, caía sobre las columnas con que operaban los franceses y sobre sus convoyes con la violencia y la eficacia que le proporcionaba tan poderoso recurso y con la seguridad, sobre todo, de hallar un refugio inaccesible en algún punto de la costa, siempre vigilada por los buques de guerra aliados, y principalmente en Gibraltar. Y tan engolfado se hallaba en su empeño de vencer á Soult y recobrar Sevilla, si el Mariscal acudía á Extremadura en auxilio de Badajoz, que, invitado por la Regencia á tomar el mando de los dos ejércitos, el 2.° y el 3.°, que operaban en Valencia, lo rehusó excusándose con las fatigas hasta entonces sufridas. (1) Estaba ejecutando una campaña afortunada y sin grandes compromisos que temer, teniendo á sus espaldas una plaza inexpugnable y otra á su flanco, la de Cádiz, de donde podían enviársele y se le mandaban fuerzas, municiones, víveres, cuanto pudiera necesitar, y en su orgullo de *invicto*, como le llamaban sus partidarios, se resistía á dejar aquel teatro

---

(1) En el Manifiesto de la Regencia sobre cesación de Ballesteros en el mando del 4.° ejército, se dice: «El general Ballesteros, con fecha de 24 (enero de 1812), contestó que el trabajo que había tenido de organizar y sistemar provincias y formar exércitos, añadido á las fatigas que le había ocasionado su actual mando, en que había formado el exército más hermoso que había muchos años tenía la Nación, habían acabado con su salud, lo que le imposibilitaba de llenar las intenciones del Gobieno en el nuevo destino que se le daba, pues sus achaques solamente podían permitirle el mando de exércitos organizados, en donde no queda más que atender que á la parte de la guerra, y á dar más influencia y vigor á la disciplina y movilidad que constituyen un exército de maniobras; que por lo tanto estaba imposibilitado de marchar adonde se le prevenía y devolvía todas las órdenes que se le habían remitido para los Jefes y autoridades de las provincias de Levante».

Alguna mayor actividad y ejercicio más rudo exigía su campaña en Ronda que la de Valencia y Murcia cuando ya había caido Valencia en poder de Suchet.



por el de las provincias valencianas en que tan rudo golpe había sufrido la causa nacional, irremediable ya por mucho tiempo. Las circunstancias, de otra parte, en que le halló el decreto de la Regencia dándole el mando de los ejércitos de Valencia, eran verdaderamente extraordinarias para él. Hallábase en el campo de San Roque asediado por un ejército enemigo de 12 á 14.000 hombres, que á la vez había puesto sitio á nuestra plaza de Tarifa, tan próxima á sus posiciones, tan interesante en una campaña dirigida á la defensa de Cádiz y al levantamiento de su ya largo, obstinado y sangriento bloqueo. Había tenido que contribuir á la defensa de Tarifa; y ya que los temporales le impidieron trasladarse por mar á aquella plaza con numerosos refuerzos que él mismo intentó llevar, había hecho que varias de las partidas de la Serranía y aun tropas destacadas de su cuartel general atacasen á los franceses sitiadores por sus espaldas, desde Los Barrios, Facinas y sierra inmediata. El valor y el talento del general Copons y la eficacia de los ingleses del coronel Skerret habían logrado que el francés Leval levantara el sitio de Tarifa retirándose, como vamos á recordar inmediatamente, de todo aquel territorio que esperaba someter sin las grandes pérdidas y desánimo con que lo hizo, y Ballesteros esperaría emprender de nuevo operaciones que le condujeran al fin tan deseado de amenazar de cerca Sevilla y conseguir así el levantamiento del bloqueo de la Isla gaditana. Y no es pequeña prueba de que algo de eso estaba en el ánimo de los Regentes el que, cuatro días después de la contestación de Ballesteros, era nombrado general en jefe de aquel ejército y Capitán general de las Andalucías;



esto es cuanto podía desear y manifestaba, aunque tácitamente, ambicionar en aquel despacho.

La ocasión parecía propicia para los planes del general español, porque el rey José, por una parte, y Napoleón, de otra, puestos principalmente sus ojos en Valencia, no cesaban de exigir de Marmont y Soult el envío á Levante de fuerzas que evitaran á Suchet otro fracaso como el de 1810. El duque de Ragusa creyó poder acudir á tales demandas suponiendo infundadamente, según veremos luego, que no estaba Lord Wellington en condiciones de acometer empresa alguna por la parte de Castilla, ya por deberle más llamar la atención el estado de las operaciones cerca de Badajoz, bien por las posiciones que el ejército francés de Portugal ocupaba en las márgenes del Agueda y el Guadiana, siempre alerta y en observación de todos los movimientos del aliado anglo portugués. Así es que, en obediencia á las órdenes del Emperador, destacó de Castilla la división de caballería del general Montbrun para que, reforzada con tropas que, enviadas por el Intruso, se le unirían en el camino, corriera en auxilio de Suchet que, puesto sobre Valencia, podría encontrar serias dificultades para enseñorearse de aquella ciudad, defendida por los ejércitos de Blake y por una población entusiasta y que había demostrado gran patriotismo en 1808 y en la fecha, últimamente citada, de 1810.

Sitio de Tarifa.

Las órdenes para ese movimiento de tropas de los ejércitos de Portugal y del Centro, habían resultado lamentablemente contradictorias. El 20 de noviembre de 1811 Berthier mandaba que el destacamento del ejército de Portugal se compusiera de 6.000 hombres, y

el 21 que fuera de 12.000, en el supuesto siempre de que el inglés no llegaba á 20.000 por tener 18 á 20.000 enfermos y hallarse así imposibilitado de emprender ninguna operación ofensiva. Esos despachos y otros sucesivos, de que daremos cuenta al tratarse de la campaña de Arapiles, revelan de la manera más elocuente la ignorancia en que estaba Napoleón del estado de la guerra en España, y que, engolfado en sus ideas sobre la próxima de Rusia, obedecía, al dictar aquellas disposiciones, mejor que al espíritu de la realidad y á la conciencia de tal estado, á la exaltación y á las fantasías de lo grandioso, de lo sublime de sus nuevos pensamientos y de lo transcendental para los destinos del mundo de llevarlos á ejecución. Ni era el número de los ingleses enfermos el que Napoleón decía, ni Wellington había renunciado á una ofensiva á que precisamente le invitaban ó le invitarían, si no, el desmembramiento del ejército de Marmont y el poco interés que parecía tomarse Soult por la suerte de Badajoz, atento, más que á nada, á las operaciones que sus tropas andaban ejecutando sobre el campo de Gibraltar y la plaza de Tarifa.

Irritado con los reveses que le hacía sufrir Ballesteros y temeroso del escándalo de ver Sevilla embestida el día menos pensado por las *hordas* de un general á quien no concedía otras condiciones militares que las de un *guerrillero*, decidió emprendrer una verdadera y formal campaña en que, obligándole á reembarcarse y ocupando la mencionada fortaleza española, despejara por largo tiempo la Serranía inmediata de tan incómodos vecinos, librara las líneas francesas de la Isla de León de todo ataque por sus espaldas y le

permitiera atender á las reclamaciones que sin cesar le dirigía el general Drouet desde Extremadura. Para conseguir éxito tan decisivo formó un ejército, ya lo hemos dicho, de 12 á 14.000 hombres con un tren numeroso de artillería, cuyo mando confió al general Leval, comandante en jefe del 4.° cuerpo, parte entonces del ejército del Mediodía de su cargo. En ayuda de Leval iría también desde las líneas de Cádiz el mariscal Víctor, que acabaría por tomar el mando en la jornada, llevando consigo la artillería de sitio sacada de su campo y las fuerzas del arma y de ingenieros propias para el servicio suyo y suficientes para la toma de una plaza, aun de muy otras condiciones que Tarifa. ¡Tal importancia daba Soult á una empresa de que eran de esperar los resultados á que acabamos de referirnos!

Era Tarifa una plaza de orden secundario si habría de considerarse como fortaleza dispuesta á rechazar un ataque por su parte de tierra con los medios poliorcéticos de que disponía el arte militar de aquel tiempo. Su recinto, que tiene la forma de un cuadrilátero irregular, consiste en un muro medio-eval de sólo unos dos metros de espesor por término medio, flanqueado de torres, también antiguas, de las cuales era rarísima la que pudiera sustentar una pieza de artillería aun de calibre menos que mediano. En uno de los ángulos, el de S. O., y junto á la puerta llamada del Mar, se alza el castillo que recibió el nombre de los *Guzmanes* del de su perínclito defensor en 1294 Don Alfonso Pérez de Guzmán, primer duque después de Medina Sidonia, cuya legendaria hazaña conoce el mundo entero, tal resonancia ha tenido en él por el valor, el patriotismo y la abnegación que revela en su

La plaza y su presidio.



autor. Ese castillo, especie de ciudadela ó reducto de la plaza y cuyo recinto es también de cortinas y torres sumamente endebles para estos tiempos, comunica por una larga muralla y el fuerte de Santa Catalina con el que es y era ya entonces el istmo que conduce á la Isla de las Palomas, distante unos 800 metros del cuerpo de la plaza. La isla es casi circular, de 250 metros de radio por término medio; y hacia su extremo meridional tenía un fuerte que, como las obras nuevamente levantadas en ella, dominaba el mar próximo y la daba importancia suma en el sistema defensivo de todo aquel litoral.

La ciudad contiene sobre 500 casas, casi todas mezquinas entonces y una población de poco más de 8.000 almas. Hállase cruzada de E. á O. por una barrancada con igual nombre del *Retiro* que la puerta por cuya inmediación penetra en el recinto para salir también junto á la del Mar y desembocando inmediatamente en el Atlántico y entrada del estrecho de Gibraltar.

Nada de obras exteriores de fortificación, no existiendo en las afueras más que un pequeño barrio á la parte del N. O. y el convento de San Francisco, sin obra alguna importante que lo cubriera de un ataque á viva fuerza.

La plaza, pues, de Tarifa no reunía condiciones polémicas de ningún género para su defensa. Su armamento consistía en siete piezas de artillería, de las que dos obuses, mal montadas en tan estrecho muro como el del recinto y en los terrenos inmediatos al punto de ataque, y en una guarnición de 3.053 hombres, de los que 1.707 ingleses mandados por aquel coronel

Skerret que vimos llegar á Tarragona para abandonarla al día siguiente (1).

Gobernaba la plaza el general D. Francisco Copons y Navia, de quien tantas veces se ha hecho mención tan honrosa como justamente merecida en esta Historia por sus servicios en Bailén, Talavera y la liberación de Cádiz.

Pero si como plaza de guerra no, por su posición en el Estrecho de Gibraltar tenía Tarifa una importancia grandísima; en aquella época, sobre todo, en que no se conocía la marina de vapor y los buques de vela se veían obligados, por razón de las corrientes, á pasar tocando la Península, esa sí, fortificada para rechazarlos y así impedir en gran parte el tránsito del Atlántico al Mediterráneo y viceversa. Era, además, en la ocasión de aquella guerra, sumamente útil la fortaleza de Tarifa á los españoles y á los ingleses, sus aliados, así para la seguridad del Estrecho como para los desembarcos que pudieran convenir con objeto de reforzar á las tropas que combatiesen en la Serranía de Ronda ó de dirigirse, como vimos al describir la batalla de Chiclana, sobre el flanco izquierdo ó la retaguardia de la línea de bloqueo de Cádiz y su Isla.

Fuerzas sitiadoras.

Esa importancia, muy apreciada por el duque de Dalmacia, empeñado, además, en acabar con Balleste-

(1) ¿De dónde se sacará Belmas que había en Tarifa 30 piezas de artillería y 4.500 hombres, de los que 1.500 ingleses? De la necesidad, sin duda, de justificar el fracaso de sus compatriotas ante plaza tan débil y de presidio tan poco numeroso. (Véase el apéndice núm. 3.)

En él se incluirá también el estado de fuerza que estampa en su interesante *Diario* de aquel sitio el teniente coronel de Ingenieros D. Eugenio Iraurgui que tomó parte en la defensa.



ros echándolo para siempre de la Serranía, donde le tenía entretenida una gran parte de su ejército, tan necesaria en Extremadura y en Cádiz, y aun en Sevilla y Huelva, le movió á intentar la conquista de Tarifa, llevando, para lograrla, tropas y material más que de sobra con que no abrigar duda ni temor de un fracaso, de otro modo, lamentable para su prestigio y el de las armas imperiales que mandaba.

Para eso, se había dispuesto reunir secretamente en Puerto Real un tren de sitio de cuatro piezas de á 16, cuatro de á 12, y cuatro obuses con 500 cartuchos por pieza, en todo 104 carruajes, 360 caballos de la artillería de campaña y 100 del tren de equipajes. Los ingenieros, á su vez, prepararon un abundante material de su arma, bajo la dirección del general Garbé que, como el general d'Aboville con la artillería, iba á concurrir á las operaciones del sitio de Tarifa, todos á las órdenes del mariscal Víctor y del general Leval, que había quedado mandando el 4.° cuerpo de ejército al salir de Granada Sebastiani para Francia.

Las fuerzas francesas consistían; en dos divisiones con 9.585 infantes y 585 caballos, independientemente de tres batallones y dos escuadrones, que se debían mantener en Facinas y Vejer para guardar las comunicaciones con el campo de Cádiz, y en 400 artilleros con 588 caballos, eso sin contar tampoco con dos compañías de artillería de á pie y otras dos baterías de montaña pertenecientes á las divisiones de infantería (1).

(1) Estos son datos sacados del Estado de fuerza que estampa Belmas entre los documentos justificativos contenidos en la descripción de aquel sitio. (Véase apéndice núm. 4.)



El fracaso anterior de Godinot había sin duda provocado ese armamento, hecho secretamente pocos días después, en los primeros de noviembre, deseando borrar tal mancha y la impresión del injustificado suicidio de aquel general.

Como operación preliminar, preparatoria del sitio de Tarifa y dirigida á impedir la acción auxiliar de Ballesteros, el general Barrois con la 2.ª división de Víctor marchó el 21 del mes acabado de citar sobre Los Barrios y Algeciras, mientras el general Pecheux se encaminaba á Ojen y Pedregoso, y Leval, saliendo de Málaga, lo hacía á Gibraltrar con 3.000 infantes, 500 dragones y una batería de montaña del 4.° cuerpo. El 2 de diciembre se presentaba el mariscal Víctor en Vejer pensando desde allí vigilar á la vez los dos campos de Tarifa y Cádiz; pero las tropas no se pusieron en marcha hacia su objetivo hasta el 9 y, detenidas por efecto del temporal de lluvia, que á la sazón reinaba, y la recomposición de los caminos, no llegaban á las inmediaciones de Tarifa hasta el 19 (1).

En ese Estado puede observarse que no se señala la fuerza de ingenieros que, sin embargo, aparece en la descripción de la marcha y de los trabajos de recomposición de los caminos y del sitio.

(1) He aquí cómo describe Belmas esa marcha: «Todo el día (el del 9) el tiempo fué muy malo. Algunos carros de municiones atravesaron durante la noche la Laguna de la Janda; pero las piezas no pasaron más de una legua de Vejer. La marcha de la infantería fué lenta y penosa, y el general Leval no llegó si no de noche ya á Tayvilla cortijada más acá de Facina. A media noche, se hizo el tiempo horroroso y durante cuarenta y ocho horas no cesó la lluvia de caer á torrentes. Todo el país comprendido entre Vejer y Facina se hallaba cubierto de agua; la Laguna de la Janda, que la artillería tenía que atravesar, no era si no un lago impracticable; no se distinguían los caminos, y oficiales que el general Leval envió á Vejer para tomar órdenes del mariscal Víctor, corrieron varias veces peligro de aho-

Primeras operaciones.

Los franceses dejando en Vejer, El Valle, Ojen y la Virgen de Luz fuerzas que cubrieran la retaguardia, se adelantaron por la llanura hasta cerca de Tarifa, rechazando el 20 una salida de los defensores que hubieron de acogerse luego á la plaza, no sin causar al enemigo algunas bajas, la de cuatro muertos, de ellos un oficial, y 27 soldados heridos. El general Copons escribía: «El fuego de cañón y guerrillas, situadas en los barrancos inmediatos, duró hasta que obscureció. Me consta que la pérdida que ha tenido el enemigo desde por la mañana, que con alguna infantería y la artillería volante salí á contenerlo, ha sido grande». Y se conoce que los ingleses tomaron una parte activa en aquel combate, porque se añadía en ese parte: «Las tropas británicas, que con el coronel Skerret salieron, y las españolas, no han dexado de sufrir bastante; pero se han batido con el mayor valor.»

Primeras baterías.

Con eso y alejado Ballesteros que, con objeto de retardar la marcha de los franceses, los había atacado cerca de Ojen, con éxito al principio, pero teniendo, al

---

garse. Mulas de las de carga y caballos de dragones perecieron en el agua; y las tropas que se refugiaron en las alturas estuvieron dos días en tan penosa situación, sin víveres y sin posibilidad de recibirlos».

....

«El ejército se encontraba sin víveres, también en un desierto entre el agua y los barrizales. El mariscal Víctor se vió obligado á sacar subsistencias de los almacenes establecidos cerca de Cádiz y formar un depósito de ellas en Vejer, aun no teniendo más que un pequeño número de caballos y bueyes para los transportes».

En un parte posterior escribía Víctor á Soult: «Parece que hemos llegado á la época de un nuevo diluvio, y nuestra expedición contra Tarifa está amenazada de verse envuelta en agua y barro».

fin, que retirarse, Leval comenzó las operaciones del sitio levantando junto á Torre-Peña una batería de seis piezas para cubrir de los fuegos de la escuadrilla inglesa el paso del gran parque por el camino de la costa, obstruído con cortaduras por los españoles. Así, el 22 se reunía la artillería toda destinada al sitio de Tarifa al pie de una altura próxima á la plaza sobre su izquierda, eminencia que la ocultaba á la vista de las naves aliadas surtas junto á la isla. Ni la salida del 20, ni otras dos en los días siguientes, verificadas por los ingleses de Skerret desde la playa mientras Copons, embarcado, reconocía las posiciones ocupadas por los franceses, ni el fuego de la plaza lograron interrumpir los trabajos de cestones y faginas con que los ingenieros de Leval, después de reconocer la plaza y fijar el punto de ataque, iniciaron los del sitio, que tan escarmentados habrían luego de levantar.

Dominan á Tarifa tres mesetas que ocupan todo el frente de tierra; y la del centro fué elegida por esos ingenieros como la más favorable, por ofrecer las barrancadas que de ella se desprenden, mayor facilidad para los trabajos de aproche, hallándose desenfiladas del fuego de los barcos y aun de la isla. La artillería no tenía que temer más que el del recinto de la plaza, y con su auxilio se podría caminar á cubierto de los dos lomos de las barrancadas de uno y otro lado, coronados de pitas hasta una distancia menor de 400 metros del frente opuesto. Así es, que la noche del 23 al 24, 200 trabajadores de la infantería y 150 zapadores, minadores ó marinos, abrieron una primera paralela á distancia de 280 metros de la plaza, y terminada aquella obra se adelantaron á principiar la segunda á 150



de la anterior, sin que los defensores se dieran cuenta de tales obras hasta las siete de la mañana siguiente. Para cuando quisieron éstos oponerse á aquel avance, ya los sitiadores se hallaban á cubierto de los fuegos de la plaza, que apenas hicieron efecto pues que sólo les mataron ó hirieron 6 ó 7 de los situados en la trinchera más próxima.

A la noche siguiente, la del 24 al 25, los franceses emprendieron trabajo igual en la meseta de la izquierda de su línea, el cual tampoco fué advertido por los nuestros hasta el segundo de aquellos días, distraídos, como andaban, con el empeño de contrarrestar la marcha del enemigo en sus primeros pasos ayudándose de la escuadra, cuya acción resultó ineficaz por el estado borrascoso del mar.

Se rompe el fuego.

Así fueron los sitiadores avanzando hacia el recinto que, á su vez, no cesaba de dirigir sus fuegos sobre las obras tratando de inutilizarlas, hasta el día 23 en que se vieron concluídas y armadas dos baterías que á las once de la mañana rompieron el fuego en presencia del Mariscal que, impaciente por la tardanza que observaba en las operaciones del sitio, se había trasladado á la Virgen de la Luz. (1) Y era que el tiempo se había metido en agua, como suele decirse, y entorpecía la construcción de los trabajos con inundar las trincheras y cubrirlas de lodo.

De aquellas baterías, la una fué establecida frente á la puerta del Retiro por cuya inmediación, ya lo

(1) Belmas dice que se rompió el fuego á las once; Skerret que á las diez y media y Copons que á las diez. No será por la diferencia de meridianos.

hemos dicho, penetraba la barrancada ó arroyo de aquel mismo nombre que atraviesa la ciudad, y tenía dos piezas de á 16, destinadas á abrir brecha, y dos de á 12 que debían destruir las defensas inmediatas. Se había construído la otra un poco á retaguardia con dos piezas de á 12 y cuatro obuses para sostener á la primera y alejar de la costa la escuadrilla de socorro anclada en la bahía. Aunque mal elegido el punto de ataque, flanqueado por la parte de muralla que forma un saliente del recinto oriental, á cuyo extremo se halla la torre de Jesús armada con una pieza, y, aunque de lejos, flanqueado también por la torre del Corchuelo, término septentrional de aquella línea, la batería francesa, blanco de todos los fuegos del frente, de los del castillo y de los buques, que no cesaron de hacerlo, había á las tres de la tarde desmontado parte de la artillería española y abierto en la muralla una brecha de 17 metros de ancha y no fácil de reparar á poco que se mantuviera el fuego por los sitiadores. Sólo el temporal, que continuaba reinando, podría contrarres tar la acción perseverante de los franceses; pero á pesar de los estragos que hizo en sus obras el agua durante aquella noche, una de las más tempestuosas, la batería francesa volvió al amanecer del 30 á su obra de destrucción hasta dejar la brecha perfectamente practicable para el asalto.

El general Leval creyó entonces que debía intimar la rendición al gobernador de la plaza; contestándole el general Copons: «Sin duda ignora V. S. que me hallo yo en esta plaza, cuando propone á su gobernador el que admita una capitulación por hallarse la brecha próxima á ser practicable; cuando lo esté, á la ca-

Leval intima la rendición.

beza de mis tropas, en ella para defenderla me encontrará V. S., y entonces hablaremos. Quedo á la disposición de V. S. en la plaza de Tarifa, á 30 de diciembre de 1811, á las dos y cuarto de la tarde.—Copons. —P. D. Sírvase V. S. omitir en lo sucesivo parlamentos».

La intimación es de rigor en tales casos y, como era de esperar, lo fué también la respuesta de Copons. Y así la esperaría el general Leval, harto acostumbrado á las que, no sólo daban los gobernadores españoles en tales casos, sino que también á como sabían mantener su palabra, escrita con sacrificios que los franceses no habían visto hacer en otros países, en su concepto, dotados de medios militares mucho más poderosos. (1)

Asalto á la brecha.

Aun estando practicable la brecha, Leval no la hizo asaltar inmediatamente. Rompió el fuego interrumpido por el parlamento y continuó las obras de aproche, ya perfeccionando las anteriores deterioradas por el temporal de agua, ya adelantándose á la zapa hasta el pie de la brecha. La tropa francesa pedía, sin embargo, el asalto, falta de víveres por la interrupción de los convoyes, sin abrigo, sin medios de secarse ni aun de condimentar las raciones que les quedaban; y después de proceder la noche del 30 al 31 á un escrupuloso reconocimiento de la brecha, en que se dió por

---

(1) Belmás dice que «el general español Copons y el coronel inglés Skerret rechazaron toda capitulación». Los franceses se resisten siempre á conceder á los españoles género alguno de iniciativas y responsabilidades. ¿Qué tenía que hacer Skerret, inglés y todo, en una plaza española gobernada por un general español, responsable de su defensa? Véanse en el apéndice número 5 la intimación de Leval y las proclamas de Copons.

practicable, se dispuso fuese acometida el día siguiente, último de aquel año de 1811.

Y no necesitamos acudir á los partes, que podrían tomarse por hiperbólicos, del general Copons al describir aquel asalto; no, basta como muestra, además de nuestra imparcialidad, la narración de Belmás para que se pueda formar idea exacta de una acción, coronada con el más glorioso éxito para las armas españolas. Hela aquí: «A pesar de todas esas circunstancias desfavorables, no se quiso diferir el asalto, y á las nueve de la mañana, después de varias descargas de nuestra artillería, los granaderos se lanzaron de la batería de brecha avanzando bajo una granizada de balas y de metralla á lo largo del riachuelo que atraviesa la plaza. Los cazadores, sostenidos por la brigada del general Cassagne, entablaban al mismo tiempo un vivo fuego de fusilería por la izquierda para distraer al enemigo, mientras que el general Pecheux con su brigada hacía demostraciones hostiles sobre la derecha (1). El fondo del valle por donde avanzaba la columna de asalto, era de tierra fangosa empapada en agua y en la que se hundía la gente hasta las rodillas. Ese obstáculo y el desbordamiento de las aguas del arroyo contuvieron el ímpetu de nuestras tropas. Muchos de los soldados se pusieron á tirotear, de manera que la columna llegó desordenada al pie de la brecha, cuyo talud no era sino

(1) Las fuerzas asaltantes constaban de todas las compañías de granaderos y cazadores formando cuatro batallones; dos de granaderos, á las órdenes del coronel Combelle y dos de cazadores á las órdenes del también coronel Lacoste.

Iraurgui dice que el asalto se dió á las nueve y media de la mañana, y no terminó hasta las once.

un montón de barro y piedras en que apenas se podía uno sostener. Sin embargo, algunos valientes, lograron subir llegando hasta el terraplén de la muralla, pero no pudieron pasar de allí. El muro, que no había sido batido más que hasta la mitad de su altura, formaba por el lado de la ciudad un resalte de cinco á seis metros que era imposible salvar. Nuestras tropas, después de haber resistido algunos momentos el fuego terrible que las hacía el enemigo, principalmente desde el gran flanco de la torre de Jesús, y perdiendo la esperanza de vencer obstáculos realmente insuperables, se vieron obligadas á retirarse» (1).

El asalto fué, con efecto, brioso, si bien con el desorden que ya es de suponer en condiciones tan desfavorables. Pero no fué menos tenaz y valiente la defensa, dirigida por Copons, Skerret, y el coronel D. Manuel Daván, gobernador de la plaza. Desmontada anteriormente nuestra artillería, mal emplazada en razón de la estrechez del muro y de las torres que lo flanqueaban, el fuego de los defensores hubo de reducirse al de fusilería y al uso de la bayoneta en los momentos supremos del asalto. La ciudad, y especialmente las inmediaciones de la brecha, se habían pues-

(1) Nada más *habilidoso* que Leval al dar parte del asalto. «Después, dice, de haber superado cuantos obstáculos ofrecía el sitio de Tarifa, nuestras baterías habían el 31 de diciembre conseguido abrir y hacer practicable la brecha. Los soldados, á quienes el rigor de tiempo y la falta de víveres habían sumido en gran abatimiento, querían poner fin á su miseria y me pedían en alta voz ir al asalto. Creí deber aprovechar su entusiasmo y ceder á sus deseos; pero estos bravos se han visto forzados á detenerse por las grandes crecidas de las aguas que tenían inundados los caminos y el valle por donde pasaban. Su valor no ha logrado vencer dificultades muy superiores á las fuerzas humanas.»

Del asalto, ni una palabra.



to en estado de defensa, aspilleradas las casas en sus frentes á la brecha y cortadas las calles con barricadas y fosos; mas no se llegó á ese extremo, tan gallarda fué la resistencia de los defensores españoles é ingleses en la brecha y tan decisivo su triunfo. Los franceses dicen que sus bajas consistieron en 48 muertos, y 159 heridos, entre ellos 15 oficiales: Copons las evaluó en más de 500. Y éste es el cálculo que nos parece más prudente y exacto, por el número de los asaltantes y lo largo del combate, pues que duró hasta las once del día.

Se levanta el sitio.

De todos modos el escarmiento de los franceses fué tan rudo que en su campo no se pensó ya sino en la manera de no padecer en la honra del ejército más de lo ya sufrido; y aun cuando el mariscal Víctor se empeñó en el intento de un nuevo ataque sobre la torre de Jesús, los reconocimientos hechos por los ingenieros, pero sobre todo la continuación y aun la mayor fuerza del temporal, impidieron todo trabajo en las trincheras, todas inundadas de agua y desbaratándose por momentos, le obligaron á desistir de sus propósitos y á levantar el sitio. Los días siguientes al del asalto hasta el 5 de enero del nuevo año de 1812, transcurrieron en los preparativos para la retirada que, aun tan meditada y con tanto tiempo dispuesta, no pudo ser más desastrosa. Por mucho que se trabajó en el desarme de las baterías y en las operaciones del abandono del campo y la concentración de las fuerzas y el material correspondiente á ellas, hubo de dejarse todo el de sitio excepto un cañón de á 12 y dos obuses, fué preciso inundar de agua toda la pólvora, arrojar á un barranco, lleno de lodo, los proyectiles y

poner fuego á los montajes de la artillería y al tren de equipajes.

No es posible mayor desastre que el de los franceses en el sitio de Tarifa. Dejaron en sus trincheras y, de consiguiente, en poder de los españoles, 4 piezas de á 16, 3 de á 12, 2 obuses de á 9 pulgadas y, como ya se ha indicado, la mayor parte del parque. «Sólo les acompañan, escribía el general Copons en su parte, el honor perdido y las piezas de pequeño calibre» (1).

Poderosos fueron los obstáculos que opusieron á la intentona de Víctor la naturaleza, por un lado, y el valor de los españoles y de nuestros aliados por otro. Un temporal de viento y agua de más de quince días, recrudecido precisamente en los más críticos de las operaciones de aproche, de la construcción de las baterías y del asalto á la brecha, desmoralizó á la tropa, privándola, además, de los recursos necesarios para tal y tan arriesgada y penosa empresa como el ataque de una plaza defendida por españoles, tan acreditados en ese género de guerra, y por ingleses, los soldados más sólidos del mundo. La furia francesa y la característica tenacidad del celebrado duque de Bellune, hubieron de doblegarse y ceder á tales obstáculos, por grande que fuera el empeño de neutralizar con una empresa brillante, cual la de la conquista de Tarifa, la inacción á que hacía dos años se veían forzadas las armas imperiales frente á Cádiz (2).

---

(1) Copons decía en su parte del 9 que los franceses habían dejado enterradas algunas piezas de á 24 que se andaban buscando. Es inexacto.

(2) Aquel mariscal se explica así en su despacho al duque

Nuestras pérdidas fueron pocas; pues que el día 30 de diciembre manifestaba el general Copons que «*en la guarnición era poco el daño que hasta entonces había tenido,* aunque había muerto el capitán de Pravia don Estevan Flores que le acompañaba por la muralla atacada (1). Tampoco fué considerable la de nuestros aliados los ingleses; y esa principalmente en las salidas y causándola mucho mayor á los sitiadores, expuestos á la vez al fuego de las pequeñas piezas montadas en el muro y en las torres del recinto. La que más sintió el coronel Skerret fué la del teniente Guanter, ayudante del Cuartel-maestre, bravo é intigente oficial que cayó gravemente herido. Y ¡rasgo muy común en los españoles! viendo Copons que Leval no levantaba sus heridos de la brecha, le propuso una suspensión de dos horas en las hostilidades para que pudiera retirarlos. Aceptóla el general francés, pero en los siguientes términos: «Sr. General: Quedo penetrado del más vivo agradecimiento por el loable proceder que el honor de V. S. le ha sugerido al proponerme una sus-

---

de Dalmacia: «El sitio de Tarifa ha sido hoy levantado. El tiempo, que todo lo domina, nos ha impedido acabar la conquista de aquella plaza, aun cuando nos hubieran bastado cuatro días buenos para lograrla. Mi carta del 2 ha debido instruiros de la aflictiva situación de nuestras tropas. Al dirigírosla, tenía yo aún alguna esperanza, pero pronto la perdí; el diluvio que os había anunciado ha crecido, á punto de que 24 horas más al frente de Tarifa, y nuestros soldados estaban perdidos. He encargado á los generales Leval y Barrois que los traigan (escribe desde la Virgen de la Luz) y seremos felices si no queda más de una quinta parte de ellos en los precipicios que han de atravesar. Tendré el honor de comunicar á V. E. nuestras miserias con más detalles; en este momento no puedo sino deplorarlas.»

(1) El comandante Guía en «El Año Militar» dice que Flores era capitán de artillería y murió mandando una batería que lleva hoy su nombre.



pensión de hostilidades durante dos horas para acudir al socorro de mis heridos; ruego á V. S. que viva persuadido de que no dudo de la generosa asistencia que tiene V. S. intención de prestarles; pero le estaré particularmente reconocido, si consintiere V. S. en que me sean restituidos. Esta súplica es motivada sobre los usos de la guerra en semejantes casos, en el que si por mi parte se ofreciera, prometo á V. S. tratar con reciprocidad. Sin embargo, como quiera que la humanidad exige que esos heridos no queden abandonados, si llega el lance de no acceder V. S. á mi proposición le ruego los haga retirar y les suministre los auxilios que reclama su situación. Renuevo á V. S., señor General, las expresiones de la más distinguida consideración que me merece. El General comandante de las tropas imperiales delante de Tarifa.—Leval.

El general Copons le contestó así: «Señor general Leval: Tengo la mayor satisfacción de que V. S. conozca que la nación española respeta la humanidad, y sus Generales las leyes de la guerra. Estas razones me movieron á proporcionar prontos auxilios á los valientes de V. S. que han atacado la brecha, y por esto propuse la suspensión de armas. Quedan retirados y curándose los heridos encontrados á la inmediación de la brecha, lo mismo que si fuera mi persona, en lo que ha contribuido eficazmente el coronel Moretz, jefe de las tropas británicas (1). Los heridos más distantes previne se llevaran por nuestros soldados, á que se los entregaran á sus compañeros. Un oficial de V. S. podrá examinar hasta la mitad de la distancia que nos sepa-

(1) Debe decir Skerret.

ra, si hay alguno en el campo; y los soldados de V. S. podrán recogerlos. Quedo á la disposición de V. S. con el mayor aprecio. Tarifa 31 de diciembre de 1811 á las dos y cuarto de la tarde.»

Pero ¡oh vilipendio!: ni siquiera el honor de esa generosa iniciativa dejan los ingleses, nuestros aliados, al general Copons, comandante en jefe de las tropas sitiadas y director de toda la defensa de Tarifa. Porque Napier, el que pasa por el más insigne de los historiadores ingleses de la guerra de la Independencia, dice terminantemente que Skerret, lamentando la desgracia de los franceses y admirando su valor, *permitió á Leval retirar los heridos*. ¿Y cómo, entonces, destruir los documentos tan significativos y elocuentes que acabamos de transcribir? Pues no citándolos para nada. Observaciones.

En eso era maestro el general Napier; y en ninguna parte demostró sus torpes habilidades de cronista apasionado é injusto como en su descripción de aquel sitio.

Para nada noble y valeroso ni entendido cita á los oficiales ni á los soldados españoles, que para nada tampoco toma en cuenta, reduciendo su número al de 600 y su papel al de obscuros auxiliares de las tropas británicas. Sus generales, sus oficiales y soldados lo hicieron todo; pero por muy extraña manera; no siendo ni los generales Cooke, jefe de las tropas británicas en Cádiz, ni el de Gibraltar, Campbell, ni Skerret y su segundo lord Proby, ni, por fin, Lord Wellington, con sus instrucciones, los que actuaron eficazmente para la defensa de Tarifa. Todos trabajaron, unos con acierto y otros detestablemente, para el éxito y la gloria de la defensa; todos menos el general Copons,



único, de entre los españoles, dice Napier, *digno del nombre de soldado*, el brigadier Maupoey, el coronel Daván, gobernador de la plaza, y los comandantes de artillería é ingenieros Sánchez é Iraurgui. Y decimos que algunos lo hicieron detestablemente, porque, según Napier, Skerret y Proby, el primero, sobre todo, á quien en ocasiones concede los laureles de aquella victoria, no hizo sino estorbar la acción de los defensores; al iniciarse el sitio, oponiéndose á la resistencia y luego dirigiendo sus trabajos con el pensamiento de abandonar la plaza y retirarse á la Isla.

Y, si no, ahí está íntegramente traducido el párrafo de su historia correspondiente á la intervención de Skerret en la defensa de Tarifa. «Durante el sitio, se dice en élla, Skerret estorbó constantemente las obras que los ingenieros hacían ejecutar, queriendo siempre que los trabajadores que se empleaba en ellas las abandonaran para preparar puestos de retirada; se opuso también á que Smith (de quien luego se tratará) hiciese volver á abrir la puerta del norte para que las tropas, en caso de una escalada, pudieran retirarse, y aun cuando no hubiera otro punto por donde hiciesen salidas más que por la puerta del Castillo y, por consiguiente, del Mar. El 29 de diciembre, una bomba, lanzada desde la torre de los Guzmanes, habiendo reventado demasiado pronto, mató ó irió á uno de los habitantes, que inmediatamente dirigieron un mensaje quejándose de aquel accidente; y el coronel Skerret, aun estando abierta la brecha, dispuso que aquella pieza, una carronada de á 32 libras que dominaba á distancia de doscientas toesas las baterías francesas, fuera desmontada y clavada, y ¡se le obedeció! Por



coronamiento de conducta tan absurda, encomendó la defensa de la brecha á las tropas españolas, á ellas solas, y si Smith no hubiese insistido en que se les agregase el regimiento núm. 47, se hubiera perdido la plaza; porque el hambre, el frío y la falta absoluta de cuidados tenía abatidas á aquellas pobres gentes, y durante el combate el general Copons fué el único que se mostró digno del nombre de soldado.»

¡Pobres verdaderamente los de Irlanda y Cantabria que unos con su fuego desde el parapeto, levantado detrás de la brecha, y otros á bayonetazos arrojan de ella á los enemigos que la habían montado, recibiendo de Copons y de todo Tarifa los más calurosos elogios! (1).

Que ese párrafo es sólo efecto de malquerencia ó envidia de Napier á Skerret, á quien no por eso defenderemos nosotros, los españoles, olvidados cuando no zaheridos por él así en Tarifa como en Tarragona, lo demuestran los despachos de Lord Wellington donde se elogia su conducta y aun se le otorga el mérito de oficial bravo y entendido. De Skerret, dice en el despacho del 21 de enero dirigido al conde de Liver-

---

(1) Así lo consigna, con más detalles por supuesto, la historia de esos regimientos españoles.

Pero no es eso lo más notable. En su misma relación hace ver Napier que la acción de los ingleses en aquel día no se verificó en la brecha sino detrás de la reja de hierro conque á manera de empalizada se había obstruido la entrada del riachuelo del Retiro en la plaza. «Los soldados ingleses, dice, que hasta entonces habían permanecido silenciosos y observando aquel espectáculo (el del avance de los franceses) digno de sus aplausos, se levantaron instantáneamente y dispararon á la vez sobre la cabeza de la columna francesa. El oficial que la conducía cayó acribillado de heridas, añade, contra la reja, entregando, á través de las barras, su espada al coronel Gough». ¿A qué tan humilde oficiosidad de aquel oficial?

pool: «Os envío los partes del coronel Skerret, como veo que os los trasmite el Mayor General Cooke; pero no puedo menos de expresaros mi admiración de la conducta del coronel Skerret y de las tropas de su mando, recomendándole á la protección de vuestra señoría». (1) Esto después de haber, del mismo modo, elogiado las operaciones preliminares del sitio. Escribía el 13 de noviembre: «El coronel Skerret condujo con gran habilidad el destacamento de las tropas británicas cuyo mando tiene en Tarifa, y sus movimientos sobre las comunicaciones del enemigo deben haberle hecho manifiesto lo impracticable de permanecer en la posición que ha tomado.»

¿Qué queda, pues, de cuanto dice Napier en odio á Skerret?

Para Napier *el mérito de la defensa de Tarifa pertenece principalmente al capitán de ingenieros sir Carlos Smith*, «cuya energía y capacidad, dice el historiador inglés, superaron, fuera de la plaza, á la fuerza del enemigo, y, dentro, á la debilidad y á las bajezas de los que no querían que se defendiese Tarifa». Esto va contra Skerret á quien se negaba capacidad militar, acusándosele, además, de una repugnancia marcada á reconocer los talentos de Smith y de oponer obstáculos á su acción.

---

(1) Wellington no opinaba por la defensa de Tarifa: creía que debían minarse y volarse oportunamente las fortificaciones de la ciudad, levantándolas en la isla, así por considerarlas en ella eficaces para mantener la navegación del Estrecho, como para impedir el sostenimiento en la población de las tropas francesas que la invadieran. Por mucho tiempo estuvo creyendo que no dejaría Soult de repetir el ataque á Tarifa que ya desde la época del sitio consideraba, al igual de Ceuta, como un establecimiento militar inglés.



Pero, como se ha visto, no estorbaban esas rivalidades á la pretensión harto más injustificada de negar á los españoles el mérito de aquella valiente y bien concertada defensa. Como Skerret en primer lugar, y como Cooke, Campbell y Wellington, después, haciéndose eco de su inferior, quedan desmentidos en cuanto á la intervención en los parlamentos de Leval con los despachos oficiales que hemos hecho ver, así dejarán de prevalecer sus indignos exclusivismos en la material ejecución de las operaciones de la defensa de Tarifa, cuyo plan fué y no podía menos de ser pensamiento y obra del general Copons (1). La opinión se mostró en España unánime en otorgarle el laurel de la victoria, y ha seguido después y, de seguro, seguirá siempre otorgándoselo, no sólo por espíritu, bien entendido en este caso, de patriotismo, sino cual homenaje justo y merecido á la verdad y al mérito de los grandes servicios prestados en tal ocasión por aquel digno general.

Si las Cortes, ocupadas por aquellos días en quitar al ejército influencia alguna en los destinos de la nación y al Rey, según hemos manifestado, y á los generales la imprescindible para el ejercicio de su mando, desatendieron ese mérito, no tardó á imponerse una opinión, tan general en España que la Regencia hubo de conferirle cargos como el de gobernar las tropas del Campo de Gibraltar y luego el de la Comandancia del reino de Valencia. Y ya que obtuvo la gran cruz de

(1) Que no era de Skerret bien claramente lo dicen, según acabamos de ver, los párrafos copiados de Napier. ¿A quién, entonces, concederlo?

San Fernando después de un largo juicio contradictorio en consonancia con los preceptos reglamentarios de la Orden, Fernando VII, de quien había tenido que sufrir una verdadera persecución por sus ideas liberales, le concedía un año antes de su muerte la alta merced de título de Castilla con la denominación de Conde de Tarifa, elocuentísima prueba de que sus mismos enemigos políticos le reconocían como factor, el primero y más eficaz y digno, de la defensa de aquella, al parecer, indefendible fortaleza.

También se había reconocido el mérito contraído por las tropas que la guarnecían, concediéndolas el uso de una medalla, en forma de cruz, conmemorativa de tal hazaña y en los términos laudatorios que contiene la real orden de 4 de junio de 1815 que transcribimos íntegra porque, además de reseñar los detalles de la condecoración, es así como un resumen de los servicios que la justifican.

Dice así: «A los defensores de Tarifa.—Bien enterado el Rey N. S. de los señalados servicios que durante la defensa de la débil y mal artillada plaza de Tarifa, sitiada en diciembre de 1811 por fuerzas enemigas muy superiores en número, hicieron para su conservación las tropas destinadas á la referida defensa, así interior como exteriormente, pertenecientes unas y otras al cuarto ejército, y lo mismo las cortas fuerzas de mar de su apostadero, pues que con su disciplina, constancia y bizarría, consiguieron frustrar el impetuoso orgullo de las enemigas, rechazándolas en el asalto que dieron después de tener abierta una espaciosa brecha, y poniéndolas en la precisión de abandonar su empresa con pérdida de gente y de toda su ar-



tillería; y queriendo S. M. dar á cuantos individuos de armas contribuyeron á la defensa de la expresada plaza un público testimonio de su aprecio y de lo satisfecho que se halla de sus buenos y distinguidos servicios, ha venido (entre tanto que adquiere noticias nominales de los sujetos dignos de premio por acciones particulares) en conceder á todos una cruz de distinción, que se compondrá de cuatro aspas esmaltadas de color de naranja, con tres globitos en los remates de cada una, teniendo sobre la principal una corona mural, pendiente de una cinta de color azul celeste con un filete á los cantos de color de naranja, y el centro de la cruz será circular, esmaltado de azul, con el lema siguiente: *A los defensores de Tarifa:* debiendo ser de oro para los Generales, Jefes y Oficiales, y de plata para las demás clases, etc., etc.—Madrid 4 de junio de 1815».

Los franceses verificaron su retirada por Torre del Rayo y Torre Peña, trabajosamente la columna que desfiló por esta segunda posición, hostigada por la caballería española que salió en su seguimiento, y en su flanco izquierdo por el fuego, aunque ineficaz, de las fuerzas navales que se arrimaron á la costa. Eran poco numerosas las tropas españolas para impedir el transporte de los heridos franceses á cuyo encuentro salió de Vejer un buen refuerzo, pero suficientes, sin embargo, para que no pudieran continuar la marcha parte de la artillería y bastantes municiones que quedaron en el camino, enterradas piezas y carretas en el barro y las charcas formadas por las lluvias de aquellos días. Mal que bien fueron llegando á su campo de Cádiz las fuerzas de Víctor en cortos destacamentos ó casi dispersas, según pudieron verlas los gaditanos y

consta por los partes diarios de la Línea, estampados en todos los periódicos de la ciudad.

El general Ballesteros se dedicó durante el sitio de Tarifa á maniobrar con pequeños cuerpos de su división sobre la retaguardia de los franceses, ya cerca de Ronda con la columna del brigadier D. Pedro Cortés, ya por la Hoya de Málaga con su vanguardia, ya, por fin, tratando de llevar él mismo á Tarifa refuerzos que el estado del mar impidió que llegasen á su destino. Ballesteros fué nombrado entonces Comandante en jefe del segundo y del tercer ejército con las mismas facultades que había tenido Blake en Valencia y Murcia, mando que renunció, según llevamos dicho, deseoso de continuar operando en un teatro en que esperaba alcanzar más fruto para la causa nacional y mayor gloria para sí mismo. La nueva Regencia, tan débil con él como la antigua, le señaló, con efecto, para el mando en jefe del cuarto ejército, vacante por haber sido el conde de La Bisbal nombrado Regente, con lo que Ballesteros asumió la dirección de todas las tropas españolas que operaban en las provincias de Huelva, Sevilla, Cadiz y Málaga. Allí le veremos, activo siempre y enérgico, poro exigente también y orgulloso del aura popular de que, efectivamente, gozaba, operar en una independencia casi absoluta de la autoridad del Gobierno, hasta caer en la desgracia, que tanto había de dar que hablar y escribir con no poco escándalo de la nación.

CAPÍTULO II

VALENCIA

Campaña de 1811 en Valencia.—El ejército español.—Obstáculos en el camino.—Fuerzas de los franceses.—Preparativos para la jornada.—Situación de los españoles.—Su mando.—Su estado moral.—Preparativos de Blake.—Su conducta militar.—Llega Suchet á Murviedro.—El castillo de Sagunto.—Sus fortificaciones.—Estado de ellas.—Cómo se restauraron.—Avance de los franceses.—Situación de Blake.—Ataque á viva fuerza.—Son rechazados los franceses.—Bajas.—Operaciones sobre Teruel y Oropesa.—En el camino de Teruel.—En Benaguacil.—Observaciones.—Toma de Oropesa.—Obras contra el castillo de Sagunto.—Se rompe el fuego.—Asalto del 18 de octubre.—Es rechazado.—Nuevas obras de ataque.—El Empecinado, Durán y Mina.—Batalla de Sagunto.—Conducta de Blake.—Expedición de Mahy á Cuenca.—Planes de ataque á Suchet.—Plan de la batalla.—El de Suchet.—Comienza el combate.—En el Hostalet.—Consecuencias de aquel revés.—En la izquierda española.—Acción de Mahy.—Retirada general de los españoles.—La de Zayas.—Nueva situación del ejército español.—Bajas en ambos ejércitos.—Resultas.—Rendición de Sagunto.—Consideraciones.—La capitulación.—Suchet pide nuevos refuerzos.—Posiciones que ocupa.—Valencia y su posición militar.—Primeras operaciones de sitio.—Los refuerzos franceses.—D'Armagnac trata de unirse á Suchet.—Nuestros guerrilleros y jefes aragoneses.—Diversiones en auxilio de Suchet.—La en favor de Blake.—Llegan los refuerzos al campo francés.—Paso del Turia.—Acción de caballería junto á Torrente.—Combate de Mislata.—En la izquierda española.—En Chirivella.—Retirada al Júcar.—La división Zayas.—Paso del Turia en su desembocadura.—Mahy en Alcira.—Comentarios.—Valencia cercada.—Salida de la plaza.—Comienza el sitio.—La casa de las Palmas.—Los valencianos y Blake.—Obras de aproche y de ataque.—Se abandona el atrincheramiento exterior.—Ataque al recinto antiguo.—Intimación de Suchet.—Contestación de Blake.—Consejo de guerra.—Capitulación.—Entran los franceses en Valencia.—Quebrantamiento de la capitulación.—Conducta de los valencianos.—Pérdida de Peñíscola.

Campaña de 1811 en Valencia.

Con las órdenes y contra las órdenes de Napoleón, andaba el mariscal Suchet soñando con vengar la afrentosa jornada del año anterior ante los muros de Valencia. Las conquistas en Lérida y Mequinenza,

Tortosa, Tarragona y el Montserrat le daban ahora tal prestigio en el ánimo del mismo Napoleón que, á pesar del agria filípica del 22 de agosto, de que dimos cuenta en el tomo anterior, Suchet se desentendió de las operaciones que se le prescribían en Cataluña para entregarse enteramente á las que le condujeran á la ocupación del espléndido é importantísimo reino de Valencia. Es verdad que tres días después de aquella orden, inspirada por un desconocimiento casi incomprensible del estado de las cosas en España, esto es, el 25, se dirigía á Suchet otro despacho en que se pensaba hallarse Valencia sumida en un terror, nos parece que un poco prematuro, y se suponía una acción que después de todo resultó en parte realizada. Empezaba así la nueva orden del Emperador: «Todo hace creer, señor Mariscal, que el terror se ha apoderado de Valencia, y que después de la toma de Murviedro y de una batalla ganada, se rendirá Valencia.» Aun con esas impresiones, si son exactas, dejábase al Mariscal en libertad de apresurar la jornada ó aplazarla hasta mejor estación, según pudiera ó no contar con la artillería de sitio necesaria para el de Valencia, manifestándole, sin embargo, Berthier que «la orden imperativa del Emperador era que su cuartel general se hallase hacia el 15 de septiembre en territorio de Valencia y lo más cerca posible de aquella ciudad.» (1)

---

(1) Además de esa contradicción de dejar al arbitrio de Suchet el emprender ó no la nueva campaña al recibir el despacho, que llegaría regularmente el último día de agosto á Zaragoza, para, *en todo caso,* estar el 15 de septiembre en tierra de Valencia, y la no menor entre las órdenes del 22 (v. pág. 470 del tomo X) y del 25 de agosto, hay la circunstancia de no hallarse esta última en la *Correspondencia de Napoleón*. Sin em-

No era Suchet de opinión de apresurar la partida á Valencia sin la seguridad de obtener todos los medios necesarios para su éxito, recordando que la causa principal de su fracaso en el año anterior había sido la falta de cumplimiento de cuantas ofertas le había hecho el gobierno de Madrid de auxilios y de cooperación para aquella fatal jornada. No lo era tampoco de que en Valencia reinase el terror como, sin motivo hasta entonces, le escribía el Príncipe de Wagram en su citado despacho y en las instrucciones de que iba acompañado. En su precedente expedición á la ciudad del Turia, había observado que el espíritu de los habitantes se hallaba excitado en su patriotismo al igual del que encontró entre ellos su colega Moncey en 1808; y como en ambas ocasiones obtuviera ese espíritu resultados tan decisivos y gloriosos para los valencianos como funestos para el orgullo francés, creía Suchet que ni el Emperador, con su inmenso talento, ni su jefe de Estado Mayor con tal maestro y tan larga experiencia, estaban en lo cierto respecto al estado de ánimo y á las intenciones de los á que iba inmediatamente á combatir.

Además Suchet se abultaba no poco los obstáculos que encontraría, así en el camino de Tortosa, su base de operaciones, á Valencia, interceptado por las fortale_

bargo, esa como otras órdenes transmitidas por Berthier debieron emanar del ministerio de la Guerra en cuyo archivo parece que constan.

Por otro lado, una carta de la Mariscala con fecha de 5 de septiembre á su cuñado Gabriel, revela que ya había órdenes para la marcha, aunque habiendo de esperar en el camino la llegada de la artillería procedente de Tortosa.

Esta carta se halla en un libro de este año (1898) con el título de «La Carriére du Marechal Suchet Duc d'Albufera, Documents inedits par François Rousseau.»

zas de Peñíscola, Oropesa y Murviedro, como al llegar á su objetivo, capital de gran importancia política y estratégica, de gran vecindario, fortificada, cual debería estar después de los importantísimos sucesos á que había servido de teatro, y cuartel general de tres ejércitos que allí iban á reunirse al mando de un general, si no dichoso en sus empresas, experimentado en la guerra y tenido por sabio y hábil (1).

No es, pues, de extrañar que se preocupara de la conveniencia de, antes de emprender la jornada, acabar cumplidamente los mil preparativos que siempre exigen las de igual objeto y una, principalmente, que, en su concepto y según acabamos de indicar, informaba la idea de tales obstáculos, mucho más difíciles de superar que los opuestos en la ocasión de marzo de 1810 á su valor, su energía y habilidad.

En un punto, sin embargo, ese sí muy esencial para sus cálculos, andaba Suchet equivocado ó, por lo menos, fingía en sus escritos estarlo; el de las resistencias que habría de encontrar, aparentes en verdad para espíritus menos perspicaces y recelosos, pero no inesperadas en sus justas proporciones para quien, como él, conociese ó supiera apreciar los elementos que concurrirían á oponerlas.

El ejército español.

La fuerza de los españoles era considerable y, al parecer, suficiente por el número de los que la formaban para la misión á que había sido llamada. Al 2.º

(1) Suchet dice en sus Memorias: «El mariscal Suchet, convencido de que le serían necesarias artillería numerosa y la reunión de fuerzas imponentes, dió cuenta al gobierno de las dificultades que ofrecería el ataque á Valencia y del peligro que veía al emprenderlo sin haber reunido todos los medios precisos para el éxito.»

ejército, que era el de Valencia, debían unirse para la defensa de aquella provincia y de su capital, el 3.° que vimos combatir en Zújar, establecido en la frontera de Murcia y Granada, y el llamado *Cuerpo Expedicionario*, sacado de Cádiz para esta nueva jornada, como antes para la que tan glorioso resultado dió en la memorable batalla de la Albuhera.

Con todo, aquellas tropas, cuyo número y organización daremos muy pronto á conocer, como de diversas regiones procedentes y sometidas luego al mando de generales y aun de jefes no de los suyos de siempre, con pérdida en parte de la confianza que inspira la costumbre, cuando no otros móviles esencialmente militares también, de verse gobernadas por quienes han compartido con ellas privaciones y fatigas, carecerían de esa unidad tan necesaria para obtener la inapreciable ventaja de la *cualidad*, *alfa y omega* de la mejor constitución de los ejércitos. En los que iban á la defensa de Valencia á fines de 1811 había cuerpos recientemente reorganizados, sin la instrucción detenida y sólida que necesitarían para pelear con los que regía tan experto general como Suchet, y muchísimos de los soldados que formaban en aquellos cuerpos no habían hecho un disparo de fusil en sus ejercicios ni menos en un campo de batalla. Deberían, además, tardar bastante en reunirse tantas fuerzas; porque el 3.er ejército, como establecido en Murcia, y el cuerpo expedicionario, como desembarcado en Alicante, tuvieron que evitar el contagio reinante en aquella costa y atender al sostenimiento del cordón sanitario rigorosamente conservado y con tropas que, de otro modo, hubieran ido á reforzar el ejército.



Y esa fué una de las contrariedades más graves que entonces hubieron de experimentar los españoles y de que nada se resintieron los franceses, porque, no teniendo éstos para qué acercarse á los parajes de la costa castigados con tal azote como la fiebre amarilla, operaban por el interior del país libre de ella. Hasta en los pueblos mismos en que se hallaban los cuerpos acantonados para mantener el cordón, llegó á sentirse en alguna ocasión la perniciosa influencia de la fiebre, siendo necesario trasladar las tropas á otros puntos más distantes, y aun dispersarlas á veces para atajar así el mal.

Obstáculos en el camino.

Algún mayor recelo debía infundir á Suchet el haber de dejar á sus espaldas provincias como las de Aragón y Cataluña por un tiempo cuya duración no podía entonces calcular con probabilidades de acierto. No iría á alejarse de ellas sin asegurar su tranquilidad con fuerzas suficientes, y habría de proveer al mantenimiento de las comunicaciones guarneciendo los puntos que le ofrecieran mayor conveniencia y, sobre todo, estableciendo el bloqueo de las fortalezas que iba á hallar en el camino y para cuya conquista no podía perder un tiempo que tan necesario le era para llegar al grande é interesante objetivo de su nueva expedición. Sólo Murviedro se exceptuaría de ese recurso, hallado para evitar una detención que podría eludirse tratándose de Peñíscola, algo apartada de su ruta, y de Oropesa, una *bicoca* cuya acción se burlaría con un pequeño rodeo hasta la incorporación del gran tren de sitio procedente de Tortosa. Se hacía absolutamente necesario apoderarse de Murviedro, destinándolo luego á plaza de depósito de víveres y municiones en las ma-

niobras subsiguientes, á base, en fin, de las operaciones sobre la plaza de Valencia.

Para Suchet, escarmentado el año anterior, era cuestión de gran importancia la de atender con más reflexión que entonces á asegurar el triunfo; cuidando así y sobre toda otra consideración, de que no creciese en Valencia la confianza que sus habitantes tendrían puesta en su espíritu patriótico y en sus anteriores victorias. Dice en sus Memorias: «Pero el mariscal no podía olvidar lo que le había sucedido un año antes. Su marcha sobre Valencia, criticada entonces en París, cuando le fué ordenada desde Madrid, había dado un resultado que debía ser una advertencia para él.»

Veamos, pues, los preparativos que hizo para su nueva jornada.

Fuerzas de los franceses.

Mandaba un ejército, el de Aragón, compuesto de unos 36.000 hombres de todas armas. Tres divisiones, las de Musnier, Frére y la italiana, que dijimos se le había agregado en Cataluña, con la mitad, poco más ó menos, de la fuerza total, ocupaba la parte baja de aquel Principado desde la conquista de Tortosa y Tarragona; de 7 á 8.000 hombres guarnecían á Mequinenza, Alcañiz, Jaca, Zaragoza y otros puntos, aunque menos importantes de Aragón, y otros 10 ó 12.000 cubrían las fronteras de Navarra, Castilla y Valencia. Así repartida toda esa fuerza y con atenciones tan preferentes sobre territorio tan vasto y plazas de tal importancia, de poca se podía disponer para la expedición proyectada á la ciudad del Turia, aun después de haber recuperado los franceses el castillo de San Fernando de Figueras. Pero del cuerpo de reserva que el general Reille estaba formando en Navarra, podría



Suchet recibir un refuerzo poderoso; se le había ofrecido otro sacado de los ejércitos del Centro y Mediodía que podrían verificar una eficaz diversión por la parte de Cuenca y de Murcia, y, aun cuando él no lo mencione siquiera, luego veremos que del ejército de Portugal se destacaría una división mandada por el general Montbrun, excelente por la calidad de las tropas y por las brillantes condiciones de su jefe.

Por el pronto, es verdad que no confiaría más que en las fuerzas que puede decirse tenía á la mano, pertenecientes al cuerpo de ejército de su mando; pero sometida la región toda del bajo Ebro, tranquila entonces la de Zaragoza, y las fronteras del interior aseguradas con la marcha, que supondría, de Villacampa y Obispo al reino que iba á invadir y el alejamiento de Durán y el Empecinado en las altas mesetas del Duero y el Tajo, comprendería también que le era dado llevarse del territorio que le estaba sometido una masa suficiente para emprender la tarea que se le había impuesto. Y sacando de una y otra parte; pidiendo la cooperación del ejército de Cataluña, más libre ya en sus movimientos hacia Barcelona y el Ebro; exigiendo la del cuerpo de Reille que, con efecto, le envió, por lo pronto, sobre 5.000 hombres, y no escaseando reclamaciones al Emperador por un lado y al rey José por otro, pudo establecer un cuadro de fuerzas activas para la campaña de más de 22.000 hombres con 3.000 caballos y un tren numeroso de artillería de todos calibres para los sitios que hubiera de acometer.

Preparativos para la jornada.

Dejó en Cataluña una división á las órdenes del general Frére para la ocupación y guarda de Montserrat, Lérida y Tarragona, así como para desde Tortosa cu-



brir también la navegación del Ebro; situó inmediatamente la división italiana, con el general Palombini á su frente, hacia Caspe y Alcañiz, y dirigió la división Harispe á Teruel. Con esos movimientos preliminares y el avance de la división Musnier al Ebro, preparó Suchet el decisivo que, en efecto, emprendió el 15 de septiembre desde Tortosa, de donde iba á sacar todo el material de sitio que iría á su objetivo por la carretera general de Cataluña á Valencia. Aquella plaza debía ser el principal depósito de víveres, para lo que se la puso en comunicación con Mequinenza por una serie de barcos dirigidos por oficiales de Estado Mayor; se estableció otro almacén en Morella y se hizo siguiese al ejército un gran número de reses para el racionamiento de carne fresca durante dos meses. (1)

Su plan para la marcha consistía en amenazar con la invasión por la parte de Teruel para que su adversario no avanzase por la de Tortosa y le estorbara la conducción del material y de la grande *impedimenta* que debía seguirle y tenía forzosamente que proteger, obligándole así á marchar con una lentitud que nunca podría convenir á sus propósitos. Con otro que Blake en frente, Suchet quizás no se hubiera atrevido á ejecutar su avance en la forma en que lo emprendió, porque eso de las concentraciones en la proximidad del enemigo ha sido causa de grandes desastres y está condenado por la experiencia y por todos los maestros de arte militar.

La combinación de las tres divisiones que iban á invadir el reino de Valencia, era verdaderamente arries-

(1) Véase en el Apéndice núm. 6, el estado de fuerza del ejército de Suchet el 15 de septiembre de 1811, día en que emprendió la marcha.



gadísima. No existían más que dos caminos carreteros para su ejecución, el de Tortosa que iba á emprender Suchet, y el de Teruel que tomaría Harispe. Los dos se unían al pie del castillo de Sagunto; y sin tomar en cuenta la marcha de la división italiana que desde Morella bajaría por San Mateo y Cuevas á reunirse con el Mariscal, eso sin riesgo alguno, corría Harispe el de encontrarse sorprendido en su camino por fuerzas muy superiores de los españoles, concentradas, como deberían estarlo, en Murviedro. Tan debió temer ese riesgo el general Harispe, que, en vez de seguir la carreterra hasta Segorbe al menos para hacer la marcha más rápida y cómodamente, tomó el camino malísimo de travesía que, cruzando la sierra de Rubielos, le condujo á Villafamés al encuentro de su general en jefe. Suchet conocía á Blake, su adversario en Alcañiz, María y Belchite; más aún, debería estar enterado de la situación de nuestras tropas en aquellos momentos, y creyó poder acometer impunemente una maniobra, en otras condiciones tan comprometida. Y logró ejecutarla tal cual la estamos indicando, sin más que dejar en Benicarló un batallón y 25 caballos en observación de Peñíscola, con cuya guarnición tuvieron sus descubiertas algún ligero combate, ocupar Oropesa dejando también observado el castillo, del que recibió algunos disparos; y, excusándolos por Cabanes y Villafamés y reunido ya todo el ejército, continuar á Castellón de la Plana y Villarreal á 30 kilómetros ya de Murviedro, primer objetivo de su marcha, como el primero también en que pensaba le esperaría el enemigo.

Situación de los españoles.

Hemos dicho que Suchet, además de conocer por experiencia á Blake, debía tener noticia de la situación



de nuestras tropas, y vamos á describirla tanto bajo el punto de vista de su organización, efectivos y posiciones que ocupaban aquellos días, como el de su estado moral según sus procedencias y los sucesos en que habían tomado parte.

Ya indicamos que iban á componer la masa general del ejército destinado á la defensa de Valencia, el 2.°, establecido siempre en aquel reino, el 3.° que, desde la línea de la Venta del Baul y después de su retirada de Zújar se mantenía en el de Murcia, y el Cuerpo expedicionario, salido de Cádiz con el general Blake que iba á mandar en jefe todas aquellas fuerzas y las que desde otras provincias procurasen secundar sus instrucciones y órdenes. Irían, con efecto, á tomar el mando de dos divisiones del 2.° ejército los generales Villacampa y Obispo, que no habían cesado de combatir en uno y otro punto de Aragón, incansables, los dos, en la patriótica y bien entendida tarea de sorprender, acosar y perseguir á los franceses en sus destacamentos, marchas y convoyes.

El 2.° ejército constaba así de cuatro divisiones; las tres primeras á las órdenes cada una respectivamente de los generales Miranda, Obispo y Villacampa, todas bajo la dirección del teniente general D. Carlos O'Donnell, y otra de reserva de que se sacaron varios cuerpos para la guarnición del castillo de Sagunto y otros fuertes de aquel distrito. Tenía además entre sus organismos una división de Caballería, mandada por el mariscal de campo D. José San Juan, un escuadrón de artillería á caballo y dos compañías de la misma arma á pie. El 3.er ejército, acantonado, según ya hemos dicho, en Murcia y la frontera de Granada, asistiría á las primeras

operaciones que iban á verificarse en Valencia con dos divisiones, la 1.ª y la 2.ª regidas por los brigadieres Conde del Montijo y D. Juan Creagh, la 2.ª de caballería del también brigadier D. Vicente Osorio, y otra compañía de artillería á caballo. El cuerpo expedicionario, por fin, se componía de uno especial de vanguardia, á las órdenes, como en Chiclana, del general Lardizábal, de la 4.ª división del 4.° ejército mandada por el general Zayas, y de una brigada de caballería con D. Casimiro Loy, de tanto tiempo atrás su jefe, acompañada del tercer escuadrón de artillería.

Esas fuerzas sumaban á los pocos días de iniciarse la campaña la disponible de 26.767 hombres con 3.069 caballos y 20 piezas de artillería de campaña, sin contar, por supuesto, el número de bajas por destacamentos, guarniciones y enfermos, que ascendía al importantísimo de más de 10.000 en hombres y cerca de 1.000 en caballos (1).

Su mando. Al ser puesto en libertad el marqués del Palacio después de no admitido por las Cortes su ambiguo juramento como Regente interino, había recibido, primero, el destierro de Cádiz y luego el nombramiento de Capitán general de Valencia con el mando, naturalmente, del segundo ejército. Pero si su concepto político había menguado no poco en tan ruidoso acontecimiento, no había crecido en el mando con que se le quiso indemnizar en parte de su prisión, siquier de días, y de los malos tratamientos que se le habían hecho

---

(1) Véase el Apéndice núm. 7, que contiene el estado de las tropas que concurrieron á la batalla de Sagunto. En el mismo Apéndice se estampa el cuadro también de las fuerzas que guarnecían el castillo de Sagunto.

sufrir en ella. Su conducta en Valencia no era para levantar los ánimos ni en el ejército ni en el pueblo, que se veían amenazados desde la pérdida de Tarragona con correr igual suerte, dedicado, como aparecía, á las prácticas religiosas, con olvido, en general, de las militares para la mejor instrucción de las tropas de su mando y para, con trabajos asiduos y con el ejemplo, poner la ciudad en estado respetable de defensa. Así es que con tales antecedentes y con las reclamaciones diarias que llegaban á Cádiz del peligro que corría Valencia, y las pocas garantías que ofrecía el Marqués para conjurarlo, la Regencia resolvió dar el mando supremo de los ejércitos de Valencia y Murcia á su primer miembro el general Blake con las más ámplias atribuciones.

El general Blake, ya en Valencia, al observar los poco militares procedimientos del Marqués y los efectos que habían producido en la opinión, creyó que la permanencia de aquella autoridad y de la Junta de la provincia en la capital sería un motivo de debilidad para los defensores, y dispuso que pasaran á la inmediata villa de Alcira, de donde se les dijo podrían con más independencia ejercer sus oficios en favor de la patria. Y así se hizo, quedando en Valencia el general Blake libre de toda traba y dedicándose ó pudiendo dedicarse exclusivamente al aumento de las fortificaciones y de todo género de recursos defensivos, así como á la mejor organización de las tropas para el objeto preferentísimo á que se las había destinado.

Cuál era esa organización, ya lo hemos expuesto; lo que nos falta, para explicación después de los tristes sucesos á que dió lugar, es poner de manifiesto el

Su estado moral.

estado moral de un ejército compuesto de tan diversas partes, separadas por el mismo espíritu de provincialismo que dominaba en los pueblos de su ordinaria residencia, con jefes distintos, alguna, de los que tenía costumbre de obedecer en los campos de batalla, y todo eso ante un enemigo en que imperaban la unidad más perfecta, un espíritu elevado al más alto grado con tan repetidas victorias, y sin traba alguna la dirección de un jefe rodeado de prestigio y gozando de toda la confianza del Emperador.

Las disensiones producidas en el 3.er ejército por el revés de Zújar y que no tardaron á estallar entre los jefes que habían operado en aquella jornada cuando, retirándose á Murcia, se comenzó á comentar, fueron causa de que se separara de sus mandos respectivos á varios de los generales que mandaban las divisiones, privándolas de algunos que, como Quadra y Sanz, se distinguían por su prestigio entre ellas. El mismo general Freire, que había mandado en jefe aquel ejército, fué substituído en el mando por Mahy, quedando de segundo, no sin que se reconociese en el Cuartel general lo difícil de su situación, por más que el bizarro general se mostró y siguió siempre mostrándose tan magnánimo como celoso de ser útil en cualquier puesto que se le asignara. No tardó su substituto en comprender la radical transformación que esa discordia había producido en un ejército que se le había representado como el más instruído y disciplinado de los de la Península. Tan desanimado quedó Mahy al inspeccionarlo cuando se hizo cargo de su mando, que vamos á transcribir una de sus cartas al general Blake para que se comprenda bien el estado moral de las

tropas que iba á combatir Suchet; que, del material, tiempo tenemos para hacer ver que no llevaba ventaja ninguna que pudiera neutralizar aquél en su acción.

Decíale, con efecto, desde Mula el 12 de septiembre de 1811.

«Mi apreciable favorecedor y amigo.—El desagradable quadro que ofrece á mi honor y amor propio la situación física y moral del Exército 3.° que (por querer V. favorecerme, como debo pensarlo), ha puesto baxo mis órdenes, me obliga á desahogarme con V. mismo como de hombre á hombre de honor.»

«V. sabe que no he evitado nunca los riesgos, y debe saber, porque se lo digo, que ni la epidemia que me rodea, ni el riesgo en que constituye mi vida ó libertad, la ninguna confianza que inspira un exército de tan malas cualidades como éste, infunden caracter alguno á mi corazón; lo que arredra á mi espíritu es el compromiso de la Patria confiada en exércitos de esta naturaleza, y el de mi honor por mandarlo.»

«El golpe de vista de V. en estas circunstancias, adquirido en tanto tiempo de práctica y conocida aplicación no le permitirá alucinarse para dexar de conocer que este Exército, sin Generales ni Gefes, no ofrece á la Nación sino una fantasma, que nada menos es lo que representa, pues V. mismo, que lo ha formado, no puede fijarse en determinados sugetos que desmientan esta verdad. Por más que he procurado indagar qué Gefes ú Oficiales tienen la confianza del soldado, no he podido lisongear mis deseos más que con el nombre de quatro ó cinco segetos, quales son el General Freyre, el Brigadier Ossorio, el Brigadier Sanz, el Comandante Pérez y el de las guerrillas Villalobos;



póngase, pues, V. en mi lugar, y juzgue de mi situación no conociendo el Exército, ni el Pais; con una nomenclatura nueva enteramente para mí de pueblos, puntos que ocupa la línea, regimientos que componen el Exército y Gefes que lo mandan, y sobre todo con el desconsuelo de saber que sólo hay quatro ó cinco sugetos que el soldado califica de bizarros y capaces, y que aun éstos me son desconocidos personalmente, pues que sólo conozco desde que he tomado el mando al General Freyre: añada después V. la manifestación que le he hecho repetidas veces, ya constituyendo parte del Gobierno supremo como uno de los tres Regentes del Reino, y ya como amigo, que creo á V. mío, de mi falta de idoneidad porque no es posible que haya adquirido toda la que se necesita para sacar partido de circunstancias tan complicadas y peregrinas, y responder á la Nación, y al mundo entero, de mi responsabilidad en tan corto tiempo como el que llevamos de guerra (por más que sea de siglos su duración para nuestra desgraciada Patria) y habiendo, como quien dice, empezado á aprender á la edad de 50 años, y deducirá de todo que debo ser el hombre más comprometido que tiene la Nación.»

«V. sabe las desavenencias que ha habido y existen entre los Generales de más nota del Exército y habrá como yo oido hablar de unos y otros según el modo de ver de cada uno, en razón de lo ocurrido en el último encuentro con los enemigos; lo qual, cuando no produzca otro efecto, no puede menos de hacer vacilar sobre el verdadero mérito de los antagonistas, que V. conoce á fondo y yo sólo superficialmente.»

«Veamos, pues, amigo mío, ya que por mi fortuna



ha dispuesto el Gobierno que V. tenga á su disposición las fuerzas que componen ese y este Exército, y la división expedicionaria, si pueden enmendarse las nulidades que V. mejor que yo conoce en este de mi mando con ventajas conocidas á favor de la causa que defendemos. La división expedicionaria es compuesta de Generales, Gefes, Oficiales y tropas de acreditado valor y ciencia militar, ¿pudiera ser que teniendo V. facultad para hacer de todo una masa se aglomerase todo, y sirviendo de pie la división expedicionaria, se formase uno ó los dos Exércitos 2.° y 3.°? En ese caso contaríamos con dos Generales de Infantería divisionarios, cuales son Zayas y Lardizábal, bizarros y de conocimientos positivos, con tres Generales de Caballería como Freyre, Ossorio y Loy, y con un número de Gefes de cuerpos capaces de hacer variar enteramente la opinión de estas tropas, que muchos me representan como muy buenas si estuviesen en otras manos.»

«V. podría constituir los EE. MM. confiriendo mandos de otra naturaleza á los que por capricho ó realidad, no tienen la confianza del Exército, y todo podría variar de semblante de un momento á otro; debiendo de otro modo no contar con que este Exército llene las ideas del Gobierno y los deseos de los buenos españoles; porque aunque la tropa en sí sea de buena calidad, y mis deseos de sacrificarme con utilidad por la Patria sean ilimitados, todo es nulo si los que me han de ayudar son lo contrario de lo que deberían ser, además de que no oigo sino desconfianza tanto de la Caballería quanto de la Infantería en los mismos Gefes de las armas.»

«V. pesará mis razones y verá si son adaptables al caso en que nos vemos, responsables á la Nación y al mundo militar de nuestras operaciones, y si son insuperables los inconvenientes se servirá apoyar mi dimisión de un mando que no puedo desempeñar, como lo tengo representado á S. A. el Consejo de Regencia antes de conocer tan á fondo este Exército; pues más quiero morir olvidado en un rincón que comprometer en un ápice la felicidad de la Patria y mi opinión de leal á mis deberes.—Ruego á V. etc. etc.»

No puede ser más triste la pintura que hace el general Mahy del 3.er ejército, de cuyo mando acababa de encargarse; y aun cuando Blake, al contestar, trató de quitarle de su ánimo algunas de las preocupaciones que así le afectaban, nunca logró, como más adelante haremos ver, arrancárselas hasta inspirarle la confianza, sin la que es imposible ejercer cargos de tal naturaleza con esperanzas fundadas de un éxito glorioso. Es verdad que entre las frases animadoras con que trataba de, halagando su amor propio, conseguir su cooperación en aquella campaña, le dirigía no pocas que revelaban también sus propios desfallecimientos, *asegurándole,* le decía, *que era bien difícil se encontrara en otra situación más comprometida.* «Sabe usted bien, le añadía, que desde el primer día de la guerra he arrostrado con todo lo que han querido encargarme, arriesgando mi honor y mi reputación á una suerte de dados, pero todo lo pasado es nada comparado con lo del día.»

Uno, pues, de los temores que Suchet abrigaba ó, como hemos dicho antes, fingía abrigar, era, mejor que fundado en la experiencia de una guerra en que



sólo había sufrido un revés verdaderamente militar, en el espíritu de un adversario que, ni en ese sentido y ni en el de su fuerza material, podía considerarse en condiciones para medir sus armas con las imperiales. Sólo aquel entusiasmo, que hasta podríamos calificar de irreflexivo, en nuestros compatriotas, no enfriado ni aun por una lucha desastrosa de cuatro años, sería capaz de prolongarla hasta otros más en que por fin lograría acabarla con la mayor fortuna.

Preparativos de Blake.

El general Blake, desde su llegada á Valencia se dedicó á convertir la ciudad en un gran campo atrincherado, rodeándola de fuertes que cubriesen el recinto, en que la encerró también, si no con muros, lo robustos que generalmente constituyen las plazas de guerra, los más apropiados para su defensa por ejércitos numerosos que á la vez puedan maniobrar en el campo exterior y emprender reacciones ofensivas y salidas, sistema el más eficaz de la guerra polémica en circunstancias como las en que se veía aquella capital. Atendió también á la defensa del que pudiéramos considerar como punto avanzado de la mayor importancia, del castillo de Sagunto, dotándolo de la fuerza que él creyó suficiente y de un gobernador cuyas condiciones de energía y de inteligencia, reveladas en su brillante carrera militar, ofrecían garantía legítima de acierto en su elección para cargo tan comprometido como honroso.

Pero el general Blake no poseía una cualidad absolutamente necesaria en los generales en jefe para las grandes operaciones de la guerra, la actividad en sus iniciativas, característica de los grandes capitanes. El enemigo tenía su base en localidades lejanas de Valen-

cia; debía partir para su acción sobre el objetivo que se había propuesto de puntos distantes entre sí, cual ya hemos expuesto, y el general español debió apresurarse á reunir su ejército y avanzar en busca de sus adversarios para combatirlos antes de que pudieran unirse, supliendo entonces con el número la flaqueza de sus tropas en cuanto á las condiciones de inferioridad que hemos señalado en ellas. Y no es que ignorase ese principio magistral del arte para las operaciones en campo abierto y que hasta indicase que lo tenía presente, pues que de las tropas del 2.º ejército estableció algunas á vanguardia, ya en el camino de Teruel, como la división Obispo en Barracas, muy por arriba de Segorbe, ya en Villarreal y Almenara adonde hizo adelantarse parte de las fuerzas de Lardizábal, situándose él mismo en Murviedro, en el entronque de las dos carreteras de Aragón y Cataluña. Pero todo eso que abona en el general Blake el conocimiento de lo que debía hacer, lo ejecutó sin la previsión de haber antes reunido en Valencia el mayor número de tropas posible de tantas como tenía en Murcia, inactivas ó atendiendo, más á la salud pública en aquella provincia que á la de la patria en el cuartel general de los tres ejércitos. El 3.º permanecía en derredor de Mula en las condiciones que le atribuía el general Mahy; y la división Zayas iba marchando á Villena con la pausa de quien, al desembarcar, se encontraba en país puede decirse que infestado, temiendo á la peste, que amenazaba de tan cerca, y en la creencia de estar todavía lejos una guerra procedente de la parte más remota de las provincias valencianas. Cuando la proximidad del enemigo pudo advertir á Blake de la pérdida del tiem-

po que le habían causado las noticias de la invasión al prepararse ésta en Tortosa, Teruel y Alcañiz, ya era tarde para tomar una iniciativa enérgica que contuviera por lo menos la marcha decisiva de Suchet; y lo que debió ser una operación por lo menos prudentemente ofensiva, hubo de reducirse á una defensiva que luego se traduciría en la pasiva más absoluta é inerte. Al llegar Zayas que desde Villena, donde se hallaba el 16, se incorporó el 21, y al preparar Mahy su marcha á Valencia desde Mula, ya descendía Obispo de sus altas posiciones, burlado por la escapada de Harispe á Villafamés en busca de su general en jefe; y la vanguardia española, rechazada del Mijares, cuya orilla derecha parecía querer conservar, se retiraba á Almenara y Murviedro. Ni aun allí pretendió Blake mantenerse; y sin esperar siquiera á que el castillo fuera suficientemente provisto de los víveres que le habían sido enviados por mar, retrocedió á Valencia, acogiéndose á sus fortificaciones con gran parte de las fuerzas.

Llega Suchet á Murviedro.

Así el 23 de aquel mes de septiembre, á los nueve días de haber salido de Tortosa, podía el mariscal Suchet atacar la fortaleza de Sagunto sin haber sufrido el menor entorpecimiento en su marcha y teniendo reunido todo su ejército y en disposición de no haber ya de temer ninguna de las contrariedades que ante otro general y ante otras tropas hubiera, de seguro, experimentado. La primera parte de su campaña había sido un éxito completo, muy superior al que debía esperar. Peñíscola quedaba observada, el fuerte de Oropesa bloqueado, y se presentaba ante el de Sagunto con su tropa descansada, sin bajas en la marcha y con

la seguridad de que no tardaría en llegarle el tren de artillería, con algunas de cuyas piezas dejaría pronto franca la carretera toda, su principal comunicación con Tortosa, base bien sólida de sus operaciones presentes y futuras.

Halagábale, además, la idea de que la fortaleza que tenía delante, no lograría detenerle, creyendo que su conquista sería cuestión de pocos momentos, cuestión de uno de aquellos asaltos á que sus tropas estaban avezadas en tan recientes y, para ellas, gloriosas ocasiones de Lérida, Tortosa y Tarragona. Ni siquiera había pasado por su mente la sospecha de que tendría que emplear para el castillo de Sagunto los procedimientos detenidos y enérgicos que en ellas. Y, sin embargo, aquellos muros caídos en ruinas desde tiempo inmemorial, y apenas restaurados, le detuvieron más de un mes, impidiéndole avanzar á su objetivo con el ímpetu y el rápido éxito con que había iniciado la campaña.

El castillo de Sagunto.

Asienta Murviedro, villa entonces de unos 7.000 habitantes, en un llano que riegan las escasas aguas del río Palancia, y situada en la falda del alto y escarpado monte que substentó la fortaleza de Sagunto, de gloriosa y perdurable memoria. Ciudad debió ser de grande extensión, si se ha de dar fé á los antiguos historiadores romanos, muchísimo mayor que la de la actual población, de mucha industria, de inmensas riquezas, de altos y espléndidos monumentos. El número de los defensores, próximo si no igual al de 50.000, el de los secuaces de Aníbal cuando la atacó, llegando al finar el sitio al de 150.000, y el botín cogido al conquistarla, suficiente para satisfacer la codicia de

la soldadesca, las ambiciones del Senado de Cartago y la previsión económica del hijo de Amílcar para su ya premeditada expedición á Italia, hasta las ruinas todavía subsistentes, prueban elocuentemente las proporciones de Sagunto doscientos veinte años antes del cómputo cristiano, sus recursos y magnificencias.

No nos detendremos en la descripción de la ciudad griega ni de la romana que la substituyó; y si recordamos la árabe, será para decir que los restos más importantes de la fortaleza pertenecían á la época de su ocupación por los moros. El sitio en que se levanta es, sí, digno de observación y de estudio detenido y profundo; que si la historia acredita el interés que siempre han ofrecido su conquista y ocupación, el arte militar moderno, como el antiguo, han venido á justificar los altos hechos á que ha servido de escenario. Para demostrarlo, hemos de corroborar las mismas ideas, los razonamientos mismos, y hemos de repetir las palabras que hace cuarenta años nos sirvieron para llamar la atención de nuestros lectores sobre la importancia estratégica de Sagunto. Ni diferente estado político, ni comunicaciones de diversa índole, de tracción abundosa y de rapidez muy superior, nada ha quitado á esas ideas y á esas frases el concepto militar que entrañaban; y Murviedro continúa desempeñando entre Aragón, Cataluña y Valencia el papel que durante las invasiones cartaginesa, romana y árabe representaba.

Decíamos el año de 1859 en nuestra *Geografía histórico-militar*: «Si la cuenca del Mijares tiene alguna importancia por su extensión y comunicaciones con el Maestrazgo, mucho mayor la tiene el Palancia por reunir á tales circunstancias y á las del paso también de

la carretera de Cataluña á Valencia, la interesantísima de unirse á éste en Murviedro la de Zaragoza por Teruel y Segorbe. Por eso la línea del Palancia es esencialmente militar, y vamos á demostrar la necesidad imprescindible de una fortaleza en Murviedro, sea que la invasión tenga lugar por el N., sea que á favor de un desembarco se verifique por las costas próximas.»

«La más natural es la primera, y debe en tal caso recorrer la carretera de Barcelona á Valencia y ejecutarse tras la expugnación de todo el Principado y tomando por base la plaza de Tortosa, asegurándose después de Peñíscola y Oropesa, paso preciso éste para la artillería. Y como el tránsito por la carretera sería muy peligroso sin la seguridad del flanco derecho, es necesaria también la posesión del Maestrazgo y la ocupación militar de los caminos que de él acuden á la costa, así como la cooperación de aquel territorio para el abastecimiento del ejército, separado en el Palancia 170 kilómetros del Ebro.»

«Vencidas todas estas dificultades, aun suponiendo al ejército invasor asegurado en sus comunicaciones y mantenimiento, encuentra la línea del Palancia con la carretera de Aragón á Valencia por su orilla derecha y en un valle rodeado de montes casi inaccesibles, de los que la sierra de Espadau le ofrece un peligro constante. ¿Es posible, pues, pasar de Murviedro, estando fortificado regularmente su castillo, capaz de 3 á 4.000 hombres, sin dejar completamente cortadas todas las comunicaciones y perder el ejército en el más pequeño contratiempo? Y si es el paso preciso de Cataluña y Aragón á Valencia por sus dos únicas vías carreteras y ofrece un medio de hacerlo imposible sin la conquis-



ta de su fortísimo castillo; ¿debe abandonarse su defensa y convidar al enemigo con la fácil entrada en la capital más importante del litoral? No queremos detenernos en disertaciones que en este libro deben ser muy sucintas; pero no pasaremos adelante sin corroborar las expuestas con el ejemplo más elocuente de nuestra historia.»

Y estampábamos una brevísima descripción de la campaña que más detalladamente, por supuesto, estamos en el presente libro reseñando.

Sus fortificaciones.

Desmantelada desde los más remotos tiempos y reducida después á las proporciones y la pobreza actuales en los que vamos recordando, la ciudad saguntina hubo de cifrar su defensa en la del encumbrado monte que, como de los vientos australes, parece quererla amparar de los furores de la guerra. Para que así fuese y con eficaces resultados, se construyó el castillo; y como la posición era excelente, pudieron las fortificaciones adaptarse á ella en cuantos accidentes abraza hasta dotarla de cualidades de resistencia excepcionales para la tormentaria moderna como para la antigua. Contra ésta ofrece el monte condiciones de inaccesibilidad en casi todo su circuito, el obstáculo, así, poderoso de impedir la aproximación de las torres al muro, el establecimiento de los arietes y catapultas allí donde han de ejercer su acción demoledora. Contra la moderna tiene la ventaja de no ofrecer sino un punto de ataque al que puedan dirigirse las obras de aproche y en cuyo pie quepa construirse la batería de la brecha cuyo asalto conduzca al interior del fuerte. Aun de ese modo y suponiendo un éxito que no deja de ofrecer serias dificultades; vencidas éstas, sólo se consigue la ocupa-



ción de una obra avanzada, primera de una serie continua de ellas, cada una, después, más y más fuerte en razón de la pendiente en ascenso para llegar á ellas y de la capacidad y solidez suyas. .

«Este fuerte, dice el que fué su gobernador entonces en la Memoria, que después publicó, defendiéndose de las censuras que le había dirigido el conde de Toreno en su Historia, irregular entre los más irregulares, figura un arco imperfecto; su convexidad al Sur. En su parte occidental se levanta una eminencia que domina á vista de pájaro casi á toda la posición. Se consideró á aquél dividido en cuatro espacios ó recintos interiores bajo el nombre de plazas, y fueron: 1.ª ó del Dos de Mayo; 2.ª ó de San Pedro, de que es parte dicha eminencia; 3.ª, de la Hermita ó plaza de armas; 4.ª ó del Palomar, después conocida por de Bassecourt.» (1)

La cresta, en efecto, de la montaña, accesible principal, casi únicamente, por su extremo occidental, ligado con un grupo de eminencias con el nombre de Alturas de Aníbal, separadas por la carretera de Aragón

(1) Memoria sobre la defensa de Sagunto en 1811 por el general Andriani, en refutación de un pasaje de la reciente historia del E. S. conde de Toreno.

El general Andriani presentó al Rey en 13 de agosto de 1814 una exposición ó manifiesto de su defensa de Sagunto, escrito que se pasó al Supremo Consejo de la Guerra. No se despachaba aquella espontánea manifestación; y en marzo de 1816, recurrió Andriani de nuevo á S. M. solicitando las recompensas debidas á la guarnición de Sagunto y á su gobernador, con una Memoria que ha de citarse luego por contener datos del mayor interés y de la que tenemos un precioso ejemplar firmado por su autor y que nos ha sido regalado por el distinguido crítico y cronista D. José Fernández Bremón.

Otros escritos sobre este asunto poseemos, también autógrafos de Andriani, uno entre ellos encontrado con los papeles que dejó al morir el general San Miguel (D. Evaristo).



del elevado y áspero terreno que forma hasta allí la margen derecha del Palancia, se halla cubierta en ese extremo por el reducto citado del Dos de Mayo, con un gran torreón, muros que lo ligaban con el 2.° fuerte y la larga muralla torreada que descendía al pueblo cerrando en sus antiguos tiempos el recinto general de la posición de Murviedro.

Elévase el monte; y al del Dos de Mayo sucedía el fuerte de San Pedro, comprendiendo tres distintos establecimientos; la ciudadela ó San Fernando, en que ondeaba el pabellón nacional, fortaleza la más elevada de la montaña, inatacable por otros medios que los regulares del arte del ingeniero en los sitios de plazas, el espacio fortificado de San Pedro con la batería circular de San Jorge, ruinoso en casi todo su recinto pero aun así difícil de escalar por estar sobre roca viva y ligado con la ciudadela, aunque careciendo de fosos, y el espacio también denominado de los Estudiantes, *ceñido por el frente de la villa con muro antiguo en extremo irregular*, *con cuatro pequeños torreones*.

Después se rebaja el monte; y siempre en su cresta, dominada por San Fernando, tenía asiento otro recinto, ruinoso como los demás, con comunicación con el anterior por la llamada Puerta de Mahoma, atalayando la población desde la torre de Agarenos y amenazando sus campanarios y más altos edificios con el fuego de una pieza emplazada en la citada torre y con el de las baterías de Menacho y Doyle.

El último de aquellos distintos fuertes, tan íntimamente ligados entre sí y formando un solo establecimiento defensivo; el más oriental, como tajado puede decirse sobre la llanura que da al mar y sobre la pobla-



ción á que se unía por un largo muro como el del Dos de Mayo, era el que ya hemos dicho recibió el nombre de Bassecourt por el del general que no mucho antes había ejercido el mando militar del reino de Valencia (1). Consistía el emplazamiento en una meseta separada del resto de la fortificación con un muro flanqueado de dos torreones de desmesurada altura, aunque también ruinosos, y del campo, por un recinto torreado en que se había construído la batería de Daoiz, término de la fortaleza general, como la del Dos de Mayo era principio ó cabeza de ella en la serie de las que acabamos de describir.

Estado de ellas.

La antigua fortaleza de Sagunto se hallaba en estado completo de ruinas, por el suelo muchas de sus torres, abiertas por doquier las cortinas de sus muros y presentando brechas accesibles por todas partes, y sin rastro siquiera del recinto que en otro tiempo tuviera el pueblo excepto en su unión, según se ha dicho, con el castillo. Tan en ruinas, repetimos, se encontraba y tan abandonado el fuerte, en su casi totalidad morisco, que Suchet, al invadir el reino de Valencia en 1810, hizo de él el caso mismo que Duhesme había hecho de Gerona al dirigirse en 1808 á la capital de Cataluña. Suchet no hizo en Murviedro sino admirar los restos romanos que vió esparcidos al pie del monte, el teatro, sobre todo, conservado hasta entonces con bastante esmero para que diese testimonio del esplendor de los monumentos que el arte antiguo levantaba

(1) Dice Andriani en su Memoria: ...«Hallábase levantado sobre peñas que se tenían por inaccesibles. Las faldas de la meseta, peñascosas, rápidas, contenían dos canteras cuya dureza rompía las herramientas.»



para gloria de la metrópoli del mundo y de los pueblos sujetos á su imperio. La situación militar privilegiada de Sagunto y las condiciones de aquel monte, que por algo ostentaría tantas líneas muradas en sus faldas y torres tan altas y robustas en su cumbre, debieron llamar la atención del célebre Mariscal francés; pero tan ligeramente que, al volver en 1811, se sorprendió de que hubieran sido aprovechadas por los españoles para detenerle en su marcha á Valencia (1).

Cómo se restauraron.

El general Blake comprendió la importancia de esa posición, en su concepto estratégico, y la puso de manifiesto con situar las tropas de Obispo y su vanguardia en los dos caminos que á ella afluyen, y aprovechó en cuanto le era dable, por lo escaso del tiempo de que podía disponer, las condiciones naturales y polémicas del castillo. Y empleando cuantos recursos pudo haber á mano, trató de restaurar en lo posible las fortificaciones ruinosas construídas allí por los moros sobre las antiquísimas griegas y romanas que habían hecho la gloria de Sagunto. Ya había llamado la atención sobre la conveniencia de fortificar de nuevo el castillo el general Doyle en 1810, y el general Bassecourt había mandado despejar los ruinosos muros de las tierras y malezas en que aparecían *como empotrados*, al decir de Andriani que le había acompañado en sus reconoci-

(1) Dice en sus Memorias: «El ataque de aquel fuerte ofrecía dificultades que parecían insuperables con los medios ordinarios. Cuando lo habíamos visitado en 1810, la curiosidad tan sólo nos había guiado á aquel lugar lleno de recuerdos históricos y cubierto de restos preciosos de la antigüedad. Habíamos admirado la posición bajo su aspecto militar, pero sin prever que otra vez tendríamos que combatir para ocuparla.»

Lo mismo que Duhesme al pasar por Gerona, que luego no pudo conquistar, aun atacándola dos veces.

mientos, y se cubrieron algunos de los espacios abiertos en ellos; unos, con tapias de piedra secas, y otros, con sillares sacados del famoso anfiteatro; hasta se puso alguna fuerza que los guarneciese y se nombró un gobernador que después hubo de dimitir el cargo manifestando *que ningún oficial de honor debia comprometer*, en tan desmantelado fuerte, *su reputación* (1). Continuó las obras de restauración el maqués del Palacio, y á él se debe el nombramiento del coronel D. Luis María Andriani, que el 10 de agosto de 1811 se hizo cargo del mando de la fortaleza. El general Blake, sin embargo, alarmado con las noticias de las disposiciones que se tomaban en Zaragoza y Tortosa, y Andriani por el compromiso en que se veía, fueron los que, sin perder momento ni escasear trabajo ni sacrificios, pusieron el castillo de Sagunto en el estado en que lo halló Suchet el 23 de septiembre al, dispersa la fuerza española de la vanguardia situada en la margen derecha del Mijares, penetrar sin oposición alguna en Murviedro.

Ese estado, ¿para qué más descripciones?, era el que el mismo Andriani nos recuerda. «La calificación, dice en su Memoria, que mereció Sagunto se ve en oficio del jefe de ingenieros Jaramillo, quien le tituló *campo atrincherado no concluido*. Así le marcó, y que para ello era preciso practicar todas las obras que expuso. No era posible denominarle de otro modo; en efecto, no se cruzaban los flancos; donde los había eran pobres, por no permitir otra cosa la localidad, que variaba á los 30, 40 ó 50 pasos; la extensión del perime-

(1) Así lo dice Andriani.

tro irregular entre los más irregulares, excesiva, débil en sumo grado; todas las faldas del cerro sembradas de grandes copados algarrobos, tocando algunos al pie de los muros; más de dos tercios de éstos antiguos, en partes altos, en partes bajos, descarnados en algunas; habíalos que se clareaban, los más sin andenes. Los edificios del interior, almacenes más ó menos largos, todos estrechos excepto el destinado para hospital, de bastante anchura, insuficiente á su objeto como después se tocó: éste y aquéllos aplicados por uno de sus costados á los muros respectivos, sin declive superior ni fosos, caminos cubiertos, escarpes suficientes que los suplieran, sin puertas, rastrillos, traveses, espaldones ni faginas, sin blindas, horno ni tahonas.»

La guarnición, según puede verse en el apéndice número 7, constaba de 2.633 hombres, inclusos los oficiales y tropa, insuficientes para la defensa de recinto tan dilatado por mucho tiempo; y el material consistía en 17 piezas de artillería, de las que tres eran de á 12, 11 cañones también de á 4 y 8, y 3 obuses de á 7 pulgadas, pero sin repuesto de cureñas ni arcones. La gente, por lo general, era allegadiza, acabada alguna de reclutar, no poca sin vestuario, y escasa de oficiales y sargentos en dos, al menos, de los cinco batallones y algunos zapadores sin instrucción que la componían.

Avance de los franceses.

Apenas el citado 23 de septiembre avistaron los franceses Murviedro y su castillo, avanzó por su izquierda la brigada Habert que, cruzando el escasísimo caudal del Palancia, penetró en la población obligando á la fuerza española que la ocupaba á retirarse á la fortaleza. El combate fué de corta duración, y tras

de él se ocuparon los franceses en cerrar las avenidas del castillo, abrir aspilleras en las casas y torres más próximas al mismo para responder al fuego que de él partía é impedir las salidas que pudiera intentar su guarnición. Al mismo tiempo, Habert destacó una parte de sus tropas hacia la parte más oriental del castillo, mientras la división Harispe, dada la vuelta por el O., se corría al S., completando el bloqueo de aquella fortaleza que así quedó reducida á la sola comunicación telegráfica con Valencia y nuestro ejército. La división italiana se dirigió más á la derecha aún, estableciéndose en los poblados de Gilet y Petrés, para cubrir las avenidas de Seborbe en ambos lados del río y completar el cerco de Sagunto. Y como halló el campo abandonado por las tropas españolas, dirigió Suchet al día siguiente, 24, hacia Valencia varios reconocimientos que llegaron hasta Bétera y Albalat y le hicieron conocer las posiciones de nuestro ejército en la orilla derecha del Turia, donde creyó el general Blake deber establecerlo.

Situación de Blake.

¿Era prudente y acertado tal movimiento retrógrado del general español? Así lo consideró Suchet, suponiendo en Blake el pensamiento de atraer al francés á posiciones que éste creía perfectamente preparadas y defendidas por un ejército que ya hemos dicho suponía más numeroso de lo que era, mejor organizado é instruído de lo que estaba, y que hubiera podido escarmentarle antes de haberse desembarazado de un fuerte como el de Sagunto, puesto á sus espaldas. No pensó, pues, ni por un instante en avanzar á Valencia, temiendo un fracaso como el del año anterior, mucho más grave, ciertamente, en las condiciones y cir-

cunstancias en que ahora iba (1). El general Blake, comprendiendo por sus propias observaciones y por las que acababa de comunicarle el general Mahy, el estado harto mediano, material y moral, de los ejércitos cuyo mando había asumido, se consideraría falto de fuerzas con que medirse con el francés, no inferior numéricamente por aquellos días y dotado de un espíritu muy elevado, de un verdadero orgullo militar con la serie no interrumpida de sus recientes victorias en Cataluña. Creyó, pues, deberse limitar á una acción puramente defensiva, que le diera tiempo para recibir los refuerzos que esperaba hasta que la apurada situación de la fortaleza de Sagunto le obligara á correr en su auxilio.

Desde el momento en que se entra en ese género de consideraciones, completamente técnicas, hay que tomar en cuenta, no sólo el concepto estratégico á que

(1) He aquí su argumentación, que copiamos por lo instructiva á la par que ajustada á los principios del arte militar. Después de describir las ventajas de la posición ocupada por los españoles y recordar la fuerza de que disponían y los refuerzos que les podrían llegar, con la exageración, por supuesto, de siempre, dice lo siguiente: «El mariscal Suchet no pensó en atacar á su adversario en tal posición: dejar á su espalda á Sagunto con tres mil quinientos hombres de guarnición para ir á combatir á algunas leguas más, hubiera sido una temeridad sin probabilidades de éxito. Nuestra línea de operaciones de Tortosa á Valencia era de treinta leguas de extensión; no teníamos en ella un solo punto de apoyo para abrigo de nuestros heridos y tres plazas intermediarias, ocupadas por el enemigo, la dominaban. Fué, pues, necesario pensar únicamente en asegurar esa línea y por el pronto hacerse dueño de Sagunto.»

En toda esta campaña puede observarse la circunspección y aun el recelo que debió inspirarle la jornada del año anterior, y eso se ve lo mismo en su conducta que en sus escritos.

han de sujetarse las maniobras de los beligerantes, sino que además, y acaso con preferencia á todo, el estado comparativo de las fuerzas respectivas en cuanto se relacione con su moral, su disciplina y habilidad maniobrera. Bajo este último punto de vista había tal distancia de un ejército á otro en los que iban á combatirse en Valencia, que si en Suchet era temeridad, según él pensaba, el atacar los atrincheramientos españoles del Guadalaviar, en Blake hubiera sido doblemente aventurado el salir de ellos entonces, sin la apremiante necesidad en que se vió un mes después. Aún esperaría el general español que en ese tiempo el sitio de Sagunto con los trabajos que impusiera al ejército francés, los reveses y las bajas que pudiese hacerle sufrir, debilitaríanlo bastante para obligarle luego á desistir de su empresa.

Resolución de Suchet.

Suchet, en efecto, se redujo á emprender el sitio de la fortaleza de Sagunto con los medios, primero, que llevaba á la mano y, después, con los que, obligado por la necesidad, pudiera procurarse allanando el camino por donde habrían de llegarle. Los reconocimientos ejecutados por los ingenieros le hicieron creer que podría obtener los resultados inmediatos á que aspiraba asaltando dos brechas existentes en la muralla que da á la población, si cerradas en aquellos días, sólo con materiales endebles y como provisionalmente en tanto que á sus espaldas se construía un atrincheramiento más sólido. La localidad, inmediata á la puerta del castillo, afrecía además la ventaja de que á su pie y como á unos cien metros por debajo, había una antigua cisterna y emplazamiento muy propio detrás en que preparar el ataque. Este debió ser maduramente

estudiado puesto que no se ejecutó hasta las tres de la mañana del 28; esto es, cinco días después del de la llegada á Murviedro y á hora en que se podrían hacer los preparativos con espacio y holgura.

Y, con efecto, al ponerse la luna avanzaron á la cisterna dos columnas francesas de 300 hombres cada una sostenidas por otra de igual fuerza y armadas de escalas, bajo la dirección todas de un oficial de ingenieros conocedor ya del sitio y bien enterado del plan del Mariscal (1). Si no tan de cerca como la reserva de que acabamos de hacer mención, debían apoyar el ataque de aquellas columnas las divisiones del ejército sitiador; la italiana, con unos dos batallones que se aproximarían al muro de la torre de San Pedro y simularían su ataque al apoyo de una fuerza de 2.000 hombres, dispuesta á operar donde se creyera necesario; la de Harispe, cuya situación hemos señalado en la parte meridional de la fortaleza y que con el mismo Suchet en su campo trató de tener en constante alarma á los sitiados durante el asalto; y la también italiana de Palombini que no cesó de observar los caminos de Segorbe y Valencia por si se acercasen los españoles de Blake en socorro de sus compatriotas. El ataque, pues, ideado para el amanecer del 28 estaba, según hemos dicho, perfectamente preparado, y los accidentes que Suchet menciona como causa de su malogro no son más que motivos discurridos para no conceder al va- **Ataque á viva fuerza.**

(1) Este manifiesta en sus Memorias que los españoles debieron adivinar su proyecto por habérseles revelado en una salida de fuerzas de la guarnición del fuerte que, atacando aquella noche los primeros puestos franceses, pudieron observar los aprestos preliminares del asalto. Andriani no hace mención de esa salida.

lor de los españoles ni á la vigilancia y energía del gobernador la acción que le privó de la inmensa ventaja que esperaba alcanzar de, libre de tan grande estorbo, poderse dirigir inmediatamente á Valencia.

Una vez situadas las columnas francesas de ataque en la plataforma de la cisterna, la impaciencia de los asaltantes lo adelantó: explicándose así que, proyectado para las tres de la mañana, dijera el coronel Andriani en sus despachos que se había verificado á las dos, avanzando los enemigos á la abertura inmediata á la puerta principal del fuerte y á los boquetes del muro llamado de Estudiantes, perteneciente también al espacio de San Pedro; á las brechas, en fin, designadas por Suchet. El Mariscal explica así el por qué de haberse adelantado el ataque: «Allí (en la cisterna) y antes de la hora que habíamos fijado para operar, fueron oidos algunos españoles y de nuestro lado fué disparado un tiro. Esta imprudencia nos fué doblemente funesta, porque advertidos los españoles contestaron desde lo alto de las murallas y nuestras columnas, desde el momento en que oyeron el fuego, se lanzaron al asalto sin que hubiera tiempo ni posibilidad de contenerlas. Para que pudiera tener lugar la sorpresa era preciso que nuestros soldados con sus escalas llegasen sin ser oidos al pie de la cisterna». No, eso no debe ser exacto, porque Andriani, en ese caso, se hubiera hallado presente al avance de los franceses, advertido de su ataque por los accidentes á que se refiere el Mariscal. Por el contrario, en su relato Andriani se muestra así como sorprendido al decir: «A las dos de la mañana, puesta la luna, suma la oscuridad, llegan los enemigos á la abertura de la cuarta plaza, á los bo-

quetes de Estudiantes y al flanco derecho del Dos de Mayo: dos columas se dirigen hacia el parapeto de tablas de dicha cuarta plaza y al cubo de la primera; en los tres primeros puntos aplican con el mayor sigilo las escalas, y á la señal dada móntanlas con intrepidez al paso que las otras columnas figuran su ataque. Las centinelas y las guardias inexpertas cejan sobrecogidas; alármase el fuerte, acuden al instante las reservas prontas en todos los puestos; vuelo yo al de mayor riesgo, el de la cuarta plaza; arengo á los soldados, despacho con la celeridad del rayo oficiales á todas las otras plazas para asegurar á sus jefes el instantáneo envío de municiones y tropa, y que sin dilación obtendría premio el que se distinguiese.» (1)

Son rechazados los franceses.

En las brechas, la lucha fué violenta y tenaz.

El oficial de ingenieros que dirigía las columnas y varios granaderos y cazadores de los que las formaban llegaron á escalar el muro, pero sin fortuna; porque los nuestros los precipitaron de él á bayonetazos y hasta á brazo partido. Desde allí, entre los alaridos de unos y otros, españoles y franceses, y haciendo llover sobre éstos toda clase de proyectiles, nuestros soldados rechazaron fácilmente un asalto que se creía de éxito seguro en el campo enemigo. (2). No por eso desiste Habert de su empeño; y cuando por la alarma

(1) La precaución á que se refiere la última parte de este párrafo se halla confirmada por Suchet, que dice que los italianos hicieron temer al gobernador verse acometido por otro sitio lejano del en que se combatía.

(2) Suchet habla de granadas de cristal arrojadas por los españoles desde lo alto de las brechas: Andriani sólo de bayonetazos y de luchas á brazo partido.

que observa en derredor y en lo alto de la fortaleza cree entrever un momento oportuno para repetir el ataque, envía refuerzos considerables á los asaltantes que, con efecto, se lanzan de nuevo al asalto. El resultado no correspondió ni á las esperanzas de Habert ni al esfuerzo de sus granaderos: el coronel Gudin, que mandaba, fué herido, lo mismo que lo fueron varios oficiales que le reemplazaron sucesivamente; y la mortandad causada en sus filas fué tal que se hizo preciso á los franceses abandonar el pie del castillo y retirarse al interior de la población.

Bajas.

A 300 hace Suchet subir el número de las bajas en su ejército aquella noche, entre las cuales las de varios oficiales; los nuestros contaron la de 15 muertos y 20 heridos entre las suyas, pero pudiendo añadir al lauro de la victoria la presa de unos 200 fusiles, 60 escalas y varios otros trofeos, prueba incontestable de lo decisivo de su triunfo, el cual valió á Andriani el empleo de brigadier y recompensas proporcionadas á varios de los jefes y oficiales que más se habían distinguido (1).

«La tentative fut complétement manquée», dice Suchet en sus Memorias, y hubo de conformarse al pensamiento, antes rechazado, de ir preparando un sitio regular y según los principios fijados por la ciencia para el de las plazas de guerra más fuertes.

Se regulariza el sitio del castillo.

Reconocido nuevamente el recinto del castillo y en cuantos detalles pudieran ofrecer mejor y más aprove-

(1) El novísimo panegirista de Suchet, M. Rousseau, habla de fosos y de cortedad de escalas que aquél no menciona. Esto es ser más papista que el Papa.

chable acceso, fué elegido para el nuevo ataque el extremo occidental, único, según llevamos dicho, por donde cabría intentarse un ataque con los medios que proporcionaba la poliorcética de aquel tiempo. Y para no perderlo en tanto que se hacía llegar el tren de artillería, detenido en el camino de Tortosa, se emprendió la apertura de una ancha vía que desde Murviedro sirviera para conducir las piezas de mayor calibre á las posiciones elegidas al pie del reducto del Dos de Mayo y para el establecimiento de la batería de brecha contra aquel punto importantísimo de la fortaleza. Así se hizo, aunque no sin dificultades, tanto para suavizar la subida á los altos de Aníbal, de otro modo inaccesibles á la artillería, como para no exponerse á los fuegos del castillo cubriéndose de ellos con los mismos accidentes del terreno que se hacía preciso recorrer si habían de ganarse las posiciones á que nos acabamos de referir.

Operaciones sobre Teruel y Oropesa.

Mas se hacía urgente la llegada del tren, y ése que no podría, como el ejército, eludir la dificultad que oponía á su tránsito por la carretera el fuerte de Oropesa, atravesado en ella, se hallaba detenido y, de consiguiente, sin poder prestar en Sagunto el servicio, por momentos necesario, á que estaba llamado. Urgía también mantener despejada la comunicación con Teruel que continuaba interceptando el general Obispo, establecido en Segorbe con parte de su división. El mariscal Suchet pensó, pues, que mientras sus tropas de retaguardia se apoderasen de Oropesa para hacer practicable el paso de su artillería de sitio, debía él emplear ese tiempo en restablecer la comunicación con Teruel y alejar después de las inmediaciones de Mur-

viedro las fuerzas con que Blake quería, además de apoyar á Obispo, mantener en alarma constante la derecha del ejército francés en la llanura que media entre Valencia y Murviedro.

En el camino de Teruel.

Para conseguir ambos fines verdaderamente importantes, si no indispensables como el de la llegada de la artillería á su campo, hizo marchar contra Obispo al general Palombini con la división italiana de su mando, apoyada, á su vez, por la brigada francesa de Robert. El destacamento español, puesto, como por vanguardia de Obispo, en Soneja á las órdenes del capitán D. Mariano Moreno, hubo de retirarse en dirección de Segorbe, á cuyo frente y para apoyar la retirada hizo el general español formar la columna volante del coronel D. Antonio de los Ríos en posiciones inmediatas al camino, desde las que, aun cuando escasa de fuerza por constar de dos cortos batallones y 60 caballos, pudiera sostenerse sin temor á ser envuelta por las numerosas fuerzas que presentaba el enemigo. Este continuó por la carretera, arrollándolo todo, la columna de Ríos, la nueva que le opuso Obispo con tropa del regimiento de Cariñena y los Húsares de Aragón, mandados por don Francisco Romeo, y, por fin, cuantas fuerzas de aquel primer cuerpo regía su coronel D. Ramón Gayán. A Obispo le fué necesario apelar á una retirada que por momentos se iba haciendo más y más difícil por la energía, también creciente, de los imperiales, cuya caballería no cesó en sus cargas hasta Alcublas á donde fueron á acogerse los nuestros. Sin la energía de alguno de los cuerpos españoles, el de Cariñena, que se detuvo para hacer dos descargas cerradas sobre la caballería francesa, la nuestra hubiera sido completa-

mente rota y aquella jornada habría parado en un horroroso desastre.

Esto sucedió el 30 de septiembre; y al día siguiente 1.° de octubre, satisfecho Suchet con tal éxito, emprendía la marcha á Bétera y Benaguacil, buscando otro igual ó parecido sobre las tropas de D. Carlos O'Donnell, situadas en aquel camino con la misión de apoyar á las de Obispo y tener en constante jaque á las francesas sitiadoras de Sagunto. El combate del 2 ofreció carácter más grave que el anterior de Segorbe: la fuerza de Suchet alcanzaba la cifra de 5.000 infantes y 700 caballos, y O'Donnell tenía la división Villacampa y parte de la caballería del general San Juan junto á la Puebla de Benaguacil en buena posición, á espaldas de un canal de riego y con facilidades para acogerse á terreno cubierto y cortado, muy propio para la retirada. No le valieron, sin embargo, á O'Donnell tales ventajas. El Mariscal desplegó sus coraceros, la reserva de Robert y una parte considerable de la división Harispe, y aunque nuestras avanzadas escarmentaron á las suyas junto á Bétera y luego se les opuso gran resistencia en una capilla situada á vanguardia de la línea y en el canal que dividía los dos campos, los generales franceses, Paris, particularmente, y el mayor Durand á la cabeza de sus infantes ó cargando con los húsares y los coraceros, fueron atropellándolo todo hasta empujar á los nuestros á la orilla derecha del Guadalaviar para volver á hacerse fuertes en Villamarchante y en Ribarroja de donde observar los pasos de aquel río. No dejaron de defenderse los españoles y de vengar su vencimiento, irremediable desde que Obispo, primero, y O'Donnell después, sin apoyar-

En Benaguacil.

se mutuamente, como parece estaba convenido, quedaron abandonados á sus solas fuerzas (1). El general Blake no corrió en socorro de O'Donnell teniéndole tan cerca y en su misma línea; y es que, llevado de su prurito por las grandes batallas á que su carácter y estudios le inclinaban, siempre negó eficacia á las operaciones en pequeña escala y más todavía á la de nuestros guerrilleros. De otro modo, ¿qué de ventajas no hubiera podido obtener de la situación embarazosa que habían creado al mariscal Suchet la detención de su tren de artillería cerca de Oropesa y la más grave aúné inesperada de su ejército frente á los muros de Sagunto, tenidos por inútiles el año anterior y rechazando ahora los formidables asaltos de las tropas imperiales recientemente vencedoras en Lérida, Tortosa y Tarragona? Obispo acometiendo día y noche desde su posición, nada comprometida, de Segorbe, siempre con pequeños destacamentos apoyados por su división, sin entablar lucha alguna decisiva pero sin dar un punto de reposo al enemigo; O'Donnell, haciendo iguales oficios en el llano desde Bétera y Benaguacil, apoyando por su izquierda á Obispo y apoyado, á su vez, por el núcleo de las fuerzas del 2.° ejército, establecido en la por el momento inexpugnable posición de Valencia,

Observaciones.

(1) El general O'Donnell decía en su parte: «Los batallones de voluntarios de Valencia y segundo de Aragón sostuvieron por mucho tiempo su puesto, rechazando bizarramente los ataques repetidos que sufrían, hasta que habiendo logrado una columna de infantería cortar la extendida línea que formaban, y marchando otros por la izquierda á tomarla por la espalda, se retiraron, á saber: la caballería de dragones del Rey y parte de la Infantería, que estaban en la derecha, por su flanco derecho al puente de Riba-roxa, que pudieron pasar antes que lo ocupasen los enemigos; y la restante tropa de ambas armas por su espalda sobre Benaguacil.»

hubieran tenido en tal y tan constante alarma á los franceses, que más habrían estos pensado en mantenerse concentrados al pie de Sagunto que en asaltar aquella fortaleza y mucho menos en adelantarse, hasta su conquista sólo posible con la llegada del tren, á combatir unas divisiones que en todo ese tiempo les habrían causado reveses quizás irreparables á poco que se hubiera activado la reorganización del tercer ejército y su incorporación al cuartel general. Pero, no nos cansaremos de repetirlo, Blake, soldado de una sangre fría incompatible con el mando de españoles, y caudillo, entendido sí pero metódico y amante de los grandes resultados, sin llegar nunca á penetrarse de la índole de aquella guerra ni del papel que esa misma índole nos imponía, se empeñó en esperar de la reunión de todas sus tropas y de una acción general y simultánea, teatral pudiera decirse, un éxito tan decisivo para la nación como glorioso para su propia fama. (1)

Fueron, así, derrotados á su vista los generales

---

(1) En la *Gaceta de Valencia* de anteriores días se decía: «Parte de las tropas que estaban acampadas en las cercanías de la capital han salido á su destino en diferentes direcciones, y los franceses llegarán á conocer, bien presto, que no se trata ya entre nosotros de un sistema *parcial* como hasta aquí, sino de grandiosas combinaciones que abrazan á un mismo tiempo desde la Cantabria hasta las últimas riberas de Levante, y cuyos resultados no serán ya una victoria infructífera y la momentánea evacuación de una provincia, si que más bien el triunfo duradero de la libertad española »

Estas eran las ideas en que se inspiraba Blake.

Vacani las condena en los siguientes términos: «Y cosa bien extraña aparecía cómo en tales combates entre una parte del ejército francés y las divisiones españolas destacadas de Valencia, permaneciese Blake en esta plaza espectador tranquilo de aquellos sucesos, no acudiese en su ayuda con útiles diversiones por la carretera principal, ni buscara medios eficaces para impedir los desastres á que una después de otra se vieron sujetas sus fuerzas.»

Obispo y O'Donnell sin recibir el menor auxilio por parte de su general en jefe, y pudo su adversario el mariscal francés dedicarse desahogadamente á allanar el camino á su gruesa artillería y á poder con ella embestir de nuevo la fortaleza de Sagunto, único obstáculo ya para acercarse y combatir á Valencía, su objetivo en aquella campaña.

Toma de Oropesa.

El mayor obstáculo y que más urgía romper ya era el representado por el castillo de Oropesa, y Suchet, aunque vencido en el asalto de Sagunto, victorioso en sus dos expediciones contra Obispo y O'Donnell, lo cual le proporcionaba cierta tranquilidad por la parte de Valencia, se puso inmediatamente á la obra de abrir paso á su artillería, detenida en el camino de Tortosa. Y tan asegurado consideró su campo de Murviedro, que quiso trasladarse personalmente á Oropesa para, dando calor con su presencia al ataque de aquel fuerte, ejecutarlo con la premura que exigía tal y tan crítica ocasión.

Oropesa, villa de menos de 500 habitantes, había tenido en otros tiempos un recinto fortificado, entonces ya en ruinas, y un castillejo cuya principal defensa consistía en un alto y grueso torreón cuadrado, sin foso ni obra exterior ni flanqueante alguna. Su importancia se fundaba en la misión que le estaba confiada de interceptar el paso de la carretera, como la de otra torre, llamada del Rey, que se alza á unos 600 metros de Oropesa en un pequeño promontorio que se adelanta al mar, consistía en la facilidad de su comunicación con las naves que fueran á avituallar y á socorrer su guarnición. La de Oropesa era de 250 hombres con cuatro malos cañones de hierro, al mando del capitán

de infantería D. Pedro Gotti; y la torre del Rey, al del teniente D. Juan José Campillo, tenía para su defensa 170 hombres y la protección de una flotilla española que acudió en socorro suyo á la costa inmediata.

Al ataque de tal posición acudió la brigada napolitana del general Compére con fuerza de ingenieros franceses y las de artillería con las primeras piezas de grueso calibre que venían de camino y algunas de campaña que se situaron en la orilla del mar para impedir la aproximación de las naves españolas.

Dueños desde el primer momento de la población, reconocido el castillo y viendo las dificultades que ofrecería el establecimiento de la batería de brecha muy cerca del torreón en que se iba á abrir, los franceses se decidieron á construirla junto á la carretera y á unos 250 metros de distancia, armándola con tres piezas de á 24 y un obús de á 10. En la parte occidental de Oropesa, opuesta á la del mar y á 400 metros de la villa construyeron, además, otra batería de dos morteros para bombardear el castillo, creyendo con eso poner pronto espanto en su presidio. Las tropas imperiales camparon junto á las baterías y hacia el mar, ya para impedir cualquier salida que pudieran intentar los defensores de la fortaleza, bien para evitar su comunicación con la torre del Rey y la flotilla.

La tarea, así, de los sitiadores resultaba harto fácil. El 8 de octubre llegaron las piezas; se armaron las baterías el 9, en cuya noche se presentó el mariscal Suchet en el campo sitiador; y el 10, al amanecer, se rompía el fuego, que, como es de suponer, abría para las tres de la tarde, brecha bastante ancha y practicable para que se pudiera proceder á su asalto. Ni lo

escarpado de la eminencia en que asienta el castillo; ni el valor de sus defensores serían bastantes para rechazar el ataque, habiendo sido apagados inmediatamente los fuegos de su artillería y siendo tan absoluto su aislamiento. Así es que el gobernador, no haciéndose ilusiones respecto al resultado de ataque tan violento y desproporcionado á sus fuerzas, capituló, dice el conde de Toreno, honrosamente.

La torre del Rey estaba en muy distintas condiciones. Su posición en la orilla misma del mar y la presencia del navío inglés *Magnífico* que, al ruido del fuego, acudió desde El Grao de Valencia, pero cuando ya había capitulado el castillo de Oropesa, ofrecían á su gobernador la ventaja de no ser atacado más que por un frente y poder conservar la comunicación con las fuerzas sutiles que acompañaban á la nave británica.

Suchet, inmediatamente después de la toma de la torre de Oropesa, intimó la rendición á Campillo, ofreciéndole las mismas condiciones honrosas concedidas á Gotti (1). Rechazadas la intimación y la oferta, Suchet destacó la fuerza de sus zapadores para abrir en el es-

---

(1) He aquí cómo explicaba Campillo en su parte el mensaje de Suchet: «Inmediatamente pasó á la torre de mi cargo un coronel francés, acompañado del capitán D. Lorenzo Barberán, ya prisionero, á quien mandé recibir con las formalidades de guerra, y me habló en la forma siguiente:»

«De orden de mi general conde Suchet, digo á V. que si no se entrega esta torre sin resistencia, será su guarnición pasada á cuchillo, y que colocará tres piezas de á 24 con un obús para batirla; y advierte dicho mi general, que debe V. hacerlo en virtud de estar baxo las órdenes del gobernador del castillo, y ofrecerle tan honrosa capitulación como la que aquél ha hecho.»

«Concluida su narración, le contesté: Dirá V. á su general que ya dexo de estar baxo las órdenes de aquel gobernador; que obro por mí sólo, y por consiguiente no me hallo en disposición de entregar el fuerte, y que no me intimidan amenazas.»

Hay que advertir que aún no se veía allí el *Magnífico*.

collo que sustenta la torre del Rey camino por donde subir la artillería á la meseta que allí forma y levantar luego la batería de brecha. Y, con efecto, á pesar del fuego que se les hizo desde la torre, el 11 á las 7 de la noche y mientras armaban la batería con varias de las piezas de á 24 y el obús empleados contra Oropesa, los granaderos y cazadores del Vístula de que se había hecho acompañar Suchet, atacaban, aunque inútilmente, el fuerte. El mariscal, dispuso la apertura de la brecha para el amanecer del día siguiente, en el que después de un combate de cinco horas, inutilizadas las dos piezas de la torre y muertos ó heridos algunos de los defensores, se embarcaron los demás con Campillo quien la noche anterior se había negado, por prematuro, á su embarque en las lanchas del *Magnífico*. «Fué imposible, dice Suchet en sus Memorias, impedirlo, á pesar de los esfuerzos que hicieron la artillería ligera italiana, los granaderos y cazadores del Vístula adelantándose á la playa para oponerse al embarque».

La pérdida en el fuerte fué de un artillero muerto, el sargento de la misma arma y un soldado de Saboya heridos, y dos prisioneros, las dos piezas, una de ellas desmontada, y algunos fusiles inútiles. La de los franceses, allí y en Oropesa, consistió en 31 hombres, de los que seis muertos según el Mariscal su historiador.

Obras contra el castillo de Sagunto.

Ya éste podía llevar á Murviedro todo el tren de la artillería de grueso calibre destinada á su expedición contra Valencia y más inmediatamente al ataque del castillo de Sagunto, obstáculo tan formidable como inesperado que se le había opuesto en ella. Y llegaría á punto; porque, como ya tenemos expuesto, se habían comenzado las obras para emprender el ataque de la

fortaleza por su extremo occidental. Se hallaban ya en el campo sitiador las dos notabilidades poliorcéticas de aquel ejército, los generales Valée y Rogniat, de artillería é ingenieros, procedentes de Francia, donde se conoce habían pasado algún tiempo descansando de las fatigas de los últimos sitios de Cataluña, con tanta habilidad dirigidos por su parte. Su presencia imprimió un gran impulso á las obras que se estaban ejecutando en el camino y en las trincheras proyectadas para el establecimiento de baterías contra el frente nuevamente elegido. Así es que en los días del 5 al 12 de octubre, y partiendo de una barrancada que podía hacer oficio de paralela en que abrigar á las fuerzas protectoras de los trabajos, se fueron construyendo puestos, desde los que se procuraba tener en continua alarma á los sitiados, y hasta cinco baterías para toda clase de piezas de artillería con que abrir brecha en el saliente del Dos de Mayo y hacer con los fuegos curvos insostenible el recinto y el interior de aquel fuerte. La batería á que los franceses designaron con el núm. 1, debería contener dos obuses de á 6 pulgadas; la número 2, dos morteros de á 8; la 3, cuatro piezas de á 24; la 4, otros dos morteros de á 8; y la 5, tres obuses (1).

Las alarmas producidas por el fuego de los infantes imperiales establecidos en las trincheras, cesaron muy pronto en el fuerte español amenazado, habiendo prohibido su gobernador se contestara á los disparos enemigos y, por el contrario, se observase el más profundo silencio, sin que, por eso, dejaran de estar siempre alerta los retenes y las reservas que tenía destinados

(1) Véase el plano de la fortaleza de Sagunto en el Atlas del Depósito de la Guerra.



á rechazar cualquier sorpresa que se intentase sobre el fuerte. Conseguían, aun así, los franceses la ventaja de que no se interrumpieran sus obras durante la noche, cuando más necesaria se hacía la tranquilidad para el transporte del enorme material de faginas, cestones y sacos á tierra por un terreno de rocas peladas y expuesto á la vista y observación de los sitiados. Esta misma dificultad produjo, sin duda, el que la batería de brecha pareciese á Rogniat demasiado distante de su objetivo para que sus fuegos pudieran abrir una brecha fácilmente practicable; pero bastante adelantado el trabajo cuando llegó el célebre ingeniero, se dejó seguir la obra hasta su conclusión. Lo que sí se varió fué la designación del punto en que habría de practicarse la brecha; cambiando la dirección de los tiros del saliente del fuerte de San Pedro, que se había pensado al principio batir, al ángulo entrante formado por la torre con la cortina de su derecha. La ventaja consistía en que, casi vacío por dentro aquel espacio, se había suplido la falta del terraplén con un relleno de maderos, incapaz de sostener más que dos piezas de pequeño calibre; y el defecto, en que era sumamente escarpado y pendiente su escarpe, de enormes rocas cortadas como á pico.

Se rompe el fuego.

Esas obras y las que en las noches sucesivas se fueron levantando hasta unos 70 metros del fuerte, cubriendo un pliegue del terreno apropósito para la reunión de las tropas destinadas al asalto, estaban concluídas la noche del 16 al 17 de octubre; y armadas y bien provistas las baterías, pudieron, al amanecer del segundo de aquellos días, romper el fuego las 13 piezas que hemos dicho debían aquellas obras contener. A

pesar, con todo, de que las piezas de á 24 hubieran hecho hasta 150 disparos cada una, no adelantó mucho la apertura de la brecha, siendo como de roca el pie del muro por lo excelente y antiguo de su construcción (1). Continuó el fuego la mañana del 18, juzgando los generales franceses á punto de mediodía que la brecha estaba practicable y convenía no dilatar el momento de su asalto.

Asalto del 18 de octubre.

Formaban la columna que debía verificarlo 400 hombres de las compañías de preferencia de varios regimientos franceses y de la división italiana, reunidos con antelación á las órdenes del coronel Matis en el pliegue del terreno á que acabamos de hacer referencia y en las trincheras más próximas. Otras columnas, que marcharían detrás, deberían sostener á la de asalto y unir á ella sus esfuerzos cuando, ya en la brecha, pudiera necesitar apoyo para concluir su operación ocupando el fuerte y aun adelantándose á la toma del inmediato de San Fernando. Porque desde un campanario de Murviedro habían observado los generales franceses que la comunicación entre aquellos dos fuertes se verificaba siguiendo un sendero cortado por un foso, cuyo paso tenía que hacerse á favor de un puentecillo de tablas y solamente de dos en dos hombres de frente. Diéronse, pues, á los asaltantes instrucciones precisas para que, al apoderarse de la brecha la primera columna y perseguir á los defensores, pasaran el puente, decidiendo así la ocupación también del fuerte de San Fernando, y

(1) Andriani dice en su Memoria que los sitiadores dispararon 600 balas rasas y 700 proyectiles huecos; y aún se queda corto, porque, según la cuenta de Suchet y de Belmás, fueron 600 las balas de á 24 disparadas por los franceses.

cuando esto no fuese posible, cortaran el puente para impedir una reacción ofensiva por parte de los sitiados.

Hecha la señal, salieron de sus abrigos las columnas de ataque y de la reserva llevando á su cabeza á los coroneles Matis y Henri con algunos oficiales y varios zapadores, y se dirigieron resueltamente á la brecha.

Para quitar todo género de escrúpulos á los que pudieran creer que exageramos el mérito de una defensa que tanto honra á nuestro soldado y debe, por lo mismo, lisonjear el amor propio de los españoles todos, vamos á ofrecer aquí al lector la descripción que hace de aquel asalto el tan celebrado historiador Vacani, que lo presenció junto al general Rogniat. (1)

Es rechazado.

«El gobernador Andriani, dice, y con él muchos oficiales de la guarnición, se decidieron á perecer en la obra avanzada, que era la única batida en brecha, antes que acogerse á las interiores como, aunque trabajosamente, lo hubieran podido hacer por un paso levadizo de dos sencillas tablas (el puentecillo antes citado) y que conducía de una á otra obra por bajo del reducto de San Fernando. Con tal y tan solemne propósito formáronse alternativamente en lo alto de la brecha y mezclados con la tropa daban ejemplo de valor, y allí donde los cañonazos de la artillería enemiga abrían huecos en los parapetos, allí inmediatamente se ocupaban en cerrarlos con gabiones, faginas y sacos á tierra; y aunque se vieron, hasta el último instante del asalto, hechos pedazos muchos hombres en aquel sitio tan vivamente combatido por las granadas

(1) «Lo stesso generale Rogniat, con cui io pure mi trovaba testimonio a quell'azione.» Así lo dice en su admirable libro.

y las balas de los sitiadores, no se vió ningún vacio que no fuese al momento cubierto por nuevos y resueltos defensores. Así, cuando las tropas del asalto, reunidas detrás de pequeños reparos, salieron de ellos lanzándose á porfía hacia la brecha poco antes de la señal convenida, se vió aquel pequeño frente amenazado llenarse de oficiales y soldados, y todos á pecho descubierto desafiar valientemente el fuego de la artillería enemiga y los inútiles esfuerzos de bravura de los asaltantes, arrojar granadas de mano, empuñar lanzas y fusiles, dejar caer bombas, granadas, maderos y otros objetos homicidas sobre la pendiente de la brecha, ya por sí áspera y casi inaccesible, tal que la masa desanimada por subida tan penosa, sin certeza del éxito, detenida por el peligro y pérdidas sensibles, después de estar largo tiempo á descubierto casi á la mitad de la brecha, se rompió y se revolvió en desorden sobre las reservas italianas en las trincheras próximas. Olini hubiera querido entonces guiar á los granaderos italianos á un nuevo asalto; pero el general Bronikowski y el mismo general Rogniat, con quien me hallaba yo testigo de aquella acción, no lo consintieron, convencidos de la inutilidad de una nueva carnicería, de que se debía abrir brecha mejor, ser antes conveniente anular la defensa del flanco, proceder, en suma, con más calma adelantando los aproches hasta el pie del castillo, sin exponer el ejército á una tercera y ruinosa tentativa (1).»

(1) El novísimo apologista de Suchet, M. Rosseau, no menciona ese asalto. Sólo alguna página antes de contar la toma de Oropesa y mencionando el ataque del 28 de septiembre, dice: «Suchet intentó algún tiempo después un nuevo asalto, pero sin éxito».



¿Cabe elogio más cumplido de la conducta de los defensores de Sagunto en aquel memorable día?

El héroe de la fiesta no quiere distraer tanto á sus admiradores con la relación de su hazaña; y después de poner de manifiesto lo imperfecto de aquella parte del recinto y los estragos hechos en él y en su artillería por la francesa, se limita á decir: «El 18 á las diez de la mañana, batida de nuevo la brecha desde el amanecer, salen los sitiadores de su plaza de armas decididos al asalto, preséntanse en aquélla los nuestros como leones, despreciando el fuego de artillería; el mortífero de fusilería que hacen al enemigo le consterna y obliga á desistir de su intento: replégase, pues, con bastante pérdida hasta el arribo de mayor refuerzo» (1).

Nuevas obras de ataque.

Como era de esperar, ni los españoles de la fortaleza ni los imperiales que la sitiaban, permanecieron inactivos después del asalto del 18 de octubre; aquéllos, entusiasmados con el triunfo, no cesaron en la tarea de reparar los estragos hechos en el fuerte atacado por los franceses, y éstos, comprendiendo los errores cometidos en el establecimiento de sus baterías, se pusieron á corregirlos inmediatamente según la opinión de Valée y Rogniat que, según ya hemos dicho, los habían hecho notar desde el momento de su llegada de Francia. La misma noche del 18 fué utilizada para adelantar algún ramal de trinchera hacia la brecha y dar comienzo á tres nuevas baterías, con cinco piezas de á 24 la número 6, y dos morteros de á 10 y 6 pulgadas, respectivamente, cada una de las 7 y 8. Tal

(1) Andriani en su Memoria.

era el suelo por que necesitaban avanzar los sitiadores, que les fué preciso ir tallando la piedra en escalones, á cubierto de parapetos de sacos á tierra hasta de una altura de 2'50 metros para evitar los tiros, harto fijantes, del fuerte á cuyo pie se dirigían. La artillería española se hacía, por eso, ineficaz y los defensores del fuerte tenían que reducir el fuego al de sus fusiles y á la explosión de las granadas de mano que arrojaban de lo alto de la brecha; eso sí, con graves pérdidas para su enemigo (1). La guarnición mantenía el fuego constantemente, ya que la brecha seguía abierta por el de la artillería enemiga que no cesaba de ir destruyendo cuantos reparos procuraban hacer de noche los nuestros.

Sin embargo, una sola esperanza se abrigaba para salir de un modo ú otro de situación tan crítica; y, caso no común en la guerra, esa esperanza era la misma en los dos campos, la de una batalla cuyo resultado decidiera de la suerte de Sagunto. Los defensores de la fortaleza cifraban su confianza en el socorro que se les ofrecía todos los días desde Valencia; y Suchet, que llegó á conocer los proyectos de Blake por los confidentes españoles sorprendidos al salir del castillo, la ponía en un combate que dejara ineficaz ese socorro por el tiempo que consideraba suficiente para la terminación del sitio (2). Las noticias que recibía de Aragón eran realmente alarmantes por las operacio-

(1) Suchet y Belmás dicen que esas pérdidas ascendían diariamente á la de 15 ó 20 hombres.

(2) «Le maréchal Suchet, dice en sus Memorias, se flattait que le plus sur moyen pour lui de prendre Sagunte serait de batre l'armée de Valence».



nes que habían emprendido en aquel reino Durán y el Empecinado sobre Calatayud y las comarcas vecinas á Teruel, cuya comunicación, de otra parte, con el ejército francés de Valencia tenía otra vez cortada el general Obispo, situado en Segorbe con ese objeto y el de seguir amenazando á los sitiadores de Sagunto.

El Empecinado, Durán y Mina.

El Empecinado, con efecto, valiéndose de una emboscada y de un insulto al fuerte de Molina por sus subalternos, había escarmentado rudamente la salida de un gran destacamento francés, aun cuando sin poder hacerse dueño de aquel castillo, mejor fortificado de lo que él creía. Puesto después en combinación con Durán por órdenes que había recibido de Blake, se dirigieron ambos á Calatayud apoderándose el 4 de octubre del fuerte, después de rendir el destacamento de El Frasno y de batir á la columna francesa que acudía al socorro de la antigua y celebérrima Bílbilis, tan disputada en aquella guerra. Las operaciones sucesivas de aquellos cuerpos españoles en las márgenes del Jalón fueron tan notables por la inteligencia que revelaban en sus jefes como eficaces y afortunadas. Porque, según llevamos expuesto en el capítulo V del tomo anterior, Durán, felicitado por Blake, sabedor de la toma de Calatayud, continuó, enfermo y todo, su campaña sobre la Almunia, Manchones y Villafeliche, ya por medio de sus tenientes Amor y Tabuenca, ya con la cooperación del Empecinado, hasta que después de su hazaña de Osonilla, que le valió el empleo de mariscal de campo, fué puesto con su colega D. Juan Martín á las órdenes del Conde del Montijo. «Error, decíamos entonces, cuyas consecuencias se tocarían muy pronto», y que designaremos al, perdida

Valencia, ser llamado el famoso prócer granadino al ejército que operaba en Murcia.

Aquella diversión, aunque pasajera como se ha visto; la que Mina verificó á la vez por la frontera de Navarra y el alto Aragón, hasta el temor de ver interceptada la navegación del Ebro desde Mequinenza á Tortosa, tenían á Suchet sumamente inquieto, deseoso de un trance en que pudiera establecer su preponderancia incontestable en el llano de Valencia con la conquista de Sagunto y la destrucción del ejército de Blake.

Conducta de Blake.

Así es que la noticia de que este general se proponía acudir al socorro de Sagunto le llenó de satisfacción, preparándose á recibir con todas sus fuerzas, inclusa la división Palombini que había destacado, después del malogrado asalto del 18, para que volviese á dejarle expedita la comunicación de Teruel, interceptada, ya lo hemos dicho, por el general Obispo. Sin dejar, por eso, de seguir hostilizando á los defensores de Sagunto, y de no perder un momento para reformar los baterías que habrían de abrir en el fuerte del Dos de Mayo brecha más amplia y practicable que la asaltada el 18, se preparó Suchet á rechazar el ataque del general Blake, cuyas fuerzas vió extenderse y formar el día 24 en la llanura que recorre el camino real entre Valencia y Sagunto.

Expedición de Mahy á Cuenca.

¿Qué había hecho el general Blake entre tanto para resistir el huracán que bien debía ver iba á desencadenarse sobre su cabeza?

Reducido á una inacción, bien manifiesta desde las desgraciadas acciones de Segorbe y Benaguacil en que había visto impasible la derrota de los gene-

rales Obispo y O'Donnell el 30 de septiembre y el 2 de octubre, se mantenía en Valencia confiado en que una maniobra dirigida á impedir la llegada de refuerzos al campo francés y á envolverlo luego en las posiciones de Murviedro, le daría tiempo y fuerza para impedir la pérdida de la fortaleza de Sagunto tan valientemente defendida. Y antes de que el tercer ejército, que todavía andaba reorganizándose en Murcia, pudiera incorporarse al 2.° en Valencia, dispuso que el general Mahy con fuerzas respetables de las de su mando se encaminase á Cuenca con el objeto de rechazar las con que suponía se preparaba la corte de Madrid á reforzar el ejército de Suchet y contribuir así á la sumisión de Valencia. Con ese propósito y en esa suposición escribió al general Mahy, que tenía concentrada parte de su fuerza en el campamento de Armajales, próximo á Mula, para evitar el contagio reinante en aquella comarca, que con 4.000 infantes, de 700 á 800 caballos y 4 ó 6 piezas de artillería se dirigiese á la provincia de Cuenca, «poniéndose desde allí en comunicación con él, procurando batir alguna de las columnas movibles y protegiendo una extracción considerable de granos para Murcia y Valencia». «Por de contado, añadía, se vive y se hace una diversión poderosísima y tal vez decisiva en favor de este Reino».

Así creía el general Blake defender á Valencia *identificando su suerte con la de aquella ciudad*, según declaraba también en aquella carta, «pues ésta, escribía, no es una plaza cuya defensa pueda confiarse á una guarnición limitada, es una posición en que creo poderme batir con ventaja y he resuelto esperar en ella

á el enemigo: de las resultas dispondrá Dios, que es el que da ó quita la victoria.»

Mahy dejó el 5 de octubre su campamento de Armajales, encargando al general Freire del mando de las tropas que quedaban en Murcia: el 6 pernoctaba en Hellín y el 9 en Chinchilla. Allí recibía un despacho del general Bassecourt que desde Requena le daba noticia de la fuerza francesa de guarnición en Cuenca, reducida á sólo 300 caballos, 600 infantes y 2 piezas, «que de seguro, le decía, se retirarán á Tarancon en quanto sepan que caminan contra ellos algunas tropas, sin que pueda entrar en su plan ni sea tampoco practicable, que las columnas de Infantes y de Manzanares, los refuercen, por las inmensas atenciones y terreno que deben aquellas cubrir.» El 13 escribía desde Olmeda Mahy en la creencia de que trataban de hacerse fuertes en Cuenca los enemigos, á quienes se acercaría el día siguiente para atacarlos el 15.

Así se hizo; pero contra la opinión de Mahy y en comprobación de la de Bassecourt, los franceses desalojaron la ciudad. Los nuestros los persiguieron largo espacio cañoneándolos, cuando lograban darles alcance, y cargándolos con las avanzadas de infantería y caballería hasta perderlos de vista. Las bajas de una y otra parte fueron pocas y sólo notables, en la de los franceses, tres juramentados españoles, pasados inmediatamente por las armas (1).

Planes de ataque á Suchet.

Por entonces recibió Mahy un despacho del general

(1) Así lo dice el parte publicado en la *Gaceta Extraordinaria de la Regencia* el 10 de noviembre de aquel año. Mahy añade á Blake que Bassecourt y O'Donnell (D. José) iban con las avanzadas cargando á los franceses.



Blake en que, con fecha del día 12, le prevenía que, «penetrado él de la precisión de atacar á los enemigos, continuara su marcha á Liria desde cualquiera de los indicados pueblos (Cuenca ó Moya) en que se hallase, dirigiendo la artillería por caminos que fueran practicables por esa arma. En la marcha, le decía en otra carta del 17, saldrían á su encuentro dos oficiales de Estado Mayor (Sirera y Boado) que con un plano á la vista le explicarían el pensamiento que abrigaba para atacar á los sitiadores de Sagunto. El plan de ese ataque enviado á Mahy con igual fecha, trabajo, todo él, autógrafo de Blake, consistía en que, reunidas las fuerzas que llevaba aquel general á las de Obispo en Segorbe, bajasen á Torres-Torres, Estivella y Gilet, observando siempre la margen izquierda del Palancia por Albalat y Petrés. Puestas así aquellas tropas al anochecer del día anterior al del ataque, avanzara en éste sobre el enemigo, amenazando sus espaldas mientras el general D. Carlos O'Donnell, establecido desde la madrugada ó la noche precedente en la llanura, se adelantaría por el centro. Obligado O'Donnell á retroceder, podría Mahy restablecer la acción, «embiando, le decía Blake, desde Gilet por Santiespíritus y camino de la Calderona tropas que atacasen en flanco y espalda á los enemigos vencedores.»

Mahy pernoctaba el 18 en Cañete; el 20 en Moya, ya con Sirera á su lado; el 21 en Tuexar, donde encontró á Boado, y esperando, según sus despachos, estar el 23 en Segorbe pasando antes por Alcublas. Pero Blake había ya variado su anterior plan y el 21 escribía á Mahy que se dirigiese á Liria donde debería pernoctar el 23, y donde, efectivamente, pudo conocer las

instrucciones nuevas que se le remitían por conducto del general D. Carlos O'Donnell ó sus oficiales de Estado Mayor. Esas instrucciones, que llevan la fecha del 23, aparecerían en su casi totalidad puestas en ejecución al darse comienzo la batalla del 25, pensada, como se ha visto, desde antes del asalto del 18 tan gallardamente rechazado por la guarnición de Sagunto (1). Si el general Blake deseaba medirse con Suchet y bien descubre ese anhelo en su correspondencia con Mahy, que se nos figura no debía aprobarlo cuando ni una sola muestra da en ella de su adhesión á tal pensamiento en la forma en que se le exponía, el mariscal Suchet no deseaba otra cosa, esperando en una batalla campal el resultado de inutilizar los socorros que pudieran prestarse á los defensores de Sagunto, que, por su valor bien demostrado y las condiciones de la fortaleza, veía habrían de paralizar por mucho tiempo su acción principal, la dirigida á ocupar Valencia y las provincias todas sometidas á su capitalidad. Ya lo hemos dicho: «el medio más seguro, de conquistar Sagunto era para Suchet el de batir al ejército de Valencia».

Y su adversario, el general en jefe de ese ejército, le ofrecía ese medio. Veamos cómo.

Plan de la batalla.

Empieza así el parte publicado el 23 de noviembre en la *Gaceta de la Regencia:* «Las tropas del tercer

(1) «Si no urgiese tanto el libertar de las garras de Suchet la benemérita guarnición de Sagunto, sería muy útil seguramente, dar un golpe sobre Teruel; pero el tal Suchet parece que no entiende de indirectas, y es preciso buscarle cara á cara: yo confío en que Dios nos ha de favorecer». Esto es, haciendo lo peor que pudiera ocurrirse al general español en tales circunstancias.

exército que entraron en Cuenca, habían llegado á Liria: el exército hizo movimiento el 24 sobre los enemigos, y quedó por la noche con la derecha en el Puig, el centro sobre la Cartuja en el camino real, y la izquierda extendiéndose hacia el camino de la Calderona».

Las tropas españolas formaron, con efecto, en la llanura donde termina la feracísima huerta de Valencia, mucho más limitada cerca de Murviedro entre el mar, el monte en que asienta lo fortaleza de Sagunto y la áspera cadena de montes de Santi-Spíritus, que forma la margen derecha del Palancia y del camino de Aragón por Segorbe y Teruel (1). La línea se extendía desde la orilla del mar y Puzol á Bétera, en una distancia de tres leguas próximamente, demasiado grande para el ejército que iba á ocuparla, según el plan que señaló el general Blake á los jefes de sus tropas y el á que, respecto á Mahy, hemos antes aludido. El general Zayas con las fuerzas del cuerpo expedicionario, debería atacar por Puzol la izquierda enemiga, tratando de ponerse en comunicación con la fortaleza de Sagunto y constituyéndose así en eje, sobre el que giraría la acción general que se emprendiera, y llevando á su derecha la escuadra destinada á protegerle con sus fuegos.

Servíale de reserva la brigada Velasco con unos 2.000 hombres que se situaron en la altura del Puig, donde también estableció Blake su cuartel general como punto de donde podría observar la marcha de la ba-

(1) Véase el plano del campo de batalla en el Atlas del Depósito de la Guerra.

talla y dirigirla. En el centro se hallaba el general Lardizábal con la vanguardia de su mando, la caballería expedicionaria, y alguna valenciana, á las órdenes del general D. Juan Caro y del brigadier Loy, y también con unos 2.000 hombres de reserva en la Cartuja. La misión del centro era la de dirigirse sobre el del ejército francés en Vall de Jesús, en el camino de Tortosa, para lo que antes se apoderaría de una eminencia que se alza en la izquierda al arrancar la serie de montañas de Santi-Spíritus, que era la parte por donde habrían de desembocar los franceses del Vall. Por la izquierda formaban; á las órdenes de D. Carlos O'Donnell, las divisiones Villacampa y Miranda con la caballería del general San Juan, teniendo á su derecha la citada eminencia algo avanzada y las montañas á que también nos hemos referido al frente, con el fin de, sin dejar de apoyar á O'Donnell, apoderarse del desfiladero y el camino que conducen á Santi-Spíritus y á la retaguardia, por consiguiente, de las posiciones francesas, si desembocaban por la carretera de Segorbe. Tenía el mismo destino la división Obispo cuyas fuerzas, esparcidas por aquellos montes, serían las primeras en entablar el choque con las francesas con que Suchet haría ocuparlos para impedir un movimiento envolvente que podría poner á su ejército en la situación más difícil, no sólo obligándole á levantar precipitadamente el sitio de Sagunto, sino hasta á ofrecer otro espectáculo como el de Bailén.

Y no con otro objeto dió el general Blake á Mahy el destino de, con cuantas fuerzas había llevado de Murcia y Cuenca, servir de cuerpo de reserva al flanco izquierdo de su línea de batalla. Sólo que si en sus pri-



meras instrucciones señalaba á Mahy el punto de Segorbe como de reunión con Obispo, para desde allí bajar á Gilet y Petrés por donde obtener ese resultado mismo de flanquear el campo francés de Murviedro, ahora, menos confiado en una maniobra que consideraría aislada y comprometida, la ciñó á la línea general, demasiado, quizás, para su objeto. Esas nuevas instrucciones, firmadas el 23, explican el plan general fijado definitivamente la noche del 24 en el cuartel general de Blake á los oficiales enviados por los generales ante un plano hecho dibujar por el general don Ramón Pírez, jefe de Estado Mayor del Ejército.

Hélas aquí: «Excmo. Sr.: El cuerpo de tropas del mando de V. E., deberá marchar mañana 24 á Bétera procurando llegar á medio día ó poco después á aquel punto, del qual se adelantará, después que V. E. hubiese llegado, la división del general D. Carlos O'Donnell.»

«Después que la tropa haya comido su rancho, dispondrá V. E. que los rancheros con todos los equipajes, exceptuando solamente las municiones y botiquines, se retiren con una pequeña escolta y en el mayor orden á el lugar de Ribarroja á la orilla derecha del río Turia, donde se les ha de prohibir que en ninguna manera se mezclen ni confundan con los equipajes de la división O'Donnell, que estarán en el mismo pueblo.»

«A el anochecer, aprovechando el claro de la luna se dirigirá V. E. á las alturas de Germanells y Cabezbert; y antes de llegar á ellas, pero á muy poca distancia, se situará V. E. en la posición que anticipadamente haya hecho reconocer á retaguardia de D. Carlos O'Donnell.»



«A el siguiente día 25, destinado para el movimiento general, ocupará V. E. dicha posición de Germanells y Cabezbort, quando las dexe O'Donnell, y en ella debe V. E. considerarse cuerpo de reserva, ya para apoyar y acalorar, si fuese necesario, el ataque que emprenderán las divisiones O'Donnell y Miranda, que son sus más inmediatas por su derecha, y ya principalmente para atender á el camino de la Calderona y avenidas del camino Real de Aragón, sin embargo de que sobre éste obrará en la forma posible la división del general Obispo, y que procurará establecerse en Santi-Spíritus el coronel D. Edmundo Ronán con dos batallones y un esquadron, y aun avanzar sobre Gilet para amenazar la derecha de los enemigos en combinación con Obispo.»

«Es de mucha importancia que V. E. haga cubrir las alturas fragosas y quasi impracticables delante de su posición y por cuyas faldas pasa el camino de la Calderona, por bastantes partidas de guerrilla que aunque de corta fuerza reconozcan y aseguren todo aquel terreno».

«Conviene también que haga V. E. reconocer una posición intermedia entre Germanells y Vall de Jesús á la cual se adelante para sostener más de cerca á O'Donnell y Miranda, en la suposición de saber que está segura la izquierda».

«En caso desgraciado de replegarse dichos generales persiguiéndolos el enemigo, no puede dudarse que un ataque impetuoso y ordenado del cuerpo de tropas de V. E. sobre el flanco de aquél restablecería la acción, y en este y en todos así mencionados como no previstos, cuento con el valor, actividad y conocimientos milita-

res que V. E. tiene tan acreditados y con la excelente voluntad de los oficiales y tropa».

«Se ha servido V. E. preguntarme cuál deberá ser la dirección de su retirada, si esta llegase á ser necesaria, y debo decir á V. E. que en cuanto á la artillería no hay que dudar por razón de los caminos siendo preciso que pase el río, pero en cuanto á las tropas acaso convendrá seguir la misma ruta que V. E. ha traído, sobre lo cual las circunstancias solas deben decidir, bien entendido que pasado el río, debería mantenerse fuera de esta ciudad pero á no más que dos ó tres leguas de ella, y no pasando detenerse en Liria ó la menor distancia posible, en quanto evitase la destrucción entera de ese cuerpo.»

«Dios guarde á V. E. muchos años.—Valencia 23 de octubre de 1811.—Joachin Blake».

Y cabe ahora preguntar: «¿cuál de esas maniobras era preferible; la atrevida de, unido Mahy con Obispo, bajar en los momentos de la batalla desde Segorbe y Gilet sobre el campo sitiador de Sagunto, ó la, todo lo prudente que se quiera pero limitada á conservar una parte de la línea, la más separada de la acción general que iba á reñirse?» Tan había temido Suchet la primera de esas maniobras que el 22 destacaba al general Palombini con la reserva y una parte de la caballería hacia Segorbe con la misión de rechazar á Obispo, pero sin alejarse mucho, como lo hizo el general italiano, volviendo el 24 al campo imperial. Pero, si en vez de Obispo y el día 22, Suchet se hubiera hallado que la tarde del 24 bajaban á Estivella y Gilet las dos divisiones españolas con la artillería y la caballería de Mahy, ¿le habría bastado la fuerza de Palombini para

conjurar el peligro que le amenazaba en su propio campo desde uno de sus flancos y quizás por su retaguardia?

Por confianza que tuviera en la solidez de sus tropas, no sería tanta que no temiese un desastre al verlas atacadas de frente por el ejército, no despreciable, de Blake, y flanqueadas ó envueltas por dos divisiones que, al cabo, contaban con 9.000 infantes, más de 600 caballos y varias piezas de artillería. Y como el campo de batalla, al recibir la que le ofrecía el general Blake, si era restringido, puesto que no podía extenderse hacia la derecha francesa por los montes de Santi-Spíritus, y favorable en esa parte á Suchet que no necesitaba presentar un frente desproporcionado á las fuerzas de su ejército, tampoco el español tendría que distraer parte de las suyas sobre su izquierda empleando las con que le convenía emplear en su movimiento de Segorbe á Murviedro. El problema, pues, se limitaba á comprender dónde podrían ser más útiles las fuerzas de Obispo, O'Ronán y Mahy, si en Gilet, que ocuparían la mañana del 25 amenazando el campo de los sitiadores de Sagunto, ó en Bétera dando fuerza y calor á las divisiones O'Donnell y Miranda. Estas nada tendrían que temer por su izquierda; porque puestos Obispo y Mahy en el camino de Segorbe, los montes de Santi-Spíritus y el desfiladero que lleva este mismo nombre y de la Calderona no podrían ser ocupados por los franceses, distraídos con observar y entorpecer la marcha de aquellos generales por Estivella y Gilet á su campo.

El de Suchet. No siendo así, el mariscal Suchet pudo disponer su línea de batalla, no tan sólo sin la preocupación y el desmembramiento de fuerzas que le impondría la pre-

sencia de Mahy sobre su flanco, sino con la libertad de amenazar desde Sancti Spíritus y los montes próximos la izquierda española, y aun, descolgándose de ellos una parte de su fuerza, contribuir eficazmente á su victoria. Así es que, aprovechando la estrechura que la naturaleza del terreno de su frente á Valencia le ofrecía entre el mar y esos montes tantas veces nombrados, situó en su izquierda la división Habert y en su derecha la de Harispe con la de Palombini de reserva común para las dos, y los dragones y coraceros en tercera línea para acudir por ambos costados de la carretera allí donde los llamaran los trances de la batalla. La línea general francesa resultaba sumamente reducida, á la cuarta parte de la española; por lo mismo era muy fácil de vigilar y sobre todo de que fuera pronto, rápido y enérgico, por consiguiente, el auxilio que pudieran prestarse todas las partes de élla. No era posible mejor situación que la elegida por Suchet ni más aprovechada con las fuerzas de que podía disponer, descontando las que habrían de continuar el fuego sobre la brecha de Sagunto y contener cualquiera salida del fuerte, apoyadas, empero, por la división napolitana de Compere situada en Gilet y Petres, así como las destinadas á ocupar las encumbradas posiciones de Sancti Spíritus, la reserva de Robert, los polacos de Klopiski y los caballos italianos que tratarían de hacer frente á Obispo situado hacia Náquera y sin enlace próximo, y por su izquierda caer sobre Mahy ú O'Donnell según conviniera en la marcha del combate.

Y esas fuerzas de Robert ¿hubieran podido ocupar tan ventajosas posiciones de llevarse á ejecución las primeras instrucciones de Blake?

Resultaba, de todos modos, la situación de nuestras tropas sumamente defectuosa, por su excesiva extensión de tres leguas ante la francesa, cuyo frente no ocupaba más de tres cuartos de legua, muy concentrada de consiguiente, á la mano siempre de su hábil jefe, y haciendo temer á cada momento un ataque desde la posición de Sancti Spíritus. Los españoles, sin embargo, con el ansia de salvar á sus heróicos compatriotas de Sagunto, estimulados con su ejemplo y por una entusiasta proclama de Blake en que, anunciándoles su marcha para batir al ejército de Suchet y después de recordarles su noble misión de pelear por la libertad de la patria, por la religión y su rey, concluía diciéndoles que su deber era el de vencer al enemigo ó morir en el combate, se presentaron en todos los puntos de la línea llenos de ardimiento y con la esperanza de un triunfo completo y decisivo.

Comienza el combate.

La pelea comenzó á las ocho de la mañana y simultáneamente, puede decirse, en la línea española, aventando de todo el frente la de tiradores franceses que cubrían la suya. La división Zayas avanzó sobre Puzol y, aunque teniendo que cruzar las acequias y los cultivos de un terreno todo él cubierto de accidentes siempre entorpecedores, lo hizo, lo mismo que las demás tropas de la línea, con tal orden y tan resueltamente como, dijeron sus enemigos, no las habían visto en ninguna otra batalla campal (1). «Esos primeros movimientos, según esos mismos adversários nuestros, daban al

(1) Dice Suchet.... «vimos al mismo tiempo á las columnas españolas avanzar por la carretera y Puzol con una resolución y un orden que no habían aún revelado en ocasión alguna en campo raso.

ejército español en su marcha un aspecto de confianza en sí mismo y de superioridad que parecía presagiarle la victoria» (1). Apoderado de Puzol, Zayas continuaba su avance inclinando la derecha de la división hacia el centro de las enemigas como para flanquearlas y ceñirse más y más á su ulterior pero principal objetivo, el de ponerse en comunicación con los defensores de Sagunto (2). El general Habert, que había recibido la orden de limitar por el momento su acción á la de contener á Zayas en su marcha, pudo hacerlo valiéndose de los accidentes del terreno á que nos hemos referido antes y á las ventajas que siempre ofrece la defensiva en tales condiciones y con tropas como las que mandaba.

En el Hostalet.

Porque donde iba á desatarse el nudo de tan grave y transcendental suceso como el de aquel triste día, era en el centro de la línea española y determinadamente en el altozano de que tratamos al describir el campo de batalla, y que se levanta en el arranque de las montañas de Sancti-Spíritus, llamado por Vacani *del Ostalet*. Suchet había observado el altozano y comprendido la importancia de su ocupación, tanto, sin duda, por su posición á la salida de Vall de Jesús en la extrema derecha de la línea ocupada por sus tropas en el llano,

(1) El mismo Suchet.

(2) Creyóse, con efecto, en la fortaleza como muy próxima su liberación, demostrándolo sus mantenedores con sus gritos de entusiasmo y alegría, manifiestos á los combatientes del llano, así como por las disposiciones que en élla se tomaron para una salida que habría de verificarse con escalas al interior y exterior por el muro del S., *solo útil*, dice Andriani en su Memoria, *en el caso de pronunciarse la derrota* (de los franceses) *para completarla*.

Y sólo era posible en ese caso por tales medios.

como por el dominio que podría ejercer desde él sobre el centro español. Tan comprendió la ventaja que le proporcionaría el ocupar aquel montecillo del Hostalet, que sin otra fuerza que la de su escolta, compuesta de unos 50 húsares, se dirigió á galope á hacerse dueño de él, aunque no sin dejar á Harispe la orden de establecer allí la derecha de su división.

Interés parecido ó igual según sus respectivas posiciones, había reconocido el general Lardizábal al romper su marcha y adelantarse á la aldea de Hostalet, situada en la carretera por donde debía dirigir su ataque. Y fuera que entonces comprendiese esa importancia ó que se la revelase la vista de Suchet y sus húsares, lo cierto es que, apresurando la marcha de los cuerpos más avanzados hacia Vall de Jesús, el coronel D. Wenceslao Prieto, que los mandaba, rechazó á los jinetes franceses y, echándolos de la altura, se apoderó completamente de élla antes de que la infantería de Harispe pudiera hacerlo por su lado. Cuando los infantes franceses llegaron al pie de la altura, ésta se hallaba en estado de resistir el ataque, por lo que les fué preciso desplegar los mayores esfuerzos. «Era necesario, decía su Mariscal, que los franceses principiarán por un golpe vigoroso después de la iniciativa que acababan de revelar los españoles». Y poniéndose los generales franceses á la cabeza de las varias columnas que emprendieron el ataque, se entabló en la falda y, por fin, en la cumbre de la posición una lucha de que pueden dar idea las bajas sufridas por los imperiales. El general París y los ayudantes de campo Péridon y Troquereau fueron gravemente heridos; Harispe, el coronel Mesclop y muchos ofi-

ciales perdieron sus caballos, y el regimiento que primeramente atacó dejó mucha de su gente rodando por el suelo (1). Repitiendo, sin embargo, sus cargas, lograron los franceses coronar el altozano y arrojar de él á los nuestros que, reunidos en la llanura con sus camaradas de la división Lardizábal, se prepararon á recobrarlo. Perseguíalos Harispe, como para completar su victoria; pero ya en el llano y llevando con su infantería, los húsares, antes batidos, y varias piezas de las de su división, se vió atacado por los españoles ansiosos de vengar el revés sufrido. La artillería francesa se adelantó para cubrir de metralla la cabeza de nuestras columnas; y, viendo que no lograba hacerlas retroceder, trataron los húsares de apoyarla avanzando también; pero artilleros y jinetes fueron arrollados por nuestra caballería que destrozó á éstos, haciéndolos huir vergonzosamente, y, después de acuchillar á aquéllos, se quedó con varias de sus piezas (2).

Los momentos se hicieron difíciles para los franceses; porque si, batidos de esa manera, se les arrebataba la posición del Hostalet, podían dar por perdida la batalla y levantar el sitio de Sagunto. La división Lardizábal avanzaba resueltamente sobre la francesa de Harispe, apoyada por toda la caballería de Caro y Loy que seguía cargando con el mayor ímpetu. Su-

(1) Dice Vacani: «... El 7.º regimiento de línea fué el primero en atacar aquella altura bajo un fuego vivísimo de fusilería y de artillería; el general París lo dirigía con gran orden y por batallones al paso de carga entre los gritos de *Adelante* y el tumultuoso y bronco ruido de los tambores y la artillería».

(2) Toreno dice que el coronel Ric fué quien se apoderó de las piezas.

chet, que no tiene reparo en declarar en sus Memorias que *si su infantería hubiera sido arrollada, podría aquel instante llegar á ser crítico*, hubo de recurrir á las reservas que hemos dicho había establecido en segunda y tercera línea de la de batalla formada por las de Habert y Harispe. La división Palombini avanzó, por consiguiente, al tiempo que la de Habert recibía la orden de mantenerse firme ante Zayas que continuaba su marcha hacia élla, y Robert y Klopiski, tuvieron la de sostener en sus excelentes posiciones el ataque de nuestra izquierda. Suchet en persona, corrió en busca de los coraceros para que tomaran parte en el encarnizado combate que se estaba riñendo á vanguardia (1).

(1) Hablando á los coraceros para con sus palabras demostrarles la confianza que tenía en su valor, recordándoles á la vez su conducta en Margalef y otros combates en que habían decidido de la victoria, fué herido Suchet en la espalda. La herida no era grave; le fué inmediatamente hecha la cura, y pudo seguir presenciando y dirigiendo la acción en el mismo campo de batalla.

Para que se comprenda la á veces imposible averiguación de la verdad, aun expuesta por los testigos y hasta actores de una misma acción, veamos qué dice en sus *Souvenir Militaires*, publicados por su hija la Condesa de Mirabeau, el coronel de Connevile, capitán entonces de un escuadrón de esos coraceros ante quienes fué herido Suchet al arengarlos para que le salvasen del grave compromiso en que le habían puesto la derrota de los húsares y la pérdida de su artillería. «No teniendo allí orden que recibir de nadie (N' ayant lá d' ordre á recevoir de personne), y comprendiendo la necesidad de contener aquella masa de caballería, que ya llegaba hasta nosotros, eché una ojeada sobre el escuadrón que tenía á mi espalda con la inquietud de no hallar en él la resolución necesaria en semejante circunstancia. A aquella ojeada que fué comprendida, porque se me miraba esperando una orden, se alzaron todos los sables al aire y fueron blandidos con tal energía, se vió algo de tan terrible é intrépido en aquellos rostros bronceados, que no dudé del éxito, y ahora cincuenta años después, al escribir estas líneas, siento aún latir mi viejo corazón al recuerdo que en mí excita».

Hay que advertir que esto se publicó en 1875 y que á veces

La lucha se hizo, así, sumamente desigual. Los regimientos de Harispe, uno de los cuales, el 116.°, cambió de dirección para coger de flanco á nuestros jinetes; los italianos de Palombini, cruzando la línea francesa con igual objeto por su lado; pero, principalmente los húsares y coraceros, recien arengados por Suchet, cargaron sobre los españoles, apoyados tan sólo por algún cuerpo de los de reserva, con tal furia, que á los pocos momentos se hizo irresistible. Los húsares, primero, é inmediatamente después los coraceros atacaron á nuestros jinetes, amenazados á la vez por Palombini y el regimiento ya citado de Harispe, que había roto un fuego muy nutrido contra ellos; y ante fuerzas tan imponentes y tan hábilmente dirigidas no les fué posible, no ya avanzar á la recuperación del altozano de Hostalet, sino ni sostenerse siquiera donde se hallaban, perdiendo en su retroceso las piezas tomadas á los franceses, algunas de las suyas y los generales Caro y Loy que, luchando con los enemigos para resistirlos y con sus propios soldados para que no desmayasen, cayeron heridos y prisioneros (1). Y no fué eso lo peor; sino que nuestra caballería, así rechazada, fué á caer sobre la infantería que seguía sus pasos, animosa y con la esperanza de triunfar.

---

se demuestra conocer las Memorias de Suchet y en alguna se le rebate.

Distracciones comete de Conneville; pero ésta, de serlo, sería muy gorda para Suchet.

(1) Vacani dice que los italianos de Palombini, al salir de los olivares en el mayor orden y midiendo sus batallones el paso entre sí, se adelantaron costeando la carretera hasta formar el vértice del cúneo del ejército francés, y, firmes allí, hicieron fuego por batallones *sulla cavalleria nemica che credevasi vincitrice, é fu vinta da subito terrore.*

Consecuencias de aquel revés.

Entonces se tocaron los efectos del error cometido al dar á la línea española la extensión que el último plan de Blake la impuso. Ni Zayas, que seguía avanzando sobre la división Habert, paralizada por las instrucciones que se le acababan de enviar; ni O'Donnell, que ya tenía que atender á los movimientos que observaba á su frente en los montes de Sancti-Spíritus; ni menos Maby, relegado allá, junto á Bétera, con un carácter de reserva del ejército, que tan mal se avenía con su posición en la extrema izquierda y á distancia tan considerable, pudieron acudir con la rapidez que exigía la ocasión en auxilio de Lardizábal. El general Blake envió, eso sí, el brigadier jefe de Estado Mayor del cuerpo expedicionario, D. Antonio Burriel, y el oficial del mismo instituto D. Antonio Zarco del Valle; pero por hábiles que fueran las instrucciones que llevasen y por sabias que, como de ellos, fueran también sus advertencias, no eran instrucciones ni consejos lo que Lardizábal necesitaba, sino fuerza material, efectiva, con que arrostrar felizmente el huracán desatado contra él (1).

Rota nuestra caballería y, ya lo hemos dicho, arrollada por los que debían defenderla, la infantería de Lardizábal, la que con tal denuedo había peleado y vencido en Chiclana, todos, peones y jinetes, se entregaron á la fuga, quedando, empero, no pocos en manos

(1) Ya conoce el lector la personalidad de Burriel, también jefe de E. M. de Blake en la Albuhera y primer cronista de aquella jornada: del mismo modo se ha citado en esta historia á Zarco del Valle, que en la de Sagunto y en el trance á que nos estamos refiriendo, atado á su caballo ¡tan enfermo salió de Valencia!, ganó una cruz de San Fernando por la bravura con que cargó á los enemigos.

de los franceses con algunas de sus piezas y banderas. Lardizábal, que se vió sorprendido por aquel desorden cuando ya creía tocar con sus manos la victoria, aún esperó que las fuerzas que llevaba en reserva procedentes de la Cartuja, contendrían tan súbito desastre. ¡Ilusiones de su valor y de la confianza que le inspiraban la conducta anterior de su infantería y la resistencia misma que acababa de oponer en el Hostalet! Todo cedió al ímpetu de los húsares franceses, momentos antes vencidos, al del 24.º de dragones, llevado del extremo izquierdo y la reserva, y al de los coraceros, sobre todo, que los iban animando en la carga y la completaron y acabaron con tal y tan decisivo estrago.

En la izquierda española.

Entre tanto, la izquierda española, la que regía O'Donnell con las divisiones Villacampa y Miranda, andaba comprometida con la derecha francesa encumbrada en los montes de Sancti-Spíritus y procurando desembocar por el desfiladero, sin, por eso, desentenderse de las fuerzas de Obispo que podrían flanquearla en ese movimiento. Klopiski y Robert, deseosos de contribuir á la acción de Harispe obligando á O'Donnell á no distraer fuerzas en auxilio de Lardizábal, cuando tan gallardamente ocupaba éste y defendía la altura del Hostalet, amenazaban con bajar de sus posiciones y atacar principalmente á Villacampa, el más próximo al camino que les estaba encomendado seguir y, cuando no, vigilar y defender.

Y aquí asalta al historiador de aquellos sucesos una duda que exige el examen de toda clase de datos si ha de resolverse con acierto. ¿Precedió ó no ese ataque de nuestra izquierda al del centro que acabamos de recordar y describir? Quien lea y dé crédito á Vacani, pre-

sente en la batalla, supondrá que la acción comenzó en nuestra izquierda, y quien atienda á la narración de Suchet y á los partes de nuestros generales quedará convencido de que el centro de ambos ejércitos fué el teatro, no sólo el primero de la batalla sino donde se decidió, desgraciadamente, en nuestro daño.

Cuenta Vacani que el principio militar de que *la movilidad se acompase con la solidez, de modo que no se dañen una á otra en una acción general*, «no fué observado por el ejército español, pues que el ala izquierda se extendió y avanzó demasiado antes que el centro y la derecha hubiesen llegado á los puntos que se les designaron, y fué batida y puesta en desorden antes de que el centro y la derecha se encontraran con el enemigo y se hubieran, como sucedió, disputado briosamente el alcance de una plena victoria en otros puntos de la línea de batalla.»

Según el historiador italiano, el general Klopiski quiso aprovechar la ventaja conseguida por los dragones de Napoleón, que le precedían al bajar de Sancti-Spíritus, batiendo á la vanguardia de Villacampa, á la que hicieron un oficial y 10 soldados prisioneros. Para eso dejó libre, añade, al coronel Schiazzetti para que con todo su regimiento de dragones, sostenido por los polacos del Vístula y el 114.° de línea francés á las órdenes del general Robert, operase sobre la posición de Germanells, mientras el 44.°, también de la infantería francesa, se inclinaría hacia el centro de Suchet para prestarle fuerza en su ataque principal. La derecha de Klopiski chocó, en efecto, con los españoles que desde los Germanells trataban de subir á Sancti-Spíritus, y los *descompuso* cogiéndoles algunos prisioneros

que, dice, arrojaban sus armas para substraerse á la persecución de la caballería italiana. Conseguida esta ventaja sobre la vanguardia de la izquierda española, Klopiski contuvo á su tropa y prohibió que avanzase más hasta que el centro y la izquierda del ejército francés se empeñaran por su lado en el combate general, observando también que el cuerpo entero de Miranda y la reserva de Mahy se dirigían á las alturas para sostener á Villacampa. «Pero el coronel Schiazzetti, añade el autor, no se mantuvo ocioso, reunió sus escuadrones, les dijo cuánta confianza ponía en su valor y experiencia, y sostenido eficazmente por la valerosa infantería del general Robert, cargó por medio de la tropa enemiga á punto de que se vió en un volver de ojos dividirse en grupos y entregarse á la fuga más precipitada la división Miranda, arrastrando consigo casi toda la izquierda del ejército. Se esforzaba por su parte el general Mahy en contener á los fugitivos, formar cuadros, volver su propia caballería contra la del enemigo; pero todo fué inútil: hiciéronse graves sus pérdidas y se vió obligado á retirarse hacia Bétera *cuando todavía la batalla ardía con la mayor animación en el centro y la derecha de la línea*».

De modo que, según Vacani, el combate en las faldas de Sancti-Spíritus y la izquierda española precedió con mucho al del centro de los dos ejércitos, que hemos visto ser el teatro de la lucha de la división Lardizábal y su caballería con las divisiones de Harispe y Palombini, los húsares, dragones y coraceros llevados allí por Suchet en persona. Testigo presencial y todo de la batalla de Sagunto, Vacani no ha seguido el ejemplo ni los consejos del primero y más severo de

los historiadores griegos, de Thucidides, desconfiado de la certidumbre de aquello mismo que habría visto por sus propios ojos (1). Porque su narración es muy distinta, en el tiempo principalmente y en sus detalles, de la de Suchet, su general en jefe, y de las que nos restan de nuestros generales, actores también en tan triste jornada.

El mariscal francés, después de describir su acción en el centro con las tropas de Harispe y las reservas de Palombini y Buscart, dice: «Dado el golpe decisivo y roto el ataque de su enemigo, érale (á él) necesario completar el éxito en las alas.» Y pasa á recordar el choque de su izquierda con las fuerzas de Zayas, alargando la narración de aquel episodio hasta la toma del Puig donde Blake tenía establecido su cuartel general. Entonces es cuando las Memorias de Suchet dan cuenta del éxito obtenido por la derecha francesa sobre nuestra izquierda. «Al principio de la acción, se dice en ellas, la división Obispo había avanzado por el camino de Náquera, amenazando nuestro flanco para penetrar en el desfiladero de *Sant-Espiritú*; pero el general Robert lo había contenido y rechazado varias veces. El general Klopiski se limitó por el pronto á observar al cuerpo de Mahy y á la división Villacampa que estaban al frente de sus posiciones.» (2)

(1) Escribía en su *Guerra del Peloponeso*: «Yo tomaba los informes más exactos, aun sobre los sucesos de que había sido testigo ocular; y no sin trabajo llegaba á obtener la verdad; porque los testigos de un acontecimiento no dan todos los mismos hechos; dan cuenta de ellos según su memoria y á gusto de su parcialidad.»

(2) El plano de la batalla demuestra cuán excéntrico era el movimiento de Obispo, cuya fuerza, puesta sobre el flanco del enemigo, distaba mucho del nuestro y sobre todo del punto que



Y continúa Suchet: «Pero cuando los vió disponerse á atacarle de frente, formó su infantería en masas y tuvo su caballería inmediatamente preparada para cargar, y en el momento en que la infantería española, bajando de la altura de los *Germanels*, comenzaba á desplegarse en el llano, hizo la señal al coronel Schiazzetti».

Entonces, ¿quién inició el combate en las faldas de Sancti-Spíritus?

La versión de los españoles es la de que ellos fueron los que, con suerte favorable en los primeros pasos, comenzaron la pelea en su izquierda como en los demás puntos de la línea. Todavía hay quien se lamenta de que las tropas del general Mahy se habían retardado en su marcha, no llegando con toda la oportunidad necesaria en apoyo de las divisiones de O'Donnell al cejar éstas en su primera arremetida y contenerlas en su primer desorden (1).

De todo eso, como de la relación que sigue respecto á las peripecias de aquella batalla, resulta que el ataque de los españoles fué puede decirse que simultáneo en toda su línea de batalla, y que, siendo defensiva la acción de parte de los franceses por la circunstancia, sobre todas, de mantener el asedio puesto y en ejecución del castillo de Sagunto, lo natural y lo que sucedió con efecto, fué que la iniciativa del combate en la izquierda, como en la derecha y el centro, partió de las tropas del general Blake que salieron de

---

Vacani señala como el en que empezó la acción por aquella parte de la línea general.

(1) Toreno se explica así; en nuestro concepto erradamente según haremos ver muy pronto.

Valencia para hacer levantar el sitio de aquella fortaleza.

Así es que el general O'Donnell, con el objeto de ligar sus movimientos con el de Obispo, que desde el frente de Náquera debía amenazar la extrema derecha de los franceses, en que formaban el 114.° francés y el 1.° del Vistula de Robert y Klopiski, hizo avanzar la división Villacampa que, según acabamos de manifestar, lo hizo con suerte en sus primeros pasos. El empeño de O'Donnell era que parte de la fuerza de Villacampa con la de O'Ronan desde Cabezbort se uniese á Obispo para envolver la de Robert; pero, aun atacada ésta bravamente y ciando en un principio, logró luego sostenerse, ya porque Obispo no llegara á tiempo para completar aquella ventaja, ya por las maniobras de Klopiski que se situó sobre el flanco derecho de los nuestros (1). Para acudir en auxilio de Villacampa, así amenazado, avanzó la división Miranda, á cuyo encuentro salió del desfiladero y camino de Sancti-Spíritus el regimiento de dragones de Napoleón que mandaba Schiazzetti, formado y en el modo que describe Vacani en su Historia. Mas, por desgracia, las tropas de Miranda tomaron, al embocar el desfiladero, una dirección paralela á la que habían llevado las de Villacampa; y claro es, que si éstas se encontraban ya flanqueadas por Klopiski, lo quedarían también las de Miranda en su ascensión al Sancti-Spíritus. Atacaron entonces los dragones italianos que bajaban

(1) Hemos dicho que Toreno acusa á Mahy de llegar tarde para apoyar á O'Donnell: Ahora es Schépeler quien dice que Obispo llegó tarde en apoyo de O'Ronan dejándolo solo y rechazado por Robert.



por el desfiladero; y asaltadas de frente y con la amenaza, ya próxima, de los polacos, las fuerzas de Miranda, tan desacertadamente dirigidas y sin apenas poderse desplegar por la cerrada formación en que iban, se arremolinaron primero, y se dieron luego á la fuga hacia su anterior posición en la línea de batalla.

Acción de Mahy.

Allí se hallaba Mahy ocupando las alturas de los Germanells y Cabezbort, dispuesto á cumplir las instrucciones que se le habían dado y llevamos consignadas. Y como en una de ellas se le decía que en el caso de replegarse los generales O'Donnell y Miranda, emprendiera él un ataque impetuoso y ordenado sobre el flanco del enemigo, lo acometió, en efecto, ó al menos intentó sostener á los fugitivos con dos batallones, los de Burgos y Tiradores de Cádiz, aunque sin hacer uso de la artillería que llevaba, porque se hubiera tenido que emplear lo mismo contra nuestras tropas que contra las enemigas; en tal dispersión bajaban unas y otras á la llanura. Los batallones de Mahy fueron arrollados como los de Miranda; pero no ya por los imperiales, sino por la misma caballería española cuya mayor parte se mandó á retaguardia para que sostuviese la retirada, que se dispuso, de todas nuestras tropas de la izquierda, y en quien se introdujeron pánico y desorden iguales atropellando en su carrera á toda la columna enviada en auxilio de los de Miranda. «Una carga de la caballería francesa sobre la nuestra, decía Mahy en su parte de aquella noche, introdujo tan terrible desorden en ésta que atropelló los batallones de Burgos y Tiradores de Cádiz que cerraban la retaguardia, y se propagó de modo que quasi toda la columna se puso en desorden, y nos costó á los que ocu-

rrimos á remediar esta desgracia el mayor trabajo persuadir á los últimos cuerpos que no había motivo para tanto exceso».

Afortunadamente, el general Mahy no perdió, aun envuelto en tal estrago, su habitual serenidad; y haciendo dar media vuelta y desplegar en guerrilla á las últimas divisiones de los regimientos de Cuenca y Molina, de modo tan gallardo y con tal energía maniobraron y rompieron el fuego sobre los jinetes del enemigo, que éstos hubieron de retirarse y desaparecer, no sin dejar á algunos de ellos muertos ó heridos en el campo. Con eso, Mahy pudo retirarse con alguna mayor tranquilidad y procurando reunir el número mayor posible de sus fuerzas y las de sus colegas puestas en dispersión por la caballería enemiga. De entre las suyas mandó que las de Creagh, establecidas en el puesto avanzado de Cabezbort, se uniesen al general Obispo, no haciéndolo, sin embargo, sino incorporándose luego por Alcublas al cuerpo principal en Villamarchante con buen orden y sin pérdida alguna de su gente. Al mismo lugar fueron más tarde llegando el general Miranda con muy poca de la suya, y á última hora Villacampa que había logrado reunir algunos dispersos de su división y pasó en seguida al inmediato pueblo de Rivarroja, en la derecha también del Guadalaviar.

Nuestra izquierda, como se ve, quedó en pocos momentos vencida y dispersa, cuando estaba llamada á ejercer la acción más decisiva en aquella batalla flanqueando y hasta envolviendo el campo enemigo, no sólo el de la línea formada por Suchet para rechazar al ejército de socorro, sino el del sitio mismo de Sagun-



to; esto es, haciendo fracasar nuevamente los proyectos de tanto tiempo atrás del Mariscal francés sobre el reino de Valencia. Para ello eran sobradas las fuerzas destinadas por el general Blake para tan importante evolución. La división Obispo y la fuerza encomendada al coronel O'Ronnán, amenazando la extrema derecha de los imperiales, cubierta por un regimiento de infantería francesa, otro de la polaca y uno de la caballería italiana, y las de Villacampa y Miranda, sostenidas por la de Mahy en segunda línea, constituían, repetimos, fuerza sobrada para haberse apoderado de Sancti-Spíritus y obligar á Suchet á desistir de una acción fuera del limitado campo desde el que dirigía el sitio de una fortaleza tan valientemente defendida y hasta á abandonarlo, y entonces ya para siempre según los escarmientos recibidos allí en los cuatros años transcurridos de aquella guerra.

Pero lo más doloroso fué la causa que produjo tal fracaso por nuestra parte; pues que, aun suponiendo fundado el motivo de la retirada de los cuerpos de Villacampa y Miranda en la torpeza de sus maniobras al emprender el ataque á los de Robert y Klopiski, perfectamente establecidos en los accidentes de aquel terreno elevado y montuoso, la fuerza que produjo el horrible estrago de la dispersión de los españoles en su izquierda, no llegaba á la de unos cien coraceros y dragones, destacados, sin duda, del centro francés después de su victoria sobre el en que operaba, según hemos visto, el general Lardizábal. No sin razón escribía al día siguiente el general Mahy á su jefe: «Debo decir con la ingenuidad que me caracteriza, que deben venderse los caballos para reparar las necesidades de la

infantería y á los soldados de caballería hacerlos tomar un fusil: no hubiera creído lo ocurrido si no lo hubiese visto á costa de tantas víctimas» (1).

Retirada general de los españoles.

Tan rápido como desastroso fué el combate de nuestra izquierda, con la derecha francesa establecida en los altos de Sancti-Spíritus. Así es que el general Blake pudo observar todavía desde el Puig el resultado de la acción; así el de aquella parte de la línea como el casi simultáneo del centro, donde las tropas de Lardizábal, después del revés sufrido al querer recuperar el Hostalet, se habían refugiado en las posiciones de San Onofre, la Magdalena y los pueblecillos más próximos. Puesto en aquella altura y pudiéndose mantener en ella á favor del ataque vigoroso ejecutado por la división Zayas sobre Puzol y la izquierda francesa al principio de la acción, ya que no pudo evitar el desastre de Lardizábal ni el no menos funesto de Villacampa, Miranda y Mahy, quiso dirigir su retirada, mandando que el centro la verificase á la barrancada del Caraixet y por fin á Valencia; y que la izquierda la hiciese á puntos los más cercanos también de aquella ciudad, pero por el mismo camino que habían llevado las tropas que la formaban al campo de batalla (2). Y no sólo tuvo tiempo para dictar esas y otras disposiciones des-

(1) Propuesta, se comprende, dictada por el dolor ante el espectáculo de desastre tan inesperado, pero que en los primeros momentos fué aceptada por el general Blake; rectificando luego su resolución respecto á los húsares de Fernando VII *si no se hallaron*, decía, *en la dispersión*, y escribiendo el 31 de aquel mes á Mahy: «Yo mudo muy fácilmente de concepto: que hagan un esfuerzo brillante el primer día de acción que se ofrezca, y no habrá satisfacción que no me apresure á darles; hasta entonces no quiero oir hablar de esa caballería para nada.»

(2) Así se lo ordenó al general Mahy en oficio expedido, como hemos dicho, desde las *Alturas del Puch*.



de aquel su cuartel general á favor de la enérgica acción ofensiva de Zayas, sino de la defensiva también al, decidido el triunfo de los franceses en los demás lados de la línea, tener el bravo general español que retroceder para no verse cortado y expuesto á quedar en poder de sus enemigos.

Era, con efecto, tiempo de pensar en retirarse por aquella parte. El campo general de batalla estaba convertido en teatro del más espantoso desorden. La caballería imperial lo andaba recorriendo en el centro y el ala izquierda de nuestros compatriotas sin obstáculo alguno ni oposición; y si no extendía sus cargas á más allá del Caraixet, era por el cuidado que imponía la actitud enérgica de la división Zayas retirándose lentamente con el apoyo de la escuadrilla que seguía sus movimientos.

Decidida la suerte del combate en la mayor parte de la línea, el mariscal Suchet dirigió su atención á la de su izquierda, donde ya hemos dicho había limitado la acción de sus tropas á la de impedir que Zayas envolviese la división Habert y lograra comunicar con los defensores de Sagunto. En ese tiempo el general español había hecho los mayores esfuerzos por avanzar más y más, aunque contenido, tanto por los del enemigo para mantener su puesto, como por ver que el centro, con cuyos movimientos tenía que concertar los suyos, no adelantaba cuanto era necesario para decidir la jornada por el obstinado y por fin estéril combate del cerro del Hostalet. Hallábase, pues, Zayas á vanguardia de Puzol y en esa especie de espectativa, aunque siempre amenazando á la izquierda francesa con su fuego y sus maniobras, cuando Habert recibió la orden de **La de Zayas.**

atacar con el vigor que correspondía á las ventajas conseguidas momentos antes en el resto de la línea. Aunque solo ante todo el ejército francés, Zayas, ya que no en vencer, pues que eso era imposible, se empeñó en conservar el honor de su división, de tan gloriosa historia, y el suyo propio, por todos reconocido desde los principios de la guerra; retirándose con el mayor orden al Puig, estancia todavía de su general en jefe (1). Y lo consiguió con efecto y lo hubiera logrado sin pérdidas, también, sensibles si á la altura de Puzol el batallón de Guardias Walonas, que formaba parte de su fuerza, internándose en el pueblo y acosado de cerca por los enemigos, no hubiera creído, para su mejor defensa, deber ocupar las casas; error, disculpable quizás en su situación, pero que produjo, con el aislamiento en que quedaba, su pérdida total (2). Mas para entonces acudían del centro de la línea varios cuerpos franceses, ya vencedores allí, trabándose un combate nuevo que, según la expresión de un testigo presencial, parecía como si comenzase la batalla cuando ya había cesado en los demás puntos. Fuese porque convidara á ello la posición entre Puzol por un flanco y el mar por el otro; fuese porque, conocido el error de los Walones, se les quisiera facilitar su evasión del pueblo, Zayas resistió allí, y con acierto y fortuna en los primeros momentos, el ímpetu de los regimientos de Habert que se proponían acabar con la única divi-

(1) «Zayas, dice Suchet en sus Memorias, quoique isolé par la retraite de Lardizával, soutint un combat opiniâtre dans lequel nous perdîmes beaucoup de monde.»

(2) Tuvo que rendirse atacado allí por el general Montmarie con tres regimientos de infantería y varios dragones.



sión española todavía formada en toda la línea. Nuestras tropas, especialmente la Patria, Toledo y la Legión extranjera, hicieron inútiles los esfuerzos de las de Habert, hasta que, como acabamos de decir, tomaron parte en aquella lucha, tan honrosa para la división Zayas, los demás cuerpos franceses é italianos más próximos, atentos á acabar cumplidamente la victoria (1). Zayas llegó al Puig; pero aun encontrando allí la reserva del brigadier Velasco con la artillería emplazada en la cumbre atacado de todas partes, hubo de continuar la retirada, conservando, empero, sus tropas el mayor orden y el espíritu que es de suponer con tal hazaña como la ejecutada en tan difíciles y angustiosas circunstancias. Y esa conducta de Zayas y de su gente debió resultar utilísima, puede decirse que salvadora, para el ejército español; pues que, al amontonar Suchet tantas fuerzas sobre Puzol y el Puig y ver cómo resistían las nuestras, hubo de abandonar en no pequeña parte la persecución en su centro y derecha, limitándola al alcance de la ribera del Caraixet, con lo que

---

(1) Dice Vacani: «La división Habert había entretanto reavivado el combate en Puzol; así que parecía como si empezase la batalla cuando ya cesaba en los demás puntos.»

Y prosigue: «Los regimientos la Patria y Toledo, los guardias Walones, los cazadores de Danvis (Downie? No estaba allí su legión) y la legión extranjera hicieron nulos por largo tiempo los esfuerzos del 5.º regimiento ligero y los regimientos de línea 16.º y 17.º, mandados por el coronel Gudín y el general Montmarie; pero mientras no cesaban éstos, el centro avanzaba y los batallones italianos se unían en la Cartuja con los dragones franceses amenazando al mismo Blake en el Puig, el general se vió obligado á ceder terreno y á retirarse de Puzol á la playa, á la que fué echado por el 5.º regimiento ligero y el 16.º de línea y de allí asaltado en sus flancos por los dragones que le obligaron á seguir algo desordenadamente la retirada con la pérdida de 800 hombres de la retaguardia.» No eran tantos los walones.

Lardizábal, O'Donnell y Mahy, pudieron retirarse sin más cuidado que el de haber de resistir á la caballería enemiga que en completa dispersión iba por toda la llanura matando fugitivos ó haciéndolos prisioneros. Se ha disculpado la parsimonia de Suchet al no proseguir su triunfo hasta las puertas de Valencia con la necesidad de reunir su ejército y darle descanso de la marcha y fatiga de tal jornada, de recoger los heridos, municionar las tropas y racionarlas; pero, sea de ello lo que se quiera, lo cierto es que, al establecerlas en Bétera, Albalat y Masamagrell, dió tiempo y holgura para que aquellos generales pudieran acogerse á la derecha del Guadalaviar en estado, bien que de todos modos deplorable, hábil, sin embargo, para reunirse y organizarse en defensa de Valencia.

Nueva situación del ejército español.

El general Blake se estableció en la ciudad, cuyo gobierno confió á su segundo D. Carlos O'Donnell con las divisiones Zayas y Lardizábal. Ya hemos dicho á donde se dirigieron Mahy, Villacampa, Miranda y Obispo; fuerzas, estas últimas, que por orden del 27 quedaron al mando del primero de estos generales, el cual pasó también á Rivarroja, amenazada por las avanzadas francesas, y, por fin, el 28, á Manises y Quarte, todo lo más cerca posible á Valencia pero sin entrar en la ciudad.

He aquí el primer resultado, el más inmediato, de la batalla del 25 de octubre de 1811 á los pies, cabe decir, de la fortaleza de Sagunto, celebérrimo nombre, uno de los más gloriosos en la historia española, nombre también que recibió ahora la infausta rota que acabamos de describir.

Bajas en

Nuestro ejército de Valencia perdió en aquel día, se-

gún los partes y datos de origen español, sobre 800 hombres muertos ó heridos y muy cerca de 4.000 prisioneros con 12 piezas de artillería: el francés, unos 800 de los primeros. Suchet no presenta la misma cifra en sus Memorias. Por su cuenta, son 128 los muertos y 596 los heridos en su ejército; unos 1.000 del nuestro los puestos fuera de combate, 4.681 los prisioneros, 4 banderas y 12 piezas. La mayor pérdida, con ser grande la que acabamos de recordar, consistió en la de las fundadas esperanzas con que nuestras tropas rompieron el fuego aquella mañana y se adelantaron hacia el enemigo, creyendo vencerlo inmediatamente y obligarle á alejarse para siempre de Valencia y su reino. ambos ejércitos.

Pero las consecuencias debían ser mucho más sensibles y transcendentales que en las que en cualquiera otra ocasión podría ofrecer la pérdida de una batalla cual tantas como se habían reñido en aquella guerra: el desánimo que introdujo en nuestras filas un tan inesperado fracaso y, más todavía, la pérdida total de la confianza que el Gobierno y la Nación tenía depositada en los talentos militares y la experiencia del general Blake (1). De allí en adelante no era fácil que los habitantes de Valencia mostraran la braveza y abnega- Resultas.

(1) El conde de Toreno dice con este motivo del general Blake: «Hábil general la víspera de la batalla, embarazóse, según costumbre, al tiempo de la ejecución, y le faltó presteza para acudir á donde convenía, y para variar ó modificar en el campo lo que había de antemano dispuesto ó trazado. También le desfavorecía la tibieza de su condición. Aficiónase el soldado al jefe que, al paso que es severo, goza de virtud comunicable. Blake de ordinario vivía separadamente, y como alejado de los suyos.»

ción que hicieron su gloria en los sitios anteriores de su ciudad, ni que las tropas llamadas á la defensa continuaran batiéndose con la resolución que antes les inspirarían su espíritu de siempre y el generoso empeño de salvar á sus camaradas de Sagunto, que tal ejemplo de heroismo estaban dando á su vista y llamándolas en su socorro desde los flacos y derruídos muros en que por tantos días habían detenido al poderoso ejército de sus enemigos. Ese empeño había resultado ineficaz y la misión que se les confiara quedaba incumplida.

¿Qué esperanza restaría, pues, al sufrido y valeroso presidio de Sagunto, espectador de tan terrible y, al parecer, decisivo revés?

Rendición de Sagunto.

Bien y pronto lo supo aprovechar en esa parte el mariscal Suchet enviando al gobernador de aquella fortaleza un mensaje con el anuncio de la derrota del ejército español y proponiéndole la rendición para después de que uno de los oficiales de la guarnición pudiera penetrarse de las proporciones de su victoria por el número y la calidad de los prisioneros con quienes se les facilitaría comunicar. Andriani hizo que el capitán de artillería D. Joaquín de Miguel bajase al campo francés, donde vió al general Caro y al brigadier Loy, así como á otros oficiales, á la tropa y toda clase de trofeos, piezas y banderas, de los cogidos en la batalla. De vuelta de Miguel á la fortaleza, Andriani reunió en su alojamiento á los jefes de la guarnición; y después de una larga conferencia, negándose allí todos á asumir el mando ni queriendo subalterno alguno, al ser luego consultados, aceptarlo para continuar la defensa, se decidió á capitular con condiciones, en sentir suyo, honrosas.

Así explica Andriani su resolución: «Reuní entonces á los gefes en mi habitación; les enteré del relato del capitán de Miguel y de la intimación del enemigo; presente se tuvo en cuanto á víveres que las aluvias y galleta se habían concluído; harina existía para siete días; arroz, aceite y bacalao para algunos más, pero el último averiado; que si bien abundasen todos los artículos no podían reponer las fuerzas del soldado, gastadas con tanta fatiga como le abrumó desde el día de la embestida sin intermisión por falta de sueño, natural preciso reparo, quedando sin acción para rechazar el asalto general, que necesariamente diera de nuevo el enemigo; así que salvar las vidas con honor de las armas era más ventajoso y airoso que salvarlas humillado, ó ser pasados todos inútilmente por el filo de la espada. Les dije: *Estoy satisfecho de haber llenado mi deber; pero antes de capitular quiero saber si hay alguno que se sienta animado á prolongar la defensa, porque si le hay, ha de entender que en el momento le reconoceré por gobernador de Sagunto, le obedeceré y cumpliré como subalterno las órdenes que me dé.* Ninguno aceptó la oferta. Reuní en seguida dos capitanes por batallón para igual objeto, y á fin de que enterasen de él á los de su clase; no pudiendo los subalternos separarse de sus puntos, comisioné á los jefes para que les hicieran sabedores de la proposición; tampoco hubo quien aceptase. Bien sabía yo que la capitulación propuesta, lejos de tiznar el honor de nuestras armas, era tan ventajosa como no podíamos esperar en nuestra extremidad; de haberla conocido el sitiador exigiera nos rindiésemos á discreción. Sin embargo no la acepté, y contesté con ardid tenía medios para defenderme, y por tanto si



había de evacuar el fuerte sería á condición de salir para incorporarnos á nuestro ejército; pero se negó y fué preciso capitular.»

Consideraciones.

No cabe insertar en la descripción del sitio del castillo de Sagunto, si ha de ser propia de la presente obra, los varios documentos manuscritos é impresos que el brigadier Andriani ofreció á la atención del consejo de guerra, que él mismo solicitara, y al estudio también y juicio del público en general. Son tantos, sin embargo, y algunos de tal interés que, de escribirse una monografía sobre el tan discutido asedio, sería difícil justificar los cargos asaz severos que más de un historiador le ha dirigido. La rendición de Badajoz y las de Lérida y Tortosa habían producido en la opinión un disgusto y tal enojo, que transcendidos á las Cortes, dieron lugar á las discusiones de que hicimos memoria en el tomo IX, al entregarse á los franceses la primera de aquellas plazas. De ahí la orden á que obedecía Andriani en su consulta á los jefes y oficiales de la guarnición, tan acorde con el espíritu de las Ordenanzas militares. Esa orden, que lleva la fecha de 13 de abril de 1811, dispone que «si no obstante en el caso de apuro é intimación de alguna plaza ó puesto fortificado, el gobernador tratare de capitular por sí sólo, ó se celebrase Consejo de guerra, opinando el mayor número de los vocales por capitulación, y se adhiriese á su parecer el gobernador ó comandante, tome en el acto el mando el oficial de mayor carácter que vote por la defensa en cualquiera estado en que se halle». Prescribe después la mencionada disposición la consulta á las clases subalternas en una forma casi igual á la usada por Andriani al discutir la rendición del castillo de

Sagunto. De modo que, por esa parte, no es fácil dirigirle cargos que no queden contestados.

Pero ¿es que pueden regularse los procedimientos del sitio de una plaza de guerra por leyes generales, siendo tantos y tan variados los casos en que se pueda hallar al intimarse la rendición á su gobernador? El estado de las fortificaciones y su armamento; el de los víveres que resten y, sobre todo, el espíritu de las tropas que la guarnezcan; las circunstancias que atraviese la Nación y las fuerzas con que ésta cuente para acudir en socorro de los sitiados; la satisfacción, por fin, del honor impuesto á todo el que asuma la responsabilidad de las armas en ocasión tan solemne, son otros tantos datos como exigen, lo mismo que el estudio de tan múltiples motivos, el juicio de los que á ese examen han de añadir la severa imparcialidad de un tribunal ó del historiador. El tribunal absolvió al general Andriani que pidió, según ya hemos dicho, su enjuiciamiento y sentencia, pero halló un historiador que le condenara en libro que ha obtenido suma popularidad en España y en el mundo literario entero. «Es injusto, ha dicho un sabio general, nada escrupuloso en sus severidades, atribuir á la voz CAPITULACIÓN ese sentido dudoso que tiene entre el vulgo, y es arriesgado, por otra parte, penetrar en el laberinto casuístico de los ASALTOS que hayan de sufrirse ó de la *magnitud de la brecha* que cubra la RESPONSABILIDAD y el HONOR. Nada sobre este punto puede, ni debe formularse en la opinión ni mucho menos en la ORDENANZA. DEFENSAS y RENDICIONES gloriosas ha habido con el MURO INTACTO: al paso que grandes BRECHAS, accesibles á escuadrones en batalla, no han logrado disipar dudas en



la OPINIÓN PÚBLICA, á pesar del fallo absolutorio del CONSEJO DE GUERRA. La ORDENAZA inculca, como debe, la resolución y la entereza; pero cuando impone su terrible precepto lo hace en la forma severa del art. 24, (21), tít. 17, trat. 2.—El oficial que tuviese orden de conservar su puesto á todo coste *lo hará*. Esta es la ley» (1).

Estas últimas frases encierran la doctrina militar más exigente en la defensa de un punto, fortificado ó nó, en la de una plaza de armas, principalmente, en condiciones, sin embargo, excepcionales, la de ese precepto terminantemente expreso, y la de importar en tal grado el mantenimiento de la fortaleza por días y hasta por horas, quizá, que deban sacrificársele tantas existencias cuantas, pocas ó muchas, se encierren en ella.

Si aquélla es la ley, este es el problema en cada caso; y este problema es el planteado en los procedimientos que dicta el arte polémico y sirven para instruir el proceso de la defensa de toda plaza de guerra entregada al enemigo. Si Zaragoza y Gerona obtuvieron la inmortalidad de su nombre para los que lograron mantener y dirigir los sitios de 1808 y 1809, comparables tan sólo con los tan celebrados de Sagunto y Numancia, no fué porque obedeciesen unos y otros de sus héroes á precepto reglamentario impuéstoles por ley alguna, sino por arranques de patriotismo por nadie superados, por un orgullo de raza puede decirse que heredado, por un espíritu de honor militar, ni sujeto á leyes ni inspirado por otras ambiciones que la

(1) El general D. José Almirante en su DICCIONARIO MILITAR.



del triunfo del valor y la constancia sobre la fuerza y la fortuna.

Acabamos de decirlo: un día, una hora á veces, bastan para que pueda lograrse la liberación de una plaza, reducida momentos antes á la mayor extremidad. Ese mismo general Blake vencido en Sagunto, hubo de abandonar el pensamiento de socorrer á Gerona, y no por eso cejó D. Mariano Alvarez en el de mantener aquellos muros, por tantas partes abiertos y en cuyo recinto imperaban el hambre, la peste y el incendio. Esos azotes también afligían á los defensores de Zaragoza; y fué preciso que Palafox, como Alvarez después, cayeran postrados por el contagio para que una capitulación, por ninguno de los dos firmada, hiciera al enemigo dueño de la ciudad del Ebro y luego de la del Ter.

No acusaremos, como lo ha hecho alguno, á Andriani por no haber seguido esos ejemplos excepcionales, tan extraordinarios que ha habido quien atribuyera, el uno al menos, á esperanza del favor divino, á verdaderos milagros, raramente concedidos en tales casos.

La primera parte del sitio del castillo de Sagunto constituye una gloria indiscutible para aquel valeroso presidio y su inteligente gobernador. Es seguro que, de haberse retrasado el intento del socorro ofrecido, no se hubiera entregado aquella fortaleza por el tiempo que durase en sus defensores la esperanza de su liberación por el ejército español que tenían á la vista, ó por el que durasen los víveres que aún conservaban. Pero con el espectáculo que presenciaron el día 25 del vencimiento de sus compatriotas y la certeza de las noticias que con su intimación para rendirse les comunicó

el mariscal Suchet, se desvaneció esa esperanza y decayó el ánimo para resistir por más tiempo; y eso con tal conformidad en todos que, según expone su gobernador en el escrito que acabamos de transcribir, no hubo un solo oficial que se resolviese á asumir la gloriosa responsabilidad de continuar la defensa.

La capitulación.

¿Qué hemos de decir de la capitulación aceptada y tenida como honrosa por el brigadier Andriani? Si por las condiciones que en ellas se imponen, hubiera de calcularse, hay que convenir en que no pueden ser más suaves y hasta benévolas. Pero ¿es que no honran más las duras y aun crueles á que hubieron de someterse los defensores de otras plazas españolas que llevaron su resistencia hasta límites muy remotos de los que alcanzó la de Sagunto en 1811? Cuando se estudian y comparan las capitulaciones de Zaragoza y Gerona, ejemplos que la Historia sacará siempre á plaza en tales casos como el presente, se halla no poca conformidad en sus cláusulas con las que se fijaron en la de Sagunto. Y sin embargo ¡qué diferencia en los motivos que pudieron aconsejarlas! (1)

No hay para qué recordarlos, siendo tan conocidos los que arrancaron á Lannes y á Augereau las conce-

(1) He aquí la Capitulación de Sagunto:

«Art. 1.º—La guarnición saldrá por la brecha, prisionera de guerra, con los honores de la guerra desfilando con armas y bagages, y depositará las armas fuera del castillo.»

«Art. 2.º—Los oficiales conservarán sus armas, equipajes y caballos, y los soldados sus mochilas.»

«Art. 3.º—Los que no sean de armas tomar serán libres y podrán al instante volver á sus casas.»

«Art. 4.º—Dos compañías de granaderos franceses ocuparán inmediatamente después de la firma de los presentes artículos, la una la puerta del castillo, y la otra el fuerte de San Fernando.»

«Art. 5.º—Algunos oficiales de artillería, ingenieros y co-

siones hechas á los defensores de aquellas dos ciudades, citadas en primer lugar, pocos ya, agotados por el hambre y la peste, con sus heróicos é irreducibles jefes privados de fuerza y hasta de conocimiento, pero imponiendo todavía por su fiera actitud y anteriores y extraordinarias hazañas. Los motivos que principalmente movieron á Suchet para otorgar tales condiciones á la guarnición del castillo de Sagunto, serían la priesa que tenía *por asegurarse de una posición que llegaría á ser un punto de apoyo útil para el ejército de su mando*, y el temor, que manifiesta en sus Memorias, de que «todo el arte de los ataques, todo el valor de las tropas podían fracasar aún, y de que aquel difícil sitio no hubiera tenido quizás término sino por el cansancio de la guarnición y la falta de víveres, sin el resultado de la batalla de Sagunto.»

La capitulación fué, con efecto, observada en todas sus partes, aunque no sin que, para aminorar el mérito de la defensa, no trataran luego los franceses de ponderar sus trabajos para hacer más fácil la ejecución. Que nuestros compatriotas salieron por la brecha, dicen los cronistas enemigos, haciéndola practicable los zapadores de Suchet (1).

---

misarios de guerra franceses y españoles harán constar inmediatamente por testimonio de procesos verbales el estado de armamento y los almacenes.»

«Art. 6.º—Los enfermos y heridos quedan bajo la protección de la generosidad francesa.»

«Art. 7.º—Si se suscitase alguna duda en razón de los presentes artículos, se interpretará á favor de la guarnición.—Siguen las firmas de los plenipotenciarios de uno y otro campo, y su aprobación por Andriani y Suchet.»

«Esta capitulación, dice Andriani, fué observada religiosamente.»

(1) El Mariscal consigna en sus Memorias que «á las nueve de la noche y á la luz de la luna, salió la guarnición prisionera

Quedaron prisioneros de guerra 139 oficiales y 2.433 individuos de las clases de tropa, de los que 174 de unos y otros grados se hallaban en los hospitales del fuerte. Con ese número y el de 4.639 á que había ascendido el de los prisioneros de la batalla del día 25, se reunieron en el campo francés de Murviedro 7.211 que partieron inmediatamente para Francia en tres columnas, escoltadas por suficiente fuerza para evitar en lo posible las deserciones que Suchet sabía por experiencia eran tan frecuentes entre los prisioneros españoles.

Así terminó el sitio de Sagunto, sobre el que tantas opiniones se han emitido en las crónicas de aquel tiempo y en los escritos históricos posteriores á un suceso que no sabemos por qué llamó más la atención, si por la importancia militar de la fortaleza ó por las esperanzas que inspiró la resistencia de su presidio, no tan sólo notable sino heróica y feliz hasta la pérdida de la batalla reñida con el objeto de sacarlo á salvo del ya inminente peligro que corría (1).

---

de guerra y que, como se había estipulado, desfiló por la brecha, que aún ofrecía tan difícil acceso que los zapadores franceses tuvieron que practicar una rampa para que pudieran bajar los españoles. No recuerda Suchet que en una página antes había escrito que «su artillería había agrandado la brecha y el 26 por la mañana, la torre y los dos flancos que la defendían, ofrecían un ancho paso por el que muchos hombres de frente hubieran podido subir al asalto.»

En el diario de Rogniat se decía: «El 26 la brecha era practicable en la torre y en los flancos sobre 20 hombres de frente y nos hallábamos bien establecidos al pie.» A eso objeta Andriani en la Memoria que presentó al Rey en marzo de 1816: «Entiéndase la del frente de la batería del 2 de Mayo, la de su flanco derecho lo era en toda su extensión y la del izquierdo muy considerable.» Belmas no hace sino copiar á Suchet.

(1) Para la mejor inteligencia de ese tan ruidoso suceso, debe leerse la parte de la representación de Andriani última-



El mariscal Suchet, aun con el nuevo y sólido apoyo que acababa de obtener en la fortaleza de Sagunto para su empresa contra Valencia, comprendía la necesidad de refuerzos considerables si había de llevarla á cabo con la rapidez y el éxito á que aspiraba. Y si antes de la batalla y de la rendición subsiguiente de Sagunto los había ya solicitado, hubo después de insistir en su petición con más fuerza aún, haciendo ver la ventaja de aprovechar las ya conseguidas para terminar felizmente la misión militar que se le había encomendado. Aun cuando Napoleón estaba decidido á apoyar las operaciones de Suchet, penetrado de la razón con que se solicitaban de él refuerzos para un ejército que cada día los iría necesitando más numerosos según iba separándose de su base de operaciones y aumentando, con sus conquistas, la necesidad de asegurarlas con más y más destacamentos, no era fácil los hiciese llegar tan inmediatamente como convenía al Mariscal para sacar el fruto que era de esperar de sus recientes triunfos. Y con efecto, las órdenes del Emperador organizando la salida de esos refuerzos de las filas de los ejércitos que operaban en España, llevan la fecha del 19 de noviembre en que se disponía que Marmont, si Valencia no se había rendido aún, enviase 6.000 hombres que, reunidos con los que tuviera disponibles el ejército del Centro, marchasen en socorro de Suchet; indicándole que, una vez conquistada Valencia, quedarían disponibles fuerzas considerables con que él podría emprender sus operaciones en

Suchet pide nuevos refuerzos.

mente citada á que puso el epígrafe de «Motivos que tuvo el gobernador para capitular.»

La reproducimos íntegra en el apéndice núm. 8

grande escala. Señalábale al mismo tiempo el plan de campaña que para entonces podría convenir en Alemtejo; pero insistiendo en que por el pronto *lo importante era la toma de Valencia*. Cuatro veces repetía esa última frase; al dirigirse á Suchet y á Marmont, al rey José recomendándole reforzase el destacamento del segundo de aquellos generales, y á Reille mandándole que enviara la división Severoli á Suchet y que él se situase con la suya en Aragón para también apoyar al Mariscal. A todos les hacía decir que el objeto más importante en aquellas circunstancias era el de *tomar á Valencia*.

Posiciones que ocupa. A tal punto comprendía Suchet esa importancia que no quiso detenerse en Murviedro á esperar los refuerzos que se le ofrecieron, pero cuya acción no podría hacerse eficaz hasta el mes de diciembre en que llegarían á su campo. Y á los pocos días de la rendición de Sagunto se ponía en marcha para establecerse en la orilla izquierda del Guadalaviar, amenazando ya de cerca á Valencia, en cuyo recinto y sus inmediaciones se hallaba reunido el ejército del general Blake.

Ya hemos expuesto cuáles eran los puestos á que se habían retirado las distintas divisiones que lo componían, en los que muy pronto se vieron hostilizadas las que quedaron fuera del recinto de Valencia. Aun antes de resolver la marcha general de su ejército, la cual se inició el 3 de noviembre, el mariscal Suchet destacó de sus avanzadas algunas fuerzas de infantería y caballería á la margen misma del Turia, más, naturalmente, para reconocer la situación de nuestras tropas, que para trabar con ellas combate formal ninguno. Así es que las descubiertas y grandes guardias

españolas, situadas en el camino de Bétera, más cerca después, en los de Burjasot y Paterna, y hasta frente, por fin, á Rivarroja, Manises, Quarte y Mislata, sin dejar un momento de observar los movimientos de los franceses, hubieron de reñir á veces con ellos escaramuzas que, aun no ocasionando más bajas importantes en nuestras filas que la del coronel O'Ronan, herido, exigieron la ruptura de algunos puentes y la concentración de varias piezas de artillería en los pasos más practicables del río que separaba ambos campos. Unos ochenta coraceros lo cruzaron, sin embargo, por vado próximo á Rivarroja, retirándose al poco tiempo pero produciendo el efecto de que la división Obispo se acercase más á la de Villacampa y la caballería que se mantenían junto á la ermita de San Onofre ó á su retaguardia, para no dejar en la línea, aun siendo de unas tres leguas, claro por donde pudiera penetrar el enemigo y cortarla. Porque es de advertir que así como la tropa de Villacampa inspiraba la mayor confianza por su valor y disciplina, la de Obispo, por ser nueva, dejaba algo que desear. Ya tuvo el general Blake intenciones de refundirla en las demás, dando otro destino á Obispo; pero el temor á la deserción de los aragoneses que con él servían, le hizo desistir de tal proyecto (1). Lo mismo que á Obispo trató Blake de separar de aquel ejército al conde del Montijo, jefe de la 1.ª de las divisiones de Mahy, destinándole, como al fin lo hizo, al mando de las de Durán y El Empe-

(1) Escribía Blake el 5 á Mahy: «La división de Obispo tiene gente nueva; pero yo no veo dónde hemos de ir á buscar esos veteranos que necesitamos: Obispo mismo tiene sus tachas de achaques y años, pero es hombre honrado, trabajador y bizarro.»

cinado con los resultados que ya hemos hecho ver á nuestros lectores en este mismo capítulo.

De manera que mientras debían dirigirse á reforzar el ejército de Suchet tropas de Reille, de Marmont, del rey José y aun de Soult, que destacaría una fuerte columna sobre Murcia para detener á las españolas que Mahy tenía en aquella provincia, el del general Blake iba á reducirse en su número no encontrando donde reforzarse, así como en su moral con la separación de unos generales que, si no merecían confianza á su jefe, conservaban todavía la de sus subordinados (2).

Ya para entonces, para los días en que se cruzaban esas comunicaciones, reveladoras del estado de

(2) Ni dejó Blake de andar aquellos días en dimes y diretes con Mahy sobre asuntos del servicio, y más aún sobre víveres y vestuario. Por cierto que, al sincerarse Mahy de algún concepto de su correspondencia del que se lamentaba su jefe, le pone de manifiesto una observación tristísima que ya había hecho del estado de ánimo en que se encontraban los habitantes de las cercanías de Valencia. Pensando en el vado de Mislata, le dice: «Yo creo que no tratarán (los franceses) de forzar este punto porque debería costarles mucha gente sin contar la que deben calcular que les costaría el paso por toda la huerta por bien que les saliese la idea; y me persuado que quando tengan combinada su operación, tratarán de interponerse entre esa plaza y esta posición, por punto que les será designado por las gentes del País, como debo inferirlo de estar viendo que ni se encuentra un paisano que se encargue de comisión alguna, ni ha habido un solo natural de este Reyno y partido que me haya dado el menor aviso de lo que hacen los enemigos, antes bien estoy viendo muchos hombres y mujeres en los campamentos de ellos.

Triste es decirlo; pero es lo cierto que el pueblo valenciano reveló después de la batalla de Sagunto una falta de patriotismo ó una indiferencia por los destinos del país, tan lamentables como extraños. Blake en oficio de 7 de noviembre, decía á Mahy: «No hallando por ahora confidentes que se encarguen de adquirir noticias, con motivo de la consternación del país, será muy conveniente que se empleen algunas partidas de infantería y caballería, particularmente de esta última arma,



disparidad que no tardarían en encontrarse las fuerzas de uno y otro ejército, se hallaba el francés establecido á la inmediación de Valencia y escogiendo los puntos por donde sería más conveniente y eficaz el ataque de sus fuertes exteriores. El mismo día 3 en que se inició el movimiento de avance, la división Habert se apoderaba del barrio de Serranos y se extendía hasta El Grao, la de Harispe se situaba en Paterna y la brigada de reserva, la división Palombini y la caballería se acantonaban en los pueblos inmediatos formando la segunda línea de su campo.

Los franceses, principalmente Suchet, Belmas y Thiers ponderan la inferioridad numérica de su ejército en el cerco de Valencia, así como las excelencias del nuestro que suponen muy reforzado por el general Freire, procedente de Murcia, y dicen reunir las mejores tropas que quedaban á España; pero bien se ha visto cuál era el espíritu de unas y otras fuerzas, cuáles las proporciones de los refuerzos que debían llegarles y la diferencia en la dirección que las movía para sus operaciones. No llevaba nuestro ejército otra ventaja sobre el francés por el momento, en la fecha en que éste emprendió el sitio de Valencia, que la que podía ofrecerle su situación defensiva en la que los españoles habían mostrado cualidades extraordinarias, especialmente en aquella guerra (1).

---

mandadas por buenos oficiales ó sargentos que pasando el rio por Villaroja ú otros puntos, reconozcan las posiciones de los enemigos, y adquieran noticias exactas de su fuerza y agitación, objeto que es de la mayor importancia.»

(1) En aquella misma ocasión reconocen los franceses que nuestros compatriotas habían disputado la ocupación del barrio de Serranos, defendiéndolo palmo á palmo (*pied à pied* dice Belmas copiando á Suchet).

Valencia y su posición militar.

La posición de Valencia, tal como se hallaba fortificada en los días del sitio de 1811 á 12, era verdaderamente respetable como base y reducto para la defensa general de aquel reino. Situada la ciudad en la orilla misma de un río que podía servir así como de foso á la posición general, extendida agua arriba hasta Manises y Rivarroja, y hasta el mar por el lado opuesto, constituía el centro de un gran campo atrincherado, si exigiendo fuerzas considerables para su defensa, muchas más para su ataque. Además de un recinto con su foso, si formado de muros medioevales, dispuesto con obras nuevas para resistir en su parte más expuesta á la acción de las armas enemigas, el fuego de la artillería, hallábase rodeada de un fuerte atrincheramiento abrazando los barrios de Ruzafa, San Vicente y Quarte, hecho de tierra pero provisto de baluartes, redientes y llaves, línea atenazada con ancho foso y bien trazado flanqueo. De los cincos puentes por donde se cruzaba el río, se habían cortado dos y los demás se cubrieron con fuertes *cabezas* que impedían el acceso á la orilla opuesta, y los conventos y edificios más robustos del exterior se habían también fortificado lo necesario para resistir un ataque imprevisto ó á viva fuerza. Por su izquierda, esto es, remontando el Guadalaviar, la línea toda desde la ciudad á Manises, guarnecida por las divisiones puestas al mando del general Mahy, se hallaba cubierta de trincheras y alguna batería, especialmente la posisición de San Onofre, centro de la defensa exterior por aquella línea que iba hasta los pueblos de Rivarroja y Villamarchante, también observados para evitar el flanqueo. Por la derecha, terminado el atrincheramiento que acabamos

de citar en Monte-Olivete, su extremidad meridional y tocando al río, seguía defendido por guerrilleros y algunas lanchas cañoneras el curso de las aguas hasta el mar, á cubierto aquéllos, de un simple parapeto de tierra que terminaba en el lazareto, con un reducto situado en la desembocadura frente á El Grao, donde está el puerto ya en la orilla opuesta. Tal estaba la ciudad de Valencia con sus 60.000 habitantes, algunos armados y formando parte, no pequeña, de la guarnición, cuyo núcleo constituían la división Miranda, la artillería y los ingenieros del ejército. De las demás divisiones, las de Obispo y Villacampa, según llevamos indicado, estaban en Manises y San Onofre con la caballería en Aldaya y Torrente; en Quarte, la del brigadier Creagh; en Mislata la de Zayas, y ya tocando á Valencia, la de Lardizábal. El total de todas esas fuerzas no pasaba de unos 22.000 hombres de todas armas.

Primeras operaciones de sitio.

Ya dijimos que Habert se había apoderado el día 3 del barrio de Serranos, situado en la orilla izquierda del Guadalaviar, y extendídose hasta El Grao. Con tener Suchet el barrio no conseguía nada si no ocupaba el convento de Santa Clara, vasto y robusto edificio dominándolo y cubriendo el puente que á su pie da paso á la ciudad. Inmediatamente, pues, la división francesa intentó la conquista de tan importante puesto; pero más obstinada aún que la resistencia del barrio, ocupado, según se ha dicho, palmo á palmo, fué la que allí le opusieron nuestras tropas que no evacuaron la santa fábrica hasta saber que estaba minada y pronta á derrumbarse (1).

(1) Suchet y los que le siguen en la letra de sus Memorias, suponen que el convento de Santa Clara fué tomado haciendo



La escasez de tropas obligó á Suchet á no emprender por el pronto operación ninguna decisiva contra Valencia, sino, por el contrario, á fortificarse en su campo formando frente á la ciudad una línea de contravalación que impidiera las salidas y abrigando sus flancos y retaguardia de los ataques que las divisiones de Mahy pudieran intentar río arriba hasta Manises como de los que las guerrillas ejecutaran para interceptar su comunicación con Murviedro y, de consiguiente, con su base general de operaciones por los caminos de Aragón y Cataluña. Así es que mientras por la parte de El Grao comenzó la construcción de tres fuertes, unidos por talas entre sí y con las trincheras que también levantó en la orilla del Turia, y en tanto que fortificaba los conventos y las casas del barrio de Serranos para dominar el curso del río en derredor del recinto murado de la ciudad, procuró, aunque al principio en vano, apoderarse de la aldea del Campanar, uno de los pocos puntos de la margen izquierda que aún conservaban los nuestros en su poder. La tarea, con todo, en que Suchet ponía mayor empeño fué la de completar el tren de sitio, haciendo llevar de Tortosa el completo de las piezas que habían servido en Sagunto hasta el número de 60 de las que 36 eran cañones de los calibres mayores y 24 morteros ú obuses con 200 proyectiles cada uno en sus depósitos de municiones.

«El ejército, dice Belmas, permaneció así en obser-

---

brecha, minada y asaltada inmediatamente por la tropa de Habert. Ni Thiers, por un lado, ni Napier, por el suyo, dicen lo que Suchet; y por eso nos hemos atenido á la versión de todos los historiadores españoles.



vación durante dos meses en la orilla izquierda del Guadalaviar.»

¡A cuantas reflexiones puede dar lugar la consideración de tan largo período de inacción por parte del ejército francés en aquel sitio! Dábase tiempo con eso al nuestro para completar y perfeccionar la serie de fortificaciones, ideadas ó establecidas para la defensa dentro y fuera de la ciudad, y tiempo también para llamar á sí y organizar é instruir refuerzos que podrían llegarle de Murcia, donde continuaban tropas del tercer ejército, de Aragón, en que tan bizarramente combatían las de Durán y El Empecinado, libres de todo impedimento en sus iniciativas, y de la provincia misma si con habilidad se sabían atraer para emplearlos en observar y hostilizar incesantemente á los sitiadores en sus puestos y comunicaciones. Ya dispuso Blake la incorporación de parte de las tropas de Murcia á las órdenes del general Freyre, pero destinándolas á operaciones que luego veremos resultaron ineficaces; y procuró, enviando al Conde del Montijo á Aragón y Castilla, una diversión sobre aquel reino para entretener en él á Severoli y Reille, pero abandonando los recursos que no podría menos de ofrecerle la forzosa inacción á que se vió condenado Suchet cerca de dos meses. Y es que lo que él deseaba era impracticable, desde la batalla de Sagunto principalmente. Su repugnancia, ya la hemos hecho ver, por las fuerzas no militarmente organizadas ni sujetas á la rigurosa disciplina de los ejércitos regulares, le hacía no valerse suficientemente de ellas ni aún como auxiliares de sus operaciones; y los sitiadores de Valencia gozaban en su campo de una tranquilidad, de otro modo, imposible. Si tenía lugar



algún choque en los puestos avanzados es que era provocado por los franceses para mejorar su posición ó para impedir cualquier tentativa de los españoles dirigida á reconocer los progresos que ellos hicieran en sus trabajos, en los que no cesaban con el objeto de preparar los necesarios para cuando llegasen los refuerzos que esperaban.

Los franceses, por ejemplo, se habían establecido en una casa cerca del río y á un tiro de fusil frente á la posición del general Mahy en Quarte, desde la que podían flanquear nuestras primeras defensas. Mahy propuso batirla con artillería ya que el procurar incendiarla con camisas embreadas ú otros artificios podría provocar una acción no conveniente; y el 7 de noviembre, con efecto, fué destruída, á la vez que fueron quemados los cañaverales que ocultaban á los escuchas franceses junto al Turia y en la acequia próxima de Mestalla. Así y derramando por su frente y flanco izquierdo avanzadas y grandes guardias para reconocer el campo y tener noticias exactas de los movimientos del enemigo, ya pasando sus descubiertas el río hacia Rivarroja ó enviándolas á Liria, pudo el general Mahy seguir fortificando más y más su línea, como Blake procurando restablecer su comunicacion con el mar en El Grao aunque no sin sufrir sensibles pérdidas.

Los refuerzos franceses.

Pero en ese plazo de inacción, súpose que el general D'Armagnac había vuelto á Cuenca, reforzado desde Madrid con tropas cuyo número se hacía ascender al de más de 4.000 hombres, y se ponía en marcha sobre Requena como para en combinación con Suchet, operar sobre nuestra izquierda. D'Armagnac, con efecto, había partido de Belmonte para ponerse en comu-

nicación con Suchet, mientras José, su soberano y general en jefe, escribía á Marmont que ocupase la Mancha, y á Treilhard que siguiera con 3.000 hombres al primero de aquellos generales quien, así, se vería á la cabeza de una fuerza respetable. En ese caso, aún creía José poder él mismo *dirigirse á Cuenca* y *acaso más lejos*, según escribía el 26 á Berthier. Tal confianza le inspiraba la expedición de D'Armagnac que, lo mismo á éste que á Suchet, les anunció el 3 de diciembre que hacía marchar á Valencia al ministro Azanza y á los señores Cervera, Ponce y Badía para que los emplease el Mariscal en el establecimiento de una buena administración para aquel reino.

A espaldas de D'Armagnac iba á establecerse en Tarancón y Huete el general Bigarré, ayudante de José, con mando independiente aunque con el encargo de prestar su apoyo á las tropas que caminaban á Valencia y asegurar su retirada si se veían obligadas á verificarla.

D'Armagnac trata de unirse á Suchet.

Si no de todas estas providencias, reservadas hasta la publicación de las Memorias del rey José, de las del Duque de Ragusa y de la correspondencia de Napoleón, tuvo el general Blake noticia de la marcha de D'Armagnac con tropas muy superiores en número á las que Mahy había batido junto á Cuenca, y se resolvió á impedir que la realizase hasta el campo francés de Valencia, oponiendo al enemigo cuantas fuerzas tuviera disponibles sin desatender la defensa del suyo. El general Bassecourt no las tenía suficientes para resistir á D'Armagnac y se retiraba á las Cabrillas para defender el paso del Cabriel. Dispuso, pues, Blake el 21 de noviembre que acudiesen allí unos 700 hombres

de la división Obispo y algunas de las milicias del país. Pero, según las noticias que se iban sucesivamente recibiendo, no bastaba aquella fuerza para resistir á las de D'Armagnac, y el 20 de noviembre se dirigía al general Freire la orden de que, dejando las precisas guarniciones en Lorca y Caravaca y los batallones destinados á la de Cartagena, marchara con los restantes de su mando y á la mayor brevedad posible, en busca de las columnas enemigas y sobre la retaguardia de D'Armagnac por Calasparra, Chinchilla, Jorquera é Iniesta. Disponíase además que se pusiera en comunicación con Bassecourt y dejara cubierta su izquierda con las tropas del coronel Martínez de San Martín, establecido en la segunda de aquellas poblaciones.

Algunas reflexiones le ofreció Mahy acerca de la marcha de Freire sobre Cuenca por el peligro de dejarse desarmada la provincia de Murcia, amenazada por los franceses de Granada; pero Blake no hallaba otro medio de contener á D'Armagnac, el cual, de otro modo, podría fácilmente acercarse á Suchet y atacar el flanco izquierdo de nuestra línea del Guadalaviar y Valencia. Y tan era así, que el 24 cruzaba el general francés las aguas del Cabriel por el puente de Vadocañas, tantas veces citado en la primera invasión de Valencia, y Bassecourt tenía que retirarse á Siete-Aguas.

El general Freire había recibido en Cehejín el 23 el oficio de Blake, y aquel mismo día se puso en marcha con una división de infantería, toda su caballería y 4 piezas de artillería, apresurándola en lo posible, tan fundado le parecía el motivo y tan terminantes eran las instrucciones que se le dirigieron.

No bastaba ni aun eso para conjurar el riesgo que amenazaba por aquel lado, y el general Blake, considerando que por mucho que Freire forzase sus marchas no llegaría á tiempo de impedir la unión de D'Armagnac con Suchet, hizo salir á Zayas con más fuerzas al campo de Bassecourt, esperanzado de que, sabedor el primero de aquellos generales de la aproximación de los nuestros, no se atrevería á esperarlos, y Zayas podría volver inmediatamente á sus puestos de Mislata, antes quizá de que los sitiadores pudieran tener noticia de su ausencia. Y, con efecto, D'Armagnac, no bien se enteró del obstáculo, para él abultadísimo, que se le oponía en su camino, y del peligro con que le amenazaba, por su retaguardia, la aproximación de Freire, que ya se le decía dirigirse resueltamente á Iniesta, retrocedió á Cuenca desistiendo, por el pronto, de su movimiento hacia Valencia. Con eso pudo Zayas volver á su campo; Bassecourt fué, aunque de lejos, en seguimiento de D'Armagnac, y Freire se estableció en Requena, tan dispuesto á resistir una nueva invasión por aquel lado como para volver á Murcia ó reunirse á su general en jefe en el Guadalaviar (1).

Tranquilo pareció quedar el general Blake con el resultado de aquella combinación bien pensada y acertadamente ejecutada para rechazar á D'Armagnac; satisfaciéndole á punto de creer que aún podría extender sus aspiraciones á la de alguna empresa que tuviera carácter de ofensiva (2). Y, sin embargo, cuan-

(1) Suchet no debió tener noticia de la expedición de Zayas puesto que no da de élla cuenta en sus Memorias.

(2) Escribía á Mahy el día 3 de diciembre: «Con el regreso

do pensaba así, el 3 de diciembre, hacía dos días que había tenido lugar en la derecha del Turia y junto á la masía de Moncada un combate que, aun cuando ventajoso al fin, puso de manifiesto que parte de nuestra caballería no se había aún recobrado del pánico del 25 del mes anterior en la llanura de Sagunto. La vanguardia que mandaba el brigadier Carbón fué atacada por fuerzas superiores de infantería y caballería, apoyadas por artillería desde el lado opuesto del río. Nuestra infantería, los tiradores de caballería que llevaba aquel jefe y los flanqueadores de Numancia rechazaron á los franceses al intentar éstos el paso de un barranco hasta hacerles luego repasar el río con graves pérdidas; pero el resto de nuestros jinetes no correspondió á la bravura de sus camaradas, y fué precisa una información, que no sabemos diera resultado, para aquilatar su conducta (1).

El general Blake podía, sí, en aquellos días de falta de actividad relativa por parte de los franceses, haber puesto en juego la acción, entonces tan acreditada, de nuestras fuerzas dispersas por la provincia de su mando como por las demás de la Península. Sin su orden, ni sin su anuencia siquiera, nuestros guerrilleros, un tal Meseguer con ellos, haciendo frecuentes correrías por Peñarroyas, Onda y aun Morella, entretenían

de Zayas, y llegada de Freire no sólo devemos estar tranquilos sino que tocamos ya en el punto de emprender algo que no puede dexar de ser feliz.»

(1) Suchet se limita á manifestar que las tropas del general Harispe pasaban frecuentemente el Guadalaviar, ya por un punto ya por otro; pero debe referirse á esa acción del 30 de septiembre cuando escribe: «En un encuentro de Caballería, en la orilla derecha, nosotros perdimos al jefe de escuadrón Bordenave y al capitán de húsares Schmitz: el jefe de escuadrón de artillería Duchand fué herido».

fuerzas considerables de las apostadas en los caminos de Teruel y Tortosa, mientras en otras fronteras de Aragón, Durán, el Empecinado y Mina hostilizaban rudamente á las de Mazzuchelli, Reille y Severoli; operando su marcha en auxilio de Suchet. A la inmediación misma de nuestro ejército de Valencia, D. Francisco Romeo, coronel de los Húsares de Aragón, hizo de orden de Mahy, varias correrías por el campo francés, dirigiéndose el 7 de diciembre desde Alacuas á Pedralba, Villar del Arzobispo y Alcublas, con el objeto de reconocer aquellas poblaciones y evitar la extracción de víveres que de ellas hacían los franceses. Más tarde, el 16, el mismo jefe, habiendo partido de El Villar citado, para Alcublas y Altura, hizo que un destacamento de sus húsares penetrase en Segorbe, sorprendiendo á los franceses de la guarnición y obligándoles á encerrarse en la iglesia de San Blas, convertida en fuerte y presidiada por más de 500 infantes y 20 caballos. Tal efecto produjo aquella expedición en los franceses, que al día siguiente se movían varios de sus cuerpos de la división Robert y los famosos coraceros hacia Liria y los altos de San Miguel, con el objeto de evitar nuevas sorpresas y mantener sujetas en sus puestos á las tropas de la extrema izquierda de la línea española.

¿Por qué, pues, no buscaba Blake por ese camino el de, como decía en su carta á Mahy, «emprender algo que no pudiera dexar de ser feliz», aprovechando así la situación de Suchet, ínterin no le llegasen los refuerzos que tenía pedidos al Emperador?

Diversiones en auxilio de Suchet.

No estaba ya distante ese momento tan esperado por el mariscal francés. Si la expedición de D'Armag-



nac había resultado ineficaz por la feliz jornada de Zayas y Freire en auxilio de Bassecourt, amenazaba, aunque por distinto lado, otra más temible aún, por lo numeroso de las fuerzas y la fama del general que en aquellos días la andaba ejecutando. Y no era que la mandase el que se decía en nuestro campo de Valencia, el mariscal Marmont, general en jefe del ejército de Portugal situado hacia Salamanca y Ciudad-Rodrigo en observación del inglés de Lord Wellington. No; la dirigía el general Montbrun. Ya dimos á conocer la orden del 19 de noviembre en que Napoleón disponía la marcha de un destacamento del ejército de Portugal, compuesto de 6.000 hombres, que unido al que tuviera disponible el del Centro, marchara en socorro del general Suchet. Marmont, que según el rey José no estaba dos meses antes conforme con ese mismo proyecto, se avenía ahora á más, si ha de darse fe á sus escritos: se avenía á elevar ese destacamento á la fuerza de dos divisiones, la 1.ª y la 4.ª, de su ejército, con la caballería ligera del mismo, á hacerlas seguir por otra división y hasta á mandarlo él. Dejaría á Clausel el mando de las otras tres divisiones, situando una en Avila detrás del Tietar, y otra en Talavera; proponiendo al Rey que Dorsenne tuviera disponibles en Salamanca 18.000 hombres del ejército del Norte y que Soult enviara un cuerpo á Mérida por el tiempo que durase aquella jornada. Pero entretanto, Napoleón dispuso cambios y combinaciones en el mando y distribución de las tropas que se mantenían en el Norte de nuestro país, puestas todas á las órdenes del duque de Ragusa; y éste encargó al general Montbrun de la dirección del destacamento destinado á Valencia.

compuesto de las dos divisiones 1.ª y 4.ª con la caballería ligera, anteriormente citadas.

Montbrun se adelantó á la Mancha, donde se negó á reemplazar las tropas del ejército del Centro que tenían la orden de reunirse á D'Armagnac desde Consuegra, Puerto Lápiche, Manzanares y otros puntos próximos que guarnecían. Repugnábale el dividir su fuerza y, más aún, el ponerla y ponerse él también á las órdenes de D'Armagnac; y continuó su marcha á Albacete y Chinchilla sin cuidarse de lo que pensara José ni de lo que hiciese D'Armagnac. Y era que iba ya perfectamente aleccionado sobre ese punto por su general en jefe. A la proposición del Rey para que Montbrun se uniera á D'Armagnac, había Marmont opuesto razones que, si no convencer á José, debieron obligarle á resignarse; por más que se parapetaba con órdenes del Emperador que, decía, á nadie le era permitido discutir (1). A eso debía obedecer en Marmont el pensamiento de mandar él las tropas que se le pedían para la jornada en socorro de Suchet; pero ya que no pudo ser así, su segundo, el general Montbrun, se encargó de desnaturalizar el objeto de su misión. Como veremos luego, tan la desnaturalizó que el mismo duque de Ragusa decía después en sus Memorias: «Montbrun halló muy divertido el hacerse el conquistador y quizás el gozar de las ventajas que proporcionan de ordinario las conquistas.»

Al asomar Montbrun por la Mancha se extendió la

(1) Escribía José á Marmont el 12 de diciembre: «El general D'Armagnac, gobernador de la provincia de Cuenca, que conoce ya el país, me parece más propio que otro cualquiera para mandar la totalidad de las tropas del ejército de Portugal y del Centro destinadas á marchar sobre Valencia.»

alarma al territorio todo de Albacete, Murcia y Valencia, produciendo un movimiento general en los destacamentos y guarniciones de los pueblos y puntos fuertes que cubrían aquellas provincias. A las noticias primeras, que llevaban la fecha de 9 de diciembre, dadas desde el castillo de las Peñas de San Pedro, contestaba el general Blake el 12 disponiendo que Mahy diera «sus órdenes reservadas, así le escribía, para que en caso de una irrupción inesperada en el reino de Murcia, no tan sólo se replieguen á Cartagena los batallones que dexó designados al efecto el general Freire, sino también las tropas empleadas en el cordón de sanidad ó que guarnezcan á Murcia, permaneciendo en sus actuales puntos las guarniciones de los castillos de Lorca, Caravaca y Peñas.» «Y asímismo, añadía, podrá V. E. prevenir á Martínez de San Martín que en igual caso de tener que replegarse abandonando á Chinchilla, lo execute á la plaza de Alicante.»

Mahy, en efecto, circuló inmediatamente esa orden; con lo que se pusieron en movimiento, cual acabamos de decir, cuantas tropas del tercer ejército podrían ser atacadas por Montbrun al marchar ya para unirse á D'Armagnac en la provincia de Cuenca y con él continuar á Valencia, ya para invadir la de Murcia y la de Alicante después, según las instrucciones que llevara ó sus planes, más quizás de interés personal que del servicio á que era llamado en aquella ocasión (1).

(1) Para dar mejor á conocer la perturbación que produjo en Valencia y Murcia la jornada de Montbrun, vamos á comunicar á nuestros lectores la *nota* que Mahy dirigió al general Blake resumiendo las disposiciones transmitidas á sus subordinados en cumplimiento de la orden á que acabamos de referirnos. Dice así: «Las tropas designadas por el general Freire

La Junta de Murcia y las autoridades militares de aquella provincia, después de consultar el destino que también habría de darse al inmenso material de guerra que en ella existía y al también considerable de víveres reunidos para la subsistencia de las tropas, recibieron del general Blake la orden de «procurar oponerse á las correrías ó aparentes amenazas con quanto permitan las cortas fuerzas de que puedan disponer, defendiendo especialmente la Huerta, pero empezando desde luego á evacuar la plaza de los efectos que puedan ser más útiles al exército, como artillería, municiones, salitre y demás, siguiendo el orden de la extracción por los que parezcan de mayor importancia librarlos del poder de los enemigos, y menos necesarios para la defensa que pueda hacerse; no olvidando, si llegase el caso de abandonarla, el inutilizar todo lo

---

para Cartagena, son los regimientos de Baylen y Guadix de infantería, y todo lo manda el brigadier D. Luis Riquelme, coronel del 1.º»

«Han quedado estos dos Cuerpos en el campo de Lorca y más avanzado el coronel D. José Villalobos con 70 cavallos, y sin duda deverá tener la propia atención.»

«Las tropas que guarnecen Murcia y el Cordón son el regimiento de infantería de Guadalaxara, cuyo coronel D. Manuel María Verdes y Cavañas está en Murcia desempeñando funciones de comandante militar.» (En la llave que cerraba este párrafo se dice: *todo deve ir á Cartagena.*)

«Es de advertir que en Hellín está una sección de Yeguas mandada por Bobadilla, y que el batallón de Voluntarios de Jaén, y algunas tropas que manda el comandante general del Reino, el coronel D. Manuel Peralta, existe en Sierra Segura.» (*a*)

«También está el parque general en Jumilla».

«Los gobernadores de los tres castillos son: el coronel Don José de Luna del de Lorca.—El teniente coronel D. Diego Entrena del de Caravaca, y el teniente coronel D. Carlos Ulman del de las Peñas de San Pedro.»

«El coronel D. José Martínez de San Martín, manda solo al-

(*a*) Este Peralta se pasó en aquel mismo mes al enemigo fingiendo haber sido hecho prisionero. Ya el general Blake sospechaba de su lealtad.

que no hubiera podido extraerse, y clavar la artillería» (2).

Era tanto más urgente la necesidad de esas medidas cuanto que también por las fronteras de Granada y Jaén amenazaba otra invasión, la con que había Soult recibido la orden de verificar una entrada en favor de Suchet.

La en favor de Blake.

Tales eran, pues, las diversiones que los ejércitos franceses de la Península andaban por aquellos días haciendo para que, como otras veces, no fracasara su empresa contra Valencia, mientras el español destinado á la defensa de aquella ciudad iba por momentos reduciéndose en su número y recursos, ya en razón de las bajas que había sufrido, ya por los destacamentos que exigía el contrarresto á esas mismas diversiones con que por todas partes se le acosaba.

Entre esos destacamentos, único recurso que á Blake le quedaba, ya que disminuyera su fuerza, para impedir el aumento de la enemiga, merece especial mención el resuelto el 1.° de diciembre y tres días después ejecutado, enviando al Conde del Montijo á tomar en Aragón el mando de las divisiones de El Empecinado y de Durán *con el objeto de llamar la atención del exército de Suchet, con la interceptación de comboyes, ata-*

---

gunas compañías llamadas de la Mancha y ahora permanece en Chinchilla».

«Sepa, pues, V. E. que el Colegio de Cadetes de Infantería está cerca de Murcia en el convento de los Jerónimos y su Director es el coronel D. Diego Luis Salido; que el de Caballería está en Villena, y que convendrá sepan donde han de ir, lo mismo que los depósitos de Caballería».

(2) Sólo de piezas de artillería había 19 de bronce, además de 8 de las de campaña del tercer ejército y 29 de hierro, con gran cantidad de pólvora, bombas, granadas, balas y salitre y azufre por miles de quintales.

que de guarniciones pequeñas y amenaza de las mayores. Marcharían con él, además del regimiento de Cuenca, que mandaba, el 1.° de Badajoz, tambien de infantería, un escuadrón de dragones y dos piezas de artillería de campaña. Llevaba instrucciones muy detalladas sobre la dirección que debería imprimir á sus operaciones, dirigiéndolas principalmente á cortar la comunicacion del ejército francés sitiador de Valencia con Tortosa y con Teruel, procurando ocupar, siquier momentáneamente esta última ciudad, excitar el espíritu público de aquel país en contra de los franceses y promover la formación de guerrillas *para que la suerte de Suchet, se decía, no sea mejor en Valencia que lo fué la de Soult y Ney en Galicia.*

Luego y en su lugar diremos cuáles fueron los resultados obtenidos por Montijo en su jornada, nulos para el objeto con que se le enviaba á Aragón. Sólo sirvieron para quitar fuerza al ejército de Valencia que de tantas iba á necesitar en días ya muy próximos.

Llegan los refuerzos al campo francés.

Porque las órdenes de Napoleón se estaban ejecutando con la presteza y la oportunidad que siempre exigía de sus subordinados; y los generales Reille y Severoli forzaban la marcha de sus divisiones para, sin cuidarse de Durán ni El Empecinado, á quienes hacía frente Mazzuchelli, llegar cuanto antes al campo francés de Valencia. Aun teniendo que detenerse algunos días en Teruel, en espectativa de lo que sucedía en Calatayud y la Almunia, y esperando también noticias de las operaciones de Freire al hacer á D'Armagnac retroceder á Cuenca, el general Reille se presentaba el 24 de diciembre en Segorbe á la cabeza de unos 14.000

hombres. Ese refuerzo haría elevar el ejército de Suchet á un total de 82 batallones ó escuadrones, con 33.812 hombres y 2.644 caballos (1).

Eso sin contar con el inmenso tren de sitio sacado de Tortosa y el que le había proporcionado la toma de Sagunto que, como es de suponer, aprovechó hábilmente para la de Valencia.

Paso del Turia. Como era también de esperar de su carácter y de su deseo de no deber el éxito de su empresa á la cooperación, que se le anunciaba, de las tropas de los ejércitos del Centro y Portugal, el mariscal Suchet se decidió á no perder ni un día en estrechar el sitio, forzando el paso del Turia para establecerse en la orilla derecha y cortar á Blake toda comunicación con el resto de España. Reille recibió, pues, la orden de situarse frente á Rivarroja, por cuya inmediación pensaba Suchet cruzar el río para, por encima de Manises, evitar el paso de los canales de irrigación de aquella parte de la huerta de Valencia, que de allí parten. El proyecto era el de emprender la operación el 25; y, con efecto, en la noche de aquel día se construyeron agua arriba de Manises dos puentes de caballetes para el paso de la infantería, y más lejos otro para el de la artillería, con la protección de unos 200 cazadores montados á la grupa de otros tantos húsares que vadearon el Turia un poco antes (2). Por diligencia que puso Reille en su marcha á Liria y Ribarroja, no logró llegar oportunamente á la posición que se le ha-

(1) Así resulta del estado de fuerzas estampado como apéndice en las Memorias de Suchet.

(2) Belmas dice que sólo fué un puente el construído la noche del 25 al 26, habiéndolo sido los otros cuando ya habían pasado el río las divisiones Harispe y Musnier, la reserva de Reille y la caballería de Boussard.

bía señalado, aunque no tardó mucho en hacerlo. De manera que á las ocho de la mañana del 26 la situación de las tropas francesas de Suchet en derredor de nuestro campo, era la siguiente. El general Ferrier con la división napolitana, situado en el barrio de Serranos, tenía el encargo de defender aquella posición é impedir las salidas que los sitiados pudieran intentar por los puentes inmediatos. La división Habert, establecida en el Grao, había recibido la orden de atacar el lazareto y las líneas que cubrían el reducto de Monte-Olivete para atraer la atención de los españoles hacia aquel lado mientras la división italiana la llamaría en el opuesto desde Benimamet y Campanar amenazando con su ataque á Mislata. Así, la derecha francesa con las divisiones que hemos dicho habían pasado el Turia aquella noche y la de Reille, envolvería nuestra izquierda por el camino de Murcia y el terreno intermedio hasta la Albufera, para cortar la retirada del ejército de Blake al Júcar; adivinando Suchet lo que ya tenía pensado el general español desde su derrota de Sagunto (1). Estos movimientos deberían hacerse con gran celeridad para evitar que los españoles, comprendiendo el objeto con que iban á verificarse, emprendieran los necesarios con que burlar aquella operación envolvente que los encerraría en Valencia hasta el término del sitio.

(1) Contestando á una consulta de Mahy, le escribía Blake el 21 de noviembre: «Diré, pues, á V. E. que el Júcar debe ser la segunda barrera de ese cuerpo en el caso desgraciadísimo de perder su actual posición, y la ciudad de Alcira el centro de la nueva; pero considero de suma importancia que dirigiéndose á ella procurase V. E. mantenerse en comunicación con esta ciudad el mayor tiempo posible, acercándose á ella hasta Catarroja».

Acción de caballería junto á Torrente.

A fin de conseguir resultado que tan fatal concluiría por ser para nuestras armas, la división Harispe se dirigió á Torrente, precedida de una fuerza considerable de caballería que marchaba oculta por entre los árboles que cubren casi todo aquel terreno de Manises á Alacuas y el barranco llamado de Buñol, ó de Torrente, que desagua en la Albufera. Los húsares franceses se encontraron con la caballería española, situada, según dijimos, á retaguardia de nuestro flanco izquierdo. Mandábala el general Carrera teniendo á su frente varias partidas exploradoras, unos 60 caballos en el desfiladero de Torrente y un escuadrón, también del Rey, en dirección del mas de las Cuevas, donde se hallaba otro de la Reina; los cuales se retiraron al tener ya cerca la columna enemiga, ante cuya fuerza, compuesta de la mayor parte de la división mencionada y los coraceros de Suchet, creyó Carrera deber también retroceder, según se había convenido, á la derecha del Júcar. Pero cuando nuestros jinetes iban verificando su maniobra en buen orden y por escalones, el último de éstos, en que formaba un escuadrón de los húsares de Fernando VII, se vió acometido por los franceses que acabamos de mencionar. Variaron de dirección los de Fernando VII; y seguidos de los húsares de Castilla y granaderos á caballo, cayeron sobre los imperiales con tal ímpetu, que en un abrir y cerrar de ojos rodaron por el suelo muchos de ellos con el general Boussard que iba á su cabeza, su ayudante Robert y otros que trataron de cubrirle con sus cuerpos y defenderle con sus sables. (1).

(1) He aquí las palabras de Carrera en su parte: «entonces variando de dirección los escuadrones de húsares de Fernando

Los húsares franceses restantes huyeron, como es natural, hacia el cuerpo de la columna cuya avanzada ó vanguardia formaban, y del que salieron á su vez los húsares y coraceros que constituían el total de su caballería. Ni habían de abandonar á sus camaradas derrotados y el cuerpo de su bravo general, ni dejar sin venganza revés tan sangriento é inesperado, ni menos detenerse y renunciar al objeto de su maniobra, la más transcendental de la jornada según los cálculos y las instrucciones de su general en jefe. Al cargar sin embargo, húsares y coraceros, salióles al encuentro el general Carrera, con los dragones del Rey y cazadores de Valencia en cuyo apoyo seguían también los dragones de la Reina y de Pavía.

No quiere Suchet mencionar en sus Memorias esta

VII, cargaron bizarramente á los enemigos, seguidos de los húsares de Castilla y sostenidos por los granaderos del cuarto exército, dirigidos todos por el brigadier Rich, logrando clavar la mayor parte de sus lanzas en los esclavos, poniéndolos en huída, y matando al golpe de una de éstas á un general de división, cuyas insignias de charreteras, sombrero y cruz de la legión remito á V. E., recomendándole especialmente el soldado de la primera compañía de húsares de Fernando VII, Antonio Frondoso, que después de dirigirse á este general para matarle, como lo logró, no se detuvo á despojarle sino que siguió heróicamente la carga, hiriendo y matando á otros varios.»

En las memorias del coronel de Conneville se dice de Boussard lo siguiente: «Ese general era el ser más estúpido que yo he conocido: apenas sabía leer y escribir y era incapaz de dar una orden ni aun comprender las que recibía. Pronto daré á conocer un rasgo que hará su juicio.»

Y con efecto, pocas páginas después le describe poniendo en libertad por mediación de dos mujeres á un prisionero á quien momentos antes quiso ver fusilado; y eso creyéndose por los circunstantes haberlo hecho por dinero. Porque dice Conneville: «Aquel indigno general, capaz de todo, había indudablemente espantado á aquellas dos pobres mujeres para obtener más de ellas».

En otra ocasión le llama *brutal y sin honor*, atribuyéndole el asesinato (lache assassinat) de un jefe prisionero, español pero de origen francés, y cuya familia lo había recomendado mucho á los oficiales de Suchet.



carga de nuestros jinetes, limitándose á decir en éllas: «Nuestra caballería se lanzó sobre la de los españoles, la derrotó y la persiguió hasta Torrente». No: el general Carrera y los suyos rechazaron á los coraceros y húsares franceses, llevándolos por delante hasta 40 pasos de su columna principal, cuyo fuego de fusilería y metralla fué el que hizo retroceder á los nuestros hasta Alcira, no sin cuidar de cubrir los puestos del Júcar y sus puentes para que no pudieran pasar aquel río los enemigos que, en efecto, se detuvieron mucho antes de llegar á él (1).

Lo que sí consiguió la caballería francesa fué recobrar el cuerpo del general Boussard, tenido por muerto de los nuestros que, como se ha visto, le despojaron de sus condecoraciones y de alguna de las prendas de su uniforme.

(1) No es ya á Carrera á quien hay que oir respecto á la conducta de nuestra caballería en aquella ocasión, sino á los que en la de la batalla de Sagunto la anatematizaban tan duramente como hicimos ver, y que pretendían disolverla. Decía el general Mahy en su comunicación de 9 de enero á la Regencia: «La caballería ha hecho lo que no podía ni debía esperarse, siendo el choque tan desigual en todos sentidos; pues el cuerpo de caballería enemiga era más numerosa que la nuestra; más bien mantenida y equipada, pues que la nuestra había muchos días que apenas recibía ración alguna hasta el extremo de haber tenido de baxa en poco tiempo 200 caballos inutilizados por la miseria; y en razón de armamento es incomparable una con otra caballería, la enemiga sostenida por 3.000 hombres de infantería y cuatro piezas, y la nuestra sin una y otra arma que la sostuviese por no ser posible, y por último ser la enemiga la atacante con tantas ventajas y plan: la voz pública del Paysanage, que difícilmente prodiga sus alabanzas á nuestra tropa porque siempre quisiera que hiciese quanto él dexa de hacer, es buen testimonio del valor con que se ha batido nuestra caballería en aquel día...» Al día siguiente, el 27, al dar Mahy parte de aquella acción al Gobierno, le decía: «La caballería se ha cubierto de gloria; tengo en mi poder la cruz de la Legión de honor, sombrero y charreteras del General de división, del que mandó las fuerzas de las tres armas que atacó á nuestra caballería...»

Aquella fué la primera operación dirigida por Suchet sobre el campo exterior de Valencia con el objeto indudable de envolverlo y de todos modos privar á la ciudad de toda comunicación y, si le era posible, encerrar en ella todo el ejercito español de aquel reino para que todo él cayera luego en su poder (1).

A esa operación que nuestra caballería hizo fracasar en parte, según haremos ver muy pronto, sucedió un gran cañoneo en todo el curso del Guadalaviar, precursor y preparatorio de los demás ataques que iban á sucederle.

Combate de Mislata.

A las diez, pues, de la mañana puso Palombini en movimiento las tropas de su división para cruzar el Turia y los canales de riego que la separaban de Mislata que, según tenemos dicho, se hallaba ocupado y defendido por las fuerzas del general Zayas. Ese es el combate más rudo que hubieron de reñir los dos ejércitos en aquel día. Habíalo preparado hábilmente el general italiano sosteniendo los flancos y retaguardia con parte de sus tropas formadas en columnas de batallón y cubriendo su frente con varias compañías de cazadores que, en unión con dos grandes baterías de posición anteriormente establecidas en la orilla del río, mantenían un fuego muy nutrido y continuo contra las trincheras de la línea española de su frente. Llegado el momento de operar según las órdenes y la señal del Mariscal, Palombini lanzó las brigadas Balathier y Saint Paul sobre el Turia, principiando á pasarlo la

(1) Se creyó, dice Suchet, por sí mismo, con medios para bloquear Valencia encerrando al ejército español en sus líneas. Con ese objeto había constantemente solicitado fuerzas considerables antes de decidirse á operar.»

primera por la presa que sirve para el abastecimiento del canal de Rascaña que parte del segundo regimiento ligero fué recorriendo á la desfilada, como pasó el canal de Fabara, nuevo obstáculo que se le presentaba, por un puente que, durante el fuego de la vanguardia, construyó el ingeniero Vacani, presente siempre en todo trance crítico. Y mientras el citado general Balathier y el coronel Barbieri dirigían con tanta fortuna como acierto aquel avance de los italianos, obligando á nuestras avanzadas á retirarse, levantaba también el coronel Henri un gran puente de caballetes para que pasaran el río las columnas que debían después emprender el ataque general.

La obra necesitaba más tiempo que el que la ocasión consentía; é impacientes las tropas restantes del segundo regimiento, concluyeron de cruzar el río y los canales mencionados apresuradamente para formar en batalla frente á las nuestras y entablar el combate, en el que no tardaría en tomar parte el cuarto regimiento de línea, el cual vadeó el Turia con agua á la cintura. Resistieron los de Zayas bravamente; y á tal punto, que enviándoles Mahy de refuerzo el batallón de la Princesa al principio y el de la Corona luego con dos obuses de campaña, dijo su general no necesitarlos, satisfaciéndose con que le dejaran las piezas por no haber todavía recibido las solicitadas de Valencia.

La segunda de las brigadas citadas, la de Saint-Paul, observando la situación difícil en que se hallaba la de Balathier, y lo que aún tardaría en estar practicable el puente en construcción del coronel Henri, no pudo contenerse y cruzó el Turia por el vado que sus camaradas del cuarto regimiento, y se dirigía rectamen-

te á las trincheras españolas, cuando, á su vez, se vió detenido ante el canal mismo de Fabara. Pero no había acabado otro ingeniero italiano de echar sobre él un nuevo puente, cuando adelantándose los batallones de Zayas al apoyo de su artillería, metieron tal desorden en los de Saint-Paul que á los pocos momentos habían retrocedido hasta la margen misma del Turia, más empeñados en repasarlo, como lo hicieron muchos, que en defenderlo. He aquí cómo describe Vacani aquel episodio tan honroso para la división Zayas: «Vigoroso fué el modo con que los regimientos quinto y sexto italianos se destacaron de las inmediaciones del molino *de los Frailes*, bajaron al río, lo vadearon y se presentaron ante el canal de *Fabara* para asaltar la esplanada; pero los españoles no habían abandonado los espaldones de *Mislata* en que se apoyaba el general Blake; y la furia misma con que aquellos regimientos corrieron al ataque los descompuso, incapacitándolos para un esfuerzo decisivo, allí donde más unión y solidez de la masa se necesitaba. Vióse, pues, y no sin mucha agitación sobre el éxito de la batalla, á una gran parte de aquella brigada esparcirse de nuevo dentro del río y vadearlo en desorden para retroceder á la orilla de que había partido y sin poderse de manera alguna reunir los fugitivos, porque al rumor de las aguas, al pisoteo de los caballos, al estrépito de los fuegos de la artillería y de la mosquetería que ensordecían el aire, no se oía ninguna voz de mando y todo asumía el carácter de la fuga y de la confusión más espantosas.»

¡Cuál no sería el desastre de aquellos regimientos para que un compatriota suyo, el capitán Vacani,

presente allí, puesto que andaba acabando el puente que ya hemos dicho construyó para el paso de la brigada Balathier, lo pinte con colores tan sombríos para la reputación de la de Saint-Paul.

Con ese triunfo tan brillante como ejecutivo, y ya reforzada la división Zayas con dos batallones y algunas piezas que Blake había sacado de Valencia, iba á arremeter á los de Balathier para dejar todo su frente despejado de enemigos; pero deteniendo Palombini á los tan maltrechos de Saint-Paul y animándolos con representarles el peligro que corrían sus camaradas de Balathier, logró contener aquella tan desastrosa fuga y, volviendo á cruzar el Turia y el canal, restablecer el combate en el flanco izquierdo de los de Balathier, para cuya derrota no se había dado tiempo á los españoles. Estos, con eso, se replegaron á sus posiciones, en las que se mantuvieron sin ser echados de ellas, ó por verse sus enemigos impotentes para acción tan enérgica, ó esperando el resultado de las maniobras que andaban ejecutando los demás cuerpos de su ejército (1).

En la izquierda española. Efectivamente, sobre la izquierda española se estaba desarrollando la acción del ejército francés con un empeño bien manifiesto, así por el avance de la división Harispe, de que ya hemos dado cuenta, como por la presencia en sus filas del Mariscal, su general en jefe, indicio del objeto táctico que se había propuesto y del interés que le inspiraba el alcanzarlo.

Tardaba el general Reille en llegar al punto extre-

(1) Napier supone falso ese ataque de Mislata y para llamar la atención de nuestras tropas hacia aquel punto. Ningún otro supone lo mismo; y es que se lo hace creer á él la idea de que pudiera y aun debiera serlo.

mo de la derecha francesa á que se le había destinado, y no llegaba tampoco con la oportunidad deseada la división Severoli, fuerzas todas con que Suchet se había propuesto envolver, no sólo las posiciones españolas de Manises, Quarte y San Onofre, sino los cuerpos todos que las defendían empujándolas hacia Valencia donde esperaba obligarlos á rendirse. Harispe á quien hemos visto adelantarse á nuestro campo, receloso de que el retardo de Reille produjera el fracaso de maniobra tan decisiva como la en que iba á llevar la iniciativa, escarmentado también del pequeño resultado del choque de su vanguardia con la caballería de Carrera que la desgracia de Bousard y la muerte de tantos de sus húsares lo hacían traducirse en revés y no insignificante en los principios de un combate; Harispe, repetimos, no creyó deber proseguir su movimiento envolvente con la resolución que necesitaba el plan á que obedecía. Limitóse, pues, á maniobrar, ya con su fuerza reunida, ya con su caballería fraccionada en destacamentos que, mientras no encontraran fuerzas numerosas dispuestas á resistirlos, corrieran el campo, pero siempre esperando á las que debían secundarlas en su avance sobre la retaguardia española y las comunicaciones con el Júcar, línea que bien suponía Suchet elegida para la retirada de todo nuestro ejército. Ya estaban, sin embargo, á punto de llegar las nuevas divisiones francesas, cuando dos regimientos de línea y el 1.º del Vístula recibieron la orden de cruzar el Turia y dirigirse al ataque de las posiciones españolas inmediatas á Quarte.

Creyóse en un principio que ese sería el punto á que en primer lugar se dirigirían las tres columnas

enemigas que al cruzar el Turia despejaron las orillas de nuestros exploradores, avanzadas y grandes guardias que en ellas se habían apostado. Pero luego se vió que la columna más adelantada tomó por objetivo de su ataque la posición de Manises, guarnecida por las fuerzas del general Obispo, y á la que después de dirigir el regimiento de la Corona que se hallaba de reserva en San Onofre se trasladó Maby para dar calor á la defensa y «recibir, así lo comunicó él, los partes de aquel frente que por entonces parecía el único atacado, y dar avisos continuos al Capitán general D. Joaquín Blake». Los obstáculos que no pocas veces se ofrecen en las maniobras á los que las ejecutan, debieron perturbar la simultaneidad del ataque de las columnas enemigas en aquel frente, porque al poco tiempo de iniciarse el de Manises, se hacía general en todo aquel frente. El general Maby supuso entonces necesaria su presencia en el centro de la línea que le estaba confiada, no desprovista de defensas, tampoco por las construídas cerca de Chirivella y en los lados de los canales que de Manises y Quarte recorren la campiña abrazando aquellos pueblos y el de Mislata. Trasladóse, pues, á aquel punto, donde del mismo modo se reunen varios caminos; y al llegar á él y observando cuán recio era el combate que se estaba riñendo en Mislata y el peligro que se correría de perderse aquella posición tan brillantemente defendida por las tropas de Zayas, destacó en su auxilio el regimiento de la Corona, que ya había vuelto de Manises creyéndose allí innecesario, y los batallones de Cádiz y Molina, expresando que Obispo, Creagh y Villacampa podrían continuar sosteniéndose en Manises, Quarte y San Onofre.

Corona, y ya entonces con el brigadier Creagh á su cabeza, marchó en dirección de Mislata; y le sucedió lo que en Manises; pues que, no sólo encontró de vuelta el regimiento de la Princesa, de la división Villacampa, enviado desde su posición entre San Onofre también y Mislata, sino al mismo general Zayas que, esperando refuerzos de Valencia, sólo pidió á Creagh le dejara dos obuses que acababan de incorporársele en la marcha. Según la orden que había recibido, Creagh, al volver de Mislata si se consideraba allí su fuerza innecesaria, debía dirigirse á Chirivella y hacia allí marchaba cuando, al pasar por retaguardia de la Princesa que se había trasladado á su anterior posición, se vió sorprendido con que todo aquel regimiento se retiraba manifestando que durante su ausencia los enemigos habían cruzado el Turia y apoderádose de los parapetos construídos por los españoles de la margen derecha. Y como tras de la Princesa avanzaban fuerzas francesas en gran número adelantándose á cortar nuestra línea por el centro, trabóse allí un combate, muy desigual ciertamente y cuyo resultado habría de ser funesto por necesidad para aquellos cuerpos, pero que no por eso dejó de hacerse empeñado y cubrirlos de gloria. Corona, mientras se ponía la Princesa en orden, formó en batalla con el frente al enemigo; y animado con la voz y el ejemplo de su coronel D. José Pérez y de su sargento mayor D. Francisco Martínez, rompió un fuego tan nutrido y certero que acalló el que le hacían los imperiales de junto á una casa, conocida por la de los Cipreses, donde se detuvieron. Pero no fué por mucho tiempo, porque poco después aparecieron tres fuertes columnas mar-

chando resueltamente sobre los nuestros; la del centro, con el arma al brazo sin cuidarse siquiera de preparar su ataque con el fuego. Corona volvió á romperlo, *graneado y de dos filas*, dice el parte de Creagh, y tan decisivo que aquélla columna, con más orgullo que prudencia dirigida, quedó destrozada cuando estaba ya á tiro de pistola, y puesta en desorden la de la izquierda, azotada también por el fuego de los batallones de la Princesa, Tiradores de Cádiz y de Alcázar de San Juan, reorganizados aquéllos y acudiendo los demás en socorro de sus compañeros de armas.

Los franceses dirigieron entonces una de sus columnas sobre el flanco derecho de los nuestros que, no pudiendo resistir el fuego que de aquel lado y aun de revés se les hacía, emprendieron la retirada á Chirivella, punto para el que ya hemos dicho se les había dado cita al dirigirse á Mislata en auxilio de la división Zayas.

En Chirivella.

Era tanto más necesaria y hasta urgente aquella maniobra cuanto que, además de lo desigual del combate en que se hallaban comprometidos los cuerpos que acábamos de citar, heróicamente resistido, se veían ya amenazados con su destrucción total por su flanco izquierdo. Los franceses de Reille y Severoli, puestos ya enfrente de nuestras posiciones de Manises y Quarte, las habían asaltado con el vigor con que siempre se inicia toda acción y más cuando es manifiesta á jefes y tropa la superioridad de fuerzas en el que ataca. La reserva española había además disminuído notablemente con los destacamentos que se habían hecho á su derecha y se estaban batiendo, cual hemos visto, en el camino de Mislata. No hubiera sido posible re-

chazar el ataque de tantas fuerzas como las que Suchet en persona dirigía. Así no es de extrañar que Mahy, situado en posición de donde podía observar la marcha general del combate y los progresos que en aquel momento hacía el enemigo á su frente y flanco izquierdo, ordenase la concentración de sus divisiones en Chirivella, sin más que dejar en San Onofre alguno de los cuerpos de Obispo, de reserva en aquel punto. Estaba Chirivella cubierto, ya lo hemos dicho, de un atrincheramiento ó línea de flechas que, sin darle en verdad gran fuerza por su disposición ni por su inacabada construcción, podía constituirle en centro de operaciones para desde él emprender, ó una reacción, según el caso, ó una retirada en el de una desgracia ya decisiva. A él, pues, á Chirivella, se encaminaron las fuerzas todas destinadas á la defensa de Manises y Quarte, sin exceptuar las de San Onofre que se comprende perfectamente no habrían logrado detener ni por un momento á enemigos en tal número ni con el ímpetu de los que iban á acometerlas (1). El general Mahy hubiera podido quizás mantener la posición de Chirivella algún tiempo, el necesario para que Blake, apoyado por Zayas que tan gallarda muestra estaba dando de su habilidad y de la energía de sus tropas, tomara una determinación cual correspondiera á los planes de retirada que ya había revelado ó al estado presente, según él lo comprendiese. Pero si

(1) Esa es la razón de lo que tanto parece estrañar á Suchet, á cuantos historiadores extranjeros siguen su relato y aun á algunos españoles que la desconocen, la *de que las divisiones Villacampa y Obispo*, al decir del Mariscal, *no defendiesen aquella posición con la misma pertinacia con que Zayas había defendido la de Mislata*. El caso era realmente muy distinto.

eso era posible, si Mahy podía hacerse la ilusión de ganar ese tiempo que consideraba aprovecharía su general en jefe, es porque no conocía ni calculó la situación de una parte de sus enemigos, la de la división Harispe, cuya infantería avanzaba arrebatadamente por su flanco izquierdo y cuya caballería batía, ya dispersa, ya en grupos, su retaguardia después de haber obligado á retirarse á la de Carrera. Así es que mientras se ocupaba en situar sus divisiones en orden de conservar la posición nuevamente elegida, se halló sorprendido por los jinetes franceses y tan improvisadamente y de tal modo que hubo de pensar en su personal salvamento y, al huir, hubo, además, de tomar tales rumbos que no volvió á ver á los suyos hasta Alcira, «punto, decía en su parte al Gobierno, siempre designado como de reunión general» (1).

Retirada al Júcar.

Sin la dirección ya que impone siempre el mando en jefe y en las vacilaciones en que necesariamente habían de caer los generales divisionarios, llamados de distintos puntos y reunidos atropelladamente bajo la acción y el fuego y las cargas de un enemigo, segu-

(1) Es tan interesante ese párrafo del parte para conocimiento de aquel combate, que creemos deberlo reproducir íntegro. Dice así: .... «Ese tiempo que me detuve para distribuir las órdenes que exigía la premura de ocurrencias me hizo falta para reunirme á las tropas de mi mando que dirigí á Chirivella, que fueron la mayor parte por haberme rodeado los enemigos y obligado á emprender mi evasión con todo el quartel general por los sembrados, saltando zanjas y acequias, perseguido más de quatro leguas, cuyo acontecimiento me puso en la precisión de llegar á esta villa á donde se dirigía la caballería y estuvo siempre designado como punto de reunión general, por cuya razón no puedo dar noticias á V. A. de la suerte efectiva del general Blake, y sí sólo que se replegó hacia Valencia con la parte de la división del general Zayas que executó lo mismo».

ro ya de su victoria con hallar abandonadas las posiciones que esperaba le serían disputadas, los cuerpos españoles de Chirivella sólo pensaron en alejarse del campo de batalla, que ya veían perdido, y buscar su salvación cumpliendo á la vez el plan de retirada que se les había impuesto para el caso de su desgracia en las márgenes del Turia. A las del Júcar, pues, debían dirigirse; pero no ya maniobrando, como debía esperarse, bajo la inspiración y la mano únicas de un jefe que los guiara en el orden y con la energía que exige tal género de movimientos, imposibles sin esos recursos de la inteligencia y el carácter. Privados de la más eficaz de las condiciones militares en el campo de batalla, la unidad de mando, cada general de los divisionarios que se encontraban en derredor de Chirivella esperando las órdenes é instrucciones de Mahy, buscó camino por donde, repetimos, salvarse sin abandonar el plan que se les había impuesto. Los mismos cuerpos que componían las divisiones, tendrían muy pronto, á punto ya de ponerse el sol y azotados en todas direcciones por los enemigos, empeñados, según el plan del general en jefe, que iba con ellos, en envolverlos, tendrían, decimos, que, ú obligados, unos, por la necesidad ó con el conocimiento, otros, del terreno que habían de recorrer, dejarse llevar del propio impulso de sus jefes particulares para no caer en manos del enemigo destrozados ó rendidos.

Así sucedió que el brigadier Creagh con los cuerpos que acababan de batirse en el camino de Mislata, tomó el rumbo de Catarroja, de donde, cargado por húsares franceses y aún rechazados valerosamente por sus granaderos y cazadores, se vió en la precisión



de pasar por la Albufera con mil dificultades *y á veces metidos sus soldados en el agua hasta la cintura.* Otros de los cuerpos que se hallaban en Chirivella, los tiradores de Cádiz y voluntarios de Burgos, atacados también junto á Catarroja por los mismos húsares regularmente que Creagh, se internaron en la Huerta y lograron llegar la noche de aquel día á Cullera, para al siguiente reunirse en Alcira con las divisiones, no sin haber sufrido mucho por la persecución de sus enemigos en los arrozales y las acequias que hubieron de atravesar. La división Obispo, vacilando su general entre dirigirse á reforzar la de Zayas, según le había ordenado Blake por medio de un oficial de Estado Mayor que le encontró en Chirivella, ó ejecutar las instrucciones de Mahy, hubo por fin de seguirlas tomando el camino real de Murcia con otros cuerpos que se le fueron reuniendo. Pero tal confusión se introdujo en aquella vía por la multitud de gentes de Valencia y de la Huerta, que la habían tomado para su fuga, y por los carros y acémilas en que iban, que luego la halló Obispo interceptada y tuvo que abrirse paso por las acequias y arrozales primero, acosado de todos lados por la caballería enemiga, y después por entre la Albufera y el mar. Véase cómo continuó la retirada aun después de rechazada esa caballería por un esfuerzo heróico de unas compañías de Soria y de los Cazadores. Dice en su parte al general Mahy: «A las diez de la noche llegué á la Ría llamada del Perelló, y afortunadamente encontré una barca que en el mayor orden pasó toda la tropa, durando esta operación hasta las tres de la mañana del 27. En el momento dispuse marchasen dos compañías á tomar el puente de Cullera

con el objeto de que los enemigos no me interceptasen aquel segundo paso, y dejando 20 hombres con un oficial en la barca para que quantos viniesen del Ejército se pasasen, llegué á Cullera á las seis de la mañana, quedándome sólo la satisfacción de que en un día tan aciago salvé á la Patria más de 2.000 hombres que á las cuatro de la tarde no podían romper por punto alguno y estaban á una cortísima distancia de Valencia.....»

¿A qué seguir aquella triste odisea de los cuerpos que formaban en el campo exterior de Valencia el infausto día 26 de diciembre de 1811? Iguales ó semejantes peripecias experimentó la división Villacampa hasta su llegada á Cullera, donde se estableció en espera de las órdenes del general Mahy, ya situado en Alcira.

La división Zayas.

La división Zayas fué la única que mantuvo el campo de Mislata, cuya defensa se le había confiado, hasta la terminación de la batalla de aquel día en el resto de la línea que se dilataba por la derecha del Guadalaviar. En vez de atacarla nuevamente Palombini para poder blasonar de vencerla, limitó su acción á la de retenerla á su frente hasta que las demás fuerzas francesas que combatían en Manises, Quarte y Chirivella lograran completar su movimiento envolvente y caer sobre la retaguardia de Zayas, á quien no podía él arrollar con todas las italianas suyas. Zayas, sin embargo, y Blake, al tener conocimiento de la suerte de Mahy, pensaron también en retirarse por fuera de Valencia; pero Palombini, que observó la maniobra, la paralizó con una violenta carga de los dragones de Napoleón que, en efecto, la contuvo, obli-

gando á Zayas á reconstituir la línea de batalla y hacer de nuevo frente á los imperiales (1). Pero con resultados tan tristes para éstos, que Palombini tuvo que retroceder á sus anteriores posiciones con la pérdida de 8 oficiales y 42 soldados muertos, 26 oficiales y 333 soldados heridos y sospechando que así no quedaba todavía asegurado el triunfo del ejército francés en aquella jornada. Había perecido el coronel Barbieri cargando al frente del 2.° regimiento ligero de su mando, y varios otros jefes y oficiales acreditadísimos de la división italiana, la cual se retiró tan precipitada como enormemente castigada por nuestros valientes del *Cuerpo expedicionario* (2).

¡Qué mayor gloria para los soldados de Zayas!

Aquel nuevo combate, glorioso y todo, tuvo, sin embargo, consecuencias fatales para nuestras armas. Detenido Zayas en Mislata para librarlo, no fué posible ejecutar el plan de la retirada, perdido el tiempo que aprovechó Suchet para completar el movimiento envolvente que en tales momentos andaba ejecutando. Aun cuando fuera cierta la frase que se atribuye al general Blake de «que si las tropas de Zayas, Lardizábal, O'Donnell y Miranda se veían obligadas á meterse en Valencia por una puerta él las pondría en salvo por otra», no serían esas palabras sino la expresión de

(1) Dice Vacani, allí presente: «Assali di maniera la divisione Zayas in movimento, che la rattenne e astrinse il centro a ricomporsi in línea di bataglia poco lungi di *Mislata*, quindia deporre il partito giá preso d'una tarda ritirata».

(2) Vacani, al referir la muerte de Barbieri, añade: «Así también perecieron los capitanes Marandino y Foresti, y en lo vivo del fuego caían gravemente heridos los coroneles S. Andrea y Peri, los comandantes Re, Lorenci y Ferriroli, además de muchos otros distinguidos oficiales, entre los que el ayudante mayor del 2.° regimiento capitán Guidotti.»



una confianza que en su carácter optimista puede suponerse que abrigara, ó la de una esperanza que pretendiera ofrecer á aquellos de sus subordinados al tener conocimiento del fracaso de los que habían peleado en los demás puntos de la línea exterior (1). Porque ni aquella confianza era fundada ni la frase podría inspirar á nadie esperanzas de evasión cuando le había cerrado el único camino que había de conducirle al Júcar el general Habert ganando el terreno de la derecha del Turia entre Valencia y el mar.

Paso del Turia en su desembocadura.

La división Habert, que nuestros lectores saben ocupaba las posiciones de la izquierda de aquel río entre el barrio de Serranos y el Grao, había recibido la misión de trasladarse á la derecha cuando el ataque de Palombini á Mislata estuviese en su período más crítico y comprometido. Después de un vivo cañoneo de la numerosa artillería que tenía á sus órdenes en

(1) Algo de verdad deberá tener la frase atribuída al general Blake, porque Schépeler, que no parece sino que tenía la facultad divina de la ubicuidad, puesto que también se hallaba en Valencia, dice que todos creían que se saldría por otra puerta y que verdaderamente había tiempo aún para llegar sin obstáculo al istmo próximo al mar, porque Habert no fué completamente dueño de aquel terreno sino cerca ya de la noche. Y por cierto que ese mismo Schépeler, al describir la vuelta á los atrincheramientos de la ciudad, dice en su obra: «Blake parecía de piedra, porque cualquiera cosa que se le dijese, no hablaba ni resolvía nada. Contuvo á Zayas para que no atacase, y cuando un coronel (el autor, esto es, Schépeler), al ir á comenzar la retirada, le hizo observar lo ventajoso que sería el quemar las casas que ofrecían peligro para la línea del recinto, no recibió ninguna contestación. Zayas, en un rapto de despecho le dijo á aquel oficial: *Amigo mío, sois un verdadero alemán importuno, ¿no veis que ese hombre es inmutable?*»

Hay que advertir que Schépeler era amigo y apasionado de Zayas, como ya pudo observarse en la descripción de la batalla de la Albuhera, y ahora se manifiesta sumamente enojado con el general Blake, más de lo que reclaman los fueros de la justicia.



las posiciones de tanto tiempo atrás preparadas, dirigido, así sobre las nuestras como sobre la flota anglo-española surta en la boca del río, Habert echó un puente cerca ya de ella; y, sin preocuparse del terrible fuego que se le hacía de un lado y otro, lanzó sus batallones al opuesto del río. Se había hecho preceder de un fuerte destacamento de caballería que, pasando el Turia con tantos cazadores á la grupa como jinetes lo componían, y deslizándose á galope por entre el mar y el lazareto, atacaron nuestros atrincheramientos por la gola, mientras los asaltaba de frente la división de que formaba parte. Ese ataque se había emprendido á las cuatro de la tarde; y poco después, encerradas en Monte Olivete las tropas de Miranda que debían rechazarlo, y huyendo al Júcar las de Mahy en el desorden y la dispersión que hemos hecho ver, Valencia quedaba bloqueada completamente.

Mahy en Alcira.

¿Quién había de acometer la árdua empresa de romper cerco tan apretado como el con que el ejército francés dejó la ciudad de Valencia aislada del resto de España?

Porque el general Mahy, una vez en Alcira, se ocupó en reunir los dispersos de sus divisiones según iban llegando al Júcar por sus principales avenidas, en reconocer el terreno inmediato de la orilla derecha y preparar su defensa, ya en las posiciones que la dominan, ya en el puente principal, en el de Cullera y la barca del Rey, ya, en fin, llamando á su lado las fuerzas del general Freire que se encontraban en las márgenes del Cabriel. Pensaba establecer allí su base de operaciones, amenazando, una vez reunidas todas sus tropas, con socorrer á Valencia en ocasión oportuna

y mantener, por lo menos, en continua alarma á los sitiadores; pero la noticia de que se acercaban fuerzas considerables del enemigo en son de atacarle antes de que concluyera de reorganizar las suyas, movió al general Mahy á reunir y consultar á los jefes que se hallaban más cerca, conviniendo después de una larga deliberación en continuar la retirada con rumbo á Alicante por Játiva y Alcoy, pueblo, este último, en que establecía el día 30 su cuartel general

Comentarios.

No era para menos la situación creada en nuestros ejércitos de Valencia por la batalla del día 26, si no deshonrosa para ellos, decisiva para la suerte de aquel reino. Las bajas que habían sufrido eran muchas y más que por las causadas por el fuego enemigo, por la deserción que se produjo en las fuerzas aragonesas, de las que muchos soldados, al dispersarse, tomaron la dirección de su tierra. Allí tenían á sus caudillos más queridos, á Durán, el Empecinado y á los no menos populares cabecillas del Maestrazgo y el alto Aragón, á quienes se unirían para hacer á los franceses la guerra que consideraban más eficaz, propia de nuestra nación. Eso que el general Mahy se hacía lenguas en sus despachos oficiales del comportamiento de esas y las demás tropas de su mando en aquella jornada. El que á las dos de la madrugada del 26 escribía al general Blake «Esperanzas que den la mayor parte de estas tropas, son bien pocas, careciendo de toda instrucción, y la sola maniobra que puede esperarse de ellas es una dispersión completa como análoga á la especie de guerra á que están acostumbradas», decía el 26 á la Regencia: «Lo que puedo anunciar á V. A. hasta ahora sobre el valor que han manifestado todas

las tropas que he tenido el honor de mandar, excede á los términos ordinarios de encarecimiento; no hay cuerpo que no se haya distinguido en la parte que le ha tocado. La caballería se ha cubierto de gloria, etc».

¡Cambios de concepto nada extraños en la situación harto crítica y difícil en que se hallaba el general Mahy después de su salida de Chirivella!

Las fuerzas que verdaderamente se cubrieron de gloria en la acción del 26 fueron las de los regimientos de la Princesa, Corona, Cádiz, Molina y Alcázar de San Juan en el camino de Quarte á Mislata; pero sobre todas, las de la división Zayas al defender la posición del segundo de aquellos pueblos. Ya hemos descrito aquel heróico trance que tanto honor la hace como á su jefe, el mismo de Ocaña, de la Albuhera y tantas otras acciones que elevaron su nombre y fama á punto de que sólo su inmediata y larga prisión en Francia y la política después hicieran obscurecerse hasta los tiempos de la reivindicación y la justicia. Las pérdidas de aquella división tenían forzosamente que ser importantes por lo largo y porfiado del combate, en el que el mismo Suchet, según sus Memorias, confiesa haber tenido casi todas las bajas que experimentó su ejército, bajas que eleva al número de unos 400 muertos y heridos, entre ellos 40 oficiales (1).

(1) El mismo estuvo para caer prisionero en Chirivella cuando, habiéndose subido á la torre de la iglesia para observar lo que sucedía en una y otra orilla del Guadalaviar, fué ocupado el pueblo por un batallón español luego rechazado por los húsares y coraceros que le escoltaban, aunque perdiendo á su primo el joven Villeneuve y á otros dos de sus ayudantes.

Por lo demás, he aquí el juicio excesivamente severo que emite Napier sobre los resultados de aquella acción: «En esa batalla, dice, que no costó á los franceses sino quinientos



Quedaba, pues, Valencia completamente circunvalada y sin esperanzas de ser socorrida; con la única de hallar en una evasión feliz el salvamento que no debía esperar del esfuerzo de su presidio, tan valeroso como hemos visto pero sin recursos suficientes para hacerlo eficaz, así por las condiciones defensivas de la plaza como por los sobrados que ya reunía el ejército sitiador. Todo lo excelente que era la situación de aquella ciudad para las funciones militares á que hasta entonces había servido, estratégica y tácticamente consideradas, era de débil y deficiente como plaza de guerra, por no estar fortificada con el trazado y las obras que en la época á que nos venimos refiriendo aconsejaba el arte y exigían las necesidades de una defensa regular y, en algún caso, con esperanzas de

Valencia cercada.

---

hombres, Zayas fué el único que demostró energía; propuso varias veces á Blake, cuando se replegaban á sus líneas, efectuar lo antes posible su retirada por el camino que había seguido Mahy, lo cual hubiera salvado al ejército; pero Blake no respondió nada; ese habría sido el modo de reparar sus faltas. Con 23.000 hombres de infantería, una numerosa caballería, un río que cubría sus líneas, dueño de varios puentes por los que le era fácil operar sobre una y otra orilla, teniendo en el centro de su posición una ciudad fortificada desde la que podían sus reservas alcanzar en menos de dos horas los puntos más distantes de aquel campo de operaciones; con todas esas ventajas reunidas sufrió que Suchet, cuya fuerza (pues que una brigada de Reille no tomó parte en el combate) no era superior á la suya, le batiese en todos los puntos, y lo envolviera con una gran maniobra que exigió un desarrollo de tropas en un circuito de más de cinco leguas; y cuando su incapacidad se puso así de manifiesto claramente, rechazó el solo medio que le restaba para salvar el ejército. Esa operación, que tiene algo de una sorpresa, prueba que Suchet contaba bien con la falta de habilidad de su adversario».

La censura, repetimos, es harto dura; y no son del todo exactos los datos en que se apoya, porque de la calidad de un ejército á la del otro de los contendientes, después, sobre todo, de lo de Sagunto, había una gran distancia que Napier no toma en cuenta.

afortunada. Ya hemos descrito sus fortificaciones, ó de la Edad media ó improvisadas, si suficientes para resistir los ataques anteriores de 1808 y 1810, indefendibles ante la gruesa artillería que el mariscal Suchet llevaba de Tortosa y había conquistado después en Sagunto (1). El general Blake lo comprendía así también, y de ahí su plan de retirada á la línea del Júcar, que no pudo efectuar con el total de sus fuerzas por la habilidad de Suchet en parte y por su indolencia, de otra. Al anunciar la capitulación de Valencia el general Blake escribía al Gobierno: «Después que se perdió la acción de aquel día (25 de octubre) no se presentaban ya sino perspectivas melancólicas; solamente alguna revolución política, ú otro acontecimiento extraordinario que privase al mariscal Suchet de los socorros con que contaba, podía preservar por ahora á Valencia.» Y, sin embargo, en dos meses que transcurrieron sin llegar esos socorros á Suchet, no supo Blake valerse de la superioridad numérica con que podía contar, ni después, perdida esa coyuntura, tuvo la prudente energía de abandonar á Valencia, según dice que era su plan, no *dexándole más que una pequeña guarnición para capitular y salvar el exército*. ¿Qué revolución *política* podía esperar ni qué acontecimiento *extraordinario* en tan apremiantes circunstancias para la salvación de Valencia y su ejército?

Pues bién; mal podía confiar en ella un general que adolecía de tan tristes presentimientos.

Suchet, por el contrario, se dedicó á ejercitar todas

(1) Véase el plano de Valencia en el Atlas del Depósito de la Guerra.



las iniciativas de su espíritu y su pericia toda en poner feliz remate á una campaña que calculó corta y llevaba ya cerca de cuatro meses sin haberse completamente decidido, puesto que aún estaba en pie, hiniesta la meta que á toda costa se había propuesto echar por tierra.

Comenzó por establecer su campo en derredor de la ciudad cortándola toda comunicación y adelantando sus tropas hasta poco más de mil metros de las fortificaciones que la cubrían. Situó la división Habert en su extrema derecha tocando al Turia frente á El Grao dando espalda al lazareto. Seguía por la izquierda de Habert y mirando á Ruzafa y su extenso atrincheramiento hasta Monte Olivete, la división Harispe, que con la brigada Bourke del general Reille cubría también la carretera de Murcia para interceptar, sin duda, una vía llamada á la comunicación de la plaza con el ejército de Mahy. Entre Bourke y la división Severoli que formaba á su izquierda observando las obras exteriores de la puerta de San Vicente, se estableció el gran parque de la artillería de sitio, cubierto á vanguardia por la divisionaria de Reille. Y para cerrar la línea, campaba á caballo sobre el Turia la división Palombini con una brigada, así, en Mislata, y otra en Campanar. La izquierda de aquel río estaba ocupada, además de por esas brigadas, por la división Musnier, que cubría las avenidas de Serranos, y los napolitanos de Compére, establecidos junto á El Grao.

La mayor parte de la caballería francesa andaba en observación de Mahy; y al retirarse éste hacia Alcoy y Alicante, había aquélla avanzado por la derecha del Júcar en busca de víveres, y hasta Játiva por



si los generales Freire y Bassecourt pudieran presentarse por los caminos de Albacete ó Cuenca.

El general Blake por su parte, una vez concentradas las fuerzas que guarnecían la ciudad y las que acababan de retirarse de Mislata, se dispuso á, si era necesario, resistir cualquier ataque brusco que el enemigo intentara inmediatamente después de su triunfo en aquel mismo día. No podía contar más que con 15.000 hombres, de los que 1.800 de caballería, con artilleros, eso sí, suficientes para el servicio de 374 piezas de bronce y hierro, de todos calibres y 383 ingenieros, bien necesarios si el sitio hubiese de seguir la marcha regular, usual en los de las plazas de guerra. Y calculando por los resultados obtenidos hasta entonces en aquella campaña los que debían esperarse, comprendió, según hemos indicado, que, aun frustrado el plan de retirada que no sólo había concebido sino aun comunicado á los generales que estaban á sus órdenes, debía insistir en él, aunque variando sus procedimientos por haberse hecho imposibles los antes ideados.

Salida de la plaza.

Reunió, pues, á las seis de la tarde de aquel mismo día 26 á los generales y brigadieres O'Donnell, Miranda, Marco del Pont, Lardizábal, Pirez, Zea, Burriel y Zapatero, ante los que planteó la cuestión de si podría ó no defenderse Valencia y si el ejército debería ó no mantenerse en las posiciones que ocupaba. Hízose un examen detenido de los recursos con que se podría contar; resultando, respecto á los víveres, que habría pan para 9 ó 10 días; legumbres para 19, pescado en conserva para 20 ó 23; vino para 2 y aguardiente para 5 ó 6, calculando, por supuesto, en 22.000 las racio-

nes que habrían de consumirse diariamente. Discurrióse luego sobre las esperanzas que se podrían abrigar de auxilio por parte del general Mahy, cuya suerte y paradero se ignoraban, y seguidamente sobre las condiciones defensivas de la plaza y especialmente del atrincheramiento exterior, en extremo débil contra un ataque en regla, no sólo por su defectuosa construcción sino que también por lo extenso en proporción á las fuerzas que debieran guarnecerlo. De todos esos datos y de los razonamientos á que dieron lugar, entre los que no pesó poco en el ánimo de los allí congregados el de que convendría más á la nación el perder á Valencia pronto, que el de conservarla 16 ó 17 días con el sacrificio del ejército y los peligros que correrían los habitantes, se dedujo en aquel consejo de guerra la conveniencia de abandonar la plaza, abriéndose las tropas camino por entre las enemigas. La resolución no tuvo más opositor que el general Miranda, ni la tuvo tampoco la fijación para la noche del 28, vista la falta de tiempo en las del 26 y 27 para el racionamiento de la tropa y para los preparativos necesarios, aun renunciando á llevarse la artillería para evitar las dificultades que habrían necesariamente de producir el municionarla y su arrastre.

Adoptado, con efecto, ese acuerdo y prevenido al general O'Donnell, como gobernador de la plaza, que debería quedarse en ella con su guarnición ordinaria para que, capitulando oportunamente, pusiera á sus moradores al abrigo de las calamidades inseparables de toda invasión á viva fuerza, y anunciándolo así, además, á las autoridades locales, se emprendió la ejecución la noche acordada por la puerta de San José,

la más distante del gran campo establecido por Suchet para las operaciones del sitio y que proporcionaba más rápido y fácil acceso á la margen izquierda del Turia, elegida para la evasión del ejército. Comenzó á salir y cruzar el puente la división Lardizábal, de vanguardia, como es sabido, llevando á la cabeza un fuerte destacamento mandado por el coronel Michelena, héroe y con gran provecho suyo, de aquella expedición. Seguiría el general Blake con la división Zayas, la precisa *impedimenta* y algunas familias valencianas temerosas de permanecer en la ciudad, y Miranda, por fin, con la tropa de su mando. Cruzado el río y dejada atrás la cabeza del puente, Michelena emprendió el camino de Tendetes y Campanar, y tomando después á su derecha para alejarse lo más pronto posible de la línea del cerco, llegó á la acequia de Mestalla que creía poder salvar á favor de algunos tablones que llevaba consigo y que le resultaron insuficientes. No se arredró Michelena por eso; y buscó el paso de las acequias por un molino próximo que efectivamente se lo pudo facilitar mediante la contestación en francés al ¿quien vive? de un puesto imperial inmediato. Tampoco paró en aquel incidente la serie de los que esperaban á Michelena en su marcha; sino que, sin cuidarse de si le seguía ó no Lardizábal, que, en efecto, se había detenido ante el obstáculo de la acequia, se dirigió hacia Beniferri, á cuya inmediación sorprendió y se llevó prisionera una avanzada que allí tenía la tropa acantonada en aquel pueblo, vanguardia, á su vez, de la establecida en Burjasot, compuesta de artilleros de la reserva del arma de la división Palombini. Al entrar los de Michelena en la población, introdujeron

naturalmente la alarma en los artilleros italianos que, encerrándose en las casas y disparando desde las ventanas, si no pudieron impedir el paso á los nuestros, anunciaron á sus compatriotas del campo la intentona de evasión de los sitiados. Pronto se sintió en la izquierda del Turia el eco del fuego de Beniferri, repetido en toda aquella orilla sobre la vanguardia de Lardizábal, que ya hemos dicho se había parado ante el canal de Mestalla, y sobre el cuerpo mismo que regía Blake, detenido también en el puente del Turia sin comprender el entorpecimiento de sus columnas al marchar, como lo hacían, por entre las tinieblas de la noche. Zayas le animaba á seguir adelante atropellando por todo hasta apoderarse de Campanar; pero le sucedió lo que la tarde del 26 cuando le aconsejaba la retirada al Júcar: Blake, lo mismo entonces que antes, no siguió un dictamen tan prudente como valeroso; debió tomarlo por temerario y, después de un largo rato de impaciencias de una parte, y de vacilación por otra, volvió á acogerse á la plaza que aún no habían acabado de evacuar todas sus tropas (1).

El bravo Michelena recogió el premio de su enérgica resolución llegando la mañana siguiente á Liria, no ocupada todavía por los imperiales; y Lardizábal, su jefe inmediato, y Blake, su general, retrocedieron á

(1) Schépeler se atribuye el consejo de Zayas. «El coronel Schépeler, dice, observó, y Blake lo halló justo, al proponérselo Zayas, que el romper por la orilla izquierda, á derecha por encima de Paterna, hacia las montañas de Liria, aun cuando pareciese más difícil, era, sin embargo (como sucede con frecuencia en el mundo) más fácil, porque no había más que un regimiento cerca de Campanar en el puente y las cadenas de puestos sencillos desde encima de Valencia hasta las posiciones de Habert.»

Valencia de cuyos muros no volverían á salir sino entre las bayonetas de sus enemigos. Así Miranda vería satisfecho su deseo y cumplido su voto en la asamblea de generales celebrada dos días antes, no muy distante en sus efectos del emitido después de la pérdida de Tarragona en el camino de Igualada á Cervera (1).

Comienza el sitio.

Ya para aquel día iban muy adelantados los trabajos de los sitiadores, impaciente el Mariscal por acabar cuanto antes su campaña, no fueran á turbársela ó una reacción, aunque no esperada, de las tropas recien batidas de Mahy, ú otro acontecimiento militar ó político en el resto de la Península. Por el pronto y

(1) Poco después se publicó en Cádiz un folleto titulado «Idea sucinta de los últimos sucesos de Valencia, con los partes comunicados desde aquella capital por un patriota, desde primero de enero de este año (1812) hasta el 17 de febrero». En ese folleto y atribuyendo erróneamente al día 3 de enero, acaso con intención, aquel suceso de la noche del 28 del mes anterior, se dice entre otros detalles: «La tropa se reunió en este orden: desde la puerta de San Vicente hasta la batería de Santa Catalina por su derecha, y desde la del Real hasta la batería de la puerta de San José por su izquierda, ocupando sus puestos los generales y oficiales, colocando las oficinas y diferentes sujetos de distincion de la plaza, en el centro. El general en jefe se situó en la batería de la cabeza del puente nuevo, y empezaron la salida cuatro compañías de granaderos con dos guias del país, un excelente escuadrón de Lanceros, Dragones de Numancia, y dos batallones de tropas ligeras, todo en el mejor orden, rompiendo por entre el convento de la Zaydía y la Esperanza. Se vencieron muchos obstáculos en las zanjas y parapetos, que los franceses tenian construidos, perdiéndose alguna gente ahogada, porque los tablones que llevaba el exército eran cortos, en cuyo inesperado accidente, y el vivísimo fuego, que hacian los enemigos desde el convento de la Esperanza, se esparció el recelo entre las tropas, oficiales y generales; y entre tres y cuatro de la mañana, mandó el general en jefe que se tocase retirada. Dicen que como unos mil hombres inclusos los Lanceros, rompieron felizmente, y que al amanecer se hallaban en Bétera con el brigadier Michelena».

Aquí, sin quitarle el mérito de una relación de testigo de calidad, hay también equivocaciones de las sufridas en la baraunda de sucesos, como aquél, tan transcendental y conmovedor.

á fin de impedir otra salida como la de la noche del 28, reforzó las tropas de la orilla izquierda, por donde aquella se había intentado, con la brigada Pannetier que había retrasado su incorporación al ejército por haberla dejado Reille en Teruel para observar los movimientos de nuestras fuerzas de Aragón. Situola entre Burjasot y Beniferri, con un regimiento de húsares que, completando así como un cuerpo de observación sobre todas las obras y tropas de la izquierda del Turia, dejase despejada la acción de las de la derecha para las operaciones más esenciales é importantes del sitio. No contento con eso ni del todo tranquilo en su campo, el mariscal Suchet, tan prudente en aquella jornada como temerario en la del año anterior, hizo construir dos reductos en los caminos de Quarte y Murcia, y en el de Madrid fortificó el convento de Jesús, no sin antes impedir la inundación que pudieran emprender los españoles rompiendo los canales y acequias con que se riega toda aquella campiña y con que podrían entonces llenar de agua los fosos de las nuevas fortificaciones levantadas en derredor de Valencia. Contra la misma plaza se abrieron trincheras y se alzaron parapetos que sirvieran para rechazar los primeros ataques de cualquiera salida que pudiera por algunos momentos comprometer las obras más avanzadas. Y tan oportuno anduvo Suchet en aquellas medidas de precaución, en las últimas, por supuesto, ya que nada debía temer del exterior por el pronto, que hubieron de servirle de mucho la noche del 30 al 31 en que creyó que los sitiados hacían una salida por la Puerta de San Vicente y lado de Patraix, su más inmediata aldea de la Huerta.



La casa de las Palmas. La operación por parte de los nuestros debió reducirse á la reconquista de un puesto asaltado por el enemigo y, á lo más, á un simple reconocimiento, muy lejos de las proporciones que le quisieron dar los franceses, porque ni le menciona siquiera el general Blake en su parte, ni costó á los sitiadores, para rechazarlo, más que el fuego y la carga de un regimiento de la división Severoli, apostado al frente de aquella posición (1). Lo que sí confiesa el general Blake es que hu-

(1) Suchet y Belmas dicen que «2.000 españoles se presentaron ante la división Severoli, y que el primero de línea italiano los recibió á boca de jarro; marchó rectamente sobre ellos, los rechazó y los hizo volver á la plaza».

Blake dice: «y yo proyectaba intentar la misma operación (la del 28) dos ó tres días más tarde; pero un movimiento inconsiderado del pueblo me hizo renunciar á esta idea, quedando ya limitados á la cortísima defensa de que Valencia es susceptible».

Vacani va más lejos que su general en jefe; porque no sólo recuerda esa salida de la guarnición de Valencia en busca de Torrente y Marmanillo (?) sino que refiere otra del día siguiente en que poniéndose á Blake á la cabeza de las más aguerridas de sus tropas, atacó vivamente y á hora imprevista las avanzadas imperiales.

Pero el distinguido historiador italiano, mal informado sin duda, ó dejándose llevar de consideraciones de amistad ó de respeto, atribuye el fracaso de aquella salida al comandante Provasi, ayudante de campo del ministro Fontanelli, de quien dice que si el batallón del 1.º de línea que dirigía no se hubiera situado, por un lado, en el punto que se defendía, mientras Mazzucchelli, por el camino de Patraix, amenazaba la retirada de los asaltantes y Palombini operaba una eficaz diversión sobre la parte del campo atrincherado que cubría el arrabal de Quarte, se habría obtenido (de parte de los españoles), si no más, el intento de proteger la salida de un nuevo cuerpo de tropas...»

A Vacani, sin embargo, le salió, á poco de aparecer su obra, un contradictor que, aun cuando anónimo, rebatió algunos de sus asertos con otros muy autorizados de oficiales que habían tomado parte en aquella campaña y, en este punto, en la acción á que nos estamos refiriendo (a). En el librito en que constan estos últimos datos, existe una carta del coronel Busi

(a) Osservazioni aggiunte, Schiarimenti, Emende é Considerazioni Storico-militari all'opera de Sig. Cav. Maggior Vacani intitolata Storia Delle Campagne é degli Assedi degl' Italiani in Spagna.
Firenze Per Vicenzo Batelli e Comp, MDCCCXXVIII.



biera intentado una nueva salida, sin decir por donde, pero que le hizo desistir de ella la oposición del pueblo de Valencia, que se resistía, parece, á verse abandonado por el ejército.

Los valencianos y Blake.

Es cierto que los valencianos habían dejado de confiar en los talentos militares y en la energía del general destinado á defender su ciudad, puesta en tal riesgo. Nos repugna dar ni quitar la razón al que, general ó pueblo, deba tenerla cuando tantos se la han disputado á uno ú otro, pero al emitir nuestra opi-

---

al teniente coronel Sercognani en que se niega esa eficaz intervención del Provasi, sin por eso mermarle su mérito personal, y se niega la salida de los españoles tal como la pintan Vacani y Suchet, reduciéndola al asalto por parte de los italianos de una casa, la llamada de las Palmas, a su recuperación por nuestros compatriotas y su pérdida otra vez para éstos. El coronel Busi, después de describir esos pequeños asaltos, añade ésto que es lo que más importa en nuestro propósito: «De cuál otro batallón del primer regimiento de línea mandado por Provasi habla el autor (Vacani), no lo sé, ni me parece que en aquel día, 31 de diciembre, la salida de los españoles tuviese por objeto el de evadirse de la plaza de Valencia. Hubiera sido una operación muy aventurada de noche; de día, una verdadera locura, proyecto inasequible en la dirección que parece querer indicar el mayor Vacani. A mí me pareció más bien que disgustados de nuestra demasiada vecindad en la casa de las Palmas, intentaron arrojarnos de ella, ya que estaba situada á espaldas de su campo atrincherado, y su honor exigía no tolerar tan de cerca enemigos peligrosos y emprendedores. Es cierto que en las dos jornadas del 30 y 31 de diciembre el enemigo no hizo ninguna demostración formal por aquella parte: yo hubiera advertido de cualquier movimiento, estando con mi batallón establecido á cerca de 200 toesas del campo atrincherado.»

Por lo demás, la casa de las Palmas estaba guarnecida, según la cuenta del Busi, por dos compañías de granaderos españoles, y salieron de Valencia á recuperarla 300, la mayor parte, dice, granaderos; ¿dónde, pues, están los 2.000 que Suchet y Belmas suponen emprendiendo el camino de Torrente?

De todo esto, y bien se ve que de manera incontestable, se desprende que no tuvo lugar tal salida, aun cuando estuviese el hacerla en la mente del general Blake que, por otra parte, no la hubiera emprendido por un punto el más vigilado por el enemigo y frente al que tenía el centro de su campo, provisto de todo género de medios para por él atacar la plaza.



nión no podemos dejar de exponer la de un historiador como el conde de Toreno que, como diputado entonces, oiría la de los hombres más influyentes en la suerte de nuestra patria. «Detuviéronle, dice en su historia de aquella guerra, según dijo, señales tumultuarias del pueblo de Valencia, que aquel general calificó de inconsideradas, y no así nosotros. Porque si bien somos opuestos á tal linage de intervención en los asuntos públicos, graduándole de medio sólo oportuno de favorecer las maquinaciones de los malévolos, nos parece que en el caso actual la paciencia de aquella ciudad había excedido los límites del sufrimiento más resignado. Durante dos meses dejaron sus habitadores á Don Joaquín Blake en entera libertad de obrar. Facilitáronle cuanto deseaba, no le ofrecieron resistencia alguna, ni siquiera levantaron un quejido. Y ¿qué resultó? Ya lo hemos visto. Y ¿será dado callar á los vecinos cuando se trata de la vida, de la hacienda, y de que no se despeñe en su perdición la ciudad en que nacieron? No; mayor silencio tachárase de servidumbre humilde».

Llega á más el Conde; llega á acusar al general Blake de haber dado impulso á los primeros murmullos del paisanaje con anunciar al ayuntamiento su resolución de abandonar la ciudad, disponiendo, á la vez, que el general O'Donnell, su gobernador, convocase una junta extraordinaria, compuesta de las principales clases y autoridades, la cual debería atender en circunstancias tan críticas á cuanto juzgase más útil á los intereses del vecindario. No diremos que la conducta de Blake fuese para animar á los valencianos; pero de eso á provocar el descontento que demostraban hay mu-

cha distancia. Era por carácter refractario á las expansiones populares y no podía sufrir imposición alguna que no procediese de autoridad superior á la suya, ni menos de un orden extraño á los servicios militares de que habría de responder. En Valencia, lo mismo entonces que en la época de su levantamiento contra los franceses, y lo mismo que en todas partes en que se hace partícipe al pueblo del mando, del orden, siquiera, y la administración, para así contribuir á la defensa de sus intereses militares, ese pueblo antes obediente y sumiso á sus legítimas autoridades, alza sus aspiraciones al gobierno de todo y nada le satisface si no lo logra. El nombramiento de aquella junta llevó trás de sí el de comisionados que examinasen el estado defensivo de la plaza, de atribución exclusiva de los militares, y de seguro que tratarían de fiscalizar al jefe de éstos cuando, quedándose en Ruzafa con algunos de ellos en rehenes, envió los demás al general Zayas «para que, como dice Toreno, les hiciese desfogar los ímpetus del patriotismo en las baterías.» Desde tal momento se hacía imposible la concordia, tan necesaria en ocasiones como aquélla, entre el pueblo sitiado y el responsable de la defensa, ni había que esperar sacrificios como los ofrecidos á la causa nacional por Zaragoza y Gerona, sin que dejaran de tener su parte de culpa Blake, de un lado, por su imprevisión, y los valencianos, de otra, por su soberbia actitud. Indignado el general conque no sólo se pretendiese fiscalizar sus operaciones, sino conque se intentara variar las autoridades entre los gritos de una multitud desenfrenada de que hasta formaban parte no pocos frailes, deshizo su obra anterior disolviendo la junta que dos días an-



tes había organizado, con lo que perdió del todo el prestigio que aún le restaba en aquel tornadizo pueblo. La deserción, que ya había comenzado con el revés del día 26 y el fracaso después de la salida del 28, se hizo más frecuente y numerosa; hasta las tropas tomaron parte en ella, y si en los batallones valencianos de la división Zayas no lo fué tanto por la confianza que inspiraban la energía y el talento de aquel general, Miranda llegó á contar en los suyos hasta 20 y 30 prófugos por día.

Obras de aproche y de ataque.

Entre tanto no cesaban de trabajar los franceses en sus obras de *aproche* hacia el recinto exterior, llamado siempre por ellos nuestro *campo atrincherado*. En la noche del 1.° al 2 de enero del nuevo año de 1812, abrieron dos paralelas; la una, delante y á 120 metros de las fortificaciones del arrabal de San Vicente, apoyándola por su izquierda en las casas de Patraix; la otra, delante de Olivete y á 180 metros; ambas en el lindero de los olivares y cercas no cortados por los defensores de la plaza. Parecían haber resuelto el ataque por el segundo de aquellos puntos porque, formando allí punta el atrincheramiento español, carecía de fuegos y recibiría los de revés que se le dirigieran desde las posiciones francesas de la orilla izquierda del Turia. El ataque principal, con todo, sería el ideado contra el arrabal de San Vicente, por lo central, sin duda, por más próximo al cuerpo de la plaza y por ofrecer proporción mejor para las salidas de los sitiados. Las obras de uno y otro ataque fueron emprendidas la noche mencionada por 3.000 hombres dirigidos por el ingeniero Henri que, al trazar las últimas, fué muerto de un balazo disparado de las nuestras. Al amanecer

del día 4 estaban, puede decirse que acabadas, puestos sus ocupantes á cubierto del fuego enemigo y preparándose á armarla con artillería llevada de San Miguel de los Reyes, de la que se entresacaron ocho morteros de á 12 para colocarlos en una batería que se comenzó á construir en la orilla izquierda del río, al lado del convento de Capuchinos. No favorecía el tiempo á los franceses, pues llovía tanto que se inundaron aquellas obras y los caminos; pero no impidió eso el que se construyeran cuatro baterías en el ataque de San Vicente, y tres en el de Olivete, así como que se abrieran trincheras y cortaduras que acabasen por arrebatar á los valencianos toda esperanza de comunicación con sus compatriotas del resto del reino. Y con perder esa esperanza en Valencia se acentuó más y más el desaliento que revelaban las deserciones á que antes hemos hecho referencia; cundiendo en el vecindario el miedo, así á los estragos que pudiera causar el fuego de los sitiadores, sino que también á los desórdenes que provocara el descontento de las tropas defensoras, llevadas en tales ocasiones á romper los lazos de la disciplina. «Todo es desorden, exclama el *Patriota* autor del folleto *Idea sucinta de los últimos sucesos de Valencia* que hemos citado anteriormente; el soldado vende el fusil y las prendas de vestuario; el de caballería y artillería volante, vende su caballo y monturas; se rompen sables, bayonetas, y se tiran las cananas. Las provisiones del ejército, que no hicieron más salida que de la ciudad á lo exterior del muro, no parecen. La escasez y la miseria producen ya todos sus espantosos efectos. La hediondez de perros, mulas, caballos y gatos muertos, incomoda mucho; pero lo



que es más doloroso, es la vista de algunos cadáveres de infelices pobrecitos de ambos sexos, extenuados de necesidad, y tendidos en las calles. Estos presentan el espectáculo más lastimoso, y no hay otro alivio conque consolarse más que las voces vagas, de que vienen Durán, el Empecinado y Montijo, y que Obispo y Freire se hallan en Buñol». Y aunque se tenga, y con razón, por exagerada esta descripción del estado de Valencia el 4 de enero, revela, sin embargo, que no había que esperar de aquel pueblo esfuerzo alguno capaz de detener al enemigo desde el momento en que, asaltados los muros por los procedimientos poliorcéticos del arte militar, penetrase en el cuerpo de la ciudad. Sólo por la parte que defendía Zayas se había hecho algún reparo interior; el resto se hallaba completamente indefenso, y las condiciones de las viviendas por razón del clima y carácter de los habitantes, impedirían abrigar esperanzas de una resistencia como la que ha ilustrado á otras poblaciones españolas.

El citado día 4 se armaban, con efecto, las tres baterías contra Olivete; con 4 piezas de á 24 y dos obuses de á 8 pulgadas la número I, con 3 piezas de á 16 y un obús la número II, y con 2 morteros y un obús la número VII, establecida esta última en la izquierda del Turia para batir de revés el fuerte. El día 5, tocó en turno á la puerta de San Vicente el espectáculo del armamento de las cuatro baterías destinadas á su ataque. Una, la número III, según el orden y numeración de los franceses, tendría 4 piezas de á 24; la número IV, 6 del mismo calibre; la número V, 3 cañones iguales á los de las anteriores con 2 morteros; y la número VI, con otros 4 también de á 24 y dos obuses de á 6 pulgadas.

No fué necesario más; el general Blake, reunido que hubo á los demás jefes del ejército y tomado su dictamen, hizo evacuar en la noche de aquel día el atrincheramiento exterior; y llevándose la artillería de campaña y las piezas de bronce de la de posición, se encerró en el antiguo recinto murado de la ciudad; «todo sin desorden ni confusión, dice en su parte, y sin que los enemigos lo advirtiesen hasta la mañana, sin embargo de que en algunos puntos no distaban del foso sus escuchas más que 8 ó 10 pasos» (1). Olvidósele, sin duda por la precipitación de la retirada, el quemar las casas que en el campo atrincherado se hallaban más cerca de la muralla antigua, pertenecientes á los arrabales ó levantadas en aquel espacio, antes abierto á la agricultura y á la industria.

Se abandona el atrincheramiento exterior.

Suchet, como era natural mandó escalar las abandonadas trincheras; haciéndolo junto á Olivete 300 granaderos del coronel Belotti; en San Vicente, el general Montmarie, y el general Palombini en Quarte, todos al terminar el fuego conque se dice habían querido los sitiados disimular su retirada.

Si á eso se añade que los morteros y obuses franceses habían hecho llover aquella tarde del 5 bombas y granadas sobre la ciudad en gran número y causando estragos considerables en casas y personas, se puede calcular que la suerte de Valencia y de sus defensores

(1) «Al ser de día, dice Belmas, el enemigo, espantado de la rapidez de nuestros trabajos y de la proximidad de nuestros puestos, temió verse asaltado y cogido en su campo atrincherado, y lo abandonó precipitadamente, dejándonos ochenta piezas.»

Suchet añade una unidad á ese número de piezas que Blake hizo clavar.

estaba echada y sin remedio alguno. La población, ya lo hemos dicho, no estaba preparada para resistir ese género de ataques, ni se veía á sus habitantes dispuestos á resistir los peligros consiguientes, el hambre que les amenazaba, la peste, quizás, cortejo inseparable de tal género de privaciones como las de un sitio largo y sangriento. El ejército, en el que es verdad que había tropas como las del cuerpo expedicionario de Cádiz, regido por jefe tan inteligente, tan bravo y acreditado como el general Zayas, tenía que dejarse influir por el espectáculo que presenciaba de tal desaliento en el pueblo, sin cuyo entusiasmo y sin cuya cooperación se hace imposible la defensa de las plazas que carecen de la traza, muros y condiciones de las de guerra modernas. Pero sobre todo eso tenía que echarse de menos en Valencia, y sentimos decirlo, no el valor personal, no la inteligencia de quien allí mandaba, sino la energía, la confianza en el éxito, la de salvar, por lo menos el honor militar, la de obtener una gloria envidiable, imperecedera como la alcanzada por no pocos en aquella guerra, por un Palafox ó un Alvarez sobre los demás. El general Blake, él mismo lo escribió á sus compañeros de la Regencia, desconfió de la firmeza de un pueblo que le desbarataba sus planes, de la suficiencia de medios que no le había sido posible reunir, y de que pudiera obtener un socorro exterior, único, en su concepto, capaz de salvarle. Eso era tanto como desconfiar de sí mismo; y bien lo revelaba el retraimiento á que se había reducido, el mutismo, cabe decir, de que se quejaban los militares y el pueblo de Valencia y de que le acusaron después los historiadores españoles y extranjeros. Se había in-

dispuesto con el pueblo desde el día en que tomó el mando echando de Valencia las anteriores autoridades, la Junta del reino y hombres allí populares y de prestigio; le repugnaban las intrusiones que nunca escasean en tales ocasiones y menos entonces, y las despreciaba tanto como le eran odiosas (1).

Ataque al recinto antiguo.

Apenas se habían apoderado los franceses del atrincheramiento exterior, y no tardaron más tiempo que el de saber que había sido abandonado por los españoles, cuando se pusieron á abrirse paso á las casas más próximas al muro del antiguo recinto, mientras la batería de Capuchinos hacía llover sobre la ciudad tantas bombas que se contaron hasta mil por día en todos los que aun duró el sitio. En lo que más se esmeraron, sin embargo, fué en establecer sus tropas y las baterías, á que también dieron en seguida principio, de modo que la guarnición de la plaza no pudiese realizar una salida, si llegaba á tener tal pensamiento ó la impelía á hacerla su misma desesperación. Frente á la puerta de San Vicente, levantaron dos baterías de morteros y obuses con el objeto de hacer más eficaz el bombardeo comenzado en Capuchinos, cruzando así los fuegos, especialmente sobre el punto en que se ha-

(1) Estas ideas fueron las que inspiraron á Schépeler el párrafo siguiente: «*El desorden ha reinado bastante tiempo y vá á cambiar*: tal era la respuesta (la de Blake) á hombres previsores, cuando sacudían la cabeza. ¿Y quién reemplazó á las cabezas ardientes que indudablemente inquietan pero son también las que dan su existencia? El destino sorprendió de tal modo al general, que su opinión terca y altanera por sí, su irresolución natural, degeneraron en un sombrío estupor. Todo cuanto sucedió desde el 26 de diciembre se explica con eso; y si tú, lector, existes en tiempo de turbaciones, mira en tu derredor y verás hombres parecidos, conductas iguales.»

Del árbol caído todos hacen leña. ¡Ay de los vencidos!

bían propuesto abrir brecha. El Mariscal comprendía el efecto que causaban los proyectiles huecos en la población, ya por el derrumbamiento de las casas, ya por la muerte de algunos de sus habitantes, y esperaba más en ese efecto moral que en el más lento, aunque decisivo, del sistema regular de ataque para el de las verdaderas plazas de guerra. Y tan creyó en él, que en aquel mismo día 6, suponiendo á los sitiados más dispuestos á evitar los estragos de las bombas que á defenderse á la que, desde el sitio de Zaragoza, tendría por manera española sacrificando libertad, hacienda y vida, Suchet envió su primer ayudante, el coronel Meyer, á Valencia con un mensaje y proposiciones de rendición, para, según decía, impedir la ruina de una tan grande y hermosa ciudad. Meyer no logró entrar ni ver, por consiguiente, al general Blake, pero dejó el mensaje escrito, que al instante llegó á su destino. Venía á decir en él Suchet que las leyes de la guerra señalaban un término á las desgracias de los pueblos y ese término había llegado para Valencia estando el ejército francés á diez toesas del cuerpo de la plaza, preparado á abrir varias brechas y á precipitarse por ellas al asalto. Echaba después sobre el general Blake la responsabilidad ante Dios y los hombres si esperaba á tan terrible momento, y le añadía que por su parte se comprometía á que los oficiales de la guarnición conservasen sus equipajes y los habitantes sus propiedades, no necesitando decir que la religión (que nous professons) sería respetada (révérée).

Intimación de Suchet.

Contestación de Blake.

Como, por fin, el Mariscal exigía se le contestara á las dos horas, el general Blake le envió oportuna-

mente su respuesta manifestándole que el día antes quizás se hubiera inclinado á evacuar la ciudad para evitar á sus habitantes los desastres de un bombardeo, pero que habiendo visto la constancia del pueblo y contando con ella y con su resignación á cuantos sacrificios fueran necesarios para que el ejército sostuviese el honor del nombre español, podía el Mariscal continuar sus operaciones; en la inteligencia, empero, de que la responsabilidad ante Dios y los hombres de los males que ocurrieran no caería sobre él sino sobre quien había emprendido una agresión tan injusta.

Cortóse, pues, toda comunicación entre sitiadores y sitiados y continuó el bombardeo que aquel día produjo el incendio de la biblioteca arzobispal, y, en el de los días siguientes, el de la universitaria, donde se guardaban libros impresos y manuscritos de gran valor por lo raros é importantes (1).

Ahora el ataque se dirigió principalmente por la parte de San Vicente como más próxima al centro de Valencia, y por Quarte, donde aún permanecían en poder de los nuestros algunas casas de aquel arrabal. Dos baterías de piezas de á 24, en número de 19, frente á aquellos puntos, y una de cuatro obuses en la orilla del Guadalaviar para batirlos de revés, y mientras esas se armaban, varios trabajos subterráneos á través de las casas y aun del foso frente á San Vicente, sin cesar en todo ese tiempo el bombardeo, crearon en Valencia una situación sumamente difícil. Los trabajos

(1) «Así, dice Toreno, en un instante arrasa la guerra y convierte en polvo lo que ha producido en siglos el ingenio, el talento ó la asidua laboriosidad».

Y, sin embargo, hay que arrostrar esos y otros desastres aún mayores.

de ataque aún pudieron ser rechazados ó contenidos, como que todo aquel frente estaba defendido por las tropas de Zayas; se logró en ocasiones descubrir y hasta inutilizar los de mina que avanzaban, sin embargo, aunque lentamente y con pérdidas de algún oficial distinguido y bastantes minadores franceses; pero lo que Blake no podía dominar era la actitud del pueblo valenciano, por momentos más y más desanimado y aspirando incesantemente á buscar por cualquier medio el término de sus males. Para que se comprenda el estado de los ánimos el día 7, no hay sino leer lo que el *patriota*, citado antes, escribía «...no se ve otro remedio á tanta calamidad más que la capitulación.—Prosigue el bombardeo horroroso.—Los comandantes de milicias, varios particulares y algunos eclesiásticos han pasado á hablar con el general.—Un frayle, con unos cuarenta ó cincuenta patriotas necios, anda predicando por las calles, llevando enarbolado el estandarte de la fé; pero serán infructuosos sus esfuerzos, porque el pueblo se halla sin víveres, sin gobierno, con tres días de bombardeo, en los cuales hemos recibido del enemigo unas cinco mil piezas de espoleta» (1).

Consejo de guerra. Esa actitud del pueblo impresionó al general Blake decidiéndole á convocar un consejo de guerra á que asistieron la mañana del 8 todos los generales y brigadieres con mando y los jefes de Estado Mayor, de Artillería é Ingenieros, á quienes pidió dictamen

(1) Suchet habla en sus partes de ese fraile que, con otros cuatro, dice que paseaban por las calles la bandera de la fe y que, sacados luego de Valencia con unos 500 más, fueron luego fusilados en Murviedro.

después de leerles las comunicaciones antes transcritas que habían mediado con Suchet, y de exponerles el estado moral de los habitantes de Valencia. Manifestóles también que había comisionado dos oficiales para que llevasen á Suchet una carta, cuya copia leyó, con las condiciones que ponía para la evacuación de la plaza, y cuya respuesta no tardaría en llegarle. Entretanto se discutió largamente sobre el estado defensivo de la plaza, el de medios accesorios para aumentar su resistencia y principalmente sobre el de los espíritus en una población que no estaba dispuesta á secundar los esfuerzos del ejército, sino que, por el contrario, no hacía sino pedir consternada el que se capitulase cuanto antes.

Volvieron los oficiales enviados al campo francés con la contestación de Suchet, expuesta en unas notas que contenían las condiciones de la capitulación, que, leídas y discutidas por los del consejo, fueron al fin aceptadas con la sola protesta del general Marco del Pont que opinaba por una salida en que nuestras tropas se abrieran paso por entre las del enemigo (1).

He aquí la capitulación:

«Artículo I. La ciudad de Valencia será entrega-

(1) Blake pinta de mano maestra el estado de su ánimo en la comunicación que dirigió el día siguiente al Gobierno. «Pero el 8, dice, estaba tan consternado el pueblo, y yo mismo me hallaba conmovido de tal modo, al considerarme sin esperanza de socorro por la falta absoluta de noticias exteriores, que resolví hacer proposiciones sobre evacuar á Valencia reflexionando que según el estado de los trabajos de los enemigos, y la débil calidad de las obras de la plaza, no tardarían 48 horas en estar abiertas las brechas, y que desde aquel momento pendía enteramente de la casualidad el que la ciudad quedase entregada á todos los horrores imaginables desde el primer asalto, el segundo, el tercero, etc., pero con ciencia cierta de que había de sucumbir sufriendo en el ínterin todas las calamidades del

da al exército imperial; la religión será respetada; los habitantes y sus propiedades protegidos.»

«Art. II. No se hará pesquisa en cuanto á lo pasado contra aquellos que hayan tomado una parte activa en la guerra, ó en la revolución. Se concederá el término de tres meses al que quiera salir de la ciudad con la autorización del comandante militar, para que pueda transportarse á cualquiera otro destino con su familia y sus bienes.»

«Art. III. El exército saldrá con los honores de la guerra por la puerta de Serranos: depondrá las armas á la parte opuesta del puente, sobre la orilla izquierda del Guadalaviar. Los oficiales conservarán sus espadas, como asímismo sus caballos y equipages, y los soldados sus mochilas.»

«Art. IV. Habiendo ofrecido el Excmo. Sr. General en gefe, el Sr. Blake, devolver los prisioneros franceses, ó aliados de éstos, que se hallen en Mallorca, Alicante ó Cartagena, igual número de prisioneros españoles quedará en las plazas ocupadas por los franceses, hasta que el cange pueda concluirse hombre por hombre, y grado por grado. Esta disposición será extensiva á los comisarios y otros empleados militares prisioneros, por ambas partes.»

«El cange se hará sucesivamente, y empezará desde la llegada de las primeras columnas de prisioneros

---

bombardeo é incendios; de suerte que me horrorizaba la idea de continuar la defensa por cuatro ó seis días, sin utilidad, á costa de sacrificios tan terribles de los desgraciados habitantes.»

No dice Blake que enviara á Cádiz el acta del Consejo de guerra que hemos extractado; pero consta, y Belmas en su obra la estampa íntegra con los nombres de todos los generales y jefes que la firmaron.



franceses, de que se dará aviso por el Señor general Blake.»

«Art. V. Hoy 9 de Enero, luego que la capitulación esté firmada, algunas compañías de granaderos del exército imperial, mandadas por coroneles, ocuparán la puerta de la Mar y Ciudadela.»

«Mañana á las 8 de ella saldrá la guarnición de la plaza por la puerta de Serranos al paso que 2.000 hombres lo verificarán por la de San Vicente para dirigirse á Alcira.»

«Art. VI. Los oficiales retirados que actualmente se hallen en Valencia, quedarán autorizados á permanecer en la ciudad si gustan, y se procederá á los medios de asegurar su subsistencia.»

«Art. VII. Los comandantes de artillería, ingenieros, y el comisario general del exército, entregarán á los generales y comisarios franceses, cada uno por la parte que le concierne, el inventario de todo lo que dependa del servicio de su ramo respectivo.»

«Valencia 9 de Enero de 1812.—Firmado: El general de división José de Zayas, encargado por el Excelentísimo Señor general Blake.—Le général Chef d'État-major de l'armée imperiale d'Aragón.—Saint. Cyr Nugues.—Chargé de pouvoirs par Mr. le maréchal de l'empire Comte Suchet.»

El general Blake, al comunicar á la Regencia tan triste noticia, terminaba así: «Espero que V. A. se servirá ratificar el cange convenido de prisioneros, y dar sus órdenes en consecuencia á Mallorca. Por lo que á mí toca, como es tan remoto el cange de oficiales de mi grado, miro como determinada la suerte de toda mi vida; y así, en el momento de mi expatriación,

que es un equivalente á la muerte, ruego encarecidamente á V. A. que si mis servicios han podido ser gratos á la pátria, y no hubieren desmerecido hasta ahora se digne tomar baxo su protección á mi dilatada familia.—Dios guarde á V. A. muchos años.—Valencia 9 de Enero de 1812.—Serenísimo señor.—Joaquín Blake» (1).

Como es de suponer, el mariscal Suchet nombró inmediatamente el personal del gobierno de Valencia y el de las tropas que habían de ocupar la ciudad mientras las demás se preparaban á hacer más vistosa y es-

(1) El artículo IV de la capitulación á que se refiere el general Blake estatuyendo el canje de los prisioneros, fué desaprobado por la Regencia.

Para que produjera su efecto, Suchet despachó á Alicante oficiales prisioneros que entregaron al gobernador un oficio de Blake, que luego se pasó por aquella autoridad al general Mahy como en jefe del ejército. Mahy reunió en el alojamiento del Capitán general, conde de Colomera, á todos los jefes de división y demás generales residentes en la plaza, y les dirigió un discurso, demostrando lo, á todas luces, desventajoso de aquel artículo de la capitulación de Valencia para la causa española. Los generales, además de los dos citados, eran el teniente general D. Juan Carlos Aréizaga, los mariscales de campo Don Antonio de la Cruz, D. José O'Donnell, D. Juan de la Cruz Mourgeon, D. José San Juan y D. Felipe Roche; los brigadieres D. Francisco Xavier Fernández, D. Juan Creagh, D. Juan Potous y D. Vicente Ferraz, así como los coroneles D. Francisco Novella y D. Pablo Ordovás y los intendentes D. Anselmo de Rivas y D. Francisco Laborda, quienes, por unanimidad, *acordaron que no debían remitirse los prisioneros franceses sin previo conocimiento y orden del Supremo Gobierno Nacional.* La razón, alegada por Mahy en su discurso, era la de que los inconvenientes de aquel convenio estaban en razón del estado de defensa de las plazas de Alicante y Cartagena, cuyas obras habían ejecutado los prisioneros franceses que se quería canjear, entre los cuales habría varios que llevarían croquis que pondrían á sus generales en el caso de atacarnos dentro de ocho días con pleno conocimiento de los fuertes.

El Gobierno, según hemos dicho, desaprobó esa parte de la capitulación, la cual produjo en la opinión y el pueblo todo español, un clamoreo general de indignación, de que se hizo eco principalmente la prensa periódica de Cádiz.



pléndida la entrada de su general en jefe, señalada para el día 14. Así es que, firmada la capitulación, penetraron el general Robert, con el carácter de gobernador de la plaza, y el después tan famoso comandante Bugeaud á la cabeza de 1.200 granaderos y cazadores que se establecieron en la ciudadela, las puertas y los depósitos de municiones y víveres. La guarnición española salió el 10 por el puente de San José, de donde, depuestas las armas, fué dirigida á Francia en dos columnas, una por Teruel y otra por Tortosa, escoltadas por tropas de la brigada Pannetier; de ella, sin embargo, se separaron 2.000 infantes que emprendieron el camino de Játiva para ser canjeados al tenor de lo acordado en el capítulo 4.° de la capitulación.

La presa fué inmensa; además de la que representaba el número de los prisioneros, que ascendió á 18.219, de los que 16.270 del ejército, entre los que 898 oficiales y 23 generales con el en jefe á su cabeza, quedaron en poder de los franceses 374 piezas de artillería, muchas municiones y 21 banderas.

El número de los heridos y enfermos que quedaron en los hospitales de Valencia fué el de 1.162 entre oficiales y tropa.

Quebrantamiento de la capitulación.

Se conoce que, según se demuestra también con la lectura del parte, tantas veces citado, el general Blake manifestó gran priesa por alejarse de Valencia. Además de lo delicada que resultaba su situación en una localidad que no pocas veces se le había mostrado descontenta de su conducta, temería la que pudieran observar á su presencia los vencedores, nunca escrupulosos en el cumplimiento de sus compromisos, por ter-

minantes y sagrados que fuesen. E hizo muy bien; porque lastima toda conciencia recta y sublevan el corazón más duro los atropellos y las arbitrariedades que Suchet ordenó y dejó cometer en Valencia faltando á varias de las cláusulas estipuladas en la capitulación. Ni rubor siquiera revela Suchet en sus partes, de indignidades tamañas (1). Todo soldado que en el convoy de los prisioneros se separaba de sus filas ó se detenía por aspeado ó enfermo, fué muerto en el camino; los frailes muy viejos fueron llevados á dos solos conventos, á los de San Agustín y San Francisco; los jóvenes marcharon prisioneros también á Francia y cinco, según hemos dicho, fueron fusilados en Murviedro y dos en Castellón; entre los paisanos, los casados obtuvieron misericordia, los solteros siguieron el camino de los frailes. En cuanto á los milicianos, artilleros y zapadores urbanos que poco ó mucho habían ayudado á la defensa, se les hizo el día 17 desfilar á presencia de Robert, y clasificados como solteros ó casados obtuvieron el destino de los de su estado, menos el batallón de los estudiantes que fueron conducidos al convento de San Antonio extramuros de la ciudad, acompañados del clamor del pueblo que al verlos partir decía: *¡Desgraciados!* Se suponía que iban á seguir la suerte de los que los franceses calificaron de *guerrilleros* y habían sido fusilados.

Conducta de los valencianos. Valencia, sin embargo, no se mostró en su patriotismo á la altura de otros pueblos españoles, y excepto algunos oficiales de la milicia urbana que se negaron

(1) Véase en el apéndice núm. 9 parte de su despacho del 17 de enero en que hasta paece vanagloriarse de ellas.

á denunciar á los más comprometidos, muy pocos habitantes revelaron en su actitud el denuedo que en los sitios anteriores.

¿A qué atribuirlo? Si ha de atenderse á los valencianos, á la conducta del general Blake y á la indisciplina de algunas de las tropas. Las causas, sin embargo, que informó la rendición de Valencia, fueron múltiples y de muy diversa índole. No iremos tan allá como el conde de Toreno, y menos como los valencianos en sus acusaciones al general Blake. Fué su carácter, no su intención, el que le hizo manifestarse inhábil en el manejo de las tropas, irresoluto y hasta flojo en la defensa de la ciudad. Su ninguna confianza en los guerrilleros y en la acción de las operaciones sueltas no sujetas á la absoluta y completa unidad de mando, la eficacia que, por el contrario, concedía á las grandes batallas, decisiva, en su concepto, para la suerte de las naciones; una inclinación, nunca desmentida en aquella guerra, á ese género de maniobras militares, le llevaron al socorro de Sagunto en la forma en que lo hizo, y la repugnancia y el odio, pudiéramos decir, á cuanto no fuera tropa reglada con la disciplina, y la ordenanza de los ejércitos permanentes, produjeron en él la flojedad que se le atribuyó para, en unión del pueblo, defender á Valencia, como en las murallas, en las calles y las casas, hasta emular con resistencias cuales las de Zaragoza, Gerona y otras de nuestras ciudades, plazas y castillos. Eso que si ha de darse fe á correspondencias anteriores á la batalla del 26 de diciembre, insertas en la *Gaceta de la Regencia*, llegaba al de 15 el número de las guerrillas compuestas de naturales del aquel reino que operaban so-



bre la izquierda del Turia, en que se halló durante dos meses campado el ejército francés. Pero sus resultados nada significaban para el general Blake que, según tantas veces hemos dicho, sólo de las grandes batallas esperaba efectos verdaderamente decisivos.

Efectivamente, poco debía importar la acción de aquellas partidas, todas muy poco numerosas, si sobre todo no estaba combinada con la de operaciones más transcendentales, como quizás hubieran podido efectuarse en auxilio del castillo de Sagunto ó antes de que llegaran los refuerzos con que Suchet pudo emprender el paso del Turia y luego el sitio de Valencia.

Pero sea de eso lo que se quiera, en lo que no cabe duda es en que no fué tampoco menos funesta la falta de espíritu, según se usaba en España y allí mismo había resplandecido antes, de los naturales de aquel país, en Valencia lo mismo que en los pueblos de la comarca. En Valencia ese espíritu se manifestó bien poco hostil á los franceses al tiempo de su entrada, y especialmente en la del Mariscal su conquistador. Verificóse el día 14 por la puerta de San José con el ejército de Aragón mientras las divisiones de Reille penetraban por la de San Vicente, obteniendo por parte de la población una acogida á que no contribuyeron poco los más distinguidos personajes, las autoridades y corporaciones más caracterizadas. Derribóse la estatua de Fernando VII, levantada en una de las plazas de la ciudad, y en cambio se presentó en la fachada de un antiguo criado de Godoy el retrato de José Napoleón; y precedido de su esposa la Mariscala, recorrió Suchet el trayecto hasta la plaza de Santo Domingo por entre sus tropas, acompañado de un numeroso y elegante Esta-

do Mayor, al compás de las músicas militares con que confundían sus sones las campanas de los templos, echadas á vuelo, y las salvas de la artillería. Para mayor rendimiento recibió á Suchet en la puerta de su alojamiento el municipio, formado con su estandarte y sus acompañantes de oficio, todos de gala (1).

Y basta.

Suchet se ocupó inmediatamente en asegurar la ocupación de la ciudad y de las poblaciones más importantes de los feracísimos valles del Turia y del Júcar, así como en preparar la mejor administración, en lo que, como en la de sus tropas, era maestro, de largo tiempo ya acreditado. Pérdida de Peñíscola.

Faltábale, con todo, el que por el pronto habría de ser complemento de su conquista, remate indispensable de la campaña que más honra su memoria, la ocupación de la roca en que la leyenda supone á Aníbal jurando odio eterno á Roma, la ocupación de Peñíscola.

Y nada le fué más fácil en aquella para él gloriosa campaña. En sus Memorias hace al sitio de Peñíscola el honor de un detenido estudio y de un hermoso plano, y cierto que no los merece. En aquella fortaleza, que por su posición pudiera considerarse como inexpugnable en una guerra cual la de la Independencia en que el enemigo no era dueño del mar, se albergaba la traición que sólo esperaría el revés de Valencia y el ver de cerca el peligro para declararse con todas sus infamias y todas sus cobardías.

---

(1) Podríamos dar más detalles, estampados en la relación publicada por un testigo de vista; pero ¿á qué más pena que la que ha de producir en nuestros lectores lo que decimos?

Debió emprender el sitio la división Musnier; pero destinada inopinadamente á Cataluña, fué reemplazada frente á Peñíscola por dos batallones italianos, dos franceses, uno polaco, dos compañías de artillería, dos de ingenieros y un gran tren de sitio; fuerza toda cuyo mando se dió al general Severoli. Este, acomodándose á la costumbre de los franceses, sus aliados ó á cuyo servicio estaba, inició su acción por un mensaje al jefe de la fortaleza para que se la entregase, mensaje que fué rechazado terminantemente.

Era el gobernador D. Pedro García Navarro, brigadier de nuestro ejército, á quien vimos caer prisionero en la acción de Falset y escaparse luego del campo francés para volver á combatir por la independencia de su patria. Avezado, además, al ejercicio del gobierno de una plaza de guerra como la de Tortosa, no hallaría en el curso de sus servicios posteriores sino ejemplos de abnegación patriótica que seguir, responsabilidades que arrostrar, pero glorias también que obtener. ¿Qué motivos, pues, tendría para cubrir su nombre, hasta entonces limpio, con borrón tan negro como el de la traición que vamos á verle cometer?

Era Peñíscola fuerte por naturaleza y arte; se hallaba abastecida de todo para varios meses; consistía su guarnición en unos 1.000 hombres de tropa veterana; sus fortificaciones, robustas y bien aplicadas á la forma del terreno en que se alzaban, habían sido provistas de excelente artillería y municiones suficientes; se hallaba, por fin, en libre comunicación por el mar, vigilada y socorrida por bastantes fuerzas sutiles y la escuadra aliada en último término.

Desechadas las proposiciones de Severoli, los inge-



nieros y artilleros franceses comenzaron sus trabajos con la construcción de una batería de cuatro morteros á 1.200 metros de la plaza, batería que rompió su fuego el 28 de enero. En las noches siguientes del 31 al 3 de febrero, abrieron también una paralela contra el istmo que une la fortaleza al continente, no pocas veces inundado por el mar en ocasiones de tempestad; y en ella levantaron otras cinco baterías con catorce piezas de á 24, cuatro obuses y otros tantos morteros en total que no llegaron á romper el fuego por haberlo hecho innecesario una nueva intimación, entonces oida y aceptada. Había sido interceptado en el mar por un barco expedido desde Denia de que, según veremos luego, se habían hecho dueños los franceses después de la toma de Valencia y en su avance desde el Júcar, un despacho del gobernador de Peñíscola al de Alicante, en que, lamentándose de la conducta de los ingleses y sospechando que intentaran apoderarse de la fortaleza, manifestaba su preferencia por que se entregara al ejército francés. Si hay quien supone que Suchet pudiera tener noticias de ese estado de ánimo en García Navarro, no hay documentos que autoricen esa suposición (1). Por el contrario parece que su fuga después de lo de Falset, debería retraerle más que á otro cualquiera de someterse de nuevo á las violencias que debían serle bien conocidas de Suchet. Pero sorprendido el despacho citado de García Navarro, Suchet determinó reanudar las negociaciones iniciadas por Severoli, ofreciendo una nueva capitulación por medio de un

(1) Toreno dice: «Barruntos tenía Suchet de la propensión de ánimo del García Navarro, si ya no ocultas relaciones».
Era bastante barruntar después de lo de Falset.



oficial de su estado mayor, con una carta afectuosa en que se le manifestaba conocer sus intenciones por las cartas interceptadas, y autorizaba á Severoli «para recibirle y dejarle en libertad, lo mismo que á los oficiales para irse á Valencia, á Tortosa ó á cualquiera otra parte si así lo deseaban» (1).

Ni García Navarro parecía esperar otra cosa ni la junta militar de la plaza supo negar su *amén* al voto de su gobernador; y el 4 de aquel mes de febrero tomaban los franceses posesión de Peñíscola, la fortaleza que por su situación solía ser llamada *El pequeño Gibraltar*. Si era inexplicable la conducta del brigadier español que la gobernaba, y que hace más vergonzosa la carta en que contestó la de Suchet, inexplicable también se hizo el comportamiento de los oficiales que se adhirieron á la capitulación, teniendo libre por mar el camino hacia el ejército nacional, y sin temor á las disposiciones no hacía mucho tiempo dictadas por la Regencia para casos como aquél (2).

Con tal ejemplo como el de Peñíscola, no es de extrañar que Suchet, engañado como tantos otros de sus compatriotas y algunos más ó menos alucinados de los nuestros, escribiera á Berthier en el postrer

(1) Un cazador francés, embarcado en el buque salido de Denia, recogió del agua el despacho que los españoles habían arrojado al mar. Así lo dice Suchet en sus Memorias y lo confirma Belmas en su obra.

(2) La guarnición no sería considerada como prisionera de guerra y cuantos la componían quedaban en libertad de retirarse á donde quisieran por mar ó por tierra. Serían respetadas las propiedades de los militares y las de los paisanos que ni pagarían contribución alguna ni serían molestados por sus opiniones. Las autoridades conservarían sus empleos si tenían las cualidades que éstos exigían.

Esas son en extracto las condiciones de la capitulación.



párrafo de su parte lo siguiente; «Las circunstancias que acompañan á la rendición de Peñíscola y la sumisión del gobernador García Navarro, son una conquista de opinión de que espero los mejores resultados. Todo aquí (exceptuando Alicante, cuyo mando ha tomado un general inglés llamado Bosch (Roche) tiende al fin de la guerra, que ya se la ve como terminada. Hasta en las puertas de Alicante, los habitantes se muestran animados de un buen espíritu» (1).

Esto escribía el mariscal Suchet con la firma ya de *Duque de la Albufera,* título que Napoleón le había conferido por decreto de 24 del precedente enero con el usufructo además de la laguna de aquel nombre, de su caza, pesca y dependencias. Ni olvidó tampoco el Emperador á los demás generales, oficiales y tropa del ejército de Aragón, para quienes se apropió bienes del reino de Valencia por valor de 200 millones con que recompensar sus servicios en una campaña que, ya lo hemos dicho, demostraba interesarle tanto.

El mariscal Suchet y el ejército de su mando habían llenado cumplidamente su misión y extendiendo el dominio de las armas imperiales hasta las puertas de Alicante, ante las que, según se dirá después, fracasaron los ímpetus y arrogancias de Montbrun, que no quiso atender las instrucciones del conquistador de Valencia al no necesitar éste de sus servicios, y hasta Albacete y Cuenca para ponerse en franca comunicación con Madrid, como por el rumbo de Murcia obten-

---

(1) Opinión que, de seguro, halagaría las ambiciones y la vanidad del Emperador, pero que se encargarían de desmentir Marmont y Soult, vencidos en el Tormes y el Guadalquivir, y el mismo rey José, huyendo de Madrid á uña de caballo.

drían las de Granada, Sevilla y Cádiz. Así podrían, libres de todo obstáculo poderoso y, con toda tranquilidad, dedicarse á la mejor administración de un país que tantos y tan útiles recursos era capaz de proporcionarles.

El ejército español, por el contrario, vencido y desmoralizado en las derrotas sufridas, acabaría, después de su última retirada, por refugiarse en Alicante y Cartagena, privadas de la dirección del general Mahy, que fué substituído interinamente en el mando del tercer ejército y de las tropas del segundo que se habían salvado del desastre del 26 de diciembre, por el mariscal de campo D. José O'Donnell, su jefe de Estado Mayor en aquella desgraciada campaña.

CAPÍTULO III

RECONQUISTA DE CIUDAD RODRIGO

Situación de los ejércitos en Extremadura.—Pensamiento de Wellington sobre Ciudad Rodrigo.—Modo de llevarlo á ejecución.—Marcha de Wellington á Ciudad Rodrigo.—Operaciones en la frontera de Galicia.—Marcha de Marmont y Dorsenne en socorro de Ciudad Rodrigo.—Posiciones de los beligerantes.—Combate de El Bodón.—Indecisión de los generales franceses.—Combate de Aldea da Pónte.—Nueva posición inglesa.—Retíranse los franceses.—Viaje del rey José á París.—Su vuelta á España.—Medidas militares y políticas que toma.—Estado anómalo de la guerra.—Acción de Arroyo Molinos.—Expedición de Montbrun á Alicante.—Nuevo convoy á Ciudad Rodrigo.—Estratagema de Thiebault.—La división de España en el Agueda.—Y luego el general Castaños.—Sitio de Ciudad Rodrigo.—Asalto del reducto Reinaud.—La primera paralela.—Construcción de baterías.—Salida de la plaza.—Asalto de San Francisco.—Baterías de brecha.—El asalto de la plaza.—Después de la victoria.—El general Barrié en la defensa.—Wellington en el ataque.—Inacción de Marmont y Dorsenne.—Proyectos ulteriores del Lord.

Situación de los ejércitos en Extremadura.

En los días de la rendición de Valencia ocurrían en Extramadura y Castilla sucesos que, como hemos indicado en el capítulo anterior, desmentirían las halagüeñas frases con que Suchet procuró alucinar al Emperador Napoleón inspirándole esperanzas de una sumisión, por parte de los españoles, que casi al mismo tiempo vería defraudadas. ¿Qué mejor ni más concluyente prueba de lo erróneo de sus cálculos y lo infundado de sus aserciones que la ignorancia en que se hallaba de cuanto ocurría en aquellas provincias que acabamos de citar y en el mayor número de las demás de



la Península? Y ¿á qué se debía esa ignorancia sino á la acción, rara vez interrumpida, del pueblo á quien trataba de vilipendiar suponiéndole animado de buen espíritu hacia sus dominadores y tendiendo al fin de una guerra que él miraba ya como terminada con la ocupación de Valencia? (1).

Pero si éso no bastaba al célebre Mariscal para no entregarse á tan temerarias ilusiones, pronto las vería desvanecidas con la necesidad de tener que intervenir poco después con sus propias armas para el sostenimiento de un poder precipitado ya por la pendiente de su ruina en España.

En Extremadura y Castilla se vislumbraba, con efecto, el principio del fin de aquella guerra, cuatro años hacía comenzada con todos los visos, si así se puede decir, de ni siquiera emprenderse.

Dejamos al ejército aliado frente al francés, amenazando, desde el territorio inmediato de Portugal, continuar las operaciones, hasta entonces fracasadas, contra la plaza española de Badajoz. Obligado Lord Wellington á levantar el sitio por la reunión y la proximidad de los ejércitos de Marmont y Soult, que habían acudido al socorro de aquella plaza, aún pretendía, además de inutilizarlos para empresas que pudieran entrar en el pensamiento del Emperador Napoleón dentro ó fuera de nuestro país, proseguir la suya de

(1) Schépeler recuerda el caso, por el mismo tiempo, de una querella entre los comandantes franceses de los puestos de Montalvan y Cebolla y que debía dirimir el prefecto de Toledo. Los despachos en que se exponía la querella fueron cinco veces interceptados por las guerrillas, aun siendo tan corta la distancia entre aquellas poblaciones. Y añade el historiador alemán «.....porque nunca estuvo más lejos el fin de la guerra que entonces».

asentar sus reales y fortificarse en la frontera portuguesa que por tanto tiempo había antes constituído su base de operaciones. Situado en la línea, ya descrita, entre el Caya y Elvas, el Jévora y Campo Maior, reforzada á retaguardia desde el fuerte de Ouguella y el bosque y pueblo de Arronches, se había decidido á resistir la acometida, que debía esperar, de los dos mariscales franceses que contaban con cerca de 60.000 infantes, más de 2.000 caballos y muchas piezas de artillería de campaña.

Fuera el temor de entablar un nuevo combate con jefe tan experto en la elección de sus posiciones y de cuya consumada pericia tenían pruebas recientes los dos ejércitos franceses que se le querían oponer; fuera la discordia, inmediatamente declarada entre los dos mariscales, que puso de manifiesto la ineficacia de la reunión de sus respectivas fuerzas para otro fin que el de socorrer la fortaleza tan estrechamente cercada por su imperturbable enemigo, es lo cierto, según tenemos dicho en el capítulo anteriormente citado, «que Soult se volvió inmediatamente á Sevilla, y Marmont, cumplido su propósito de dejar la plaza de Badajoz bien provista de toda clase de recursos para su defensa, se trasladó en los primeros días de julio (1811) al valle del Tajo, en el que ocupó una posición central que le permitiera atender, á la vez, á lo que pudiese ocurrir en Castilla y en Extremadura». Y lo que son los eternos principios de la estrategia, negados por no pocos; el pensamiento militar que llevaba á Marmont á esa posición, es el mismo en que se inspiraba el general británico al manifestar á su gobierno las intenciones que suponía en su adversario. Al anunciar el Duque de



Ragusa su nueva situación, escribe en sus Memorias: «Yo observaba un frente inmenso y, sin embargo, en pocas marchas todo mi ejército podía reunirse para combatir, fuese delante del desfiladero de Coria, fuese en Castilla la Vieja, fuese en Extremadura. Por fin una buena cabeza de puente, construído en el Tietar, debía asegurarme los medios de cruzar aquel río y maniobrar en cualquiera de sus dos orillas». Y Wellington escribía el 18 de julio al conde de Liverpool: «*El Ejército de Portugal* levantó su campo del Guadiana el 14 del actual y se ha puesto en movimiento hacia Truxillo. No he oído todavía que algunas de sus tropas hayan pasado por aquella ciudad hacia Almaraz, ó que su caballería, que ha estado sobre Talavera y Lobón, se haya retirado de Mérida. Pero su intento es indudablemente el de tomar posición en el Tajo, posición que será central para el Norte lo mismo que para el Sur, desde la que podrá moverse con facilidad hacia cualquier punto á que dirija sus operaciones y en el que puede recibir refuerzos de las tropas de Castilla la Vieja ó de Extremadura, si los necesita y pide. Está fortificando el antiguo castillo de Medellín, lo mismo que el de Truxillo, de cuya circunstancia deduzco que se trata de establecer la comunicación entre el *Ejército de Portugal* y el *5.° Cuerpo de Ejército* á través del Guadiana por el puente de Medellín».

El general británico y el francés se comprendían perfectamente y se adivinaban por inspirarse en los verdaderos principios del arte de la guerra, haciéndose ambos dignos rivales uno de otro en aquella campaña por todos conceptos memorable.

Pensamien- Esa posición del ejército de Portugal y la retirada

de Soult á Sevilla, aunque dejando á Dronet con el 5.° cuerpo de su mando en Llerena y otros puntos del camino, debieron de inspirar á Wellington la idea de, sin emprender de nuevo el sitio de Badajoz, ya perfectamente abastecida y reforzada para resistirlo por mucho tiempo, dirigir sus miras sobre otra plaza á cuya defensa, los generales franceses parecían no atender por lo lejana, se conoce, de uno y otro campo ó por considerarla bastante fuerte para esperar los socorros que se creyeran necesarios. Y que ese pensamiento arrancó de la mente del generalísimo inglés al ver á los mariscales franceses alejarse de Badajoz simultáneamente, como seguros del mantenimiento de aquella fortaleza en su poder, lo demuestra otro despacho suyo de igual fecha que el anterior y dirigido al mismo personaje del ministerio británico. Al poner en su conocimiento las fuerzas conque cuenta, calculándolas en 44.810 infantes y 4.299 de caballería con los artilleros, sin contar, empero, con 5.000 de todas las armas desembarcados recientemente en Lisboa pero que aún no se le habían unido, plantea el problema de qué operación se podría emprender con tan excelente ejército para aprovechar circunstancias tan favorables como las de aquellos días. «Con esta fuerza, escribe el Lord, asalta la idea de qué operación deberá acometerse. Con el excelente y bien equipado ejército que tenemos y con nuestra caballería en el buen estado en que está, y ante la perspectiva de que se renueven las hostilidades en el norte de Europa, me hallo ansioso de no aprovechar estos momentos de relativa debilidad del enemigo sin hacer un esfuerzo para mejorar la situación de los aliados en la Península; y paso á ma-

to de Wellington sobre Ciudad Rodrigo.



nifestar á Su Señoría lo que pienso sobre las diferentes operaciones que podríamos emprender.» Enumera después las dificultades militares y sanitarias que se oponen á la renovación del sitio de Badajoz; los peligros que ofrece el operar directamente sobre el ejército francés de Portugal, de fuerza casi igual ó superior á la suya en Extremadura, y más en Castilla si se le une el 5.° cuerpo, lo cual dejaría indeciso cualquier choque; el fracaso probable de un movimiento para hacer levantar el sitio de Cádiz, movimiento que seguiría el ejército de Marmont y que, resistido por el de Soult, le pondría á él en una posición muy difícil; y considera como la más próxima y factible la empresa sobre Ciudad-Rodrigo, para la que ya tiene preparado en el Duero el material necesario. Aun para esa, recela Wellington que ha de hallar obstáculos; pero inmediatamente, añade: «Esta empresa, sin embargo, se presenta como la mejor después de todo.» Vuelve luego á poner de manifiesto sus dudas respecto al éxito de esa idea; pero, al terminar su despacho, parece insistir en ella. «Mi intención ahora, dice, es acantonar el ejército en las dos márgenes del Tajo hasta que me lleguen los refuerzos. Entre tanto levantaré el tren del Duero y se harán los preparativos para transportarlo hacia Ciudad-Rodrigo, y cuando todo esté ejecutado, me propongo poner en movimiento el ejército para intentar el sitio de aquella plaza, si hallo que las circunstancias pueden proporcionarme alguna probabilidad de éxito.»

La adivinación del pensamiento del duque de Ragusa que Wellington atribuía naturalmente á Napoleón, sin cuya orden é instrucciones precisas nada se



emprendía en España, hacía al general inglés anunciar todos esos cálculos y discutir tan circunstanciadamente las diferentes hipótesis que entrañaban. Y en eso cometía un error gravísimo; porque los movimientos del ejército de Portugal, la nueva posición tomada al abandonar las inmediaciones de Badajoz, y la previsión de los casos en que pudiera encontrarse para atender á ellos en cualquier circunstancia que se le ofreciera, se debían exclusivamente á ideas é iniciativas del Ragusa. Napoleón le había dejado en libertad para la reorganización del ejército dentro de instrucciones generales que le había enviado, según llevamos expuesto, instrucciones que extendió á los generales del ejército del Norte y de los que debían apoyar y reforzar al de Portugal. Pero ni una sola orden ni consejo siquiera alguno sobre su situación en las dos orillas del Tajo, ninguna de las observaciones de Wellington que hemos hecho observar en su correspondencia con Lord Liverpool, aparecen en la del Emperador como dictada directa ni indirectamente á Marmont hasta mucho tiempo después. Sólo allá á fines de agosto le hace escribir quejándose de que no se le envían estados de situación de aquel ejército, y que ya que se halla en el Tajo, se asegure del paso del Tietar con un puente que sirva, por lo menos, para la infantería. En ese despacho, además, revela Napoleón temores de que Wellington piense en dirigirse á Andalucía, puesto que hace decir al Duque de Ragusa *que es sobre el mediodía hacia donde debe dirigir su vista*, suponiendo que *toda empresa del enemigo al norte sería insensata*. No; la nueva posición del ejército de Portugal se debía á los cálculos de Mar-



mont; y era lo peor que á España podía suceder, porque en cualquier evento, para el que las instrucciones de Napoleón llegarían tarde y, de consiguiente, resultarían ineficaces, se encontraba el ejército aliado ante un general tan activo como hábil. Pero véase lo que es la fortuna, tan necesaria á los caudillos de tropas según la han solicitado para ellos los filósofos é historiadores de todos tiempos, desde Ciceron hasta ese mismo cuyas excelentes condiciones acabamos de recordar (1); en aquella ocasión, el Emperador se equivocaba respecto á las intenciones del general inglés, Marmont adolecería de una falta de actividad muy extraña en él, y Wellington, suponiendo la dirección de las maniobras de sus enemigos debida á muy superior inteligencia, lograría, entre tal cúmulo de contradiciones y errores, el resultado á que aspiraba. Ignorando las causas, debía, sin embargo, conocer los efectos de cuanto sus adversarios hacían por la red de espías en que los mantenía envueltos. Había alguno inglés ocupado en reconocer el campo enemigo siempre que se disponía á ofrecer batalla, y otros que, recorriendo las costas en las naves de su nación, desembarcaban ocultamente para obtener las noticias que pudiera utilizar su general en jefe. Pero el gran número de esos espías era el de los españoles, entre los que se encontraban soldados que servían en los regimientos

(1) Véase como, al tratar de estas operaciones, califica Napier á Soult y á Marmont. «Soult, dice, tenía habilidad y concebía vastos planes; pero era muy circunspecto al ir á ponerlos en ejecución; Marmont unía á un gran vigor la temeridad, como lo demostró la manera con que hizo adelantarse la división Regnier después del paso del Tajo. Lord Wellington pensó, pues, que las combinaciones de ambos carecerían de ese acuerdo rigoroso tan necesario para garantizar el éxito».

del Intruso, hombres de las partidas de guerrilla, menestrales que, establecidos en los cantones enemigos, daban aviso de cuanto miraban y oían, hasta un músico tan famoso como por su mérito artístico por su osadía y la veracidad de sus noticias, y un consejero de Estado que seguía al cuartel general de Víctor. Y no es que esos espías españoles desempeñaran su misión por lucro ni sentimiento alguno criminal ó bajo; que ahí está nuestro encarnizado detractor Napier que dejándose llevar de un impulso, impremeditado quizás, pero sincero, dice de ellos: «A excepción del espía que estaba en el cuartel general de Víctor, á quien hizo infame su doble traición, cuantos fueron así empleados eran verdaderamente hombres de bien. La mayoría de ellos y más inteligentes eran también caballeros (gentlemen) españoles, alcaldes, pobres gentes que rechazando recompensa alguna y despreciando los peligros, servían por sólo espíritu de patriotismo y merecían toda clase de elogios por su valor, su amor á la patria y sus talentos. Varios han muerto. Fuentes (el célebre guitarrista) pereció al atravesar un río en una de sus expediciones. El alcalde de Cáceres, hombre de valor y patriota entusiasta que sacrificó toda su fortuna por la causa nacional, fué después encarcelado al volver de Francia Fernando, y murió víctima de la ingratitud y bajeza del monarca á quien había tan bién servido.» (1)

(1) Y no se satisface con eso el historiador que tanto nos ha calumniado (cualquiera diría que, al escribirlo, estaba, como vulgarmente se entiende, á punto de morir), sino que añade en la misma página de su obra: «Comprendía (Wellington) que si era dueño de los recursos de Portugal, y esperaba obtenerlos con el apoyo de su hermano, podría descargar sobre los franceses en diversos puntos golpes imprevistos, ú obligarles á re-

De todos modos, libre de la presencia de los ejércitos combinados de Soult y Marmont que no se habían atrevido á atacarle en su línea de Elvas á Campo-Maior; habiéndole llegado los refuerzos que esperaba de Inglaterra, y armado de cuantos conocimientos pudieran serle necesarios del estado de sus enemigos y del de sus aliados en España y fuera de ella, Lord Wellington, no descuidando el engañar al enemigo que tenía á su frente y preparándose á atacarle con cuantos medios tenía á su disposición, se dedicó á llevar á efecto el pensamiento de apoderarse de Ciudad Rodrigo.

Modo de llevarlo á ejecución.

Lo primero que necesitaba era aproximar lo posible á esta plaza el tren con que habría de batirla; y al día siguiente al en que dirigía á Lord Liverpool los despachos á que nos hemos referido hace poco, esto es, el 19 de julio de 1811, dictaba un *Memorandum* para los coroneles de artillería é ingenieros Framingham y Fletcher, y Mr. Kennedy, dándoles toda clase de instrucciones para trasladar á Lamego el material de guerra que había hecho y haría transportar al Duero. En ese escrito se detallaba con efecto todo con la minuciosidad de costumbre en su autor; artillería y municiones que habrían de llevarse, 68 piezas de grueso calibre; las barcas que deberían remontar con todo ese material el Duero hasta Lamego, y los carros que desde allí lo conducirían á Trancoso y desde Trancoso, después, á Ciudad Rodrigo en los dos convoyes que se harían para eso precisos, todo estaba calculado y previsto en el tal documento, número de carros, los bueyes has-

unirse en grandes masas, que él sabría tener en jaque mientras los españoles destruirían los pequeños puestos y desorganizarían las administraciones civiles á espaldas de sus ejércitos».

ta el de 5.000, aun los días que habrían de emplearse en tan larga y penosa operación (1). Si de todo eso debe deducirse que no era exagerado el cálculo del material ni del tiempo, entonces indispensable, para presentarse el ejército aliado al frente de Ciudad Rodrigo con el propósito de su conquista, también debe comprenderse cuán difícil sería el ocultar al enemigo el conocimiento de preparativos tan grandiosos y, de consiguiente, que habrían de tener tal resonancia, «sin el odio, como dice Napier, que los peninsulares le tenían y que, secundado por la sutileza especial de su carácter, no habían dejado transpirar por fuera más que la llegada de un parque de artillería á Oporto.»

Ya se verá cómo y por qué tiempo se consiguió eso, y, según la precedente declaración de Napier, por virtud del patriotismo de los españoles y por su abnegación en favor de los ingleses que nada hubieran logrado sin élla.

Marcha Wellington á Ciudad Rodrigo.

Un despacho interceptado por el que se pudo calcular que la guarnición de Ciudad Rodrigo carecía de vituallas, precipitó la expedición de Wellington que el día 24 se hallaba ya en Portalegre, el 1.° de agosto en

(1) 12.—Tiempo probable en que han de ejecutarse esas operaciones.

12	días	para la jornada del Mayor Dickson á Oporto.
6	»	para la remoción de los depósitos y su disposición en las barcas.
6	»	de Oporto á Lamego.
8	»	para las barcas á Lamego.
4	»	de Lamego á Trancoso.
4	»	para volver los carros y cargarlos.
4	»	de vuelcos ó caídas (trips) á Trancoso.
6	»	á Ciudad Rodrigo.
6	»	de vuelta á Trancoso.
6	»	para llevar la 2.ª masa de los depósitos.
62	días	

Castello-Branco, el 4 en Pedrogão, el 6 en Penamaçor, y el 12 en Fuente Guinaldo, donde estableció su cuartel general, á la vista, puede decirse, de Ciudad Rodrigo. Las tropas habían levantado antes, el 21 de julio, el campo de Elvas; y excepto la segunda división inglesa y la portuguesa de Hamilton con dos brigadas de caballería, que debían permanecer en Estremoz y Portalegre para la protección del Alemtejo, todas pues tas á las órdenes del general Hill, las demás divisiones que se trasladaron al frente de Ciudad Rodrigo se establecían, al llegar Welligton, en una extensa línea desde Villa Viçosa y Penamaçor por la derecha, hasta Gallegos por su izquierda (1). Se quería disculpar la concentración de tantas tropas lejos de sus anteriores posiciones junto á Badajoz, con la insalubridad del valle del Guadiana y lo salutífero de las altas regiones de la divisoria con el Duero; y para mayor disimulo se distribuían las divisiones en los cantones que acabamos de indicar, no poco distantes entre sí y del objetivo de la jornada.

Con todo, al llegar Wellington á Sabugal supo que había desaparecido el motivo de tanta actividad como la ejercida para la marcha del ejército anglo-portugués á la línea del Coa; Ciudad Rodrigo había sido provista de víveres, y su proyectado sitio tendría que convertirse en bloqueo hasta reunir las medios que se habían calculado para emprenderlo. Escribía á Liverpool: «Tengo motivos para creer que hacia el 28 de julio la

(1) La 1.ª división en Penamaçor; la 4.ª, en Pedrogão; la 5.ª, en Payo cerca del puerto de Perales; la 6.ª, en Gallegos; la 7.ª, en Alfaiates y Villamaior y la ligera en Mortegão. La 3.ª, con el golpe de la artillería, se situó en Fuente Guinaldo, y la caballería en varios destacamentos.



guarnición (de Ciudad Rodrigo) ha sido abastecida suficientemente para dos meses y que las tropas que escoltaron el convoy retrocedieron hacia el norte sobre el 2 del actual mes.»

Por el pronto, aquella jornada proporcionó á España un resultado que, para apreciarlo en su justo valor, se hace necesario explicarlo.

Operaciones en la frontera de Galicia.

Con los refuerzos considerables que Napoleón había enviado á España y especialmente al ejército del Norte, puesto á las órdenes del general Dorsenne, á quien Thiébault califica en sus Memorias de «hombre soberbio, antiguo y magnífico amante de madame d'Orsay, muy ridículo por el cuidado que ponía en su *toilette*, pero, á pesar de todo, amado por el Emperador á causa de sus fanfarronadas», corría Galicia el riesgo de ser de nuevo invadida por los franceses. Ya dijimos en el capítulo V del tomo anterior á éste, cuál era la situación del ejército español de Galicia á mediados del mes de julio, al reconquistar Santocildes la plaza de Astorga, lugar de *su más preciada gloria*, y con la derrota y muerte del general Valletaux, hacerse dueño también de toda la alta comarca del Orbigo y el Esla.

Aun habiendo acudido á rechazar tan afortunada agresión Bonnet y Bessiéres desde León y Valladolid, logrando con sus numerosas fuerzas obligar á las escasas de los españoles á retroceder á las montañas de donde habían salido, esa salida y los triunfos en ella alcanzados revelaban para los franceses un peligro tan inmediato como transcendental. Así es que al ser llamado de Burgos el general Dorsenne para el mando del ejército del Norte reforzado con tropas de la guardia imperial y de una de las divisiones de la reserva

recientemente traída á España, hubo de dirigirse á contener el avance del ejército de Galicia, ya en aquella fecha (mediados de agosto) puesto á las órdenes del general Abadía (1). Este, de acuerdo con Santocildes y Moscoso, ocupaba la línea del Orbigo y su comunicación con Asturias, teniendo situadas en aquélla la vanguardia y las divisiones 2.ª y 3.ª, mientras la de reserva se mantenía en Astorga, y la 1.ª división en los límites del Principado. Pero como el total de aquellas fuerzas no pasaba de 8 á 9.000 hombres, fuéles necesario replegarse á la divisoria con el Vierzo al acercarse los franceses, cuyo efectivo no bajaba de

(1) Thiers dice de las tropas de Dorsenne: «Por su lado, Dorsenne se dirigió á Astorga con 15.000 hombres de excelentes tropas, en que se comprendían la guardia joven y una de las divisiones de la reserva recién entrada en la Península. La caballería sobre todo era soberbia.»

El 6.º ejército, según Napier, 8.500 hombres, *muertos de hambre* dice. Los *Estados*, al señalar el del 6.º ejército, mandado por Castaños, hacen suponer con más fuerza el de Abadía; pero distan mucho de la verdad en sus cifras.

El brigadier Castañon mandaba entonces la vanguardia; Losada la 1.ª división; el conde de Belveder la 2.ª y el brigadier Cabrera la 3.ª

Santocildes fué relevado el 16 de agosto por el mariscal de campo Abadía; pero al dejar el mando dió una muestra de patriotismo y de modestia de las que muchos aconsejan pero pocos realizan: continuó sirviendo como agregado sin mando á las órdenes del que le había substituido. Al final de su última orden del día, decía á sus subordinados: «A esto habéis unido una singular adhesión á mi persona, y por lo mismo en el instante que voy á dejar de ser vuestro principal jefe, no puedo excusar aseguraros mi eterna gratitud y satisfacción que me cabe, considerando el honor que tengo en continuar siendo vuestro fiel compañero».

Toreno al recordar aquel intempestivo cambio que dice se atribuyó á Castaños, añade: «Abadía, como recién llegado y sin conocimiento á fondo de la disciplina de sus soldados, recelábase del éxito; por lo que con moderación laudable dejó á Santocildes y á D. Juan Moscoso la principal dirección de las operaciones».

Y exclama luego. «¡Ojalá no hubiera nunca olvidado proceder tan cuerdo!»

16.000 con la excelente caballería de la que Thiers, según acabamos de exponer, hace especial mención. Sin embargo de eso, el brigadier Cabrera defendió con brío la posición de La Bañeza antes de retirarse á Castrocontrigo y luego á la Puebla de Sanabria; y el conde de Belveder que mantuvo también un porfiado combate en Puente Orbigo y Cebrones, defendiendo el paso de aquel río, hubo luego de retroceder á Castrillo, y, por fin, trasladarse á Manzanal y Fuencebadón. La resistencia en estos puertos fué muy obstinada y no sin alguna fortuna, pues duró varias horas del 27, perdiendo los franceses al general Corsín, al coronel Barthez y el águila del 6.° regimiento de infantería, que luego fué depositada en la capilla de Santiago de Compostela.

Napier, con error manifiesto, hace la comparación de la retirada de Abadía con la de John Moore en 1809, á cuyo ejército atribuye fuerza igual, siendo inmensamente superior al nuestro de 1811, y siguiendo la misma ruta aunque con menos habilidad y menor diligencia. John Moore, hizo la desastrosísima marcha que en su lugar recordamos, cuando Abadía la hizo con tal orden que le permitió retirar su artillería de Villafranca sin inconveniente alguno y establecer en Toreno las tropas de Manzanal para cerrar el camino de Asturias por Leitariegos, y al abandonar el Vierzo no tomó el camino de Lugo como el general inglés, sino que del mismo modo que el marqués de la Romana fué á situarse en la posición de Domingo Flores, cerca ya de Valdeorras y en dirección de Orense y Vigo. En lo que sí creemos que tiene razón Napier es en atribuir el fracaso de la expedición de Dorsenne, que

aun sabiendo iba á llegarle pronto de refuerzo la división Souham para que pudiera penetrar en Galicia, se retiró apresuradamente desde Villafranca á la llegada de Wellington al Coa, no á la aptitud del reducido ejército de Badía (1).

Dorsenne, pues, retrocedió á Castilla al tener noticia del peligro que amenazaba á Ciudad Rodrigo y se encaminó á Zamora y Salamanca, territorio señalado para las operaciones del ejército del Norte, en cuyo mando substituyó al duque de Istria, llamado á París para cuidar con Mme. Montesquiou del Rey de Roma. Porque para entonces había cambiado por completo la misión del ejército de Portugal: cualquiera nombre habría sido más propio que el que aún tenía desde la batalla de Fuentes de Oñoro. Era auxiliar del ejército del Norte que operaba en Castilla la Vieja y había recientemente recibido el encargo de vigilar la línea de invasión del vecino reino desde Salamanca y Ciudad Rodrigo; lo era también de la línea de Badajoz en combinación con el del Mediodía; y más que de ningún otro, del de este último, con el que, según las instrucciones de Napoleón, debía comunicar desde Trujillo y Medellín por medio del 5.° cuerpo establecido en Llerena y Zafra. Su posición, sobre todo, entre Alcántara y Aranjuez lo constituía así como en cuerpo de reserva, dispuesto en el centro de la Península para dirigirse á Valencia, como lo hizo alguna de sus divisiones con Montbrun; á Andalucía, si hiciera falta en

(1) Escribió Badía á la Junta Superior de Galicia: «Su retirada es tan precipitada que han dejado en mis manos algunos de sus heridos y aun subsistencias para mantener mi exército tres días, que en las circunstancias actuales es un hallazgo de la mayor consideración».



Sevilla ó Cádiz, y á sostener á Madrid contra cualquiera contingencia en guerra tan dada á ellas.

Volvería luego á sus antiguas posiciones de Portugal pero en concepto de auxiliar, primero, y después por necesidad apremiante, exigida en muy nuevas é inesperadas circunstancias. En ese concepto, repetimos, de auxiliar y haciendo oficio de reserva, siquiera poderosa y decisiva, vamos á verle ahora ponerse en acción.

Marcha de Marmont y Dorsenne en socorro de Ciudad Rodrigo.

La nueva é inesperada situación del ejército anglo-portugués en el Coa y el Agueda, no sólo, según se ha dicho, contuvo á Dorsenne en su jornada á Galicia, sino que le obligó á pensar en el socorro de Ciudad-Rodrigo, ya que el poco antes enviado sería insuficiente para el caso de un ataque, hacía un mes improbable. En todo había pensado Lord Wellington menos en impedir la invasión de Galicia, como se imaginaron los franceses al verle emprender su marcha desde el Guadiana, ignorantes de los preparativos que el general británico había ordenado para el sitio de aquella plaza. Tal era la reserva con que los llevaba y tal la lealtad de cuantos tenían la misión de mantener á los franceses en el mayor aislamiento posible, privándoles de toda noticia que pudiera revelarles proyecto tan importante. Por lo mismo exigía su ejecución más tiempo del ordinario para otros de su índole ó en circunstancias distintas; y de ahí la inacción de que llegó á acusarse á Lord Wellington, así como de lo esparcido que mantenía su ejército en la comarca á que acababa de trasladarse, otro ardid con que se propuso desorientar á sus enemigos.

Marmont, sin embargo, llegó á barruntar el pensa-

miento del Lord por los rumores, si vagos todos, bastante fundados, que llegaron á sus oídos. Dos eran las versiones que esas voces daban: la de que Wellington se disponía á marchar sobre Salamanca, y la de que sólo el sitio de Ciudad-Rodrigo le llevaba á aquella frontera. De ahí deducía Marmont que su deber en el primer caso, le llamaba á correr en auxilio del ejército del Norte, que era el amenazado; en el segundo, habría de marchar sin retardo alguno en socorro de Ciudad Rodrigo. Podría suceder que se tratara, por el pronto, del sólo bloqueo de aquella plaza, y entonces habría necesidad de avituallarla para varios meses y aun reforzar su guarnición. Activo, como era, y previsor, lo primero que hizo, y lo hizo en cuanto recibió aquellas noticias en su concepto más ó menos fidedignas, fué destacar su sexta división, que estaba en Plasencia, al Puerto de Baños, dispuesta á desembocar en el valle del Tormes, acompañada de una gran parte de su caballería, de la que varias partidas se adelantarían hasta Tamames y Salamanca. No satisfecho con eso, reconcentró bastante sus tropas sobre Plasencia, envió á Foy la orden de reunir también su primera división en Trujillo después de aventar á los españoles puestos á su alcance, y prepararse á repasar el Tajo. Y, por fin, trasladó su cuartel general de Talavera á la divisoria para estar al alcance de cuanto pudiera acontecer; pidió al Rey José relevara con tropas del ejército del Centro las de Portugal acantonadas en puestos del Tajo próximos á Madrid, y despachó á Valladolid uno de sus ayudantes que concertase con Dorsenne las operaciones que hubieran de emprenderse como más convenientes por el momento; creyendo, con

todo, que sólo se trataba del bloqueo, no del sitio de Ciudad Rodrigo.

Dorsenne, por su lado, teniendo que desistir de su expedición á Galicia, había reunido su ejército, excepto la división Bonnet que dejó en observación de nuestras tropas de aquel reino de Asturias, y se dirigió á Salamanca. Componían el ejército del Norte cuatro divisiones de infantería á las órdenes de los generales Thiebault, Souham, Dumoustier y Roguet, las dos últimas de tropas de la guardia imperial, una brigada, también de la guardia, una división de caballería, que mandaba el general Wathier de Saint Alphonse, y 50 piezas de artillería de campaña (1). Pasada en aquella ciudad una gran revista, donde, según Thiebault, se presentó aquel ejército, si poco numeroso, magnífico, suponemos que de instrucción y aspecto, y después de una reunión de todos los generales que lo mandaban,

(1) Thiebault era gobernador de Salamanca; pero se le dió el mando de la primera división que antes había ejercido el general Séras.

Por cierto que dice en sus Memorias que aquella división tenía la fama de hacer siempre sus marchas en el mayor desorden, vicio que él quitó en la primera que hizo en la jornada subsiguiente, ganando una apuesta con Dumoustier que no creía pudiera lograrlo tan pronto.

Así dice que lo consiguió: «Yo dispuse detalladamente que nadie se saliese de las filas sino en los altos que se darían de hora en hora lejos de todo poblado; que nadie saliera de filas más que por una absoluta necesidad sin entregar su fusil á ninguno de sus vecinos y sin ir acompañado de un cabo que no le perdería de vista: que los coroneles y comandantes de batallón se mantuvieran en los flancos de sus tropas corriendo continuamente de la cabeza á la cola y ejercitando así una vigilancia que del mismo modo ejercerían los jefes de sus regimientos ó brigadas y yo en la división toda; que cada batallón proporcionaría un sargento y dos cabos, y que estos nueve sargentos y dieciocho cabos mandados por un capitán y un teniente, activos y vigorosos, seguirían á la división y registrarían todas las casas, setos y cercados junto á los cuales pasaran».

púsose en marcha con rumbo á Ciudad Rodrigo, seguido de un convoy considerable para el abastecimiento de aquella plaza. Los dos ejércitos se unieron en San Muñoz según Thiebault, que iba de vanguardia, y en Tamames se vieron el 22 Dorsenne y Marmont, según dice éste en sus Memorias; conviniendo en que la caballería y una división de infantería del ejército de Portugal, se dirigirían á Moras Verdes para cubrir el convoy del ataque de una división inglesa que sabían se encontraba en la sierra de Gata y orilla derecha del Agueda (1). Y efectivamente con aquella maniobra ejecutada el 23, entraba el 24 en Ciudad Rodrigo sin contratiempo alguno el convoy general que habría de abastecer aquella plaza por seis meses.

Posiciones de los beligerantes.

Ya tenemos, pues, los dos ejércitos francés y británico, uno enfrente del otro, dispuestos á combatirse, con ánimo, empero, sus generales en jefe, de no arriesgar en una acción campal ni la respectiva misión de sus tropas ni su reputación personal. El duque de Ragusa había cumplido airosamente el encargo de auxiliar á Dorsenne, responsable del socorro de Ciudad Rodrigo, y Wellington debía satisfacerse con que no se le obligara á levantar el campo y perder el fruto de tanto preparativo como estaba haciendo para el sitio, en tiempo oportuno y favorable, de aquella plaza.

(1) El general belga A. Brialmont, en su «Historia del Duque de Wellington», supone á Marmont á principios de septiembre en Salamanca con su ejército, y uniéndolo el 20 con el de Dorsenne; error manifiesto como el de hacer á su héroe el 8 y no el 7 en el Coa. Son varios los que comete en esta parte de su narración á pesar de atestiguar no pocas veces con actores, é influyentes, de aquella campaña. Del estudio y examen de su obra hemos deducido que no puede dársela fundadamente la autoridad que parece debiera merecer la de escritor militar tan distinguido.

Y que esta opinión es fundada vamos á demostrarlo inmediatamente.

La posición del ejército anglo-portugués era demasiado extensa para poderse defender de un ataque dirigido con alguna habilidad. Al señalarla, es cosa de desconocer á Lord Wellington. Hallábase en la derecha, detrás del arroyo Vadillo y en Zamarra, junto al Agueda, la división ligera de Crawfurd con algunos escuadrones y seis piezas; en la izquierda sobre Gallegos y Espeja, con sus puestos avanzados en Marialva y El Carpio, formaban la sexta división y la brigada de caballería de Anson, á las órdenes del general Graham, recientemente llegado de Cádiz en relevo del general Spencer; más á su izquierda se veía á los españoles de D. Julián Sánchez bajo el mando, nominal dice un autor inglés, del general D. Carlos España; en el centro y en las alturas de El Bodón se había establecido la tercera división con tres escuadrones de ingleses y alemanes y con sus descubiertas en Pastores dominando la llanura de Ciudad Rodrigo por el Sur y las márgenes del Agueda. Dos brigadas de caballería de línea, situadas en el alto Azaba, mantenían la comunicación de la izquierda con el centro, sostenidas desde Campillo por la brigada portuguesa de Pack; la séptima división estaba de reserva en la Alamedilla y la primera en Nave d'Aver; y en Fuente Guinaldo, por último, permanecía Lord Wellington con su cuartel general y la cuarta división apoyada en atrincheramientos elevados, en su frente, y dos reductos en sus flancos. También fueron ocupadas Aldea de Ponte y Soita á retaguardia, en el camino que el Lord se había propuesto seguir al retirarse, y la quinta división siguió



en El Payo esperando la llegada de Foy por el puerto de Perales. Porque cuantas providencias tomó al tener conocimiento de la aproximación de los franceses fueron dictadas con el exclusivo objeto de rehuir un combate general y decisivo. Ahí están sus despachos del día 23 á los generales que cubrían los flancos de la línea, á Crawfurd en el derecho y á Graham en el izquierdo. Ni una sola instrucción hay en ellos para concentrarse hacia Fuente Guinaldo estando tan lejos de aquella posición, cuartel general del ejército; ninguna para resistir mientras no puedan llegarles refuerzos con que sostenerse; todas son para evitar un choque formal y retirarse antes de sus puestos. Crawfurd, establecido entre Zamarra y Martiago, debe retirarse en cuanto halle ocasión sobre Robleda, aun cuando no lo hayan hecho las tropas de El Bodón: Graham, que acampa en el bajo Azaba, si observa que va á ser atacado en Espeja, Gallegos ú otro punto de la izquierda del ejército, debe concentrar las tropas inglesas y portuguesas en Nave d'Aver, retirar las españolas sobre Fresneda y Castello Bom, y si aun así se ve apremiado por el enemigo, ha de llevar las de Nave d'Aver á Villa Maior y Aldea de Ribeira y mantenerlas allí hasta recibir nuevas órdenes. De todos modos, Graham, con una parte de su infantería, se mantendrá cuanto pueda en Malhadasorda y Arifana, y las tropas españolas cruzarán el Coa, si es necesario, y ocuparán Castello Mendo y sus cercanías, destacando partidas de su caballería para vigilar el puente y el vado de Almeida así como los pasos intermedios de aquel río.

No se extrañarían estas órdenes de retirada si fueran acompañadas de otras para ver de rechazar al ene-



migo: de no ser así, ellas demuestran que desde la aproximación de los franceses Lord Wellington no tuvo otro pensamiento que el de retirarse y abandonar el bloqueo de Ciudad Rodrigo, ni un momento el de repetir la hazaña de Fuentes de Oñoro, en cuyo campo de batalla se encontraba ahora como cuatro meses antes.

¿A qué debe eso atribuírse? ¿A la desproporción de fuerzas entre las de su mando y las francesas? No era lo exagerada que se ha supuesto (1).

Aun cuando hubiera alguna, el espíritu de sus tropas, el prestigio de su autoridad, la división del mando en el ejército enemigo, y su posición defensiva en los lugares mismos en que no había podido conquistarla un Massena, podían haber hecho á Wellington tomar una actitud un poco más enérgica de la que informan sus despachos á Crawfurd y Graham. Y no

(1) Napier y otros historiadores compatriotas suyos han supuesto que el ejército imperial contaba con 60.000 hombres, de los que 6.000 de caballería y 100 piezas. Suponen, además, que una parte del 5.° cuerpo francés ocupaba Trujillo, que la división Girard, del mismo, se había adelantado á Mérida, y que Foy, reforzado con una división del ejército del Centro, desde Plasencia se dirigía, como Girard, á caer sobre el flanco ó retaguardia de los aliados. Es mucho suponer. Los franceses, por su lado, hacen constar que reunidos los ejércitos de Portugal y Norte, constituían una fuerza total de 47.000 infantes y 3 ó 4.000 caballos con 80 piezas. M. Thiers, que pudo ver los estados de fuerza oficiales, la reduce bastante diciendo: «su efectivo total pasaba de 40.000 hombres»; eso sí, *con 6.000 por lo menos de la mejor caballería*. En cuanto á los refuerzos recibidos del ejército del Centro, he aquí lo que dice Marmont en sus Memorias: «En fin, pedí al rey de España que hiciera relevar en el valle del Tajo mis tropas con algunos destacamento del ejército del Centro, que guardasen mis comunicaciones; pero, según su costumbre, no hizo nada, y fué necesario, para la conservación de las poblaciones, los hospitales y almacenes, descontar del ejército de Portugal las fuerzas necesarias para tal objeto». De las divisiones del 5.° cuerpo, no dice una palabra: estaban muy lejos para hacerlas entrar en tal combinación.

que estableció sus tropas en una línea muy defectuosa por lo extensa y fácil, por consiguiente, de ser cortada en algunos de sus puntos, en El Bodón, sobre todo, posición insostenible contra un enemigo dueño del llano que la separa de Ciudad Rodrigo. Eso, más que nada y tratándose de un Wellington, maestro ya acreditadísimo en la elección de posiciones, demuestra como sus despachos, repetimos, que sólo pensó para esa distribución de las tropas de su mando en el modo más apropiado y expedito de retirarlas y por caminos que hacen suponer un olvido, por otra parte, del grandioso parque procedente de Lisboa y Oporto y que se estaba formando en Trancoso y Pinhel.

Volvemos á decir que es cosa de desconocer al insigne general inglés.

Por su parte, el duque de Ragusa no mostró mucho empeño en trabar con su adversario una lucha con caracteres, de comprometida sí, pero decisiva también. Dorsenne iba á Ciudad Rodrigo así como por la obligación de socorrer una plaza amenazada del riesgo, ya inminente, de perderse, falta de fuerza y de bastimentos y eso dentro de la jurisdicción de su mando establecida, no porque pensara en medir sus armas con las del sitiador. Si podía contar con las de un colega que le prestara las suficientes para, no satisfaciéndose con desempeñar ese especial cometido, acometer la empresa de alejar por mucho tiempo de aquella importante fortaleza el peligro que la amenazaba, tendría que subordinar su idea y su acción á la de un jefe de superior jerarquía, y aun haciéndolo con voluntad, no habría de ser sin inconvenientes. Marmont, pues, operaba en condiciones que, como va á

verse, le privarían de la energía y aun del propósito de exponerse á un choque en el que ni ejercería el mando en absoluto, sin trabas de ningún género, ni recogería para él solo la gloria que pudiera proporcionar (1).

Combate de El Bodón.

Marmont ignoraba cuanto se había hecho en el campo inglés para preparar el sitio de Ciudad Rodrigo; y á fin de conocer siquiera las posiciones en que aquél se apoyaba, dirigió dos reconocimientos: uno, sobre su derecha con la caballería de Vathier del ejército del Norte, que se adelantó efectivamente hacia Espeja, y otro sobre su izquierda, camino de Fuente-Guinaldo. La caballería de Dorsenne encontró en El Carpio las avanzadas inglesas y las arrolló hasta hacerlas repasar el Azaba, en cuya orilla izquierda fué rechazada por tropas de las dos armas que, después de un ligero tiroteo, la hicieron á su vez retroceder y ocuparon de nuevo la posición perdida de El Carpio, suceso nada extraño tratándose de un reconocimiento.

Otra cosa fué lo que aconteció en la izquierda de los franceses. Marmont se dirigió á Fuente-Guinaldo con parte de la caballería de Montbrun, encontrando, á poco de romper la marcha, las alturas de El Bodón coronadas de tropas inglesas cuyo número no supo determinar desde la llanura ni si estaban ó no apoyadas por otras próximas á retaguardia. Como la infantería de su ejército no había entrado aún en línea, hubo de pedir á Dorsenne una de sus divisiones, siendo la de

(1) Wellington debió comprender algo de ese estado de ánimo de Marmont cuando Napier, manifestando que el 24 no se había tomado en Fuente-Guinaldo otra disposición que la de situar allí la 4.ª división, dice que *en la idea de que los franceses no avanzarían ya más*.



Thiébault, que acababa de meter el convoy en Ciudad Rodrigo, la destinada á protegér la caballería de Montbrun en sus cargas sobre las posiciones de El Bodón.

Si dijéramos que íbamos á dar la única verdadera descripción de aquel combate, ni siquiera mencionado por algunos historiadores franceses aun habiendo resultado tan reñido é interesante, caeríamos en una de las aberraciones que padecen los que no vacilan en inclinarse por uno ú otro de los que, disputándose la gloria de una jornada, la cuentan sin más que obedecer á sus pasiones, al culto, sobre todo, de sus banderas (1). Varios testigos presenciales, mejor aún, varios actores, é influyentes, en el ataque de El Bodón, nos han dejado en sus escritos la memoria de aquel choque; Wellington, Napier y Londonderry, principalmente, entre los ingleses, y Marmont y Thiebault entre los franceses; todos, como acabamos de decir, dejándose llevar de su interés personal y de su orgullo de nación, sentimientos muy naturales pero que perturban la vista en el campo de batalla y la memoria y aun la inteligencia en el gabinete de estudio. Londonderry hace un bellísimo relato de aquel combate y disculpa su mucha extensión con estas palabras: «Fué mi buena fortuna la que me mezcló personalmente en aquel hecho, y como no se ha ejecutado ninguno más

(1) Thiers, apenas recuerda el choque á que en estos momentos nos referimos, sin nombres de localidad ni el menor detalle que lo explique. En *Victorias y Conquistas*... se equivoca todo, fechas, número de las fuerzas, ni siquiera se menciona sino para atribuir el socorro al general Thiebault exclusivamente, no asistiendo á él ni Dorsenne ni Marmont con sus tropas. Y todo ello en nota.



brillante por un puñado de tropas británicas, me tomo la libertad de dar aquí cuenta un poco detallada de él.» Pero como al trasladar íntegra esa descripión tendríamos que hacer otro tanto con la originalísima pero muy distinta de Thiebault, actor también, y la apasionada de Marmont, que dirigía personalmente el ataque, nos satisfaremos con consignar aquí lo más importante de una acción que, por cualquier concepto que se haya de formar de ella, no fué sino un episodio que nada podía decidir en la suerte de los ejércitos que se la disputaron.

La caballería de Montbrun, el rumbo de cuya marcha no pudieron fijar los ingleses hasta haber ella rebasado una bifurcación del camino que la ocultaba á su vista, después de arrollar impetuosamente los puestos avanzados de los franceses, cayó sobre éstos por tres distintas partes de la altura con un vigor que Napier califica de sorprendente (1). La acometida fué, con efecto, tan violenta, que á pesar del fuego de la primera línea de infantería que encontraron los soldados de Montbrun, y del de la artillería que les fué perfectamente dirigido, cogieron cuatro de las piezas de que constaba, haciendo, además, huir á los artilleros que las servían. Pero el 5.° de la infantería inglesa, que formaba á su espalda, avanzó resueltamente y, calando las bayonetas á pocos pasos del enemigo, recuperó las piezas y le obligó á su voz á retirarse (2). Comentario de Londonderry: «Creo que éste es el primer ca-

(1) «...in gallant style», dice Londonderry, y of the boldest character, dicen los Anales de las Campañas Peninsulares.

(2) Las piezas eran portuguesas. Se ha dudado si fueron 2 ó 4 las piezas disputadas.

so que se recuerda de una carga á la bayoneta dada contra caballería por un batallón de infantería en línea, ni sería quizás prudente introducir esa práctica en la generalidad de su uso; pero nunca se ha dado una carga con mayor éxito» (1). Puestas en salvo las piezas, emprendieron los ingleses su marcha retrógrada á paso largo pero sin desunirse y rechazando por dos veces las cargas de los imperiales (2). Otra cosa hubiera sucedido de haber llegado en aquellos momentos parte de la infantería del ejército de Portugal ó, por lo menos, la división Thiebault que Marmont había pedido á Dorsenne; pero á esa, que era la más próxima, había, al decir del Duque de Ragusa, enviado lentamente la orden su general en jefe y ella la había ejecutado más lentamente todavía llegando á su

---

(1) En otra parte hemos tenido ocasión de recordar una carga más extraordinaria aún y decisiva. Al retirarse en 1521 D'Asparrot de Logroño á Pamplona, tenía que romper por entre los españoles del Duque de Nájera en Esquiroz, donde se vió á una parte de nuestros infantes, armados de picas, acometer y derrotar á la gendarmería francesa que se daba por invencible.

(2) En los *Anales*, antes citados, se dice: «Nada más hermoso á la vista de un militar que la escena que allí se representó». No sin razón se enorgulleceria Londonderry de haber tomado parte en ella.

Según el Duque de Ragusa, el ataque de Monttun causó en el ejército inglés un gran desórden. Lo describe así: «...el primer ayudante de campo de Wellington, lord Manners, tomó los escuadrones franceses por tropas inglesas y vino á preguntar al general Dejean, que los mandaba, dónde estaba el duque de Wellington. El general Dejean no tuvo la necesaria presencia de espíritu para hacerle prisionero, y le hizo notar su equivocación respondiéndole furioso: *¿Qué me quereis?* Aquel oficial debió su salvación á la velocidad de su caballo. En aquella confusión de los ingleses, otro ayudante de campo de Wellington, Gordon, oficial de su confianza, muerto después en Waterloo, vino como parlamentario bajo el vano pretexto de un cambio de algunos prisioneros. No queriendo yo ofrecerle ocasión de que diera á su general noticias que pudiese utilizar, le retuve tres días en mi cuartel general».

destino cerrada la noche, cuando debía haberlo hecho dos horas antes. Hubiera sucedido que la división Crawfurd, situada en El Vadillo y Zamarra, se habría hallado completamente desunida de su ejército y sin camino ni medios para incorporarse á él, lo mismo que la establecida en El Payo, á poco que Marmont hubiera hecho avanzar su infantería sobre su extrema izquierda (1). Aún privada de ese recurso tan esencial en un combate en que tomaban parte las tres armas del lado de los ingleses, la caballería francesa los fué acosando sin cesar largo rato, no pocas veces detenida por el fuego de la infantería enemiga formada en cuadros, y otras por las cargas de la caballería, entre cuyos escuadrones se distinguían dos de la Legión Real alemana rivalizando con los del 11.° ligero de dragones británicos en gran valor (2). En esto descubrieron los ingleses una columna que se dirigía sobre su derecha y retaguardia y acordaron retirarse y abandonar las alturas que habían defendido con su tenacidad y sangre fría características.

Esa columna francesa que trataba de envolverlos era la división Thiébault; pero como ya se hacía de noche no pareció bien al Mariscal francés continuar el combate, dejándolo para el día siguiente, con gran contentamiento, sin duda, de Wellington que así ga-

(1) Dice Thiébault: «Y en efecto, un solo reconocimiento dirigido sobre la izquierda del Agueda y nuestra, hubiera puesto á merced nuestra aquellas dos divisiones; pero teníamos tanta incapacidad y negligencia como vanidad y orgullo.»

(2) «Era imposible, exclama entusiasmado Londonderry, determinar cuál de aquellos cuerpos ejecutó actos de mayor denuedo (greater gallantry). Hace enseguida el elogio de los oficiales, contándose él mismo entre ellos.

naba tiempo con que subsanar los errores cometidos hasta entonces. ¿Qué ventajas había de conseguir con la dispersión en que tenía sus tropas aquel día, tendidas en espacio tan dilatado como el de Marialva y Espeja al Vadillo y no pudiendo contar por el momento con las divisiones ligera y 5.ª que en rigor debían considerarse como perdidas de haber sido más enérgica la acción de los franceses y haber, de consiguiente, entrado en línea su numerosa infantería, lejos aún del campo de batalla por la falta de aquella su actividad tan preconizada en las campañas imperiales?

Esa fué la fortuna de Wellington en aquella jornada, tan mal dispuesta por él: la división ligera de Crawfurd no había recibido la orden de retirarse, y temeroso su jefe que se le pudiera interceptar el paso del Agueda por Robleda é ignorando que estaba ya ocupado el puerto de Perales por las tropas de Foy, determinó retirarse por lo largo de la orilla derecha de aquel río. Afortunadamente para Crawfurd, recibió nuevas órdenes para retroceder en su marcha y logró cruzar el Agueda por el vado de Robleda, á cubierto de las divisiones Picton y Cole cuando aún permanecían en Fuente Guinaldo. No sin razón pudo el Duque de Ragusa, al saberlo, pronunciar la frase que se le atribuye: *L'étoile de Wellington brille aussi dans cette circonstance.*

Por esa misma falta de previsión de los generales franceses, se libraron de quedar prisioneras las fuerzas inglesas establecidas en la posición de Pastores, las cuales, rebasadas por la caballería de Montbrun en su avance á El Bodon, lograron también aquella noche escabullirse por entre Ciudad Rodrigo y el

campo francés, juntándose luego á su ejército. Así y estableciendo una división en observación del puerto de Perales, quedó el ejército anglo-portugués asegurado de una sorpresa que pudiera comprometer su suerte.

Indecisión de los generales franceses.

Quedaba para el día siguiente, 26, el decidir si el ejército francés proseguiría su jornada hasta alejar, si es que no lo podía destruir, al aliado, batido la tarde anterior en su puesto avanzado de El Bodon. Se suponía al Lord en Fuente-Guinaldo y se consideraba su posición formidable, más que por las fortificaciones de que se la veía rodeada, por la circunstancia de mantenerse en ella un general tan acreditado en la elección de sus campos, tan prudente como cauto y previsor. Marmont y Dorsenne, contando ya con todas sus tropas á la mano y, más todavía, llenas de entusiasmo por suponer aquella ocasión muy favorable para humillar el orgullo británico muy levantado después de sus victorias de Torresvedras y Fuentes de Oñoro que tanto acreditaban su valor, su solidez y su disciplina en los campos de batalla, se presentaron, no al amanecer como era de esperar, sino después de las nueve de la mañana en los altos del Bodon en que había aquella noche acampado la división Thiébault. Y he aquí cómo describe este general la escena que allí se representó, explicativa verdaderamente de la disposición de ánimo en que se hallaba el célebre pero desdichado jefe del ejército de Portugal. «En fin, dice Thiébault en sus Memorias, el Mariscal Marmont y el general Dorsenne aparecieron á la cabeza de sus fastuosos estados-mayores: mis tropas se pusieron al instante sobre las armas; pero apenas habían llegado, aquellos seño-



res echaron pie á tierra y habiendo preparado sus anteojos, se pusieron á examinar el campo inglés de Fuente Guinaldo, campo que me sabía yo de memoria hacía dos horas, las que habría sido preciso á aquellos señores para examinar con los anteojos y reconocer andando los tres cuarto de legua que de él nos separaban. Sin embargo, si nada era menos militar, nada tampoco fué más tristemente cómico: «Sí, decía el Mariscal, esforzándose por ver lo que no había á través de su telescopio, sostenido en el hombro de uno de sus ayudantes de campo; sí, mis noticias son exactas. La derecha de la línea inglesa está apoyada en un escarpe inaccesible.» A esa palabra, volví á cojer mi anteojo, que era excelente, y, lo mismo que el general Dorsenne, no logré descubrir nada que indicase tal escarpe. El general Dorsenne se lo manifestó así al Mariscal que, sin contestar, continuó: «ese campo se halla cubierto de obras revestidas», y, despues de haber cambiado conmigo algunas palabras y algunas miradas, el general Dorsenne indicó aún que apenas si veía unas alturas de tierra; en fin, y como si no hubiera quién le hablase, el Mariscal terminó su examen añadiendo: «Y, como me habían dicho, esas obras revestidas están armadas de piezas de gran calibre traidas de Almeida; así pues, no hay nada que hacer». Y pidió su caballo sin responder al general Dorsenne que le manifestó no ser aquella su opinión....»

Poco tiempo después, por acuerdo tomado por Marmont en una conferencia celebrada en su alojamiento con Dorsenne, diéronse las órdenes para levantar el campo y volver á los anteriores cantones del ejército de Portugal en la cuenca del Tajo, y de el del

Norte en Salamanca y Valladolid (1). El ejército de Portugal debía ser el primero en la marcha; la guardia (de el del Norte) partiría á las once de la noche, el general Souham á media noche y Thiébault á la una de la mañana cubriendo la retirada con su división y la caballería de Wachier de Saint-Alphonse. Pero entre tanto que se emprendía aquella incomprensible marcha, Thiébault había descubierto desde la altura en que observaba la posición de Fuente Guinaldo, que iban sucesivamente apagándose las hogueras del vivac inglés; y después de bien informado por un oficial á quien hizo reconocerlo, dió parte á Dorsenne de que aquel puesto, cuartel general de Wellington, había sido evacuado por completo y se hallaba desierto. No lo creían al principio los generales franceses, pero, convencidos al fin, Marmont dió la orden de que retrocediesen las tropas que habían emprendido la retirada, una de las cuales, las del ejército de Portugal, la división Souham y la guardia imperial se hallaban ya á las puertas de Ciudad Rodrigo.

Lord Wellington había, con efecto, levantado su campo de Fuente Guinaldo, tan desorientado de los planes de su adversario como fijo en los suyos cuando diera instrucciones para la retirada de sus divisiones á la menor amenaza que las dirigiese el enemigo. No

(1) Si ha de creerse á Thiébault, en la conferencia á que nos referimos, Marmont contestó á los razonamientos que le presentaba Dorsenne que hasta se ofrecía á combatir sólo: «¿Sabeis cuáles son las instrucciones particulares que el Emperador ha dado respecto á ese ejército inglés, si conviene á su política que sea destruido ó si, por el contrario, no está interesado en conservarlo en España por el papel que representa en el parlamento de Inglaterra en tanto que haya tropas inglesas aquí presentes»?

servirá nunca aquella corta campaña de modelo, tales fueron los errores cometidos por los caudillos, las deficiencias técnicas que pusieron de manifiesto y la falta de energía que la caracterizó en uno y en otro campo. Al abandonar Fuente Guinaldo Lord Wellington, el ejército de su mando tomó nuevas posiciones; concentrándose más y en disposición de ejecutar el plan ideado por su general en jefe al dictar las instrucciones de que hace poco hemos dado cuenta. El general Graham ejecutó cumplidamente las que se referían á sus tropas trasladándolas á Naved'Aver, flanqueadas por los españoles, menos la caballería de D. Julián que fué destinada á maniobrar sobre la retaguardia enemiga quienes se situaron, como se les había prevenido, en la izquierda del Coa. Pero aún fué necesario concentrar más el ejército; y el cuartel general se situó el 27 en las siguientes posiciones señaladas en el despacho de Wellington al conde de Liverpool: La 5.ª división sobre la derecha en Aldea Velha; la 4.ª y los dragones ligeros y la caballería del Mayor General Alten, en el convento de Sacaparte al frente de Alfaiates; las 3.ª y 7.ª divisiones en segunda línea, detrás de Alfaiates; el cuerpo del Teniente General Graham sobre la izquierda en Bismula teniendo sus guardias avanzadas á la parte del río de Villa Maior; la caballería del Teniente General Cotton, cerca de Alfaiates, sobre la izquierda de la 4.ª división y teniendo á su izquierda en Rebolosa las brigadas de los Generales Pak y M. Mahon. Piquetes de la caballería estaban al frente de Aldea da Ponte á la parte del río de Villa Maior, y los de la brigada del General Alten hacia el mismo río y Furcalhos».

Combate de Aldea da Ponte.

Ya tenemos, pues, el ejército anglo-portugués libre de verse envuelto, aun siendo todavía su línea bastante extensa, y en disposición de resistir cualquier acometida del francés y, cuando no, de asegurar su retirada, siquier hubiera de dirigirse por rumbo inesperado y abandonando el por donde caminaban los convoyes del material de sitio desde Oporto, Lamego y Trancoso á Pinhel y Almeida.

Al tener Marmont, según ya hemos indicado, noticias de la evacuación de Fuente Guinaldo por los aliados, hizo avanzar de nuevo á Montbrun con una gran parte de su caballería y un cuerpo de infantería hacia Casillas de Flores, mientras los jinetes de Wathier apoyados por una división, también del ejército del Norte, se dirigían á Albergaría sobre el flanco derecho de la línea inglesa.

De ahí el combate de Aldea da Ponte donde, según hemos dicho, estaban las avanzadas de los aliados. El general Wathier tomó la delantera, reuniéndosele en Las Casillas de Flores Tiébault con su división, cuya marcha se había retardado por lo fangoso del terreno de bosque que hubo de recorrer. En la marcha supo Tiébault que Aldea da Ponte se hallaba ocupada por algún cuerpo de infantería inglesa, con lo que apresuró su movimiento combinándolo con el de la caballería de su colega de aquel día. La fuerza inglesa que ocupaba el pueblo debía ser muy poco numerosa, pues ya hemos indicado por el escrito de Wellington que consistía en algún piquete de caballería que á la vista de los franceses debió ser reforzado por la vanguardia de la división ligera, la cual hubo de limitarse á la defensa de la población, descuidando el ocupar las laderas en que

está encerrada (1). Así es que no hallo Thiébault dificultad para, enviando algunas de sus tropas á flanquear su ataque por aquellas laderas, repeler á los ingleses y despacharlos del pueblo hacia su campo. En él se encontraba Lord Wellington que, viendo á los franceses proseguir su triunfo y atacar á la brigada Pakenham, parte de cuyas fuerzas campaba en las alturas próximas á retaguardia de Aldea da Ponte, se adelantó, á su vez, á apoyarla con dos regimientos de infantería, inglés, el uno, y portugués el otro. Tan reñida se hizo la lucha que el mismo Wellington se vió comprometido en ella y muy expuesto (2). Sus esfuerzos, sin embargo, lograron contener á los franceses; dando lugar á que Aldea da Ponte fuese ocupada de nuevo por los ingleses, aunque al poco tiempo reconquistada por los imperiales que, después de varias peripecias de un combate empezado antes de las diez de la mañana, concluyera á las cinco de la tarde en ventaja de las divisiones Thiébault y Wathier que lo habían empeñado. «Pakenham, dice Napier, lo volvió á ocupar (el pueblo después de las cinco) con sus fusileros; pero eran muchos los franceses; el país, montuoso y de bosque, no permi-

(1) Sin embargo de consignar Napier que la vanguardia de Crawfurd detuvo á los franceses que desembocaban por el camino de Furcalhos, Lord Wellington sostiene que aquellos «atacaron á los piquetes de la Caballería de Aldea da Ponte y tomaron posesión del pueblo».

(2) Iba de Ayudante de Wellington en aquellas jornadas el príncipe de Orange, combatiendo en ellas gallardamente por la Independencia, dice Toreno, de un país muy desamado dos siglos antes de sus ilustres y belicosos abuelos los Guillermos y Mauricios». «Así anda, añade, y voltea el mundo». Wellington elogia mucho al de Orange. Dice: «G. S. H. el Príncipe heredero de Orange me acompañó durante las operaciones que he detallado á su señoría y entró por primera vez en fuego, conduciéndose con un denuedo é inteligencia que ofrecen la esperanza de que llegará á ser un ornamento de su profesión».

tía distinguir nada de lo que pasaba en los flancos, y como sabía que el campo de batalla escogido por el general en jefe era detrás del Coa, abandonó Aldea da Ponte y volvió á situarse en su primera posición» (1).

Nueva posición inglesa

Se conoce que á pesar de aquella reacción valerosa con que los ingleses procuraron, por lo menos, demostrar que no impunemente se atacarían sus posiciones avanzadas, estaba su general tan resuelto á no ofrecer á sus enemigos una batalla donde comprometiera la suerte del ejército inglés y la del reino, quizás, cuya defensa le estaba casi exclusivamente encomendada, que al día siguiente, 28, formaba sus tropas en una nueva línea, más atrasada todavía que la anterior. Extendíase esa línea desde la abrupta sierra das Mesas, en que se apoyaría el ala derecha del ejército, á Rendo sobre el Coa, donde se hallaba la izquierda. El cuartel general se estableció en Quadrazaes junto á Soito, centro de la línea general, una de las más fuertes y mejor constituídas bajo el punto de vista de su defensa de cuantas supo elegir el hábil general británico. Lo accidentado del terreno; la protección que ofrecía el cambio casi perpendicular del Coa en su curso á ambos flancos de la línea impidiendo que pudiera ser envuelta, la hacían de muy difícil conquista. Adolecía, con todo eso, de un defecto capitalísimo sobre el que ya hemos hecho alguna indicación, el de no ofrecer comu-

(1) Wellington arregla también su relación. Dice así: «El teniente General Cole los atacó de nuevo con una parte de la brigada Pakenham y los arrolló por la aldea; pero llegaba la noche y como el general Pakenham no estaba cierto de lo que sucedía en sus flancos, ó por el número de los enemigos, ó porque sabía que el ejército iba á retirarse aún más, evacuó la población, que ocupó el enemigo y en la que se mantuvo por la noche».

nicación apropiada para retirar el ejército por rumbos que le condujeran á un fin que pudiera considerarse verdaderamente estratégico y útil. Abandonaba la línea natural de retirada, la que con tan excelentes resultados había seguido hasta Busaco y Torres Vedras, y dejaba á merced del enemigo cuanto material de sitio se estaba reuniendo para el de Ciudad Rodrigo.

Afortunadamente para él y para la causa que había venido á proteger en la Península, en el campo francés no mandaba un jefe con la pericia que es necesaria para vengar los reveses sufridos por Massena, ni existía la armonía indispensable en las dos partes que lo constituían y menos en sus respectivos caudillos (1). Los del ejército francés se satisfacían con ha-

---

(1) Eso lo explica perfectamente el general Thiébault. Dice así: «No; la cuestión se fundaba en otra cosa y toda ella residía en la vanidad del general Dorsenne y en el orgullo del mariscal Marmont. El ejército del Norte era más fuerte; su artillería más numerosa, mejor atalajada, mejor servida, y parecía indudable que en el campo de batalla representaría el primer papel. Ahora, este ejército estaba mandado por un genéral de división, y el ejército de Portugal por un mariscal del Imperio; y ese general de división decía: «Yo soy general en jefe lo mismo que el mariscal, y nadie dispondrá de mis tropas ni las mandará sino yo.» Desde ese momento, el mariscal no quería exponerse á desempeñar un papel secundario junto á un general de división. Y ni el general de división, ni el mariscal tuvieron bastante patriotismo, bastante abnegación para con el amo que los colmaba excesivamente de favores, bastantes sentimientos de honor para sacrificar las consideraciones personables más miserables á la salud y á la gloria del ejército á fin de concluir con el ejército inglés, para impedir los desastres que nos han hecho arrojar de la Península y para poner término á esa inconcebible fortuna del duque de Wellington, predestinado á deber toda su gloria á la traición ó á la impericia de nuestros generales; de ese duque de Wellington que, en Tolouse, debía ser otra vez deudor al mariscal Soult del más inaudito de los éxitos y, para coronamiento de la gloria de que se reviste, debía encontrarse de nuevo frente del mismo Soult que la fatalidad había dado á Napoleón por su Jefe de Estado Mayor.»

¡Qué chaparrón de *elogios* para todos esos generales!



ber llevado felizmente á cabo la única misión de que en aquellas circunstancias se consideraban encargados, la de introducir en Ciudad-Rodrigo el convoy de víveres necesario para varios meses y cambiar su guarnición, y no querían comprometerse en un choque del que, aun en el caso de haber salido con fortuna, sería la gloria, quizás, para el que, en concepto de cada uno de ellos, la mereciera menos.

No fueron muchas las bajas en ninguno de los dos ejércitos contendientes; siendo las del francés, según Marmont, mucho menores que las del inglés, que calcula en 500 á 600, y 261, de las que 42 las de los muertos, según el parte oficial de Wellington, las de su ejército, de ingleses y portugueses. Napier dice que las pérdidas de los franceses fueron un poco mayores *á causa del fuego de los cuadros y de artillería en El Bodon.*

Retíranse los franceses.

Marmont y Dorsenne decidieron retirarse, volviendo aquél con sus tropas á los anteriores cantones del valle del Tajo, y el segundo á Salamanca y Valladolid. Lord Wellington, por su lado, viéndose libre del huracán que durante tres días le había estado amenazando y de la situación crítica en que le colocaron aquellas jornadas, fuera de todo plan esencialmente estratégico y teniendo que comprometer los medios con que contaba para la ejecución del que le llevara á Ciudad Rodrigo, pudo también ocupar de nuevo las posiciones donde preparaba la ocupación de tan importante plaza. La discordia de los generales franceses y sus errores, le habían subsanado los suyos y librádole de una catástrofe que hubiera transcendido á los elementos todos con que contaban España y Portugal para el mantenimiento de su independencia. No volvió á establecer su



cuartel general en Fuente Guinaldo, sino en Fresneda y Gallegos hasta la conquista de Ciudad Rodrigo cerca de cuatro meses después, así como para enmendar el gravísimo error de haber dejado sin cubrir la línea natural de su retirada y la comunicación que seguían los convoyes destinados á su ejército desde Lisboa y Oporto.

Hasta la fecha del 19 de enero de 1812, gloriosísima para las armas inglesas, luctuosa, sin embargo, para los habitantes de la infeliz ciudad, víctimas de la soldadesca vencedora, tan desenfrenada allí como en cuantas plazas conquistaron en España nuestros caros aliados, las operaciones dirigidas por Wellington caminaron tan lentamente en las orillas del Agueda que dieron tiempo para que en el resto de la Península tuvieran lugar varios é importantes sucesos que se hace necesario recordar.

Viaje del Rey José á París.

Pudimos observar cuán preocupado andaba por aquellos días el Rey José con las operaciones emprendidas por el mariscal Suchet sobre Valencia. Y era que, no estándolo menos su hermano el emperador, no cesaba de recibir despachos y despachos, á cual más expresivo, sobre la necesidad y urgencia de atender á tan importante empresa, de la que se hacía depender la sumisión de la Península, opinión de que, como también hemos visto, participaba el que había sido encargado de ejecutarla.

El viaje del Intruso á Francia, de que dimos noticia en el capítulo IV del tomo IX, si con el deseo de asistir al bautizo del Rey de Roma disculpado, fundado realmente en el disgusto profundo que se había hecho dueño del corazón del infeliz monarca por los

procedimientos de su hermano respecto á la reivindicación de los derechos que le daban las abdicaciones de Bayona, y con los que le amenazaba en la carta dirigida á Laforest el 7 de noviembre de 1810, se había realizado ofreciendo las tristes consecuencias que eran de esperar de las arbitrariedades características del Emperador y de la flaca y humilde condición del que aquél había escogido para instrumento de sus planes en España. En su apocamiento y en el respeto que le merecía su hermano, le escribía José desde Burgos el 1.° de mayo que ya que deseaba emplear medios morales para terminar los asuntos de nuestro país, le era á él preciso verle, conocer sus intenciones, trayendo á la nación y al ejército la conciencia de que sus palabras y sus acciones se hallarían conformes con la voluntad *del que podía cuanto quería*. Aquellas resoluciones, pues, irrevocables de renunciar á un trono en que tan triste papel representaba ante la nación, que no le quería, y ante los generales franceses, que no le respetaban ni hacían caso de sus órdenes, iba modificándose á medida que se acercaba á la residencia del que con una sola mirada le hacía someterse á todas sus voluntades, caprichosas ó no. Eso que, según propia confesión, no se le daba conocimiento de lo que sucedía en los ejércitos de Andalucía, de Portugal, del Norte, de Cataluña y Aragón, esto es, de casi la totalidad de los de la Península, de que Bessiéres acababa de, á su paso por Valladolid, hacerle el desaire de, habiéndosele anunciado, marcharse el día antes de aquella capital en dirección de Portugal, y de que ni siquiera se le presentaban los oficiales franceses al pasar por Madrid.

El 10 de aquel mismo mes de mayo, José se encon-



traba en Dax, y el 2 de junio desde Mortefontaine y reunido á su familia que hacía tanto tiempo no había abrazado, escribía á Berthier una carta en que demuestra que no había visto al Emperador, y claro es y evidente que por no haber éste querido recibirle. Y es que, habiendo el 17 de mayo enviado á Napoleón, que se encontraba en Rambouillet, uno como *memorandum* de cuanto le era al Rey de España necesario de autoridad y atribuciones para gobernar con decoro y ventajas, no debía de haber obtenido ni el recibo de comunicación tan importante, y, si no en los mismos términos, pedía al Príncipe de Neufchatel presentara al Emperador el resumen, que le remitía, de las reclamaciones que en aquel documento le había dirigido. Pasando una revista en el papel á todos los ejércitos que operaban en la Península, á los recursos de que podrían disponer en sus respectivos distritos y á los que necesitaran se les facilitase por el gobierno español ó por el Imperio, solicitaba José que se le confiriera el mando efectivo de todas las tropas con excepción de las de Cataluña, y la administración general también, eximiendo á los generales franceses de la independencia que se atribuían en esas operaciones, así militares como políticas y administrativas, sólo correspondientes al Rey por medio de su Mayor General ó de sus ministros.

Napoleón no había querido tomarse el trabajo de discutir con su hermano aquellas reclamaciones que hasta le parecieron ridículas en quien no le merecía concepto de general y de administrador para tanto, y había elegido por intermediario en asunto que no dejaría de producirle rozamientos, que le convenía evi-

tar, á su Mayor General del ejército de España, Berthier, muy juicioso, según dice Thiers, discreto y perfectamente enterado de todas aquellas cosas (1). De ahí y de que José comprendió que Napoleón no había hecho caso de su *memorandum*, la carta del 2 de junio, antes citada, al general Berthier. Primera observación que en ella le hacía: ¿Cómo, en las diversas hipótesis de la guerra actual, no ejercer el mando de las tropas situadas en mis comunicaciones con Francia? ¿Cómo no tener á mis directas órdenes á los administradores, franceses ó españoles, que constituyen aquellos gobiernos? ¿Cómo lograr yo nada para la opinión y para la realidad sin eso?

Volvía después José en aquella misma carta y en nota adjunta á exponer las observaciones del papel del 17 de mayo, en demanda del respeto que debía merecer de los generales como hermano del Emperador y como Rey de España, más que necesario, indispensable para la unidad del mando, para neutralizar las discordias existentes entre ellos é impedir los atropellos que cometían; agregándole para todo eso un jefe de Estado Mayor digno de su confianza, con lo que prometía ejecutar escrupulosamente las instrucciones que se le enviaran de París.

---

(1) «Además, añade el célebre historiador, Napoleón estaba en aquel momento irritado contra sus hermanos. Recientemente, Luis había arrojado á sus pies la corona de Holanda; Jerónimo, que había recibido el Hanover como aumento á Westfalia á condición de soportar ciertos recargos, no había satisfecho sus compromisos, siendo castigado con retirarle una parte del Hanover; Murat, bueno pero ligero é inquieto, excitado por su espiritual y ambiciosa mujer, había disgustado cruelmente gastando mucho y descuidando su marina. Además, se le había acusado de, con diversos pretextos, parlamentar con los ingleses en la costa de su reino.»

Berthier, naturalmente, daba al Emperador cuenta de esas comunicaciones del Rey José y de las conferencias con él celebradas, razonables y razonadas muchas de ellas, como expresión, que eran, en su mayor parte del estado en que se hallaba el gobierno de la guerra y de la administración franceses en España; y del remedio que consideraba como único eficaz su menguado soberano. Y ¿saben nuestros lectores cómo respondía Napoleón á esas pretensiones? Pues burlándose de ellas y de su hermano, diciendo, según conversaciones que dice Thiers que tuvo el Emperador con M. Roederer y este repitió por escrito á su familia, «que José quería mandar, que se tenía por general, imaginándose que, para serlo, bastaba no manifestarse falto de valor, montar á caballo y hacer algunas señales de mando; pero que eso no era así, que podría serlo para generales estúpidos puestos á la cabeza de los ejércitos para vergüenza suya y su pérdida; pero que no lo era para generales verdaderamente aptos para conducir á los hombres; que para mandar se necesitaba unir á una vasta y profunda inteligencia, á un gran carácter, trabajo asiduo, atención continua á los menores detalles; que él tenía en su mesa los estados de sus tropas y los tenía siempre porque constituían su lectura favorita, teniéndolos al alcance de su mano al acostarse y hojeándolos por la noche cuando no dormía; que gracias á esas aptitudes naturales de talento y carácter, á aquella aplicación incesante, á una experiencia inmensa, podía él mandar y ser obedecido, porque así sus soldados tenían confianza en él (1); pero que en

(1) ¡Qué lección para los *sabreurs*!



cuanto á José, Dios no le había hecho general, que era dulce y avisado, pero indolente; que necesitaba placeres y no mucho trabajo; que los hombres adivinaban instintivamente esas disposiciones y que, si le confiase la dirección de los ejércitos franceses, nadie se creería mandado por un verdadero jefe; que detrás de él se veía siempre al oficial encargado de aconsejarle y nadie le obedecería, riéndose del rey general y teniendo celos del general rey que en realidad ejercía la autoridad suprema; que él, pues, no podía concederle más que el mando del ejército del Centro extendiendo su acción á veinte ó treinta leguas de Madrid; que, en cuanto al dinero, él no lo tenía, que sus hermanos, reinando en los países más ricos de Europa, le estaban siempre pidiéndoselo; que España tenía el suficiente para proporcionarlo á todo el mundo; que si José supiera administrar encontraría recursos; que ya había sabido proporcionarse dinero para dárselo á favoritos, para edificar residencias reales y para pagar un lujo inútil en el estado de sus asuntos; que si España sufría era una desgracia para la que no había remedio; que los soldados franceses sufrían también y que la guerra era la guerra; que si los españoles se cansaban de sufrir no tenían más que someterse; que esas pretensiones de José á la bondad, al arte de seducir á los pueblos, eran ridículas; que su esperanza de hacer con millones lo que no hacía con millares de hombres, no lo era menos; que si se le enviara dinero, no sería para las tropas siendo pronto gastado y él, José, obligado á volver vergonzosamente á Bayona; que eran necesarios muchos soldados, mucho vigor, hasta el terror para vencer las resistencias de España; que el terror produciría la



sumisión, y que, una vez obtenida la sumisión, la buena administración, que se debía á todos los pueblos, daría su resultado; que España, apegada por esos medios á su nuevo rey, llegaría para José el tiempo de hacerse adorar si fuese tan hábil como él pretendía serlo».

¡Qué de verdades y de pruebas del talento militar de Napoleón!; pero ¡cuántos errores políticos amontonados en tan breve discurso, qué desconocimiento del carácter de los españoles y del estado de la guerra en nuestro país! Napoleón con esas palabras, al quererse mofar de su pobre hermano y de sus más ó menos militares aptitudes, se dejaba llevar de una gran falta de sinceridad en sus opiniones respecto á la guerra de España que tantas veces lamentó después atribuyendo á ella todos sus reveses y ruina, ó quiso imponerse para que, aminorando la gravedad y transcendencia de lucha tan larga, no se le arguyese con ella contra los proyectos que ya abrigaba de emprender otra con el Emperador de Rusia, ya desengañado de las falaces promesas que se le habían hecho en Tilsit.

A pesar de todas esas declamaciones y burlas, ya que no le permitió disponer de otro ejército que el del Centro, recomendó á todos los mariscales y generales que mandaban en España se le respetara como era debido y se le dejase expedito el ejercicio de la autoridad civil, judicial y política. En ese punto, hizo aún más; prometió á José reemplazar á Bessiéres, que tan descortés se había manifestado, con Jourdan, el mariscal que le inspiraba la mayor confianza. Lo que no le concedió fué el subsidio que solicitaba; señalándole el de un millón mensual y la cuarta parte de las contribuciones que percibían los generales en las provincias de

su mando; concesión ilusoria por cuanto no habría de tocarla puesta en tales manos. Tan generoso como en todo eso se mostró el Emperador en cuanto á la integridad de la monarquía española según sus seculares límites, disculpando sus ambiciones de territorio con la conveniencia de atemorizar á nuestros rebeldes compatriotas con la amenaza de arrebatarles algunas de las provincias limítrofes de la Francia. Y con lo que se llama buenas palabras, promesas de grandes refuerzos y esperanzas de éxitos decisivos, Napoleón despachó á su hermano que, confiado ó disimulando sus antiguos temores y recelos, volvió á España sin otro fruto que el haber figurado un día en la comitiva del *grande hombre* y haber dulcificado por otros pocos sus sinsabores en el seno de su familia.

Su vuelta á España.

A fines de junio se alojaba en el palacio bayonés de Marrac, de donde daba el 24 las gracias á Napoleón por haberle, bondadoso, permitido detenerse allí, y el 1.° de julio se quejaba á Berthier desde Vitoria de que Bessiéres, por una parte, y el pagador del ejército, por otra, le tenían privado de recursos á pesar de cuanto se había dicho y escrito en Francia (1). Le manifestaba que los notables de las provincias vascongadas pa-

(1) El 29 de mayo y desde Cherbourg, pues desde el 24 se había puesto en viaje por el Norte de Francia hasta el 4 de junio, decía Napoleón á Berthier: «Primo mío, el 15 de junio saldrá el 6.° convoy de fondos que será de cuatro millones, á saber:—Para el ejército del Mediodía, 500.000 francos en letras:—Para el ejército del Centro, 500.000 francos en numerario, para el préstamo de junio hecho al Rey: 500.000 francos para el mismo, en letras.—Para el ejército del Norte, 500.000 francos, de los que 250.000 en letras y 250.000 en dinero; de esa suma se enviarán 300.000 francos al general Bonnet.—Para el ejército de Portugal, dos millones, á saber: un millón en letras y un millón en dinero...» Y prometía para julio otro convoy con cuatro millones.

recían mostrar mejor espíritu, y esperaba que el efecto de los discursos que les había dirigido no resultaría tan fugitivo como su paso por Vitoria; pedía que la parte de los impuestos que se le había señalado, fuese la 3.ª y no la 4.ª, impidiendo, además, que quedara su entrega al arbitrio de los generales. Y, como allí, en Burgos y en Valladolid y en Madrid, donde ya se hallaba el 15 de julio, muy satisfecho del recibimiento que se le había hecho, no sólo pedía y pedía dinero sino que daba á Napoleón noticias tan tristes para su causa como la de la presentación de Zayas en Sigüenza y de Bassecourt en Cuenca, la de la destrucción de Astorga y la evacuación de Asturias, y la de que nunca había habido tantas partidas de guerrilleros como entonces. «Los pueblos, le decía, son atropellados, los militares principian á no recibir sus pagas. La división Bonnet está muy atrasada, todo lo que es francés se queja; unos y otros piden lo que yo pido, etc.»

El recibimiento que se hizo á José en Madrid fué el de las poblaciones del tránsito, el oficial impuesto por las autoridades locales, con sus anuncios al público, su presentación con cuantos subalternos tenían á sus órdenes, salvas y formaciones de tropas, toros gratis, iluminaciones obligadas y banquetes con sus correspondientes discursos y brindis, la mayor parte de estos con las reservas mentales, naturales en situaciones como aquella (1). Los discursos del Intruso á los

(1) La «Gazeta de Madrid» da la noticia de esos festejos, los de siempre en tales casos. El Diario solo inserta los bandos y órdenes mandados insertar en él por el Corregidor de Madrid y el Prefecto de la provincia.

Por cierto que José escribía haber llegado á Madrid el 16 y esos diarios demuestran que llegó el 15.



que al verle de nuevo en España le demostraban su satisfacción, serían todo lo lisonjeros que se quiera: lo cierto es que sus correspondencias no podían ser más tristes. Lamentábase en las dirigidas á Napoleón de que no se contestaba á ninguna de sus cartas, que la cosecha no había sido lo buena que se esperaba, que los ejércitos y los insurgentes tenían agotadas las provincias, que se encontraba enfermo desde su llegada á Madrid y había escrito á su mujer para que viniera con sus hijas á reunírsele *porque no podía soportar el horrible aislamiento á que estaba reducido hacía seis años,* y que necesitaba dinero y más dinero del que se le había dado para arrostrar la situación en que se veía. Pedía á Berthier se le permitiese girar letras sobre Bayona, y á Bessiéres que se le dejara vender bienes nacionales en las provincias del Norte por valor de 20 millones, de los que él podría disponer de 10 para cubrir las necesidades de su ejército.

A Belliard, gobernador, como es sabido, de Madrid, le mandaba introducir cuantos granos pudiese acaparar en los pueblos inmediatos, imponer contribuciones de trigo en cantidad de un millón de fanegas, y entenderse con las demás autoridades para no privar al ejército de su racionamiento. Su carta del 26 de julio á Napoleón comenzaba así: «Señor, el general Reynier dará cuenta á Vuestra Majestad del estado de penuria en que me ha dejado. No he recibido socorro alguno de Francia ni de las provincias; no se me ha asegurado ningún servicio, ni aun el de mi casa (1).

(1) Acabado de quejarse de que no se le escribía, recibió un despacho que no pudo descifrar por no estar en Madrid el duque de Bassano que conservaba la cifra en que venía redac-

Parecía presentir el hambre que no tardaría en atacar á Madrid; y para evitarla, llegaba al poco tiempo á chocar con los generales que, viendo también exhaustos sus depósitos de víveres, trataban de extender su administración á provincias extrañas al territorio de su mando. Tal exacerbación produjeron las polémicas con esos generales; tal era el estado de penuria en que se tenía al Rey José y tal la tristeza que de él se había apoderado dos meses después de su venida á España, que el 16 de septiembre escribía á Berthier: «La situación en que estoy desde mi vuelta de París ha contribuído mucho á empeorar la opinión, á punto de que pienso que lo más breve es que el Emperador me permita retirarme á Mortefontaine. Sin poder, sin dinero, sin mando, no puedo sostener este extraño papel, para el que no estoy hecho» (1).

Medidas militares y políticas que toma.

Entretanto, tenían lugar los sucesos que ya hemos descrito en Cataluña, Andalucía y Extremadura, con

tado. Lo extraño es que no se incluye en la Correspondencia de Napoleón, quien el 12 de julio, fecha del despacho, aparece ocupado tan sólo en la restauración y embellecimiento de *El Trianon*, que costaron muchos millones que se negaban aquellos días al pobre Rey José.

(1) Bien podía escribir que había empeorado la opinión desde los días de su llegada en que anunciaba al Emperador un cambio favorable en ella. Una partida de 60 caballos en Leganés, otra de gendarmes en un molino del canal y 50 dragones cerca del cementerio de la puerta de Toledo, acababan de ser sorprendidos y derrotados dejando varios de sus soldados en poder de nuestros patriotas. Había enfermado gravemente Mazarredo á quien tanto estimaba, y aún se dijo que el mismo rey José adolecía también habiendo *vuelto á arrojar esputos sanguinolentos como antes de su viaje á París*. Lo que había es que el hombre, sin ilusiones ya al ver á su hermano, engañado por éste y vuelto luego á sus anteriores preocupaciones, comprendía lo desesperado y hasta ridículo de su posición en España, objeto, como se veía, del odio de los unos, del desprecio y desatención de los otros, y de la befa de todos.

los de Valencia también á que, según las instrucciones de Napoleón, debía José atender con preferencia después de la conquista de la plaza de Tarragona. Y, con efecto, si al llegar á Madrid se encontró aumentado, como escribía, el número de las guerrillas y ocupadas las provincias de Cuenca y Guadalajara por las tropas que habían logrado allegar los generales Zayas y Bassecourt, no tardó en obligarlas á alejarse con las allí anteriormente existentes y las de D'Armagnac que retiró del Tajo, donde estuvieron acantonadas hasta volver las de Marmont de las márgenes del Guadiana. En la misma dirección hizo salir á su ministro Azanza con el encargo de comunicar con Suchet, conocedor como era de Valencia, prudente, activo y leal, seguro el Intruso de que sería tan útil á D'Armagnac como luego al futuro duque de la Albufera. A Toledo y Talavera mandó otro de sus ministros, el duque de Almenara, para que se entendiera con Marmont respecto á la distribución de comarcas y de productos á fin de que no se perjudicaran respecto á ese último punto, ni el ejército de Portugal, que pretendía llevar sus exacciones por toda la provincia de Toledo, ni el del Centro que, encerrado puede decirse que en Madrid, comenzaba á ver los estragos del hambre que, según hemos dicho, presentía su monarca y general. (1)

En situación tan apurada, José tenía que entregarse á procedimientos de violencia que ese mismo Almenara y su compañero don Pablo Arribas, ministro

(1) El 14 de septiembre escribía José á Berthier cuán triste era la situación de las tropas y de los empleados de su gobierno en Madrid y sobre todo los habitantes por la carestía de los víveres y la falta de pagas. «El hecho es, le decía, que en esta semana han muerto en Madrid de hambre seis personas».

de Policía, se encargaron de ejecutar, imponiendo á los pueblos exorbitantes tributos, arrancándoles de las eras los granos recolectados y oprimiéndoles hasta sumirlos en el hambre que se quería evitar en Madrid. Todo inútilmente: y comprendiéndolo así y desesperanzado de todo socorro por parte de su hermano, pero sin resolverse á dejar un trono que todos los días amenazaba con abandonar, volvió á aquel su antiguo pensamiento de atraerse á los españoles, si antes con ofrecerles el ejercicio de sus fueros y libertades, su independencia casi y la integridad de su territorio, ahora hasta con reconocer el gobierno nacional con tal de que á él se le reconociese, á su vez, por Rey de España y sus Indias.

No era de José tan descabellada idea: se la había inspirado el mismo Napoleón. Viéndole tan apegado á los intereses más caros de los españoles por más que pretendiese aparecer como decidido á abandonar el trono, Napoleón se dedicó á engañarle, esa es la palabra, con la esperanza de mantenerse en él, revelándole negociaciones que suponía entabladas para ese objeto con el gobierno de la Gran Bretaña (1). Aseguróle que haría cesar muy pronto los gobiernos militares, lo cual ya hemos visto que no lo hizo, aun cuando habían producido tan buen efecto que el gobierno inglés prometía abandonar Portugal si las tropas francesas evacuaban la Península, y aun reconocer á José

(1) «Mis primeros deberes, le dijo José, son para España. Amo la Francia como á mi familia, España como mi religión. Estoy unido á la una por los impulsos de mi corazón y á la otra por mi conciencia».

Así lo dice Du Casse en las Memorias del Rey José, y añade lo que inmediatamente vamos á comunicar á nuestros lectores.

como Rey si le reconocía la nación española y si Francia, por su parte, se resolvía á reconocer la casa de Braganza en Portugal. Los diversos mandos militares, le añadió, serían puestos á sus órdenes, deberían reunirse las Cortes; y las tropas francesas saldrían de España, cuando el rey José creyera que no le eran necesarias.

Esa farsa, que para otros sería inocente si no risible, fué tomada en serio por el Intruso, y produjo el paso dado por éste á que acabamos de referirnos. Necesitaba un agente que gestionara en Cádiz asunto cuya importancia exigía talento, influencia y reserva verdaderamente excepcionales; y se eligió al canónigo de Burgos D. Tomás de la Peña que á esas dotes reunía, en concepto de los consejeros de José, la circunstancia de ser hermano del general de su mismo apellido; por lo que y por estarse todavía debatiendo la magna cuestión de la batalla de Chiclana, no se extrañaría en Cádiz su llegada. Así fué que, sin suscitar sospecha alguna, pudo el Sr. Peña avistarse con los Regentes que, como era de esperar, le pusieron de manifiesto lo absurdo é imposible de un proyecto, no sólo contrario á las ideas patrióticas que dominaban en la generalidad de los españoles y á sus intereses, según ellos los entendían, sino que capaz de comprometer la autoridad de los Regentes si daban cuenta de él á las Cortes. Los escritores franceses no quieren recordar ese paso, más que extraño, del rey José, inconcebible para ellos, ni dan cuenta de él Azanza y O'Farril que, como ministros de aquel soberano, debieran conocerlo; pero ¿cómo hacen memoria circunstanciada de la presentación de La Peña en Cádiz historiadores tan concienzu-



dos como Toreno y Alcalá Galiano que se hallaban á la sazón en Cádiz, diputado, además, el uno y estrechamente relacionado el otro con los Regentes? Alcalá Galiano en la obra de Dunham, traducida y continuada por él, dice: «Llegado este eclesiástico (Peña) á Cádiz, donde no infundió sospecha su venida, así por su profesión, como por sus relaciones de familia, pasó á verse con el consejo de regencia, al cual hizo con la mayor reserva las proposiciones del rey intruso. La respuesta del gobierno español fué noble y ajustada á su obligación, de que por otra parte no habría podido separarse sin traerse su pronta y total ruina. Respondieron, pues, los regentes que ni ellos ni la representación nacional tenían fuerza y poder para llevar adelante con esperanza de feliz remate semejante negociación, pues á las Cortes y al gobierno nacional de España daba el pueblo obediencia sólo si cumplían con su encargo y deber de resistir á la usurpación extranjera; pero si hiciesen lo contrario no; cesando á la par la sucesión de derecho y la de hecho; al paso que no era menos evidente que José, falto del auxilio de su hermano y de las tropas francesas, y teniendo á éstas como enemigas alrededor de su trono y persona, nada vendría á representar, careciendo de título legal de cualquiera clase para ceñir la corona, ó de un poder material bastante á suplir la falta de título más valedero. No pasó más adelante la negociación, de la cual no tuvieron noticia de oficio las Cortes ni aun siquiera conocimiento los más de los diputados; quedando reservada del público no sólo en los días en que fué entablada, sino también en los inmediatamente posteriores. Repitió José disparatadas tentativas con el mis-

mo objeto, todas sin fruto alguno, como era fuerza que sucediese» (1).

Ya que no eso, el rey José creyó podría lograr la adhesión de una parte, por lo menos, muy nutrida de los españoles llamando á Cortes al país, Cortes que no se pareciesen á las antiguas ni al Congreso de Bayona, sino más numerosas y que ofrecieran el carácter de una verdadera representación nacional. Llegó á nombrar una comisión del seno de su Consejo de Estado para preparar la convocatoria de las proyectadas Cortes según bases que él mismo indicó. El miedo, sin embargo, á que el Emperador, siempre enemigo de las asambleas deliberantes, desaprobara tal pensamiento y, más aún, la duda de si sería aceptado por los españoles, el crecimiento de las guerrillas y el aspecto harto siniestro que presentaba la guerra en la frontera de Portugal y en Valencia, le hicieron desistir de nuevo de ese y otros proyectos dirigidos á atraerse las voluntades de sus rebeldes súbditos.

Estado anómalo de la guerra.

En esos momentos precisamente requería el Emperador los auxilios de todos los ejércitos que operaban en España para acabar pronto y felizmente la jornada de Valencia, la más importante, ya lo hicimos ver, en su concepto. Así es que el rey José hubo de dedicarse casi exclusivamente á allegar cuantos medios estuvieran á su disposición para, al satisfacer á su hermano,

(1) Algunos extranjeros han dicho que fueron las Cortes las que iniciaron tratos de esa índole con José. Eso no lo ha creído ni podía creerlo nadie que conociese el estado de ánimo de los españoles en aquella época. Du Casse, al recordarnos la arenga de Napoleón y sus promesas á José, y el enojo de éste al ver que no se le cumplía nada de lo ofrecido, nos proporciona el mejor argumento en pró de lo escrito por nuestros compatriotas.

procurarse aquel que no podría ser sino eficacísimo recurso dentro de sus mismos planes de pacificación. Ya recordamos en su tiempo las gestiones practicadas á fin de que el ejército de Portugal cooperase á la empresa, ya tan adelantada, de Suchet, detenida, es verdad, por la falta de refuerzos y más todavía por el estado raro, extraordinariamente anómalo, de aquella guerra. La ineptitud de José para el mando de unos generales que no reconocían otra superioridad que la del Emperador; la repugnancia de éste á medirse con enemigos tan despreciables, á su parecer, como los españoles que hacían consistir su fuerza en la de unos cuantos patriotas incapaces de organización militar alguna ni disciplina; la preocupación de otra lucha que esperaba entablar muy pronto, más apropiada á sus ideas y decisiva para resolver en ella su plan general político en la Europa continental; todo eso y, lo que es más, el cansancio de uno y otro día, un año y otro, sin poder dominar una resistencia que no proporcionaba provecho ni gloria y sólo sí fatiga y descrédito, tenían la guerra de España en ese estado extraño que acabamos de señalarla. Los ejércitos españoles eran impotentes para dirigirse contra los franceses, por carecer de fuerza y organización para por sí solos emprender una operación ofensiva que ofreciese resultados. Todos ellos estaban á la defensiva y satisfaciéndose con estorbar cuanto pudieran la ocupación enemiga en las provincias donde se mantenían.

Nuestro ejército de Cádiz bastante hacía con defender aquella posición, cuya caída hubiera quizás arrastrado en pos la de la Península toda. El de Cataluña se estaba reorganizando tras el desastre de



Tarragona, y gracias con que aún lograra mantener concentradas en el Principado las fuerzas enemigas que amenazaban ocuparlo todo él. El de Valencia, ya hemos visto que, aun cuando numeroso, no bastaba para salvar región tan feraz y rica, tan importante militarmente por sus recursos y su situación geográfica. En Extremadura, el general Castaños no podía representar sino el papel de un auxiliar, y no siempre requerido, de los ingleses, empeñados en no abandonar la frontera portuguesa, incapaz de con sólo sus propias fuerzas dirigirse en busca del enemigo y ni aun esperarle á pie firme si era él quien le buscaba. El 7.° ejército, por fin, apoyando su organización en las montañas cantábricas, y cuantas fuerzas regulares trabajaban por, cuando no otra cosa, mantener concentradas las imperiales invasoras, se mantenían como aquellos ejércitos en inacción casi absoluta, muestra elocuentísima de su impotencia. Sólo las guerrillas seguían mostrando la actividad de siempre, y aun aumentaba su número en proporción del tiempo que transcurría sin decidirse el triunfo por una ni otra parte, el cual, por lo menos, revelaba la ineficacia también de las armas francesas para dominar la sublevación española. Y esa ineficacia para ejecutar una empresa cuando menos fuerzas y cortísimo tiempo habían bastado hasta entonces para la conquista y dominación de países que se considerarían humillados comparándolos con España como potencias militares, era manifiesta en los días á que nos vamos refiriendo. El ejército francés en Cádiz había reducido su acción á un bloqueo perfectamente estéril desde el momento en que los defensores tenían libre su comunicación con el mundo entero por



el mar. A todo lo que podía extender su acción, y eso combinadamente con el principal núcleo de las fuerzas imperiales de Andalucía regidas en jefe por el Duque de Dalmacia, era á alguna que otra expedición á la Serranía de Ronda ó al campo de Gibraltar, y en una de ellas, había recibido el rudo escarmiento de Tarifa con pérdida de casi todo su material de artillería y el de todas sus ilusiones conquistadoras en la región á que daba la mayor importancia. Y era tanto más irreparable tal pérdida cuanto que aquellas fuerzas necesitaban atender, además, á conservar sus posiciones en Extremadura, donde la plaza de Badajoz exigía la vigilancia más exquisita y grandes esfuerzos con que impedir el intento tan repetidamente iniciado de su reconquista. Es verdad que para evitarlo debía también cooperar el ejército de Portugal, establecido en el valle del Tajo; pero éste, además de esa misión, había recibido la de atender á cuanto pudiera ocurrir en la vasta zona del Duero fronteriza al vecino reino, y, según hemos visto, acababa de hacerlo acudiendo al socorro de Ciudad Rodrigo.

Allí existía de un modo parecido una combinación semejante á la del ejército de Andalucía con el de Portugal, debiendo éste en caso de necesidad unir sus fuerzas á las del ejército del Norte, puesto recientemente á las órdenes del general Dorsenne, quien, á su vez, mandaba las divisiones destinadas á tener encerradas en Galicia las tropas del general Badía y en Asturias las del general Losada; ya que Bonnet había tenido que evacuar el Principado, contra lo dispuesto por Napoleón, pero obligado por la necesidad de mantener la provincia de León constantemente amenaza-

da, sobre todo desde la presencia de los anglo-portugueses en las fuentes del Agueda y del Coa.

En la zona, pues, más interesante de años atrás en aquella guerra, la fronteriza de Portugal, y donde el Emperador de los franceses creía poco antes ver el desenlace de tan dilatada lucha y ahora su mantenimiento ínterin decidiese la suerte definitiva de la Europa, á lo que se estaba con tal ahinco preparando, las operaciones de los franceses, establecidos en tan extensa línea, dirigidas por distintos generales, mal avenidos, celosos unos de otros y sin lazo alguno de disciplina ni de patriotismo, tenían que adolecer de una flojedad en su conjunto que se traduciría por una paralización completa. Así se vió á Soult no moverse de Sevilla, al marchar en socorro de Ciudad Rodrigo Marmont y Dorsenne; y á éstos, una vez abastecida aquella plaza, en lugar de acometer ó por lo menos quedarse observando á Lord Wellington, retirarse á sus anteriores posiciones hasta que les sorprendiese la desgracia que estaban encargados de impedir.

La iniciativa francesa estaba absolutamente reducida á la conquista de Valencia; y ya que sólo allí debía ejercerse, el Emperador, que era quien la exigía en todos sus despachos, no escrupulizaba el distraer de los demás ejércitos parte de sus fuerzas y hasta imponía su regreso á Francia á las recientemente enviadas á España, la guardia imperial, que había sido en Fuentes de Oñoro y luego en el socorro de Ciudad Rodrigo el núcleo más robusto del ejército del Norte.

La guerra, pues, de España se encontraba en un período que no nos cansaremos de calificar de extraordinariamente anómalo.

Con eso y cometido el gravísimo error de romper aquel especie de equilibrio estratégico llevando á Valencia fuerzas que no eran imprescindibles para su conquista, y eso de lugares tan remotos como los valles del Tajo y del Duero, cuando más amenazados estaban de una invasión y cuando más inmediata defensa exigían, puede decirse que España y Portugal parecían descartadas del cálculo del grave problema planteado en la mente del Emperador en su afan de, por cualquier parte que fuese, salir de la crisis constante en que le mantenían la frialdad, ya notable, de sus hasta entonces humildes aliados del continente y la soberbia y la tenacidad de su eterna é implacable enemiga la Inglaterra (1).

A pesar de todo eso, habían tenido lugar en España sucesos que, aun en el marasmo que revelaba la

(1) Dice Marmont en sus Memorias: «El Emperador elegía, para debilitar los ejércitos de España, y para operar el gran movimiento que los *dislocaba* momentáneamente, el instante preciso en que aumentaba la dispersión del ejército de Portugal con un destacamento de doce mil hombres sobre Valencia; sabiendo, sin embargo y á no dudarlo, que el ejército inglés tenía acantonamientos bastante concentrados en el Agueda, el Coa y el Mondego.»

Así describe Schépeler aquella situación: «La Península, dice, ofrecía de 1810 á 1812 una rica diversidad de gobiernos, campo fecundo para el observador. El rey, reconocido por Europa, vegetaba en Madrid con su constitución acordada. Los generales del Emperador, Soult y Suchet, reinaban como soberanos en Andalucía, Aragón y Valencia, cual si constituyeran monarquías propias para ellos. Massena aparecía como conquistador. Los guerrilleros se creaban provincias independientes; Mina gobernaba así como por derecho propio Navarra; Duran, la antigua Numancia; el Empecinado, la Alcarria, etc. Cataluña ofrecía el cuadro de una república. España estaba dividida entre enemigos y hombres nacidos en su seno. Portugal lo estaba entre éstos y amigos demasiado poderosos. Sólo un punto de concentración se dibujaba para España en medio de aquel caos; era la reunión de las Cortes en Cádiz, que salvó el trono de Fernando, á la nación su integridad y terminó la primera revolución con la nueva constitución.



actitud en general de los ejércitos beligerantes, debieron hacer que Napoleón no desatendiese el interés que hasta entonces le inspirara la guerra, al parecer inacabable, en que tan imprudentemente se había empeñado. Según acabamos de indicar, las partidas de guerrilla se mostraban incansables en su tarea de no permitir un punto de reposo á los enemigos, ni las columnas de D. Julián Sánchez, de Porlier, Mina y otros, que ya contaban con fuerzas proporcionalmente considerables, consentían el fraccionamiento de los cuerpos que ocupaban nuestras poblaciones de alguna importancia militar ó política. Cien y más acciones podríamos recordar ejecutadas en su mayor parte victoriosamente por aquel tiempo en Extremadura, Castilla, Santander y Navarra, á más de las expresadas en el capítulo V del tomo anterior y de las que en el presente ha cabido exponer; pero entre ellas requiere mención singular alguna que revistió carácter más elevado y tuvo más transcendental importancia. Nos referimos á la acción, *echauffourée* la llama Thiers, de Arroyo de Molinos, donde tropas de las naciones aliadas, aunque en número relativamente corto, lograron un triunfo tan glorioso como decisivo sobre una de las divisiones más lucidas del ejército francés de Andalucía.

Acción de Arroyo Molinos.

Ya saben nuestros lectores que al trasladar Wellington su campo de Elvas á Ciudad Rodrigo, dejó en la derecha del Tajo al general Hill con 10.000 infantes, un escuadrón de caballería, cuatro brigadas de artillería y la misión de cubrir la entrada del Alemtejo y observar, de todos modos, los movimientos de las divisiones de Soult y Marmont establecidas en Llerena y Zafra, por un lado, y Trujillo y Medellín por



el otro. La situación de Hill no podía ser más despejada cualesquiera que fuesen las circunstancias que pudieran sobrevenirle; pues colocadas sus fuerzas en derredor de Portalegre, Villa-Viciosa y Estremoz, podía, cuando le conviniera, concentrarse rápidamente, fuese para avanzar á nuestra frontera, fuese para retirarse, ya hacia Abrantes, ya á la Beira y al cuerpo general de su ejército. Ningún peligro le amenazaba por su frente y menos el de verse sorprendido, pues que lo cubría el ejército español del general Castaños, situado entre Alburquerque y Alcántara con avanzadas hasta el Tajo y observando á Marmont, que cubría ambas orillas desde Trujillo y Talavera. Pero además ofrecía la posición de Hill una ventaja notable; la de que, tranquilo respecto á su flanco y con retirada segura, si se veía precisado á emprenderla, por Abrantes, Niza ó Villa Velha, el general británico, uno de los más activos y emprendedores con que contaba su ejército, podía sin peligro acometer cualquier acción ofensiva contra el cuerpo francés que se pusiera á su alcance.

Y así aconteció á fines del mes de octubre de aquel año de 1811.

Al adelantarse el 5.° cuerpo de ejército francés, puesto entonces á las órdenes del general Drouet, conde de Erlon, para apoyar por el lado de Extremadura la jornada de Marmont y Dorsenne en socorro de Ciudad Rodrigo, había llegado á Cáceres la división Girard; permaneciendo allí hasta los últimos días de octubre, época en que su general en jefe se había ya retirado á Zafra. Esta circunstancia se consideró por Lord Wellington sumamente favorable para descargar

un gran golpe sobre la división Girard; y el 24 del mes citado se reunían en la Aliseda las tropas de Hill, la división española de Morillo, la vanguardia y la caballería del Conde de Penne Villemur. De la Aliseda dista muy poco Arroyo del Puerco, donde se encontraban 300 caballos de los de Girard que, ignorando el movimiento de los aliados, continuaba en Cáceres reuniendo víveres y los fondos de una contribución considerable que había impuesto. La lealtad española, como luego haremos ver, le mantenía en la ceguera que es el primer síntoma anunciador de las grandes catástrofes. Penne Villemur echó la mañana del 24 de Arroyo del Puerco á los franceses quienes fueron á acogerse á Malpartida, adonde llegaron á la vez fuerzas de Girard que, retirándose también el 26 á Cáceres, emprendieron con toda la división y su general la marcha á Torremocha, con la alarma ya consiguiente y las dificultades que les oponía un temporal deshecho de viento y lluvias.

El 27 avanzaban los aliados á Alcuéscar, precedidos de la caballería inglesa, que había salido de Malpartida, y de la española que lo hizo de Cáceres: Hill, creyendo poder cortar á los franceses en su marcha, tomó un camino, entonces de travesía, por Aldea de Cano y Casas de D. Antonio, pero por lo mismo llegó á Alcuéscar sin lograr su objeto. Girard fué á pernoctar en Arroyo Molinos, siguiendo la carretera de Mérida, pero siempre desorientado respecto al número de los aliados, al rumbo que seguían y á la proximidad á que ya se hallaban de su campo. La posición de Girard se había hecho muy difícil, pues que sus enemigos le habían rebasado en su marcha y, á poco que

esforzasen su diligencia en perseguirle, lograrían adelantársele antes de alcanzar los muros de Mérida, su objetivo en la retirada que en tan malas condiciones iba ejecutando.

En Alcuéscar decidieron los aliados el ataque á Arroyo Molinos, sólo distante cosa de una legua y en una posición muy favorable para emprenderlo con todas las probabilidades de un éxito completo. El pueblo está en llano al pie de la sierra de Montánchez, rocosa, empinada y formando un arco, una media luna, (á crescent) según Hill, que parece quererlo guarecer de los temporales del Norte, pero que daba paso escondido y dominante al camino de Alcuéscar por donde bajarían los aliados en su ataque. Otros tres caminos ofrecían salida á Arroyo Molinos; uno, alto y que dirige á Trujillo por Santa Cruz de la Sierra, otro á Medellín por Villar de Rena y Rena, y el tercero á Mérida por la venta del Agua y San Pedro.

Los aliados tenían que combinar su ataque de modo que no se les escapara presa de tal precio como aquella división, en que iban las mejores tropas del ejército francés de Andalucía; y, para mejor ejecutarlo, salieron de Alcuéscar á las dos de la madrugada del día 28. A las siete se hallaban en una hondonada próxima á Arroyo Molinos sin ser siquiera sentidos por los franceses, repartiéndose, como suele decirse, sus papeles ingleses y españoles para el *copo*, con que ya contaban, de sus enemigos. Una columna anglo-portuguesa se dirigió rectamente al pueblo; otra, con la caballería española á su flanco, fué á envolverlo por la derecha y á ocupar los caminos de Mérida y Medellín; la española de Morillo con los dragones ingleses, que

equivocando la ruta se habían retrasado, se dirigió por la izquierda para, apoyando el movimiento de la columna central, interceptar la carretera de Trujillo por donde en último caso podrían los franceses pensar en retirarse (1). Por acuciosos que se mostraron los aliados para sorprender á los franceses antes de que abandonaran el pueblo, Girard, ignorante de lo que tan de cerca le amagaba pero temiendo ser alcanzado en su marcha, había ya hecho emprenderla á la brigada Remond que formaba su vanguardia, y eso en hora tan temprana que ni siquiera tuvo su jefe noticia de la refriega siguiente hasta su llegada á Mérida. El mismo Girard, aunque tardíamente advertido, lograba por fin salir con el resto de su división de Arroyo Molinos, cuando se vió asaltado con ímpetu tan furioso como bien dispuesto por todas partes, por su rezaga y sus flancos. «Verlo, dice en su parte el general Don Pedro Agustín Girón que regía á los españoles en jefe, atacarlo sin disparar un fusilazo, batirlo, dispersarlo completamente y acabar con él, fué obra de un momento.»

No sucedió eso, sin embargo, con la celeridad y eficacia que ahí se supone. La infantería francesa apeló al supremo recurso de los cuadros, dando lugar con su resistencia á que parte de la caballería, sorprendida en el pueblo antes de haber embridado los caballos,

(1) Lo del retraso de la caballería inglesa lo confiesa Hill en su parte á Lord Wellington. «Creo, dice, haber indicado antes que, habiéndose retrasado algo la caballería británica por lo oscuro de la noche y lo malo del camino, la española del conde de Penne Villemur, fué en esa ocasión la primera que formó en el llano y en acometer al enemigo hasta que la inglesa pudo presentarse.»

acudiese en su auxilio. La defensa se hacía ya imposible; las pérdidas eran enormes, y se cerraban por momentos los caminos por donde retirarse; y Girard decidió buscar en la dispersión de sus tropas el único partido que le quedaba para que no pereciesen todas y salvar su persona. A la cabeza de las pocas fuerzas que la ruptura de los cuadros, que resistieron muy corto tiempo, y la dispersión le habían dejado, se enriscó en la sierra próxima, tomando la dirección de Trujillo, ya que nuestra caballería le interceptaba los caminos de Mérida, de Don Benito y Medellín que en un principio había intentado tomar. Por allí fué también perseguido, alcanzándole el batallón de la Victoria y la legión extremeña de Downie en el puerto de Macheal de la sierra de Montánchez y las demás tropas de Morillo con un batallón inglés y otro portugués, que se pusieron á sus órdenes, en el puerto de las Quebradas y en lo más inaccesible del monte que mira al pueblo de Santa Ana, á donde se hizo imposible seguirlos por el cansancio de las tropas en tantas horas de persecución y el temporal furioso que reinaba. Penne Villemur con su caballería empeñado en seguir á la enemiga y á la columna de los equipajes, que habían tomado la delantera por el camino de Mérida y luego por el de Medellín, se mantuvo recorriéndolos alternativamente, pensando, sin duda, que Girard no iría á tomar uno tan opuesto á la dirección de su marcha, y, más acaso, desorientado por la noticia de haber entrado en Mérida la brigada Remond. Los cuerpos ingleses que habían penetrado al principio en Arroyo Molinos y tomado una parte muy activa en el ataque de los cuadros y la captura de las piezas de artillería que los defendían, contri-

buyeron luego á la persecución de los franceses de Girard, que acosado, según acabamos de decir, por Morillo, se dirigió, por fin, á Ibahernando, para más tranquilamente después internarse en los montes de Guadalupe y por Zorita ir á cruzar el Guadiana en Orellana, uniéndose más tarde con unos 300 ó 400 de los suyos á Remond y Drouet (1).

«El resultado total de esta gloriosa acción, dice el parte oficial que publicó la *Gaceta* extraordinaria del 11 de noviembre, ha sido hacer al enemigo 1.400 prisioneros, entre ellos al príncipe duque d'Aremberg, coronel del 27 de cazadores á caballo: al general de brigada Brun, al gefe de estado mayor de la división Ydrí, 2 comandantes y 30 oficiales; dexar sobre el campo como 400 hombres, entre ellos al general de brigada Dombrouski y 20 oficiales; apoderarnos de toda su artillería que consistía en 2 cañones, un obús y 6 carros de municiones, sin faltarles ni un solo caballo de su tren; una insignia tomada por las tropas británicas, y por las de mi mando la bandera del cuarto batallón del regimiento núm. 40, infantería de línea, que tengo el honor de remitir á V. E.; y últimamente, un sinnúmero de fusiles, sables, mochilas, caballos, y todo el bagaje y equipaje de la división sin excepción de una sola maleta. Los enemigos han per-

---

(1) La persecución de los ingleses cesó por la misma causa que la de Morillo y los suyos. Napier lo dice así: «El 39.° regimiento y los portugueses de Ashworth dieron la vuelta á la sierra por el camino de Trujillo; los 28.° y 34.°, conducidos por el general Howard, le siguieron por las rocas, haciendo prisioneros á cada paso hasta que, en fin, el peso de sus armas no les permitió luchar en velocidad con gentes que habían arrojado su equipo.»

dido también una águila, pero no ha sido posible hasta ahora el encontrarla» (1).

Al terminar la acción apareció la brigada portuguesa de Campbell que había pernoctado en Casas de Don Antonio, y que al llegar al campo de batalla fué destacada con algunos otros cuerpos y la caballería de Long á Mérida, donde ya se hallaba, según hemos indicado, Penne Villemur. «El conde de Penne Villemur, escribía Hill, forma la vanguardia con su caballería, y ha entrado en aquella ciudad antes de haber llegado la británica.»

Al leer las diferentes relaciones de tan gloriosa jornada, nada más irritante que observar la preterición, cuando no el olvido absoluto, en los escritores extranjeros de cuanto hicieron los españoles para que resultase todo lo decisiva que acabó por ser para las armas aliadas. Existe historia, francesa por supuesto, que ni menciona tal y tan interesante acción; la hay, alguna inglesa, en que no se quiere recordar que allí

(1) El duque d'Aremberg, miembro de la Confederación germánica, pertenecía á la familia imperial de Napoleón por haberse casado con Mlle. Tascher, la sobrina de Josefina, quien se había dicho haber sido destinada á ser esposa de Fernando VII.

Naturalmente el general Drouet trató de canjearlo y hasta la marquesa de Santa Cruz propuso el canje con su marido, preso en una fortaleza de Italia. No le pareció bien á Lord Wellington, que tan amigo había de ser después de aquella aristocrática familia, y pretendía entonces que el cambio se hiciese con Lord Beverley.

Al tiempo mismo que los ingleses hacían prisionero á d'Aremberg, caía en poder de los franceses el teniente Strenowitz, austriaco de nacimiento y que había abandonado el ejército francés para unirse á D. Julián Sánchez. Para salvarle de una muerte que se tenía por segura, Hill escribió á Drouet, que se mostró tan generoso que, á pesar del desastre de su teniente Girard, devolvió el prisionero.

¡Qué contraste!



hubo tropas españolas que combatieron reciamente á los franceses de Girard; se encuentran varias en que apenas se hace referencia á la conducta de nuestros compatriotas, y en la mayor parte de ellas se les trata con la mayor injusticia. Hay, sin embargo, que hacer una excepción de los escritores portugueses entre los que está el distinguido General Chaby en sus *Excerptos Históricos*, tantas veces citados en esta obra, en los que dice: «Estando el francés así entretenido en el flanco derecho, la columna aliada de Howard (portuguesa), lo envolvía por el izquierda; y la caballería española, la primera que, dirigida por Villemur, había entrado brillantemente (brilhantemente) en combate sin el concurso de la británica, retrasada por la oscuridad de la noche y el mal estado del camino, unida ya á ésta, logró separar la infantería de la caballería enemiga, precisamente cuando caía en poder nuestro la artillería de Girard, cuya conquista hicieron valientemente los dragones ligeros del regimiento número 13.» Y luego añade: «La infantería española de Morillo, que por la dirección en que había ascendido (á la sierra) iba más avanzada, continuó persiguiendo con mucha destreza á los franceses, llevada de loable ardimiento, más allá del puerto de las Quebradas hasta las alturas de donde se avista Santa Ana» (1).

(1) Véase cómo describe la acción Jorge Elliott en su libro sobre «La Vida del muy noble Arturo Duque de Wellington», traducida al italiano con el título, no sabemos por qué, de Storia della Rivoluzione di Spagna»: «Aquel oficial (Hill), en consecuencia, salió de Portalegre, el 23 de Octubre y marchó á Alburquerque y de allí el 26 á Malpartida. El general Girard, al acercársele, retrocedió y se estaba retirando á Mérida, cuando el general Hill, á favor de una marcha forzada, lo sorprendió el 28 en Arroyo del Molino (así en el italiano como en el inglés). El avance de los aliados no fué sentido por el enemigo hasta

La verdad, después de todo, es que aquel combate de Arroyo Molinos fué muy desigual. De los 14.000 anglo-portugueses de que se componía la fuerza del General Hill en Alemtejo, marcharon á Extremadura como unos 8 á 9.000 que, unidos á los 5.000 españoles de Morillo y Penne Villemur, formaban una incontrastable para la división Girard, la que sin la brigada Remond, que no asistió á la acción, quedó reducida á unos 2.500 infantes y 600 caballos. Y aunque la brigada Campbell no tomó parte en el combate, y aunque el retraso de la caballería británica la impidió iniciarlo, la fuerza de Girard y, tanto más, el estado en que se hallaba al salir del pueblo, la colocaron en una situación insostenible.

Pero más aún que eso, hizo imposible su salvación la negligencia de Girard, de que tan agriamente le acusó Soult al exhonerarle, motivada, sin embargo, por el estado de ignorancia en que se encontró, del número, marcha y posiciones de sus enemigos. Sobre ese punto, escribía el general Hill á Lord Wellington, y lo copiamos como demostración no poco elocuente de las causas que más contribuyeron al éxito de la

---

el momento en que desfilaba por el camino de Mérida. Así es que confundido por el ataque y después de una valerosa defensa, se vió obligado á dispersarse y á dirigirse á las montañas, sufriendo una pérdida que entre muertos y prisioneros ascendió por lo menos á 2.000 hombres (en el original inglés se dice, sin duda por equivocación, 20.000), encontrándose entre los prisioneros un General y un Coronel de caballería. Toda la artillería enemiga, los bagajes, la Comisaría (los fondos?) y algunos almacenes de granos, cayeron también en manos de los vencedores; y ninguna durante aquella campaña obtuvo más brillante resultado (and no action during the campaign was attended with more brillant success.»

¿Qué deja, pues, el *insigne* historiador de Wellington para los españoles?



guerra de la Independencia: «Me felicito de añadir que ha subsistido la mayor armonía entre las tropas aliadas en estas últimas operaciones, y que nada hay que pueda exceder á la buena y amistosa disposición (the good will and friendly dispositión) de los habitantes del territorio por donde hemos pasado. Lo menciono como una demostración de la lealtad y el patriotismo así de los habitantes de Alcuéscar en general como de los de Arroyo Molinos, que sabiendo que se acercaban las tropas aliadas al primero de aquellos pueblos en la noche del 27 no hubo un sólo hombre que dudara, y el enemigo permaneció en una total ignorancia de nuestra aproximación á él. Por el contrario, yo estuve perfectamente informado de todo al dirigirme á Arroyo Molinos aquella noche» (1).

Expedición de Montbrun á Alicante.

Entretanto, cruzaba el centro de la Península en dirección á Valencia el general Montbrun, destacado, según dijimos, del ejército de Portugal con dos divisiones y la caballería del mismo. Pero cuando llegó á las fronteras de Valencia y Murcia en refuerzo del mariscal Suchet, ya éste se había apoderado de aquella plaza y no le eran necesarios los servicios que Montbrun se dirigía á prestarle. Suchet, por consiguiente, al comunicar á Montbrun la noticia de su triunfo, hízole conocer la opinión de que regresara con todas sus fuerzas á su anterior destino, donde podría su presencia hacerse necesaria. Montbrun, «Oficial, según el duque de Ragusa, de gran capacidad y de la mayor distinción», pero «encontrando divertido el papel de con-

(1) Si será eso verdad y si contribuiría al resultado de las operaciones de los ingleses, que no sólo lo certifica sino que, según llevamos dicho, entusiasma al mismísimo Napier.

quistador y deseoso de gozar de las ventajas que ordinariamente proporcionan las conquistas», no hizo caso de las recomendaciones de Suchet y continuó su marcha á Murcia en busca de las fuerzas españolas que se habían retirado á aquella provincia después de la batalla del 26 de diciembre en las márgenes del Turia.

Ya conocen nuestros lectores las posiciones que había ocupado el general Mahy después de aquel desastre, y que el 30 de diciembre de 1811 se retiró á Alcoy, amenazado en Alcira y Játiva por las fuerzas que Suchet envió en su persecución. De haber llegado Montbrun oportunamente al teatro de aquellas operaciones, las tropas de Mahy se hubieran visto muy comprometidas y acaso cortadas en su retirada; pero al no atender á las indicaciones de Suchet para que retrocediese al Tajo, unió aquel general la torpeza de, entretenido en su correría con la exacción no poco violenta de víveres y dineros en los pueblos del tránsito, retardar su marcha lo suficiente para que nuestro tercer ejército pudiera, según diremos circunstanciadamente en otro capítulo, ponerse en salvo acogiéndose á la plaza de Alicante. Había dejado en el camino parte de una de las divisiones de infantería que llevaba, para en todo evento conservar la comunicación con su cuartel general, é iba de consiguiente con la cuarta división y la caballería, sin otras piezas que las de campaña, inútiles para un ataque formal á una plaza de guerra por medianas que fueran sus fortificaciones. ¡Presunción harta era la suya y harto el desprecio que pudieran inspirarle las tropas españolas, al dirigirse así á Alicante é intimar la rendición á su gobernador!

Pero Montbrun, á pesar de las recomendaciones que Suchet le había hecho para que se uniese de nuevo á Marmont y de haberle augurado el fracaso que iba á sufrir al atacar sin artillería de sitio una plaza como la de Alicante, bien fortificada y guarnecida, se dirigió á ella creyéndola presa fácil y fructuosa. Y después de maniobrar en la llanura inmediata haciendo gala de la fuerza que llevaba y de la habilidad que le distinguía en su manejo; después de lanzar algunas granadas sobre el centro de la ciudad creyendo así atemorizar á sus defensores lo bastante para que se le entregasen, intimó como luego veremos también, la rendición al gobernador, quien, como era de esperar, la desatendió. No quedaba al petulante general francés sino volverse á su antiguo campo de Talavera; verificándolo á fines de enero, si bien con algunos prisioneros hechos en el camino y los despojos recogidos en los indefensos pueblos que cruzó, con harto descrédito suyo como jefe prudente y generoso.

Pero si estéril y hasta perjudicial para la causa francesa fué la expedición de Montbrun á Alicante, no pudo tampoco ser más inoportuna; porque al reunirse la fuerza considerable que había llevado con el ejército de Portugal, de que era parte, había pasado la ocasión en que más necesaria se había hecho (1).

Mientras el jactancioso general Montbrun andaba merodeando por las fértiles campiñas de Alicante, caia Ciudad Rodrigo en poder de las tropas del vigilan-

(1) El general Brialmont en su «Historia de Wellington» y en nota, al tratar de este asunto, dice: «Aquella noticia (la de haberse rendido Valencia), y el deseo de hacerse útil antes de retroceder, decidieron á Montbrun á marchar sobre Alicante. Apenas llegó, intimó la rendición; pero el gobernador, viendo

te y hábil conde de Wellington, atento siempre á castigar rudamente cualquier descuido, la menor falta militar de sus enemigos. Ya desde la retirada de Marmont y Dorsenne en septiembre, establecido el ejército anglo-portugués entre el Coa y el Agueda con su cuartel general en Fresneda, cubría todo el campo portugués á cuya retaguardia debían hacerse los preparativos necesarios para el sitio de Ciudad Rodrigo. Y tan secretamente fueron haciéndose el transporte del material de artillería de Oporto á Lamego y por fin á Pinhel, Villa da Ponte y Almeida, que en los tres meses que transcurrieron hasta el suceso que vamos á recordar, ni el gobernador de Ciudad Rodrigo logró romper el velo que cubría operación tan larga, ni Marmont pudo obtener noticia alguna sobre ella. Lord Wellington, por el contrario, sabía cuanto pasaba en toda España y observaba las operaciones de sus enemigos los franceses, menos alarmados de la presencia de ejército tan numeroso ante plaza tan importante que de las expediciones de los españoles á Tarifa y Ronda, de la acción, cada día más enérgica, de las guerrillas y, sobre todo, de la actitud, siempre amenazante, del general Hill sobre las comunicaciones de los ejércitos de Portugal y Andalucía. La discordia dominante entre los generales franceses y la ninguna autoridad del rey José para sobreponerse á ellos, era, ya lo hemos dicho, una de las causas más influyentes para el esta-

---

que el enemigo no tenía medios con que empezar el sitio, rechazó la intimación y, de consiguiente, Montbrun se vió obligado á volver al ejército de Portugal, al que se reunió el 25 de enero con el disgusto de no haber contribuído á la toma de Valencia, de haber fracasado ante Alicante y no llegar á tiempo de salvar á Ciudad Rodrigo.»



do, anormal verdaderamente, que reinaba en el campo enemigo, sometido, fuera de Valencia, á una defensiva que permitía á Wellington dedicarse con la mayor tranquilidad á la ejecución de su tan meditado y transcendental proyecto.

Nuevo convoy á Ciudad Rodrigo.

Así se explica el fenómeno de tres ejércitos, franceses, por añadidura, y de los de aquella época incomparable, inactivos, más aún, rehuyendo el combate ante uno solo, el inglés, no superior en fuerza material á ninguno de ellos, y así se explica también esa tranquilidad del general británico que hasta mantuvo diseminadas sus tropas en aquella frontera mientras se reunían á su espalda los elementos que exigía la realización de su empresa. Lo cual, hay que reconocerlo, fué un error que no bastan á justificar la necesidad de precaver al ejército de las dolencias más ó menos infecciosas que venía sufriendo desde su estancia en las márgenes del Guadiana, ni la ocupación de una línea suficientemente extensa para evitar por fuera el conocimiento de lo que tras de ella se operaba, por que así fué causa de un habilísimo esfuerzo del enemigo para avituallar de nuevo la plaza de Ciudad Rodrigo. La introducción del último convoy en septiembre, al exigir la campaña de seis días en que los ejércitos francés y británico se mantuvieron peleando en las orillas del Agueda y del Coa, había producido tal gasto de víveres en el imperial, que un mes después se sentía en la plaza la misma falta de recursos que antes. Era necesario y aun urgente ocurrir á ella; el ejército del Norte se ponía en camino desde Valladolid para en Navarra atender á la defensa de Pamplona y los demás puntos fortificados de la pro-

vincia amenazados por Mina, cuyas fuerzas crecían de día en día, y el de Portugal pensaba llenar cumplidamente su misión con cubrir en el Tajo sus comunicaciones con los del Centro y Mediodía, observando á la vez la plaza de Badajoz que, dada la historia de los meses precedentes, podía ser atacada el día menos pensado. No quedaba, pues, en Salamanca dispuesta, por mejor decir obligada, á socorrer á la guarnición de Ciudad Rodrigo que la división Thiébault, la cual contaba en sus filas con 4.500 infantes, seis piezas de campaña y 600 caballos, un escuadrón de *Cazadores de Montaña* españoles entre ellos (1).

Viéndose Thiébault en tal situación, pero en el deber también de no permitir que la guarnición de Ciudad Rodrigo se rindiera sin pelear, escribió inmediatamente á Dorsenne, su general en jefe, manifestándole la urgencia de acudir en auxilio de una fortaleza «que era su último apoyo, porque ella sola impedía que el ejército anglo-portugués desembocara en España, que batiese al ejército de Portugal y obligara al del Norte á evacuar la provincia de Salamanca.» La carta alcanzó á Dorsenne en Torquemada cuando estaba comiendo; y la contestación, tranquilamente escrita al terminar el banquete, se redujo á manifestar á Thiébault «que consideraba posible la operación y que sus talentos y el celo que debían todos desplegar en

(1) Thiébault había organizado ese escuadrón, el cual en los 18 meses de su existencia sirvió de escolta al general en todas sus excursiones, sin haberle proporcionado disgusto alguno y sólo sí el trabajo de contenerlos en los combates, en que dice aquél se mostraron tan valientes que parecían *verdaderos locos*. Envueltos, por fin, por los de D. Julián y los ingleses, prefirieron morir matando á rendirse cuando se les gritaba lo hiciesen.

servicio del Emperador no dejarían de sugerirle las medidas más propias para asegurar el éxito de su cometido y la conservación de las tropas que se le tenían confiadas» (1).

No hubo, pues, otro medio que el de acometer aquella arriesgadísima empresa si había de salvarse el honor de las armas francesas y el propio del general que las regía en Salamanca al socorrer una plaza cuyo gobernador, además, acababa de ser secuestrado por abandonarla indebidamente, aunque por cortos momentos y con el propósito más sano. El general Reynaud hacía salir todas las mañanas á pastar en la izquierda del Agueda y al pie de El Bodón todo el ganado que se destinaba en la plaza al racionamiento de la guarnición, escoltado por algunos jinetes; y no pocas veces salía también él para reconocer el país inmediato y hacer algún ejercicio. D. Julián Sánchez, que lo supo, se propuso hacer presa de aquellos rebaños, y la noche del 14 de octubre apostó entre los altos de El Bodón y la fortaleza dos trozos de su caballería. El general Reynaud salió, con efecto, al amanecer del 15 y cruzó el Agueda acompañado de algunos oficiales de su Estado mayor y una corta escolta; pero no bien había llegado al sitio del pastoreo cuando, presentándose en él nuestros guerrilleros y después de una ligera resistencia, fué perseguido y hecho prisionero con otros dos de los suyos al alcance ya de la artillería de la plaza (2).

(1) «Les cheveux me dressèrent sur la tête á la lecture de cette lettre», dice Thiébault en sus Memorias.

(2) Dorsenne en su parte á Berthier, dice que fueron tres los prisioneros, contando, sin duda, con que fué herido uno de los oficiales que acompañaban á Renaud, como llama al goberna-

Había, pues, que, además de un nuevo convoy, llevar á Ciudad Rodrigo un gobernador que Thiébault, por sorpresa puede decirse y contra toda la voluntad del elegido, hizo lo fuese el general Barrié, de paso en aquellos días por Salamanca para el cuartel general del ejército de Portugal á que había sido destinado.

Estratagema de Thiébault.

Y he aquí la estratagema de que se valió Thiébault para con una fuerza menor de 3.000 infantes, 600 caballos y 4 piezas introducir en Ciudad Rodrigo el convoy que había reunido en Frades, ante un ejército como el sitiador de aquella plaza, de unos 45.000 hombres dirigido por tan hábil y vigilante capitán. Por primera providencia, Thiébault escribió al prefecto que iban á establecerse en Frades 12.000 hombres con 1.000 caballos y 12 piezas, para cuyo racionamiento se hacía preciso formar en 24 horas una provisión especial de vacas, ovejas y de grano ó harina que él determinaba. Divulgó después por todas partes la próxima llegada á las inmediaciones de Salamanca de ocho batallones y 2.000 caballos de la guardia imperial, y aun mandó preparar su alojamiento y los víverés necesarios á los corregidores de aquella ciudad y Alba de Tormes. Esas autoridades debían contestar, y así lo hicieron, que los pueblos á que se refería la orden estaban llenos de tropa y que, si habían de alojar á la guardia imperial, sería preciso se disminuyeran sus tan numerosas guarniciones, y así se llevaron á Matilla unos 2.000 in-

---

dor. Añade luego: «Costará trabajo á V. A. comprender tal imprudencia de parte del general Renaud, sobre todo después de la prohibición reiterada que yo le había hecho en Rodrigo de no verificar salidas aventuradas, particularmente de su persona, pues que estaba provisto de todo lo necesario».

En España esa prohibición es reglamentaria.



fantes sin mochilas, 500 cazadores de á caballo y el convoy. Por fin, al amanecer del 30 de octubre, salió de Salamanca Thiébault con el general Barrié, escoltado por *su* escuadrón español y reservando el plan hasta á los mismos oficiales de Estado mayor, su secretario y ayudantes de campo que iban con él.

Tan públicas se habían hecho sus falaces declaraciones y tan secretos quedaron sus verdaderos intentos, que Lord Wellington escribía á Liverpool «que el 31 se le había informado de que el enemigo estaba haciendo preparativos para la reunión de un gran cuerpo de tropas en Salamanca así como de su marcha en dirección de Ciudad Rodrigo con el objeto de llevar al nuevo gobernador y un suplemento adelantado de provisiones, de cuyos preparativos en Ledesma se le había dado ya parte el día 30». (1)

Thiébault llegó á Matilla á las ocho y media de la tarde y á las nueve proseguía su marcha para, á las tres de la mañana siguiente, vivaquear en el bosque de Alba de Yeltes con lo que la tropa, el ganado de arrastre del convoy y el de las provisiones descansaran unas siete horas que necesitaban por lo menos. A las tres del mismo día 31 entraba el convoy en el llano de legua y media que precede á Ciudad Rodrigo por aquel camino, dejando en la linde del bosque citado cuatro batallones y cuatro piezas que cubriesen desde allí la marcha de los 600 caballos, de un batallón de granaderos

(1) En ese parte se le decía que el destacamento francés de Ledesma se había ido el 28 á Salamanca; suponiéndose generalmente que se trataba de reunir fuerza hacia la sierra de Francia para realizar una gran contribución. «Exceptuando, se añadía, aquel movimiento, ni el ejército del Norte ni el de Portugal habían hecho nada hasta entonces».

y otro de cazadores con quienes Thiébault depositó su impedimenta toda en el glacis de la plaza. «A las siete de la tarde, dice el célebre general en sus Memorias, y acompañado de los jefes de la guarnición, los comandantes de ingenieros y artillería y el comisario de guerra, había yo recorrido toda la plaza con el general Barrié, haciéndosela conocer en cuanto era posible. A las ocho, reuní á las personas que acabo de citar y á las autoridades españolas, poniendo de mi parte cuanto pude para dar cierto aparato á la instalación del sucesor del general Reynaud. Celebré en seguida un consejo en que hice redactar todas las órdenes, cuantas instrucciones podría la situación de la plaza hacer necesarias, á la vez que tomaba nota de lo que la sería aún preciso; y á la una y media de la mañana y terminados esos trabajos, abandonaba Rodrigo para, á las tres, unirme á las demás tropas, y me ponía en marcha para San Muñoz».

Lord Wellington, por su lado, escribía á Liverpoo el 6 de noviembre: «El nuevo gobernador de Ciudad Rodrigo, General Barrié, salió de Salamanca el 30 de octubre y el 1.° de noviembre por la noche llegaba á Ciudad Rodrigo, escoltado por una división de infantería y 600 caballos, reunidos de sus cantones del alto Tórmes, llevándose con él un número considerable de ovejas para la guarnición. El estado de los vados del Agueda, hasta la mañana del 2, impidió á nuestras tropas hacer ningún movimimiento para evitar la comunicación con la plaza, y el enemigo marchó de vuelta antes de ser de día».

Dijera que había sido engañado y careciendo de noticias verídicas, aun entre españoles y con D. Julián



á sus órdenes, y sorprendido con sus tropas dispersas en cien cantones, más ó menos distantes entre sí y de la línea del Agueda, pero no atribuya á la mayor ó menor accesibilidad de los vados de aquel río un fracaso que no le hace honor, cual hay que concedérselo, enemigo y todo, al intrépido y hábil general Thiébault, rival en aquella ocasión del mismísimo Frontino.

Entretando, los jefes de éste, el general Dorsenne y el mariscal Marmont, satisfechos con las noticias que les llegaban de la inacción en que aparecía mantenerse Lord Welliugton, de todo se cuidaban menos de atender á la seguridad de Ciudad Rodrigo que, para que no se les turbara en la ejecución de sus propios planes, pretendían hacer considerar como inatacable por entonces. Dorsenne iba á Navarra á darse los aires de triunfador ahuyentando las guerrillas, envalentonadas con la marcha de Reille y Severolli á Aragón y Valencia; y el duque de Ragusa se empeñaba en extender el territorio de su demarcación militar á las puertas de Madrid, y si accedía á la reclamación del Intruso para que no se ocupase Illescas por el ejército de Portugal, hacía que el general Foy se estableciese en Aranjuez apoderándose de cuantos almacenes y depósitos tenía allí su siempre desobedecido soberano. «Por instrucción general, le decía Marmont desde Talavera el 21 de octubre, no debeis obedecer ninguna orden que os sea dada en nombre del Rey, cuando se oponga á mis particulares intenciones. No os separeis jamás de estas instrucciones. El ejército de Portugal no debe nunca servir para las escoltas ni para la comunicación con el ejército del Mediodía».

Pero mientras la indisciplina de los generales fran- La división

española en el Agueda.

ceses y sus discordias ofrecían tal espectáculo, y Montbrun y D'Armagnac se dirigían á Valencia con fuerzas tan numerosas para nunca llegar á su destino, y, abandonando su importante misión en Castilla, se empleaban las mejores tropas, las del ejército del Norte, en la quimérica empresa de destruir nuestras guerrillas de Navarra y Vizcaya, Lord Wellington seguía preparando el sitio de Ciudad Rodrigo con la perseverancia lenta pero insistente que le era característica y le consentían entonces los errores de sus adversarios. Inspirábale, además, no poca confianza la continua asistencia á su lado de la que ya pudiéramos llamar división del general D. Carlos España, de que formaba parte la guerrilla cada día más considerable de don Julián Sánchez. Si hasta entonces, según llevamos dicho, le había prestado tantos servicios, contribuyendo al fracaso de Massena en su campaña de Portugal y Fuentes de Oñoro después, ahora en el sitio de Ciudad Rodrigo el servicio de protección á los forrajes y aprovisionamiento del ejército, el de avanzadas y de exploración, la vigilancia que ejercía sobre la plaza, de que era prueba elocuentísima la captura del general Reynaud, y el nunca interrumpido ataque á los destacamentos y convoyes del enemigo, hacían sumamente apreciables los oficios del célebre partidario castellano. No los disimulaba ni quería ocultarlos el general británico; y para atraerse más y más al *D. Julián*, y para que el gobierno español no opusiera obstáculos á la casi incorporación de la guerrilla al ejército anglo-portugués, la abonaba hacía tiempo las pagas y las raciones al igual de sus tropas. Había, tiempo antes, escrito el Lord á su hermano: «Conociendo el genio empren-

dedor y la inteligencia con que D. Julián Sánchez se conduce siempre, así como el fruto que puede producir para la causa común su partida, bien organizada y en estado de actividad para los servicios militares que es capaz de prestar y por lo que fomentan el espíritu de hostilidad contra los franceses en Castilla él, sus oficiales y soldados con las conexiones amistosas que mantienen entre todos los cabecillas y guerrilleros del país, he creido deber agregarla por ahora al ejército británico; y esperando que el marqués de la Romana y la Regencia aprobarán esta medida, he dispuesto se le abonen las pagas y subsistencia ínterin yo la tenga empleada. Como será probable que disponga de ella á largas distancias del ejército, unas veces en España y otras en Portugal, y no pudiendo agregarla un comisario, he pensado que sería lo más conveniente hacerle un anticipo para las raciones de cada oficial, soldado y caballo, con lo que se evitarán violencias para los pueblos, quejas y disputas.»

Pues bien, en la ocasión de Fuentes de Oñoro observarían nuestros lectores que D. Julián contaba ya con 1.000 infantes y 600 caballos; pero comprendiendo luego Wellington cuán útiles podrían serle servicios más extensos de la fuerza española puesta á sus órdenes, hizo que se le agregara también la que en el sitio de Ciudad Rodrigo vemos que le acompañaba. Mandábala el mariscal de Campo D. Carlos España, jefe de la 3.ª división del 5.º ejército español, pero aun cuando según su organización debía tener 5.570 hombres y 789 caballos, estaba reducida á unos 4.000 hombres al reunirse á los ingleses en las márgenes del Agueda á fines de 1811. Allí la destinó Lord Welling-

ton á cubrir el ala izquierda del ejército; así es que la vemos el 22 de noviembre reunirse en San Felices de los Gallegos, dispuesta á cruzar aquel río á la vez que se juntarían las anglo-portuguesas en Fuente Guinaldo, El Bodón y Pastores, para pasarle por el vado de este último punto, y en Zamarra las que estaban en la orilla derecha.

Esto revelaba la intención de oponerse á cualquier otro intento de meter un nuevo convoy en la plaza, igual ó parecido al ejecutado por el general Thiébault. Como que las instrucciones dadas en ese sentido llevaban el concepto de que, si no tenía lugar ese proyecto que se suponía en el enemigo, volvieran las tropas aliadas á sus anteriores cantones ó á otros en que hallaran mayores facilidades para su subsistencia y mejor clima para su salud, aun habiendo mejorado mucho desde que habían abandonado el valle del Guadiana (1). Así sucedió y así se hizo, regresando también Lord Wellington á Fresneda desde Fuente Guinaldo, punto á que había trasladado su cuartel general, tan inminente creía un choque con los franceses que volvieran al socorro de Ciudad Rodrigo.

(1) Del número de enfermos en el ejército inglés, decía Wellington á su hermano que antes había 17.000, de los que 700 ú 800 eran heridos: pero que entonces se perdían ya pocos y se había reducido á unos 14.000, muchos de los procedentes de Walcheren. De todos modos podía disponer de 3.000 hombres más que cuando los franceses estaban allí en septiembre.

En cuanto á las dificultades para la subsistencia de las tropas, hacía en otro despacho ver las ventajas que en eso llevaba á los franceses, porque él podía valerse de los ríos para el transporte de los víveres hasta donde aquellos eran navegables, y el poderío naval de la Gran Bretaña protegía el establecimiento de almacenes en el litoral.

De lo que siempre se quejaba Wellington era de que los españoles le negaban los víveres si no se les pagaba en moneda contante.



Más verdad tenía la expedición de los franceses á la sierra de Francia con objeto de hacer efectivas las contribuciones que habían impuesto á los pueblos que en ella asientan. El conde de España la había anunciado á Lord Wellington quien, después de desatenderla por no perturbar la posición de sus tropas, había autorizado al general español para que si le era posible la escarmentase con la fuerza de su división y la de D. Julián Sánchez. Y, con efecto, el 28 de noviembre el Conde atacaba á los franceses, cuando regresaban de la sierra de Francia, entre Miranda y El Endrinal con la infantería de D. Julián y una parte del regimiento de La Princesa, acabando la acción el famoso guerrillero al frente de sus lanceros al romper el cuadro en que sus enemigos creían rechazarle. Además de haberles causado bajas proporcionalmente muy numerosas, los españoles recobraron de los franceses una parte importante de las sumas que habían exigido á los habitantes de la sierra.

Y luego el general Castaños.

El tiempo pasaba entretanto sin que se atacase el cuerpo general de la fortaleza y pasaba produciendo la impaciencia en todos, en los ingleses y su jefe, principalmente, que no debía tener confianza plena por las dificultades no fáciles de vencer en un plazo corto. No es, pues, de extrañar que tratara de calmar la impaciencia, á su vez, del gobierno británico en los despachos que dirigía al ministro Liverpool, en que aun ante el temor de no alcanzar el éxito á que aspiraba, de la conquista inmediata de Ciudad Rodrigo, le prometía las ventajas que aquella empresa procuraría en favor de Valencia, de Galicia y Asturias. Ni dejaba, como de costumbre, de achacar esas dificultades á la poca vo-



luntad y á la torpeza de sus aliados los españoles y portugueses, que no presentaban el número de carros y mulas necesarios ni con las condiciones precisas para que el transporte del material fuera bien ordenado y rápido. «¿Podeis imaginaros, le escribía, carros vacíos que empleen dos días para recorrer 10 millas de un buen camino?»

No sabemos si para eso ó para el asunto de Olivenza, que los portugueses solicitaban se les devolviese, el general Castaños se trasladó de Valencia de Alcántara, su cuartel general, á Fuentes de Oñoro, donde lo establecía el 8 de diciembre. Los servicios de don Julián y los del general España estimularían á Wellington á tener á su lado al general en jefe del 5.° ejército español con quien contar para otros de más importancia fuera de su campo, todo él dedicado al sitio de Ciudad Rodrigo. Nada de eso indica Wellington en sus despachos sin mencionar siquiera la llegada de Castaños á Fuentes de Oñoro, cuando consta que fué á visitarle, *á cumplimentarle,* aquel mismo día en su nuevo alojamiento. Tratándose de españoles y portugueses, Wellington no hacía salir de sus escritos más que quejas.

Sitio de Ciudad Rodrigo.

Y sin embargo, cuando escribía eso, que era el 7 de enero, tenía ya bajo su mano un inmenso material de sitio; como que al día siguiente atacaba la plaza, apoderándose por la noche de uno de sus fuertes exteriores. No; ni dejó de aprovechar el tiempo ni el procurarse el que no se le interrumpiera en la tarea del sitio cuando hubiera de emprenderlo, alejando el peligro que pudieran ofrecerle los ejércitos del Norte y de Portugal con observarlos constantemente y ocupar

posiciones donde detenerlos, y el del Mediodía haciendo que el general Hill avanzase á Mérida y, destruídas allí las obras de fortificación ejecutadas por el general Dombrouski, continuara su marcha sobre Drouet, jefe del 5.° cuerpo de ejército francés. Y efectivamente, seguro Lord Wellington de que Marmont, si se movía era para establecerse en Valladolid por disposiciones imperiales de que daremos luego cuenta, y de que el conde de Erlon, esto es, Drouet, se retiraba de Almendralejo á Zafra y Llerena, límite que el general en jefe británico había impuesto á Hill para su ofensiva, comenzaba las operaciones contra Ciudad Rodrigo con todos sus recursos ya reunidos y con la mayor energía posible (1).

Asalto del reducto Renaud.

Tan fué así que, según ya hemos indicado, la noche misma del día en que completaba el cerco de aquella plaza, hacía asaltar el nuevo reducto alzado por los franceses en el Teso de San Francisco, *verdadero padrastro, éste, de la plaza,* como lo llamamos al describirla en el capítulo IV del tomo VIII. No era aquella la única obra con que los franceses habían procurado aumentar las defensas de Ciudad Rodrigo, sino que reparadas y perfeccionadas las antiguas que había echado por tierra la artillería de Massena, se habían construído nuevas en los arrabales, en San Francisco,

(1) Por un puente de caballetes echado en San Felices sobre el Agueda, pasó la mayor parte del material de artillería, que consistía en 34 piezas de á 24 y 4 de á 18, con 8 morteros, 22 obuses y abundantes municiones de todos los calibres. El de ingenieros contaba con 2 200 útiles, 1.100 gabiones, 609 faginas y 30.000 sacos de tierra, y para los trabajos de zapa se había instruído á 180 soldados de infantería, á la vez que de 40 á 50 de la misma arma para ayudar en los suyos á los artificieros militares.

Santo Domingo y Santa Clara, y ligádolas con el Teso, por un lado, y con el cuerpo de la plaza por otro. Pero ahora, como en 1810, el primer objetivo á que debía dirigirse el ataque era la conquista y ocupación del Teso de San Francisco, de donde se alcanzaba á batir el frente todo cubierto por la falsa-braga á que tantas veces aludimos al describir el sitio de aquel año.

El reducto Renaud, nombre que se dió al del Teso en memoria del gobernador aprisionado por D. Julián Sánchez, consistía en una luneta de tierra, empalizada y provista para su defensa de dos cañones y un obús. Guarnecíanlo 50 hombres, y lo protegían una batería de otras dos piezas construída en la terraza del convento de San Francisco, distante unos 400 metros, y, de algo más lejos, el convento de Santa Cruz, bien aspillerado y con suficiente presidio de infantería (1).

Los aliados atacaron el reducto Renaud á las nueve de la noche con 300 hombres, mandados por el teniente coronel Colburne, precedidos de un destacamento de ingenieros provistos de escalas, faginas y útiles para abrir paso por la empalizada que cubría el fuerte. Dominada la empalizada con las faginas, que formaron uno como puente sobre ella, nada les fué más fácil á los ingleses que pasar el foso; y siendo la escarpa, como toda la obra, de tierra, pronto asaltaron el parapeto al mismo tiempo que otro destacamento, dirigiéndose á la gola, que no tenía foso, forzaba la puerta. Defendiéronse enérgicamente los franceses haciendo fuego sobre los asaltantes y tratando de impedirles el avance á la escarpa con granadas de mano que arroja-

(1) Véase en el atlas del Depósito de la Guerra el plano que acompaña la descripción del sitio de 1810.



ban al foso; pero arrollados por el número y sin esperanza de socoro, se rindieron los 43 con 2 oficiales, que quedaron por la muerte de 3 y la fuga de 4 que lograron salvarse en la plaza (1).

La primera paralela.

Los ingenieros comenzaron en seguida la traza y ejecución de una gran trinchera, no difícil de abrir por ser la misma de hacía año y medio, poco antes rellena; y aun cuando las baterías de la plaza y de San Francisco hicieron un fuego violento la mañana siguiente, ya estaban los trabajadores á cubierto y por la tarde podía darse por abierta la primera paralela. Durante la noche del 9 al 10 continuaron los sitiadores sus trabajos extendiendo la trinchera y construyendo tres baterías para 11 piezas cada una, destinadas á apagar el fuego de la plaza. Los ingleses nunca han sido maestros para las operaciones de un sitio regular, ajustado á los métodos que recomienda la poliorcética; y en los trabajos á que nos estamos refiriendo habían cometido la torpeza de establecer en la

(1) Los ingleses tuvieron 6 muertos y 3 oficiales y 16 soldados heridos. Así lo dicen John T. Jones en el Diario de aquel sitio, y Belmas en el suyo, á pesar de que Wellington manifiesta en sus despachos que de los franceses se rindieron 2 capitanes y 47 hombres, habiendo sido los demás pasados á cuchillo (put to the sword). En cambio dice que entre los suyos hubo 6 muertos y 1 capitán, 2 tenientes y 14 soldados heridos. Por cierto que entre los asaltantes no cuenta con un destacamento de 1 oficial y 12 hombres del 3.° de Cazadores portugueses, batallón que pidió ir al asalto. Crawfurd los cita en su parte: «Debo, dice, en justicia manifestar á Su Señoría que habiéndose ordenado al 3.er batallón de Cazadores portugueses abriesen las trincheras en cuanto fuese tomado el fuerte y no habiéndosele llamado á dar fuerza para el ataque, recibí de ellos por conducto de su teniente coronel Elder, un caluroso mensaje para que se enviasen algunos voluntarios al asalto, permitiendo yo que 1 subalterno y 12 hombres se uniesen al destacamento del teniente coronel Colburne, con el que fueron al ataque con gran bravura. El subalterno voluntario fué el teniente J. de M. M. Lobo.»

primera batería cinco piezas que resultaban cubiertas por el fuerte Renaud, recién conquistado. Y entre allanar el fuerte y trasladar las piezas á otro sitio, se optó por llevarlas al flanco izquierdo de la segunda batería, para con dos de ellas batir el convento de San Francisco, de donde un metrallazo había muerto al anochecer al capitán Ross. «Para construir rápidamente aquellas baterías, dice el ingeniero Jones, los ingleses las ahondaron tres pies en tierra y cubrieron con una cestonada á los trabajadores que escavaban el foso exterior».

La plaza, aun tratando de entorpecer esos trabajos, nada consiguió, tal era la actividad que ponían los ingleses en su ejecución, movido Lord Wellington, según tenía manifestado á su gobierno, de no dar á Marmont tiempo para acudir al socorro de la plaza antes de asaltarla él. El gobernador, á su vez, al permitir á los habitantes que abandonasen la ciudad, envió á Salamanca dos emisarios que dieran al general Thiébault noticia de lo que allí ocurría. No se arrepentirían poco los habitantes de Ciudad Rodrigo de no haber salido todos para evitar los horrores del asalto; y el mensaje del general Barrié á su colega Thiébault encontró, no en Salamanca, sino en Valladolid, tal desdén hacia los peligros revelados en sus renglones, que, según veremos luego, contrasta grandemente con el interés y el calor con que los enemigos procuraban aprovecharlo.

Construcción de baterías.

Los sitiados colocaron en el frente amenazado treinta fusiles de parapeto con que disparar sobre los trabajadores del sitiador, mientras la artillería, los morteros especialmente, hacían llover proyectiles sobre las baterías á que los ingleses no cesaban de llevar sacos á

tierra con que completar sus obras y cubrirse de las salidas de San Francisco y Santa Cruz que pudieran atacarlas. Y así sucedió el día 14, en que, viendo Barrié cómo el sitiador adelantaba sus trabajos en la segunda paralela hasta apoderarse del teso del Calvario, y que en la noche anterior había atacado el convento de Santa Cruz obligando á los franceses que lo guarnecían á salvarse en los fosos de la plaza, hizo salir unos 500 hombres de la plaza con la misión de destruir las obras ejecutadas la noche anterior.

Salida de la plaza.

La salida se verificó á las once de la mañana, y sus comienzos no pudieron ser más afortunados para los franceses. El convento de Santa Cruz cayó de nuevo en su poder y las trincheras acabadas de abrir por los ingleses fueron inmediatamente destruídas y rellenas; hasta la primera paralela fué invadida y en peligro inminente estuvieron las baterías en ella levantadas, de ser desarmadas de su poderosa artillería. Cundió la alarma en toda la línea inglesa de ataque, y antes de que los franceses acabaran su obra de destrucción, acudió con parte de su fuerza el general Graham, que sostuvo á los trabajadores de las baterías que se defendían, y logró obligar á los franceses á retirarse á la plaza, exceptuando á los de Santa Cruz que no lo hicieron hasta haber recibido una orden del general Barrié para que se acogiesen también á sus anteriores posiciones (1).

(1) La salida, como la hora, debieron su elección á la manera con que se verificaba en el campo de los ingleses el relevo de las fuerzas destinadas al servicio en las trincheras, observada por Barrié desde la torre de la Catedral. Los sitiadores relevaban á aquella hora; y como las relevadas se iban desde que veían acercarse las que iban á las trincheras en su lugar, las

Asalto de S. Francisco.

Los ingleses, en desquite de la salida, se apresuraron á reponer las obras deterioradas, y una vez reocupado el convento de Santa Cruz, abandonado, según acabamos de decir, por los franceses, comenzaron á batir en brecha el frente de ataque con 25 de las piezas montadas en las baterías de la primera paralela, de las que dos dirigieron sus fuegos al convento de San Francisco. Desde él se descubría perfectamente la segunda paralela por su retaguardia, y para asegurarla de su fuego se hacía necesario ocupar la vasta fábrica fortificada del convento, padrastro que, de otro modo, vendría á ser para toda obra y para toda operación que hubiera de dirigirse á acercarse á la plaza. Y, para conseguir tan importante resultado, los ingleses atacaron la noche de aquel mismo día 14 con una fuerte columna que escaló la muralla exterior, mientras los presidiarios, amenazados por otra que avanzaba por la gola para cortarles la retirada, se acogían á Ciudad Rodrigo, no antes, sin embargo, de haber clavado las tres piezas que constituían la artillería de aquel puesto. Los ingleses, entonces y después de ocupar también los arrabales comprendidos entre aquel convento y el de Santo Domingo, paralelamente al circuito de la plaza por su parte oriental, se atrincheraron aumentando la fuerza de San Francisco y asegurándola con la comunicación que abrieron con la primera paralela en su extrema izquierda. Eso les permitió prolongar cerca de 200 metros la segunda paralela y el día 15

paralelas, como las baterías, quedaban por un rato desguarnecidas. Así lo dice primero John Jones, y después Belmas, que en su diario del sitio de Ciudad Rodrigo, lo copia del historiador británico.

trazar otra batería más adelantada sobre aquel mismo flanco, armándola en seguida con siete piezas de á 24.

Baterías de brecha.

No bastaba eso para alcanzar el objeto que se había propuesto Lord Wellington, quien temeroso siempre de que el día menos pensado, nunca remoto en su sentir, se presentara un poderoso ejército enemigo á socorrer la plaza, y después de una conferencia celebrada el 13 con el comandante de ingenieros, había resuelto se emplease la artillería de la primera paralela en abrir brecha en el muro, que pudiéramos llamar interior, de la plaza, para en todo caso asaltarla sin recurrir á obras de aproche que necesariamente habrían de retardar su conquista. Y por si efectivamente no bastaban los trabajos hasta entonces ejecutados, hizo el Lord construir otra batería, la número 5 en su plan de ataque, en el teso del Calvario, á 180 metros ya del recinto y que en la noche del 18 al 19 se armó con dos obuses que disparasen contra la brecha y sobre cualquier atrincheramiento que se tratara de construir detrás de ella.

Dos eran los blancos de la artillería inglesa: el saliente septentrional de la muralla, donde debía abrirse la brecha principal, y una torre junto á la puerta del Conde, llamada del Rey, que se alzaba en el otro extremo de la gran cortina que constituía el frente atacado. Si en algunos de aquellos días de un frío intensísimo, de ventisca y nieve, hubo que suspender el fuego por causa de la espesa niebla que cubría la tierra á punto de no poderse divisar los objetos á la más corta distancia, en otros el fuego se hizo tan frecuente, tan violento y destructor como podía desear Wellington en

sus recelos de que se presentara Marmont á su vista. Véase cómo lo describe Napier: «Aquella salida, dice refiriéndose á la del día 14, unida á la muerte del oficial de ingenieros que mandaba en aquel momento, y el fuego siempre perfectamente sostenido de la ciudad, retrasó la ruptura del fuego de las baterías de brecha; pero á las cuatro y media de la tarde, veinticinco piezas de grueso calibre batieron la falsabraga y el muro mientras dos piezas dirigían sus fuegos sobre el convento de San Francisco. Entonces se ofreció á la vista un grandioso y espantable espectáculo. El enemigo contestaba al fuego de los sitiadores con el de más de cincuenta piezas: temblaba la tierra con los golpes redoblados de aquellas ochenta máquinas de guerra; torbellinos de espeso humo se detenían pesadamente en las almenas ó se elevaban precipitadamente sobre los muchos campanarios de las iglesias; el silbido de las balas de cañón y el rastro que trazaban en el aire, parecían producidos por enormes serpientes que en la oscuridad se lanzasen sobre la presa que no podría escapárseles; el esfuerzo de la bala hacía derrumbarse á las murallas, y el eco de las montañas lejanas, repitiendo débilmente aquel estrépito, parecía deplorar la suerte de la desgraciada ciudad. Y cuando la noche iba á poner fin á aquel espantoso ruido, el vivo y estridente de la fusilería se hacía oir como el de la lluvia después del retumbar del trueno, al asaltar el regimiento número 40 el convento de San Francisco y establecerse en los arrabales de la izquierda del ataque».

Esto, como es de suponer, tenía que producir su efecto en unas murallas que no eran, ni mucho menos, modelo de robustez, reparadas, además, recientemen-



te de los estragos del sitio anterior; y la noche del 18 la torre del Rey, del ángulo derecho del frente atacado, caía sobre la pequeña brecha, el saliente opuesto quedaba completamente abierto en un espacio de más de 20 metros y su entrada y asalto eran practicables.

Así es que el 19 estaba el campo sitiador todo dispuesto para, por la tarde y después de rechazada la intimación dirigida al general Barrié para que se rindiese, emprender el ataque de Ciudad Rodrigo. Los preparativos, que están minuciosamente descritos en todos los diarios de aquel sitio, aparecen sintetizados en el despacho de Lord Wellington al conde Liverpool al darle parte de la toma de aquella plaza, y como veremos al dar á nuestros lectores noticia del combate que le coronó, basta su conocimiento para que se comprendan con toda exactitud (1). No se descuidaron tampoco los sitiados en tomar sus disposiciones para la defensa, comenzando Barrié, según costumbre inmemorial de todo gobernador, por dirigir á la guarnición una calurosa y enérgica proclama apelando al patriotismo de las tropas y excitándolas al cumplimiento de sus deberes militares.

El asalto de la plaza.

Se situaron tres compañías en la brecha grande, donde se colocaron dos piezas de á 24 desmontadas para con metralla recibir al enemigo, y se hizo también gran provisión de granadas de todas clases que se harían rodar por el talud, entre cuyos escombros se escondieron sacos de pólvora y petardos que se harían

(1) Para el que desee más detalles, insertamos en el apéndice núm. 11 la orden general del día 19, dada por Lord Wellington, y que copian fielmente Jones y Belmas.

estallar con largas mechas desde la cresta, como un hornillo de mina que se cargó en una antigua poterna que había debajo de la muralla. La brecha pequeña, la de la torre, acababa de desplomarse, y se estableció en ella una compañía de cazadores cerrándose lo mejor posible con carros y maderas las entradas á la ciudad que dejó abiertas por los dos costados la caída del torreón. La falsabraga fué guarnecida por tropas que la defendiesen y pudieran correrse por el foso para acudir á los puntos de mayor peligro en el asalto; las demás de la guarnición formaron al alcance de las brechas y el gobernador, por fin, se situó entre las dos con su estado mayor y una pequeña reserva.

Y aquí del relato de Wellington á que antes nos referíamos.

«Por lo tanto determiné asaltar la plaza, sin embargo de que las obras de aproche no habían llegado á la cresta del *glacis* y que la contraescarpa del foso permanecía aún íntegra. En consecuencia, se dió el ataque ayer á prima noche con cinco columnas separadas, compuestas de las tropas de las divisiones 3.ª y ligera de la brigada del brigadier general Pack. Las dos columnas de la derecha, conducidas por el teniente coronel O'Toole, del 2.º de cazadores, y el Mayor Ridge, del 5.º regimiento, fueron destinadas á proteger el avance de la brigada del mayor general Mackinnon, que formaba la tercera á lo alto de la brecha en el muro de la falsabraga, y todas estas columnas se componían de tropas de la 3.ª división del mando del teniente general Pictón».

«La 4.ª columna, compuesta de los regimientos 43 y 52 y parte del 95, de la división ligera del mayor



general Crawfurd, atacó las brechas sobre la izquierda, en frente del arrabal de San Francisco, y cubría la izquierda del ataque de la principal con las tropas de la 3.ª división mientras el brigadier general Pack fué destinado con su brigada, que formaba la 5.ª columna, á hacer un falso ataque sobre el frente meridional del castillo».

«Además de aquellas cinco columnas, el regimiento 94, perteneciente á la 3.ª división, descendió al foso en 2 columnas por la derecha de la brigada del mayor general Mackinnon, con el objeto de proteger la bajada de aquel cuerpo al foso y su ataque de la brecha en la falsabraga contra los obstáculos que era de suponer construiría el enemigo para oponerse á sus progresos.»

Así preparado todo y antes de que diera Wellington la señal, tal era la impaciencia de las tropas, se dirigió una parte de ellas al asalto, en la confianza, algunas, de no haber llamado todavía la atención del enemigo y de sorprenderle quizás. Pronto se convencerían de su error al sentir la lluvia de proyectiles con que los azotaban desde el recinto de la plaza y de la falsabraga. Esta fué naturalmente el teatro de los primeros choques, así en el de frente como en los de uno y otro flanco de las brechas. La brigada Mackinnon precedida de 150 zapadores cargados de sacos de hierba, que echados al foso redujeron considerablemente la profundidad de éste y sirvieron de apoyo á las escalas, entabló inmediatamente el combate al pie de la brecha. Los franceses que la defendían hicieron entonces uso de cuantos medios hemos dicho tenían preparados y, aunque prematura la explosión de algunos de ellos é ineficaces por consiguiente, con los demás, esto es,

con la explosión de bombas arrojadas de lo alto, el fuego de los cañones desmontados, y su valor y enérgica actitud, detuvieron largo rato á los asaltantes en el declivio, siquier suave, de la brecha (1).

Pero, entre tanto, tenían lugar otros asaltos en ambos flancos, afortunados para los sitiadores y que facilitaron mucho el éxito general de la jornada.

La brigada portuguesa de Pack, destinada al falso ataque á que hace referencia en su parte Wellington, cruzando el Agueda por el puente, atacó una batería de dos piezas próxima á la puerta de Almeida y al castillo ó ciudadela de la plaza y que batía la entrada en el foso. Salió en su ayuda de la derecha del convento de Santa Cruz un regimiento inglés, mientras desde la izquierda de aquel mismo edificio se dirigía otro, armado, como los demás en aquel ataque, de escalas, hachas y otros útiles, á la falsabraga, que todos, ganada la batería, rota la puerta que daba al foso, y escalado el parapeto, ocuparon con muy escasa, casi nula, resistencia. Dominada, pues, la falsabraga por aquella parte, todas aquellas tropas se corrieron por el foso y llegaban á la proximidad de la brecha en los momentos en que las de Mackinnon y las de la 3.ª división trataban, aunque en vano, de ganarla.

Por el otro flanco, es decir, el izquierdo del ataque

---

(1) Franceses é ingleses, nadie quería retroceder; los últimos, sin embargo, no podían avanzar; soldados y oficiales, todos caían unos sobre otros, empujados por la ola que llegaba; el paso estaba cubierto y azotado de minuto en minuto por dos piezas cargadas á metralla que cogían de flanco la cima de la brecha á distancia de algunos metros; y aquellos valientes no pudieron sostener el combate más que pisoteando á sus camaradas, y á sus enemigos, muertos ó heridos. Así lo dice Napier.



general, la división ligera de Crawfurd, á algunos de cuyos oficiales, el coronel Colborne y el mayor Napier, hermano del historiador nuestro *benévolo partidario*, dió Wellington reseñas é instrucciones en el convento de San Francisco desde donde dirigía el ataque, marchaba á verificarlo sin esperar siquiera los sacos de heno que habrían también de servirle para descender al foso de la plaza (1).

Ya en la cresta del *glacis*, saltó la tropa al foso de la escarpa y se precipitó á la falsabraga á pesar del fuego mortífero de fusil y metralla que se le hacía. En la rapidez siempre necesaria de la marcha en esa clase de operaciones, y la oscuridad reinante en tales horas, la vanguardia de aquella columna se extendió por el foso demasiado hacia su derecha; pero el cuerpo principal se abalanzó rectamente á la brecha, tan poco abierta que una pieza de artillería atravesada la obstruía casi completamente. Los ingleses, á pesar de la pérdida de su general Crawfurd, herido mortalmente al comenzar el asalto, lo verificaron gallardamente; arrollándolo todo, los obstáculos preparados en la brecha y el fuego que les hacía la compañía de cazadores franceses encargados de la defensa (2).

---

(1) En un apéndice del escrito de Napier con narraciones de otros oficiales allí presentes, se cuenta que Wellington les dijo á los arriba citados: «¿*Comprendeis bien la dirección que debeis tomar para llegar* (á la brecha de la torre) *sin ruido ni confusión*?—*Perfectamente, general*, le respondieron ellos». «Un oficial del estado mayor, se añade, dijo entonces al mayor Napier: ¿Por qué no cargais las armas?—Es inútil; si no podemos hacer la cosa sin cargar, no la haremos absolutamente. El duque de Wellington dijo al momento: dejadle que se arregle solo.»

(2) ¡Pobre Crawfurd! exclama Londonderry: mientras el valor y la experiencia continúen siendo apreciados por los soldados británicos, no serás nunca olvidado; y la mano que toca.

La acción de la brigada Ligera fué decisiva; porque, coronado el muro y corriéndose por él la mayor parte de la fuerza asaltante hacia la gran brecha, á cuyo pie, tenemos dicho, se hallaban detenidas la brigada de Mackinnon y las tropas de la 3.ª división de Picton, que la seguían, los defensores se vieron sorprendidos por el fuego que se les hacía por su flanco derecho y aun por sus espaldas. Toda resistencia era desde entonces inútil, y los franceses, después de dar fuego á la mina de la poterna, que causó la muerte de Packinnon y de varios de los que con él asaltaban la brecha, se fueron retirando de casa en casa y por las calles hasta la plaza en que, como en el castillo, se hallaba el tren de sitio que allí había dejado el ejército de Portugal (1). Allí se rindieron prisioneros de guerra

---

mente traza este humilde tributo á tu mérito, ha de quedar helada como la tuya para que la mente que lo dicta cese de pensar en tí con verdadero afecto y dolor.»

El Parlamento inglés mandó erigir un monumento en honor y memoria de tan insigne y celebrado general.

(1) Southey en su «History of the Peninsular War», hace un gran elogio del general Packinnon después del de Crawfurd, cuyos hechos en la guerra de la Independencia son bien conocidos de nuestros lectores. «En Crawfurd, dice Southey, perdió el ejército uno de sus más expertos oficiales; en Mackinnon uno de los que más prometían y en quien se hallaban unidas todas las condiciones personales, dotes de inteligencia, y virtudes morales que en su conjunto constituyen el carácter de un perfecto soldado. Era uno de esos hombres á quienes la terrible disciplina de la guerra hace más considerados de los demás, más indiferentes para sí mismo, más vivo para los sentimientos y el respeto de la humanidad. Había nacido cerca de Winchester el año 1773, pero su padre era jefe de un númeroso clan de las Hébridas. Su educación militar la comenzó en Francia, habiéndose trasladado su familia al Delfinado á causa del mal estado de salud de su hermano mayor; Bonaparte, entonces alumno militar, era constante visitante de aquella casa. Es una de las condiciones redentoras (redeeming) del carácter de Bonaparte la de que nunca olvidó su amistad á aquella familia, á la que durante la paz de Amiens invitó á volver á Francia, don-

los que no llegaron á guarecerse en el castillo, donde también se entregó el gobernador de la plaza, general Barrié (1).

Después de la victoria.

A la rendición de los franceses siguió el ***rompan filas*** de los británicos, y á ese rompan filas la serie de los atropellos más bárbaros, de los crímenes más horrendos, asesinatos, violaciones, robos, de cuantos excesos caracterizaron desde entonces la ocupación de nuestros pueblos por los aliados, sus más caros y deseados libertadores y amigos. Tan caros y deseados, que nuestros historiadores y, entre ellos Toreno, y los que le siguen en sus elegantes narraciones, Príncipe,

---

de pudo recibir pruebas de ello, y que cuando supo la muerte del general Mackinnon, manifestó gran sentimiento.»

Mackinnon fué primero enterrado en la brecha en que murió, pero los Coldstreams, en cuyo regimiento había servido mucho tiempo, trasladaron su cuerpo á Espeja y allí lo depositaron con los honores militares que le correspondían.

(1) Así se cumplió el augurio que parecía haberle inspirado la resistencia que opuso á su nombramiento para el gobierno de la plaza de Ciudad Rodrigo. He aquí cómo lo explica Thiébault: «Jamás he visto hombre más descompuesto que el general Barrié cuando fuí á manifestarle mi elección. Comenzó por decir á gritos que él no estaba á las órdenes de los generales del ejército del Norte, y yo le respondí que, en circunstancia tan grave, estaba justificada y era legítima toda medida excepcional. «En ese caso, replicó bruscamente, presento mi dimisión». «¿Vuestra dimisión? Seríais el primer general francés que la hubiera presentado al frente del enemigo, y eso para una misión de guerra y de confianza». Y se comprende todo lo que me inspiró ese tema en cuanto al honor y al servicio del Estado; tanto que no sabiendo qué oponer á mis argumentos, se concretó al de su posición particular y de familia, lo cual me produjo mucha pena. Sin embargo era necesario, para mandar en Rodrigo, un oficial general; yo no tenía otro y mi deber me prescribía nombrarlo. Aun compadeciéndole por lo que aquel destino pudiera serle de funesto; aun combatiendo cuanto pude los presentimientos tristes y demasiado ratificados que le asaltaban, le ofrecí cuanto pudiera depender de mí en sus asuntos privados, le prometí acceder á su relevo en cuanto pudiese; pero fuí inexorable, á pesar de su desesperación, y le dejé mis órdenes por escrito, tal como las había redactado de antemano. Después dí aviso de mi elección al general en jefe, que la confirmó».

Calonge y algunos más, ocultan, en honor, sin duda, de tales auxiliares, los horrores de que fué víctima la infeliz Ciudad Rodrigo. El Conde cree satisfecha su misión histórica con decir: «Conservaron los aliados al entrar en la ciudad buen orden»; pero aún hay otro, el señor Muñoz Maldonado, conde después de Fabraquer, que escribe: «Lord Wellington, moderado y humano, hizo suspender en medio del ataque la efusión de sangre y el degüello á que le autorizaban las leyes de la guerra».

Pero ahí están los ingleses para desmentir las adulaciones hipócritas de nuestros más eximios cronistas, para revelar en voz alta la indignación que les inspira la brutal conducta de sus compatriotas y protestar de su imparcialidad en asunto que tanto afecta al honor y al espíritu humanitario de su nación que tanto presume de tan honrosos sentimientos.

Las tropas, dice Napier, desconocieron desde entonces la disciplina y se entregaron á los excesos más funestos. Se puso fuego en tres ó cuatro puntos; los soldados amenazaron á sus oficiales y dispararon sus armas contra algunos; varios de ellos fueron muertos en la plaza del mercado. La borrachera aumentó muy pronto el tumulto; el desorden llegó á hacerse general y creció á tal punto que los soldados, así como locos, pretendieron dar fuego á un almacén de pólvora, lo que hubiera podido en un instante reducir á ceniza la plaza y cuanto encerraba, sin la enérgica resolución de algunos oficiales y soldados que conservaban su razón». Y luego, entre sus *observaciones* sobre aquel sitio, añade: «Las tropas aliadas cometieron excesos vergonzosos. Los españoles eran aliados suyos, amigos, estaban desarmados, sin defensa; sus sagrados derechos



fueron menospreciados. *No se puede*, se dice, *contener al soldado*; esa excusa no es admisible: la conducta del coronel Maclead del 43.°, joven dotado de gran energía, demuestra que se pudo hacer...»

Southey y Hamilton, varios también de sus compatriotas, reconocen eso mismo; Londonderry, allí presente, dice por su parte que «duró varias horas la perpetración de toda especie de *enormidades*; y si los encomiadores de Wellington tratan de ocultar ó de atenuar el concepto de tan salvajes atentados, ahí están, por otro lado, Belmas y Thiers para hacer un paralelo entre ingleses y franceses en que queda bastante mal parado el humanitarismo del *Yron Duk*.

¿Son, pues, ese el orden y esa la moderación y la humanidad que han preconizado nuestros historiadores resplandeciendo en la conducta de los ingleses y de su insigne jefe al conquistar Ciudad Rodrigo?

Las bajas de los ingleses fueron en todo el sitio de 9 oficiales y 217 soldados muertos; 84 oficiales y 1.000 soldados heridos. En el asalto perdieron 6 oficiales y 140 de la clase de tropa muertos y 60 oficiales y 500 heridos.

La pérdida de los franceses fué, naturalmente, menor en los combates del sitio puesto que los libraban á cubierto en los muros y edificios, pero en cambio quedaron como prisioneros de guerra á disposición del enemigo 1.500 hombres de los 1.800 que componían la guarnición de la plaza. El botín, además, fué inmenso; y basta para comprender toda su importancia con decir que las piezas de artillería montadas en el recinto de la plaza eran 119 y más de 160 las del tren del ejército de Portugal, imprudentemente dejado en la fortaleza que debió pensarse habría de ser la prime-

ra ó la segunda que atacarían los enemigos para repasar la frontera é invadir España.

El general Barrié en la defensa.

Tal fué el sitio que devolvió á nuestra causa la plaza de Ciudad Rodrigo, sitio que, si fué iniciado cinco meses antes de tocar á su término con éxito tan decisivo y glorioso, lo alcanzó en un período de doce días al formalizarlo con los elementos que exigía su transporte desde distancias tan considerables de lugar y tiempo. En ese breve período, húbose también de vencer el rigor de la estación, inclemente en aquel invierno como en muy pocos; y eso y la preocupación de que de un momento á otro podría aparecer un ejército de socorro á la vista de la plaza, hizo sumamente penoso el servicio de trinchera y de vigilancia para los sitiadores. El de la plaza estuvo bien desempeñado así por las tropas de la guarnición, muy inferiores en número á las que exigían las circunstancias del sitio, como por parte del gobernador que hizo cuanto se podía para conjurar la repugnancia y las aprensiones que le dominaban al recibir su nombramiento. Empleó cuantos recursos le ofrecieron las medianas condiciones de la plaza y los del arte que pudiera poseer para resistir el armamento de las obras ejecutadas por el sitiador y en último término el asalto, en el que justificó plenamente su respuesta, la de que moriría antes de capitular, á la intimación que se le dirigió desde el campo enemigo (1). Cometió el error de no haber situado más fuerza en la brecha pequeña, cuyo asalto hizo fácil y

(1) Thiers dice: «La guarnición y su jefe habían llevado la resistencia á su último término; no se les podía achacar sino algunas faltas de oficio, y hay que añadir que, aun evitándolas, no hubieran salvado la plaza.»

decisivo el de la grande, donde, sin el auxilio que así obtuvo, no hubiera sido posible á los ingleses vencer la resistencia que les opuso la guarnición. Y no es que Barrié desatendiese el acudir también á la defensa de aquel estrecho y áspero boquete de la torre del Rey, sino que la oscuridad de la noche, el estrépito del fuego en una brecha y la noticia de la invasión de los portugueses en la falsabraga por la parte del río, lo desorientaron en las excursiones que hizo de un lado á otro de la muralla.

Wellington en el ataque.

Lord Wellington se mostró hábil y audaz en aquella ocasión, tan afortunada también como oportuna. La conquista, en un principio, del fuerte Renaud, le proporcionó el dominio del Teso, donde pudo establecer las obras que batieron la plaza en brecha; y las de Santa Cruz y San Francisco, en los dos flancos, para poder caminar sin recelo al asalto, fueron tan bién ejecutadas como pensadas. Todo el ataque, en fin, aun faltando á las reglas de la poliorcética por el temor, cien veces recordado, á la aproximación del ejército de Portugal, ó, como dice alguno de sus admiradores, por el estado de los asuntos políticos y militares en España como en Inglaterra, se inspiró felizmente en el concepto que tenía del valor de unas tropas entusiasmadas con la serie nunca interrumpida de los triunfos que iban alcanzando desde el comienzo de aquella guerra (1).

---

(1) Días después Lord Wellington daba al duque de Richmond cuenta de la toma de Ciudad Rodrigo con noticias y observaciones que han servido luego á algunos historiadores para hacer la crítica de la novedad polémica que introdujo en los procedimientos de aquel sitio.

Le decía el 29 de enero: «Procedimos en Ciudad Rodrigo se-

La nación inglesa recompensó tanto mérito dispensando al general y á sus tropas honores y pensiones al modo con que suele hacerlo, y las Cortes de Cádiz, donde la noticia de la toma de aquella plaza produjo una gran explosión de entusiasmo, concedieron al Lord, entonces Vizconde de Wellington, la grandeza de España con el título de Duque de Ciudad Rodrigo (1).

Inacción de Marmont y Dorsenne.

¿Qué sucedía, antretanto, en el campo francés encargado tan repetidamente por el Emperador y el intruso rey de España de acudir al socorro de Ciudad Rodrigo?

Por más que Thiébault transmitía á Dorsenne y á Marmont noticias que él creía debieran producir

---

gún un nuevo principio para los sitios. Todo el objeto de nuestros fuegos era el de dejar á descubierto las murallas. No usamos de un solo mortero ni un obús sino para impedir que el enemigo despejase las brechas, y aun para eso no utilizamos más de dos; é hicimos fuego sobre los flancos y las defensas sólo cuando quisimos sobrepujarlas para proteger á los que debían ir al asalto. Eso demuestra la clase de plaza que atacábamos, y cuán importante es el cubrir bien las obras de una fortaleza con un *glasis*. Los franceses, sin embargo, que se supone conocen la cosa, no pudieron tomar esa plaza en menos de 40 días después de bloqueada completamente, ó 25 de trinchera abierta.»

John Jones parece no aprobar ese procedimiento y dice que «de los cinco sitios que comprende su obra, aquél fué el único que se viere coronado por el éxito.»

(1) Ya en la sesión secreta del 29 de enero los brigadieres D. Miguel de Alava, de parte de Wellington, y el barón de Carondelet, de la de Castaños, habían dado cuenta al Congreso de la toma de Ciudad Rodrigo. El presidente, al contestarles, encargó á Alava en nombre de las Cortes, diera las gracias al Lord y le manifestase la satisfacción con que habían recibido la noticia y los ofrecimientos que, además, les hacía.

El decreto se leyó en la sesión pública del 30 y decía así: «Deseando las Cortes generales y extraordinarias dar un testimonio público y correspondiente á la generosidad de la Nación española, del aprecio y la gratitud de la misma por los importantísimos servicios que ha hecho en favor de nuestra santa causa el general en jefe de las tropas británicas en la Península, el Lord Vizconde Wellington, y señaladamente por el que

en todos la alarma que era de esperar por lo graves y transcendentales para la suerte de aquella plaza, lo mismo el general en jefe del ejército del Norte que el que mandaba el de Portugal las recibían con desdén cuando no con menosprecio. A todo lo que se extendió el cuidado de Marmont fué á enviar su primer ayudante, coronel de Richemont, á Salamanca para que por sí mismo juzgase de la situación de aquella provincia, uno de los siete gobiernos que acababan de ponerse bajo el mando y la administracción del duque de Ragusa. De Richemont no abrigaba temor alguno respecto á Ciudad Rodrigo, cuya seguridad fundaba en relaciones que suponía recientemente entabladas entre el Mariscal y Wellington, quienes, dijo, se escribían con frecuencia.

Thiébault insistió, sin embargo, en que el coronel entregara á su jefe la carta que ya tenía escrita manifestándole sus temores; carta que, al recibirla en Valladolid, parece divirtió á los generales Dorsenne y Marmont que hicieron del prudente gobernador de Salamanca el blanco de sus murmuraciones y burlas. Pero no bien se habían levantado de la mesa en que los había encontrado de Richemont, cuando un oficial del Estado mayor de Tiébault los sorprendió con la nueva

---

acaba de hacer tomando por asalto la plaza de Ciudad Rodrigo con las tropas combinadas de su mando, han venido, conformándose con la propuesta de la Regencia del Reino, en conceder, como por el presente conceden al Lord Vizconde Wellington, grandeza de España de primera clase por sí y sus sucesores, libre de lanzas y medias anatas, con el título de Duque de Ciudad Rodrigo. Lo tendrá entendido la Regencia del Reino para su cumplimiento, y lo mandará imprimir.—Dado en Cádiz á 30 de enero de 1812.—A la Regencia del Reino.»

Es muy extraño que en aquella sesión no se pronunciara discurso alguno en elogio del vencedor.

de que el ejército de Wellington había pasado el Agueda y apoderádose aquella misma noche del 8 de enero del fuerte Renaud.

Arrepentidos ó no de la chacota de que había sido víctima el general Thiébault durante la cena, Dorsenne y Marmont despacharon varios oficiales á todos los puntos en que existían tropas de sus respectivos ejércitos con la orden de dirigirse todas las disponibles á Salamanca, y el Mariscal hizo contestar á Thiébault las palabras siguientes: «Anunciad que antes de ocho días se presentarán 60.000 hombres y 100 piezas de artillería ante los muros de Rodrigo». Y luego en postdata le añadía: «Adjunta una carta para el general Barrié; prometed 6.000 francos á quien os lleve el recibo».

Ya era tardía, inútil, por consiguiente, esa actividad; porque al entrar Marmont en Salamanca y presentarse Dorsenne á las puertas de aquella misma ciudad, les *regalaba* Thiébault la noticia de haberse perdido para ellos la plaza de Ciudad Rodrigo. El general Dorsenne, al recibirla, retrocedió á Valladolid y Burgos, y el duque de Ragusa limitó su acción á la de establecer sus tropas en posiciones donde, más que en vengar la hazaña de Wellington, demostraban su pensamiento de atender á impedir la invasión del ejército anglo-portugués en el territorio de su mando (1). Dejó

(1) He aquí la consideración en que fundaba su confianza respecto á Ciudad Rodrigo. «La ciudad de Rodrigo, dice en sus Memorias, defendida por los Españoles y atacada por el sexto cuerpo, mandado por el mariscal Ney, había resistido veinticinco días de trinchera abierta y nos había costado muchos hombres y municiones. Aquélla, en buen estado de defensa, estaba aumentada con una obra exterior, una luneta en la meseta del gran tesón, dominando la ciudad ante la que debía el enemigo



que llegasen á Salamanca todas sus tropas con ese objeto; y al saber que los ingleses volvían á situarse en la línea del Coa, situó en el valle del Tajo las 1.ª y 4.ª divisiones con 500 caballos y la 6.ª en el camino de Monbeltrán á Avila, las tres á las órdenes del general Foy; mantuvo en la provincia de León la 8.ª en observación de los españoles de Galicia y Asturias; estableció en Salamanca una fuerte vanguardia con gran parte de la caballería ligera á las órdenes del general Montbrun (1), y el resto del ejército, con él, retrocedió á Valladolid y la región media del Duero desde el Esla hasta Avila. Para mejor prevenirse contra la invasión que tanto le preocupaba y que al cabo vería realizarse seis meses después, fortificó Salamanca transformando en otros tantos fuertes, combinados para su defensa y la de la ciudad, tres conventos que en ocasión oportuna designaremos.

Lord Wellington, por su lado, después de reparar en lo posible las fortificaciones de Ciudad-Rodrigo y entregarla al general Castaños, enemigo, como era, de fraccionar su ejército, se estableció de nuevo en la línea del Coa; pero no para esperar la presencia de Marmont ó, como éste temía, disponerse á marchar, repuesto y descansado, sobre el Tormes, sino para con-

---

abrir la trinchera. Yo había hecho preparar, como puesto, un gran convento situado en el arrabal y destinado á servir de sostén á aquella luneta; y los cálculos más moderados debían contar con una defensa de tres semanas de trinchera abierta.»

(1) Thiébault, disgustado con tal fracaso ó valiéndose de la circunstancia de pertenecer Salamanca desde entonces al gobierno de Marmont, abandonó el suyo de aquella ciudad para incorporarse al ejército del Norte, á que pertenecía, y trasladarse á Burgos.

tinuar la ejecución de su vasto plan de apoderarse de toda la frontera de Portugal con Extremadura y Castilla.

No tardaremos en ver ese proyecto realizado con un éxito, si sangriento y costoso, feliz, sobre todo, y extraordinariamente glorioso para las armas aliadas de España y su impertérrito y hábil general en jefe.

CAPITULO IV

RECONQUISTA DE BADAJOZ

Importancia de Badajoz.—Wellington decide su conquista.—Preparativos que hace.—Su marcha á Badajoz.—Estado de la guerra.—En Cataluña.—Combates cerca de Igualada.—Invade Eroles la Cerdaña francesa.—Decaen y el convoy á Barcelona.—Muro, O'Rian y Miláns en Arán, Tarragona y Mataró.—Reorganización militar.—En Aragón.—Fracaso de Montijo.—Durán, Empecinado y Villacampa.—En Navarra y las Vascongadas.—Mina, su persecución y represalias.—Acciones de Ayerbe y Plasencia.—Conducción de los prisioneros á Motrico.—Acción de Sangüesa.—Derrota de los Infernales.—Jáuregui y Zonga.—Acción de Tartanga.—La del puente de Bolueta.—En Santander y Asturias.—Campillo.—Porlier.—Nueva invasión de Bonnet en Asturias.—En Burgos y Rioja.—El cura Merino.—En Castilla la Nueva.—Palarea.—Chaleco.—Más guerrilleros.—Alicante y Murcia.—Situación de Alicante.—Pérdida de Denia.—Montbrun ataca á Alicante.—Desastre de Murcia.—Muerte de La Carrera.—Sitio de Badajoz.—Las fortificaciones.—Precauciones de Wellington.—Plan de ataque.—Ataque á la Picuriña.—Salida de la plaza.—Asalto de la Picuriña.—Nuevas obras de ataque.—Se rompe el fuego contra la plaza.—Las brechas.—El asalto.—Observaciones.—¡Pobre Badajoz!

Importancia de Badajoz.

La reconquista de Ciudad Rodrigo sirvió así como de desquite de la pérdida de Valencia. Porque si la ciudad del Turia, por su numerosa población, la riqueza del vasto territorio en que tiene asiento, feraz y espléndido hasta haber causado la admiración de los extraños, considerándolo desde los tiempos más remotos como suelo privilegiado por la Naturaleza y predilecto de sus divinidades, ofrecía al ser conquistada por los franceses una importancia bien manifiesta con disputársela tan reciamente á los españoles, la pobre y

puede decirse que indefensa plaza castellana, representaba bajo el punto de vista militar, en unión especialmente con Badajoz, su gemela, la pérdida para los invasores de toda esperanza de penetrar de nuevo en Portugal y una amenaza constante al centro de su ocupación en la Península. La posición de Valencia lo era de ocupación, fructuosa, eso sí, para los invasores, atentos á irse enseñoreando de un país que hacía cuatro años los rechazaba con todas sus fuerzas; la de Ciudad Rodrigo era de combate, porque desde ella no sólo se abría el camino al centro de la dominación francesa, sino que se amenazaba el por donde le era dado recibir la sangre que á él afluía desde la también, al parecer, inagotable fuente que le daba alimento y vigor. En 1808 se había visto al ejército inglés de John Moore buscar ese camino, el de Salamanca y Burgos, para cortar la comunicación de Francia con Madrid, aislando en esta capital al ejército francés, expuesto así á una catástrofe tan vergonzosa para el Imperio como decisiva en favor de la causa española. ¿Qué había de conseguir el general británico al dirigirse Napoleón á Madrid á la cabeza de más de 300.000 infantes, 60.000 caballos y 200 piezas de artillería destinados á cubrir cuantos caminos dirigiesen á la ocupación de toda la Península, á Aragón, á las Castillas y á Galicia, en el que John Moore encontraría fuerzas más que sobradas para burlar su entonces temerario proyecto? Pero ahora, esto es, en 1812, el estado de la guerra era muy distinto. Ya el ejército inglés no tendría á su frente una concentración de fuerzas invasoras como la de tres años antes, ni á su frente al caudillo que había con sus talentos y su fortuna dominado



las resistencias de toda la Europa continental; y una incursión, la que tanto preocupaba al duque de Ragusa, una incursión sobre el Tormes y el Duero, haría temer á los franceses el abandono de la corte del mal llamado soberano de España y la pérdida de las comunicaciones más importantes de sus ejércitos.

Esa, con efecto, era la importancia militar de Ciudad Rodrigo, muy superior á la de Valencia, tan populosa, tan rica, residencia, pudiera decirse, *Capuana*. No creemos, pues, ir descaminados al tener la reconquista de Ciudad Rodrigo por digno desquite de la pérdida de Valencia.

Pero esa importancia militar de Ciudad Rodrigo crecía y se completaba con la reconquista, además, de la plaza de Badajoz, y á esa magna obra de regeneración de la España, años hacía avasallada por los ejércitos imperiales, iba á dedicarse inmediatamente Lord Wellington con toda su férrea voluntad y sus poderosas fuerzas.

Wellington decide su conquista.

Tenía la experiencia de las dificultades que hallaría para llevar felizmente á cabo la empresa; siendo la mayor la presencia en Badajoz de los ejércitos de Andalucía y Portugal obligándole á levantar el sitio de aquella plaza, dos veces atacada y las dos infructuosamente. Si el de Andalucía, vencido en la Albuhera, no había logrado su objeto de alejar á los ingleses del Guadiana, como pretendía Soult, ni aun meter socorro alguno en Badajoz al juntarse con el que mandaba el duque de Ragusa, les habían obligado á desistir de una empresa acometida en condiciones que podrían producirse nuevamente. Es verdad que no eran desemejantes las en que se hallara en el sitio de Ciudad-Rodrigo ante

los ejércitos del Norte y el mismo de Portugal, sabiamente colocado éste en posiciones de donde podía combinar sus movimientos igualmente con uno y otro de los de sus flancos, fuese en el valle del Guadiana ó en el del Duero. Había Lord Wellington tenido la fortuna de que la discordia, latente y todo, entre Dorsenne y Marmont, inutilizara la acción de ambos generales haciéndoles perder una ocasión favorable para destruirle á él ó, cuando menos, alejarle de Ciudad Rodrigo, como se le había hecho alejarse de Badajoz; pero sea que hubiera comprendido ó llegado á su noticia la falta de armonía entre ese mismo Marmont y el duque de Dalmacia, sea que el resultado obtenido en la última jornada le inspirara completa confianza para la que meditaba, es lo cierto que no vaciló en emprenderla con igual, si no superior, esperanza de éxito.

Preparativos que hace.

La prueba de que la tenía pensada se revela en un despacho dirigido el 28 de aquel mes de enero, ocho días después del asalto de Ciudad Rodrigo, al general Hill, en que, al manifestarle que dentro de poco más tendría puesta aquella plaza en buen estado de defensa, añade: «Vuelvo formalmente á mi pensamiento sobre Badajoz; el mayor Dickson irá á Alemtejo pasado mañana y espero hallarme en situación de emprender nuestras operaciones allí la segunda semana de marzo. Entre otros preparativos, estoy enviando de aquí 16 carronadas de á 24 que equivalen á cañones de á 24 ó á obuses de 5 ½ pulgadas, y pienso que con parte de ese material podreis prestar un importante servicio que nos adelantaría mucho para asegurar nuestra empresa de Badajoz.—Cuando ataquemos Badajoz, debemos esperar que el *Ejército de Portugal*, que consiste

en 8 divisiones de infantería, el total de las que está ahora en Castilla, y el ejército del Sur cooperarán para obligarnos á levantar el sitio. *El Ejército de Portugal* naturalmente querrá cruzar el Tajo por el puente de Almaraz y se verá obligado en la estación del año en que yo me propongo emprender esa operación á ir rodeando por Toledo si se logra destruir aquel puente y otros establecimientos que tiene por aquel sitio. Eso es lo que yo deseo que intenteis.»

Y recordando á Hill la posición del puente de Almaraz y manifestándole tener entendido que los franceses habían levantado tres fuertes guarnecidos por 450 hombres y armados de 15 piezas de artillería, uno de ellos en el alto de Miravete y los otros dos abajo, le considera á él, en atención á la naturaleza de las orillas del Tajo, en disposición de destruir el puente que aquellas obras defendían. Para eso debe coger en Alemtejo escalas, hachas, palancas, cuerdas y 4 ó 5 carronadas de las que, según hemos dicho, enviaba para el sitio de Badajoz; y por fin le comunica varias noticias sobre lo que piensa hacer con el material que posee y las tropas portuguesas y españolas puestas á sus órdenes, destinadas á distraer la atención del 5.º cuerpo francés mientras él, Hill, se dirija al puerto de Miravete. Con igual fecha redacta un *Memorandum*, que titula, *para las operaciones contra Badajoz*, en el que dispone vaya el mayor Dickson á Setúbal para organizar un gran convoy, operación que, ayudada por un comisario inteligente, podrá ponerle en Elvas cuantas provisiones pueda necesitar. Ese *memorandum* lo hizo extensivo al artillero Borthwick y al ingeniero Fletcher para que preparasen su respectivo material con



el mismo objeto, y escribió también á su hermano, el embajador inglés en Cádiz, para que procurase la cooperación de Ballesteros, fuese en el condado de Niebla, de donde podría comunicar con él en Extremadura, ó en Ronda atacando las obras construidas en defensa de Sevilla por el mariscal Soult. Hasta el día siguiente, 29, no le toca á Liverpool el turno de que Wellington le manifieste su propósito de atácar la plaza de Badajoz tan pronto como pueda. «Me propongo, le dice, atacar Badajoz tan pronto como pueda. He ordenado los preparativos que hay que hacer, y espero que todo estará pronto para que yo pueda *embestir* la plaza en la segunda semana de marzo. Obtendremos gran ventaja con emprender el ataque tan pronto como el tiempo nos lo consienta.»

Su marcha á Badajoz.

Había Lord Wellington retirado su ejército á la línea del Coa, desde la que, sin dejar de hacer temer su marcha al Tormes el día menos pensado, podría, improvisadamente también, deshacer el camino que desde Elvas le había llevado á Ciudad Rodrigo, reapareciendo en el Guadiana al frente de la plaza que antes no logró conquistar. Mas antes de alejarse de Castilla se había impuesto el deber de dejar Ciudad Rodrigo en estado de resistir *á coup de main*, que él decía, convencido de que Marmont no dejaría de intentarlo en cuanto supiese que el ejército anglo-portugués se había trasladado á Extremadura. Otra cosa no debería temerse en mucho tiempo, porque el tren de sitio del ejército de Portugal había caído en poder de los ingleses al hacerse éstos dueños de aquella plaza. Aun para el caso de llevar Marmont un nuevo armamento, no fácil de obtener porque habrían de proporcionárselo

de Francia, Lord Wellington no sólo reparó los desperfectos que su artillería había causado en el recinto de la plaza, sino que aumentó obras exteriores, cuya conquista exigiría el empleo de material de grueso calibre. Además, repetimos, de haber cubierto las brechas de la falsabraga y estar ractificando la muralla del recinto y reparando las brechas al punto de evitar ya el peligro de *á coup de main*, de un ataque á viva fuerza, verificó mejoras de grande importancia, tales como la construcción de un buen fuerte en el Tesón que, según escribía á su hermano, no podría ser tomado sino con un ataque regular, la de obras que aumentarían considerablemente la fortificación del convento de San Francisco, la de un reducto al Sur del barrio inmediato, obras ejecutadas por tropas británicas, portuguesas y españolas, y que entregó al general Vives, nombrado por Castaños gobernador de la plaza, con una suma además de 12.000 duros para que las prosiguiera y completase al emprender él la marcha al Guadiana. (1)

Así y dirigiendo, ya á los generales, tanto ingleses como españoles que reconocían su autoridad por la misión que se les tenía confiada cerca de él, ya á nuestro gobierno por medio de su hermano y en son de consejo; dirigiendo, decimos, instrucciones para que observasen los movimientos del enemigo, lo atacaran cuando pudieran hacerlo con resultado, ó lo distrajesen, por lo menos, en sus operaciones, Lord Welling-

---

(1) Con esa cantidad completó la suma de 4.500 libras esterlinas que costaron todas aquellas obras, sin contar las raciones para dos meses que también dejó á la guarnición española.

ton tomaba el 5 de marzo de 1812 el camino de Elvas, punto de cita y cuartel general señalado á todas las tropas aliadas.

Estado de la guerra. Si cupiese alguna duda en cuanto á lo que en el anterior capítulo expusimos respecto al estado verdaderamente anómalo en que se hallaba la guerra por aquel tiempo, la desvanecerían las observaciones que sugiere la inacción de los ejércitos franceses ante el único que no sólo los mantenía inofensivos sino que á su alcance, á su misma vista, había ejecutado la conquista de Ciudad Rodrigo y se disponía tranquilamente á llevar también á cabo la de Badajoz. Si eso pudiera ser efecto de la que pudiéramos llamar anemia que después de tantos años de lucha, de fatiga y desencantos sufriera al verse impotente el ejército francés é impotentes los talentos, la energía y la fortuna de su Emperador para vencer la resistencia española, aumentaba tal dolencia la convicción de que con ayuda tan poderosa como esa resistencia se iba haciendo cada día más sólida y más influyente la intervención de las tropas británicas, y la desesperanza de vencerlas, ya que se lo demostraba por modo harto elocuente la serie de reveses que sin interrupción le iban produciendo. Y así podía verse que ante un solo ejército con fuerza disponible inferior á la de cualquiera de los franceses que le observaban y pretendían su destrucción, se mantenían inactivos tres con destino á contrarrestar, por lo menos, sus operaciones, si es que no osaban renovar las anteriores impuestas por el Emperador para arrojarlo al mar. Varias eran las causas de tal desánimo en los franceses, desde los mariscales hasta el último soldado. Si no disminuía la

fuerza de sus ejércitos en número, sí en la calidad; porque Napoleón, al retirar, como estaba haciendo por aquellos días, la guardia imperial con que recientemente había dotado los ejércitos del Norte y de Portugal, la había reemplazado con cuerpos de nueva creación, de soldados jóvenes sin la instrucción debida, sin el espíritu, sobre todo, que inspiran el ejercicio de la guerra y la costumbre de los triunfos. La guerra de España se había hecho impopular en Francia, y ni las glorias del Imperio, ni la fortuna que acompañaba á sus águilas en las demás partes de Europa, daban á los franceses confianza de un término breve y feliz en la lucha que, por el contrario, iban ya suponiendo interminable tanto como encarnizada y sangrienta. La fama de nuestras guerrillas, compuestas, al decir suyo, de bandoleros y asesinos, sorprendiendo al enemigo en el campo, en los caminos ó alojamientos, era ya general y había hecho también generales el temor á tan salvajes paladines de la independencia española y la repugnancia del género de guerra que exigía la necesidad de castigarlos y reducirlos. En los mismos ejércitos que operaban en España, aun siendo en la mayoría de sus tropas formadas de franceses, y dicho está con eso que de soldados tan entusiastas como valientes, se podía observar una notable decadencia en su disciplina y espíritu militar, al ver, sobre todo, á su cabeza generales y jefes que la ausencia de Napoleón había convertido en sátrapas sanguinarios é indolentes ó cónsules tan avaros como despóticos, celosos unos de otros y siempre reñidos entre sí. Y esto lo hemos visto al recordar la reunión de los ejércitos de Andalucía y de Portugal cuando lograron hacer levantar el



sitio anterior de Badajoz, y la de ese mismo de Portugal con el del Norte al introducir en septiembre un convoy en Ciudad Rodrigo. El mariscal Soult, tan envidioso ahora de Marmont como antes de Massena, se limitaba á mantener en pie el sitio de Cádiz y su dominio dictatorial en Sevilla, víctima, esta ciudad, además, de sus más escandalosos latrocinios. Marmont, reñido, según dijimos, con Soult desde que le abandonó en Extremadura, mostraba estarlo con Dorsenne que, aun cuando de inferior categoría, se negaba á recibir sus órdenes, considerándose independiente en el mando del ejército del Norte, y se resistía á cooperar á las operaciones de quien habría de sumar en su persona las glorias que él por sí mismo pudiera adquirir.

Veíase, pues, á tres ejércitos que, combinando sus operaciones ó reuniéndose, podrían aplastar al aliado, si su prudente jefe no volvía á observar igual conducta á la de 1810 en Portugal, reducidos sin embargo, á mantenerse en situación pasiva, en la defensiva que parecían aconsejarles la ausencia del Emperador, la ineptitud militar del intruso monarca de España, el ningún espíritu de las tropas que mandaban y sus propias discordias.

Sólo en uno de los gobiernos creados por Napoleón en España reinaban el orden, la disciplina y el prestigio, bien merecido, del que había logrado conquistar Valencia. En los demás imperaban la misma falta de unión, de energías y de disciplina que en Andalucía y Castilla.

Y vamos á demostrarlo con poner de manifiesto el estado militar y político de esos gobiernos, antiguas



provincias que habían sido y volverían á serlo de la monarquía legítima de España.

En Cataluña, donde la pérdida de Tarragona, del Monserrat y del Castillo de Figueras habían causado tanta sensación, y, por el pronto, el divorcio del ejército nacional con los naturales del país, voluntarios, miqueletes y somatenes, habíase, por el contrario, rehecho la opinión con las medidas tomadas por Lacy para aumentar y reorganizar las tropas y partidas todavía existentes, con la invasión de la Cerdaña francesa y la conquista de las islas Medas, de que ya tenemos dada cuenta en el tomo anterior. Esa última victoria, que facilitaba por un lado la comunicación de aquella parte de la costa con la escuadra aliada y cortaba la marítima de los franceses de Cette y Marsella á Barcelona cuando, por otro, facilitaría los ataques á la terrestre, animó á Lacy á acometer el para sus planes transcendental de impedir también que la línea de aquella capital á Zaragoza sirviese para el tránsito de tropas y el transporte del material de guerra y víveres al ejército francés de Aragón.

Diéronle esperanzas de éxito dos choques que precedieron á quella jornada, uno de poca monta en Pallejá, donde una compañía de los Cazadores de Manso, mandada por el capitán Par, obligó á rendirse á un destacamento de 100 franceses que se había hecho fuerte en un mesón de aquel pueblo; el otro, más importante, en que esos mismos Cazadores de Cataluña y los regimientos de Ausona, Leales Manresanos y Cervera con algunos húsares, todos regidos por el barón de Eroles, atacaron el fuerte de Moncada, causando en los franceses gran estrago, aunque tuvieran que aban-

donarles el puesto después de haberlo conquistado á la bayoneta. (1)

Combates cerca de Igualada.

Esto era en septiembre de 1811, pero, al comenzar octubre, Lacy se dirigió ya decididamente á su objetivo antes indicado, y el día 3 se hallaba en Manresa con dos de los regimientos acabados de nombrar, el de Húsares de Cataluña y 120 coraceros, aunque con el disgusto, á la vez, de que no le llegasen las dos piezas de artillería que había pedido á Cardona. La conquista, pues, de Igualada, primera que se había propuesto en la larga línea de Barcelona á Lérida, se hacía imposible por falta de medios con que batir el convento de Capuchinos de que tenían hecho los franceses su reducto de seguridad, bien guarnecido, por supuesto, y artillado con dos obuses y otros tantos cañones. Decidió, por consiguiente, Lacy sorprender, á lo menos, el campamento establecido por el general Latour, en derredor del convento y á las puertas de Igualada, para lo que creyó le bastaría atacarlo con la caballería y muy pocos de sus infantes. Y tan acertado estuvo en la dirección de ese plan y tan secundado se vió por los que debían ejecutarlo, que, según dice en su parte, «á las 3 de la madrugada (del 4) las grandes guardias fueron pasadas á cuchillo, el campamento atacado, y el pueblo completísimamente sorprendido, tanto, que pendió en muy pocos segundos el que el general de brigada Latour que mandaba, hubiese podido escapar.» (2)

---

(1) Dice un historiador catalán: «Sin embargo, rehechos después los franceses, volvieron á posesionarse de él, cediendo los españoles, no á su esfuerzo sino á su número considerable. Más de una hora, añade Blanch, sostuvo Manso hábilmente la retirada.»

(2) Y añade: «Un oficial sobrino suyo que estaba en aquel



Ya iba á desirtir del ataque al convento, cuya artillería le obligó á poner sus tropas á cubierto de ella, desesperanzado, además, de que le llegara inmediatamente la que esperaba de Cardona, cuando aparecieron varias columnas francesas, procedentes de distintos puntos, en socorro de los de Igualada. Bajaba una de ellas de Montserrat y el barón de Eroles salió á su encuentro con un batallón de infantería y dos escuadrones que la acuchillaron y dispersaron, cogiéndole, además, varios prisioneros. En su favor y combinación por las señales del Montserrat, de lo que los franceses tenían hecho centro, ciudadela y vigía de toda aquella comarca que luego abandonaron, salió también otra columna del convento de Igualada, cuya guarnición, sospechando la emboscada que la preparaban los coraceros de Lacy, apoyados por parte de su infantería, se retiró prudentemente al abrigo de que había salido.

Creyendo los franceses que la marcha que Lacy había emprendido por el camino de Manresa para aprovisionar su tropa, era señal de haber desistido del ataque del fuerte de Igualada, hicieron avanzar un convoy considerable procedente de Lérida y que se hallaba detenido en Cervera en espera del resultado de la acción que acabamos de referir. Pero Lacy al saberlo, acudió inmediatamente, dividiendo sus fuerzas, parte de ellas con Eroles para interceptar el paso al convoy, y parte, que él mismo gobernaba, para cortarlo si es que retrocedía á Cervera. No llegó este úl-

---

instante con él, fué muerto por un húsar que me ha presentado su espada y sombrero, así como otro el morrión del general, asegurándome que también le había cogido la espada; y su secretario, mayordomo y demás de su familia están entre los prisioneros.»



timo caso; porque el barón acometió con su vanguardia tan reciamente á la escolta francesa como con su retaguardia á la columna que salió de Igualada en su defensa, y los franceses, no sólo perdieron el convoy sino que más de 200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Resultado de este primer arranque de la empresa ideada y acometida por Lacy; que los franceses evacuaron el 8 Igualada, Montserrat y su puesto avanzado de Casa Masana; que Eroles se apoderó de Cervera el 11, y que el 14 tomó en Belpuig por asalto el palacio de los duques de Sesa que los franceses habían convertido en fuerte, después de haber abierto en él varias brechas con un cañón, único que llevaba, y las minas que improvisó. Así decía en su parte el general Lacy: «Por fin hemos superado la tenacidad de nuestros enemigos con el tesón incomparable de nuestras tropas. En el término de treinta y dos horas, sin más ingenieros que nuestro ingenio y deseos, y sin más operarios que los brazos de los soldados y algunos paisanos, hemos formado una estrecha línea de circunvalación, y 3 minas que han volado con buen éxito. Ni el efecto de ellas ni la buena dirección de la pieza de artillería habían podido decidir al enemigo á capitular; y como por otra parte temía que el movimiento del general Latour, de que acababa de tener noticia, obrando en combinación con los enemigos de Lérida y Balaguer, no malograse el fruto de mis trabajos, me he determinado al asalto, que se ha executado por las compañías de granaderos de la división á las diez de esta mañana con un valor digno de todo elogio. Hechos dueños de las brechas, los grandiosos obstáculos



que presentaba la irregularidad de un palacio antiguo de los duques de Sesa han contenido sus pasos, y el enemigo á breve rato ha puesto bandera parlamentaria».

Además de los muertos, que fueron muchos, quedaron prisioneros 6 oficiales franceses y 178 soldados del regimiento de infantería número 14. (1)

Eso produjo el cumplimiento del plan que se había propuesto el general Lacy, fortaleciendo en los catalanes el ánimo, bien acreditado, de no cejar un punto de su resolución patriótica á pesar de reveses tan aterradores como los recientes ya citados de Tarragona, Montserrat y Figueras. Y no encontrando en la tierra llana de Cataluña enemigos que combatir ni puestos fortificados que no hubiesen guarnecido superabundantemente los franceses, temerosos de descalabros como los que habían sufrido en Igualada, Cervera y Belpuig que, como el célebre santuario catalán, creían inexpugnables, quiso repetir la excursión que antes había hecho á Francia. La encomendó, pues, á Eroles que acababa de dar muestras tan manifiestas de pericia mi-

(1) En Cervera, había caído en poder de la tropa catalana D. Isidoro Pérez Camino, un afrancesado de quien decía Eroles que era «hombre cruel y de la naturaleza de aquellos que de mil modos despedazan las entrañas de su patria.» Y añade: «Este malvado había inventado una jaula, en donde metía á los que no pagaban las contribuciones, ó no se presentaban bastante sumisos á sus caprichos, y los ofrecía al público, á quien permitía contra aquellos infelices todo género de insultos; y á fin de que en manera alguna pudiesen evitarlos, la tenía construída de modo que sólo sacaban la cabeza, en la que era permitido escupir, repelar y aun herir con varas. Muchas veces les pringaba el rostro con miel para que fuera pasto de las moscas. Mañana saldrá el señor corregidor á pasear las calles en esta misma jaula, en donde podrán libremente contemplarle los infelices que han experimentado tan acerbo castigo. *Discite iustitiam moniti et non temnere divos.*»

litar, y á sus tropas que de tal manera la habían secundado, encargándole penetrase en el Imperio por la Cerdaña, á imponer tributos de dinero, víveres, armas y municiones allí donde le fuera posible exigirlos.

Invade Eroles la Cerdaña francesa. Eroles desempeñó cumplidamente el encargo. El día 23 de aquel mismo mes de octubre penetraba en el valle de Querol con el regimiento de Ausona, 300 hombres del de Palma, un batallón de Cazadores de Cataluña y 200 caballos, llevando, además, sobre su flanco izquierdo al coronel Casas con su batallón de Tiradores y el regimiento de Leales Manresanos. Hallábanse apercibidos los franceses de la frontera; y aun cuando al avistar Eroles Puigcerdá, se retiraron á Montluis perseguidos por Manso hasta la inmediación de aquella plaza, reforzados luego con 600 infantes y 100 caballos, atacaron al Barón, que los rechazó tan ejecutivamente y causándoles tantas bajas que no volvieron á aparecer. Entre tanto, el coronel D. Manuel Fernández Villamil, gobernador, que era, de la Seo de Urgel, pero que á solicitud propia iba mandando la vanguardia, penetró en el valle francés de Ax, y después de una brillante acción dada el 29 en Morens, se apoderó sin resistencia de aquella ciudad, de la que regresó á su campo con la gloria de haber derrotado á los enemigos y cogídoles prisioneros, cargado además del fruto de las contribuciones y de muchos efectos de guerra (1).

---

(1) Decía una correspondencia de Bagá del 2 de noviembre: «Los habitantes de Ax salieron de paz á recibir nuestra división, pagaron las contribuciones, y regalaron á nuestro general tres hermosas yeguas y un caballo. La resistencia de los habitantes de Morenchs ocasionó el saqueo, y, por accidente, el incendio del pueblo.»

Y, por vía de nota ó Postdata, se añade: «El comandante de

Tales resultados y el obtenido por el brigadier Miláns el 13 de noviembre en Mataró y la ribera de Argentona hasta meter á los franceses en Barcelona, de donde habían salido el día anterior, rotos, corridos y con bajas de alguna consideración; tales resultados, repetimos, tan positivos como gloriosos, crearon en Cataluña un estado de confianza en la propia fuerza de sus naturales que, además, estimulaba y fortalecía el general Lacy prefiriéndolos generalmente para el mando en cuantas ocasiones le parecían convenientes para el servicio del Principado, tan íntimamente ligado con el general del resto de la Península (1). Después de

Decaen y el convoy á Barcelona.

nuestras tropas, en el parte dirigido al general Eroles, se lamentaba de tan funesto accidente. Esto debe mostrar á los franceses que los gefes españoles hacen profesión de respetar los derechos de la humanidad, aun haciendo la guerra á los incendiarios de Manresa, Monserrate, Arbós, S. Boy, Martorell y otros pueblos y establecimientos de Cataluña, sin contar otros infinitos de la península.»

Y, con efecto, el 30 del mes anterior describía otra carta de Monistrol los bárbaros atentados cometidos por los franceses al abandonar Montserrat, cuando las acciones de Igualada y Belpuig. Uno de los párrafos dice así: «Al entrar, asesinaron á tres ancianos monges y á tres hermitaños que no pudieron huir por su vejez; y al salir, quisieron destruirlo y borrar hasta su memoria. La mayor parte ha sido pábulo de las llamas: en la iglesia, los altares, órganos, coro alto y baxo, todo es cenizas; hasta la reja grande del presbiterio ha quedado medio destruída por la actividad de las llamas. En los restos denegridos del monasterio, que no acabó de destruir el fuego, en los claustros y el pórtico, se ven todavía trozos esparcidos de los muebles, y por los caminos y barrancos inmediatos de aquella sagrada montaña, se encuentran libros rasgados, sillas, mesas, piernas, brazos, cabezas y otras reliquias de las santas imágenes, indicios todos del saqueo y horrible profanación que precedió al incendio.»

(1) Por aquel tiempo se hallaba operando en la costa el 2.° escuadrón de Cazadores llamado de Curély por el nombre de su jefe, y tuvo por cronista de sus campañas á un M. D'Angebault, cuyo manuscrito está hoy publicando el tan conocido *Carnet de la Sabretache*, revista militar muy acreditada en Francia. El escuadrón hizo su servicio en Cataluña todo el año que permaneció en España (desde el 22 de marzo de 1811 al 25 de igual

campaña tan brillante, Lacy y la mayor parte de sus gentes, tropas regulares y catalanas, pudieron tranquilamente trasladarse al lado oriental del Principado, estableciendo su cuartel general en Vich y sus divisiones en puntos estratégicos inmediatos ó en observación de las operaciones que comenzaba á ejecutar el general Decaen, situado en Gerona, como punto, éste, central de toda aquella comarca y el más propio para mantener la comunicación, absolutamente necesaria á los franceses, de Barcelona con el Imperio. Decaen acababa de reemplazar al mariscal Macdonald que, según ya expusimos, aquejado por un ataque agudo de gota, hubo de retirarse á Francia el 28 de octubre para, curado ya y arrojando las muletas, tomar parte en la

---

mes de 1812), volviendo á Francia con la alegría que revelan los siguientes renglones que copiamos del libro de M. D'Angebault. «Hacía, dice, un tiempo magnífico: ¡quién puede pintar la alegría que todos experimentamos al abandonar aquel espantoso país donde se estaba siempre entre la vida y la muerte; estrangulado, ahorcado ó quemado si llegaba á ser sorprendido!

Alguna vez habremos de citar su obra, principalmente al describir la acción de Altafulla en que el escuadrón de que era D'Angebault cirujano tomó parte muy activa; pero la reseña que hace de aquella guerra que puede servir como de complemento á las de Suchet y Vacani, nos mueve á añadir á los renglones transcritos, unos cuantos que siguen á la descripción de nuestros miqueletes, su traje, sus armas y equipo. «Conocen, dice, todos los senderos de sus montañas que escalan con la rapidez del relámpago; se les arroja de una altura, y vuelven á aparecer en otra más lejos; viven de muy poco; un poco de cocido de maíz, frecuentemente con algarrobas tostadas que quebrantan entre dos piedras. Los encontrábamos con frecuencia en sitios muy altos, donde se ponían á observarnos días y semanas enteras, acechando el paso de un convoy ó de un destacamento aislado; mataban á los prisioneros, y á los soldados aislados, los ahorcaban, los mutilaban ó los quemaban.»

Fuera de las exageraciones propias de hombres que pasaban vida tan azarosa (y *tan aborrecible* por lo que se ve), el libro de D'Angebault es curioso y comprende detalles que son de tener en cuenta para la historia de aquella guerra en Cataluña.

¡Lástima que no señale fechas en casi ninguna de sus narraciones!



guerra de Rusia el verano de 1812. El general, su substituto, andaba aquellos días organizando un gran convoy de víveres recogidos en el Ampurdán para introducirlo en Barcelona, cuya guarnición exigía tales socorros periódicos, bloqueada, como seguía estando, por nuestros incansables catalanes. Era difícil interceptar el convoy y más todavía apoderarse de él, escoltado, como iría, por unos 14.000 infantes, 700 caballos y 8 piezas de artillería, debiendo, además, salir de Barcelona á su encuentro otros 4.000 hombres de todas armas á fin de mantener despejada la salida del desfiladero de Trentapasos. Ya que no fuera posible conseguir ninguno de aquellos resultados, Lacy se propuso detener en cuanto le fuera dable la marcha del convoy, y apostó la división Eroles en las alturas de San Celoni y la fuerza de Miláns sobre la derecha; la de Sarsfield á la salida de Trentapasos para cubrir los flancos junto á aquella población; la de Sarsfield, en las alturas que dominan la salida de aquel desfiladero, que acudirían, según acabamos de decir, á despejar las tropas de Barcelona, y la del coronel Casas en La Garriga, para que las flanquease. El brigadier Rovira debía también ir cubriendo los puntos desde los cuales pudiera ir acechando y, á ser posible, conteniendo la marcha del convoy en su tránsito desde Gerona, punto de su partida, hasta donde las demás columnas españolas pudieran combatirlo. Rovira, después de pelear junto á la Junquera y en San Lorenzo de la Muga para impedir la llegada á Gerona de objetos que habrían de formar parte del convoy, hizo cuanto pudo por entorpecer su conducción á Barcelona; pero ni sus fuerzas ni todas las de Lacy, que en su totalidad no lle-

gaban á la mitad del número de las de Decaen, eran suficientes para hacerse dueñas del convoy por muchos esfuerzos que desplegaran, como tampoco para obligarlo á retroceder. Manso y Sarsfield sostuvieron sus posiciones, obligando á veces á los franceses á desistir de sus ataques y á pedir refuerzos que inmediatamente les llegaron; con lo que Lacy reservó su acción, entonces ineficaz, para cuando Decaen, dejando en Barcelona el convoy y algunas de sus tropas, reclamadas para la defensa de Tarragona, volviese al Ampurdán, su base y centro de operaciones.

No tardaron mucho en verse justificadas sus previsiones presentándose el general francés, con poco menos de la mitad de las fuerzas que dos días antes mandaba, por el camino de Granollers á La Garriga y Vich, punto, este último, que calculaba Lacy pretendería su adversario ocupar para establecer allí de nuevo su dominio de comarca tan rica y estratégica. Reñida fué la acción, porque, destacado Eroles á San Feliú de Codinas, tuvo que sostenerla la pequeña división de Sarsfield con la que se había Lacy situado en La Garriga; pero rechazados los franceses y perseguidos después hasta Granollers, tuvieron que tomar el camino de San Celoni, desistiento de su expedición á Vich. (1)

(1) Decía Lacy en su parte: «En efecto no fué infundado mi recelo, pues una división enemiga de 5.000 infantes, 400 caballos y 4 piezas de artillería, se presentó delante de mi posición en La Garriga la mañana del 5, resuelta á forzar su paso, según la actividad y dirección de sus ataques; pero fué en todos vigorosamente rechazada, y se le siguió el alcance por los batallones de tiradores y cazadores de Cataluña del mando del coronel Casas y del teniente coronel D. José Manso, con alguna caballería de húsares de Cataluña, que persiguieron á los enemigos hasta Granollers. Penetrados éstos, sin duda, del poco suceso de nuevas tentativas, se replegaron y emprendieron con el todo



Campaña tan feliz para las armas españolas, valió á los catalanes, además de la admiración y las simpatías de todos los defensores de nuestra independencia, una proclama de la Regencia llena de elogios al valor, la constancia y la abnegación que acababan de revelar, aun después de los desastres recientemente sufridos. Decía, entre otras cosas, aquel manifiesto que lleva la fecha del 30 de enero de 1812: «Volverán para Cataluña los tiempos gloriosos de Roger de Lauria, y la envilecida turba de satélites del déspota del Sena, que tiene la osadía de escarnecer la sagrada religión de vuestros padres, y violar vuestras hijas y esposas, insultando vuestra libertad, repasará vergonzosamente el Pirineo: y los valientes hijos de Barcino despedazarán entre sus brazos las sierpes ponzoñosas, que, prevalidas de la máscara de la seducción, se introduxeron en el seno de las familias, acibarando la quietud de sus hogares. La victoria volará rápida, otra vez, desde las márgenes del Tech hasta el caudaloso Ebro, llevando en pos de sí la libertad y la alegría.» (1).

Muro, O'Rian y Miláns en Aran, Tarragona y Mataró.

No satisfecho Lacy con resultado tan positivo como el conseguido interceptando á Decaen el camino de Vich por La Garriga, y con el temor de que el general francés no desistiera de su anterior pensamiento tratando de realizarlo por otra parte, lo fué observando por su flanco hasta verlo meterse con toda su gente en Gerona. Decaen había conseguido abastecer por algún

de sus fuerzas su retirada por San Celoni, que fué molestada por nuestras tropas, aunque siempre en observación, por si este movimiento fuese una mera apariencia, y el intento principal encaminarse á Vich por una marcha retrógrada y rápida.»

(1) Se publicó en la *Gaceta de la Regencia* de 8 de febrero siguiente.

tiempo la plaza, siempre bloqueada, de Barcelona, pero no sin dificultades, graves pérdidas y teniendo que emplear fuerzas que hacían falta en otros puntos si hubiera de dar resultados prácticos la ocupación general del Principado. Y tanto fué así, que en el tiempo de aquellas operaciones, los catalanes de Muro, O'Rian y Miláns, pudieron dedicarse á expediciones que hubieran, de otro modo, fracasado. Situado con el batallón de Tarragona en la llamada Conca de Tremp, Muro, ya subía por los Nogueras al valle de Aran para penetrar en Francia y arrebatar á los pueblos inmediatos á la frontera ganados y víves, si no se los rescataban con dinero, ya se corría á Aragón en seguimiento de las partidas francesas que salían de Venasque, Barbastro ó Monzón á iguales ó semejantes depredaciones en las altas tierras del Pirineo. Por el lado opuesto, en el de la Marina, operaba O'Rian tratando de sorprender los destacamentos enemigos que recorrían el camino de Barcelona á Tarragona, y algún que otro barquichuelo, francés también, que por accidentes en el mar ó para repostarse, se decidía á meterse en puertos de aquella costa. O'Rian llegó á cortar los acueductos de Tarragona y aun á atacar los fuertes del Olivo y Lorito, destinando, sobre todo, una de las columnas en que dividió su tropa, la del capitan D. José Llavería, á la ocupación de una parte de la Marina, cuyos resultados señalaba en su parte del 4 de diciembre. «El coronel Canales, dice en él, llenó sus deberes haciendo correr á los del Olivo y Lorito, y rompiendo un vivo fuego que fué contestado en todo aquel frente: siguieron las guerrillas en toda la extensión de la línea, y al mismo tiempo que temía el enemigo un verdadero asalto por

la puerta de San Antonio, ardían en vivas llamas varios buques y efectos, principalmente un fuerte corsario que construían y otro de menor porte.»

Las operaciones de Miláns tenían mayor importancia aún. Sabiendo el 13 de noviembre que una columna francesa de 4.000 infantes y 100 caballos habían entrado por sorpresa en Mataró, noticia que confirmaron una guerrilla enviada al efecto y varios cañonazos que los buques ingleses disparaban sobre aquella población, Miláns llamó á sí la división Sarsfield, situada en punto próximo, para que atacara con sus guerrillas la posición de Capuchinos que habían ocupado los enemigos, mientras que se dirigía á ella con 1.400 infantes y 60 caballos que él tenía á sus órdenes. El combate fué rudo y terminó por el pronto en favor de los franceses; pero, aun no habiendo sido arrollados, creyeron éstos deberse retirar y entonces hubieron de sufrir en la rivera de Argentona un nuevo ataque, del que salieron con graves pérdidas y valiéndose de la obscuridad de la noche para refugiarse en Barcelona (1).

Reorganización militar.

Esas acciones, afortunadas casi todas, produjeron en Cataluña, no una reacción, como algunos han dicho, haciendo renacer el espíritu que reinaba antes de perderse nuestras fortalezas del Ebro y el Ampurdan, sino la confianza de que, bien dirigida la resistencia tan gallardamente iniciada cuatro años hacía y sostenida con tal constancia, acabaría por obtener la recompensa por esos títulos merecida. Y esa confianza y la retirada de Decaen á Gerona buscando el abrigo de la frontera, ya

(1) Poco después obtuvo Miláns el empleo de Mariscal de Campo.



que el Emperador, engolfado en sus proyectos, sacaba de España fuerzas sin las cuales se haría imposible el dominio que con las innumerables con que le habían emprendido le negaba la fortuna, dió al Principado un período de relativa tranquilidad para sus autoridades poderse dedicar á la reorganización de servicios militares y políticos, no poco descuidados durante la lucha. En cuanto á los primeros, los más importantes evidentemente y urgentes, el general Lacy se puso de acuerdo con el congreso del Principado, reunido al efecto, á fin de dar la unidad siempre necesaria á cuantos procedimientos convinieran para su eficacia. Se redujeron á uno solo los dos cuerpos de reserva hacía poco organizados; cada corregimiento formó una división de cinco compañías á 100 hombres cada una, cuyos oficiales de capitán abajo, todos vecinos del corregimiento, fueran nombrados por la junta superior, y cuyos jefes serían los gobernadores corregidores militares, haciendo el servicio de Mayores sus segundos. A aquellos cuerpos, así organizados, se les dió un carácter nacional con imponerles en sus uniformes la escarapela misma del ejército, con lo que serían respetados por el enemigo en el caso de ser hechos prisioneros en las acciones de guerra. Aquel que bien puede calificarse de armamento en masa de Cataluña cuyos habitantes, de diez y ocho á cuarenta y cinco años de edad, eran declarados soldados de la patria, se completó con la creación de unas compañías llamadas de *Alternación*, agrupadas, como las de preferencia del ejército en algunos casos, á las órdenes del coronel Villaamil, tan acreditado en aquella campaña. Así, le era dado á Lacy decir en una de sus proclamas. «Pudo ser algun

tanto fundado el abatimiento de espíritu, y menos reprehensible la relajación de la disciplina militar, y la deserción de sus banderas en que muchos incurrieron por la pérdida de Tarragona. Eran pocos los que se prometían después de tan desgraciado suceso mejorar de condición: pero la Providencia, que vela por nuestra causa, ha dado á conocer en los últimos acontecimientos gloriosos con que nos ha favorecido, que no es debido desmayar en la angustia, y que queda aún mucho que esperar de nuestros esfuerzos si concurren la constancia, el sometimiento á la voz de la autoridad, y un absoluto desprendimiento de todo interés que no sea el de hacer causa común entre nosotros.»

Así andaban en Cataluña los sucesos de la guerra al terminar el año de 1811, muy distintos en importancia y resultados de los que pudieran hacer presagiar las desgracias de Lérida, Tortosa y Tarragona, si no compensadas, porque eso era imposible, disminuída no poco su importancia en el ánimo levantado y optimista de los catalanes con las últimas operaciones afortunadas en las fronteras de Aragón y Francia, en la Garriga y la costa del Llobregat al Ebro. (1).

---

(1) Allá va para los curiosos la descripción del uniforme de los cuerpos catalanes, según su reglamento de 1811.

«La chaqueta ó casaquilla para todas las divisiones de reserva será de paño pardo, con la sola diferencia que llevarán las de

Tarragona,.....vuelta y collarín de paño blanco con botón blanco.

Villafranca,.....vuelta y collarín azul celeste con botón dorado.

Barcelona,.....vuelta y collarín encarnado con botón dorado.

Mataró,.....vuelta y collarín amarillo con botón dorado.

Manresa,.....vuelta y collarín morado con botón blanco.

Vich,.....vuelta amarilla, collarín encarnado con botón blanco.

Gerona,.....vuelta encarnada, collarín verde con botón dorado.

En Aragón. Dejamos á Durán y el Empecinado puestos á las órdenes del conde del Montijo el 23 de diciembre en la aldea de Mulmarcos de Guadalajara, y dijimos que era un error el que se había cometido con disposición, en nuestro concepto, tan desacertada. También llevamos expuesto cómo salió el conde del ejército de Valencia y cuál era la fuerza con que iba y cuáles las instrucciones que el general Blake le había comunicado. Llegó, con efecto, á los diez y nueve días de haber traspuesto el Turia, lleno del entusiasmo que debía inspirarle misión tan interesante para la suerte de Valencia en sentir de su general en jefe, bastante equivocado, en el nuestro, al desprenderse de dos regimientos de infantería, un escuadrón y dos piezas. Pero si Blake se equivocaba en ese punto, no se equivocó menos al creer que la disciplina militar bastaría para que dos jefes, acostumbrados á una independencia tan sólo conforme con el género de guerra en que eran maestros y les proporcionaba resultados tan satisfactorios para la patria y para su propia gloria, se sometieran al mando de quien, con distintos dotes, carecía de la

---

Figueras,.....vuelta verde, collarín encarnado con botón dorado.

Puigcerdá,.....vuelta blanca, collarín amarillo con botón dorado.

Valle de Aran,.....vuelta encarnada, collarín morado con botón dorado.

Talarn,.....vuelta encarnada, collarín morado con botón dorado.

Cervera,.....vuelta y collarín verde con botón dorado.

Lérida,.....vuelta amarilla, collarín azul celeste y botón blanco.

Tortosa,.....vuelta azul celeste, collarín encarnado y botón blanco.

La chaqueta ó casaquilla será de paño pardo con vuelta y collarín encarnado, debiendo ponerse las letras, iniciales y finales del respectivo corregimiento en el collarín.

fortuna militar que á ellos tanto les había halagado hasta entonces.

Veíase ahora el Conde á la cabeza de unos 8.000 hombres; y aunque al pronto tuvo que diseminarlos por lo pobre y esquilmado de aquel país, no tardó en disponer una expedición á Ateca, adonde supo habían llegado 2.000 franceses procedentes de Calatayud. Las divisiones de Cuenca y Soria deberían bajar á Ateca por Castejón, mientras la de Guadalajara lo haría por Lorca de Aragón para cojer á los franceses entre dos fuegos. No contó con que marcha tan larga podría no ocultarse al enemigo, ni con que en esa clase de operaciones no suele obtenerse la exactitud que exigen para dar el resultado á que se aspira. Las primeras divisiones llegaron á su destino perfectamente, como que iba con ellas el Conde, tan interesado en el éxito del ataque; alguno de sus regimientos, el de Rioja, rompió el fuego en las primeras casas de Ateca y lo mantuvo más de tres horas esperando la aproximación de la gente del Empecinado; pero, no presentándose éste, el Conde y Durán hubieron de retirarse por Buvierca y Alhama, de donde no pasaron los franceses que los perseguían. Ese fracaso, en que Montijo no tenía más culpa que la de no conocer el carácter ni los hábitos de sus subordinados, produjo lo que también era de esperar, la dislocación de su pequeño ejército, que hubo de trasladarse con los expedicionarios de Valencia y el batallón de Rioja á Villahermosa, que Durán se fué á Deza y el Empecinado á tierra de Molina por el puerto de Used, de donde había ó no querido bajar á Ateca.

Fracaso de Montijo.

Las relaciones de Montijo con sus tenientes están

perfectamente reveladas en el libro del Sr. Picado y Franco, tantas veces recordado en éste. «Aunque separadas las divisiones, conservaba el mando de ellas el conde del Montijo, que ansioso de distinguirse meditaba operaciones en grande. Oficiaba á los generales Durán y Empecinado para la reunión en las inmediaciones de Soria; pero uno y otro les enviaron la tropa de su mando disculpándose de su asistencia. Durán estaba enfermo en Deza; pero el Empecinado no sé qué disculpa ó pretexto alegaría para no reunirse.» La disculpa ó pretexto, fué la de todos en esos casos, la de falta de salud, la misma que había dado Durán. (1)

No debió sentir Montijo el desaire: podía utilizar los servicios de las tropas de sus dos tenientes en el plan que había meditado y para él solo sería la gloria si llegaba á ejecutarlo con fortuna Creyó poder asaltar las fortificaciones de Soria y á los pocos días presentaba ante las murallas de la ciudad numantina todas las fuerzas de las tres divisiones, acompañadas de dos piezas de campaña, de la de Durán, que estableció en el teso próximo de Santa Bárbara. Después de tres días de alardes sin resultado en derredor de Soria, hizo romper el fuego de cañón y fusilería que los franceses contestaron ventajosamente desde las almenas, y con tal acierto, que ni soldados, ni obreros que, armados de picos, pretendían abrir brecha, ni unos artilleros que intentaron aplicar al muro una campana

(1) El admirador del Empecinado dice: «...el 24 y el 25 asistió el Empecinado á la espectativa (así) de una columna enemiga que se situó en Ateca; y en seguida, con licencia de aquel jefe (Montijo), pasó á la provincia de Guadalajara para restablecerse de su salud y dejó su división al inmediato mando del coronel D. Jerónimo Luzón...»



que hiciera oficio de petardo, consiguieron, sino sacrificarse inútilmente, retirándose con la pérdida de más de 100 muertos, doble número de heridos y, más que eso aún, con la de la esperanza de aprovechar otra ocasión, pues que los franceses, con aquella experiencia, aumentaron considerablemente las fortificaciones de Soria. El único que no perdió esa esperanza fué Montijo, que todavía trató de repetir la jornada desde Almazán, á donde se había retirado; pero desistió de ella por haber el Empecinado reclamado su fuerza, como pocos días después desistió de la de Aranda por haberle oficiado Durán que necesitaba de la suya para operar en su provincia. Las gentes de uno y otro de aquellos jefes se manifestaban disgustadas, y el Empecinado se resistió á obedecer á quien no entendía aquella guerra como él, y Durán á un general más moderno en su empleo. (1)

Resentido con eso y sabiendo la rendición de Valencia, Montijo abandonó aquellos lugares para reunirse de nuevo á las reliquias del ejército de que antes había formado parte. Durán y el Empecinado, que con la marcha del Conde recobraron inmediatamente la salud, se dedicaron, cada uno por su lado, á maniobrar en las respectivas provincias, teatros antes de sus operaciones. Aquél, después de algunas en que demostró rarísimas cualidades tácticas, burlando una

Durán, Empecinado y Villacampa.

(1) «¡Fatalidad humana!, exclama ingénuamente el Sr. Picado, todos los generales deberían tener presente que la sincera reconciliación de los cónsules C. Claudio Nerón, y M. Libio, fué la causa de que no pudiese reunirse Asdrúbal con su hermano Aníbal, que si se hubiera verificado habría hecho temblar á Roma.» Cualquiera podría contestar al capellán cronista de Durán: «Váyale Ud. á meter en la cabeza al Empecinado esas sentencias de la Historia.»

maniobra envolvente del general Roquet en sierra de Cameros, consiguió lo que Montijo no había logrado, la ocupación de Soria el 18 de marzo de 1812, aunque siete días más tarde, y cuando se preparaba á asaltar el castillo, hubo de evacuar la ciudad, de la que, sin embargo, sacó recursos muy suficientes para mantener algunos meses las tropas de su división. El Empecinado entró, á su vez, en Sigüenza, en cuyas inmediaciones el 7 de febrero y después de un ataque, en que fueron rechazados, los franceses le hicieron 1.000 prisioneros, teniendo él que arrojarse por un despeñadero para, al procurar rescatarlos, no ser también uno de ellos. Aquel revés le causó una grave dolencia de que no convaleció hasta marzo, vengándolo el día 14 uno de sus tenientes, el coronel D. José Mondedeu, haciendo prisionera una parte considerable de la fuerte guarnición de Cogolludo y obligando á la restante á abandonar aquel punto, tan importante en la línea del Henares y comunicación de Zaragoza á Madrid.

Aragón, pues, no tocó ninguno de los resultados que el general Blake se había propuesto obtener al sacar de Valencia al conde del Montijo, perdiendo, al hacerlo, una fuerza que hubiera podido utilizar el 26 de diciembre. Sólo al terminar el período á que llega la narración de esos sucesos, sintió Aragón la influencia de fuerzas que tuvieran el mismo origen que las de Montijo, pero recogidas por quien tenía acreditado su mando en aquel reino, por el general Villacampa.

Salvada su división de la derrota del Turia, que acabamos de citar, se dirigió con las demás de Mahy á tierra de Alicante y allí se mantuvo hasta que, recogiendo el mando de aquel ejército el general D. José

O'Donnell, regresó Villacampa al antiguo campo de sus más felices y gloriosas operaciones. Y pronto se dejó sentir su presencia en él, porque á los pocos días después de un combate en Campillo y Ateca en que hizo á los franceses cerca de 300 prisioneros, se trasladó á la sierra de Albarracín, logrando salvar al regimiento de Cariñena, perseguido por Pannetier y próximo á caer en su poder. Allí cerca, en Pozohondón, había 600 franceses á quienes atacó. Pretendieron salir del pueblo y buscar camino por donde burlar la vigilancia de Villacampa; pero rechazados en todas partes, volvieron á Pozohondón para á las pocas horas entregarse. Esas acciones tuvieron lugar los días 8, 22 y 28 de marzo (1812), y unos después caminaban 300 prisioneros franceses á Alicante, depósito, que se había hecho, de los que caían en manos de los españoles en el interior de la Península.

En Navarra y las Vascongadas.

Pero donde más influían las operaciones de nuestros guerrilleros era en Navarra y las Provincias Vascongadas, por la autoridad, principalmente, que allí imperaba, tan acreditada ya por el valor, la excepcional energía y la pericia del que la ejercía y su extraordinaria fortuna.

Mina, su persecución y represalias.

En efecto, Mina que, como hemos dicho, había sufrido una rudísima persecución de los franceses en Navarra, y trasladándose á tierra de Burgos para ponerse de acuerdo con el cura Merino, Campillo y Longa, respecto á la manera de mantener la guerra en las provincias del Norte, logró resistir dos meses de riesgos constantes, de que supo rodearle el general Reille, tan incansable como cruel. Este general había extremado sus rigores al comprender la situación en



que halló Mina el reino de Navarra al regresar de Castilla; y si el mariscal Bessiéres en junio expidió un decreto, harto severo contra los voluntarios que servían con Mina y sus familias, efecto de la irritación que le había producido la catástrofe de Arlabán, Reille dió otro en agosto (1811) que no puede calificarse por lo injustificado y hasta salvaje. La forma era la de una concesión de amnistía que desde el 5 de aquel mes, cuya fecha lleva el decreto, se extendería hasta el 15 de septiembre siguiente á los navarros que se presentasen á las autoridades francesas de Pamplona ó de puntos ocupados por sus tropas. Pero ya en el art 4.° se prevenía que, cuantos se resistieran á presentarse serían *colgados* si eran aprehendidos con las armas en la mano, y en el 5.° se amenazaba á los parientes con ser presos y confiscárseles sus bienes. Y si no satisfecho el duque de Istria de los resultados de aquella su orden, en que no se prodigaba el uso de la horca, apeló á la seducción para con Mina y sus más caracterizados secuaces, Reille, con la de 5 de agosto, provocó la del 14 de aquel mismo mes, en que el célebre guerrillero conminó á los que se sometieran á la autoridad enemiga con penas iguales que las por ellas impuestas (1). No

(1) Mina en sus Memorias emite las observaciones siguientes:

«Si bien es cierto, dice, que en los principios del levantamiento á que nos obligaron los franceses, algunos de los que asaltaban sus correos y pequeños destacamentos tenían más bien en mira su interés particular que el de la libertad de la patria, el objeto del armamento general y la resolución de cooperar en todo cuanto pudiera perjudicar á los que con engaños se habían introducido en nuestro país para esclavizarnos, ¿no fué muy loable y muy noble? ¿Hicimos más los españoles que defender con denuedo nuestros más caros intereses y rechazar como exigía nuestro honor una agresión por todos títulos injusta? ¿Acaso fuimos nosotros los que provocamos la lucha? Si



se dió Reille por vencido en aquel pugilato de rigores y represalias; y el 24 puso á precio las cabezas de los que él calificó de jefes de bandidos; la de Mina al de 6.000 duros, la de Cruchaga á 4.000, como las de Górriz, Ulzurrum y Cholín. Aún elevó el precio de aquellas infamias, declarando que la persona ó personas que prestaran tan indigno servicio, serían miradas con consideración por el Gobierno, y perdonada su falta si pertenecían á las bandas de Mina. ¡Y esto se hacía y mandaba en nombre del grande Emperador, restaurador del orden social y de la religión, por uno de sus predilectos ayudantes!

Todo inútil: era imposible quebrantar la lealtad navarra; y Mina y sus oficiales ni siquiera se cuidaron de tomar precaución alguna para preservar sus personas de un atentado. Lo que sí se demostró fué la debilidad de la autoridad francesa, la de Reille, al buscar en sus agentes y entre los mismos amigos de Mina quienes pudieran seducirle con las promesas más halagadoras para que cayese en un lazo del que, de seguro, no saldría con vida. Reille consiguió con eso que sus emisarios cayesen en el lazo que ellos preparaban á Mina quien, aun prendiéndolos, acabó por respetarlos, ya que el más intencionado y culpable urdidor de tan infame trama, tuvo la precaución de no acudir

---

ésta fué sangrienta y encarnizada, la culpa ha sido de los que la promovieron, y dándonos el funesto ejemplo de sus malos procedimientos, apuraron el sufrimiento de esta nación magnánima, á la que artificiosamente arrebataron las personas de sus reyes, despojándola de sus más fuertes plazas y apoderándose de su gobierno».

Y sigue sus razonamientos en tono igual, lógicos y elocuentes, para sus secuaces en las circunstancias en que se hallaban, por más que ahora los que estampa en sus Memorias y los acabados de exponer sean ya todos conocidos y apreciados.

á la cita que había sido el primero en aconsejar (1).

El fracaso era completo. No había de declararlo Reille, ni menos cesar en sus decretos cada día más draconianos, y el 2 de octubre dió uno en que después de decir que «viendo que las medidas de humanidad y dulzura no habían producido el efecto deseado, y que muy al contrario estaba probada la necesidad de desplegar las de severidad y rigor», ordenaba fueran fusilados tres sacerdotes y ocho particulares, cuyos nombres é imaginarios delitos señalaba en el bando de aquel día. «Y, con efecto, fueron, según escribió Mina, fusilados en un mismo acto, colocándolos unidos, arrimados á la pared de una de las murallas de la ciudadela (de Pamplona)».

Acciones de Ayerbe y Plasencia.

¿Para qué los comentarios sobre aquella guerra de sangre y fuego?

El general Mendizábal, en jefe, según saben nuestros lectores, del 7.° ejército español, había manifestado cuán conveniente sería una diversión en los valles aragoneses de la izquierda del Ebro, para distraer á los franceses que se disponían á reforzar el cuerpo del mariscal Suchet en Valencia; y Mina, luego de apoderarse de un repuesto de víveres que tenían en

(1) Reille pagó la generosidad de Mina al poner días después en libertad aquellos cuatro emisarios, con ahorcar á un ayudante del famoso partidario y fusilar otros dos oficiales que había hecho coger en los hospitales donde yacían enfermos ó heridos. ¡Grande hazaña!

En la Gaceta francesa de Madrid hay algún escrito increpando á Mina por su conducta en aquella ocasión. La diputación de Navarra, impuesta indudablemente por Reille, dió un *Manifiesto*, que allí consta, lleno de falsedades, tan calumnioso como largo, los nombres de cuyos firmantes no queremos hacer ahora públicos, ya que después se han hecho respetables por servicios y méritos de muy opuesto género.



Tafalla, se dirigió á Sangüesa y después á Egea, que evacuaron los 400 hombres que la guarnecían, y á Ayerbe, á cuyo presidio pretendió socorrer una columna de más de 1.000 infantes y 40 caballos procedente de Zaragoza. Era el 17 de octubre; y la gente de Mina, que consistía en los batallones 1.° y 2.° de la división navarra y parte de su caballería, levantando, puede decirse, el sitio de Ayerbe, tomó posiciones en la inmediación, donde esperó el ataque de los franceses, quienes lo iniciaron, mejor que con las armas, con una gran gritería que, en vez de intimidar á nuestros patriotas, provocó en ellos más indignación y valor aún que los característicos suyos (1).

Rechazado el enemigo en su primer avance, se refuerza su línea y ataca la altura en que estaban los nuestros, arma al brazo y despreciando el fuego de los navarros; pero desalojado inmediatamente y con pérdida de 19 muertos y unos 50 heridos, se dirige á Ayerbe y recoge 20 caballos de la guarnición y municiones para tomar el camino de Huesca. Persíguenlo los nuestros destacando fuerzas sobre sus flancos que logran rebasar su retaguardia, entretenida, como el resto de la columna, por la caballería, regida por el mismo Mina. A la entrada y á la salida del pueblo de Plasencia, á poco menos de la mitad de la distancia de

(1) Según el parte oficial, los franceses gritaban: *A la bayoneta, que los brigantes no las tienen. Brigantes, papá y mamá, á Valencia por bayonetas*. No entendemos lo de *papá* y *mamá*.

Mina en sus Memorias dice: «Corro precipitadamente por entre filas: «*Animo, muchachos*, les digo, *hoy es el día de vengarnos de esta infame canalla; ¿tenéis valor?* les pregunto. Y á una voz fuerte y sonora responden: *Sí, mi coronel, hasta morir.— Pues á ellos, hijos*, continúo, *que hoy ha de ser para nosotros un día de gloria*».

Ayerbe á Huesca, forma el francés hasta tres cuadros, que los navarros van sucesivamente rompiendo, hasta que, desesperando ya de su salvación, forma por último el cuarto, donde tiene que rendir las armas después de una descarga cerrada y una carga á la bayoneta de la infantería de Cruchaga. «Esta, dice el parte de Mina, ha sido la suerte de 1.100 infantes y 60 caballos que venían á insultarnos. Novecientos navarros á mis órdenes han aniquilado esta orgullosa columna, compuesta de mayor número, sin que hayan quedado más que tres fugados para llevar la noticia á Zaragoza. Ellos derramarán el terror entre sus compañeros de Aragón, y aprenderán á respetar las armas españolas. Están prisioneros el comandante de la columna, 17 oficiales y 640 entre sargentos, cabos y soldados. Tres se salvaron, y los demás fueron muertos en el campo de batalla, ó han perecido de resultas de sus heridas. Nuestra pérdida consiste en seis muertos, entre ellos el comandante interino de caballería D. Miguel Lizarraga y un sargento primero, y en 34 heridos: mi caballo recibió un balazo y quedó inutilizado».

Mina siguió inmediatamente á Huesca, á cuyas puertas habían caído dos de los cinco únicos que se habían salvado del degüello de Plasencia. La guarnición se había fugado; y él, no sólo recogió allí varios efectos militares que podría utilizar, sino que rescató cinco oficiales españoles que los franceses tenían prisioneros y que, así, pudieron volver á sus regimientos.

Conducción de los prisioneros á Motrico.

Erale á Mina imposible continuar aquella admirable punta por Aragón: el número de prisioneros hechos en ella, superior al de sus voluntarios, tenía que entorpecer las operaciones proyectadas; y si los dirigía á

Navarra, como era conveniente y hasta de necesidad, su escolta reduciría la fuerza que llevaba al punto de hacerlas tan peligrosas como ineficaces. Si los prisioneros del centro de la Península eran trasladados á Alicante ó Cartagena, los sólos puertos que teníamos expeditos para su embarque en el Mediterráneo, los del Norte exigían ser llevados á puntos de la costa del Cantábrico, vigilado constantemente por buques de la escuadra británica que los transportaban á Cádiz y las islas Baleares. Pero la conducción de los franceses prisioneros exigía tales precauciones y ocasionaba tantos riesgos, que cada una constituía una verdadera campaña, según la acechaban y perseguían para interceptarla cuantas columnas podían los generales franceses destacar de sus ejércitos y cuantas guarniciones y destacamentos tuvieran en el camino y pasos próximos de las montañas y ríos que se hallasen en él. Si para los prisioneros de Arlabán halló Mina expedito el paso del Ebro junto á Andosilla, agua arriba de Calahorra, donde las fuerzas de Durán, el cura Merino y el Empecinado dominaban toda la tierra fragosa de la orilla izquierda de aquel río hasta Soria, Guadalajara y Cuenca, en la expedición que acabamos de reseñar tenía que conducir los de Ayerbe á Motrico ó Deva. Los franceses de Aragón se preparaban á rechazar á Mina é iban á observarle en todos sus movimientos; nunca podría ya sorprenderlos; y aun cuando en Navarra la noticia de lo de Plasencia infundió grande alarma entre las tropas francesas y sus autoridades, Mina estaría pronto sobre su terreno y esperaba burlarlas con más facilidad y mejor fortuna.

Y en efecto, el 2.º batallón navarro escoltó los pri-



sioneros hasta Sangüesa, reuniéndosele Mina después de su excursión á Huesca. A los cuatro días y bien enterado de los rumbos que tomaban las columnas francesas destinadas á liberar á los prisioneros, los dirigió por Monreal, Artajona y Mendigorría, á Cirauqui, donde fueron entregados al 4.° batallón.

Allí empezaban las mayores dificultades de aquella jornada; y hé aquí cómo llegó Mina á vencerlas según lo cuenta en sus Memorias. «Aquella noche, dice, que era la del 2 de noviembre, dispuse que los prisioneros marchasen por Legazpia á Motrico, auxiliando á los batallones 3.° y 4.°, que los conducían, algunas tropas de D. Gaspar de Jáuregui (*el Pastor*), que reunía ya tres batallones en Guipúzcoa. La mañana siguiente del 3, las columnas enemigas se inclinaron hacia Legazpia á la pista de los prisioneros: salíles al encuentro y determiné llamarles la atención á otra parte; y dejando dos compañías de observación para que se tiroteasen sin empeñarse, me puse en retirada para Segura. Sea que el general contrario creyese que yo llevaba conmigo los prisioneros, ó que perdiese la esperanza de rescatarlos y quisiese escarmentarme, siguió en mi alcance; y aunque estuvimos bastante cerca, al llegar ya de noche á Alsasua quise que descansara con sus fatigadas tropas bajo el techado de aquel pueblo, y yo me subí con la mía á la sierra de Andía á acampar en ella. Todavía me persiguió al día siguiente en aquellas alturas: pero desesperado de poder darme caza, se retiró á Estella, y yo me fuí á Santa Cruz de Campezu».

«Los prisioneros no sólo llegaron á Motrico con bien y fueron entregados á los ingleses, sino que de paso los batallones que los conducían rindieron á un coman-



dante y 52 soldados que componían la guarnición del mismo pueblo de Motrico, y marcharon en compañía de los prisioneros de Plasencia. A más Jáuregui tenía sitiada la guarnición francesa del puerto de Deva: de Elgoibar salieron en su socorro 400 hombres: el batallón 4.° les impidió su designio haciéndolos retroceder, y entonces se entregó la guarnición, y fué á aumentar el número de prisioneros que acababan de ser entregados á los ingleses. (1).

Acción de Sangüesa.

Por aquel tiempo ascendió Mina al empleo de brigadier, y los servicios de Cruchaga fueron recompensados con el de coronel, y por si no fueran esos servicios de uno y otro suficientes para obtener cargos que, según la duración de aquella guerra y sus más salientes hechos, aparecen justificados, pronto verían el Gobierno y el país por el órgano autorizado del general en jefe del ejército á que estaba agregada la división navarra, cuáles eran su organización, su disciplina y su valor, y cuán hábilmente era manejada por sus excelentes jefes. Nos referimos á la acción librada en Sangüesa el 11 de enero de 1812, en presencia del general Mendizábal que, al dirigirse Mina á Aragón, había creído deber presentarse en Navarra para mantener su espíritu de siempre en las tropas que habían quedado en aquel reino (2).

(1) Nos detenemos, á veces, en detalles de esa clase para dar á conocer la manera hábil con que nuestros compatriotas sabían compensar la desproporción de sus fuerzas con las de sus enemigos. Es interesantísimo el parte de Mina. (Véase el apéndice núm. 12).

Por la anterior relación puede, además, comprenderse el mérito de Mina, que así vencía á los franceses en acción campal como con sus estratagemas.

(2) Aquella nueva expedición de Mina fué tan feliz como

Al general Reille, cuando él y Severoli marcharon á reforzar el ejército de Suchet en Valencia, había substituído en el mando de Navarra el general D'Abée, que lo tomó en los primeros días de diciembre de 1811. A la conducta tan inhumana como antimilitar de Reille, había opuesto Mina la declaración de *guerra á muerte y sin cuartel, sin distinción de soldados ni jefes, incluso el Emperador de los franceses.* D'Abée no había derogado los bandos de su antecesor, pero sería también el primero en experimentar los efectos de unas represalias que allá en el fondo de su conciencia no dejaría de reconocer como muy justas. Y decimos el primero, porque, apenas supo que Mendizábal, con sólo la caballería de Longa se había internado en Navarra, creyó que no se le presentaría ocasión mejor para un gran golpe, y golpe de efecto, con que inaugurar su mando. Púsose, pues, á la cabeza de una columna, compuesta de 2.000 infantes, 80 caballos y 2 piezas de artillería, y se dirigió á Sangüesa, donde sabía se hallaba aquel general, su adversario en toda la región del Norte. Lo que ignoraba es que en aquel día, 11 de enero de 1812, se hallase allí Mina, de vuelta ya de su jornada á Zuera y Huesca. Es verdad

---

la anterior. Si la guarnición de Zuera, avisada á tiempo, logró salvarse huyendo á Zaragoza, no así la de Huesca que, fiando en su número y en lo fuerte del castillo á que se había acogido, se decidió á resistir el ataque. Mina apeló á minar la muralla, y tanto debió imponer la operación á los 300 gendarmes que guarnecían el fuerte, que capitularon con condiciones que dan á la entrega los caracteres todos de la de una gran plaza.

Los oficiales, sargentos y soldados serían prisioneros de guerra; los oficiales conservarían sus bagajes y caballos; los sargentos y soldados, sus mochilas; los sargentos, sus sables, y los heridos y enfermos serían tratados con humanidad y cuidado. Los prisioneros fueron llevados á Sangüesa.



que no había hecho más que llegar á Sangüesa la división navarra, y sin un momento de descanso, sin contener siquiera la marcha, tuvo que adelantarse al enemigo que ya creía haber sorprendido al general Mendizábal.

Mina se había adelantado aún más á reconocerlo con algunos de sus caballos; y aun no pretendiendo más que observar su número y sus primeros movimientos, al cabo entabló la escaramuza con la vanguardia francesa, á la que hizo seis muertos y cogió diez prisioneros que se llevó á Sangüesa. Y acto seguido, como que no tenía tiempo que perder, estableció su línea de batalla frente á la posición que vió andaba D'Abée ocupando. Con efecto D'Abée que, como es de suponer, seguía de cerca á los descubridores de Mina que tan rudamente le habían recibido al acercarse á Sangüesa, ocupó una altura plantando en ella los dos violentos que llevaba para con su fuego barrer la derecha del río Aragón. Mina situó en su derecha el 2.° batallón; en su izquierda los 3.° y 4.° y en el centro el 1.° con los húsares de Iberia, que eran los que con Longa habían acompañado al general Mendizábal. Este rehusó la dirección del combate, á que le instaba Mina, para dejarle, si vencía, el honor de la jornada.

Al romperse el fuego, Mina observó que mientras funcionaran los cañones franceses en la altura no obtendría él resultado alguno decisivo; y dispuso que, avivando el fuego en la izquierda y el centro para entretener el de la línea enemiga, el 2.° batallón, situado según decimos, en la derecha, asaltase la batería arma al brazo y sin perder momento. Nada logró

detener á los navarros, ni el fuego de los violentos vomitando metralla sobre ellos, ni el de las tropas francesas que los escoltaban y les servían de sostén en la altura. Las pérdidas fueron considerables; pero los cañones quedaron en poder del 2.° batallón navarro, y avanzando los demás batallones dirigidos por Cruchaga, y los jinetes de Iberia por Longa, huyeron los franceses abandonando su tren, armas, banderas, cajas y equipajes. Grande fué la mortandad, pues que pasó del de 600 el número de los imperiales muertos en el campo de batalla; siendo aquella la primera en que se llevó á ejecución el bando en que Mina había declarado la guerra á muerte y sin cuartel. También fueron muchos los heridos, incluso D'Abée, en la persecución que sufrieron los imperiales; y hubieran sido más de haber llegado á tiempo la caballería de Mina que volvía de Aragón á marchas ordinarias. Las bajas de los navarros consistieron en unas 300 entre muertos y heridos, pero haciéndose sensibles, según dice Mendizábal en su parte, «las de los capitanes D. Felipe Ochoa y D. Joaquín Berruezo, del primer batallón; los tenientes D. Manuel Jáuregui y D. Agustín Octavio, especialmente la de este último, joven bizarro, que avanzó hasta el pie del cañón enemigo, donde espiró después de lograr su presa.» (1)

---

(1) Mina cuenta que los del primer batallón ganaban la altura sin perder el paso y la serenidad; «de manera, añade, que al observar semejante marcha, el general en jefe dióme una voz, diciendo: *D. Francisco, aquella tropa se pasa á los franceses*; y con aire de enfado ocasionado por la situación: *Mi general, le contesté, mis soldados no se pasan al enemigo; ellos llevan marcado lo que deben hacer y lo ejecutarán.* Dicho esto, verlos apoderados de los violentos, maniobrar en retirada los franceses al ver tanto arrojo y valentía, y avanzar mi tropa del fren-

Tan impresionado quedó el valentísimo Mendizábal de tan importante y glorioso éxito y de la bizarría de los navarros, que decía también en su despacho de aquel mismo día á la Regencia: «De los tres jóvenes guerreros Espoz, Cruchaga y Longa debe esperar la patria días tan gloriosos, como dieron á la nación en el siglo XVI *Antonio de Leyva* y el conde *Pedro Navarro*».

Y añadía: «He mandado que mañana se cante el *Te Deum.*» Cosa que no comprenderían los imperiales sus enemigos; pero que caracterizaba aquella guerra en que se mostraban inseparables el espíritu patriótico y el religioso en los españoles.

Aquella acción valió á Mina el empleo de Mariscal de campo y á Cruchaga el de Brigadier. Pronto acreditó aquél tamaña recompensa con un escrito dirigido á su general en jefe, donde, tras consideraciones estratégicas de un orden muy elevado, extrañas, parece, á un jefe de origen tan humilde y de educación tan opuesta al ejercicio de las armas, y sin embargo, fun-

---

te y la izquierda matando y destrozando cuanto hallaba por delante, todo fué obra de un instante, y se cantó la victoria».

La derrota de los franceses en Sagüensa dió un resultado que no hubiera sido de esperar mandando Reille en Navarra. Parece que D'Abée se sorprendió de que no diera Mina cuartel á los fugitivos en aquella acción, primera que el dirigió, por ignorar, acaso, los bandos del cabecilla ó por no creerle capaz de ejecutarlos. D'Abée, resistiéndose á guerra tan cruel ó temiendo sus consecuencias, se mostró más humano que sus antecesores con los voluntarios navarros que caían prisioneros. Mina correspondió á esa conducta; y desde aquel tiempo fueron pasándosele algunos de los españoles que servían en las filas francesas, entre ellos principalmente un número considerable de catalanes, conocidos por los *Chacones* por el apellido de su jefe. Mina impidió que se les atropellase al presentarse á los navarros, con lo que consiguió también que muchos otros abandonarán al ejército francés.

dadas en las más sanas lecciones de la geografía y del arte militar, pedía la organización de una fuerza en Rioja que, formando parte de las ya existentes en Alava y Navarra y á sus órdenes todas, constituyesen un distrito dependiente, eso sí, del grandioso del 7.° ejército, pero el más importante para influir en las operaciones de los franceses entre los Pirineos Occidentales y el interior de la Península. Aquel escrito, muy nuevo y de doctrina no tratada hasta entonces en España, transmitido por el general Mendizábal, no fué tomado en consideración por el Gobierno; no fué, por lo menos, atendido ni contestado, acaso por ser fruto de un entendimiento que se consideraría no cultivado por una educación militar; pero es digno de estudio al hacerse el de la gran zona estratégica de la cuenca del Ebro desde las fuentes de este río hasta la confluencia del Aragón, donde se liga con la central en que Zaragoza y la red de comunicaciones de Navarra, Cataluña, Valencia y Madrid, han creado la base esencial de la defensa de España contra las invasiones francesas.

¿No procedería también aquel desvío en la Regencia del temor de que el cura Merino pudiera darse por ofendido al ver que se intervenía en sus operaciones y aun se le impedirían en el territorio ó en parte del que era teatro de las hasta entonces ejecutadas por él con tan rara fortuna?

Derrota de los Infernales.

A principios de marzo, época hasta la cual Mina, aquejado por una enfermedad que le imposibilitaba dirigir en persona operación alguna, hubo de satisfacerse con las que pudieran ejecutar sus subalternos, el ejército francés recibió un aumento considerable de tropas con las que Dorsenne había llevado de Castilla,



según tenemos no hace mucho recordado. Caffarelli, con eso, destácó una de sus brigadas, la del general Soulier, á los sitios mismos en que había sido derrotado D'Abée; y el 5 del mes que se acaba de citar, sorprendía Mina á Soulier harto descuidado y durmiendo en Sangüesa, seguro de que nadie se atrevería á atacar su columna, conocida por su nombre de la *Infernal*, tan infernales eran los actos por ella ejecutados en aquella guerra y tan infernal el aspecto que, de propósito, afectaban ofrecer sus soldados para hacerse temer más de los sencillos aldeanos de nuestras provincias del Norte. Atacados, primero, y sorprendidos por el cuarto batallón navarro pasando el puente, y en la orilla opuesta izquierda por las guerrillas, los franceses hubieron pronto de apelar á la retirada, emprendiéndola por la hermosa llanura que media entre aquella población y la de Sos, distante unas dos leguas próximamente. Ya en el campo Soulier; y una vez repuestas de la sorpresa sus tropas, volvió caras á las nuestras que le perseguían y, formando una gran columna con sus 1.600 infantes y 700 caballos, las atacó con la furia y la arrogancia que le inspiraban su valor innegable y su fama.

Al observar la maniobra de Soulier, Mina formó dos de sus batallones, el primero y segundo de la división, en batalla con el único cañón que llevaba en el centro de la línea; situó los húsares en la derecha, dejando el tercer batallón como en reserva por escalones, todos con la orden de no romper el fuego hasta que se hallase bien cerca el enemigo. Y, efectivamente, al ponerse los *infernales* como á dos tiros de pistola, el cañón y los batallones rompieron el fuego, «con

tal intensión», dice el parte, que sin adelantar ya un paso se dedicaron los franceses á mantener el suyo hasta que, desesperando del éxito con que contaban al emprender el ataque, se decidieron de nuevo á retirarse. Añade Mina en su parte: «Parecía haberse reunido el horror y la desolación; cinco horas le costó su marcha (al enemigo), porque mi caballería, fiel al concepto que me debe, maniobró con prontitud y oportunidad: cuatro veces se dispuso á romper la formación del enemigo, más no fué posible; mi infantería, siempre brava, le seguía á medio tiro de fusil; al fin su serenidad, valor y disciplina, salvó al enemigo en los muros de Sos entre los brazos de aquella guarnición, pero tan escarmentado, que se estremecen al sólo nombre de la división de Navarra».

En aquella memorable acción tuvimos 30 muertos, de los que tres eran oficiales, y 200 heridos, entre los cuales seis oficiales; el después celebrado general don Marcelino Oraá, uno de ellos. Los franceses vieron puede decirse que destruída su columna Infernal al perder 900 hombres, su general herido y un coronel, un teniente coronel y varios oficiales muertos (1).

Pero si admiración y grande causaron en propios y extraños las expediciones de Mina á Aragón y los dos combates, afortunadísimos también, de Sangüesa, asombro producirían, al conocer operaciones suyas su-

(1) Y dice Mina en sus Memorias: «Brillantes é imponentes figuras; de cada uno de los infernales podía hacerse un voluntario y medio de los de mi división, pero cada uno de éstos tenia de alma como una y media de los infernales, y el alma es la que vale en actos de arrojo».

No pega mal la hipérbole en los escritos de quien del manejo de la esteva pasa al de la espada con tan brillantes resultados.



cesivas, la nueva ejecutada en Arlabán, tan ejecutiva y fructuosa ó más que la anterior ya descrita, y la jornada en que, perseguido por varias columnas francesas que combinaban sus movimientos para destruir la división navarra, logró burlarlos hasta sacarla gloriosamente á salvo. Perderíamos, sin embargo, el hilo de la narración en que estamos empeñados en estos momentos, y tiempo nos queda para en el más oportuno, cronológicamente elegido, recordar hechos tan útiles para la causa nacional como gloriosos para su heroico autor.

Jáuregui y Longa.

No hace mucho, y en ocasiones también de empeño, hemos citado dos nombres, los de Jáuregui y Longa, que nos llevan, naturalmente, á narrar hazañas, si no lo transcendentales que las de Mina, no por eso menos dignas de loa y recompensa. Guipúzcoa y Vizcaya sirvieron de teatro á las operaciones de uno y otro de ambos guerrilleros que, de los oficios de pastor y herrero, pasaron, como el célebre navarro, á ejercer más tarde el de general en el ejército español; tales servicios habían prestado y tales eran las aptitudes militares de que se les consideró dotados.

Mozo todavía de muy pocos años, comenzó Jáuregui la guerra con seis compañeros, cuyo número creció con los que, naturales también de Guipúzcoa, le cedió Mina hasta formar una partida de ciento ó más que luego llegarían á constituir el primero de sus batallones. Apenas tenía veintiún años de edad, y el pastor, y luego postillón, era coronel, «en premio, dice uno de sus panegiristas, de sus victorias, de tres heridas en diferentes hechos de guerra, y de tres batallones con *tres mil plazas*, sus primeros comandantes Joaquín

Iriarte, Buenaventura de Tomasa y Miguel María de Aranguren, que á sus órdenes tenía». Puesto luego de acuerdo con Mina, jefe, como hemos visto, el más caracterizado del país vasco-navarro, y con Longa, que con tanta fortuna también operaba en Vizcaya y Alava, si en sus primeros pasos fué desatendido y aun despreciado por los franceses, no tardó en ponerlos á veces en cuidado por sus frecuentes ataques á los destacamentos y convoyes que transitaban tan frecuentemente la carretera general, principal, si no única, comunicación del Imperio con España. Ni los muchos puntos que ocupaban los franceses en la costa y en el interior de Guipúzcoa se veían libres de la vigilancia y los ataques del *Pastor;* y Urrestrilla, Villarreal, Azpeitia, Vergara y Lequeitio, Guernica, Durango, el mismo Bilbao en Vizcaya, y no pocos de los limítrofes de Navarra, fueron objeto ó teatro de reñidas acciones en que el heroico *euskara* logró escarmentar rudamente á sus enemigos. Es verdad que pronto fueron asociándosele personas de valía que le aconsejaran y ayudasen; entre ellos el después acreditadísimo general D. Bernardo Echaluce y D. Tomás Zumalacárregui, cuya historia no hay en España quien la ignore, y que entonces se constituyó en secretario y mentor de su animoso compatriota.

Ya llevamos dicho que Porlier había destinado á Renovales para organizar las varias partidas que por entonces se habían levantado en las provincias vascongadas y Santander é imprimir á sus operaciones una acción lo más acorde posible bajo la alta dirección del 7.° cuerpo de ejército. Aún más, las declaró independientes en sus movimientos por creerlos así



más eficaces en todo aquel territorio, cerca, sobre todo, de la costa, visitada frecuentemente por la escuadra inglesa de Popham, y donde ardía la guerra de guerrillas con un fuego cada día más intenso y voraz. No lo era poco en Guipúzcoa, atizado sin cesar por Jáuregui; pero en Vizcaya, si se carecía aún de una organización que hacían imposible el gran número de las partidas, sus discordias y la energía de las autoridades francesas, no se descansaba un punto en mantener entre los enemigos una alarma tan viva como constante. En una carta de Bilbao se decía el 1.º de de septiembre de 1811:... «Aquí no hay más novedad, sino que hay muchos *bandidos*; ahora están cerrando el pueblo para libertarnos de una sorpresa de esta canalla, que ya se han atrevido á llegar hasta más acá del puente nuevo, pero á pesar de esto no pensamos que se atrevan á venir aquí.» No tardaría mucho en verlos de cerca y dentro también de la misma villa que con tanto afán andaban cerrando sus nuevos amigos los franceses. Por el pronto, y para algo más adelante acometer la magna empresa de apoderarse de Bilbao, el general Renovales, con Mugártegui y Arteche, se dedicó casi exclusivamente á aumentar las fuerzas vizcaínas con los que las excitaciones y la influencia de aquellos oficiales fueron reclutando en los pueblos del Señorío, si temerosos en un principio de ser atropellados en sus casas y familia por el enemigo, decididos, por fin, á seguir los impulsos de su patriotismo. Eso y disidencias que produjo la presencia en Vizcaya de un mal oficial que Jáuregui había expulsado de Guipúzcoa por díscolo y aun por sospechado de traición, paralizaron la organización de las fuerzas

vizcaínas que al comenzar el año 1812 pudieron, como veremos luego, justificar los recelos revelados por el bilbaino, autor de la carta que acabamos de trasladar á este escrito.

Longa, sin embargo, con más fuerza y mejor organizada, no cejaba ante las superiores de los franceses, ya esperándoles en posiciones ventajosas, ya atacando los puestos en que aparecían menos apercibidos. Situado en la Peña nueva de Orduña, rechazó el ataque de una columna de 1.000 granadores y cazadores franceses, cuyos jefes, los coroneles Lecot y Combé, se habían propuesto desalojarle de una posición desde la que se les impedía el tránsito de camino tan importante como el de Bilbao y Orduña á Vitoria, Miranda y Puente Larrá. Con su fuego nutrido los de Longa y con las enormes piedras que hacían rodar desde lo alto de la montaña, consiguieron rechazar á los imperiales que con graves pérdidas y la vergüenza de su vencimiento, volvieron á refugiarse en sus fuertes de Orduña. No satisfecho con eso, Longa se dirigía á Salinas de Añana, desistiendo del ataque de la iglesia que los franceses tenian fortificada, por la aproximación de una columna de más de 2.000 enemigos, regida por el general Caffarelli en persona, preocupado con la derrota de los suyos en la Peña de Orduña y la idea de que llegara á ser asaltado el fuerte de Salinas. Nada menos que 350 entre muertos y heridos, uno de ellos el coronel Combé, resultaron ser las bajas de los franceses en aquellas dos acciones que tanto honor hicieron á Longa.

Vizcaya y Alava fueron con eso aumentando sus fuerzas y aunque sin cesar en sus discordias, multipli-



cáronse las partidas, alguna mixta de infantería y caballería mandada por los Salcedos, dos hermanos, llamados entonces los *Pintos*, uno de los que, D. Fermín, que se puso á la cabeza de los infantes, fué luego general benemérito y tan acreditado que llegó á obtener cargos de importancia en el ejército y, entre ellos, el de capitán general de las islas Canarias. Aquella partida más alavesa que vizcaína, había tenido un encuentro en Areta, no muy favorable pero honroso, sobre todo para otra del Señorío que combatió á su lado; y aunque resultaron de la refriega rivalidades que pusieron en peligro la armonía tan necesaria en tales circunstancias, pronto desaparecieron los celos de provincia y profesión que allí se habían suscitado (1).

Y no sólo volvieron á unirse vizcaínos y alaveses para una acción común en cualquiera de sus dos provincias, sino que algo más adelante fueron también los guipuzcoanos á compartir con ellos los trabajos que el fraccionamiento de nuestros voluntarios, la disparidad de hábitos, la indisciplina hasta entonces irremediable en gentes cuya organización parecía no haber

(1) Véase cómo se describe aquel encuentro, que nosotros llamaríamos escaramuza, en un manuscrito que tenemos entre otros varios. Dice así: «La partida (la vizcaína) bajó á Llodio y habiendo hallado allí á los dos hermanos Pintos que estaban con su caballería é infantería, dispusieron atacar á Fulon que se encontraba en Orozco con 40 gendarmes, y habiendo dispuesto el punto de ataque sobre el camino que sale á la venta de Areta y colocándose Fermín Salcedo con sus 250 infantes á la derecha del enemigo sobre una grande altura y á la izquierda en un pequeño cerrito 60 voluntarios de Vizcaya al mando del subteniente Olavarrieta, y la caballería en el centro en número de 70 húsares, trataba de llamar al enemigo para que cogiéndole la retaguardia la mitad de la infantería, pudiese ser cogido el enemigo entre dos fuegos, lo que no se verificó por descuido de la caballería y de los espías; antes bien, Fulon sorprendió á la avanzada de caballería, matando al mejor sol-

de establecerse nunca, y la vigilancia y la fuerza siempre superior del enemigo, resultaban tan estériles como penosos. Llegó un día, con efecto, el 14 de abril de 1812, en que creyendo los franceses poder dar un golpe decisivo á las partidas que los vizcaínos y guipuzcoanos tenían en Tartanga, salieron de Bilbao con fuerzas considerables distribuyéndolas de modo que envueltos nuestros patriotas, no quedara ninguno con vida ó en libertad.

Acción de Tartanga.

Tres eran las columnas francesas: una marchó por Arciniega en dirección de la Antigua; otra por su izquierda, fué á Orozco para coger el atajo que cae sobre la venta del Hambre, dirigida, en vista de lo montuoso é intrincado del terreno, por Fulón, el jefe de la gendarmería tan práctico en él; y la tercera por la carretera que conduce á Orduña. No contaban los franceses con hallar en aquella ciudad cuatro compañías de Jáuregui, las cuales hubieran sido, con todo, sorprendidas sin la perspicacia y serenidad de un centinela que, al echarles el *¿quién vive?* y hacerles fuego, no sólo produjo la alarma de los del Pastor sino que les impuso con su actitud. Con eso los guipuzcoanos

---

dado de los húsares que llamaban el Negro, porque habiéndole hecho frente él solo á Fulon, habiéndole faltado fuegos la carabina, cargó encima con su caballo (Fulon?), y sin dejarle echar mano al sable le hendió en la cabeza un sablazo del que cayó del caballo muerto, y habiendo huido los demás y encontrado al resto del escuadrón sin bridas, todos pudieron huir á beneficio del fuego que sostuvieron los vizcaínos. Lo mismo hizo la infantería de D. Fermín Salcedo que la caballería de su hermano, pues sin tirar un tiro se retiraron».

Mil anécdotas como esta podríamos trasladar del citado manuscrito; pero no cabiendo en este libro por su índole, nos hemos concretado á la presente para dar á conocer la clase de guerra que hacían aquellas guerrillas, las disensiones y rencillas que eran la causa principal de su debilidad y fracasos.

pudieron retirarse á Tartanga y, siempre haciendo fuego, se reunieron á los vizcaínos en la peña de Orduña, donde rechazaron á los franceses hasta que, consumidas las municiones, se retiraron á Villa-alba. Allí se hallaban los Salcedos con 700 infantes y 80 húsares; y los enemigos, á quienes se ofreció un nuevo combate con toda clase de provocaciones é insultos, creyeron deberse acoger á Orduña, dejando en uno y otro algunos muertos y llevándose muchos heridos (1).

La del puente de Bolueta.

Desde entonces, los franceses procuraron llevar fuerzas más numerosas en sus expediciones y en sus salidas de Bilbao; y los vascongados se hicieron cada día más osados y agresivos. Los pueblos se prestaban con entusiasmo á mandar su juventud á las filas, y en ellas se les daba instrucción, todo lo rápida que exigían las apremiantes circunstancias por que atravesaba la patria y á que animaba la esperanza de su liberación, tanto más pronta cuanto mayores fueran sus esfuerzos para conseguirla. En esos sentimientos también se inspiraba Mendizábal, como militar, patriota y vascongado, así es que al tener noticia de las operaciones de que acabamos de dar cuenta, envió de nuevo á su segundo el general Renovales á fin de que, fomentando la recluta de voluntarios y una vez instruídos lo posible en su depósito de Losa, procurase imprimir en Vizcaya una iniciativa bastante enérgica para distraer siquiera á los franceses de toda otra ocupación que la

---

(1) Arteche, que se distinguió en aquel trance, dice en su manuscrito: «Esta reunión fué muy alabada en aquellos tiempos por los pueblos, pues no era muy común entre los comandantes, y por lo mismo dijo uno que se podía aclamar con mucha propiedad el lema de las tres provincias *Irurac bat*.»



de aquella provincia. De ahí el ataque del 22 de junio á Bilbao (1).

Las avanzadas vizcaínas, con 20 cadetes que pidieron adelantarse con ellas, cargaron á la francesa entre el puente de Bolueta, el Morro y una ermita próxima, haciendo retirar á los franceses. El batallón á que pertenecían los granaderos y cadetes que se habían tan bizarramente batido, se hallaba formado en batalla sobre un teso de la derecha cruzado por el camino de Ollargan, resistiendo el fuego de cañón que le dirigía el enemigo desde el Morro. Los infantes alaveses de Salcedo estaban por la parte de los molinos al otro lado de la ría, y la caballería, en el camino real detrás del alto de Ollargan. Los enemigos, y en esto seguimos la relación del manuscrito citado, deseando coger la compañía de granaderos y á los cadetes, lanzaron unos 20 caballos por el camino real para flanquearlos, maniobra que habría podido ser rechazada por los húsares alaveses si hubieran obedecido la orden de Renovales; pero todo se remedió con bajar del teso en que estaba medio batallón del de Vizcaya al mando de Arteche, el cual pasó el puente formado en columna, y, á pesar de los metrallazos del enemigo, le obligó á retirar los caballos y á replegar sus guerrillas á la ermita y el Morro donde tenía su artillería. Pero en aquellos momentos supo Renovales que la guarnición francesa de Durango acudía corriendo en socorro de Bilbao, y vista la desproporción de fuerzas, se retiró, á su vez y muy despacio, á Orduña.

---

(1) Adelantamos la narración de aquellos sucesos hasta esa fecha por respetar la unidad del período en que tuvieron lugar, al que siguió el de la invasión de la división italiana procedente de Valencia.



Y todo por algún tiempo quedó tranquilo en Vizcaya.

Tampoco holgaban nuestros guerrilleros en Santander, donde la estancia del cuartel general del 7.° ejército y más todavía la ocupación, siquier efímera, de la capital por *El Marquesito,* cuyo nombre daban ya todos á Porlier en razón de su supuesto parentesco con Romana, tenía de tal manera excitados los ánimos que, más ó menos activamente, todos los montañeses ayudaban según sus fuerzas y situación á los defensores de la independencia patria.

En Santander y Asturias.

El primero entre éstos era en aquella provincia el ya coronel D. Juan López Campillo, cuyos servicios le valieron el que Renovales reforzase su partida con 800 hombres que sacó del ejército establecido, según tantas veces hemos dicho, en Potes. A tal punto se había acreditado en el santuario de la *Bien Aparecida,* en Bustablado, en San Roque, principalmente, resistiendo á Caffarelli, en los valles de Carranza y Mena y en otros ataques casi todos afortunados. A esos sucedieron en septiembre, noviembre y diciembre de 1811 los de Sopuerta, Somorrostro, Gordejuela y Zalda, escarmentando rudamente á varias columnas francesas que le perseguían sin cesar. En esos combates la partida de Campillo hizo muchas bajas á los franceses; y no sin razón terminaba su jefe la relación de los más importantes con este párrafo: «Todas las ventajas de estas acciones se deben al valor, constancia é intrepidez de la oficialidad, al orden que saben mantener, y á la disciplina y subordinación con que la tropa obedece sus órdenes, excediendo algunas veces en acometer, según se evidencia por los partes intercep-

Campillo.



tados y pérdidas del enemigo, cuya gendarmería particularmente ha quedado destruída y era la más temible.»

Porlier. Ayudaba mucho la acción incesante de Porlier, así á la de Campillo en las partes de Santander fronterizas de Vizcaya, como á las divisiones del 6.° ejército que defendían el Principado de Asturias. Después de su hazaña de Santander y valiéndose de la concentración en Torrelavega de las tropas francesas llamadas por Roguet de la línea del Deva, Porlier por aquel mismo lado logró cubrirla en Colombres, auxiliando en lo posible las operaciones de aquel ejército que así podría atender á las avenidas de León, las más recorridas por el general Bonnet en sus constantes combinaciones con Kellermann y Bessiéres primero, y con Dorsenne en la época á que nos estamos ahora refiriendo. Remontóse, pues, á la cordillera pirenáica, tan empinada por allí, á la que le siguieron los franceses de Castilla, pero no atreviéndose á atacarle desde Pola sino retirándose desde Ceceda, temerosos de un descalabro que, en tales posiciones y cubriéndolas el hábil Porlier, tendrían por probable. Tan hábil se mostró, que para llegar allí é imponerse al enemigo de esa manera, había recorrido la falda meridional del Pirineo asturiano sacando de los pueblos los mozos que les correspondía dar al ejército, librándose en Astudillo de una columna enemiga de 4.000 infantes y 1.200 caballos que, procedente de Palencia, Torquemada y Castrojeriz, trataba de envolverlo, atacando vigorosamente, aunque sin éxito, el fuerte convento de Aguilar de Campóo, por carecer de la artillería necesaria y habiendo de recurrir á un asalto infructuoso en tales condi-

ciones, y logrando, al fin, y después de un rudo combate en que hizo á los franceses 60 muertos, obligarlos á abandonar el pueblo de Saldaña y cuantos víveres tenían allí acopiados. (1).

Nueva invasión de Bonnet en Asturias.

A los pocos días se hallaba Porlier en las inmediaciones de Oviedo, que Bonnet había vuelto á ocupar después de haber obligado al general Losada á acogerse á la orilla izquierda del Narcea con todas sus fuerzas, muy inferiores en número á las francesas que le amenazaban con envolverlo desde los puertos de Pajares y de Ventana. Para aquella nueva invasión, aconsejada, ya lo hemos dicho, al tener noticia de la concentración de las tropas imperiales en Castilla, Bonnet había llevado de 12 á 14.000 hombres dejando, aún así, de 6 á 7.000 en Benavente, León, La Bañeza y Órbigo, tanto en concepto de reserva suya como para observar las avenidas del Vierzo, donde se mantenía el núcleo del 6.º ejército español. Y aun cuando el marqués de Portago, que lo mandó hasta el 14 de diciem-

(1) Al terminar el parte que contenía esas noticias y como si hiciera á Mendizábal la entrega del mando del 7.º ejército, le escribía Porlier: «Después del incesante desvelo, con que en los cinco meses que tuve el honor de mandar este exército me he dedicado á su organización y subsistencia, tengo la satisfacción de manifestar á V. E., por fruto de mis tareas, que lo he aumentado con más de 4.000 hombres, vestido la mayor parte, y almacenado en la provincia de Liébana y otros puntos, 8.000 fanegas de grano para estar á las ocurrencias del próximo invierno, (el parte es de 24 de octubre de 1811), sin que para ello hubiese recibido más de 200.000 reales de rentas, extraídos casi todos de países ocupados, y de que mandaré la competente distribución, pero no debo omitir en obsequio de la verdad que á no ser por la superior calidad de las tropas que mandaba y su distinguida oficialidad, que en medio de las privaciones que sufre, arrostró con el mayor heroismo y resignación cuantas empresas y fatigas se ofrecieron, no me podría lisonjear de estos adelantos por las muchas dificultades que fué preciso vencer.»

bre por ausencia de Abadía, se descolgó de Manzanal y Fuencebadón para estorbar á aquellas fuerzas francezas la misión que Bonnet las había impuesto, pronto tuvo que retirarse á sus anteriores posiciones, si creyendo haber conseguido su objeto, sin lograr más que una momentánea diversión sin resultados verdaderamente eficaces.

Al llegar Bonnet á Oviedo, halló la ciudad desierta y desprovista de todo, habiéndose llevado los habitantes que la habían abandonado cuantos víveres había, y las tropas las armas de toda clase y municiones que fueron transportadas á Gijón para embarcarlas, ó al campo español, por tierra, para que contribuyesen á la defensa del Narcea. No halló resistencia en Oviedo como no la había encontrado en el camino, pues si Losada tenía fortificado el puente de Fierros, el brigadier D. Manuel Trevijano, encargado de defenderlo, no lo hizo sino en cuanto, siguiendo las instrucciones de su general, diera á éste tiempo y holgura para retirarse y burlar el movimiento del coronel francés Gauthier, que, desde el puerto de Ventana, debía atacarle por la espalda. Todavía logró Gauthier alcanzar la retaguardia española en Doriga; pero, rechazado ejecutivamente, hubo de cejar y ponerse en comunicación con su general. Reunidas todas nuestras tropas el día 7 en Grado, adonde acudieron el general Bárcena, curado ya de sus heridas, y el incansable Moscoso que, teniendo noticia de la expedición de Bonnet, había volado á Oviedo, Losada dispuso la ocupación militar de la izquierda del Narcea, y tan oportunamente, que la tropa que se situó en las alturas del Fresno pudo rechazar el ataque de las avanzadas francesas, que tra-

taban de ganarlas. Bonnet hubo entonces de limitarse á mantener su comunicación con Castilla por el Puerto de Pajares, sin fuerzas suficientes para ocupar el Principado, y esperando siempre se le llamara á la otra parte del Pirineo por la marcha á Navarra y Francia de las tropas imperiales tras las jornadas infructuosas de Ciudad Rodrigo, y por el incremento que con eso habían tomado las guerrillas en derredor de Valladolid, Palencia y León. Tenía á su frente al general Losada, impidiéndole extenderse por Occidente; á Porlier por Oriente y á una legua escasa, obligándole á fortificarse más y más en Oviedo; y enfermo además, y noticioso de las novedades que se estaban introduciendo en la organización de aquellos distritos militares que iban á ponerse bajo el mando de Marmont, mostróse aquella vez sin la actividad y la energía de otros tiempos (1).

En Burgos y Rioja.

En cuanto á las partidas de guerrillas á que acabamos de referirnos, no sólo crecieron en número y fuerza, sino que su osadía llegó hasta la de atacar á las mismas tropas imperiales en su retirada á Francia, ó á reunirse en Pamplona, con las que ya se consideraban insuficientes para acabar con Mina. Habíase reunido una parte de la guardia imperial en Palencia, y otra en Valladolid, para emprender la marcha que no había de cesar hasta la frontera de Rusia; salía Dor-

(1) En una correspondencia de Oviedo se decía el 16 de diciembre: «Bonnet está muy malo de resultas de una corrida que le ha dado el famoso partidario Fonvella, quien le salió al encuentro en la Barrera. Le libró la ligereza de su caballo; pero se asegura que ha muerto un edecán, y que otro está prisionero con doce más de la escolta de Bonnet. Algunos añaden que ha tenido igual suerte Cretin, el coronel del 119.»

senne de Burgos para Navarra el 3 de diciembre, y el día anterior, el 2, caía en poder de nuestros guerrilleros la guarnición de Torquemada, pueblo, como todo el mundo sabe, entre aquellas capitales y en la carretera general que las une. Y si la columna volante del sexto ejército, que mandaba el comandante D. Fernando Miranda, empujaba á la izquierda del Orbigo á los franceses que habían quedado en la línea de aquel río, y Saornil y Príncipe, Abril y Tenderín no cesaban de hacerles prisioneros en sus cantones y marchas, el cura Merino, á las puertas de Burgos, en Villodrigo antes, y en Lerma, los sitiaba y, valiéndose de los ardides más hábiles, los atraía á sus posiciones para escarmentarlos tan ruda como cruentamente (1).

El cura Merino. En las Memorias que tantas veces hemos citado de D. Ramón Santillán, se mencionan esas acciones y otras de aquel tiempo que demuestran el estado de la guerra en el territorio en que con tales éxitos operaba

---

(1) He aquí el ardid de que el célebre cura se valió para batir á los franceses de Villodrigo que en septiembre de 1811 iban á reforzar la tropa que había dispersado en Quintana de la Puente aquel mismo día. Así lo cuenta en su parte de aquella acción: «Ya volvía toda la tropa á su anterior posición, después de haberme cerciorado de la falsedad del refuerzo, cuando nuevamente se me avisó que salía de Villodrigo una porción de infantería enemiga; y creyendo vendría á socorrer á sus compañeros, dispuse inmediatamente que se continuase el fuego al ayre, para aparentar que la primera escolta se defendía, y de este modo atraer á la segunda, mientras que vadeaba el río la caballería restante con el primer batallón de Arlanza, que se arrojó al agua, sin reparar en la profundidad ni la corriente. El enemigo aceleraba su paso, cuando avistó una columna de nuestra caballería, que con la mayor precipitación marchaba á cortarle la retirada. Entonces penetró el ardid, pero no tuvo ya otro arbitrio que acogerse á una venta nominada *del Pozo*, en donde se encerró, y se defendió hasta que nuestros soldados asaltaron la venta y le pusieron fuego, lo que dió motivo á la entrega y rendición de otro oficial y 55 soldados, habiendo quedado muertos dos de éstos.»

el cura Merino. Como actor y testigo de toda excepción, que era por su ilustración y carácter, vamos á comunicar á nuestros lectores las noticias que estampa en su interesantísimo manuscrito, que de seguro nos las han de agradecer.

«En varias acciones, dice, sostenidas en Covarrubias, Quintana de la Puente, Villodrigo, Lerma y Rávena (?), habíamos hecho más de 300 prisioneros; pero aun más que estas pérdidas molestaban á los enemigos el continuo bloqueo en que nuestras partidas de caballería mantenían á sus guarniciones. Ningún individuo de éstas podía salir á cien pasos de sus parapetos sin riesgo de ser aprehendido ó fusilado. Dos hechos sobre el que ya he referido de la muerte dada en el campo de Lerma al comandante de armas de este punto y al ayudante de campo del general Grasieu, darán idea de la precaución con que los enemigos tenían que vivir dentro de sus mismas fortificaciones. Había en Aranda un capitán de infantería que, confiado en su excelente caballo, salía en él muchos días de paseo, á pesar de las amonestaciones que le dirigían sus amigos. Súpolo un soldado nuestro que había pasado á un pueblo inmediato, de donde era natural, y se adelantó hasta ocultarse á tiro de fusil de una guardia francesa, que á la entrada de Aranda se hallaba establecida. Su buena fortuna quiso que al poco tiempo saliera por aquel punto el capitán, al cual acometió, dándole muerte bajo el tiro mismo de la guardia que no se atrevió á disparar hasta que le vió caer en tierra y á nuestro soldado huir, llevando consigo el caballo de aquél y saliendo sano y salvo de esta temeraria empresa.»

«El otro hecho tuvo mayor importancia. El capitán D. Eustaquio de San Cristóbal había sido comisionado para observar, con 30 caballos, los movimientos que se tenían de las fuerzas que, en mayor número que el ordinario, se habían reunido en Burgos (por el paso de la guardia imperial y de Dorsenne). Se acercó al hospital del Rey, y sabiendo por un paisano que en este punto estaban limpiando sus caballos los soldados de un escuadrón que allí estaba acuartelado, se arrojó sobre ellos; y aunque todos inmediatamente montaron en pelo y huyeron á escape á la ciudad, los persiguió hasta el paseo mismo de los Cubos, acuchillando en él á los que alcanzó en presencia del concurso de gentes de la población y de oficiales franceses que en aquel sitio paseaban, sin haberse apercibido del peligro hasta que se vieron envueltos por los fugitivos y los perseguidores. Déjase conocer cuál sería el espanto y la confusión que semejante sorpresa causaría; pero San Cristóbal no podía sacar mayor partido que el que ya había sacado, pues que en el momento se puso á caballo todo un regimiento, y fuéle preciso á aquél retirarse bien deprisa.»

Al poco tiempo se presentó en el campo de Merino el general Mendizábal, que se había propuesto pasar revista á nuestros patriotas de las provincias de Burgos y Soria; y tan satisfecho quedó del estado de las fuerzas del célebre cura, que mandó se procediese á la formación de nuevos batallones que constituyesen la partida en una brigada de 6.000 hombres. Se le manifestaron las dificultades que se encontrarían para eso, y entre ellas la incapacidad de Merino para el mando y dirección de tanta gente; y aunque insistió Mendizábal



en su idea, y aun dispuso se llevasen de la Coruña armamento y vestuario, el mismo cura procuró entorpecer la ejecución de tal proyecto hasta mucho más adelante, en que nuevas circunstancias la proporcionasen en mejores condiciones. ¡Modestia digna de loa en quien, por otra parte, no reconocía rival en las operaciones que constituyen el ejercicio, y casi pudiéramos decir el arte del *guerrillero* en su acepción más exacta! Porque el cura Merino, y transmitidas por su íntimo amigo y camarada el Sr. Aviraneta, que tanto figuró después al disputar al general Espartero la gloria del Convenio de Vergara, nos dejó unas como instrucciones sobre ese arte y sobre el servicio á que se dirige, tan aventurado y peligroso como fué útil y general en la guerra de la Independencia.

No parece fuera de lugar en éste el apuntar algunas de las condiciones que señalaba el célebre cura de Villoviado como necesarias en los guerrilleros, ya que se trata de una lucha en que tan airoso papel representan algunos de ellos.

Para ser buen partidario, decía Merino, se requiere:

«Estar bien constituído, gozar de buena salud y ser poco ó nada dormilón.—No desnudarse nunca, sino por vía de limpieza.—Dormir siempre en los montes y en tierra, nunca en cama.—Ser buen jinete, y estar constantemente á caballo.—Permanecer el tiempo necesario y no más al frente de su partida.—Que ésta ni nadie sepa á donde se dirige el jefe, ni su paradero.—Un buen jefe de partida debe examinar detenidamente el terreno que frecuenta, reconociendo todo el distrito de su demarcación, sus sierras, montañas, desfiladeros sendas y caminos.» «Merino, dice Aviraneta, no tolera-

ba ni permitía en su partida ningún juego de azar. Desgraciado del soldado en cuyo poder se encontrase una baraja.—Tenía odio y mala voluntad á todo borracho; decía que á ningún borracho se debía tolerar en una partida, y menos confiarle una guardia, sin correr peligro, ni fiarle la conducción de un pliego. Consiguió no tener un ébrio en su partida, ni de los mismos alemanes (desertores sin duda), que eran grandes bebedores de vino y aguardiente.—El cura Merino era *aguado*, es decir, que no probaba el vino ni licores.—Prohibió severamente las blasfemias y juramentos: era severo en esta parte, y hacía cumplir con todo rigor la ordenanza militar.»

¡Cualquiera, al leer este último párrafo, creerá que sólo era en eso severo el cruel y sanguinario sacerdote (1).

En Castilla la Nueva.

De muy distinta condición eran los dos más celebrados guerrilleros de Castilla la Nueva, D. Juan Pa-

(1) Después de otros varios detalles sobre el modo de hacerse el servicio en la partida, ni más originales ni extraordinarios que los precedentes, el señor Aviraneta nos hace el retrato de Merino. Describe su traje, tan sombrío como sus inclinaciones, y añade: «Su carácter era brusco, y nada amable ni social. No gustaba de conversación y menos de las largas. Era sumamente reservado. Se hacía respetar con su severa presencia. Con nadie gustaba familiaridad, y guardaba su lugar, por lo que era respetado de todos, pero no amado de ninguno.—En su personal era de mediana estatura, cetrino muy subido, de pocas carnes y ligero en sus movimientos; sus ojos y pelo eran negros cerdosos; tenía una vista excelente, y veía á largas distancias. Gran jinete, subía, bajaba y corría los cerros y los precipicios más peligrosos como si fuese en llano, con toda la velocidad del caballo.—Generalmente comía en pie y sin sentarse á la mesa: tomaba una taza de caldo ó comía una cazuela de sopas de ajos, un par de huevos pasados por agua, un pedazo de carne en fiambre, de que llevaba provisión, y por postre un pedacito de queso ovejuno del país y al último bebía un vaso de agua.»

larea y D. Francisco Abad, conocidos mejor entonces por el *Médico,* á quien los franceses llamaban el *humano*, y *el Chaleco,* cuyas generosidades sus mismos enemigos admiraban. De Palarea puede decirse que no salía de Madrid ni de los cantones inmediatos convoy, destacamento ni correo que no cayere en su poder si no iba escoltado por fuerzas considerables. El rey José podía verle frecuentemente desde los balcones de Palacio á las puertas de Madrid que dan al río ó junto á las tapias de la Casa de Campo ó del Pardo, esperando cualquiera presa que la imprudencia de las autoridades francesas pudiera ofrecerle. Para una cacería en Viñuelas necesitó José Napoleón hacerse acompañar de algunos batallones, pudiéramos decir de un verdadero ejército. Hubo ocasión en que á las puertas de Madrid secuestró los caballos y carruajes del Intruso. Como en Cebolla, donde derrotó al general Souvereau, matando, hiriendo y cogiendo muchos prisioneros, y en la ermita de S. Sebastián de Yunder, junto á la que hizo á los franceses 200 muertos ó heridos y 150 prisioneros, cerca de Talavera y en Yébenes, en cuantos encuentros, según hemos dicho, le proporcionaban la imprudencia ó las equivocadas noticias que se daban á los enemigos, allí aparecía el *Médico* con sus Numantinos dejándoles rotos y escarmentados para mucho tiempo. Palarea.

Por su parte Chaleco, que campeaba por la Mancha, entre Manzanares y Sierra Morena, no dejaba un momento en paz á las guarniciones de los pueblos intermedios y próximos á aquella comunicación de Madrid con Andalucía y, de consiguiente, á la de los ejércitos franceses del Centro y Mediodía. Entre sus cam-



pañas, es muy notable la de los días 15 al 18 de octubre de 1811, en que uniéndosele otras partidas también de caballería, las del cura Cañizares entre ellas, trató de sorprender el fuerte de Sta. Cruz de Mudela, y ya había comenzado á derribar el muro exterior que lo cercaba cuando tuvo noticia de la aproximación de fuerzas enemigas de infantería y caballería á cuyo encuentro salió con dos de sus escuadrones. Los franceses, que iban de socorro desde El Visillo, principiaron á retirarse á la vista de los nuestros; pero temiendo sus infantes ser alcanzados, se guarecieron primero tras de unas tapias y luego en un corral donde, después de una tenaz defensa, se rindieron. Los dragones que les acompañaban en número de 30, huyeron también, siendo alcanzados por los húsares de Chaleco que mataron á 15 de ellos y cogieron 13 heridos ó prisioneros. Vuelto al cerco del fuerte de Sta. Cruz, logró asaltar la muralla exterior, más no el recinto interior para cuya expugnación era necesario el empleo de artillería que no tenía. Esto sucedía el 15; y el 17 operaba á las puertas de Valdepeñas para que saliese su guarnición á batirle. Salió, en efecto, una parte de ella; pero ya en las afueras del pueblo y comprendiendo los franceses la estratagema, se retiraron á su fuerte aunque perdiendo mucha de su gente en las calles.

Todo le parecía poco á Chaleco que, privado de artillería, tenía que limitarse al mismo género de las operaciones que acabamos de recordar; y el 18, hallándose en el Moral de Calatrava, supo que se dirigían en su busca fuerzas considerables de las guarniciones de Infantes, Almagro y Manzanares con las que iba la partida josefina de 80 caballos, mandada



por el traidor D. Pedro Velasco, pensando sorprenderle al obscurecer de aquella noche. Y he aquí cómo Abad explicaba el encuentro en su parte del día siguiente, digno de ser transmitido por lo original de aquella brega nocturna. «Estas (sus avanzadas), dice en el más importante de los párrafos de su despacho, se replegaban á mi orden, ofreciendo la resistencia que les era posible, y dirigiéndose al punto donde me hallaba cuando llegamos á las manos con la primer columna enemiga compuesta de granaderos á caballo; sólo los sables de éstos, por la luz que reflectaban, nos informaron de quiénes eran. Divididos los enemigos en tres columnas, destinaron una á que se introduxese en el pueblo por la derecha y parte superior, saliendo de él por un sitio que llamaban calle del Arco de Almagro, y dirigiéndose, según informó la tropa del teniente coronel D. Francisco Laso que al efecto tenía situada en aquél y varios otros puntos, á tomar la retaguardia de mis columnas: lo que me obligó, por ignorar el número y operaciones del enemigo, á mandar volver caras después de haber destrozado completamente toda la dicha primer columna con la que dixe encontré, pues el polvo, la oscuridad y el terreno tan escabroso ofrecía el mayor terror y espanto; tal era, que confundidos y revueltos unos con otros, volviendo caras en retirada así ellos como yo, se vieron incorporados y en formación varios franceses en las columnas españolas, y lo mismo de éstos en las de aquéllos; hasta que el silencio de unos y la locución de otros informaron de quiénes eran. De aquí resultó que muchos que ya eran prisioneros lograron escapar y otros que en un principio conservaron la vida, la perdieron después por su

descubrimiento; la oscuridad y el terreno, vuelvo á decir, lleno todo de cuevas, zanjas, pozos y norias ocasionó, cayendo en ellas, varias desgracias; por último me ví obligado á retirarme, usando para ello de más de un camino, pues á más de lo que dexo expuesto de las tinieblas de la noche, las viñas y olivares, etc. no permitieron guardar la debida formación»... «Por último, añade, el resultado de esta acción ha sido perder el enemigo 87 hombres, siendo los 58 muertos y los restantes heridos gravemente.»

Nuestra pérdida ha consistido en 7 muertos por arma, 6 que tuvieron la desgracia de caer en las norias, donde murieron ahogados ó desnucados, 5 prisioneros y 18 caballos que al siguiente día recogieron en los olivares, con más de 40 suyos que igualmente se hallaban abandonados. (1)

Más guerrilleros. Por aquellos días otro guerrillero, D. Feliciano de la Cuesta, atacaba los destacamentos franceses en el valle del Tajo, en Malpartida, la barca de Bazagona y las cercanías de Plasencia, á la vista, puede decirse, de las divisiones del ejército de Portugal que mandaba el mariscal Marmont. Y no era Cuesta el único guerrillero, así como de segundo orden, que recorría las tierras próximas á la capital de España espiando ocasiones en que vengar los atropellos de los franceses

(1) Chaleco no se alejó del campo de la acción y al retirarse los franceses inmediatamente á Valdepeñas y Manzanares, lo hizo registrar como ellos lo habían hecho con faroles para recoger sus heridos.

Se nos figura que hay alguna exageración en el cómputo de las bajas en ambos campos; pero no será mucha cuando la *Gaceta* francesa de Madrid que estampa cuantas noticias se refieren á las guerrillas cuando son favorables á su causa, no trae ninguna sobre esa acción, que alguna importancia tendría cuando fueron á tomar parte en ella fuerzas de tantos cantones.

que lo mismo los inferían á los infelices aldeanos y menestrales que á los ricos propietarios y magnates. Sus mismos nombres revelan la condición humilde de algunos de ellos: el *Pellejero*, el *Puchas*, el *Cocinero* no dejaban por eso de ser jefes de partidas que no permitían esquilmar los pueblos de su nacimiento sin tomar sobre los franceses las represalias más terribles.

Los imperiales, á su vez, tenían jefes destinados á perseguir las partidas españolas y aun lograron formar alguna, que los nuestros llamaban de *traidores* ó *renegados*, y que como las que ya hemos citado de Porras y Velasco, echaron sobre sus nombres el borrón más oscuro y vergonzoso que pudiera cubrirlos. La *Gaceta* francesa de Madrid inserta varios partes dados por esos tristes agentes de la dominación francesa; pocos, á la verdad, en las regiones centrales de la Península, en las que regularmente el Intruso y los mariscales confiaban esa misión á jefes que ofrecieran aptitudes especiales para tal clase de guerra. (1)

Alicante y Murcia.

Tenemos que volver á Valencia y Murcia que dejamos al llamar el Duque de Ragusa al general Montbrun, rechazado, según apuntamos, al atacar la plaza de Alicante.

---

(1) Tiene gracia una nota estampada en esa *Gaceta*, la del 21 de octubre de 1811. Se dice en ella: «En efecto, la *Gaceta* de la Regencia es entre todos los periódicos de Cádiz el más despreciable, y el que más abunda de noticias falsas, tanto del extrangero como de las nacionales.» Ya se sabe cuál es la fama de toda gaceta oficial; ¿pero es que presumen de no gozar de esa reputación los redactores de la gaceta napoleónica? Si hubiesemos de dar fe á sus noticias de la persecución de los guerrilleros españoles, en la época á que nos estamos refiriendo no existiría ya ninguno, con la particularidad de que se menciona acción muy reñida en que los españoles perdieron cientos de los partidarios sin que ningún francés recibiera un *coscorrón* siquiera.

Se hace preciso registrar detenidamente la correspondencia de D. Nicolás Mahy con el gobierno de la Regencia para comprender cuánto preocupaba á aquel pundonoroso general la suerte de Cartagena y Alicante, las dos únicas plazas importantes que aún poseíamos en el litoral del Mediterráneo. Porque Denia tardó poco en caer en manos de los franceses al, tranquilo respecto á la ocupación de Valencia y de la zona toda que baña el Guadalaviar, hacer Suchet que sus tropas cruzaran el Júcar y se dilatasen hacia Murcia en presencia de las de Mahy. Este, que ya hemos dicho se había retirado á Alcoy, comprendió muy luego lo comprometido de su posición desde que supo la marcha de Montbrun que desde Albacete, donde había entrado el 6 de enero de 1812, se dirigiría naturalmente á caer sobre el flanco y aun la retaguardia del ejército español. Y aunque se hallaba avanzada por aquella parte la división del general Freyre, que desde Requena se había trasladado á Chinchilla y algunos de cuyos escuadrones, mandados por el brigadier D. Manuel Ladrón de Guevara, habían rechazado á los de Montbrun en la Gineta y junto á Albacete los días 4 y 5, Mahy dispuso el 6 que la división de caballería del general La Carrera se dirigiera en socorro de su colega, dejando cubiertos los puntos de Villena y Fuente la Higuera.

La posición de Chinchilla, como las que luego ocupó el general Freyre, era excelente bajo el punto de vista estratégico, como que en ella se verifica la bifurcación de las carreteras de Valencia y Murcia, y se ignoraba cuál de las dos tomaría el general Montbrun. A cubrirlas se dirigieron los movimientos de Freyre; y aun cuando recibió algunas órdenes contradictorias

de Mahy, que abrigaba las mismas dudas acerca del rumbo que seguiría el enemigo, mantúvose hacia Montealegre mientras se le juntaba La Carrera y recibía nuevas instrucciones de su general en jefe. Mahy, no sabiendo tampoco la suerte de Valencia, vacilaba entre cuál de los dos proyectos que abrigaba debería ejecutar, si el de volver al Júcar en observación de aquella capital, ó el de concentrar sus fuerzas para acudir á la defensa de Alicante y Cartagena, en tal estado ambas de indefensión, según él, que era de temer su pérdida si eran atacadas; pero Freyre le sacó de dudas al avisarle de la marcha de los franceses, quienes le acosaban de cerca aunque sin desatender los movimientos de La Carrera que cubría su derecha, y más inclinados, á su parecer, á dirigirse á Alicante que á Valencia. Mahy, con esos avisos y la noticia también del estado de flaqueza en que iban quedando aquellas divisiones en su marcha, por el temporal de nieves que reinaba, la falta de armamentos y la deserción favorecida por los pueblos donde los desertores encontraban familia ó simpatías, se decidió á meterse en Alicante, de donde escribía el 11 á la Regencia lamentándose del estado en que se hallaba aquel ejército y pidiendo se dejase á los generales Freyre y La Carrera la independencia necesaria para que formasen nuevos cuerpos ó se reunieran á otros ejércitos en que creyesen útil la excelente caballería que mandaban. (1) Freyre, retirándose

(1) He ahí cómo se expresa en uno de los párrafos de sus comunicaciones.

«Las divisiones que componen el resto de las tropas que defendían el día 26 exteriormente á Valencia, se han reducido á la menor expresión, por la idea de que las traigo á encerrarse en las plazas, á la vista de la mala suerte que han tenido todas

á la vista siempre del enemigo, se estableció, por fin, en Monforte junto Alicante, pidiendo no entrar en esta plaza donde su caballería sólo serviría de embarazo; y La Carrera, hallándose amenazado por Montbrun de un lado y de Suchet por otro, fué á situarse en San Vicente, más cerca todavía que Freyre.

Situación e Alicante. Se veía llegar al enemigo decidido ya á intentar la ocupación de Alicante, y era necesario poner esta plaza en estado de resistir su ataque, para lo que Mahy pensó más en desembarazarla del excesivo personal allí aglomerado, lo mismo de generales y oficiales sin destino en el ejército que de tropas que fuera podrían prestar mayores servicios.

Dispuso, pues, que dejando en la plaza el regimiento de la Corona y los batallones de Alcázar de San Juan, Tiradores de Cádiz y Burgos, así como los restos de la división de infantería de Freyre, la de Villacampa con toda la caballería de los 2.°, 3.°, 4.° ejércitos y la expedicionaria con dos piezas, además, de artillería, se mantuvieran con los generales Freyre y La Carrera en Elche «á fin de flanquear é imponer al enemigo en caso de que se presentara con corta fuerza delante de Alicante» (1).

---

las que se han defendido hasta ahora, por no tener ejércitos exteriores que las sostengan y socorran; y porque temen los soldados ser embarcados y transportados á países lexanos de sus casas; y por lo tanto, la deserción á país ya ocupado por los enemigos ó con el objeto de pasarse á las guerrillas, es indecible y de consiguiente los exércitos se ven disminuídos de un modo escandaloso é irremediable.» Dice en otro párrafo que en la última marcha desde los cantones de Alcoy, su ejército había disminuído en cerca de la mitad.

(1) Además de dar pasaporte á cuantos deseaban salir de Alicante, civiles ó militares sin destino, lo facilitó para Mallorca á los individuos de todas clases de Guardias Españolas y Walonas en que había muy corto número que no estuviera in-

Por lo que á esta plaza se refiere, escribía Mahy á la Regencia: «Todo falta, Serenísimo señor, como si se hubiese creído imposible que llegase á verse en este estado Alicante; una confianza insensata ha aletargado á las autoridades que han debido prever que podría llegar un día como el de hoy, y de consiguiente todo está desprevisto y en mal estado de defensa». Y solicitaba del Gobierno lo que éste no podría darle, oportunamente al menos, víveres y barcos. Ya que le sobraba gente, pues que se hallaba en la plaza, además de la expresada del ejército de su mando, la división que había llevado de Mallorca el general Felipe Keating Roche (1) que pocos días después, en 1.° de febrero, sería la 3.ª de las suyas, lo que necesitaba era los medios de mantenerla, no fuera á sucumbir á la misma orilla del mar, libre y todo, por falta de socorros. No hubiera sido de temer eso, de haberse accedido en un principio á la pretensión de Roche que recomendaba el envío de 5.000 ingleses para la defensa de Alicante, aunque, al ver sin duda entrar en la plaza tantas tropas españolas y su actitud patriótica, manifestase su confianza en

---

útil para el servicio de armas, y envió á Mahón un batallón de Walonas, compuesto de pasados y prisioneros, que no quería tener en la plaza el Gobernador ni los admitía entre sus tropas el general inglés Roche por considerarlos perjudiciales en ellas.

Quedaron, pues, en Alicante, y así lo pone de manifiesto la orden general del 16 de enero dictada por Mahy y cuyo original tenemos á la vista, los batallones de la Corona, Alcázar de San Juan, Canarias, Chinchilla, Voluntarios de Alicante y Voluntarios de Aragón. Los reformados fueron dirigidos á distintos puntos no lejanos para completarse con quintos y dispersos.

(1) Keating Roche era un teniente coronel inglés á quien Lord Wellington había recomendado como á Carrol y á Whittingam, de quienes no tardaremos en tratar, para el reclutamiento y mando de fuerzas españolas, en las que muy luego el último tomó el rango de General.

ellas si se le mandaban las provisiones necesarias. Pero Lord Wellington no participaba de la opinión primeramente expresada por Roche, y escribía á su hermano el embajador inglés en Cádiz: «En cuanto á Alicante, Roche se contradice á sí mismo en su carta. Dice que un gobernador inglés con 5.000 hombres de tropas inglesas puede salvar aquella plaza; y en otra parte dice que él y sus tropas pueden salvarla en tanto que se le auxilie con provisiones. Ruego que se le coja la palabra. Enviarle provisiones y dejar á su cargo la defensa de Alicante.»

Pero ya no se trataba de una guarnición inglesa ni de que Roche gobernara la plaza de Alicante, que tenía su jefe, como era natural, español, el general D. Antonio de la Cruz, y sobre uno y otro en sus respectivos mandos, la autoridad superior del general Mahy, que lo era en jefe del 3.er ejército y de los cuerpos que el 26 de diciembre se habían salvado, así de aquella derrota como de seguir en su mala suerte á sus compañeros de armas encerrados en Valencia. Ni tiempo tampoco había para que llegaran los recursos pedidos al Gobierno, teniendo ya tan próximo á Montbrun y cerca también las tropas enviadas por Suchet, tanto para ponerse en comunicación con las del ejército de Portugal como para ir despejando la costa hasta Denia, donde sabía el Mariscal existía un material considerable de artillería. En ese avance, el ejército de Aragón comunicaría también por su derecha con el del Centro, arrojando de aquella línea á los escuadrones de La Carrera. Así, en los días á que nos estamos refiriendo, Suchet establecía la división Habert en Gandía, á la izquierda de la de Harispe, más encumbrada en el valle del Júcar,

Pérdida de Denia.

haciendo frente ambas al ejército español, aunque temiendo avanzar demasiado por un país infestado por la fiebre amarilla y cuyo mapa se había hecho entregar por D. Carlos O'Donnell. Habert no tardó, empero, en recibir la orden de adelantarse á Denia, que efectivamente ocupó el 19 de enero sin oposición, á pesar de que las fortificaciones de la población, pero especialmente el castillo, demostrarían un año después que con presidio suficiente y un gobernador celoso y decidido cabía defenderlos largo tiempo.

No se hizo así en aquella ocasión, culpando unos al gobernador y otros á Mahy por no haber metido en el castillo fuerza suficiente con que pudiera resistir el ataque de los franceses, quienes así se apoderaron de más de 60 piezas de artillería y gran número de barcos surtos en el puerto. Y era que faltaría la fuerza material, pero faltaba también la moral que pudiera compensarla, y así como los mismos habitantes del país fomentaban la deserción de nuestros soldados llamándolos al seno de sus familias, según hemos tenido motivo para denunciar, las autoridades, igualmente influídas por el ambiente de miedo que reinaba en aquella comarca con las derrotas acabadas de sufrir, más obedecían á ese influjo que á su propia conciencia. «Denia, dice Schépeler, fué abandonada sin disparar un tiro. ¡La gloria también cambia de expresión! En la guerra de Sucesión, Játiva se sacrificó, hasta ser destruída, al príncipe á quien había jurado en un principio: los actuales habitantes enviaron diputados al encuentro de los franceses y reconocieron á José Napoleón con aclamaciones quizás en parte fingidas. Otro tanto sucedió en varios pueblos.....»



Y lo que el historiador alemán, como testigo de vista, afirma del cambio verificado en los valencianos pasando rápidamente de los excesos del patriotismo, bien probado por cierto hasta entonces, al lado opuesto al aclamar al rey intruso, lo denunciaron antes nuestros generales al ver el abandono en que se dejaba á sus tropas, hambrientas, descalzas y marchando de día y de noche azotadas por los más furiosos temporales de lluvia y nieve. (1)

No eran Montbrun y los generales de Suchet los únicos que amenazaban acabar con el ejército español

(1) Doloroso es demostrar con pruebas ese cambio; pero ¿cómo explicar sucesos de otro modo incomprensibles? En una comunicación del general Mahy á la Regencia confirmando otras de Freyre y de varios jefes de columnas, más acusadoras aún, puede leerse con verdadera pena: «Apenas hay casa en esta huerta donde los franceses no hayan encontrado caudales escondidos; esto es de pública notoriedad. En Valencia estaba la tropa sin pagar ni comer, y la primera bomba que cayó en el palacio arzobispal descubrió 30.000 duros y 5.000 fanegas de trigo; y lo poco que contribuyó el pueblo á su defensa se subsanó con 4 millares de reales que aprontaron á las primeras tropas francesas que entraron; y seguramente serán tratadas con tanto luxo como miseria han experimentado las españolas. En Concentaina hubo de haber un alboroto por una cuneta de vino que quitó un soldado, si no hubiese yo pasado en aquel momento y compuéstolo con el juez. En Onteniente hubo fuego entre tropa y paisanos por algún bagaje que se pedía; y ningún albergue se daba al soldado español y ahora están tratados los franceses con esplendidez. En Alcoy, para haber de juntar 8.000 varas de paño y 6.000 duros para forros y hechuras de lo más indispensable para cubrir las carnes á los oficiales y soldados, me costo una porción de días y contestaciones y he debido dar muchas gracias, y los enemigos han hecho pedidos exorbitantes y será todo aprontado porque lo hay. El Arzobispo salió de Valencia mucho tiempo ha para verse libre de peticiones, y ha permanecido en Gandía hasta dar tiempo á ser como obligado á regresar á Valencia por la tropa francesa, siendo así que ha tenido más de veinte días para evadirse, y lo que antes era pobreza, ahora será generosidad.»

No acabaríamos si hubiésemos de publicar pruebas como esas del espíritu de quienes antes las habían dado tan gallardas de patriotismo.



de Valencia; que por la parte de Murcia asomaban también fuerzas considerables con que había salido de Granada el general Soult, hermano del mucho más célebre Mariscal Duque de Dalmacia. Montbrun, sin embargo, más activo sin duda ó más codicioso del botín que á todos ofrecía un país cuya fama de riqueza era universal desde tiempos remotísimos, era el que amagaba de más cerca y sería el primero en intentar el ataque de Alicante.

Montbrun ataca á Alicante.

Y, con efecto, el 16 de aquel mes de enero y á la vez que algunos de sus escuadrones echaban á los de Freyre de Elche, Montbrun intentaba un golpe de mano sobre Alicante creyendo que eso bastaba para que se le rindiera la guarnición. No faltó, por supuesto, la intimación de costumbre á la que contestó el gobernador con el siguiente mensaje, acerbamente criticado por los periódicos de Cádiz: «No puede ocultarse á V. E. que esta plaza se halla en estado de resistir un largo y costoso asedio, y debo asegurarle que haré todos los sacrificios posibles para conservarla.» «Cualquiera que sea su resultado, siempre seré con la mayor consideración de V. E. atento servidor.—Alicante 16 de enero ect.» (1). Es tanto más extraño ese mensaje cuanto que en la plaza había, además de Mahy, general en jefe del ejército á que pertenecían las tropas de la guarnición, sus jefes de Estado Mayor O'Donnell y Potous y los brigadieres Fernández y Creagh, el capitán general Conde de Colomera, el teniente general Arei-

(1) Ya hemos dicho que esta contestación fué acerbamente criticada, comparándola con la dada por los Copons, los Alvarez, Herrastis y Palafox, y aun suponiendo que al publicarla, se había suprimido la frase *con que le saluda cordialmente, etc.*, estampada en el original.

zaga y otros jefes residentes en Alicante, unos y otros soldados acreditadísimos por su valor y energía (1). Pero, de todos modos, si en su forma no, en su sentido opuesto á las pretensiones de Montbrun, la respuesta del gobernador produjo su efecto, pues que el general francés, después de algunas escaramuzas amenazando el fuerte de San Fernando y el arrabal que media entre él y el Castillo de Santa Bárbara, y de lanzar algunas granadas al casco de la población, contestadas con proyectiles que causaron daño en los jinetes imperiables, se volvió por los mismos rumbos que le habían conducido á Alicante. Partió para reunirse de nuevo á Marmont, que le instaba para su vuelta al saber la pérdida de Ciudad-Rodrigo; pero exigiendo sumas exorbitantes á los pueblos del tránsito y llevándose en rehenes á las personas más notables de los que no podían satisfacer por completo sus codiciosas exigencias.

Más que á nadie hizo daño á Montbrun, y por encima de eso á la causa francesa, la correría, pudiéramos decir salvaje, que ejecutó en tan largo camino, y su fracaso en Alicante, que debió, él el primero, prever no llevando material propio para la conquista de una plaza de guerra, siquier de ínfimo orden, pero

---

(1). Esos generales y jefes habían formado la junta reunida el día 14 en el alojamiento de Colomera, para contestar el oficio del general Blake sobre el canje de prisioneros, á que llevamos hecha referencia al tratar de la capitulación de Valencia.

Schepeler, que se encontraba allí como uno de los oficiales comisionados para presentar á Mahy la capitulación de Valencia y exigir el canje de los prisioneros, aunque con nombre supuesto y corriendo la aventura de que dimos cuenta en su lugar, quiere suponer que hubo en algunos de los defensores de Alicante, en Cruz principalmente, indicios de inclinarse á capitular; pero no existe prueba ninguna de suposición que nos parece tan gratuita como vergonzosa para aquellos generales.



ocupada por españoles que debía saber, hasta por propia experiencia, que habían defendido con heroísmo incomparable las hasta entonces guarnecidas por ellos. Oigamos sobre eso una opinion que á nadie ha de parecer sospechosa. «Aquella punta intempestiva, se dice en *Victorias, Conquistas, etc.*, sobre Alicante debe ser considerada como una gran falta en todos conceptos: además de que dejó desguarnecida en un espacio considerable sin motivo urgente, la línea ocupada por el ejército del duque de Ragusa, tuvo el inconveniente de dar á conocer y á que recordasen luego una comarca rica y nueva á tropas que volvieron á país casi exhausto de todo recurso, arruinado, como estaba, desde el principio de la guerra. Debemos decirlo con toda la franqueza de historiadores imparciales: la columna del general Montbrun cometió, tanto en Villena como en todos los pueblos del camino de Alicante, muchos excesos y desórdenes graves. La indisciplina de aquellas tropas disgustó en extremo á los habitantes del país y fué quizás causa de que la ciudad de Alicante cerrara después sus puertas al ejército de Aragón. Los rápidos éxitos del mariscal Suchet, y más todavía la excelente conducta de sus soldados, le habían proporcionado muchos prosélitos, y aun se había suscitado alguna vez en aquella ciudad (Alicante) la idea de someterse ó de defenderse. La tentativa del general Montbrun, señalada por el pillaje, las exacciones y la devastación del territorio que había atravesado, cambió de una manera notable las buenas disposiciones de los habitantes respecto á los franceses.»

Alicante desde entonces y Cartagena lo mismo podían darse por libres de nuevas invasiones, más



todavía que por el escarmiento de Montbrun, por la situación que crearon al ejército francés en toda la Península los proyectos de Napoleón y la toma luego de Badajoz por nuestros aliados. Contrayendo nuestras observaciones al ejército de Suchet, no era ya lo numeroso de días antes; faltaban los polacos, llamados á Francia para la proyectada invasión de Rusia; las dos divisiones del general Reille habían sido destinadas al bajo Ebro para luego, remontándolo, dirigirse al alto Aragón y Navarra en ayuda de Caffarelli, á las manos sin cesar con Mendizábal, el Empecinado y Mina; Palombini fué también enviado á Aragón con el encargo de empujar hacia Castilla todas las fuerzas insurrectas que con Montijo, Bassecourt y luego con Villacampa amenazaban entrar de nuevo en Calatayud y seguir á La Almunia y Zaragoza. Sólo el prestigio de las armas imperiales después de la toma de Sagunto y Valencia, y la poca voluntad ó el miedo, ya que no otra cosa, de aquellos pueblos, podían asegurar la dominación francesa en ellos. Comprendíalo así el mariscal Suchet; y se redujo á administrar su nueva conquista y negociar en París la manera de no depender en eso ni en las operaciones á que pudiera dar motivo la guerra del mando del Rey José, investido hacía poco del de las tropas todas de la península.

Desastre de Murcia.

De modo que el general Mahy, disgustado y todo y pidiendo todos los días se le descargara de la responsabilidad de un cargo en que tantas contrariedades hallaba, podía, una vez salvada Alicante, gozar de cierta tranquilidad por el lado de Valencia. No así por el de Murcia, donde se esperaba de un día para otro la presencia de las tropas francesas salidas con el gene-

ral Soult de Granada. El 25 se tuvo noticia de que los franceses, desde Totana, se habían adelantado á Murcia y exigido una fuerte contribución, de la que al amanecer del día siguiente se supo habían cobrado una pequeña parte, amenazando, al marcharse, volver el 26 con su general para exigirla íntegra. El general La Carrera, destacado de Elche para observar á Soult y atacarle si hallaba ocasión favorable, creyó poderlo hacer aquella misma mañana y desde la unión de los caminos de Churra y Espinardo, á menos de media legua de Murcia, donde reunió sus escuadrones, dispuso la entrada en aquella ciudad, en la que efectivamente se encontraba el general enemigo, poco ó nada satisfecho del mezquino botín recogido el día anterior por su vanguardia. Para eso, mandó que el coronel D. Eugenio María Yebra, con sus cazadores de Valencia y otro escuadrón, entrase en Murcia por la avenida de Churra, arrollando cuantos enemigos hallase y citándole para el Arenal, plaza que constituye uno de los paseos más hermosos de la ciudad. Y encargando al brigadier Rich, jefe de la caballería del cuerpo expedicionario, le siguiese á alguna distancia, aunque siempre á la vista para evitar cualquier desorden si los enemigos le cargaban, acometió la entrada en Murcia arrollando la gran guardia que tenían ante la puerta de Castilla. Pero dejemos la descripción del combate que sucedió á aquel ataque, calificado por algunos de temerario, sin serlo, al coronel D. Santiago Wall, jefe de Estado Mayor de La Carrera y que le acompañaba en él. (1)

(1) Escribía Mahy á un su amigo: «No sé si yo estaré equivocado, pero me parece haber oido que antes de emprender la



Muerte de La Carrera.

«.....En la Huerta de las Bombas, dice en su parte, había una Gran guardia de doce caballos que hizo algún fuego; pero habiéndose puesto la columna al trote, se retiró: cicuenta caballos más salían á sostener la Gran guardia; pero el General mandó cargarlos, lo que hice yo con parte de los Escuadrones de Dragones de la Reyna, habiendo logrado hacerlos retirar precipitadamente por las calles de la ciudad hasta hacerlos pasar el puente que hay sobre el río Segura: á la orilla opuesta estaban formados como en fuerza de dos escuadrones; por el Arenal con dirección al Puente venían como unos 80 caballos enemigos, los que al verme se dirigieron á cargarme al mismo tiempo que los que habían pasado el Puente lo repasaban, de suerte que me ví cargado por el frente y flanco y precisado á retirarme sobre la columna que el General Carrera dirigía por las mismas calles que yo había entrado: efectivamente el General se adelantó con el Escuadrón de Pavía á cargar á los enemigos, pero éstos, dando la vuelta por otras calles, lograron envolverlo y consiguieron al fin, introduciéndose en la columna, causar la mayor confusión, pues mezclados ninguno sabía adonde dirigirse sin saber las calles, aumentándose el desorden el que por todas partes aparecían partidas enemigas; al fin vatidos todos, trataron de di-

acción llamó La Carrera á los Jefes y que proponiendo su idea se le dijo que la empresa encerraba en sí temeridad, apoyando esta razón, acaso, en reflexiones justas, y que contestó: *pues moriremos temerariamente*; y si hubiese sido así, la acción sería mirada por temeraria por más que se merezca el difunto los epítetos de valor heroico, etc.»

Pues nosotros no la tenemos por temeraria al contar las fuerzas de los contendientes; lo que hay es que La Carrera no fué secundado por las de su mando, como va á verse.

rigirse por las calles por donde se había entrado al camino de Espinardo, en donde el General había dispuesto permaneciese la División Expedicionaria. El General fué víctima en esta acción de su valor, pues defendiéndose murió vendiendo su vida bien cara, sin haber querido rendirse.» (1)

Yebra entró en Murcia como se le había mandado después de arrollar los puestos avanzados que halló en su camino y entró «á galope, tocando á degüello y la tropa toda, como dijo en su parte, inclusos en primer lugar todos los señores oficiales, con el mayor arrojo». Pero al llegar á una plaza, varias de sus guerrillas fueron á su vez arrolladas por el enemigo y, al replegarse ellas y el cuerpo y al retirarse por el puente levadizo de un pequeño baluarte, fué acuchillada su retaguardia á punto de que el mismo Yebra, á quien le mataron el caballo, tuvo que huir á pie hasta Espinardo.

La Carrera, después de la carga en que rechazó á los jinetes franceses que atacaron á los de Wall de frente y por uno de sus flancos, siguió con todas las fuerzas que llevaba correspondientes á la 2.ª división del 3.er ejército que mandaba el Duque de Frías, quien por su lado, describe así la parte que tomó en aquel trance. «Al mismo aire (á gran trote), dice, entramos

(1) «El Periódico Militar del Estado Mayor General» que se publicó los seis primeros meses de 1812, insertó este parte y los del Brigadier Rich y del Duque de Frías, jefe de la 2.ª división del 3.er Ejército, pero variando algunos de sus conceptos para, sin duda, no herir susceptibilidades de los individuos ó cuerpos de los que tomaron parte en aquella desdichada acción. Nosotros hemos dejado íntegra la redacción de los partes originales, escritos los días siguientes al 26 de enero, día del desastre.

en Murcia hasta llegar á la primer plazuela que se encuentra entrando por la puerta de Castilla en la que el general, por haber dicho algunos paisanos venían los franceses por la calle paralela de la izquierda, mandó formar á esta mano en batalla. A poco tiempo, viendo era incierto, dió la voz de romper á la derecha en columna y volver al trote, lo que se verificó hasta la plaza que llaman de Santa Catalina. Llegada allí la columna, tuvo ésta dos direcciones, pues la cabeza se hallaba con el frente á la calle que de la Platería viene á dicha plaza. Nuestros tiradores cargados fuertemente venían ya por la salida de la Platería, y mezclados con los enemigos se arrojaron sobre nosotros: titubeó en esta confusión la tropa, y en fuerza de la mezcla volvió hasta salir á gran rienda por los sitios por donde habíamos entrado. El desorden que siempre es propio de estos lances no se remedió hasta más allá de *Espinardo*, donde reuniendo las tropas seguí sobre Molina, y dudando la suerte del General, que al lado opuesto de donde yo me hallaba en la plazuela de Santa Catalina había visto, y por algunas voces sobre ser prisionero, envié al Porta don Gabriel del Cristo para que pidiese á V. S. (á Rich) órdenes, pues me dijeron se hallaba sobre Espinardo formado con su división.»

Como puede fácilmente observarse, el general La Carrera fué abandonado por los suyos que, arrollados por los jinetes franceses, no pensaron sino en salvarse.

Soult, con efecto, había entrado en Murcia por la mañana del 26 en busca del resto de la contribución que no habían hecho efectiva en su totalidad los que había él enviado á imponerla el día anterior; y se

hallaba comiendo en el palacio episcopal cuando la voz de que los españoles habían entrado en la ciudad le hicieron levantarse tan precipitadamente y correr á las armas, que hubo de rodar varios tramos de la escalera y lastimarse en su caída á punto de tardar algunos minutos en montar á caballo.

Pero, aun así, fuese por ignorancia de las calles ó por no haber secundado bien las órdenes ó instrucciones que había dado á sus oficiales, el general La Carrera no logró sorprender, cual era su intento, á Soult que, como se ha visto, tenía bien montado el servicio de vigilancia fuera y dentro de la ciudad. Atacado luego en la plaza de Santa Catalina por varias partidas que, sin duda, estaban ó fueron mejor guiadas, y envuelta por ellos su tropa, se vió á las manos casi solo con muchos de sus enemigos que, no pudiendo vencerle ni menos obligarle á rendirse, herido y todo, hubieron de derribarle á tiros, cuando tenía á sus pies varios de ellos destrozados por su sable. (1)

Los escuadrones de Yebra y Wall se acogieron á la división de Rich que los obligó á formar á retaguardia de los suyos para que no introdujesen en ellos el desorden en que iban y el pánico de que eran presa, mientras los del duque de Frías se alejaban por Molina y Abanilla para luego dirigirse á Albatera y más tarde

(1) Dice Schépeler: «El enemigo, reunido en número superior, rechazó á los bravos, y Carrera se vió rodeado por 6 franceses en la calle de Vidrieros. Su brazo derribó á dos; el heroismo de su noble corazón no le consentía ni aun el pensamiento de salvar su vida entregando su fiel espada al enemigo; y un tiro le alcanzó á dar cerca de la plaza en la calle de San Nicolás. Todavía combatió hasta su muerte, en cuyos brazos cayó como un caballero.»

Rich decía en su parte haber sabido que fueron 8 los que rodearon á La Carrera y 4 los que éste mató.



juntarse todos al general Freyre en Elche. La pérdida, después de todo y para demostración de cuán flaca fué la conducta de nuestros jinetes en aquel mismo día, consistió en 2 oficiales y 9 individuos de tropa muertos y 4 de los últimos heridos, amén de 4 prisioneros de los que un solo oficial. La pérdida grande, la irreparable, fué la del general D. Martín de La Carrera, cuya memoria durará en nuestra patria todo el tiempo que las generaciones presentes y futuras conserven el espíritu en que siempre han sabido inspirarse en admiración al valor y al patriotismo sublimes que distinguieron á tan heroico y preclaro español. (1)

Al retirarse de Murcia el general Soult, que lo hizo inmediatamente, pero después de haber entregado la ciudad al saqueo y á los atropellos y violencias más salvajes y repugnantes, las autoridades españolas dieron sepultura al insigne general, y ofreciendo los habitantes elevar un monumento que perpetuase su me-

---

(1) D. Martín de La Carrera en 1808 era coronel ayudante de detall é instrucción de Guardias de Corps y fué enviado á la división del Marqués de la Romana, entonces en Dinamarca según dijimos en su lugar, murmurándose que por haber provocado celos á Godoy.

Por más investigaciones que hemos hecho en el Ministerio de la Guerra y en los archivos de la Dirección de Caballería en Madrid y Alcalá de Henares, no nos ha sido posible fijar ni el sitio ni la fecha de su nacimiento. Entre los gallegos pasa como incuestionable que era natural de su reino; pero existe en nuestro poder un retrato del héroe, bien dibujado y perfectamente grabado, que lo representa con el sable en la mano y en actitud de herir, á cuyo pie se lee: «El Mariscal de Campo D. Martín de La Carrera, natural de la Ciudad de Málaga, se dedicó desde su infancia á la gloriosa profesión de las armas. Siendo Capitán en la guerra anterior contra la Francia, atravesó su pecho un balazo y fué tenido como muerto; pero la suerte le guardaba para época más gloriosa; contribuyó á la salvación de las tropas del Norte, se distinguió en todas las acciones, y en la última después de haberse batido solo en Murcia con los Dragones, al espirar fué su última palabra viva Fernando VII.»

moria; y cuando el general Mahy, que no cesaba de pedir el relevo en todas sus comunicaciones á la Regencia, fué substituído en el mando de aquellos ejércitos por D. José O'Donnell, su jefe de Estado Mayor antes, celebró éste en la Catedral honras solemnes, después de las cuales se trasladó con el mismo Mahy, Freyre y algunos oficiales ingleses, invitados al efecto, á la calle de San Nicolás, llamada desde aquel día de *La Carrera*. Allí el general O'Donnell colocó la primera piedra del cenotafio proyectado, dirigió á los circunstantes una tan entusiasta como enérgica y patriótica alocución, y desenvainando la espada la tocó en la sangre, puede decirse que todavía fresca, del que en aquel sitio la había tan abundantemente vertido por la patria, acto que imitaron cuantos lo presenciaron llenos de la más profunda emoción.

Sitio de Badajoz.

Ya sabemos que Lord Wellington había emprendido el 5 de marzo de 1812 la marcha de Ciudad Rodrigo á Elvas, resuelto á sitiar la plaza de Badajoz sin ceder en su empeño hasta conquistarla. Emprendióla, con efecto, después de recomendar á los generales Bacellar y Trant que procurasen á Castaños toda clase de facilidades para trasladarse á Galicia por Lamego y Oporto, teniendo para con él *cuantas atenciones merecía por los importantes servicios que había prestado á la causa de los gobiernos aliados*, y de mandar al superintendente de transportes por el Duero que ayudase á D. Pablo Caballero á la compra en Oporto de las harinas necesarias para las tropas españolas y á su embarque en aquel río hasta donde era navegable.

El día 6 pernoctaba en Sabugal, el 8 en Castello-Branco, en Portalegre el 10, y el 12, un día después



de su llegada, escribía al conde de Liverpool desde Elvas que había hablado con Beresford y hablaría con Graham sobre las granadas Shrapnell, á las que atribuía el Lord gran efecto, por más que últimamente hubiera visto combatida su opinión. Y entraba en una larga disertación, autorizada por otros jefes del ejército, sobre los efectos poco mortíferos de sus balas y sobre las desviaciones de los proyectiles en que van encerradas. Indicaba, además, en aquel despacho la dificultad de ponerse de acuerdo con el gobierno español para las operaciones futuras y para una convención militar, no útil mientras los ejércitos españoles no tuvieran el número, el armamento y los equipos necesarios para que pudieran contribuir al objeto común de la guerra.

El 13, por fin, enterado sin duda del estado en que se hallaba ya su campo, escribía á aquel mismo ministro: «Encuentro todo de tal manera preparado para el sitio de Badajoz que me propongo *embestir* la plaza el 16, á pesar de que no han llegado todavía las provisiones todas necesarias para el sitio.» Y, en efecto, hacia las nueve de la mañana de aquel día, asomaba el ejército aliado por el camino de Elvas; á mediodía, una fuerza de 3.000 hombres, poco más ó menos, campaba junto al Caya; y algo después desfilaba en la izquierda del Guadiana por detrás del cerro del Viento y hasta el camino de la Albuhera otra de unos 6.000 hombres con su artillería correspondiente de campaña. Eran éstos de la 3.ª y 4.ª divisiones aliadas que pasaron el Guadiana por un puente de pontones echado á menos de dos leguas agua abajo de Badajoz, sin oposición alguna de los franceses que se satis-

ficieron con hacerlas observar por un destacamento de 170 infantes y 25 caballos, que regía el general Veiland.

Aún quedaba libre el camino de Mérida, y por él salió aquella noche de la plaza una multitud de gentes, viejos, mujeres y niños, que dejaron reducida la población civil á unos 4 ó 5.000 habitantes que, por confiados ó pobres, se negaron á abandonar su ciudad natal. Y ya era tiempo, porque en la mañana siguiente, la del 17, estaba la plaza de Badajoz completamente bloqueada, y reconocida en todo su recinto por varios oficiales ingleses, sin oposición tampoco de sus defensores.

Las fortificaciones.

Algunas diferencias encontrarían esos ingenieros en el estado de las fortificaciones de la plaza respecto al en que las habían visto en los dos fracasos experimentados por el ejército anglo-portugués el año anterior.

Aleccionados en aquellos dos sitios, los franceses habían procurado evitar los peligros á que se vieron expuestos, en el último especialmente; y los fuertes de la derecha del Guadiana habían recibido importantes modificaciones. El de San Cristóbal vió sus brechas reparadas, sus fosos profundizados considerablemente, las contraescarpas revestidas de mampostería y los *glacis* elevados hasta cubrir las escarpas, expuestas antes al fuego de la artillería hasta su pie. Se construyeron, además, en el interior un almacén de pólvora y una cisterna abovedados, otro almacén y un pequeño alojamiento. Pero la obra que haría más difícil y largo el ataque de San Cristóbal, era una luneta que se había construído en el emplazamiento mismo de la

batería levantada por los ingleses durante el sitio anterior para batir en brecha aquel fuerte. Esa obra, que recibió el nombre de Luneta de *Verle* en memoria del general francés muerto en la Albuhera, contenía un polvorín y un cuartelillo blindados en un través en capital; los fosos abiertos en la roca, tenían cuatro metros y medio de profundidad, y la gola, bien aspillerada, la ponía á cubierto de un ataque á viva fuerza, pues además estaba desenfilada de las alturas próximas y aun las dominaba. Su guarnición, por fin, era de 50 hombres y se hallaba armada con varias piezas de artillería y sus necesarias municiones.

John T. Jones califica aquella luneta de reducto formidable. Fué también reparada la cabeza del puente del Guadiana que abre paso al camino de Elvas, y se restableció la comunicación de aquel tránsito con el fuerte de San Cristóbal; con lo que las defensas de la derecha de aquel río aparecían, al presentarse á su frente el ejército sitiador, en un estado verdaderamente respetable. Eso y los escarmientos anteriores contribuirían no poco á que Lord Wellington decidiera el ataque de Badajoz por la vasta zona que ocupa aquella plaza en la orilla izquierda del Guadiana.

Tampoco habían descuidado los franceses el reparar y aun mejorar las defensas de aquella parte. Se había reconstruído el fuerte avanzado de Pardaleras, levantándolo de entre sus ruinas á mayor altura que la antigua para poder descubrir de revés los frentes meridional y occidental de la plaza, ahondando el foso, cerrando la gola con un muro aspillerado y poniéndolo en comunicación con el recinto por medio de una caponera, empalizada de nuevo como el camino cu-



bierto de toda la obra. Las lunetas de aquellos frentes occidentales del cuerpo de la plaza obtuvieron mejoras muy importantes, si bien no llegaron á ponerse en perfecto estado de defensa por la premura del tiempo, lo cual no pudo comprobarse en aquel sitio en que los ingleses prefirieron otro ataque, no aprovechando sus ingenieros las lecciones de la experiencia, según dice el general Lamare, *por atacar por tercera vez al toro por los cuernos*.

Lo que se perfeccionó fué el sistema de minas establecido para hacer volar aquellas lunetas al ser ocupadas por el enemigo.

El resto de la plaza hasta el castillo no había recibido, fuera del restablecimiento del puente del Rivillas y de la inundación que en tiempo oportuno se preparó para que se cubriera de agua todo el vallecillo por donde corre junto al frente septentrional, más refuerzo que la apertura en el foso de una cuneta ancha y profunda que por algunas partes se llenó de agua y ofrecía un obstáculo, no insignificante, para proceder al asalto del recinto. No pudieron empalizarse varias de aquellas obras, ni los caminos cubiertos por falta de maderas, ni blindarse, por consiguiente, los depósitos de material y de víveres en la plaza, cuyos cuarteles, esos sí, y el hospital se repararon y aumentaron convenientemente.

La parte que se puso en mejor estado de defensa hasta poderse considerar como un excelente reducto de refugio y seguridad para el caso de ser asaltada la plaza, fué el castillo. Nadie podría describir mejor su estado que el general Lamare, ingeniero de la plaza, y lo hace así: «El castillo, flanqueado de torreci-



llas, fué cerrado con esmero; las vituallas y las municiones fueron colocadas en edificios, de los que el más antiguo es un torreón, bajo el que hay un subterráneo que contenía nuestro único almacén de pólvora. Se había reparado enteramente la brecha abierta por los ingleses en la segunda defensa; las antiguas baterías habían sido restablecidas y la artillería había construido otras nuevas; los minadores habían llenado de petardos la roca en que se alza el muro del recinto para aumentar el escarpado; aquel muro de 6 á 14 metros de altura, fundado en una meseta que se eleva más de 20 metros sobre el Rivillas, que baña su base, ofrece seguridades convenientes. En fin, aquel castillo, que debía ser nuestro último refugio, podía sin contradicción ser considerado como un excelente reducto y como el punto más seguro de la plaza para recoger en él los restos de una valiente guarnición, resuelta á no rendirse sino en último extremo.» (1)

La guarnición era de 5.000 hombres, poco numerosa en verdad para plaza tan extensa y para empeño como el en que se veía; pero sin deberla aumentar por razón de su avituallamiento, suplían con mucho el valor y la pericia de su gobernador, el general Philippon, y la inteligencia de los comandantes de artillería é ingenieros, los coroneles Picoteau y Lamare (2). Picoteau llegó á montar en las fortificaciones más de

---

(1) Ese importantísimo detalle, como todos los de las defensas de Badajoz, fueron comunicados á los ingleses por un sargento de ingenieros que desertó á ellos con el plano de la plaza y muchas otras noticias adquiridas en la confianza que inspiraba á sus jefes. Napier se refiere alguna vez á él. Llamábase Tonni.

(2) Véase el estado de fuerza en el apéndice núm. 12.

140 piezas, y Lamare se multiplicó para suplir con el arte lo que le faltaba de material; el comandante de Estado Mayor, enviado por Drouet, no se lo pudo llevar de Mérida por falta en todas las cercanías de maderamen, entrando en la plaza con 50 zapadores, un destacamento de 130 infantes, 20 cazadores de á caballo y 50 ó 60 mulas cargadas de harina.

Precauciones de Wellington.

Sabemos la fuerza que reunieron los ingleses para aquel sitio: era la misma del ejército anglo-portugués que acababa de conquistar la plaza de Ciudad-Rodrigo, excepto algunos destacamentos, la caballería de Alten y la fuerza española de D. Carlos España, que quedaron en la línea del Coa en observación de las operaciones que pudiera emprender el duque de Ragusa. Sin embargo, con igual objeto en el valle superior del Guadiana Lord Wellington dispuso que el general Hill con su división, la de Hamilton y la caballería de Long se dirigiese á Almendralejo, con lo que Drouet se retiró á Hornachos buscando su comunicación con Darricau, que se hallaba hacía la Serena, é hizo también que Graham, con las divisiones 1.ª, 6.ª y 7.ª de infantería y las brigadas de caballería Slade y Marchant, se trasladara á Valverde y Santa Marta, amenazando la posición francesa de Llerena en el camino de Sevilla. El contingente, pues, destinado al sitio consistía en la división ligera que había mandado Crawfurd, la 3.ª de Picton, la 4.ª de Colville con una fuerza de 16.000 hombres de los 45.000 que componían todo el ejército. La 5.ª división de Leith quedó como en reserva en Campo Mayor. La artillería de sitio contaba con 52 piezas de los calibres de á 24 y 18, llevadas de Setúbal á Alcacer do Sal por el río y

de aquel segundo punto á Elvas á arrastre, con las municiones necesarias, y con todo el material de ingenieros, útiles, sacos á tierra, cestones y faginas que en grandes cantidades se construyeron con un sigilo que sólo muy tarde lograron descubrir los franceses de Badajoz. Fué un secreto de que los mismos ingleses se mostraron admirados.

Plan de ataque.

A la 3.ª y 4.ª divisiones que el 16 cruzaron el Guadiana siguió la ligera que entonces mandaba el teniente coronel Barnard por ausencia del general Vandeleur y enfermedad del coronel Beckwith; y el 17 quedaba completamente hecho el cerco de Badajoz por las dos orillas del Guadiana. Tocaba en seguida fijar el plan de ataque y ejecutarlo luego con la premura que exigía la preocupación de que acudiesen á impedirlo los ejércitos enemigos de Soult y Marmont, por más que Lord Wellington estuviese resuelto á esperarlos en sus posiciones del sitio ó en situación próxima, para no verse obligado á suspenderlo. El proyecto de ataque, John T. Jones, que allí estaba, el historiador más autorizado en eso, lo describe perfectamente: consistía en abrir una paralela que abrazase el fuerte de la Picuriña, extendiéndola por la derecha para que en ella se estableciesen las baterías de rebote sobre todas las caras y flancos de los baluartes de la plaza que se viesen desde allí. Se plantarían también por la izquierda baterías con que se pudieran destruir las defensas de la Picuriña que, asaltada, proporcionaría alojamiento ligado con la primera paralela y lugar de donde batir en brecha una de las caras del baluarte de la Trinidad, cuya escarpa se descubría por completo desde aquel fuerte. Se abrirían dos brechas en aquella cara, la de-

recha del baluarte, y en el flanco opuesto, y aun una tercera desde la cual, una vez ocupada, se envolviesen los atrincheramientos interiores de las otras dos. Por lo demás, y evitando la inundación del Rivillas, el ataque del camino cubierto y la bajada al foso se harían como en Ciudad-Rodrigo.

Ataque á la Picuriña.

Y dicho y hecho: la noche de aquel mismo día 17 y á pesar del viento y la lluvia que azotaba á los trabajadores, 600 de ellos abrían 600 varas de la paralela á que en un principio nos hemos referido (1). Por negligencia de los puestos avanzados de la Picuriña, los franceses ignoraron aquellos trabajos hasta el día siguiente, en que se continuaron con extrema actividad. Así es que durante la noche del 18 al 19, el sitiador comenzó, ya con mayor número de zapadores, la construcción de dos baterías, una de 4 piezas de á 24 para batir el muro de la Picuriña, y otra de 3 piezas de á 18 y otros tantos obuses para destruir las empalizadas y apagar los fuegos de aquel fuerte y para tirar á rebote sobre la comunicación del mismo con la plaza.

Los franceses, al observar la dirección que el enemigo daba al ataque, abandonaron los trabajos que ejecutaban en la derecha del Guadiana, y se dedicaron á concluir y perfeccionar los hechos en la Picuriña y en el frente de la plaza que cubre aquella posición avanzada. En ella se profundizaron los fosos para aumentar la altura de las escarpas; se reforzó la gola con otra empalizada, ante la que se abrió otro foso; se construyó

(1) Sobre el sitio de Badajoz tenemos datos que hacen fácil su descripción; los proporcionados por Lamare, el ingeniero francés, de su lado, y los de Jones y Napier del de los ingleses, eso sin contar con lord Wellington, todos, como puede considerarse, de autoridad incontestable.

con cestones una especie de reducto; se hicieron casamatas aspilleradas para flanquear los fosos, y tres fogatas en los tres ángulos del *glacis* que se volarían en el momento del asalto. El sitiador, por su parte y á pesar del fuego de la plaza y de la lluvia torrencial que cayó aquel día, hizo extender la paralela comenzada por su flanco derecho y el lado de las baterías.

Salida de la plaza.

Convenía á los sitiados interrumpir por lo menos aquellos trabajos y al mediodía del 19 salieron de la plaza por la puerta de la Trinidad 500 infantes, 100 zapadores y 40 caballos con una pieza de artillería de campaña, que se dirigieron rápidamente sobre la paralela recién abierta por los ingleses. La guardia de trinchera y los trabajadores fueron dispersados inmediatamente y en gran desorden huyeron á las alturas de retaguardia, perseguidos por los jinetes franceses que, reforzados por 100 infantes de la guarnición de la Picuriña, envolvieron la paralela y penetraron en los vivaques más próximos del sitiador, mientras los de la salida de la plaza destruían las obras y se apoderaban de los útiles abandonados por los fugitivos (1). El éxito hubiera sido completo para los sitiados si los que habían salido no se hubiesen ensañado en la persecución; pero con eso dieron lugar á que, acudiendo las reservas inglesas y refuerzos del campamento más cercano, en número muy considerable, pudieran tomar el desquite de las graves pérdidas que habían sufrido los de la trinchera al ser tan enérgicamente atacados (2).

(1) Lamare dice que el número de esos útiles fué el de 445, mientras John Jones dice que el de 200.

(2) Los ingleses confiesan la pérdida de 150 hombres muertos ó heridos, entre los últimos el célebre ingeniero Fletcher; los

Como generalmente sucede en tales casos y más en aquel en que lord Wellington se mostraba tan impaciente, el 20 por la mañana aparecían reparados los desperfectos producidos en la salida del día anterior, y aun prolongada la paralela hasta cerca del Guadiana y abrazando ya el frente del castillo.

Estaba, pues, indicado perfectamente el ataque y, fuera de algunos de sus detalles, bien elegido también. Porque ya por la inundación del Rivillas, ya por los dos fuertes levantados en la derecha de aquel arroyo, el Picuriña y la luneta de San Roque, cabeza del puente que daba paso al camino de Talavera y por donde se había verificado la salida; ya por la proximidad del castillo, el frente formado por los baluartes de la Trinidad, San Pedro y San Antonio, que por esas circunstancias y la de su situación respecto á la base de operaciones del ejército sitiador, pudiera considerarse favorable á la defensa, ésta, especialmente en los dos últimos baluartes, adolecía de defectos que hacían acertada la elección que de él se hizo para la reconquista de Badajoz. La construcción de los baluartes no era suficientemente sólida, no tenía parapeto la cortina; también carecía de foso y contraescarpa, y por último era imposible levantar á sus espaldas atrincheramiento alguno para el caso de ser asaltado. Levantóse, para subsanar en lo posible esos defectos, un pequeño atrincheramiento ante la cortina, y por detrás se destruyeron algunas malas casas que estorbaban las comunicaciones; pero aun así y aun con una vía cu-

franceses les atribuyen 300 bajas, y Lamare dice que las de los franceses fueron de 20 muertos y 160 heridos y el comandante Perret, «official muy distinguido», entre los primeros.

bierta que se construyó entre la puerta de la Trinidad y la cabeza del puente de Rivillas, todo aquel frente quedó en muy reducidas condiciones de defensa.

Por más que continuara el temporal de lluvias, natural, por otra parte, en aquella estación, y á pesar de las dificultades que ofreció la apertura de la paralela al cruzar la carretera, ya mencionada, de Talavera, el día 22 había 6 baterías construídas sobre la base de aquella trinchera, que ya se extendía hasta la inundación y el Rivillas. Trató el sitiado de enfilarlas desde la margen derecha del Guadiana con dos piezas de campaña, situadas por bajo del fuerte de San Cristóbal; pero pronto hubo que retirarlas por el fuego que dirigieron sobre ellas algunos tiradores ingleses apostados en la orilla izquierda. Sin embargo, la tarde de aquel día fué tal la lluvia, que engrosada la corriente del Guadiana, arrastró el puente de pontones y puso en gran peligro los volantes que servían para la comunicación del ejército inglés con Elvas, su base de operaciones, habiendo momentos en que se temió llegara el caso de tener que levantar el sitio (1). Para fortuna suya, el 23 se presentó el sol en todo su esplendor y con la eficacia que eso hace suponer sobre el terreno; y aun cuando llovió otra vez por la tarde, y el día siguiente fué también muy húmedo, permitió, sin embargo, desde el mediodía y por la noche armar todas las baterías para el 25 estar en disposición de asaltar el fuerte de la Picuriña.

(1) Jonh Jones dice textualmente: «Hasta hubo temores, los más serios, de vernos obligados á retirarnos de delante de la plaza». Y es que además ni podían llevarse víveres al ejército ni arrastrar las piezas á las baterías.



Habíase dispuesto para la noche de aquel día preparándolo con un fuego muy vivo de las baterías, así contra el frente atacado de la plaza en los tres baluartes que lo constituyen, como contra el ángulo, esto es, el saliente de la Picuriña. Nada menos que 28 piezas de los más gruesos calibres sostuvieron el fuego desde las diez de la mañana hasta la noche; y aun cuando no podía ser decisivo contra el recinto de la plaza que por su parte, lo contestaba con 30 que la artillería francesa había logrado montar en aquel frente, causó en la luneta amenazada desperfectos considerables, que se procuró, aunque sin fruto, reparar con sacos de lana y faginas. Habíanse dado también cuantas instrucciones debieran ejecutar las tropas asaltantes, repartidas en pequeñas columnas ó destacamentos de 200 hombres, cada una con su destino especial, ya para atacar el fuerte por su gola y su ángulo y lados, ya para impedir cualquier socorro que pudiera enviar la plaza á los defensores. (1)

Asalto de la Picuriña.

Otra precaución se había también tomado en el campo inglés para un objeto muy parecido á ese último que acabamos de indicar. Recordando, sin duda, que el día 21 habían situado los franceses algunas piezas en la margen derecha del Guadiana para enfilar la paralela recientemente abierta, Lord Wellington dis-

(1) Lamare dice que un desertor español reveló á los ingleses el estado defensivo de la Picuriña, la colocación de bombas, barriles incendiarios y fusiles cargados junto á los parapetos, así como el no estar terminadas las fogatas que se estaban preparando en el ángulo y los flancos.

El general portugués Chaby consigna que en los 500 hombres destinados al asalto de la Picuriña, iban 30 del batallón lusitano núm. 7, mandados por el alferez Horta; 120 del regimiento de infantería núm. 9, por Pereira de Castro, y 150 del 21.° por el capitán Pereira.

puso que la división Leith, que ya hemos dicho se hallaba en Campo Mayor, cercara el fuerte de San Cristóbal, con lo que, encerrada su guarnición, se le haría imposible toda salida con igual propósito que la anterior. Así se hizo y Badajoz quedó completamente bloqueada en las dos márgenes del Guadiana, é inutilizadas las guarniciones de los fuertes de San Cristóbal y de la cabeza del puente para acción ninguna ofensiva ó fuera de su recinto.

Nada, pues, se había desatendido en el campo de los sitiadores, nada que pudiera entorpecer la marcha de sus operaciones polémicas; y la del asalto de la Picuriña tenía comienzo á las diez de la noche del 25, sin tropiezo alguno. Tan sin tropiezo que el primero de los destacamentos que, dada la señal, salió por la izquierda de la paralela, pudo llegar inadvertido y en el mayor orden á la gola de la luneta, cuyas empalizadas intentó romper inmediatamente. Observado, empero, en el momento recibió un fuego tan vivo y mortífero de los defensores del fuerte que hubo de desistir del asalto que intentaba. El destacamento de la derecha se dividió en dos; uno para atacar también la gola, y el otro para impedir el socorro del fuerte. El primero fué también rechazado dos ó tres veces, pero, al correrse por el flanco izquierdo de la luneta, consiguió meterse en el foso que no estaba flanqueado y, aplicando las escalas al parapeto, penetró en el fuerte. Cuando más encarnizado estaba el combate, otro destacamento, de casi igual fuerza que los anteriores, que había quedado de reserva, á las órdenes del general Kempt, atacó el fuerte por su ángulo saliente al mismo tiempo que el rechazado al principio logró, por fin, escalar la

cara derecha, y los tres, cada uno por su lado, acabaron con la resistencia de los defensores. (1)

Con todo, el comandante, Gaspard Thierry, que los mandaba, no se rindió sino al ver que había sucumbido en la lucha la mitad de ellos y que algunos de los restantes se habían puesto en salvo huyendo á la plaza. Aquella guarnición adolecía de un defecto, no extraordinario en tales ocasiones, el de componerse de fuerzas de distintos regimientos, privadas así del espíritu de cuerpo, tan eficaz en casos semejantes, y de la disciplina que impone la presencia de un jefe, de todos conocido y respetado. Sin eso, la resistencia de los 200 hombres que componían el presidio de la Picuriña, no hubiera dado lugar al disgusto del gobernador de Badajoz que, como el general Veiland, criticó una defensa en que no se hizo uso de los medios que se habían acumulado en el fuerte para que fuese todo lo eficaz posible, de las bombas, los fuegos de artificio y el gran número de fusiles que hemos dicho estaban ya reunidos allí. Es verdad que al ser atacada la gola y para impedir el destrozo de las empalizadas que la cerraban, la mayor parte de los defensores, si no todos, se lanzaron hacia aquel lado, lo cual facilitó mucho la escalada de las dos caras y del saliente y causó la mor-

(1) En esa ocasión, se muestra Napier en desacuerdo con su compatriota John Jones, con el francés Lamare y, de consiguiente, con Belmas. La versión de Napier es la siguiente: «En ese tiempo (al entablarse el combate en el interior del fuerte por la escalada del destacamento de la derecha) los hombres de la división ligera, dando la vuelta al fuerte con mucha inteligencia habían descubierto y roto la puerta y habían entrado por la gola». Para confirmar ese detalle, se vale del testimonio de un oficial de ingenieros que le manifestó que, sin la inteligencia del destacamento de la división ligera que rompió la puerta, no hubiera sido tomado nunca el fuerte.

tandad que no podía menos de producir el fuego del enemigo sobre la acumulación de los franceses junto á la gola. Es verdad también que el socorro que el general Philippon hizo salir de la plaza desde el momento en que tuvo conocimiento del ataque de la Picuriña, no pudo llegar á su destino, rechazado en el camino por aquella mitad del destacamento inglés de la derecha que precisamente con ese objeto se había separado de la otra al arrancar de la paralela. El batallón francés, al salir de la plaza y luego de la cabeza del puente del Rivillas, recibió el fuego del destacamento británico que le derribó una veintena de hombres; y sea por eso ó porque la oscuridad se lo hiciera suponer mucho más numeroso de lo que era, su jefe, el comandante Lurat, se creyó obligado á retirarse á la plaza.

Las bajas, si no grandes en absoluto, fueron de importancia, vista la proporción entre los contendientes. Los franceses perdieron en los tres cuartos de hora que duró el combate 83 hombres muertos ó heridos y 86 que fueron hechos prisioneros con Thierry y otros 3 oficiales; salvándose únicamente 1 oficial y 30 soldados del regimiento de Hesse que huyeron á la plaza (1). Los ingleses tuvieron 4 oficiales y 150 de tropa muertos y 265 heridos, de los que nada menos que 15 oficiales, y entre unos y otros algunos muy distinguidos, Powis, Holloway, Gipps, Vates, Nixon, Sharaw y Rudd, citados por Napier, y Herdinge, Burnet, Wilde Stanway, que nombra Wellington en sus *Despachos*.

(1) Napier y Wellington dicen que al huir se ahogaron en la inundación del Rivillas. Lamare lo niega, asegurando que se acogieron á Badajoz, *qui se sauvèrent*, dice, *et rentrèrent dans la place*.



Los ingleses crearon en la Picuriña un nuevo alojamiento para batir la plaza; y aunque la artillería francesa no cesó en mucho tiempo de disparar sobre él, los sitiadores hicieron del saliente de la luneta parapeto de una batería establecida sobre el foso que antes le precedía. Habían dado un paso, puede decirse que gigantesco, en la marcha del sitio con la ocupación de aquel fuerte, ligándolo, por supuesto, inmediatamente con la paralela y apoyándolo en su izquierda con otra trinchera que tocaba para completa seguridad á la inundación del Rivillas, sostenida, como es de suponer, por las lluvias, hasta entonces incesantes. Pero ¿qué pasó para en el momento de obtener una ventaja tan importante cambiar de plan y decidir en vez del ataque al vasto frente formado por lo baluartes de la Trinidad, San Pedro y San Antonio, el del pequeño entre el primero de aquellos baluartes y el de Santa María, desligado al parecer del lado del polígono elegido hasta entonces? (1) Lo cierto es que al desarmar por inútiles ya tres de las baterías construídas en la primera paralela y que hasta aquel día batieron el frente de la Trinidad al castillo, formaron otras tres formidables dirigidas contra el colateral ya indicado. Una de doce piezas de 24 se levantó en la extrema izquierda entre la Picuriña y la inundación para abrir brecha en la cara derecha del baluarte de la Trinidad; otra de ocho piezas de á 18 fué construída junto á la gola de la referida luneta acabada de conquistar, y debía batir también en brecha el de Santa

Nuevas obras de ataque.

(1) Los cronistas franceses, el tan celebrado ingeniero Lamare principalmente, se hacen cargo de aquel cambio y lo critican: los ingleses se hacen los desentendidos.

María en su flanco izquierdo, y la tercera, muy á retaguardia y en la primera paralela, fué destinada á con cuatro obuses, que se cargarían con Shrapnels, barrer el foso y enfilar la cara del primer baluarte, impidiendo así la colocación de obstáculos contra el asalto.

Aquel momento era el más apropósito para la organización de una serie de salidas que interrumpiese las obras ya tan próximas á la plaza. Ninguno se presentaría en que fuera más fácil de sorprender al sitiador; ninguno en que se pudiera emplear mayor fuerza y que animada con tener tan cerca sus reservas y, de todos modos, un refugio seguro, desplegara acción tan enérgica como rápida. La guarnición de Badajoz era exigua; era, es cierto, desproporcionada para la necesidad de plaza tan extensa, en las condiciones en que se hallaba: no es, pues, cosa de atribuir al general Philippon el olvido de tal medio de resistencia como el uso frecuente de las salidas y bien lo demostró aunque sin fruto con la de la noche del 29 al otro lado del Guadiana. Hay que achacar esa falta á la gravísima de Soult al retirarse á Andalucía sin dejar perfectamente abastecida de cuantos elementos habría de necesitar plaza tan importante, dotándola de una guarnición, sobre todo, capaz, no sólo de defenderla por el tiempo que él creyera suficiente para acudir en su socorro con el ejército que mandaba, sino que también para que sirviera de base en cualquiera operación que se proyectase de nuevo contra Portugal.

Cuando el duque de Dalmacia pudiera pensar en eso, era ya tarde. Pensando, por el contrario, que en mucho tiempo no tenía nada que temer respecto á la seguridad de Badajoz, se ocupó en organizar con las



tropas que tenía en Sevilla y las divisiones de Drouet y Daricau un ejército con que repetir en tiempo oportuno su maniobra de la Albuhera. Pero aquellos generales, sus tenientes en Extremadura, con la misión de mantener sus comunicaciones con Marmont desde Medellín y Trujillo, tenían bastante que hacer con observar al mismo tiempo á los generales ingleses Graham é Hill, enviados por Lord Wellington contra ellos, quienes, dirigiéndose sobre sus flancos, los obligaron á retroceder, y no á Sevilla para reunirse á Soult, sino hacia Córdoba para, al fin, esperar en Sierra-Morena el resultado de las maniobras de sus enemigos. Lord Wellington, al decidirse á sitiar Badajoz y particularmente al elegir el frente que estaba atacando, había tomado cuantas medidas de precaución le pudiera sugerir su consumada prudencia. No sólo se había desprendido de las fuerzas de Graham y Hill, sino que también de las de Penne Villemur y de Morillo con el objeto de que, combinando su acción con la de Ballesteros, amenazasen con apoderarse de Sevilla en el momento en que el duque de Dalmacia la abandonara para marchar en socorro de Badajoz. Aun burlado en sus esperanzas de la eficacia de tantas y tan meditadas prevenciones, estaba resuelto á aceptar la batalla que le ofreciese Soult, preparando el campo de batalla para otra nueva en el de la Albuhera, de tan gloriosos resultados.

Pero, aun así y con tan enérgica resolución, impuso actividad mayor todavía que la muchísima desplegada ya á las operaciones del sitio de Badajoz, no fuera á sorprenderle Soult en las últimas y, de consiguiente, más criticas. Si los sitiados, una vez conocido el nuevo

proyecto del enemigo, no sólo aumentaron sus fuegos á punto de estorbarle en gran parte los trabajos de aproche y desmontarle varias de sus piezas, sino que reformaron con ventaja los caminos cubiertos y la media luna de aquel frente, y construyeron una contraguardia que cubriese la mampostería del baluarte de la Trinidad, estableciendo en aquellas obras un gran número de tiradores y uno como segundo recinto interior en aquella parte y cerrando las calles á ella próximas, los ingleses, dirigiéndose á perfeccionar y extender su segunda paralela para atacar el rebellín de San Roque en el puente del Rivillas é inutilizar la inundación rompiendo el dique con que se sostenía la altura de las aguas, y estableciendo nuevas baterías de brecha y de enfilada, avanzaban con gran rapidez á pesar de las enormes pérdidas que les hacía experimentar el fuego, siempre acertado de los baluartes, y del castillo. Ni aun descuidaban, por eso, los sitiadores sus trabajos de contrabalación en la derecha del Guadiana, pues rechazada fácilmente una salida que los franceses intentaron el 29, imprudente á todas luces, en una zona que para nada influía en las operaciones del sitio y donde se hallaba la división entera del general Leith, éste no encontró dificultad alguna en mantener encerradas en sus respectivos fuertes las guarniciones del de San Cristóbal y de la cabeza del puente del Guadiana.

Se rompe el fuego contra la plaza.

Así transcurrieron los días de aquel mes de Marzo hasta el último, en que rompieron el fuego 20 piezas inglesas y portuguesas de á 24 y de á 18 para abrir la brecha ya proyectada en la cara derecha del baluarte de la Trinidad y el flanco izquierdo del de Santa Ma-



ría, mientras cuatro obuses enfilaban los fosos para, como llevamos dicho, impedir la reparación de las brechas. No era fácil la obra de destrucción en el espacio de tiempo en que ambicionaban ejecutarla los sitiadores que, por otra parte, no revelaron en ella ni conocimientos ni experiencia en tal género de operaciones. Ni aquel día obtubieron resultados sino mínimos, ni hasta el 5 de abril y después de mil variaciones en los procedimientos y de sacrificios sin cuento en tiempo y hombres, lograron ver las brechas practicables.

Las calificó de tales Lord Wellington, que las estuvo observando desde los sitios más avanzados de las trincheras, disponiendo se asaltaran el 6 para, entretanto, abrir otra en la cortina intermedia de los dos baluartes atacados, brecha que, con efecto, se consideró también practicable en la tarde de ese día. **Las brechas.**

Aquel asalto es el drama militar más sangriento y tremebundo que hayan representado las tropas británicas en nuestra guerra de la Independencia. El anterior de Ciudad Rodrigo y los posteriores de Burgos y San Sebastián no ofrecieron mayor carácter de tenacidad y encarnizamiento, ni dejaron memoria que conmoviese el espíritu y los ánimos de los actores, lo profundo, lo indeleble, puede decirse, que la de aquél. Tampoco tuvieron entonces ni han tenido después quien con elocuencia más enérgica y conmovedora á la vez nos haya transmitido esa memoria que Napier, que pudo recogerla en el escenario mismo en que se representó, cubierto de ruinas, de sangre y desolación. Apasionado, injusto, procaz en ocasiones contra los que con sus heroismos y su abnegación se atrevieran á disputar la menor parte de gloria á sus compatriotas, se muestra

narrador exacto y á la par sublime cuando, como en el caso á que nos estamos refiriendo, no halla en su campo quien pueda eclipsar siquiera el honor de aquel asalto de tan glorioso como triste y espantable recuerdo.

Hemos creído, pues, que nada podíamos ofrecer á nuestros lectores que les diese una idea exacta de aquel extraordinario hecho de armas, y que se la dé á los que las ejercitan, que la relación del teniente coronel británico, y se la ofrecemos, seguros de que han de agradecernos la sinceridad con que renunciamos á dársela original de nuestra torpe pluma.

El asalto.

«El cielo, escribe Napier, estaba cubierto de nubes; los vapores que se elevaban del Guadiana y de las aguas del Rivillas espesaban el aire; calma inusitada reinaba en los muros y en las trincheras: en éstas, sin embargo, aún se podía oir un ruido sordo y como ahogado; en los muros, se veían errar algunas luces acá y allá, por intervalos y la voz sonora de los centinelas daba á conocer que todo se hallaba en buen orden en Badajoz. Llenos de confianza en los medios de destrucción preparados con habilidad por Philippon, los franceses espiaban desde sus elevadas posiciones, la aproximación del enemigo á quien dos veces ya habían obligado á retirarse y que ahora esperaban aplastar desde lo alto de sus murallas. Los ingleses, de pie, en columnas cerradas, se mostraban tan impacientes por precipitarse hacia la destrucción con que les amenazaban los franceses, como éstos para rechazarlos. Los dos partidos eran igualmente formidables por su fuerza, su disciplina, su valor y las pasiones que en ellos despertaba aquella lucha.»

«Era preciso vengar los primeros reveses. En uno

y otro lado el nombre de su jefe no consentía escusa alguna á la menor debilidad cuando llegase la hora del peligro. Cada soldado, francés ó inglés, había hecho para sí punto de honor de la posesión de Badajoz. Con todo, ese deseo ardiente de gloria cedía quizás en los ingleses, al odio que de mucho tiempo atrás sentían contra los habitantes de Badajoz y que las fatigas y recientes peligros habian hecho más vivo; tanta sangre vertida había llevado la exasperación á su colmo en gran número de ellos; porque si el hombre superior concibe, á la vista de esas escenas de sangre, tanta aversión á la crueldad que hasta hace se aumente su inclinación á la humanidad, ellas por el contrario, endurecen los espíritus vulgares. (1) Entre éstos, muchos, parecidos al centurión de César, que no podía olvidar el saqueo de Avaricum, animados por el recuerdo de Ciudad Rodrigo, tenían sed de botín. Así cada individuo, según la pasión que le agitara, se veía escitado por su odio, por la esperanza del pillaje y el amor á la gloria; el lazo tan poderoso de la disciplina los mantenía reunidos, y ninguno de ellos dudaba de que llegaría á destruir todos los obstáculos que le opusiera el enemigo.»

«A las diez de la noche, se debían atacar simultáneamente el castillo, el baluarte (rebellín) de San Roque, el de Pardaleras, el baluarte de San Vicente y la cabeza de puente del otro lado del Guadiana; se espe-

---

(1) Aquí aparece, según acabamos de decir, la aversión de Napier á los españoles. Porque, ¿qué habian hecho á los ingleses los habitantes de Badajoz, sino desear su triunfo, que les proporcionaría su liberación del yugo francés?

Lo que hay es que Napier, siempre previsor en sus escritos de cosas pasadas, se propone disculpar los incalificables, los horrendos atropellos cometidos aquel día por sus compatriotas.

raba que los sitiados no podrían defender igualmente puntos tan distantes unos de otros y que formaban así como un cinturón en derredor de la plaza. Pero en la guerra se hacen frecuentes las contrariedades. Un accidente imprevisto impidió que la 5.ª división atacase á tiempo; algunas materias inflamables, arrojadas de lo alto del Castillo al caer cerca del sitio en que estaba formada en batalla la tropa de la 3.ª división, hicieron se la viese y la obligaron á adelantar media hora la señal convenida. Las columnas dobles de las divisiones 4.ª y ligera se dirigieron entonces precipitadamente y en silencio á las brechas; las guardias de las trincheras se lanzaron dando gritos de alegría al ataque del baluarte de San Roque con tal ímpetu, que el enemigo apenas pudo oponerlas alguna resistencia.»

«De repente una brillante luz y el ruido de la fusilería anunciaron que se emprendía el combate en el castillo y con la mayor violencia. El general Kempt había llevado allí la 3.ª división, porque Picton, habiéndose caído en el campo y no esperando aquel cambio de hora, no se encontraba allí. Kempt había pasado el Rivillas por un puente estrecho, á la desfilada y recibiendo un fuego terrible de mosquetería; había en seguida reformado sus filas y ganado á la carrera la altura en que está situado el castillo y tocaba ya el pie de la muralla cuando cayó gravemente herido. Al conducirlo á la trinchera, encontró á Picton que se apresuraba á ir á tomar el mando. Al mismo tiempo, las tropas de la 3.ª división habían desplegado al frente del castillo y alzaban sus pesadas escalas ya contra las altas murallas, ya contra el frente de la izquierda, y subían con un valor increible bajo una lluvia de pesa-

das piedras, de tablones, de granadas y bombas inflamadas, mientras que por los dos flancos hacía el enemigo también un continuo fuego de mosquetería y por su frente hería con picas y bayonetas á los asaltantes que se llegaban á él ó despeñaba las escalas dando gritos ensordecedores, mezclados al resquebrajamiento de los maderos, á las lamentaciones de los heridos, al reventar de los proyectiles, al ruido, en fin, de los objetos precipitados sobre las columnas de ataque»

«Aun así, aquellos intrépidos soldados se reunen en desorden al rededor de las escalas que les quedan y se disputan á quién subirá el primero, hasta que por fin todos se ven por el suelo; los franceses, dan entonces el grito de victoria, y los ingleses, desconcertados pero no vencidos, retroceden sólo algunos pasos por bajo de la cresta del escarpe de la eminencia, lo cual les libra algo de los tiros del enemigo. Cuando llegan á medio ordenarse sus filas, lánzase adelante el heróico coronel Ridge mandando con voz de Stentor á sus hombres que le sigan; y cogiendo una escala, la alza al castillo, pero aquella vez á la derecha del primer ataque, allí donde el muro es más bajo y una cañonera le ofrece acceso algo más fácil. Pronto es colocada muy cerca de aquélla una segunda escala por Cauch, oficial de granaderos, y en un instante Cauch y Ridge montan el parapeto. Empújanse tras de ellos con gran bullicio las tropas; y la guarnición, sorprendida y admirada, retrocede combatiendo y es rechazada sobre la doble puerta que conduce á la ciudad. Los franceses enviaron inmediatamente un refuerzo sacado de la reserva, y entonces se empeñó un vivo combate en los dos lados de la reja de entrada. Retiróse el enemigo:

pero ya no existía Ridge, sin que nadie hubiese muerto más gloriosamente, aunque aquella noche pereció mucha gente, y toda con gloria.»

«Durante esos acontecimientos, la artillería batía las brechas con tal violencia que parecía que la misma tierra, desgarrada hasta sus fundamentos, lanzaba afuera los fuegos que encierra. Las dos divisiones habían llegado al *glacis*, justo en el momento en que comenzó el ataque del castillo, y la luz producida por la descarga de un solo fusil en el camino cubierto, así como por vía de señal, les hizo ver que los franceses estaban prestos, aun cuando no se oía ruido alguno y cubría las brechas una completa oscuridad. (1) Se echaron haces de heno y se colocaron algunas escalas. Los exploradores y las columnas de ataque de la división ligera, 500 hombres poco más ó menos, habían bajado al foso sin oposición, cuando, brillando una viva luz, ofreció de repente un espectáculo imponente y terrible. Por un lado, los parapetos estaban cubiertos de una multitud de soldados que se distinguían menos que por sus uniformes de color sombrío, por el brillo de sus armas; por otro, avanzaban las rojas columnas inglesas; semejantes á torrentes de lava inflamada. Aquello fué como una aparición mágica: una detonación se hizo oir y aquellas hermosas y valientes columnas fueron rotas y desgarradas por la explosión de muchos centenares de bombas y barriles de pólvora.»

(1) Ya hemos visto que la división Picton había pasado el Rivillas por bajo de San Roque; esto es, por bajo del dique que cerraba el desagüe á la inundación: las divisiones 4.ª y ligera fueron al ataque por el camino de Valverde á lo largo y por la orilla izquierda del Rivillas, sin necesidad, por consiguiente, de tener que salvar el largo y profundo depósito artificial de las aguas detenidas de aquel río.



«Admirada á la vista de tan terrible destrucción, la división ligera se detuvo un instante al borde del foso, y después, con alaridos que ni aun el ruido de la explosión llegó á dominar, descendió rápidamente por bajo de las escalas ó, despreciando su ayuda, se dejó deslizar al abismo sin pensar absolutamente en su profundidad. Casi en el mismo momento y en medio de un fuego de mosquetería, cuyo brillo no podía soportar la vista, acudió la 4.ª división al paso de carga y se precipitó al foso con igual ímpetu. No había más que cinco escalas para las dos columnas que estaban muy próximas una ú otra; se había hecho una profunda cortadura en el foso hasta la contraguardia de la Trinidad, y esa cortadura (la cuneta) estaba llena de agua procedente de la inundación. Toda la cabeza de la 4.ª división cayó en aquel verdadero cepo donde se dice que se ahogaron más de cien fusileros, los mismos que habían combatido en la Albuhera. La segunda columna, como si hubiera tenido el presentimiento de igual desastre, tomó por la izquierda y llegó, por consiguiente, al rebellín no terminado y cuyas desigualdades hicieron creer á las tropas que habían llegado á la brecha. En un instante se situaron en el rebellín pero vieron que aún había un espacio muy grande entre ellas y los muros de donde procedía aquel fuego mortífero que aclaraba sus filas. Comenzaron á tirar; mas pronto se introdujo el desorden entre ellas; y eso porque los hombres de la división ligera, que habían perdido desde los primeros momentos el oficial de ingenieros que los dirigía y se hallaban detenidos en uno de sus flancos por un foso destinado á separar el baluarte de Santa María, se iban hacia las brechas de la



cortina y de la Trinidad, las cuales estaban efectivamente delante de ellos, pero que eran las que debía asaltar la 4.ª división.»

«La confusión era grande; por que el rebellín se hallaba enteramente lleno de los soldados de las dos divisiones, y mientras los unos continuaban el fuego, otros saltaban del rebellín y corrían hacia la brecha. Muchos habían pasado entre el rebellín y la contraguardia de la Trinidad; de manera que las dos divisiones se habían mezclado, las reservas, en vez de permanecer en cuadros, se habían también adelantado hasta que se llenó el foso, las demás tropas empujaban para entrar en él y todas se animaban á porfía. Los gritos amenazadores del enemigo y la explosión de las bombas y granadas, el tronar del cañón en los flancos del ataque, al que contestaban los obuses de hierro de la batería de la paralela, la sorda caidá y la explosión de los barriles de pólvora, el silbido de los pedazos de madera lanzados á lo lejos, las enérgicas exortaciones de los oficiales y el ruido continuo de la fusilería, ensordecían y exaltaban los ánimos hasta el frenesí.»

«En ese momento una multitud de soldados, impetuosos como el viento, se lanzaron hacia la brecha grande; pero el enemigo había colocado, á través de la cima, una fila de hojas de espada afiladas, cortantes por los dos lados y enlazadas en forma de rayos y fijadas profundamente en las ruinas. La subida á la brecha estaba cubierta en un espacio de diez pies hacia adelante, de tablones no unidos y herizados de clavos; y desde que los soldados más avanzados hacia la brecha ponían el pie en aquellos tablones, se desunían al instante y los infelices caían en las púntas de hierro y



rodaban por bajo de las filas que les seguían. A favor del resultado de su estratagema, los franceses se arrojaban en seguida hacia la abertura de la brecha y disparaban con una rapidez espantosa, teniendo cada uno de ellos varios fusiles que, además de la carga ordinaria, contenían un pequeño cilindro de madera lleno de balines que se esparramaban y herían como el granizo.»

«Los asaltantes se precipitaron de nuevo á las brechas; y de nuevo aquella barrera de hojas cortantes que no podían derribar ni saltar contuvo la impetuosidad de su carga. Las balas de cañon y los barriles de pólvora caían y reventaban sin cesar en derredor suyo. Un gran número de soldados habían perecido, el terreno se cubría por instantes de muertos, y siempre los oficiales clamaban en alta voz por que se intentaran nuevos esfuerzos. Entonces, seguidos de más ó menos soldados, marchaban por las ruinas; los mismos soldados se mostraban tan animosos, tan furiosos, que en una de las cargas las filas de atrás trataron de empujar sobre las espadas á los que les precedían, no cuidándose de si, para llegar hasta el enemigo, sería necesario pasar por encima de los cuerpos despedazados de sus hermanos de armas. Pero no lograron cumplir aquella resolución desesperada porque también cayeron las primeras filas antes de haber llegado. La fusilería mataba á tantos, que no se distinguía á los que caían por no poder sostenerse en las tablas, de los que caían heridos mortalmente por las balas, pero muchos de los que no habían hecho más que resbalar sin ser heridos, no por eso dejaban de quedar en aquel campo de batalla. En vano se pretendía abrir paso á través de aquella defen-

sa, porque la trinchera además y el parapeto de espalda á la brecha estaban ya terminados, y los asaltantes, encerrados en un espacio más estrecho que el foso, se hallarían aún menos separados del enemigo y habría de continuar la carnicería.»

«Al principio de aquella espantosa lucha, el coronel Andrew Barnard, después de muchos esfuerzos, había separado su división de la que se había dirigido al mismo punto y presentaba buen continente. Sin embargo, era tan grande el tumulto que no podía oirse ninguna orden sino á corta distancia. ¡Tantos hombres eran los segados por el enemigo, que los montones de cadáveres y los soldados heridos que trataban de evitar que se les pisotease rompían la formación y se hacía imposible el orden! Con todo, los oficiales de todos grados, seguidos de una multitud de soldados, como presa de un furor repentino, se lanzaron á aquella brecha que, abierta toda y resplandeciente de acero, parecía la boca de un inmenso dragón vomitando llamas y humo. En una de esas tentativas, el coronel Macleod, del 43.°, joven cuya debilidad física le huviera hecho imposible el ejercicio de la guerra si no estuviese sestenido por un valor indomable, Macleod, fué muerto. Allí donde se oía su voz, los soldados acudían todos. Al conducirlos él por aquellas fatales ruinas, uno de ellos, al caer, le metió la bayoneta por la espalda, pero no por eso dejó de correr y fué muerto á algunos pasos de aquella línea herizada de hojas de espadas. Los jefes decididos y los soldados animados por la desesperación no faltaban sin embargo.»

«Dos horas enteras, pasadas en tan inútiles esfuerzos, convencieron á las tropas de que era inexpugnable



la brecha de la Trinidad; y como la de la cortina, aunque menos fuerte, estaba más atrás y defendida por cortaduras y hoyos profundos, no se ocuparon de ella después de no haberla podido asaltar al primer ataque. Reunidos en grupos y apoyándose en sus fusiles, los soldados miraban con triste desesperanza el baluarte de la Trinidad, mientras el enemigo, mostrándose en el muro y apuntando á la luz de las carcasas que lanzaba, se puso á gritar á medida que caían sus víctimas: ¿Por qué no entrais en Badajoz? (*¿Pourquoi n'entres-vous pas dans Badajos?*)»

«En situación tan terrible, cuando tantos cadáveres comenzaban á ser obstáculo á los progresos de los que acudían á reemplazarlos, cuando los heridos se arrastraban, como podían, adonde esperaban hallar un abrigo de la inexorable fusilería enemiga, y el olor fétido de los muertos mutilados por el fuego de los proyectiles que los habían herido aumentaba el horror de tal escena, M. Shaw, del 43.º, notó que el capitán de ingenieros Nicholas hacía esfuerzos increibles por penetrar con algunos en el baluarte de Santa María. Habiendo reunido unos cincuenta soldados de varios regimientos, Shaw se le fué á reunir y, aun cuando había también allí una profunda cortadura á lo largo del pie de la brecha, pronto fué salvada la cortadura, y los dos jóvenes oficiales, á la cabeza de su valiente tropa, subieron la pendiente formada por las ruinas. Pero, al llegar al tercio de la subida, un fuego concentrado de mosquetería y de metralla derribó casi toda aquella heróica banda. ¡Nicholas fué herido mortalmente, y el intrépido Shaw se quedo solo! Aquel fué el último esfuerzo. Las tropas quedaron inmóviles aun

cuando no intimidadas, bajo el fuego del enemigo, más vivo aún desde que una parte de los tiradores, apostados en el *glacis*, se habían deslizado al foso y uniéndose á las tropas del asalto, y que los otros, cegados por el humo y en corto número, se hallaban en la imposibilidad de apagar y ni aun debilitar la vivacidad del fuego enemigo.»

«Hacia la media noche habían sucumbido dos mil valientes. Lord Wellington envió á las tropas la orden de retirarse y de reorganizarse para otro asalto, porque acababa de saber en aquel momento que los ingleses se habían apoderado del castillo y, pensando que el enemigo se mantendría firme en la ciudad, había resuelto repetir el ataque de las brechas. No se retiraron del foso las tropas sin confusión ni sin pérdidas, porque los franceses no disminuyeron su fuego; hubo un momento de alarma en que la voz de que el enemigo efectuaba una salida por sus más distantes lados, precipitó á las tropas hacia las escalas, por lo que se lamentaban los heridos de que, no pudiéndose mover, serían degollados, momento en que también los oficiales que no habían oído la orden, se esforzaban por detener á sus soldados, y en que otros hasta les querían quitar las escalas pero sin poder atravesar la multitud.»

«En ese tiempo, la 3.ª división, que estaba cerca, en el castillo, fuese por temor á arriesgar la pérdida de un punto que aseguraba la conquista de la plaza, fuese que se hiciera demasiado difícil la salida, no había hecho tentativa alguna para desalojar al enemigo de las brechas que defendía. De todos modos, por el otro lado, la 5.ª división había principiado el falso ataque de Pardaleras y en la derecha del Guadiana los

portugueses andaban muy empeñados en el del puente. Así, la ciudad se hallaba rodeada de fuegos, porque la brigada del general Walker se había aprovechado de la ficción sobre Pardaleras para adelantarse y escalar el baluarte de San Vicente. Las tropas de Walker se habían después deslizado á lo largo de la orilla del río y, sin ser descubiertas porque el ruido de las aguas dominaba al de sus pasos, habían atacado el cuerpo de guardia francés de la puerta en la barrera; aunque, elevándose la luna en el momento mismo del ataque de las brechas, los centinelas descubrieron las columnas y les hicieron fuego. Avanzaron rápidamente las tropas inglesas á pesar del fuego de la fusilería y se pusieron á derribar la barrera del camino cubierto. Los portugueses, por el contrario, sobrecogidos de un terror pánico, derribaron las escalas. (1) Apoderáronse de ellas los ingleses y, forzando la barrera, bajaron al foso; pero el ingeniero que les servía de guía había sido muerto y la cuneta les embarazó mucho, porque, cuando consiguieron colocar las escalas, se hallaron con que eran cortas para unos muros que por todos lados tenían más de treinta pies de altura. Los franceses, entretanto, hacían un fuego mortífero; se dió fuego á una mina bajo los pies de los soldados: balas rojas y gruesos maderos caían sobre sus cabezas mientras que los metrallazos barrían de flanco los fosos: los

(1) Dice Chaby: «Es lisonjero el recordar que al feliz éxito de aquella operación contribuyó mucho la conducta decidida y valerosa de nuestros regimientos núms. 9 y 21, hábil y valientemente dirigidos por el brigadier Chapalimaud que mereció á lord Wellington y al mariscal Beresford la más distinguida referencia en las comunicaciones oficiales de los importantes acontecimientos de aquella célebre noche».

ingleses, así, uno tras otro, caían muertos de lo alto de las escalas.»

«Llamados, por fortuna, algunos de los defensores para ayudar á recobrar el castillo, se vieron los muros en parte desguarnecidos; y los asaltantes, habiendo descubierto que la escarpa de un ángulo del baluarte no tenía más que veinte pies de altura, aplicaron á él tres escalas bajo una cañonera sin pieza y tapada con un cestón. Subieron algunos aunque con trabajo porque aún resultaban cortas las escalas, y el primer soldado que llegó hasta el peldaño superior fué izado por sus camaradas, de los que fué, en seguida, tirando hacia sí hasta que todos subieron al baluarte, mientras la guarnición no cesaba de disparar tanto de cada uno de los flancos como de una casa de enfrente. A pesar de esa desventaja, los asaltantes llegaron á ser suficientes para poder conservar el terreno ocupado. La mitad del 4.° regimiento entró en la ciudad y desalojó al enemigo de las casas de donde hacía fuego, en tanto que la otra mitad seguía por el muro en dirección de la brecha con bastante fortuna para apoderarse sucesivamente de tres baluartes.»

En el último de los combates que libró esa mitad del 4.° regimiento, dueña de los baluartes, el general Walker, apostándose delante en el mismo momento en que uno de los artilleros enemigos descargaba una pieza, cayó cubierto de tantas heridas que es un milagro que haya podido sobrevivir á ellas. Algunos de los soldados que le seguían de cerca, viendo en tierra una mecha encendida, gritaron: *¡Una mina! ¡Una mina!* A esa palabra, ¡tal es el poder de la imaginación!, aquellas tropas á quienes ni la robusta barrera, ni el



foso tan profundo, ni las altas murallas, ni el destructor fuego del enemigo habían hecho detenerse, temblaron y retrocedieron, espantadas de un peligro que sólo ellas se habían forjado. Una reserva francesa, á las órdenes del general Veiland, aprovechó aquel desorden para cargarlas fuertemente, y precipitando á unos de lo alto de los parapetos y matando á otros, limpió de nuevo los muros hasta el baluarte de San Vicente. El general Leith había situado allí en reserva al coronel Nugent con un batallón del 38.°, y cuando llegaron los franceses, matando á cuantos llevaban por delante y dando grandes gritos, aquel batallón, de unos doscientos hombres de fuerza, se levantó y con una sola descarga aclaró las líneas del enemigo.»

«Cesó el pánico; los soldados se juntaron y cargaron de nuevo cuanto hallaron á lo largo de la muralla; pero los franceses, aunque envueltos por sus dos flancos y abandonados por la fortuna, no cedían aún. Entretanto, el destacamento del 4.° regimiento, que había entrado en la ciudad en el momento en que era ocupado el baluarte, se hallaba en una situación extraña: las calles estaban desiertas aunque perfectamente iluminadas; no se veía á nadie; sólo se escuchaba un ligero murmullo; las celosías se abrían aquí y allá sin ruido, y de tiempo en tiempo los españoles disparaban por las rendijas de las puertas. Sin embargo, las tropas avanzaban hacia la plaza mayor de la ciudad al son del cuerno, y cogieron, marchando, muchas mulas cargadas de municiones para la defensa de las brechas. Pero en la plaza mayor, tan desierta como las calles, las casas estaban iluminadas interiormente. Podía uno creerse en lugar sometido á algún temible encanta-



miento, porque no se veía otra cosa que luces; sólo revoloteaba en derredor un ligero ruido de voces, mientras que en las brechas el tumulto asemejaba á las explosiones del rayo.»

«Allí era, con efecto, donde la lucha se representaba terrible; la columna, dejando la plaza, trató de coger de revés la guarnición atacando las murallas por la parte de la ciudad: acogida por un vivo fuego de fusilería, fué rechazada con pérdida y tuvo que volver á comenzar su movimiento á través de las calles. En fin, los franceses abandonaron las brechas y las tropas entraron en la ciudad, empeñándose combates parciales en varios puntos. El general Viellande (Veiland) y Philippon, que estaba herido, viendo todo perdido, pasaron el puente con algunos centenares de soldados, se metieron en San Cristóbal y allí se rindieron al día siguiente por la mañana ante la intimación de lord Fitzroy Sommerset que se había lanzado con mucho ardor en su persecución y había pasado el puente levadizo antes de que ellos tuvieran tiempo de organizar mayor resistencia. El bravo gobernador, durante los desastres de aquella noche, había enviado algunos hombres que llevaran la noticia al ejército de Soult, quienes llegaron bastante á tiempo para prevenir otra mayor desgracia.»

Hasta aquí el relato de Napier, escrito verdaderamente magistral, lección tan instructiva como elocuente, en que no parece sino que se propuso ofrecer á sus lectores una muestra de cuantas aptitudes militares poseía para el arte de la guerra con la descripción de una de las funciones en que más se le puede hacer brillar, y á los demás de todos oficios y carreras hasta

dónde llegaba en el arte también de conmover el ánimo de sus compatriotas y excitar los sentimientos de su patriotismo, su orgullo principalmente, con recordarles el valor extraordinario, la tenacidad y constancia imperturbables, la solidez, en fin, de las tropas que reconquistaron para España la plaza de Badajoz. (1)

No puede decirse otro tanto respecto á la habilidad polémica que allí revelaron los jefes de aquellas admirables tropas.

Ha sido por mucho tiempo cuestión de debate y controversia el de por qué, considerándose las tropas inglesas superiores á las demás de Europa en los campos de batalla, por esa solidez que acabamos de atribuirles y su disciplina en el combate, han aparecido con tal inferioridad en los sitios de las plazas que han tenido la misión de conquistar, y en la guerra de la Independencia, en esas mismas de Ciudad Rodrigo y Badajoz á que nos hemos referido, y las de Burgos y San Sebastián sitiadas un año, poco más ó menos, después. Las tropas eran las mismas, el mismo su jefe en Talavera, Busaco, Arapiles y Vitoria, desplegando igual valor y la imperturbable sangre fría ingénita de su raza, á que deben también atribuirse triunfos tan gloriosos como decisivos. Y sin embargo, aun consiguiendo el resultado propuesto, las coronas murales

(1) No llevamos, sin embargo, nuestra admiración al punto á que la eleva Napier al decir: «Lo cierto es que *ningún siglo*, *ninguna nación* confiaron *jamás* el éxito de un combate á soldados más bravos que los que tomaron á Badajoz». Cuanto acabamos de escribir no es poco y de justicia; pero con la historia general y ¿por qué no decirlo? con la española en la mano, se pueden muy bien discutir las palabras subrayadas. Después, aquel asalto quedó olvidado ante los del *Mamelón vert* y de la torre de Malakof.

conquistadas en las ciudades españolas que acabamos de citar, al exigir tan extraordinarios sacrificios, han revelado deficiencias importantísimas, que hay que achacar á la falta de práctica, si no ya á la más absoluta ignorancia acaso, y, sin acaso, al desprecio de los principios fundamentales de la poliorcética, estatuídos por los más expertos y acreditados maestros en ciencia tan compleja. La vanidad británica, al enaltecer el mérito de su Milicia, se resiste á declarar que hay en ella algún vicio, algún demérito, por lo menos, en sus organismos, que perturba las funciones del esencialísimo de su fuerza constitutiva; pero del examen de su historia en aquella guerra se deduce por manera indiscutible que, ó la ciencia del Ingeniero era muy escasa en el ejército inglés, ó se dejaba imponer por el orgullo la impaciencia de sus jefes y hasta el indiferentismo de éstos por la sangre que hacía verter su ignorancia. No importa que los encomiastas de la milicia británica elogien, por su mérito científico, á sus cuerpos facultativos: en ellos, precisamente, hay que buscar las causas de los reveses que, aun venciendo y, más aún, al no vencer, han sufrido sus tropas en los sitios de las plazas por ellas acometidas, á menos de que, según acabamos de indicar, hayan de atribuirse al que todo el mundo ha dado en llamar *el prudentísimo lord Wellington*.

Dice John T. Jones en el prefacio de su obra acerca de los *Sitios emprendidos por los aliados en España durante los años de 1811 y 1812*: «Como en los sitios los cuerpos de artillería y de ingenieros son los agentes principales, se hace natural conjeturar que en el ejército inglés uno ú otro de esos cuerpos carece de los

conocimientos de su arte; pero el primero está tenido á justo título por uno de los más distinguidos de Europa; y lord Wellington, al declarar que los ingenieros han dirigido los sitios con la mayor habilidad (with the greatest ability), y que por su conducta en aquellas ocasiones han aumentado derechos á su aprobación, aleja toda sospecha que hubiera podido provocarse sobre la falta de talento ó de celo en aquellos oficiales». Lo de la habilidad no es cierto, aunque lo certificase el célebre general británico que, en nuestro humilde sentir, lo diría para eximirse de la enorme responsabilidad de tanta sangre como había costado el apresuramiento que manifestó por ocupar aquella plaza, y en eso queremos disculparle, antes de que Soult pudiera acudir en socorro de los sitiados.

Pero ¿qué otra cosa había de suceder al abandonar el camino, tan trillado entonces, de los procedimientos polémicos inventados por Vauban y seguidos con religiosa escrupulosidad por todos los ingenieros y no ingenieros que le sucedieron en la práctica de sus magistrales lecciones? En el sitio de Badajoz se empezó por atenderlas en el establecimiento de las dos primeras paralelas, en el ataque de la Picuriña y, aunque imperfectamente, en el establecimiento de las baterías en ellas construídas. Pero desde ese momento no se descubre en la marcha del sitio ni asomo del arte obsidional moderno. Ya no se camina con zapa ni sin zapa al glacis para la apertura de la tercera paralela, la construcción de la plaza de armas y el coronamiento del camino cubierto (1). Las baterías de brecha que

(1) Ese trabajo sólo se emprendió para el ataque del fuerte de San Roque (la cabeza del puente del Rivillas), y más que

deben de construirse en la cresta del camino y en el de la media luna, si la hay en el frente atacado, se plantan puede decirse que en la gola de la Picuriña ó cerca de ella, eso es, á 500 metros de la plaza, y no hay, por consiguiente, lugar al descenso á los fosos y á su paso para el asalto. De manera que todos esos trabajos que tanta sangre economizan quedan sin uso lo mismo en Badajoz que en Ciudad Rodrigo, donde no había para qué temer la llegada de un ejército enemigo de socorro. Eso revela la adopción sistemática de un procedimiento nuevo en el ataque de las plazas de guerra, cuyos efectos, si pueden ser rápidos, han de producir necesariamente un derramamiento extraordinario de sangre, vertida, acaso, sin fruto en no pocas ocasiones.

De la defensa no se puede hacer sino elogios; y es seguro que, de haber contado con suficientes medios personales, hubiera sido quizás de resultados felices para la causa de los que la ejecutaron con tanta habilidad como valor; Philippon, sobre todo, y su segundo el general Veiland con los jefes de artillería é ingenieros, los coroneles Picoteau y Lamare, reunidos en la plaza inmediata al centro de los ataques, presidieron la defensa á la cabeza de una pequeña reserva con que poderse trasladar á cualquier punto de los amenazados. Las brechas, bien ha podido verse, estaban pro-

---

para conquistarlo, con el fin de romper el dique ó presa que mantenía á la altura conveniente las aguas de la inundación. Y por cierto que, al trazar el ingeniero inglés el ramal de trinchera que dirigiría al camino cubierto del fuerte, dejó la cuerda con que lo señaló, y, pensado por el general Veiland y aceptado por Lamare, el cabo de minadores franceses Stoll, cambió la noche del 29 la dirección de la cuerda, alineándola con una batería del castillo, trastorno que retrasó los trabajos de los ingleses un día, el que tardaron en advertirlo.



vistas de cuanto la previsión más exquisita creyera ser necesario; así es que lo mismo que la división inglesa de Colville, primera que fué al asalto, que la Ligera, de Barnard, que la siguió inmediatamente, fueron rechazadas y casi destruídas por el sin número de artificios, bombas, fogatas y barriles de pólvora, que se hicieron volar á los pies de los asaltantes, y de los ya citados de frisas y mantas que se habían atravesado en las ruinas y cresta de los parapetos batidos por la artillería inglesa. (1)

En aquel punto recibió el gobernador la noticia de que el enemigo había penetrado en el baluarte de Santa María, al que se trasladó corriendo con la satis-

(1) He aquí cómo describe Lamare el momento en que hicieron su efecto todos esos preparativos. «El teniente de minadores Mailhet, encargado especialmente de aquella operación, cogió, con valor y serenidad, el instante oportuno con mucho acierto. Aquel oficial dió fuego á la salchicha, desde el saliente del baluarte (de Santa María), cuando los asaltantes cruzaban en masa los fosos para coronar las brechas. La explosión se verificó con un ruido espantoso y á los gritos repetidos de *¡Vive l' Empereur!* El fuego que salió del largo reguero de pólvora, de los barriles y bombas con una detonación semejante á la del rayo, hizo temblar el suelo. A la oscuridad profunda sucedió de repente la claridad de un vasto incendio que ofrecía á la vista un tremendo espectáculo de ruina y devastación. Por fin, á aquella explosión siguió una descarga á metralla de las piezas de los flancos y de un fuego graneado de mosquetería, dirigido á boca de jarro sobre los ingleses por 700 hombres elegidos, cada uno provisto de tres fusiles. Desde entonces, aquello no fué un combate, fué una matanza, una carnecería; 3.000 hombres fueron muertos ó dejados por muertos en los fosos ó en los *glacis*, y el resto buscó en la fuga su salvación. Los bravos que defendían las brechas no tuvieron más que 20 hombres fuera de combate, pero el teniente Mailhet recibió en un brazo un casco de bomba y murió de la herida».

facción luego de ver por sí mismo que continuaban defendiéndolo con fortuna sus soldados. La noticia, empero, que le llegó al poco rato de cerciorarse de la falsedad de la anterior, la de haber escalado los enemigos las murallas del castillo, era, para desgracia suya, cierta de toda certidumbre. La corta fuerza de que disponía, desproporcionada, ya lo hemos dicho, para la defensa de Badajoz, y la confianza que le inspirarían la situación y fortaleza del castillo, debieron dar al general Philippon tal seguridad de que no sería asaltado, que no dejó en él todo el presidio que hubo de necesitar para su defensa. «Resistíase, dice uno que estaba á su lado, á creer en un revés que la situación del castillo debía hacerle mirar como imposible, y se perdió en vacilaciones un tiempo precioso». La reserva y alguna otra fuerza que se sacó de los baluartes no atacados, llegaron tarde á la puerta del castillo, según se desprende también de la relación de Napier; entró la desconfianza en las tropas francesas y se retiraron de todas sus posiciones, con tanto valor y fortuna defendidas, en los momentos precisamente en que parece se disponía lord Wellington á retirar las suyas del ataque de las brechas. (1)

En el camino del puente que recorrieron Philippon y Veiland con unos 50 infantes y muy pocos jinetes, todo era confusión, tanto mayor cuanto que, al revés de la luz de la luna, que dice Napier que se había levantado durante el combate, y de la iluminación que

(1) Napier dice que Lord Wellington lloró al conocer los desastres de aquella noche. Otro historiador de aquel sitio ha escrito que no se observó su emoción sino por la extremada palidez de su semblante.



hallaron los invasores del castillo, los fugitivos de las brechas huían por las calles en la más honda obscuridad sin distinguir en ellas ni una sola luz. (1)

A eso como á la resistencia que opusieron los franceses y más que nada al ansia del botín y al odio que sin motivo tenemos indicado abrigaban los ingleses contra los inofensivos habitantes de Badajoz, hay que atribuir la atroz, bárbara conducta, observada al entrar allí los que no se cansaban de llamarse nuestros aliados. Como en nosotros pudiera aparecer exagerada la descripción de las horrendas escenas de que aquella noche y los días siguientes fué teatro la infeliz ciudad, vamos á dejarla al mismo que nos hizo la hermosa del asalto que hemos acabado de transmitir á nuestros lectores.

«El ataque, dice Napier, había sido heróico; pero dueños ya de la plaza, los soldados mancharon sus laureles. No todos, es verdad, demostraron igual furor, el mismo encarnizamiento; muchos de ellos arriesgaron su vida tratando de poner freno á tantas violencias; pero desgraciadamente, aquellos cuyas pasiones estaban más excitadas y los más feroces, arrastraron á los demás é hicieron patente cuanto la naturaleza tiene de más asqueroso. La rapacidad más vergonzosa, la embriaguez más brutal, una lujuria desenfrenada, la crueldad, el asesinato, la gritería, los gemidos de las víctimas, las imprecaciones de sus verdugos, el estrépito de las casas hundidas por el incendio atizado por espíritu de venganza, el ruido de los fusilazos, que,

(1) Difícilmente podría dar luz la luna porque el 6 de abril era el día 25 de aquel astro.

aquella vez, deshonraron á los que disparaban: ¡he ahí el cuadro que durante dos días y dos noches ofreció Badajoz! Al tercer día, cuando la ciudad estaba completamente saqueada, aquel desorden tan culpable no había sido aún reprimido, pero disminuyó, y entonces, sólo entonces, se pensó en los heridos y se enterraron los muertos (1).»

Unos y otros eran en gran número, hasta el de 4.885, de los que 378, oficiales, según el despacho oficial de lord Wellington. Los generales Kempt, Harvey, Bowes, Colville y Picton, fueron también heridos; los tres primeros de gravedad, y de los oficiales hubo hasta 60 que quedaron muertos en el sitio mismo del combate. Los franceses, y se comprende muy bien, tuvieron proporcionalmente pocas bajas. Los muertos y heridos fueron sobre 1.500, y nos parece exagerada la cifra; los prisioneros, 3.500, y repetimos que nos parece exagerada la cifra, porque el número de los com-

(1) Chaby añade en su narración: «De muchos robos y asesinatos fueron desgraciadamente víctimas los infelices habitantes: y no fué caso extraño el de que algunos soldados ingleses en el empeño de apoderarse de los objetos hurtados de que iban sus propios camaradas cargados, los asesinaban, siéndolo ellos á su vez por otros, y por idénticos estímulos, asesinados también». El Conde de Toreno dice que lord Wellington se vió amenazado por las bayonetas de sus soldados que le impidieron entrar en la plaza á contener el desenfreno.

¡De tales instintos estaban dotados aquellos infames que así deshonraban su noble uniforme ó tal era la embriaguez que se había apoderado de ellos y que á no pocos produjo la muerte!

Da Luz Soriano hace uso de unas cartas dirigidas en 1812 por Francisco Xavier de Rego Aranha, residente en Elvas, á D.ª María Luisa Valleré, hija del general del mismo apellido, y en que se relataban los incidentes de aquella catástrofe del modo que puede verse en el apéndice núm. 13.



batientes no pasó con mucho del número de 3.000. Entre esos muertos y heridos hay que contar 700 portugueses que compartieron con los británicos las glorias de aquel sitio, por más que, como ha podido observarse en la relación de Napier y más aún en la de Jones, los historiadores ingleses no se ocupan apenas de sus aliados de la Península, si no es, como se ha visto, para insultarlos. Para conocer los servicios prestados por los portugueses en Badajoz como en cuantos sucesos tomaron parte durante aquella guerra, hay que acudir á los interesados en la honra del ejército lusitano, sin el que muy difícilmente hubiera llenado su misión el británico. En este caso concreto en que, repetimos, no han recibido los portugueses sino el olvido ó muestras del desdén más soberano de sus aliados, tenemos que acoger con el espíritu de justicia en que procuramos inspirarnos, frases, por ejemplo, de dos de sus escritores que se distinguen por su patriotismo á la vez que por sus protestas en honor del de sus compatriotas, tan justificadas como elocuentes.

Dice el hoy general Chaby: «No son los regimientos y batallones portugueses á quienes, narrando el caso de la conquista de Badajoz, hemos particularmente aludido, los únicos que merecieran el mayor elogio por la conducta valerosa y digna que ostentaron en el sitio y asalto de aquella plaza; que todos los cuerpos de nuestro ejército que parte más ó menos directa tomaron en aquellos mismos sucesos, fueron modelos de disciplina y arrojo, según nos lo certifican los documentos oficiales, la noticia y tradición de los hechos y la deposición de vivos y personales testimonios, perfectamente de acuerdo dentro y fuera del país;

y la artillería portuguesa, como respecto á ella se expresa el mariscal Beresford, se hizo especialmente benemérita en el sitio».

Por su lado, el Sr. Da Luz Soriano, después de señalar, como Chaby, particularmente los cuerpos del ejército de su nación, uno por uno y contando sus fuerzas respectivas, que tomaron parte en aquella marcial y distinguidísima función, dice, así como en resumen, lo siguiente: «No hay expresiones que adecuadamente puedan pintar y describir el ímpetu y la fuerza del ataque dirigido en la noche del 25 de marzo contra el fuerte de la Picuriña por la brigada portuguesa del 9 y del 21 de infantería, con los cazadores núms. 7 y el 83 escocés, al mando del mismo mariscal Beresford en persona, no importando á ninguno de los soldados de aquella fuerza la pérdida de su vida en el fiel cumplimiento de sus deberes. Todo se hizo con el mayor denuedo y rapidez en la memorable noche de aquel día. No es fácil dar una verdadera idea de los peligros que se arrostraron en semejante empresa, como lo atestiguaron los cadáveres de los valientes soldados portugueses y escoceses que se inmortalizaron junto al citado fuerte, modelos sin par de bravura y honor militar; ni tampoco es fácil que den idea exacta de esto los que no vieron romper el fuego del enemigo, alojado en dicho fuerte, al amanecer del 26 al tomarle los atacantes por escalada las cañoneras. ¡Todo se hizo en defensa y honra de la patria! La conducta de las tropas portuguesas, con ocasión del asalto y toma de dicha plaza de Badajoz, no fué menos distinguida que la manifestada en la toma del fuerte de la Picuriña; y para què no se tache de exagerados en cuanto decimos, vamos

á transcribir aquí la orden del día, que respecto á eso dirigió al ejército el mariscal Beresford el 1.º de mayo de 1812». Y copia esa orden tan justa como laudatoria. (1)

Tal fué el memorable sitio de Badajoz en 1812; y nadie podrá narrarlo con más imparcialidad que un español en su aspecto técnico militar, puesto que no tomaron parte en él las tropas de su nación. No así al recordar las horribles escenas que se representaron en las calles de la infeliz ciudad, cuyos habitantes, al decir de un testigo presencial, esperaban con los brazos abiertos y con refrescos, de antemano preparados, á los que suponían amigos y libertadores suyos. (2) La glo-

---

(1) Tanto Da Luz Soriano como Chaby, que escribieron ó al menos publicaron sus obras hacia el mismo tiempo, toman cuenta de una noticia que corrió por todo Portugal y aun valió á su autor una pensión del Estado; la de que un corneta del batallón Cazadores núm. 7, llamado José Francisco de Castro, había con sus toques de retirada al estilo francés, hecho que abandonasen las brechas sus defensores y logrado así para los sitiadores la toma de Badajoz. Desmintiólo rotundamente el general Antonio de Oliva e Sousa Sequeira en un folleto curiosísimo que publicó en 1860 con el título de «Rectificações históricas», en el que hacía ver que todo era una pura ficción para acreditar la justicia de una pensión concedida sin el debido estudio y con harta largueza.

En Madrid también se puso hace muchos años de manifiesto aquel error, que ya se había hecho legendario en Portugal, al publicarse en un periódico titulado *El Averiguador*, que dirigía el erudito Ingeniero Sr. Mariátegui, una pregunta sobre ese asunto. El que esto escribe contestó y lo hizo, por lo que puede recordar, con citas como las que expone el Sr. Da Luz Soriano y con su mismo concluyente argumento, de que Badajoz no fué tomada por las brechas, que no abandonaron los franceses hasta que, asaltados el castillo y el baluarte de San Vicente, se hizo imposible su defensa.

(2) Manuscrito de D. José Turrens, capitán de provinciales de Badajoz, que se lo prestó al general Chaby, y que éste nuestro distinguido amigo, atribuye á un eclesiástico pariente próximo de nuestro compatriota del mismo nombre y apellido, y que presenció todos los sitios de Badajoz.



ria de tan hazañosa jornada pertenece, sin disputa, á nuestros aliados ingleses y portugueses, que la compraron bien cara, á precio de su sangre vertida á torrentes en holocausto á su proverbial denuedo y al honor de sus banderas, y no hemos de escatimarles ni un ápice de esa gloria los que obtuvimos el fruto de tamaños sacrificios al devolvérsenos la joya inapreciable, para cuya conservación tantos y tan generosos los habían hecho los soldados del general Menacho, de memoria imperecedera en todo español y en los fastos de aquella guerra. (1)

(1) Para complemento de cuantas noticias acabamos de comunicar á nuestros lectores sobre el asedio de Badajoz, puede verse el parte ó despacho dirigido por lord Wellington al ministro Liverpool, en el apéndice núm. 14.

APÉNDICES

NÚMERO 1

En la sesión secreta del 16 de marzo de 1812, fué expedido el decreto siguiente:

«Las Córtes generales y extraordinarias, atendiendo á que el bien y seguridad del Estado son incompatibles con la sucesion del Infante D. Francisco de Paula y de la Infanta Doña María Luisa, Reina viuda de Etruria, hermanos del Sr. D. Fernando VII, al trono de las Españas, por las circunstancias particulares que en ellos concurren, y teniendo en consideracion lo que se previene en el art. 181 de la Constitucion, han venido en declarar y decretar que el Infante D. Francisco de Paula y su descendencia, y la Infanta Doña María Luisa, Reina viuda de Etruria, y la suya, quedan excluídos de la sucesion á la Corona de las Españas. En su consecuencia, á falta del Infante D. Carlos María y su descendencia legítima, entrará á suceder en la Corona la Infanta Doña Carlota Joaquina, Princesa del Brasil; y su descendencia tambien legítima; y á falta de ésta, la Infanta Doña María Isabel, Princesa heredera de las Dos-Sicilias, y su descendencia legítima; y á falta de estos tres hermanos del Sr. D. Fernando VII y de sus descendientes, las demás personas y líneas que deban suceder, segun lo prevenido en la Constitucion, en el órden y forma que ella establece. Asimismo declaran y decretan las Córtes que queda excluída de la sucesion á la Corona de las Españas la Archiduquesa de Austria Doña María Luisa, hija de Francisco, Emperador de Austria, habida en su segundo matrimonio, como igualmente la descendencia de la citada Archiduquesa. Lo tendrá entendido la Regencia del Reino y lo hará imprimir, publicar y circular.»

Este decreto se leyó en la sesión del día 18, y se publicó en el Diario de Sesiones de las Córtes generales y extraordinarias.



NÚMERO 2

Cádiz 21 de marzo de 1811.=Con fecha 11 del actual comunicó el Sr. Ministro de la Guerra á los generales en gefe de los exércitos de operaciones lo siguiente:

«La Regencia del Reyno ha dispuesto que todos los generales en gefe de los exércitos señalen á los gefes de los cuerpos de las distintas armas que le componen el término de un mes para acabar de perfeccionarse en el estudio de las Reales Ordenanzas, táctica, y en la práctica de mando que deben tener con proporcion á sus empleos; y que pasado este tiempo reviste el mismo gefe principal las divisiones, brigadas, regimientos y batallones del exército, comisionando un general de su satisfaccion para que pase igual revista por compañías, las que deberán ver mandadas por sus capitanes y subalternos. Es la voluntad de S. A., que en consecuencia de esta revista propongan los generales en gefe la separacion del mando de cualquiera general que no sepa mandar en línea su division; del brigadier, ó comandante de brigada ó de seccion, que no sepa mandar los batallones de que se compone; del gefe de batallon que no tenga conocimientos necesarios para mandar el que le esté confiado; y la del capitan ó subalterno que no pueda desempeñar el mando de la compañía que debe instruir.

S. A. espera del celo y patriotismo de los generales de los exércitos, que darán á esta providencia el más exacto cumplimiento, sin la menor contemplacion con los oficiales inaplicados y floxos; teniendo muy presente que el valor y patriotismo no basta para conducir las tropas á la victoria; y que es absolutamente preciso que el gefe que en adelante quiera hacerse digno de mandar los soldados de la Patria, adquiera por medio de una constante aplicacion los conocimientos precisos para tan honroso cargo.

El Gobierno está bien convencido de la necesidad de atender particularmente al soldado, que debe ser el hijo predilecto de la Patria, y defiende y conoce y agradece el mérito singular que él y sus gefes han contraído en esta gloriosa lucha; procurará que nada falte á los defensores de la Nacion y del trono: recompensará los servicios de los que se distingan en las acciones de guerra, ó en los esfuerzos que hagan para adelantar la disciplina é instruccion de las tropas; y procurará remunerar los servicios atrasados que hayan hecho algunos beneméritos militares que se encuentren postergados por haber cuidado más de contraer nuevos méritos que solicitar la recompensa de los pasados; pero no permitirá quede empleado en mando alguno ningun gefe que no se halle dotado de todas las cualidades necesarias para desempeñarlo con completa utilidad. Y respecto á que el mismo Gobierno superior no puede enterarse de las disposiciones individuales de cada gefe empleado en los exércitos, espera que los generales en gefe, los particulares gefes del Estado mayor, Inspectores y gefes de cuerpos, cada uno en proporción de la parte de intervencion que le corresponde, cuidarán de dar á esta su voluntad el cumplimiento proporcionado á la urgencia de poner los exércitos en estado de poderse evaluar por su valor y disciplina más que por su número; y reputará como criminal cualquiera contemplacion ó parcialidad en dicha materia.»



NÚMERO 3

Estado ***de la fuerza de todas armas que concurrieron á la defensa de la plaza de Tarifa.***

ARMAS	CUERPOS	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos.	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos.	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos.
Infantería	Cantabria	32	418	»	10	130	»	42	548	»
Infantería	Irlanda	20	337	»	6	116	»	26	453	»
Infantería	Cazadores	15	318	»	1	99	»	16	417	»
Artillería		5	101	»	»	9	»	5	110	»
Zapadores		4	79	»	»	3	»	4	82	»
Caballería		1	16	25	»	»	»	1	16	25
Suma total		77	1.269	25	17	357	»	94	1.626	25

NOTA. Además de la fuerza española indicada, había en la plaza de Tarifa una brigada inglesa que constaba de 67 jefes y oficiales, y 1.707 hombres efectivos.

Plana Mayor

Comandante general...............	El Mariscal de campo D. Francisco Copons y Navia.
Jefe del Estado Mayor.............	El Brigadier D. Gaspar Mampocy, 1.er ayudante.
Comandante general de Ingenieros.	El Teniente coronel D. Eugenio Iraurqui.
Idem de Artillería.................	El Teniente D. Tomás Iriarte.
Comandante general de las tropas británicas......................	El Coronel Skerrett.

(De los estados, por la Sección de Historia militar en 1821).

NÚMERO 4

—

ESTADO DE LAS TROPAS FRANCESAS EN EL SITIO DE TARIFA

Estado Mayor.

El mariscal Víctor, comandante en jefe del primer Cuerpo.

El general Leval, comandante en jefe del cuarto Cuerpo y de las tropas del sitio.

Infantería y Caballería.

1.ª *División, (formada de las tropas del cuarto Cuerpo).*

GENERAL BARROIS

Brigada	43.º de línea	3.000 h.^{s} pres.	
	7.º del Vístula		
	9.º del Vístula		
Brigada	16.º regimiento de dragones	500 »	500 cab.^{s}
	21.º reg. de dragones (dest.º)	85 »	85 »

2.ª *División (formada de tropas del primer Cuerpo).*

GENERAL LEVAL

1.ª brigada	16.º ligero	3 batall.^{s}	6.000 »	
	94.º de línea	1 »		
2.ª brigada	51.º de línea	2 »		
	95.º íd	1 »		
3.ª brigada	54.º de línea	2 »		
	27.º ligero	1 »		
	TOTAL		9.585 h.^{s}	585 cab.^{s}

NOTA. Independientemente de esas tropas, tres batallones del 8.º y 63.º de línea, y dos escuadrones del 2.º regimiento de dragones, habían quedado en Facina y Vejer para cubrir las comunicaciones.

Artillería.

Estado Mayor

D'Aboville, general de brigada, comandante de la artillería en el primer Cuerpo y en el sitio.

Marilhac, mayor, jefe de estado mayor.

Legay, comandante, comandante del material de sitio.

Javerzac, capitán.
Noailles, íd.
Forget, íd., ayudante de campo del general D'Aboville.
Hamelin, capitán.
Fraissignes, capitán.
Marcó, íd.
Colson, íd.
Averos, teniente.
Romagnies, íd.

Tropas.

Artillería á pie.	1.er regimiento.......	7.ª compañía.............	2 of.ª	44 h.ª	
	6.º regimiento........	19.ª compañía.............	2 »	67 »	
		21.ª compañía (dest.º).....	1 »	20 »	
Obreros.........	»	8.ª compañía dest.º)......		17 »	
Tren de artill.ª.	2.º batallón principal.	»	3 »	243 »	360 c.ª
Tren de equip.es	»	»	1 »	69 »	98 »
		TOTAL...............	9 of.ª	460 h.ª	458 c.ª

NOTA. Independientemente de estas tropas, dos compañías del 8.º y 9.º regimientos de artillería á pie y cierto número de caballos y mulas servían dos baterías de artillería de montaña, formando parte de las divisiones de infantería.

(Traducido de la obra de Belmas).

NÚMERO 5

—

«Campamento delante de Tarifa 30 de diciembre de 1811.—El general de división, baron del imperio, oficial mayor de la legion de honor, gran cruz de la Órden de Cárlos-Federico, comandante de las tropas del sitio de Tarifa.—Señor gobernador de la plaza de Tarifa.=Señor.: Con la defensa que hace esa plaza del mando de V. S. tiene suficientemente justificada aquella opinión que es la base del honor militar, á fin de que yo no dude de que penetrado V. S. de la inutilidad de una resistencia más larga, procurará evitar las funestas consecuencias que su obstinacion pudiera atraer sobre la ciudad y habitantes de Tarifa.=Desde ayer está abierta la brecha, la que en pocas horas será practicable. Elija V. S., pues, entre una capitulacion honrosa, ó los horrores de un asalto que le amenaza.=Complázcome en creer que aceptará mi primera proposicion siempre que se detenga en considerar que el mismo honor que le impele á la defensa, le prescribe al mismo tiempo, el ahorrar también la sangre de una poblacion cuya suerte estriba en V. S., antes de verla sepultada en las ruinas de esa plaza. Tenga V. S. á bien Sr. gobernador, el admitir las expresiones más distinguidas en que le tengo.=Leval.=P. D.=Advierto á V. S. que únicamente tiene dos horas de tiempo para que me envíe su contestación.»

«El general sin detenerse, dice Iraurquí, ni consultar con persona alguna de la guarnicion, dió la contestacion que sigue:

«Señor General Leval.=Sin duda ignorará V. S. que me hallo yo en esta plaza, quando propone á su gobernador el que admita una capitulacion por hallarse la brecha próxima á ser practicable. Quando lo esté, á la cabeza de mis tropas en ella para defenderla me encontrará V. S. y entonces hablaremos.=Quedo á la disposicion de V. S. en la plaza de Tarifa el 30 de Diciembre de 1811, á las dos y quarto de la tarde.=Copons.=P. D.=Sírvase V. S. omitir en lo sucesivo parlamentos.»

«En seguida el General manifestó á la guarnición la intimacion que el enemigo acababa de hacer á la plaza en los términos siguientes»:

«Soldados: El General Leval, gefe de las tropas francesas que teneis á vuestro frente, temerariamente me ha intimado que esta plaza de nuestro amado rey Fernando VII se le entregue por medio de una capitulacion, ó que de no hacerlo asaltará la brecha. Asegurado yo de vuestra lealtad y del valor que me habeis manifestado, le he contestado lo siguiente:=Sr. General... &.=Mi corazon queda penetrado Soldados, de que esta contestacion que he dado al enemigo, el más bisoño de vosotros lo mismo hubiera hecho. Bien sabeis que á la cabeza de vosotros en los riesgos que hasta ahora se han presentado, me habeis visto y por esto me persuado mereceré vuestra confianza, para que me tengais por compañero, y el primero en la brecha, si el enemigo intenta atacarlo.=Tarifa 30 de Diciembre de 1811=Francisco Copons».

APÉNDICE NÚM. 6

Situación de las tropas que componían el ejército de Aragón el 15 de septiembre de 1811

DIVISIONES	BRIGADAS	REGIMIENTOS	NÚMERO DE LOS Batallones	NÚMERO DE LOS Escuad.ᵒˢ	PRESENTES En Sagunto Hombres	PRESENTES En Sagunto Caballos	PRESENTES En Aragón, La línea y las plazas Hombres	PRESENTES En Aragón, La línea y las plazas Caballos
1.ª DIVISIÓN General Musnier	General Robert	114.º de línea	3	»	1.637	»	272	»
		1.º del Vístula	2	»	853	»	1.698	»
	General Ficatier	121.º de línea	3	»	1.170	»	699	»
		2.º del Vístula	2	»	1.129	»	811	»
2.ª DIVISIÓN General Harispe	General París	7.º de línea	4	»	1.639	»	163	»
		116.º de línea	3	»	1.117	»	58	»
	General Chlopiski	44.º de línea	2	»	1.206	»	582	»
		3.º del Vístula	2	»	750	»	1.119	»
3.ª DIVISIÓN General Habert	General Montmarie	5.º ligero	2	»	802	»	100	»
		16.º de línea	3	»	1.317	»	122	»
	General Bronikoski	117.º de línea	3	»	1.340	»	485	»
DIVISIÓN ITALIANA General Palombini	General Saint-Paul	2.º ligero	2	»	1.218	»	61	»
		4.º de línea	2	»	904	»	33	»
	General Balathier	5.º de línea	2	»	930	»	220	»
		6.º de línea	2	»	845	»	86	»
Caballería	Coronel Schiazzetti	Dragones Napoleón	»	2	157	169	124	108
DIVISIÓN NAPOLITANA General Compère	General Ferrier	1.º ligero	1	»	446	»	8	»
		Regimiento del Rey	1	»	560	»	4	»
		Idem de la Reina	1	»	385	»	5	»
		1.º de Cazadores	»	1	103	108	»	»
		2.º de Cazadores	»	1	66	71	»	»
Caballería	General Boussard	4.º de Húsares	»	4	270	270	690	623
		24.º de Dragones	»	2	436	458	101	107
		13.º de Coraceros	»	4	554	557	71	68
Artillería	General Valée	»	»	»	1.801	1.318	23	16
Ingenieros	General Rogniat	»	»	»	600	93	13	»
		TOTALES	40	14	22.235	3.044	6.898	917

(De las Memorias de Suchet).

NÚMERO 7

Estado *de la fuerza efectiva y disponible de la parte de los ejércitos expedicionarios 2.° y 3.° que concurrieron á la batalla de Sagunto, en 25 de octubre de 1811.*

Divisiones y sus comandantes	Cuerpos de que se componen	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos.	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos.	Jefes y oficiales...	Tropa....	Caballos.
CUERPO EXPEDICIONARIO *Vanguardia.* El Mariscal de campo D. José Lardizábal...	*Infantería.*—Africa, 2 batallones.—Murcia, 2 batallones.—Campo mayor, 1 bat.—Tiradores de Cuenca, 1 bat.—2.° de Badajoz, 2 bat.s—Total, 8 batallones....	149	2.823	•	51	1.786	•	200	4.609	•
CUERPO EXPEDICIONARIO 4.ª *División.* El Mariscal de campo D. José de Zayas....	*Infantería.*—2.° Bat. de Guardias Españolas, 1 bat.—4.° bat. de idem, 1 bat.—1.er bat. de Guardias Walonas, 1 bat.—Voluntarios de la Patria, 1 bat.—Imperiales de Toledo, 1 bat.—Ciudad Rodrigo, 1 bat.—Legión extranjera, 1 bat.—Compañías de cazadores.—Total, 8 batallones....	177	2.673	•	25	563	•	202	2.936	•
CABALLERÍA EXPEDICIONARIA. El brig.r D. Casimiro Loy...	*Caballería.*—Granaderos, 2 escuad.s—Rey, 1 escuadrón.—Húsares de Castilla, 1 escuad. Total, 4 escuadrones.....	50	244	244	17	420	247	67	664	491
•	*Artillería.*—3.er escuad.ª	11	214	93	2	52	7	13	266	100
2.° EJÉRCITO Div.n del Mariscal de campo D. José Miranda, al mando del gral. Don Carlos O'Donnell.........	*Infantería.*—Regimiento de Valencia.—Idem Voluntarios de Castilla.—1.er Bat. de Avila.—2.° Bat. de Caz. de Valencia.—Total, 7 batallones...............	120	3.844	•	47	748	•	167	4.592	•
2.° EJÉRCITO División del Mariscal de campo Don José Obispo, al mando del general D. Carlos O'Donnell.	*Infantería.*—Regimiento de Cariñena, 2 bat.s—Avila, 2 bat.s—1.° Voluntarios de Aragón, 1 bat.—Daroca, 1 bat.—Tiradores de Doyle, 1 bat.—Total, 6 batallones................	110	3.290	•	72	1.661	•	182	4.951	•
2.° EJÉRCITO División del Mariscal de campo D. Pedro Villacampa, al mando del general Don Carlos O'Donnell.........	*Infantería.*—Regimiento 2.° de la Princesa, 2 batallones.—Id. 2.° de Soria, 2 bat.s—2.° de Voluntarios de Aragón, 1 bat.—Cazadores de Valencia, 1 bat.—Voluntarios de Molina, 1 bat.—Total, 7 batallones..	162	3.190	•	66	1.489	•	228	4.679	•

Divisiones y sus comandantes	Cuerpos de que se componen	DISPONIBLE			BAJAS			FUERZA TOTAL		
		Jefes y oficiales..	Tropa....	Caballos.	Jefes y oficiales..	Tropa....	Caballos.	Jefes y oficiales..	Tropa....	Caballos.
2.° EJÉRCITO Tropas de reserva...........	*Infantería*.—3 bat.ª de Voluntarios de Castilla, 1 bat.—3.° ídem del Infante D. Carlos, 1 bat.—3.° ídem del de Avila, 1 bat.—3.° de Caz. de Valencia, 1 bat.—1.° ídem de Orihuela, 1 bat.—Total, 5 batallones..........	75	3.595	»	34	665	»	109	4.260	»
2.° EJÉRCITO *Caballería*. El Mariscal de campo D. José San Juan.....	*Caballería*.—Cuenca.—Dragones del Rey.—1.er escuad. de la Reina.—Numancia.—Húsares de Aragón.—Cazadores de Valencia.—Alcántara, provisional.—Húsares españoles, ídem.—Ídem de Granada, ídem.—Total, 17 escuadrones....	111	1.610	1641	54	968	454	165	2.578	2095
2.° EJÉRCITO Artillería	*Artillería*.—De á caballo, 1 escuad.—1.ª y 2.ª compañía de á pie....	21	340	184	2	70	18	23	410	202
3.er EJÉRCITO 1.ª *División*. Brig.r Conde del Montijo......	*Infantería*.—Regimiento 1.° de Badajoz.—Id. de Cuenca.—Bat. ligero. Voluntarios de Burgos.—Zapadores.—Total 4 batallones.......	108	2.302	»	51	1.098	»	159	3.400	»
3.er EJÉRCITO 2.ª *División*. Brig.r D. Juan Creagh.......	*Infantería*.—Corona.—Alcázar de San Juan.—Tiradores de Cádiz.—Total, 3 batallones..	97	2.121	»	31	706	»	128	2.827	»
3.er EJÉRCITO 2.ª *División*. Caballería	*Caballería*.—Dragones de la Reina, 2 escuad.—Id. de Pavía, 2 escuadrones.—Id. de Granada, 2 escuad.—Id. de Madrid, 1 escuadrón.—Húsares de Fernando VII, 1 escuadrón.—Total, 8 escuadrones...............	83	743	826	38	498	257	121	1.241	1083
Artillería del 3.er ejército..	2.ª compañía de á caballo..................	3	78	81	»	20	2	3	98	83

RESUMEN GENERAL

EJÉRCITOS	DIVISIONES	Batallones	Escuadrones	DISPONIBLE Jefes y oficiales	DISPONIBLE Tropa	DISPONIBLE Caballos	BAJAS Jefes y oficiales	BAJAS Tropa	BAJAS Caballos	FUERZA TOTAL Jefes y oficiales	FUERZA TOTAL Tropa	FUERZA TOTAL Caballos
Cuerpo expedicionario	Vanguardia	8	»	149	2.823	»	51	1.786	»	200	4.600	»
	4.ª división	8	»	177	2.373	»	25	563	»	202	2.936	»
	Caballería	»	4	50	244	244	17	420	247	67	664	491
	Artillería	»	1	11	214	93	2	52	7	13	266	100
2.° Ejército	División del general Miranda	7	»	120	3.844	»	47	748	»	167	4.592	»
	Id. del gral. Obispo	6	»	110	3.290	»	72	1.661	»	182	4.951	»
	Id. del gral. Villacampa	7	»	162	3.190	»	66	1.489	»	228	4.679	»
	Tropas de reserva	5	»	75	3.595	»	34	665	»	109	4.260	»
	Caballería	»	17	111	1.610	1.641	54	963	454	165	2.573	2.095
	Artillería	»	1	21	840	184	2	70	18	23	410	202
3.er Ejército	1.ª división	4	»	108	2.302	»	51	1.098	»	159	3.400	»
	2.ª idem	3	»	97	2.121	»	31	706	»	128	2.827	»
	Caballería	»	8	83	743	826	38	498	257	121	1.241	1.083
	Artillería	»	»	3	78	81	»	20	2	3	98	83
	SUMA TOTAL	48	31	1.277	26.767	3.060	490	10.739	985	1.767	37.506	4.054

Plana mayor.

General en jefe.................. El capitán general D. Joaquín Blake.

(De los estados, por la Sección de Historia militar en 1821.)

NÚMERO 8

En ninguna parte pueden verse mejor expuestos los motivos en que el brigadier Andriani fundó la capitulación de Sagunto, ni los sucesos que la precedieron, que en sus mismos escritos. Por eso, y aunque sin reproducir los más extensos, por impropios de un apéndice, insertamos en éste el «Extracto del Manifiesto de la Defensa del retrincheramiento no concluído en 1811, conocido por castillo de S. Fernando de Sagunto, que hizo su gobernador el brigadier Andriani.»

«El día 23 de setiembre de 1811 entraron los franceses en la villa de Murviedro entre dos y tres de la tarde, siendo su exército compuesto de unos 18000 hombres al mando del mariscal Suchet.

Al dia siguiente sitiaron el retrincheramiento no concluido, conocido por Castillo de San Fernando de Sagunto.

A S. E. el señor Blake, general en gefe del 2.º exército en 1811, al general Pírez, gefe de aquel E. M., al director de las obras de Sagunto el mayor de ingenieros Xaramillo, á sus comandantes de artillería é ingenieros el coronel Cuesta, y capitan Medrano, á toda su guarnicion, á todos los muchos paisanos valencianos que fueron empleados en sus obras, consta que quando el enemigo puso sitio á dicho retrincheramiento carecía éste de obras exteriores, de fosos, camino cubierto; que los escarpes no eran practicados, ni cegadas algunas cuevas exteriores casi tocando con los débiles muros: los mismos podrán decir si los árboles de su falda eran batidos; si los muros que le circundaban no eran interior y exteriormente descarnados; si algunos carecían de parapetos, declivios superiores, y de andenes; si á la llegada del enemigo habia en este retrincheramiento quatro aberturas, que eran otras tantas brechas.

Su guarnición en el primer día del sitio se componía de 2900 hombres, mitad de la gente que necesitaba para su defensa con respecto á su excesiva extensión, á su irregularidad, al considerable atraso de sus obras y al sinnúmero de objetos á que habia de atender: sin edificios á prueba de bomba, sin bóvedas, granadas de mano escasas, solas diez y siete piezas de artillería, las de mayor calibre tres de á doce. Estas tropas, al paso que otras han tenido la población que las excitase, carecían de su apoyo tanto más necesario, que la comun opinion de militares y paisanos, que conocian el mal estado de este retrincheramiento, era de que quedaban en él sacrificados los defensores. Sus pechos, las piedras y el amor á su Rey y á su Patria fueron los únicos estímulos que exâltaron su valor, y promovieron su gloria.

A las dos de la mañana del 28 de setiembre de 1811 asaltó el enemigo por cinco puntos diferentes el espacio llamado Plaza del Dos de Mayo, retrincheramiento baxo, y el de la quarta plaza por el frente de la Villa; despues del más intrépido y obstinado avance, en el que logró el enemigo montar sobre los mismos parapetos, fué rechazado á las tres horas de un combate horrible, sufriendo grande pérdida. En este dia se le arrojaron gran número de granadas y piedras. Despues de amanecido los muchos granaderos y zapadores tendidos por la falda del monte al pie de los débiles muros, más de sesenta escalas y otros varios despojos fueron un solemne testimonio de la heroicidad con que la guarnición rechazó al enemigo.

El 18 de octubre del expresado año intentó asaltar la brecha abierta en el frente del Dos de Mayo: fué infernal el fuego de fusilería, balas rasas y

bombas: se hizo mucho uso de las granadas y piedras: se logró rechazarle con ignominia suya y gran pérdida de gente.

Á cosa de las tres de la tarde del expresado repitió el asalto con indecible furia; llegó á trepar hasta la misma cresta de la brecha. El arrojo y obstinacion de los asaltantes se estrellaron contra la firmeza y arrogancia heróica de los más esforzados españoles, que envueltos entre polvo y piedras que levantaban las balas enemigas, los precipitaron de la brecha causándoles grande mortandad y pérdida. En este asalto, como en los anteriores, renovaron los modernos Saguntinos las inmortales glorias de los antiguos.

En dicho día tocó como por la mano toda la guarnición su cortedad de gente, pues por la empleada en el punto asaltado, y por la demás que hubo de ocuparse en su socorro, esto es, en los acarreos de agua, vino, heridos, municiones &c., se conoció era imposible rechazar un asalto general si el enemigo lo realizaba por varios puntos, como lo verificó en 28 de setiembre, día que, á pesar de ser á los primeros del sitio, se corrió el más inminente riesgo de ser forzados y pasados á cuchillo.

La tropa llegó á extenuarse de fatiga; la razon es evidente. Desde el primer dia empezó Sagunto por donde plazas han concluido, esto es, por emplearse sus defensores en obstruir brechas y repararlas. Esta operación, las alarmas multiplicadas, el acarreo diario de agua, el terraplenar la batería de san Fernando, la construcción de merlones del Dos de Mayo y otros trabajos en el mismo, la habilitación de sus flancos, el cubrir las enfiladas, aunque imperfectamente por falta de materiales, la colocación de andamios, que sirvieron de banquetas, la construcción de hornos con un solo Ingeniero y un solo maestro de carpintería, da una prueba clara de que nada se exagera, mayormente si se tiene en consideracion el extraordinario indispensable servicio diario, por lo que asistentes y tambores llegaron á ser empleados en los trabajos. De resultas se aniquilaron las fuerzas físicas del soldado, y llegó el caso extremo de quedarse dormidas las centinelas involuntariamente en sus puestos.

Sin embargo, desde dicho último asalto estuvo la tropa decidida á perecer antes que rendirse: redobló su vigilancia y sus esfuerzos durante siete días consecutivos con brecha abierta, forzada y sostenida: sabía que todos debían ser víctimas si el enemigo intentaba un asalto general, que no podía frustrar ni impedir: pronta á todo sacrificio quiso dar un público testimonio de su heroismo, prolongando la defensa mucho más allá de lo posible.

Perdida la batalla del 25, única esperanza que podía quedarle á Sagunto en sus agonías, no fué él quien propuso rendirse, prolongó aún 24 horas más la defensa; y apurados todos los recursos del arte, hallándose con tres brechas abiertas y practicables, en un día de un huracán terrible que venía de las mismas, é imposibilitaba defenderlas, capituló con los honores de la guerra, saliendo con armas y banderas por la misma brecha, que tan heróicamente supieron defender.

OBSERVACIONES

1.ª Compárese el modo como artillaron los franceses Sagunto, y cómo lo estaba quando su gloriosa defensa. Véanse los escarpes considerables que han practicado por todas las partes débiles del extendido recinto; la elevación que han dado á los muros sobre las mismas; cómo han batido los árboles, no sólo de sus faldas, sino de sus proximidades; los almacenes, hornos. tahonas construidas; cómo han rebajado la meseta interior de la llamada



Ciudadela; cómo han cerrado ésta, y escarpado su gola, y entonces se acabará de conocer la debilidad de dicho retrincheramiento quando los enemigos lo sitiaron.

2.ª Sin operario de artillería, el asistente del gobernador exercía estas funciones.

3.ª La tropa (todos valencianos) quintos, que apenas acababan de recibir los más la primera instrucción. Por lo mucho que el gobernador resguardó la tropa se perdieron solos al pie de 400 hombres.

4.ª Aunque hubiera víveres para dos meses quando la rendición, ésta era inevitable; los enfermos no tenían carne para sus caldos, los heridos medicinas ni hilas (1): el agua agotada en todos los algibes, menos en el de la tercera plaza: sus acarreos atropellaban la guarnición, no alcanzando sus brazos para tanto como tenían en qué emplearlos, todo de primera necesidad. El horno de la tropa recién cerrado quando se capituló, no era aún servible: se carecía de tahona: la galleta concluyó en el propio día, según consta por el estado de víveres: la leña empleada en cubrir las enfiladas; y no siendo ésta suficiente al objeto, se emplearon en él gergones y cabezales del Hospital.

5.ª El mariscal Suchet, escribiendo al gefe de E. M. del primer exército D. F. X. Cabanes sobre el cange del gobernador, que dicho gefe había propuesto, entre otras cosas dice hablando del gobernador: «En el día es más »fácil criticarle que imitarle.» En otros parages de la misma ensalza extraordinariamente la conducta del gobernador. Confiesa Suchet dos asaltos que perdió, el tercero lo omite. Es sabido que siempre trata el enemigo de disminuir sus pérdidas, y las glorias de su contrario. Los Saguntinos modernos todos como testigos que lo presenciaron podrán decir si fueron ó no asaltados por la mañana, si el enemigo tuvo ó no pérdida en este asalto que se le frustró.

6.ª Algunos oficiales Aragoneses, y otros, como el brigadier Cisneros &c., que se hallaron en la heroica defensa de Zaragoza, se hacen grande honor de ser defensores de Sagunto: pregónteseles, y dirán, como dicen á boca llena, que tanto ó más han merecido en Sagunto que en Zaragoza.

7.ª Despues de Zaragoza y Gerona ninguna otra plaza puede gloriarse como Sagunto, en la pasada guerra, de haber rechazado heróicamente tres asaltos, y hecho tan obstinada y gloriosa defensa.

8.ª El gobernador entregó á S. M. el 13 de agosto de 1814, luego de su regreso de prisionero, un manifiesto acerca de la defensa de Sagunto, compuesto de un discurso acompañado de 18 piezas comprobatorias: quales son: 1.ª Descripción del retrincheramiento. 2.ª Plano. 3.ª Correspondencia del gobernador con varias autoridades antes que le pusieran sitio los enemigos. 4.ª Noticia de la guarnicion y su servicio. 5.ª Estado de su fuerza, y detall del servicio diario. 6.ª Noticia del ramo de artillería. 7.ª Id. del de ingenieros. 8.ª Id. del de víveres. 9.ª Estado de víveres. 10.ª Diario del sitio formado por el teniente coronel de artillería Tendearista. 11.ª Ordenes diarias y proclamas durante el sitio. 12.ª Oficios del gobernador al general en gefe durante el sitio. 13.ª Correspondencia del gobernador con el general en gefe sitiador. 14.ª Motivos que tuvo el gobernador para capitular. 15.ª Partes del

(1) Como el mérito de la defensa no dependió de los víveres, se le pasó por alto al gobernador en su manifiesto hacer mencion de la falta de hilas y medicinas: en quanto á la certeza de esto se refiere á los mismos facultativos y heridos que contenía la guarnicion, á la pública notoriedad.



general enemigo á su gobierno sobre la rendición de Sagunto, y batalla del 25. 16.ª Oficio del gefe de E. M. del primer exército al mariscal Suchet, y contexto de éste. 17.ª Resúmen de los trabajos hechos en Sagunto por los franceses. 18.ª Observaciones del gobernador sobre las gacetas de Valencia de 1.º y 5 de noviembre de 1811.

Dicho manifiesto pasó á últimos de setiembre al Supremo de la Guerra. Creyó el gobernador que este asunto se vería en él á 1.ºs del corriente año: retardándose más tiempo, representó á S. M. Se dignó en su vista mandar en 18 de febrero próximo pasado que se despachase á la mayor brevedad, y que se le diese cuenta: de resultas de la consulta que con este motivo hizo á Su Magestad el Consejo Supremo, se le ha oficiado al gobernador con fecha de 4 de marzo próximo pasado que aguarde.

Extrajudicialmente sabe que los señores vocales del Supremo Consejo, piensan exâminar la defensa de Sagunto quando lo verifiquen con la de las tropas que entregaron su capital. El gobernador que espera siempre en la ilustración, imparcialidad y justicia de los señores vocales, despues de aguardado como se le tiene prevenido, representa de nuevo pidiendo que pues Sagunto con su capital se halla en la misma proporción que tuvo Olivencia con Badajoz, Rosas con Gerona, ésta con Hostalrich, y así de otras, no se incorpore con la de dicha su capital la decision que solicita sobre la defensa de Sagunto, como no se incorporó el exâmen de las primeras con el de las segundas. Por otra parte está seguro que dichos señores tendrán en consideracion que Sagunto no era un fuerte destacado de la plaza de Valencia, tal qual debiera serlo, para considerarse inmediatamente dependiente de ella, como lo es el castillo de Monjuich de la de Barcelona, el de Capuchinos de la de Gerona, el de las Galeras de la de Cartagena, &c. &c.

Suplica el gobernador á los señores vocales del Consejo Supremo pesen en su equidad el enorme y casi irreparable perjuicio que se le sigue y á su guarnición de no haber obtenido aún la resolución á que aspira después de ocho meses de presentado su manifiesto; lo mucho que esto trabajará su espíritu, quando el que expone no titubeó ni un momentó en sacrificarse gustoso por amor á su Rey y á su Patria. El exponente debe confiar ciegamente, como confia, en la justicia y generosidad de su Soberano, y en la de los sábios consejeros á quienes ha tenido á bien S. M. consultar, y espera ver remunerados largamente sus sacrificios para premio suyo, de su guarnición, y estímulo de los demás individuos del exército. Madrid 19 de marzo de 1815.»



NÚMERO 9

—

Carta del mariscal Suchet al Príncipe Berthier, Mayor general.

«Cuartel general en Valencia, 17 de Enero de 1812.=Monseñor:=Tengo la satisfacción de anunciar á V. A. S. que las tropas del Emperador han entrado en Valencia el 14, cuatro días después de la rendición de esta plaza, y que, por consecuencia de las disposiciones que yo había tomado, se ha observado la mayor disciplina: ya había salido el ejército español y yo había hecho ejecutar el desarme general; elevándose el número de los fusiles reunidos á cerca del de veinte mil».

«He hecho prender á todos los frailes; ciento cuarenta y ocho que son muy viejos para viajar, van á quedar reunidos en un convento á diez leguas de Valencia. Quinientos poco más ó menos han salido ya para Francia y cinco de los más culpables que recorrían las calles con la bandera de la fé y predicando en las plazas públicas en el momento de la capitulación para excitar aún á los habitantes, han sido fusilados. Continuaré haciendo pesquisas para ver de arrestar mayor número de ellos».

«De tres mil paisanos armados de las cercanías de Valencia que estaban en armas, he hecho detener cuatro cientos noventa como sospechosos y marchan atados á Francia. Entre ellos hay un gran número de jefes de guerrillas; varios han sido fusilados ó van á serlo. Furioso el marqués de Palacio había llegado á organizar militarmente diez mil paisanos, y los hombres de setenta á ochenta años tenían puestos señalados en la defensa de la ciudad. Hoy los he hecho reunir todos; y toda la ciudad temblaba al ver recogidos todos los jefes de familia. El general Robert ha tenido que trabajar mucho para que los oficiales designasen á los más culpables; y espero que acabará por descubrirlos; tres de ellos, los más furiosos, están en el castillo y serán fusilados. Trescientos cincuenta estudiantes que servían como auxiliares en la artillería, todos muy exaltados, han sido presos y serán enviados á Francia. He ordenado la disolución de todos esos cuerpos y me propongo reemplazarles con una guardia cívica menos numerosa y formada especialmente de hombres elegidos entre padres de familia y propietarios. Todos los asesinos de los franceses han sido buscados y castigados; ya más de seiscientos habían sido ejecutados por la energía del juez español Marescot (Manescau) á quien espero ver pronto».

«Existen más de mil doscientos inválidos entre San Felipe (Játiva) y Valencia, y espero hacer que se les dé medio sueldo, mientras se porten bien.»

«He enviado á buscar al arzobispo de Valencia que está en Gandía, y ha venido apresuradamente. Es un viejo de setenta y ocho años que parece animado de buen espíritu».

«Dentro de pocos días, tendré el honor de dirigir á V. A. el plan de los fuertes destinados á servir de reducto á la guarnición y sujetar la ciudad».

«La pequeña plaza de Peñíscola que vacilaba en rendirse, la he hecho bloquear por tierra; ya están preparados en Benicarló los elementos de artillería necesarios para tomarla. Creo, como ya he tenido el honor de indicar á V. A., no conseguirlo sino con un bombardeo.»

«Se me acaba de informar de que los generales Lascy, Eroles y Sarsfield se han unido en Reus y amenazan á Tarragona. Están apoyados por dos navíos ingleses, dos fragatas y veintitres cañoneras que han desembarcado en



el puerto de Salao (Salou) artillería, víveres y escalas. He mandado inmediatamente al general Lafose, comandante de Tortosa, que marche con su guarnición á Reus, y le hago sostener por el general Musnier con dos mil quinientos hombres. Espero que esas tropas llegarán á tiempo para rechazar al enemigo. No tendría motivo alguno de inquietud si los regimientos que el Emperador había dispuesto quedasen en la baja Cataluña, estuviesen allí; pero su ausencia ha obligado al gobernador de Tarragona á dejar comer unas provisiones que yo había hecho completar para siete meses contando con mil doscientos hombres, y á quien, bajo de pena de muerte, había prohibido que tocase nadie; siendo así que con medidas accidentales se compromete la suerte de plazas cuya toma ha costado tanto trabajo».

«Acabo de recibir noticias del general Darmagnac, de quien no había oido hablar desde el 24 de Diciembre y que ha enviado un batallón del setenta y cinco á Requena; le encargo que deje un puesto en aquel punto para comunicar con los que yo he dejado establecidos á espaldas hasta Valencia á fin de que sea fácil la comunicación con Madrid».

«Me veo obligado á emplear dieciseis batallones en la escolta de los prisioneros: esas tropas necesitarán doce días para llegar á Zaragoza y preveo con sentimiento que se verán obligadas á ir hasta Pau, lo que me privará de ellas cuarenta días».

Envío á V. A. S. el parte que me dirige el general Caffarelli sobre el aflictivo suceso de Huesca. Las disposiciones que se habían tomado para asegurar aquel puesto eran tan buenas que yo tenía fundamento para esperar de ellas otro resultado distinto. Encargo al general Caffarelli que investigue la causa de tal acontecimiento, que ha permitido á Mina apoderarse de la guarnición y de llevársela sin ser hostilizado, y que no comprenderá nadie que, como yo, conozca las localidades. Esa falsa maniobra, esa lentitud en las operaciones, continúan privándonos de nuestras relaciones con Francia. Las últimas cartas que he recibido son del 14 de diciembre, y no dudo de que el Emperador concebirá inquietudes sobre ello, á pesar de que yo he hecho todo lo posible para prevenirlas, enviando á V. A. frecuentes partes y haciendo marchar tres de mis ayudantes de campo.=Soy respetuosamente... &c.=El Mariscal del Imperio=firmado: Conde Suchet».

NÚMERO 10

—

«ORDEN DEL DÍA *del 19 de Enero (1812) dada por lord Wellington, para el asalto de Ciudad-Rodrigo*».

«El ataque de Ciudad-Rodrigo tendrá lugar á las siete de la tarde».

«Al ponerse el sol, la compañía de infantería ligera del 83.° regimiento se reunirá á las órdenes del teniente coronel O'Toole».

«Diez minutos antes de las siete, el teniente coronel O'Toole, con el 2.° de cazadores y la compañía de infantería ligera del 83.°, pasará el puente del Agueda y atacará la obra avanzada situada delante del castillo. El objeto de ese ataque es el de arrojar de la obra á los artilleros de las dos piezas (B) que tiran sobre la entrada del foso, en la unión de la contraescarpa con el muro principal de la plaza. Si el teniente coronel O'Toole llega á apoderarse de esa obra, será bueno que destruya las piezas de que se trata. El mayor Sturgeon indicará ese punto de ataque á aquel oficial superior. Seis escalas, de doce pies de larga cada una, se enviarán del parque de ingenieros del molino del Agueda para ese destacamento».

«El 5.° regimiento atacará la entrada del foso en el punto arriba indicado. El mayor Sturgeon le enseñará igualmente su punto de ataque. Debe salir de la derecha del convento de Santa Cruz: llevará doce hachas para derribar la puerta que cierra la entrada del foso en la unión de la contraescarpa con el cuerpo de la plaza. El regimiento llevará también doce escalas de escalada de veinticinco pies de largo. Inmediatamente que haya entrado en el foso, escalará la falsabraga; en seguida, la recorrerá á fin de echar los puestos enemigos sobre su izquierda hacia la brecha principal».

«El regimiento 77.° se mantendrá en reserva á la derecha del convento de Santa Cruz, á fin de sostener al primer destacamento que haya penetrado en el foso».

«Al mismo tiempo dos columnas formadas á la izquierda del convento y compuestas de cinco compañías del 24.° cada una deben bajar al foso á la derecha de la brecha. Cada columna llevará tres escalas de doce pies que la sirvan para bajar al foso, y diez hachas para derribar las empalizadas que impiden la comunicación en el foso».

«Cuando el destacamento del 94.° haya bajado al foso, se dirigirá por su izquierda hacia la brecha principal».

«El 5.° regimiento saldrá del convento de Santa Cruz diez minutos antes de las siete».

«Al mismo tiempo un destacamento de 180 zapadores que lleven sacos á tierra, partirá de la 2.ª paralela; irán protegidos por el fuego que el 83.° entretendrá con las obras de la plaza. Arrojarán los sacos al foso, á fin de ayudar á las tropas á descender para llegar á la brecha. Irán inmediatamente seguidos por la columna destinada á asaltar la gran brecha. Esa columna se compondrá de tropas de la brigada del general M'Kinnon. Esta brigada se reunirá en la primera paralela y en sus comunicaciones con la segunda, pronta á dirigirse á la brecha inmediatamente después de los zapadores. El destacamento que suba al asalto de la gran brecha, irá provisto de seis escalas de escalada de doce pies de altura y de diez hachas».

«Una columna compuesta de tres compañías del 95.° y que sale de la derecha del convento de San Francisco, entrará igualmente en el foso sobre la



izquierda de la gran brecha. Irá provista de tres escalas para bajar al foso, girará sobre su derecha y avanzará hacia la brecha principal: llevará diez hachas para destruir los obstáculos que el enemigo haya podido oponer para estorbar la comunicación en el foso sobre la izquierda de la brecha».

«Otra columna, formada de la brigada del general mayor Vandeleur, partirá de la izquierda del convento de San Francisco y atacará la pequeña brecha practicada á la izquierda de la brecha principal. Esa columna llevará doce escalas de doce pies de largas que la servirán para bajar al foso en el punto que la sea designado por el capitán Ellicombe. Al llegar al foso, girará sobre su izquierda para montar la brecha del pequeño rebellín de la falsabraga en su izquierda, y de allí la brecha de la torre del cuerpo de la plaza. Al momento que este cuerpo llegue á la cima de la brecha de la falsabraga, enviará un destacamento de cinco compañías sobre su derecha para proteger el ataque de la brigada del general mayor M'Kinnon á la brecha principal, y una vez llegado á lo alto de la torre, debe variar á la derecha sobre el parapeto de la gran brecha, para allí establecer una comunicación, y cuando lo haya hecho, tratará de abrir la puerta de Salamanca».

«La brigada portuguesa de la 3.ª división formará en la comunicación de la primera paralela y detrás de la altura de San Francisco (el gran Teso) y se dirigirá á la entrada de la segunda paralela para estar pronta á sostener á la brigada del general mayor M'Kinnon».

«Se formará la brigada del coronel Barnard detrás del convento de San Francisco para estar dispuesta á sostener á la del general mayor Vandeleur».

«Todas esas columnas destacarán tiradores que entretengan el fuego de mosquetería con los defensores durante la operación».

«Los hombres encargados de llevar las escalas, las hachas y los sacos, no llevarán armas. Los destinados al ataque no deberán hacer fuego».

«El brigadier general Pack hará con su brigada un falso ataque sobre la obra avanzada de la puerta de Santiago y sobre las obras situadas hacia la Caridad».

«Los distintos regimientos y brigadas enviarán destacamentos al depósito de ingenieros para allí recibir las escalas que le sean destinadas, para cada tres hombres una escala».

Traducido de la obra de John T. Jones.



NÚMERO 11.

—

Coruña 23 de Diciembre.

Parte del Coronel D. Francisco Espoz y Mina al general en gefe del séptimo exercito, D. Gabriel de Mendizábal.

«Excmo. Sr.: Después de la jornada de Plasencia á Gállego descansé algunos días en Sangüesa, preparándome á conducir los prisioneros hasta el el puerto de Motrico. Los franceses de Aragón bramaban de corage, y tratataron de mi alcance: los de Navarra se preparaban para encontrarme; los de Burgos se tendieron por la orilla derecha del Ebro; y los de Guipúzcoa, caminando de E. á N. en una línea oblicua de 40 leguas, amenazando en círculo por columnas enemigas, que tuvieron tiempo para convinación. El 27 de Octubre me dirigí con los batallones primero, segundo y tercero, y la caballería, al pueblo de Monreal, 2 leguas y media de la capital, y crucé el camino real que de Pamplona dirige á Tudela, continuando la marcha el 28 hasta la villa de Mendigorría, sin temor de la fuerza que se disponía en Pamplona, y de la contínua lluvia de todo el dia.

»La madrugada del 29 marché sobre Puente de la Reina: la guarnición enemiga fortificada en una caserna, se salvó, á causa de ser el pueblo enteramente cerrado; sin embargo, forcé una de las puertas, fueron muertos 5 gendarmes, y entré por la villa con los batallones formados al golpe de la música é hice desfilar los prisioneros por delante de la caserna. Los prisioneros siguieron escoltados por el tercer batallón hasta el pueblo de Azcona. Todo el 29 permanecí en Puente con la caballería y los batallones primero y segundo, demoliendo los atrincheramientos; y al anochecer me retiré á los pueblos de Cirauqui y Mañeru, distantes legua y media respectivamente, con ánimo de cargar la mañana siguiente sobre la guarnición.

»A las 11 y media de la noche se me avisó que un gran número de enemigos de caballería é infantería pasaban el puente de Mendigorría, con dirección á Puente; en seguida se me fixó el 3000 de la primera arma, y 500 de la segunda. Mientras que Bertholet, con 2500 hombres penetró por las Cinco Villas de Aragón hasta Sangüesa y Lumbier, los 3500 que desde Aragón por Caparroso y Mendigorría se dirigieron á Puente, fueron reforzados por 1000 de la plaza de Pamplona, á las órdenes del general Labé, quien los mandó reunidos. La madrugada del 30 me hallaba colocado en la calzada, entre Mañeru y Cirauqui: se presentaron 500 caballos enemigos, que recibidos por mis guardias avanzadas, fueron rechazados con pérdidas de 2 caballos, los esperé 2 horas, creyendo su ataque; pero se mantuvieron firmes en Puente la Reina.

»A este tiempo había mandado que el tercer batallón se reuniese al cuarto, y escoltando los prisioneros, siguieron al pueblo de Alsasua: con la caballería y los batallones primero y segundo me retiré á Riezu. El 31 marcharon los enemigos á Estella: dexé la última fuerza á las órdenes de mi segundo el teniente coronel D. Gregorio Cruchaga, con el fin de contener cualquier movimiento del enemigo, mientras yo pasaba con algunos caballos al pueblo de Alsasua, al efecto de disponer la marcha pronta de los prisioneros. El enemigo quiso cruzar la montaña que separa la ciudad de Estella del valle de Burunda, con el fin de rescatar los prisioneros, como se ve por el parte siguiente, que me dirigió el teniente coronel D. Gregorio Cruchaga: —

Sr. coronel y comandante general: la madrugada de hoy el enemigo, en

número de 2500 hombres entre infantería y caballería, salió de Estella para atacarme. Mis avanzadas de caballería, venian de retirada haciendo fuego, y mandé que 3 compañías de infantería las sostuvieran mientras colocaba el resto de la tropa en las alturas inmediatas á los pueblos de *Ruin* é Iturgoyen: á breve rato las 3 compañías rompieron un fuego vivo, y mandé que continuándolo y perdiendo terreno, se retirasen á incorporar con el grueso. El orden y serenidad de estas compañías dió aliento y causó emulación en los otros; y al ver su entusiasmo, dispuse no soltar un fusil hasta que el enemigo se aproximase á sólo medio tiro.

El enemigo orgulloso y confiado en su mayor número avanzó, llevando en su vanguardia los catalanes renegados que siguen el partido francés: mandé una descarga, que se hizo con tal igualdad y tino, que impuse á los franceses. Se continuó con mucha ventaja de nuestra parte desde las nueve de la mañana hasta las tres de la tarde; aunque veía los muchos cadáveres enemigos y nuestra posición ventajosa, mandé al capitán D. Pedro Antonio Barrena, sargento mayor interino del segundo batallón, que se retirase por compañías, mientras que yo lo verificaba con el primero, reuniéndonos en el pueblo de Munárriz á causa de no tener cartuchos. El enemigo se detuvo en Iturgoyen enterrando los muertos y retirando sus muchos heridos á Estella; verificada esta operación, emprendió el enemigo mi seguimiento. Me dirigí al pueblo de Goñi, pasando al de Lizarraga ya entrada la noche: los soldados se hallan fatigados y sin un cartucho. Dispondrá V. S. el surtido; porque es regular que el enemigo, distante á tres horas, me persiga.

Su pérdida ha consistido en 70 muertos, entre ellos 3 oficiales (la muerte de uno la lloraba el general) y 200 heridos, incluso un coronel: la mía ha sido de 5 muertos, entre ellos el teniente D. José María Bernete, y 16 heridos. Recomiendo á V. S. el valor y serenidad de estos 2 batallones, que se han batido con fuerza duplicada, acordándose que son los vencedores del campo de Plasencia. Dios guarde á V. S. muchos años. Lizarraga 1.º de Noviembre de 1811.—Gregorio Cruchaga.—Sr. D. Francisco Espoz y Mina.—

»La madrugada del 2 recibí aviso de haber llegado 800 infantes y 200 caballos desde Pamplona á Huarte-Araquil, que dista 2 horas de Lizarraga y 4 de Alsasua, donde me hallaba con los prisioneros cuya marcha dispuse al instante con la escolta de los batallones tercero y cuarto, dirigiéndose por Legaspia á Motrico. Yo con algunos caballos me dirigí al pueblo de Lacnuza, inmediato al de Huarte, en donde supe no haber infantería, pero sí los 200 caballos, dirigidos á obrar en la llanura, apoyando el flanco derecho de la infantería que el día anterior se había batido con el teniente coronel Cruchaga. Estuve observando, y á las 7 de la mañana recibí un parte de mi segundo en que me decía:—Sr. Coronel: Acaban de darme parte las avanzadas, de que los enemigos que ayer me atacaron, han llegado al puerto; unos se dirigen á este pueblo, y otros siguen por la cumbre sin duda con el objeto de cortarme, si me retiro por la altura. Estoy formando la gente y distribuyendo los pocos cartuchos á las compañías de más confianza, para sostener la retirada: mi dirección será por el puente de Bacaicoa..... El enemigo llegó ya. Dios guarde á V. S. muchos años. Lizarraga 2 de Noviembre de 1811.—Cruchaga.—

»Leyendo este oficio sentí tiros, marché al encuentro de Cruchaga y al penetrar por Echarri, me hallé con los húsares: cambié de camino y salí al puente de Bacasara, en donde me reuní con la tropa que se retiraba ordenadamente, y haciendo fuego contra la caballería enemiga y catalanes, que picaban su retaguardia. Los batallones pasaron el puente, y mientras el



grueso se posesionaba de la altura, algunas compañías formadas á la cabeza del puente impidieron el paso del enemigo, rechazándole por 3 veces: al cabo de una hora completé la retirada por el camino de Ataun. El enemigo pensó exterminar la división y rescatar los prisioneros, por que estábamos sin municiones; pero si tuve 2 muertos y 7 heridos, entre estos 2 oficiales, el enemigo perdió 13 husares muertos y 60 heridos, 5 catalanes muertos y otros 25 heridos. La misma noche dí orden para que los prisioneros fuesen trasladados á Motrico, como se verificó.

»La mañana del 3 se dirigió el enemigo á Legaspia con el empeño del rescate. Salí á contenerlos y á las inmediaciones supe que habian llegado: puse 2 compañías de observación, retirándome á Legaria. La mañana del 4, desengañado el enemigo, contramarchó siguiendo mi alcance; las compañías de observación rompieron el fuego, mataron 3 catalanes é hirieron algunos, y replegándose sobre los batallones, emprendí mi contramarcha por el pueblo de Alsasua á Olazagutia; al enemigo tenaz le obscureció en este pueblo, cuando yo había subido al puerto, en donde pasé toda la noche. La mañana siguiente del 5, penetré toda la sierra de Andía, dexándome caer al pueblo de Aranarache, hasta donde me persiguió el enemigo, batiéndose las guerrillas en las 3 leguas de marcha. Desesperanzado de darme caza, se retiró á Estella la mañana del 6.

»Durante estas marchas recibí los partes siguientes.—1.° Señor coronel: Serían las 3 de la madrugada cuando recibí su aviso para la marcha, que rompí acompañado de D. Gaspar Jáuregui, que me esperó en Legaspia según la órden de V. S. Supe que las guarniciones de Motrico y de Deva permanecian, y dispuse que Jáuregui marchase á atacar la última, mientras que yo continué sin hacer alto las 8 leguas. La guarnición de Motrico, noticiosa de nuestra llegada se encerró en la caserna, que fué rodeada por 3 compañías de mi batallón, dándose tiempo á baxar los prisioneros al muelle. Los ingleses se aproximaron con una lancha cañonera, y á una señal del comandante de la fragata *Iris* se reunieron todos los barcos pequeños, en los que fueron embarcados los prisioneros; 200 quedaron á bordo de la fragata, y los restantes en buques pequeños, amarrados hasta la llegada de otra fragata que se esperaba.—Verificada la entrega, se disponía á incendiar la caserna, cuando los ingleses salieron con un cañón, y á los 4 tiros se entregaron; esta guarnición se componía de un oficial y 51 soldados: nuestra pérdida ha sido de un sargento y un soldado muertos, y otros 2 heridos. Recomiendo á V. S. el valor de esta tropa, que despues de una larga jórnada, no se ha acordado de refacción hasta rendir al enemigo. Dios guarde á V. S. muchos años. Motrico á las 10 de la noche del 3 de noviembre de 1811.—*José Gorriz*.—Sr. D. Francisco Espoz y Mina.—2.° Sr. coronel: esta mañana salí para Deva, y al pasar el puente de Sasiola me avisaron las avanzadas, que desde Elgoibar se dirigían á Mendaro 400 enemigos para auxiliar la guarnición de Deva, y dispuse que una compañía del cuarto batallón avanzara á ocupar el puente de Eudaro; á un mismo tiempo llegaban unos y otros, pero los enemigos emprendieron luego y precipitadamente su retirada para Elgoibar. En este instante me escribe Jáuregui haberse rendido la guarnición de Deva, despues de 24 horas de fuego; quemada la caserna, se refugió la guarnición en la iglesia, é incendiada ésta, se rindió. Esta guarnición y la de Motrico se entregaron á los ingleses: Jáuregui y el cuarto batallón quedan en Iciar. Dios guarde á V. S. muchos años. Cestona 4 de noviembre de 1811.—*José Gorriz*.—Sr. D. Francisco Espoz y Mina.

3.° Sr. coronel: El 6 salí de Cestona con dirección á Zarauz, en donde

hallé el cuarto batallón, y llegado al pueblo de Aya tuve noticia que 1000 enemigos se dirigían desde Hernani contra mí. Para asegurarme mandé 3 paisanos de observación, y volvieron con que habían tomado el camino para Tolosa: á breve rato llegó una muger diciendo que estaban en las inmediaciones del pueblo: coloqué una compañía en la altura y otra en el camino de entrada. Se presentaron 3000 franceses: mi batallón al ver tan poca fuerza se tiró sobre ellos á la bayoneta, persiguiéndolos más de una legua. El resultado fué matarles 20 hombres, herirles 30 y hacerles 5 prisioneros, entre ellos un capitán y un teniente: nuestra pérdida consiste en un sargento y un soldado muerto, con 3 heridos.—Concluida la acción, advertí una columna enemiga de bastante consideración, que venía á reforzar la anterior. A este tiempo se me reunió el cuarto batallón de los voluntarios de Jáuregui: nada se hizo por haberse obscurecido: me retiré á Astiasu, y al día siguiente á Berastegui, desde donde continuaré la marcha. Dios guarde á V. S. muchos años. Berastegui 8 de noviembre de 1811.—*José Gorriz.*—Señor D. Francisco Espoz y Mina.

»No puedo menos de recomendar á V. E el valor y firmeza de toda la división. Nuestro Señor guarde á V. E. muchos años. Campo de honor de Navarra 16 de noviembre de 1811.—Excmo. Sr.—*Francisco Espoz y Mina.*—Excmo. Sr. D. Gabriel Mendizábal.

NÚMERO 12

—

ESTADO DE LAS TROPAS QUE COMPONEN LA GUARNICIÓN DE BADAJOZ

Estado Mayor.

El barón Philippon, general de división, gobernador.
El barón Veiland, general de brigada, segundo jefe.
Charpentier, mayor, comandante de la plaza.
Gaspard Thiéry, coronel de Estado Mayor.
Pineau, íd.
Duhamel, teniente, ayudante de campo del general Philippon, (muerto).
Desmeuve, teniente, íd.
Massot, capitán, ayudante de campo del general Veiland.
Saint Vincent, teniente, íd.
De Grasse, capitán de Estado Mayor.
Denisot, teniente, íd.

Infantería.

9.º ligero..................	1 batallón....	560	hombres presentes.
28.º íd......................	1 íd..........	597	»
58.º de línea................	1 íd..........	450	»
88.º íd......................	1 íd..........	600	»
103.º íd.....................	1 íd..........	540	»
64.º íd......................	2 compañías..	130	»
Regimiento de Hesse-Darmstadt.	»	910	»
Tropas españolas	1 compañía...	54	»
	TOTAL	3.861	hombres presentes.

Caballería.

Un destacamento del 21.º de cazadores......	20 hombres.	20 caballos.
Un destacamento del 26.º de dragones.......	22 »	22 »
TOTAL	42 hombres.	42 caballos.

Artillería.

Estado Mayor.

Picoteau, coronel, comandante de la artillería.
Lespagnol, comandante.
Río, comandante español.
Guiraud, capitán (muerto).
D' André-Saint-Victor, capitán (muerto).
Dubosi, capitán.
Horré (?), capitán español.

Tropas.

Artillería de á pie	1.er regimiento	12.ª compañía	213 hombres.
	5.º íd.	1.ª íd.	
	Alemanes (dest.)	»	30 »
Obreros	»	4.ª compañía (dest.)	18 »
		TOTAL	261 hombres.

Ingenieros.

Estado Mayor.

Lamare, coronel, comandante de los ingenieros.
Truilhier, comandante (muerto).
Lefaivre, capitán.
Mehynhart, capitán holandés.
Henneberg, ayudante (herido).

Tropas.

Minadores	2.º batallón	2.ª compañía	Lenoir, capitán (herido)	210 hombres.
			Maillet, teniente (muerto)	
Zapadores	2.º batallón	1.ª compañía	Martin, capitán (herido)	
		5.ª comp.ª (dest.)	Vallon, teniente	50 »
			TOTAL	260 hombres.

Administración.

Pasius, Subinspector en revistas.	
Vienné, Comisario de guerra.	
Médicos y cirujanos	4
Empleados, cantineros, comerciantes, etc	250

RESUMEN

Estado Mayor	11
Infantería	3.861
Caballería	42
Artillería	268
Ingenieros	265
Administración, empleados, etc	256
Enfermos en el hospital	300
Total de la guarnición	5.003

NOTA. Sacado de la obra de Belmas.

NÚMERO 13

«Terrible fué el cuadro que ofreció Badajoz después del sitio y el asalto que hubo de sufrir. Los conquistadores mancharon altamente la victoria que obtuvieron allí con los más horribles excesos. Por cuarenta y ocho horas fué entregada al saqueo, dándose por causa de eso el haber sus habitantes hostilizado desde las murallas á los aliados en los primeros días del cerco (1). Lo cierto es que los excesos á que las tropas se entregaron, principalmente las británicas, fueron los más horrorosos, porque además de robar cuanto encontraban, no sólo á la gente del país sino hasta á los mismos soldados portugueses, de las manos de quienes arrancaban las cosas que habían cogido, quitaron también la vida con la mayor inhumanidad á cerca de 200 personas de todos sexos y edades, violentando á las mujeres con la mayor crueldad, después de despojar á muchas de la propia camisa de que estaban vestidas, y hasta en el asilo de los claustros las religiosas mismas fueron víctimas de la brutalidad de los soldados. Y, sin embargo, un acto que á la más infame rapacidad á par de la más brutal embriaguez y de una desenfrenada lujuria, mezclada con la crueldad, la muerte, los gritos, los gemidos de las víctimas, las imprecaciones de sus allegados, la crepitación de las casas entregadas á las llamas por espíritu de venganza, el estruendo de los disparos de fusil que en aquellas circunstancias tanto deshonraban á los vencedores, fué el cuadro que durante dos días y dos noches ofreció Badajoz, no habiendo autoridad de oficiales, ni ruegos ni clamores de las víctimas que

---

(1) Da Luz Soriano estampa aquí la nota siguiente: «Esas expresiones que empleamos copiadas de las cartas de Rego Aranha, parecen indicar que fué lord Wellington quien autorizó el saqueo de Badajoz. El mismo nos da en otra parte una terminante desmentida de lo que aquí parece indicar, confirmando así la creencia de que el tal saqueo fué debido al furor de los soldados ingleses al penetrar en la plaza, llegando al punto de ni reconocer á sus propios oficiales, lo cual no sólo está confirmado por Toreno, sino que también por Maxwel al decir que pocos ó ningunos medios había de preservar á los habitantes de Badajoz de los furores de una soldadesca que no reconocía la autoridad de sus mismos oficiales. Lamare atribuye á lord Wellington, en su *Relación de los Cercos*, el saqueo ejecutado en aquella plaza, diciendo haberse negado á ponerle término con el pretexto de que el derecho de la guerra le autorizaba á dar á sus soldados aquella justa recompensa debida á su bravura y abnegación. Mr. Thiers acepta también lo que dice Lamare, cuando en el libro XLII de su *Historia del consulado y del imperio* nos refiere que, en la mañana siguiente á la toma de la plaza, lord Wellington recibió cortésmente á los oficiales franceses pero se negó á atender los ruegos que le dirigieron en favor de la desgraciada ciudad de Badajoz. *El entregó despiadadamente esta ciudad al pillaje. Así le era necesario proceder para con las tropas que tan valientemente la habían asaltado*».

«Mr. Thiers, siempre adulador (carambolelro) en lo que nos dice cuando puede exaltar á los suyos y vituperar á los adversarios, está formalmente desmentido en ese punto por las citadas cartas de Rego Aranha, cuya versión es la siguiente: «Es falso que el pueblo de Badajoz pretendiera resistir á los aliados, muy por el contrario los habitantes de la plaza abrieron sus casas, llamando á sus libertadores, y hubo español que presentándose á la puerta, convidando á los ingleses con dos botellas de vino, ofreciéndoles además de eso cuanto tenía en casa, recibió por respuesta un pistoletazo que le echó muerto por tierra. *Tampoco es verdad que fuese lord Wellington quien ordenase el saqueo;* tanto él como el mariscal Beresford hicieron todo género de esfuerzos para impedirlo después en la mañana del 7; pero como las tropas se embriagaran en un almacén de ron con que toparon, á poco de su primera entrada, no hubo autoridad capaz de contener la licencia militar en sus debidos límites, y sordos á todas las voces de sus oficiales, dieron ocasión á algunas muertes que ellos mismos se causaron unos á otros, de manera que todo el fuego, que se veía desde Elvas, en las calles desde una hora de la noche en adelante hasta la mañana y que se reputaba como renovación del ataque, era de los soldados ingleses entregados á la más furiosa embriaguez haciéndoles andar como sordos á los tiros, sin haber quien se les opusiera porque á la una todo les estaba sometido».



pudiesen poner coto á tales excesos. (1) Al tercer día, hallándose ya la ciudad enteramente saqueada, y los soldados cansados de sus propios excesos, todavía reinaba el desorden de muchos puntos; aunque tal estado de cosas había disminuido mucho, pudiéndose ya cuidar algún tanto á los heridos y enterrar á los muertos, pero tal había sido el desorden que el mismo lord Wellington se vió amenazado por las bayonetas de sus soldados, impidiéndole entrar en la plaza para contenerlos.»

---

(1) He aquí otra nota del escrito de Da Luz Soriano.

«En confirmación de esas atrocidades, Mr. Brialmont cita la autoridad de un oficial, testigo ocular del sitio, que escribió lo siguiente en el *United service journal*: «Ninguna casa quedó intacta ni mujer alguna se pudo sustraer á los insultos ni á los malos tratamientos.» El día 8, los soldados embrutecidos por la embriaguez, hicieron fuego sobre cuantos encontraban, hasta sobre sus mismos camaradas..... El 9 fué día de mercado en el campo. Algunos soldados llegaron á realizar 250 libras esterlinas. El capitan Hopkins, también presente al sitio, confirma esos hechos. La ciudad, dice, ofreció bien pronto el triste espectáculo de todo cuanto pueden producir la embriaguez, la crueldad y el desorden..... Los oficiales no tenían autoridad alguna sobre sus soldados; hartos de vino y de despojos, reuniéndose en pequeños bandos, recorrían las calles haciendo fuego..... Veíanse por todas partes grupos de soldados, vestidos de frailes de diferentes órdenes. Ni la misma caja de ejército fué respetada».

Ni lord Wellington ni sus tropas hicieron en Francia al invadirla lo que habían hecho en su aliada y *protegida* España.

NÚMERO 14

—

«Campo delante de Badajoz, 7 de Abril de 1812.—Milord: por mi oficio de 3 del corriente estará V. S. enterado del estado de las operaciones contra Badajoz hasta aquella fecha, las que se han terminado en la noche del 6 con la toma de la plaza por asalto.»

«El fuego continuó durante los días 4 y 5 contra la cara del baluarte de la Trinidad y el flanco del baluarte de Santa María; y en la mañana del 4 rompimos el fuego de otra batería contra la espalda del rebellín de San Roque y la muralla por la gola de éste.»

«En la tarde del 5 quedaron abiertas brechas practicables en los baluartes arriba expresados; pero como hubiese yo advertido que el enemigo había atrincherado el baluarte de la Trinidad y estaba haciendo los más formidables preparativos para su defensa, como también para la del baluarte de Santa María, determiné diferir el ataque hasta otro día, y dispuse que se volviesen todos los fuegos de las baterías de la segunda paralela contra la cortina de la Trinidad con la esperanza de que abierta tercera brecha, podrían las tropas flanquear las obras hechas por el enemigo para defensa de las otras dos, cuyo ataque sería además sostenido por las tropas destinadas á asaltar la brecha de la cortina.»

«Esta brecha quedó abierta en la tarde del 6, y habiendo hecho callar los fuegos de la cara del baluarte de Santa María y del flanco del baluarte de la Trinidad, dispuse el asalto de la plaza para aquella noche.»

«Había dejado de reserva en las cercanías del campo la quinta división, mandada por el general Leith, la cual no había salido de Castilla hasta mediados de marzo, y acaba por consiguiente de llegar, y la reuní en la misma tarde al ejército.»

«El plan del asalto era que el teniente general Picton, con la tercera división, escalase el castillo de Badajoz, mientras que el destacamento que guarnecía las trincheras, perteneciente á la cuarta división, á las órdenes del mayor Wilson del 46.°, asaltaba el rebellín de San Roque por la izquierda, y mientras la cuarta división, al mando del honorable teniente general Colville, con la división de tropas ligeras del mando del teniente coronel Barnard, asaltaba la brecha de los baluartes de la Trinidad y Santa María, y la cortina que los une. La quinta división debía ocupar el terreno que durante el sitio ocupaban la cuarta y la de tropas ligeras; y el teniente general Leith debía hacer un ataque falso contra la obra avanzada llamada Pardaleras, y otro contra las obras del fuerte que está hacia el Guadiana con la brigada de la izquierda de la división, al mando del mayor general Walker, el que había de convertirse en ataque verdadero si eran favorables las circunstancias y el brigadier general Power, que atacaba la plaza con su brigada portuguesa por la derecha del Guadiana, tenía órdenes de hacer ataques falsos contra la cabeza del puente, el fuerte de San Cristóbal y el reducto nuevo llamado Moncoeur».

«Empezóse conforme á este plan el asalto á las 10 de la noche, adelantándose el teniente general Picton algunos minutos á los ataques de las demás tropas. El mayor general Kempt, que dirigía las fuerzas que atacaban, procedentes de la derecha de la primera paralela, fué por desgracia herido al atravesar el río Rivillas, por más abaxo de su inundación, pero no obstante esta circunstancia y la obstinada resistencia del enemigo, el castillo

fué entrado por escaladas y la tercera división se estableció en él como á las 11 y media.

»Entre tanto el mayor Wilson, del 46, se apoderó del rebellín de San Roque por la gola, con un destacamento de 200 hombres de la guardia de las trincheras, y con el auxilio del mayor Squire, de ingenieros, se estableció dentro de esta obra.

»Las divisiones cuarta y ligera marcharon al asalto desde el campamento por la izquierda del río Rivillas y de la inundación. No fueron descubiertas por el enemigo hasta que estaban en el camino cubierto; las partidas avanzadas de ambas divisiones baxaron sin dificultad al foso, protegidas por el fuego de las partidas situadas en el glasis para este intento, y subieron al asalto con la mayor intrepidez, llevando al frente á sus bizarros oficiales. Pero era tal la naturaleza de los obstáculos preparados por el enemigo en lo alto y detrás de las brechas, y su resistencia tan resuelta, que muchas tropas no pudieron establecerse en aquel lugar. Muchos valientes oficiales y soldados murieron de resultas de las explosiones en lo alto de la brecha, y otros que les sucedieron se vieron obligados á ceder el terreno, palpando la imposibilidad de vencer los obstáculos puestos por el enemigo para impedir sus progresos. Estas tentativas se repitieron hasta después de las 12 de la noche; á cuya hora, viendo que no había de conseguirse el objeto deseado, y que el teniente general Picton se hallaba establecido en el castillo, dispuso que las divisiones cuarta y ligera se volviesen al parage de donde salieron para el asalto.

»Al mismo tiempo el teniente general Leith adelantó la brigada del mayor general Walker por la izquierda, sosteniéndola con el regimiento 38, á las órdenes del teniente coronel Nugent, y el regimiento portugés número 15, á las del coronel de Regos, he hizo un ataque falso contra Pardaleras con el 8 de cazadores, mandado por el mayor Hill. El mayor general Walker forzó la barrera del camino de Olivencia, y entró en el camino cubierto por la izquierda del baluarte de San Vicente, inmediato al Guadiana: de allí baxó al foso, y escaló la cara del baluarte de San Vicente. El teniente general Leith sostuvo este ataque con el regimiento 38 y el regimiento portugés núm. 15, y establecidas así nuestras tropas en el castillo que domina todas las obras de la ciudad, y en la ciudad, y formadas de nuevo las divisiones cuarta y ligera para el ataque de las brechas, cesó toda resistencia, y al crepúsculo de la mañana el gobernador general Philipon, que se había retirado á San Cristóbal, se entregó junto con el general Vellande, la plana mayor y toda la guarnición. Todavía no he adquirido relación exácta de la fuerza de ésta, ni del número de los prisioneros; pero el general Philipon me ha informado que constaba de 5.000 hombres á principios del sitio, de los que 1.200 fueron muertos ó heridos durante las operaciones, sin contar la pérdida que han sufrido en el asalto de la plaza. Hay 5 batallones franceses, 2 del regimiento de Hesse Darmstadt, y con artilleros, ingenieros &, juzgo que compondrán 4.000 prisioneros.

Razón de la artillería, municiones y armas halladas en la ciudad de Badajoz cuando la tomó el exército aliado á las órdenes del general conde de Wellington, en la noche del 6 de Abril de 1812.

Artillería de bronce de fábrica española.—Cañones de á 24, 39. Id. de á 16,



19. Id. de á 12, 17. Id. de á 9, 3. Id. de á 8, 12. Id. de á 6, 4. Id. de á 4, 39. Morteros de á 12 pulgadas, 7. Id. de á 10, 5. Id. de á 6, 7. Obuses de á 8 pulgadas, 11. Id. de á 6, 9. *Total de piezas,* 172.

Fusiles con bayonetas, 5481. Cartuchos de fusil, 163.000. Pólvora, barriles, 12.000. Cartuchos para cañones de á 24, 23.000. Id. de á 18, 3.200. Idem de á 16, 12.847. Id. de á 12, 3.167. Id. de á 8, 22.850. Id. de á 6, 50. Id. de á 4, 20.200. Metralla para cañones de á 24, cartuchos, 311. Id. para íd. de á 18, 10. Id. de á 16, 60. Id. de á 16, 30. Id. de á 4, 183. Bombas de á 16 pulgadas llenas, 150. Id. de á 16 vacías, 70. Id. de á 12 vacías, 60. Id. de á 10, 165. Granadas de á 8 vacías, 100. Id. de á 0, 75.—Con cantidad de material para enseñas.

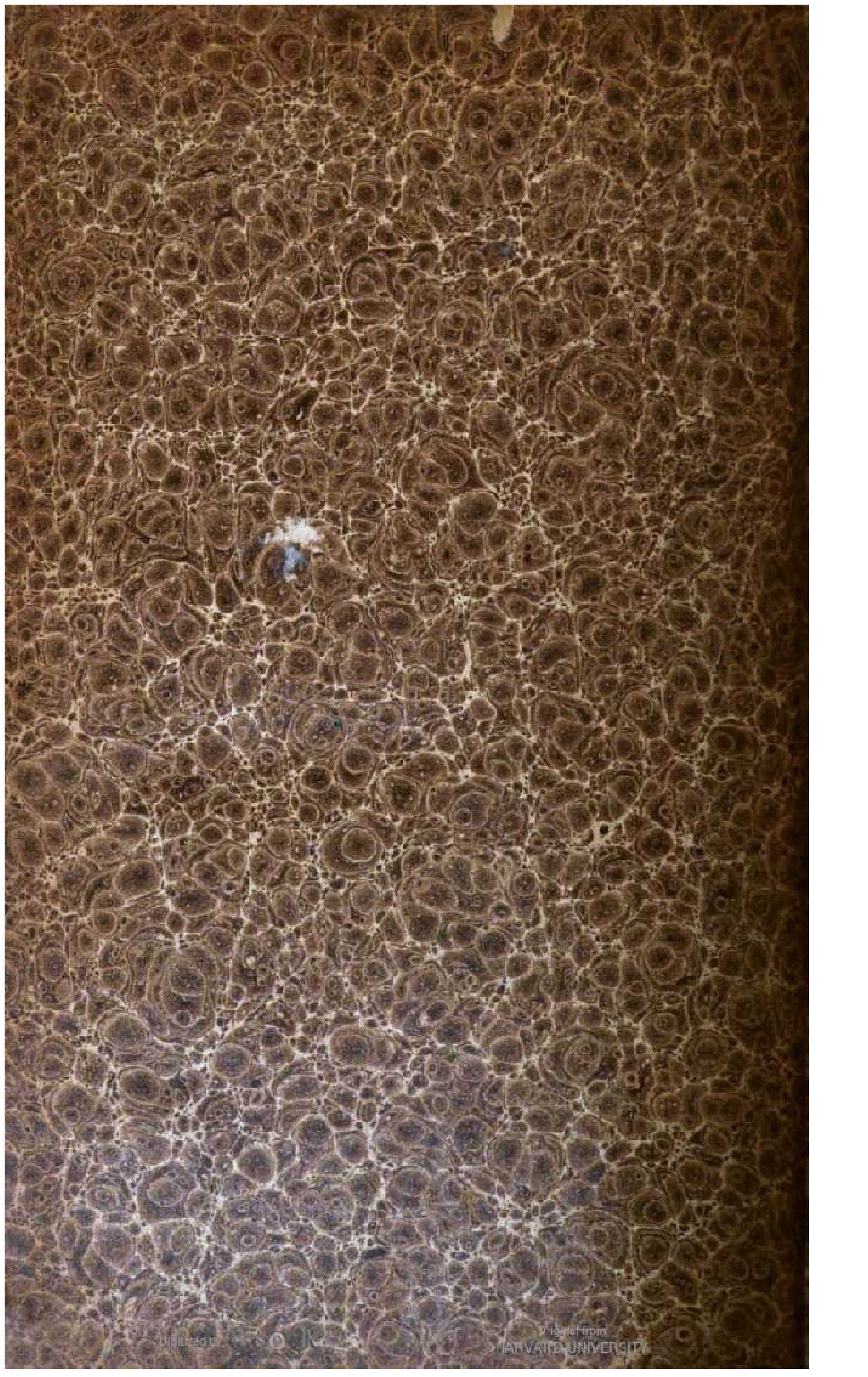
Lista de los muertos, heridos y extraviados.

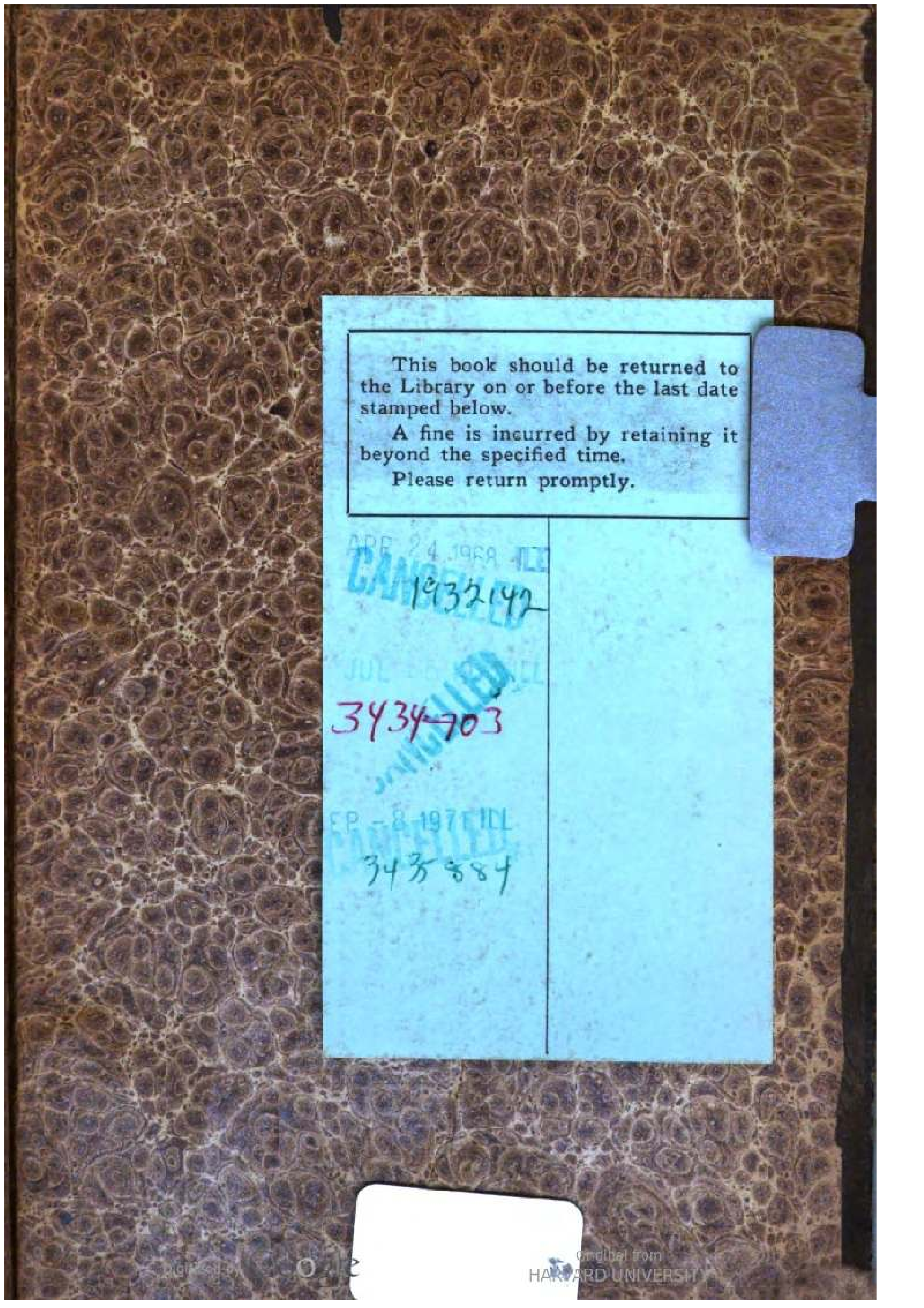
Muertos		Heridos		Extraviados		TOTAL	
Oficiales.........	72	Oficiales........	306	Oficiales.........	000	Oficiales.......	378
Sargentos........	51	Sargentos.......	216	Sargentos.......	1	Sargentos......	268
Tambores........	2	Tambores.......	17	Caballos.........	1	Tambores......	19
Cabos y soldados.	910	Cabos y soldados	3248	Cabos y soldados	62	Cabos y soldados	4220
TOTAL...	1.035	TOTAL..	3.787	TOTAL...	63	TOTAL...	4.885

ÍNDICE DEL TOMO XI

Páginas

Páginas




This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.

